

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA
SIGLOS XIX Y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA
Siglos XIX y XX



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo

y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CONTENIDO

Agradecimientos	9
Introducción	
<i>Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore</i>	11

PARTE 1:

BIBLIOTECAS Y FORMACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN

«Un verdadero templo alzado al saber humano»: Ricardo Palma y la Biblioteca Nacional del Perú <i>Pedro M. Guibovich Pérez</i>	31
Paul Groussac frente a la Biblioteca Nacional de Argentina (1885-1929) <i>Paula Bruno</i>	53
Las bibliotecas nacionales de América Central durante los siglos XIX y XX <i>Iván Molina Jiménez</i>	73
De los gabinetes de lectura a la Biblioteca Carnegie: política y cultura entre dos soberanías. El caso de Puerto Rico, 1835-1918 <i>José E. Flores Ramos</i>	105

PARTE 2:

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA

La gran travesía de la Biblioteca Real Portuguesa: libros, libertad y el poder simbólico de las bibliotecas <i>Lilia Moritz Schwarcz</i>	133
Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y sociabilidad de los letrados <i>Pablo Buchbinder</i>	149

Los intelectuales y sus bibliotecas en el Perú del siglo XX	167
<i>Carlos Aguirre</i>	

PARTE 3:

BIBLIOTECAS, MUSEOS Y PRÁCTICAS CIENTÍFICAS Y CULTURALES

La Biblioteca Nacional de Antropología e Historia de México: un legado del nacionalismo porfiriano	205
<i>Christina Bueno</i>	

Ciencias del archivo, lenguas indígenas argentinas y tecnología del papel: las bibliotecas personales como espacio de producción erudita en la antropología argentina, 1860-1910	225
<i>Máximo Farro</i>	

Políticas de negociación y estrategias de intercambio en la trayectoria de la Biblioteca del Museo Nacional de Río de Janeiro en el siglo XIX	251
<i>Maria Margaret Lopes</i>	

PARTE 4:

BIBLIOTECAS, MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y PROYECTOS REVOLUCIONARIOS

Las bibliotecas durante el peronismo, 1946-1955	281
<i>Flavia Fiorucci</i>	

Bibliotecas y Revolución en Cuba	307
<i>Ricardo D. Salvatore</i>	

Cultura y resistencia: las bibliotecas de presos políticos en Uruguay (1968-1985)	335
<i>Alfredo Alzugarat</i>	

Sobre los autores	361
-------------------	-----

AGRADECIMIENTOS

El origen de este volumen se remonta al coloquio titulado «Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000» que organizamos en la Universidad Torcuato di Tella el 19 y 20 de agosto de 2014. La mayoría de autores aquí incluidos (Aguirre, Alzugarat, Bruno, Buchbinder, Farro, Fioriucci, Guibovich, Lopes y Salvatore) presentaron versiones preliminares de sus ensayos en ese evento, en el que también participaron Horacio Tarcus y Bernardo Subercasseaux, a quienes agradecemos su valiosa contribución.

Un subsidio de la Oficina del Vicepresidente para Investigación, Innovación y Estudios Graduados de la Universidad de Oregon (en la forma de un «RIGE Idea Award») y el apoyo logístico y financiero del Departamento de Historia de la Universidad Torcuato di Tella hicieron posible dicho coloquio. Nuestro agradecimiento a ambas instituciones. En la Universidad Torcuato di Tella recibimos el apoyo del rector, Ernesto Schargrodsky, y del director del Departamento de Historia, Lucas Llach. Karina Galperin, Darío Roldán, Alejandra Plaza, Juan Pablo Scarfi, Damián Dolcera y Cecilia Bari colaboraron de distintas maneras con la organización del evento.

A los ensayos presentados en el coloquio se sumaron los de Bueno, Flores Ramos, Molina Jiménez y Schwarcz, quienes aceptaron nuestra invitación a incorporarse al proyecto y nos permitieron ampliar la cobertura temática y geográfica del volumen.

Cecilia Gil Marino tradujo los ensayos de Lopes y Schwarcz y María Claudia Huerta se encargó de revisar y corregir el manuscrito completo. A ambas les expresamos nuestra gratitud por su estupendo trabajo. Un subsidio del Oregon Humanities Center de la Universidad de Oregon nos permitió contar con la ayuda

de ambas. Julia Simic, en el Digital Scholarship Center de la Universidad de Oregon, nos ayudó con la digitalización de algunas de las imágenes aquí reproducidas.

Patricia Arévalo, directora del Fondo Editorial de la Universidad Católica en Lima, acogió con entusiasmo el proyecto y supervisó todo el proceso de producción. Nuestra más sincera gratitud a ella y a todo el equipo del Fondo Editorial.

Finalmente, y como siempre, el apoyo y comprensión de nuestras esposas, Mirtha y Laura, y nuestros hijos, Carlos, Susana, Diana y Alejo, han sido nuestro mayor estímulo para culminar este proyecto. (Y nadie mejor que ellos sabe lo que los libros y las bibliotecas significan para nosotros).

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore

INTRODUCCIÓN

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore

El origen de las bibliotecas en América Latina se confunde con la historia de los procesos de colonización, evangelización, conquista e imposición de un nuevo orden político, legal, moral y racial que se iniciaron a fines del siglo XV y se consolidaron a partir del siglo XVI. Si dejamos de lado los relativamente pequeños acervos individuales de algunos conquistadores y colonizadores europeos (Leonard, 1992), las primeras bibliotecas americanas fueron colecciones formadas por órdenes religiosas para ayudar en las tareas de evangelización. Los materiales reunidos en estas colecciones pertenecían, sobre todo, a la teología, la filosofía y la historia religiosa (Osorio Romero, 1986; Millares Carlo, 1970; Medina, 1958; Guibovich, 2001). La circulación de libros en la América colonial, como es sabido, estaba sujeta a censura inquisitorial pero, como han demostrado varios estudios, existió un tráfico clandestino de libros que permitió el acceso a obras prohibidas (Guibovich, 2013). A las bibliotecas conventuales se irían sumando gradualmente importantes colecciones privadas pertenecientes a teólogos, juristas, cronistas y otros miembros de la ciudad letrada colonial (Novoa, 2013); por otro lado, se formaron también bibliotecas en instituciones educativas, sobre todo universidades, en aquellas pocas ciudades que contaban con ellas. Las bibliotecas en la América Latina colonial fueron, casi sin excepción, colecciones restringidas que contribuyeron a la imposición de modelos intelectuales, ideológicos y sociales occidentales. En otras palabras, funcionaron como elementos de sustento a la conformación de lo que Ángel Rama denominó «la ciudad letrada» (Rama, 1984).

Luego de las guerras de independencia, los recién formados Estados-nación se dieron gradualmente a la tarea de erigir bibliotecas nacionales, formadas gracias a importantes donaciones privadas y a los acervos expropiados de instituciones religiosas: Argentina y Brasil (1810), Chile (1813), Uruguay (1816),

Perú (1821), Venezuela (1833) y México (1833) estuvieron entre los primeros países independientes en crear bibliotecas nacionales¹. Luego seguirían, en la segunda mitad del siglo XIX, República Dominicana (1869), El Salvador (1870), Guatemala (1879), Costa Rica (1889) y Panamá (1892) (Moreno de Alba, 1995). Entre la inmediata posindependencia —cuando se crearon bibliotecas nacionales en Sudamérica— y la era del progreso —cuando se formaron las bibliotecas centroamericanas— hubo un periodo intermedio de guerras civiles, fragmentación política e intervenciones externas que hizo que los Estados nacionales tardaran en afianzarse como agentes fiscales y como garantes del orden público y social. Durante ese largo periodo de cincuenta o sesenta años, la violencia política, las pugnas caudillistas, el banditismo y otras formas de inseguridad hicieron inestable e improbable cualquier forma de acumulación libresca, privada o estatal. Este retraso se dio al mismo tiempo que en Europa y en Estados Unidos florecían las primeras bibliotecas públicas y avanzaban las colecciones privadas y estatales de libros, documentos y periódicos.

El carácter «nacional» de esas bibliotecas, sin embargo, tendría que ser puesto en cuestión, tanto en lo que concierne a la naturaleza de las colecciones —abrumadoramente formadas por publicaciones foráneas— como al hecho de que existían sobre todo en las grandes ciudades, dejando fuera de su ámbito operativo amplios sectores del país; por otro lado, aunque en teoría se trataba de bibliotecas «públicas» —es decir, no privadas y abiertas al público—, funcionaban en la práctica como instituciones cerradas y elitistas que, más allá de los buenos deseos de algunos intelectuales, poco o nada ofrecían a las masas de habitantes, que seguían siendo en su mayoría iletrados. Al mismo tiempo, esas bibliotecas nacionales padecían de falta de recursos para la adquisición de materiales, constantes robos y otras formas de destrucción y merma en sus colecciones, y ausencia de personal calificado y técnicas de catalogación.

Durante la era del progreso (1870-1920), las élites intelectuales tuvieron un acceso más directo al Estado —un Estado más centralizado y ya con cierta división interna del trabajo—, lo que significó un impulso a proyectos de educación popular y a ciertos programas para afincar las ciencias naturales y humanísticas en América Latina. Surgieron entonces sociedades científicas, geográficas e históricas, se fundaron museos de ciencias naturales e historia, se crearon nuevas universidades y, desde ámbitos privados o públicos, se lanzaron publicaciones locales que intentaban replicar las publicaciones científicas y humanísticas europeas. Pero, como veremos

¹ Debe aclararse que, en el caso de México, si bien la formación de la Biblioteca Nacional se decretó en 1833, debido a la constante inestabilidad política y a las varias guerras que tuvo que enfrentar ese país aquella recién se materializó en 1884 (Osorio Romero & Berenzon Gorn, 1995).

en varios de los ensayos de este volumen, el impulso hacia la educación popular no fue de la mano de un intento de construir en América Latina proyectos de educación e investigación superior y universitaria que promovieran la acumulación de fondos bibliográficos.

A lo largo del siglo XX, y de forma paralela al surgimiento de regímenes nacionalistas, populistas y revolucionarios, las bibliotecas nacionales pudieron convertirse, en algunos países de la región, en instrumentos valiosos para la investigación y la promoción de contenidos y valores nacionalistas, si bien casi siempre continuaron priorizando el servicio a las élites intelectuales por encima de su supuesta tarea de contribuir a la formación de una ciudadanía instruida y, por tanto, de una sociedad democrática.

Las bibliotecas privadas —tanto aquellas que pertenecían a individuos como a instituciones— continuaron cumpliendo un rol importante en la acumulación libresca. El coleccionismo de libros se consolidó como una práctica de carácter intelectual —hacía falta reunir materiales que permitieran a sus dueños el acceso al conocimiento que las bibliotecas públicas no ofrecían—, pero también como un símbolo de estatus. El prestigio y reputación que los miembros de la ciudad letrada derivaban de la posesión de importantes colecciones impulsó muchas veces a privilegiar esta forma de acumulación libresca. El concepto de «capital simbólico» en sus varias formas, incluyendo «prestigio, carisma y encanto», resulta particularmente relevante aquí (Fernández Fernández, 2013, p. 38). Como han subrayado varios estudiosos, las bibliotecas contribuían, junto a otros indicadores como el patrimonio material y económico, la educación, el lenguaje y los lazos matrimoniales y de amistad, a reforzar el estatus de sus propietarios y a dar forma y sentido a las estructuras y relaciones sociales (Barbier, 2015; Knox, 2014)². Además, algunas bibliotecas privadas se convirtieron en centros de sociabilidad intelectual que a veces contrastaban con la inactividad y silencio de las bibliotecas públicas. Durante la «era del progreso», las bibliotecas privadas atravesaron un periodo de expansión temática y geográfica que las diferenciaba de las bibliotecas privadas coloniales: incorporaron una mayor diversidad disciplinaria —más allá de la teología, el derecho y la historia— y aspiraron a ser mucho más comprehensivas, abriéndose a las grandes corrientes del pensamiento universal. Importantes colecciones privadas terminarían luego integradas a bibliotecas nacionales o universitarias³, pero algunas fueron

² El capital simbólico de las bibliotecas no se limitará a los miembros de las élites sociales e intelectuales. En periodos posteriores, los Estados-nación, movimientos políticos y grupos subalternos, entre otros agentes, buscarán adquirir capital simbólico a través de la formación de bibliotecas que, en su percepción, ayudaban a consolidar sus respectivas agendas.

³ Fue el caso, por ejemplo, de las bibliotecas de Andrés Bello en Chile (Jaksic, 2014), Ángel Justiniano Carranza en Argentina, José María Lafragua en México y Félix Cipriano Coronel Zagarra en Perú.

objeto de saqueo o compra por parte de instituciones extranjeras interesadas en aquello que Ricardo Salvatore ha llamado «la empresa del conocimiento» (Salvatore, 1998; Meneses Tello, 1993; Osorio Romero & Berenzon Gorn, 1995). En el caso de las bibliotecas científicas, mientras que en las universidades de investigación de Europa y Estados Unidos los gabinetes de ciencia tenían cada uno su propia biblioteca asociada —en materias como matemáticas, física, química, mineralogía y astronomía—, en América Latina fueron los museos de historia natural los que presionaron por la adquisición de bibliotecas científicas, como fue el caso de Brasil y México. En otros países también se formaron sociedades científicas que acumularon libros, folletos y revistas científicas para sus miembros; ese fue el caso de la Sociedad Científica Argentina.

El préstamo de libros a domicilio, una de las características centrales de las bibliotecas tal como funcionaban en los países de Europa y en Estados Unidos, no parece haber sido una práctica muy extendida en la región, aunque sí hubo esfuerzos por expandir la lectura y el acceso a los libros. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, varios países de América Latina llevaron adelante reformas educativas con el objeto de avanzar la alfabetización de sus poblaciones. En los países que siguieron con empeño este sendero fue necesario acompañar estos proyectos educativos con bibliotecas escolares, municipales, barriales y «populares»⁴. Uno de los pioneros en impulsar la difusión de bibliotecas populares como apoyo a la enseñanza elemental fue Domingo F. Sarmiento en Argentina en la década de 1870 (Planas, 2008). En este proceso de elevación intelectual y cultural de las clases populares también participaron los gremios obreros y las sociedades de ayuda mutua, pues formaron pequeñas bibliotecas —algunas de acceso gratuito, otras aranceladas— que se dieron en llamar «bibliotecas obreras» y, en ocasiones, «bibliotecas populares» (Tripaldi, 1996; Tarcus, 2013). Ellas representaban un desafío a la ciudad letrada entendida como baluarte de las élites políticas y sociales: bibliotecas obreras anarquistas y socialistas, por ejemplo, sirvieron para cohesionar cultural e ideológicamente al naciente movimiento obrero.

La trayectoria de las bibliotecas latinoamericanas contrasta, en algunos aspectos centrales, con la de las sociedades más desarrolladas de Europa y Estados Unidos. En el caso de las bibliotecas nacionales, ellas surgieron en esos países como auxiliares de una rama del gobierno para luego expandirse en múltiples direcciones. Algunas continuaron sirviendo de soporte documental a los gobiernos y sus colecciones se concentraron en aquellas disciplinas que se consideraban necesarias para la

⁴ En el México posrevolucionario hubo un sostenido esfuerzo estatal por aumentar la alfabetización de la población. Esto trajo consigo un aumento concomitante del número de bibliotecas públicas (Quintana, Gil & Tolosa, 1988).

formación de sujetos nacionales: la historia, geografía y literatura de la propia nación. Otras, muy pocas, se transformaron en «bibliotecas globales», como fue el caso de la Biblioteca del Museo Británico y la Biblioteca del Congreso en Estados Unidos⁵. Esta última, desde un comienzo —desde la compra de la biblioteca de Thomas Jefferson en 1815—, fijó su norte hacia una colección doble: abarcar todos los registros de la expansiva democracia norteamericana y adquirir materiales sobre todos los temas y todos los países del mundo (Cole, 1998). La idea original de Jefferson de que los miembros de una democracia podrían demandar información y saberes sobre una cantidad ilimitada de temáticas y lugares fue mantenida por más de un siglo por los directores de la biblioteca, desde Herbert Putnam hasta Daniel Boorstin, pasando por Archibald MacLeish. Y lo mismo puede decirse del corolario que surge de aquella concepción: que la Biblioteca del Congreso debía ser una biblioteca abierta a todo tipo de lectores. Como ha sostenido John Y. Cole (2005), esta biblioteca universal ha servido para difundir la idea de la democracia dentro y fuera del país. Esas impresionantes colecciones fueron pensadas para su uso futuro, porque estaba claro que ellas no serían de inmediato útiles a los académicos y científicos locales. Al expandir el límite de sus colecciones hacia otros países, culturas y lenguas, estas mostraron una ambición de universalidad no compartida por las otras bibliotecas nacionales, incluidas, por supuesto, las latinoamericanas. Al mismo tiempo, la premisa —compartida por la Biblioteca del Museo Británico y la Biblioteca del Congreso— de que las bibliotecas debían contribuir a la creación de una ciudadanía libre y a la conformación de una esfera pública (Joyce, 2003, pp. 128-137) tampoco tuvo su correlato en los países de la periferia, donde las colecciones de libros servían más bien para reforzar jerarquías sociales y excluir a las mayorías nacionales.

Las bibliotecas universitarias también forman parte de esta historia. Las universidades de los países del centro forjaron sus propios modelos de bibliotecas. Algunas bibliotecas centrales se formaron de la concentración de los recursos bibliográficos de varios *colleges*, a lo que se fueron agregando sucesivas donaciones y fondos para adquisiciones. Este fue el caso de la biblioteca del Harvard College y de la Bodleian Library en Oxford (Craster 1952; Hamlin, 1981). Sus acervos permanecieron por un tiempo limitados al uso de los departamentos y *colleges* a los cuales servían. Estas bibliotecas solo saltaron a otro nivel de complejidad y escala de operaciones cuando la propia universidad se modernizó y se transformó en una *research university*, con organización departamental, gabinetes de investigación, profesores a tiempo completo y programas de posgrado (Geiger, 1986). Este cambio organizativo y cualitativo animó esfuerzos más sostenidos y ambiciosos en

⁵ Sobre los orígenes de la Biblioteca del Museo Británico, véase Harris, 1999, pp. 134-135.

materia de adquisiciones bibliográficas. Según Bivens-Tatum (2011), la Universidad de Berlín, fundada en 1810, fue la primera *research university* en el mundo y el modelo en el que se inspirarían universidades norteamericanas ya existentes, como Yale y Harvard, o recién creadas, como Cornell (1868) y Johns Hopkins (1876), para convertirse en poderosas instituciones de producción de conocimientos. Con ello, la necesidad de contar con bibliotecas especializadas y de gran envergadura se volvió una prioridad. Y aquí es donde la historia de las bibliotecas universitarias de estas sociedades avanzadas y aquella de las bibliotecas privadas e institucionales latinoamericanas se cruzan: la expansión de las primeras se hizo, muchas veces, a expensas de las segundas. Como sucedió también con el arte, la arqueología y los documentos manuscritos, la acumulación en el centro tenía su correlato en la pérdida de patrimonio en la periferia. Las bibliotecas y sus historias, por tanto, tienen mucho que enseñarnos sobre prácticas imperiales, formas de dominación y situaciones de subalternidad en las relaciones entre los países del norte y aquellos situados en las zonas económicamente menos desarrolladas del mundo (Salvatore, 2008).

Aunque las formas de adquisición y los objetivos eran similares a aquellos en América Latina, las dimensiones del coleccionismo privado fueron abismalmente diferentes en Estados Unidos y Europa⁶. Además, el fenómeno de formar bibliotecas entre hombres de negocios no necesariamente vinculados al quehacer intelectual está prácticamente ausente en América Latina. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en Estados Unidos e Inglaterra, ricos hombres de negocios e intelectuales comenzaron a forjar bibliotecas privadas de 10 000, 20 000 y hasta 50 000 volúmenes. Entre ellas están las de John Jacob Astor, Hubert H. Bancroft y Archer M. Huntington en Estados Unidos, y las de Edward Gibbon, John R. Abbey y Richard Copley Christie en Gran Bretaña (Pearson, 2006; Connell, 2000). Un fenómeno similar se dio en otros países europeos como Alemania y Francia. El coleccionismo de obras raras fue uno de los pasatiempos preferidos de burgueses e intelectuales de la era del progreso. Aparte de la pasión por impresos raros que movió a estos coleccionistas, sus valiosas colecciones privadas les otorgaban una especial forma de capital simbólico y social. Con el tiempo, muchas de estas grandes colecciones privadas terminaron formando parte del acervo de bibliotecas universitarias, ya sea por donación o compra.

Por otro lado, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, existieron durante el siglo XIX las así llamadas *free libraries*, *subscription libraries* o *association libraries*, asociaciones civiles que financiaban la compra de libros a través de suscripciones o

⁶ Véase, por ejemplo, Salvatore, 2014, donde se contrastan procesos de acumulación de libros en Lima y San Francisco.

cuotas entre sus socios (Allan, 2015). Esta forma de biblioteca no fue muy diferente de lo que en el resto de Europa se conoció como «círculos literarios» o «gabinetes de lectura»⁷. Y de nuevo volvemos a Nueva Inglaterra para encontrar, a mediados del siglo XIX, las primeras bibliotecas públicas financiadas con impuestos y votadas por las legislaturas locales. Este fue el caso de la Boston Public Library y, más tarde, de la New York Public Library (Wiegand, 2015). Este tipo de bibliotecas públicas municipales ha existido en diversos países latinoamericanos, pero la inestabilidad política, la falta de recursos y una concepción más bien elitista de la cultura impidieron que se convirtieran en instrumentos al servicio de la ciudadanía.

Los ensayos reunidos en este volumen contribuyen a enriquecer la historia de la acumulación libresca que hemos resumido muy sumariamente en los párrafos precedentes y ofrecen una muestra variada y representativa de las complejas y cambiantes historias detrás de la formación de bibliotecas privadas, institucionales, nacionales y científicas en América Latina. La primera parte, «Bibliotecas y formación del Estado-nación», se abre con el ensayo de Pedro Guibovich, que nos presenta a la Biblioteca Nacional del Perú como una institución pensada como un gabinete de lecturas de la élite ilustrada, un ámbito exclusivo del «lector serio». Su director durante veintinueve años, el literato e historiador Ricardo Palma, se esforzó por minimizar el número de lectores de novelas y de poesía, géneros que él consideraba propicios para el entretenimiento de holgazanes. Su larga permanencia al frente de la biblioteca estuvo relacionada con su heroica tarea de reconstruir el acervo de la biblioteca, arrasado por los soldados chilenos durante la invasión de 1881-1883, pero también con el distanciamiento de Palma de las vicisitudes de la política peruana. La biblioteca fue un refugio donde Palma pudo leer y escribir, además de socializar con los miembros de la ciudad letrada peruana.

El ensayo de Paula Bruno se centra en la figura descolante de Paul Groussac, un intelectual de origen francés que dirigió la Biblioteca Nacional argentina por 44 años, de 1885 a 1929. Groussac ordenó y modernizó una biblioteca que había permanecido desordenada y anticuada debido a los vaivenes de la vida política argentina: comandó la confección de un catálogo general, organizó un fichero para la consulta del público, recogió importantes fuentes de archivo y mudó las colecciones a un edificio más amplio. Bruno se concentra en la figura de Groussac

⁷ De hecho, las «salas de lectura» de los Cartistas ingleses eran en realidad bibliotecas cooperativas que compitieron con las así llamadas *subscription libraries*. Sin embargo, en breve, estas bibliotecas fueron reemplazadas por las bibliotecas públicas. En Inglaterra, la primera fue la Manchester Public Library, creada en 1852 (Battles, 2015, pp. 135-137).

como promotor cultural, polemista y árbitro estético del mundo intelectual local. El director usó las revistas publicadas por la institución —*La Biblioteca y Anales de la biblioteca*— para traer novedades científicas y literarias al pequeño núcleo de lectores ilustrados a quienes estas publicaciones iban destinadas⁸. A partir de la biblioteca, el intelectual franco-argentino construyó para sí un enorme prestigio como árbitro estético y cultural de la nación en la era del progreso. Su crítica severa a jóvenes escritores y sus recurrentes polémicas con intelectuales formados generaron distancia y recelo entre el núcleo de la ciudad letrada que este tipo de biblioteca trataba de integrar. Groussac tenía una opinión negativa sobre los intelectuales locales y atribuía muchas de sus falencias a su relación con la política partidaria. Como Ricardo Palma, el intelectual franco-argentino también supo mantenerse alejado de los vaivenes políticos. Esta circunstancia, unida a su prestigio intelectual, le permitió una larga permanencia al frente de Biblioteca Nacional.

En su capítulo, Iván Molina Jiménez presenta un panorama general del estado y crecimiento de las bibliotecas de Centroamérica. El ensayo muestra claramente que estas bibliotecas fueron el resultado del esfuerzo de gobiernos liberales durante la era del progreso (1870-1920). Los cinco países —Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica— fundaron este tipo de instituciones entre 1879 y 1888, en un contexto en el que se discutía como problemas centrales de la construcción de la identidad nacional la escasez de obras de autores centroamericanos y la inexistencia de repositorios bibliográficos. El derrotero de la acumulación de libros y documentos fue diferente. En algunos países, la confiscación de colecciones conventuales (Guatemala) y la compra de bibliotecas cardenalcias (El Salvador) dieron lugar a colecciones ricas en materiales coloniales y religiosos. En los otros, por compra o donación, se adquirieron colecciones más bien pequeñas —de entre 14 000 y 24 000 volúmenes—, con un predominio de obras en francés y otros idiomas extranjeros —89% de los títulos provenían de Europa—. Aunque creadas para promover la difusión del libro nacional, las obras de autores centroamericanos constituían el 5% o menos de estas colecciones. La más exitosa de estas bibliotecas nacionales fue sin duda la de Costa Rica, que acumuló más de 100 000 volúmenes. Este crecimiento debió su impulso a una fuerte campaña estatal de alfabetización que redujo rápidamente las tasas de analfabetismo en centros urbanos y generó un fuerte aumento del número de lectores y de la demanda de libros. La Biblioteca Nacional de Costa Rica fue tal vez la única biblioteca de la región provista de gran variedad de materiales y abierta a la consulta de todo tipo de público, incluyendo escolares, lectores de novelas y toda persona que necesitara información práctica.

⁸ A diferencia de Palma, Groussac logró publicar revistas de calidad comparable con las de Europa, publicaciones pioneras que dieron albergue a los escritos de literatos, historiadores y hombres de ciencia, además de contener valiosos materiales para el estudio de la historia.

El ensayo de Flores Ramos traza el desarrollo de las bibliotecas de Puerto Rico en un contexto colonial. Examina el devenir del Gabinete de Lectura de la ciudad de Ponce durante la dominación española (1835-1898) y luego la Biblioteca Insular de San Juan, que pasaría a llamarse Biblioteca Carnegie gracias al apoyo financiero de la Fundación del mismo nombre hacia 1916-1917. El primer proyecto refleja el esfuerzo de un grupo de liberales y autonomistas por dotar a la ciudad de Ponce de un espacio de lectura para sus residentes letrados. Esta institución adquirió la forma de una *subscription library*; se trataba de una pequeña colección construida en base a la suscripción de sus socios-usuarios. Esta biblioteca nunca excedió los 3500 volúmenes y el número de lectores fue más bien bajo. El segundo proyecto fue producto de la nueva administración norteamericana. El gobierno de ocupación creó la *San Juan Free Library*, una biblioteca por suscripción pensada como un instrumento para la educación popular. Esta biblioteca catalogó sus obras bajo el sistema Dewey y obtuvo donaciones de obras en inglés del gobierno de Estados Unidos. En 1903 se transformó en la Biblioteca Insular, una combinación de biblioteca pública y archivo de documentos gubernamentales. Esta nueva organización acrecentó su acervo hasta poseer más de 25 000 volúmenes, parte de los cuales conformaban la Colección Puertorriqueña. En 1916, con un subsidio importante de la Fundación Carnegie, la biblioteca pudo construir un edificio moderno y mudar allí sus fondos bibliográficos. Al frente de ella se nombró al primer puertorriqueño graduado en bibliotecología en Estados Unidos. Para el autor, la modernidad colonial que Estados Unidos propuso a Puerto Rico hizo de la Biblioteca Carnegie un instrumento más del proceso de «americanización» y, por tanto, un momento de despolitización de la educación y la cultura en la isla.

La segunda sección, «Bibliotecas y cultura letrada», empieza con el ensayo de Lilia Schwarcz, que narra el traslado de la Biblioteca Real de Portugal a la nueva sede del gobierno en Río de Janeiro, Brasil (1810-1811). Una biblioteca anterior con el mismo nombre y propósito había sido destruida por el devastador terremoto que azotó a Lisboa en 1755, y luego reconstruida bajo el reinado de José I. Esta biblioteca reconstruida y agrandada llegó a ser una de las mayores y más variadas de Europa, conteniendo todo tipo de libros, incluso aquellos prohibidos por la Inquisición. La biblioteca fue transportada por barco a Río de Janeiro en varias etapas. Luego, cuando Brasil declaró su independencia —en circunstancias en que el rey debió regresar a Lisboa—, el emperador Pedro I debió pagar una enorme suma de dinero para indemnizar al reino de Portugal por la pérdida de la biblioteca. A un lado y otro del Atlántico, la Biblioteca Real —luego Imperial— fue un emblema que representaba una tradición de monarcas ilustrados y coleccionistas de libros, mapas y documentos. No es sorprendente, entonces, que los avatares de la biblioteca siguieran de cerca las transformaciones que sufrió la monarquía en Portugal y en Brasil.

El trabajo de Pablo Buchbinder relaciona el desarrollo de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (1871-1879) con el difícil proceso de formación de una sociabilidad intelectual autónoma que giraba alrededor de bibliotecas privadas. En la década de 1860, la debilidad del Estado y la inestabilidad del periodo que siguió a Caseros hicieron que letrados e intelectuales formaran importantes bibliotecas privadas e intercambiaran entre ellos libros y documentos. El análisis de algunas de estas colecciones —Mitre, Lamas y Gutiérrez— muestra la existencia y funcionamiento de una importante red transnacional de intelectuales cuya vocación colectiva fue formar «bibliotecas americanas». Intentos anteriores de crear ámbitos de sociabilidad intelectual habían fracasado. Por ello, cuando Vicente Quesada asumió la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, quiso hacer de esta un espacio para la interacción de intelectuales que sirviera para fomentar las disciplinas humanísticas. La biblioteca, tal como Quesada la concebía, debía servir exclusivamente a «los estudiosos», no al público en general. Las tareas de alfabetización debían apoyarse en otro tipo de bibliotecas, las así llamadas «bibliotecas populares». Su posición un tanto elitista chocó con la de Domingo F. Sarmiento, quien, en su intento de promover la educación elemental, favorecía las bibliotecas de libre acceso, con préstamos domiciliarios. Quesada se negaba a dejar que libros o documentos salieran de la sede de la Biblioteca Pública.

El ensayo de Carlos Aguirre examina la naturaleza, evolución y destino de las bibliotecas privadas de una muestra de veintisiete intelectuales peruanos durante el siglo XX. El autor encuentra que si bien los medios económicos facilitaron la tarea de los coleccionistas, hubo otros factores tal vez más importantes. Buena parte de estos intelectuales construyeron «bibliotecas de trabajo», algunas grandes, otras medianas y otras pequeñas. La expansión de estos patrimonios libresco tuvo que ver más con las trayectorias personales de los autores, con sus exilios, viajes y separaciones, que con la tenacidad u obsesión con el objeto-libro. En general, estas bibliotecas sirvieron para el trabajo de investigación y lectura de sus propietarios. Fueron muy pocos los autores que convirtieron sus bibliotecas en ámbitos de socialización y circulación de materiales. De las veintisiete colecciones examinadas, solo tres fueron vendidas al extranjero; la mayor parte fueron transferidas —total o parcialmente— a instituciones de la cultura en Perú: universidades, institutos y bibliotecas públicas. Un grupo pequeño de estas colecciones privadas «desapareció» o fue desintegrada en múltiples lotes y regalada o vendida. Si bien la Biblioteca Nacional y, en general, las agencias del Estado peruano no tuvieron una política clara con respecto a las colecciones privadas, una serie de factores contribuyeron a que estos fondos bibliográficos permanecieran en el Perú. Para mostrar los senderos sinuosos que siguieron algunas de estas bibliotecas, Aguirre analiza en detalle el devenir de cinco de estas colecciones: las de José Carlos Mariátegui, Luis Alberto Sánchez, Félix Denegri Luna,

Mario Vargas Llosa y Julio Ramón Ribeyro. Estos ejemplos muestran la importancia de los cambios políticos y sociales que afectaron la vida de estos intelectuales en la acumulación de libros: situaciones desagradables como prisiones, exilio, separaciones de pareja y pobreza afectaron la integridad y continuidad de estas colecciones. Aguirre concluye con algunas reflexiones en torno a las dificultades existentes para la formulación de políticas públicas consistentes y viables para la preservación del patrimonio bibliográfico acumulado por personas privadas.

En el primer ensayo de la tercera sección, «Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales», Christina Bueno narra la rápida transformación de la Biblioteca del Museo de México —más tarde el Museo Nacional de Antropología— durante el Porfiriato. Francisco del Paso, uno de sus directores, juega en esta historia un rol crucial. Este intelectual y coleccionista pasó veinte años de su vida en repositorios europeos copiando fuentes sobre la antigüedad indígena y el periodo colonial. Esto hizo que, con el tiempo, la Biblioteca del Museo de México se transformara en una de las más ricas del mundo, en posesión de una valiosa colección de códices mesoamericanos y otros libros y documentos raros. Un nuevo Estado centralizado, promotor del orden y el progreso y con suficientes recursos, dio apoyo a este proceso de acumulación de textos y objetos que en el futuro servirían para escribir la historia patria. Se buscaba reducir los «muchos Méxicos» a una única nación, México, orgullosa de mostrar al mundo una continuidad desde el periodo precolombino. El Estado porfirista apoyó este proceso de invención de la nación, tanto en el museo como en la escritura de la historia. Por esa época, el Museo y su biblioteca promovieron un desarrollo sin precedentes de la arqueología y la antropología y permitieron revertir en cierta medida la «diáspora bibliográfica» generada por siglos de saqueo al patrimonio cultural de México. Poscolonialistas antes de su tiempo, los constructores del Museo de México se dieron cuenta de que para contar la larga historia de la nación mexicana se necesitaba escarbar en bibliotecas y museos europeos.

Máximo Farro, en su estudio de las bibliotecas privadas de dos intelectuales argentinos del siglo XIX —Bartolomé Mitre y Samuel Lafone Quevedo—, señala la existencia de bibliotecas paralelas hechas de papeles de investigación, a saber: una serie de cuadernillos, fichas, transcripciones, correspondencia, listados, resúmenes de obras, etc. Estas colecciones de papeles de trabajo reflejan el uso de las bibliotecas privadas como espacios de producción de conocimientos. Farro muestra cómo Bartolomé Mitre usó su colección de libros y documentos sobre lenguas americanas para imaginar un tratado sobre los indígenas del Río de la Plata y otro sobre los indígenas de Sudamérica. A partir de múltiples obras de su colección, Mitre extrajo y sistematizó conocimientos utilizando fichas y resúmenes. Paralelamente, Lafone Quevedo utilizó su valiosa colección de etnografía andina para separar vocablos de

lenguas indígenas y tabularlos en listados de dos columnas. De allí pudo extraer proposiciones generales sobre partículas pronominales y sobre los mecanismos de aglutinación de las lenguas indígenas. Desde sus gabinetes-bibliotecas, ambos intelectuales contribuyeron a la conformación de una primera etnografía lingüística en el Río de la Plata. Farro sugiere que, desde su Catamarca natal y utilizando una colección privada formada sobre la base de obras de autores europeos, Lafone Quevedo pudo participar en la empresa transnacional de descubrimiento de las culturas indígenas de la región.

En su estudio de la Biblioteca del Museo de Río de Janeiro, Maria Margaret Lopes se ocupa de la problemática de las bibliotecas científicas. Durante las primeras dos o tres décadas de existencia, el Museo careció de libros sobre historia natural para contrastar y clasificar sus colecciones de minerales, plantas, peces y animales. Sus directores carecían de presupuesto para la compra de libros y, de hecho, las pocas compras que se realizaron se hicieron a través de los fondos de la Biblioteca Pública de Río, la cual les transfería luego las obras. Fue el establecimiento de la Comisión de Exploración a las Provincias del Norte lo que, a partir de 1856, dio al museo la posibilidad de adquirir las previamente demandadas obras clásicas. Un experto fue enviado a Europa para contactar libreros y realizar los pedidos. Los libros adquiridos tenían altos precios pues algunos eran obras clásicas de las cuales quedaban muy pocos ejemplares para la venta, o se buscaban ediciones con las mejores ilustraciones. Hacia 1863, el museo ya poseía un caudal importante de volúmenes científicos: cerca de 1200. Pero fue la publicación de la revista del museo, *Archivos do Museo*, lo que posibilitó adquirir, por medio del canje, las principales revistas científicas de Estados Unidos, Europa, Medio Oriente y África. Esta colección, estrictamente científica, permaneció a disposición de los funcionarios del Museo de Río y se usó para clasificar los especímenes traídos por la propia Comisión de Exploración a las Provincias del Norte.

La última sección del libro, «Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios», se inicia con el ensayo de Flavia Fiorucci sobre el impacto de las políticas culturales del peronismo en las bibliotecas argentinas. Fiorucci enfatiza la continuidad del ideario liberal en la vida de las bibliotecas argentinas a lo largo del primer peronismo. Durante gran parte del gobierno peronista (1946-1955), estuvo al frente de la Biblioteca Nacional Gustavo Martínez Zuviría, un nacionalista católico con fama de antisemita. En su visión, la preservación de las colecciones de la biblioteca era la primera prioridad y ellas serían útiles para investigadores serios y no para escolares o gente sin ocupación. Esta posición contradecía la doctrina igualitaria del peronismo. Martínez Zuviría pudo resistir diversos intentos del gobierno de hacer que la Biblioteca se alineara con la nueva doctrina y la revolución justicialistas, al punto de negarse a contribuir con proyectos o actividades para el

Plan Quinquenal. Tal vez por eso, el gobierno peronista invirtió mayores fondos para apoyar las adquisiciones de las bibliotecas populares, con la idea de que el libro llegara a las masas. Pero también en este terreno la autora detecta una cierta continuidad. Entre 1944 y 1949, dirigió la Comisión de Bibliotecas Populares (CONABIP) un poeta católico, Carlos Obligado, quien continuó el proyecto original de Sarmiento de educar al pueblo ciudadano en completa libertad, sin censuras ni presiones. De hecho, CONABIP, ahora receptora de cuantiosos recursos para la compra de libros, pudo mantener la autonomía de las bibliotecas populares en la selección del material de lectura. Su sucesor, un escritor peronista que provenía del mundo obrero, Horacio Velázquez, curiosamente mantuvo la misma política de adquisiciones. En sus charlas citaba con mayor frecuencia a Sarmiento que a Eva o Juan Perón. Fiorucci sostiene que, en materia de acumulación libresco, el peronismo no intentó o no pudo utilizar a las bibliotecas como instrumentos de propaganda de su doctrina. En cierto sentido, la Biblioteca Nacional y las bibliotecas populares fueron bastiones o fortalezas del liberalismo cuyas torres Perón no pudo derribar.

En su ensayo, Ricardo Salvatore revisa los cambios que trajo la Revolución cubana al sistema bibliotecario y las prácticas de lectura en la isla. Fidel Castro prometió que la Revolución haría que cada campesino y obrero tuviese una biblioteca en su casa. En realidad, ocurrió lo contrario: luego de la Revolución se produjo una importante concentración de colecciones —antes privadas— en la Biblioteca Nacional de Cuba. Se constituyó un sistema de bibliotecas que incluía bibliotecas escolares y municipales, pero bajo el rígido control del comisariado cultural de la Revolución. El nuevo régimen produjo un cambio de gran trascendencia en materia de escolarización. La campaña de alfabetización de 1961 elevó rápidamente el número de lectores en la isla y así creó un público que demandaría libros en el futuro. La Biblioteca Nacional de Cuba se transformó en una gran biblioteca por sus colecciones aumentadas, su nueva Sala Martí de autores cubanos y su dedicación a hacer llegar el libro al pueblo trabajador y campesino. Su directora, María Teresa Freyre de Andrade, hizo mucho para transformarla en una institución moderna al servicio de la construcción del socialismo. Pero los funcionarios castristas pronto descubrieron el lado liberal de esta militante comunista y eso determinó su escandalosa separación en 1967. Freyre de Andrade creía en el socialismo y la revolución, pero también creía que los lectores debían escoger sus propias lecturas. La Revolución, por otro lado, creó un virtual monopolio en la producción de libros. La Imprenta Nacional, a cargo de Alejo Carpentier, publicó una selección de obras de la literatura universal para ponerlas a disposición de los nuevos alfabetizados. Casa de las Américas y otras instituciones lanzaron también ediciones masivas de autores cubanos y latinoamericanos. Pero los requerimientos del sistema educativo y el énfasis en cuestiones tecnológicas y de planificación —producto del acercamiento

al socialismo soviético— hizo que la Imprenta Nacional se concentrara, sobre todo, en la producción de manuales escolares y obras técnicas. Aunque la Imprenta Nacional publicó millones de ejemplares por año, una porción reducida de su presupuesto era destinada a la literatura. Por ello, los cubanos «devoraban» cada nuevo libro de literatura que salía al «mercado» —agotaban cada nueva impresión en materia de días—, lo que hacía que los estantes de la Cuba socialista parecieran estar siempre semivacíos.

Finalmente, Alfredo Alzugarat nos presenta un análisis sorprendente de las bibliotecas carcelarias de Uruguay durante el periodo 1968-1974. Nos informamos aquí de las prácticas educativas y de lectura de los presos militantes que colmaban ciertos penales uruguayos. En esta época, muchos guerrilleros y guerrilleras fueron apresados y remitidos a cárceles de mediana y alta seguridad: los penales de Libertad, Punta Carretas y Punta de Rieles. Al principio, los presos gozaron de amplia discreción para organizar bibliotecas, distribuir libros y dictar cursos a sus compañeros. Con el objetivo central de formar cuadros militantes para la futura revolución, los presos formaron bibliotecas con predominio de textos marxistas —y algo también de filosofía, política y sociología— y establecieron escuelas de cuadros dentro del penal. Pero, con el golpe militar de junio de 1973, se introdujo la censura de las lecturas en las bibliotecas de las cárceles, se requisaron los libros que los presos tenían en sus celdas y muchos de estos libros —aquellos considerados inconvenientes o prohibidos— fueron quemados en piras o calderas. Entonces los presos guerrilleros optaron por crear pequeñas bibliotecas clandestinas. Estas estaban compuestas por pequeños librillos manuscritos, microcopiados en hojas de papel de fumar y luego protegidos por bolsitas de plástico. Así preparados, estos libros-cápsula se escondieron en retretes y patas de camas o se enterraron en las paredes de las celdas. Con el tiempo, la represión se hizo extrema. Entonces, los presos volvieron a leer obras tradicionales de la literatura universal, tomadas prestadas de la biblioteca central de la prisión. De esta manera, los presos políticos se internaron en un proceso de reflexión y autoconocimiento y se encontraron con el placer estético de la lectura, a la vez que se alejaban de la lectura instrumental de obras marxistas.

Los ensayos incluidos en este volumen, como el lector puede apreciar en los resúmenes precedentes, exploran el rol de las bibliotecas públicas y privadas en relación con la formación de los Estados-nación en América Latina y la circulación y adopción de modelos bibliotecarios extranjeros. Al mismo tiempo, examinan la función de las bibliotecas como repositorios de capital simbólico y autoridad institucional. Al igual que otras instituciones, las bibliotecas contribuyeron a procesos

de acumulación y difusión del conocimiento y, en este sentido, desempeñaron un rol crucial en la formación de los Estados-nación en el hemisferio. La fundación de bibliotecas nacionales representó una instancia fundamental en la construcción del orden republicano y en los esfuerzos —muchas veces fallidos— por formar ciudadanos ilustrados y virtuosos.

Sin embargo, las bibliotecas representan un tipo de acumulación de conocimiento —fundamentalmente occidental— que acompañó la imposición o reforzamiento de jerarquías sociales, raciales y culturales. Como elementos centrales de la cultura de la ilustración, a partir de finales del siglo XVIII y sobre todo comienzos del XIX, las bibliotecas estaban en principio concebidas para instruir a todos los ciudadanos, pero se enfrentaron con enormes obstáculos para cumplir ese rol, puesto que amplios sectores de la población —iletrados, campesinos, trabajadores y otros grupos subalternos— no tenían acceso a ellas. La historia de las bibliotecas también nos permite abordar la importante problemática de la democratización de la lectura y del acceso a los bienes culturales. Como puede apreciarse en el ensayo de Alzugarat, aún entre los grupos armados de los años setenta hubo militantes muy versados en filosofía, política, sociología e historia que enseñaban a otros militantes semianalfabetos. Unos y otros descubrieron dentro de la prisión su pasión por la lectura, lo que es indicativo del fracaso del aparato educativo estatal ya muy entrado el siglo XX.

Las bibliotecas privadas y no estatales también forman parte de esta historia. Valiosísimas y muchas veces masivas colecciones privadas de libros y documentos —pertenecientes a miembros de las élites sociales y culturales o a académicos e intelectuales— constituían fuentes de conocimiento, pero también de prestigio y estatus y, por tanto, ayudaban a perpetuar nociones preexistentes sobre el valor superior de los libros y la cultura impresa en relación con productos culturales orales, tradicionales o no occidentales. Bibliotecas conectadas a instituciones científicas, educativas y culturales —universidades y museos, por ejemplo— se convirtieron en repositorios fundamentales para la circulación, adopción y producción de conocimiento, si bien lo hicieron dentro de las limitaciones económicas, sociales e institucionales propias de la época. Por otro lado, desde comienzos del siglo XX se empezaron a formar bibliotecas más modestas en tamaño y con un carácter y una significación distintos, pues apuntaban a la democratización de la cultura y los libros. Es el caso de las bibliotecas de sindicatos, clubes de barrio, iglesias, partidos políticos y otros tipos de organizaciones de la sociedad civil. Grupos subalternos y activistas vieron en las bibliotecas fuentes de ilustración y educación que podrían ayudarlos a superar los estigmas y exclusiones que experimentaban en la vida cotidiana.

Finalmente, diversos proyectos políticos que buscaban transformar el *statu quo* y empoderar o al menos movilizar a amplios sectores de las clases populares —dos ejemplos saltantes son el peronismo en Argentina y la Revolución cubana— recurrieron también a la promoción de la lectura y a la creación o consolidación de bibliotecas que, en su diseño, permitirían el acceso de amplios sectores a la cultura. Al lado de masivos proyectos editoriales y educativos, estos regímenes imaginaron la proliferación de bibliotecas como un mecanismo de democratización de la cultura, pero también como una forma de ensanchar los vínculos de clientelismo con los sectores populares.

En suma, este volumen intenta echar nuevas luces sobre la historia comparativa de las bibliotecas en América Latina y, en particular, sobre su rol en los conflictos sociales y culturales, la formación de los Estados-nación, los procesos de cambio político e institucional, la producción de conocimiento en la región y la acumulación de capital cultural y simbólico. Este conjunto de ensayos intenta contribuir a la historia de las bibliotecas y, a la vez, abrir líneas de conversación con otras profesiones y saberes también interesados en la cuestión de la preservación de los activos culturales y la difusión del conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Allan, David (2015). «The Advantages of Literature»: The Subscription Library in Georgian Britain. En Alice Crawford (ed.), *The Meaning of the Library. A Cultural History* (pp. 102-123). Princeton: Princeton University Press.
- Barbier, Frédéric (2015). *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand.
- Battles, Matthew (2015). *Library. An Unquiet History*. Nueva York y Londres: W.W. Norton & Co.
- Bivens-Tatum, Wayne (2011). *Libraries and the Enlightenment*. Los Ángeles: Library Juice Press.
- Cole, John Y. (1998). Books, Reading, and the Library of Congress in a Changing America. *Libraries & Culture*, 33(1), 34-39.
- Cole, John Y. (2005). The Library of Congress Becomes a World Library, 1815-2005. *Libraries & Culture*, 40(3), 385-398.
- Connell, Philip (2000). Bibliomania: Book Collecting, Cultural Politics, and the Rise of Literary Heritage in Romantic Britain. *Representations*, 71, 24-47.
- Craster, Edmund (1952). *History of the Bodleian Library 1845-1945*. Oxford: Clarendon.

- Fernández Fernández, José Manuel (2013). Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu. *Papers*, 98(1), 33-60.
- Geiger, Roger L. (1986). *To Advance Knowledge: The Growth of American research Universities, 1900-1940*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Guibovich Pérez, Pedro (2001). The Printing Press in Colonial Peru: Production Process and Literary Categories in Lima, 1584-1699. *Colonial Latin American Review*, 10(2), 167-188.
- Guibovich Pérez, Pedro (2013). *Lecturas prohibidas. La censura inquisitorial en el Perú tardío colonial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hamlin, Arthur T. (1981). *The University Library in the United States: Its Origins and Development*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Harris, Michael H. (1999). *History of Libraries in the Western World*. Lanhan (MD) y Londres: Scarecrow.
- Jaksic, Iván (2014). De colección privada a colección nacional: los libros de Andrés Bello. En Rafael Sagredo Baeza (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio Republicano de Chile* (pp. 67-78). Santiago de Chile: DIBAM.
- Joyce, Patrick (2003). *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*. Nueva York: Verso.
- Knox, Emily J. M. (2014). Supporting Intellectual Freedom: Symbolic Capital and Practical Philosophy in Librarianship. *The Library Quarterly*, 84(1), 8-21.
- Leonard, Irving (1992[1949]). *Books of the Brave: Being an Account of Books and of Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth-Century New World*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Medina, José Toribio (1958). *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- Meneses Tello, Felipe (1993). La problemática de las bibliotecas personales de insignes estudiosos mexicanos. *Omnia*, 9(27), 83-95.
- Millares Carlo, Agustín (1970). Bibliotecas y difusión del libro en Hispanoamérica colonial: intento bibliográfico. *Boletín Histórico, Fundación John Boulton*, 22, 25-72.
- Moreno de Alba, José G. (ed.) (1995). *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Novoa, Mauricio (2013). Más venerados que las mismas leyes: los libros de derecho romano-medieval en la biblioteca del oidor Pedro Bravo del Ribero (1786). Ponencia presentada en el Seminario Internacional «La cultura del libro: aproximaciones desde la historia y el arte». Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 22-23 de agosto.

- Osorio Romero, Ignacio (1986). *Historia de las bibliotecas novohispanas*. Ciudad de México: Dirección General de Bibliotecas.
- Osorio Romero, Ignacio & Boris Berenzon Gorn (1995). Biblioteca Nacional de México. En José G. Moreno de Alba (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 325-363). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Planas, Javier (2008). «Discurso sobre bibliotecas populares: Sarmiento». Tesis de Licenciatura en Bibliotecología y Ciencias de la Información. Universidad Nacional de La Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1138/te.1138.pdf>
- Pearson, David (2006). Private Libraries and the Collecting Instinct. En Alistair Black & Peter Hoare (eds.), *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland, vol. 3: 1850-2000* (pp. 180-202). Cambridge: Cambridge University Press.
- Quintana, Guadalupe; Cristina Gil & Guadalupe Tolosa (1988). *Las bibliotecas públicas en México, 1910-1940*. Ciudad de México: Dirección General de Bibliotecas.
- Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Salvatore, Ricardo (1998). The Enterprise of Knowledge. Representational Machines of Informal Empire. En Gilbert M. Joseph, Catherine C. LeGrand & Ricardo D. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (pp. 69-105). Durham: Duke University Press.
- Salvatore, Ricardo (2008). Libraries and the Legibility of Hispanic America: Early Latin American Collections in the United States. En Josef Raab & Martin Butler (eds.), *Hybrid Americas: Contacts, Contrasts and Confluences in New World Literatures and Cultures* (pp. 191-211). Münster y Tempe: LIT y Bilingual Publishers.
- Salvatore, Ricardo (2014). Progress and Backwardness in Book Accumulation. Bancroft, Basadre, and their Libraries. *Comparative Studies in Society & History*, 56(4), 995-1026.
- Tarcus, Horacio (2013). *Marx en la Argentina: Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tripaldi, Nicolás (1996). La política y los centros de lectura: los socialistas fundan sus primeras bibliotecas en la ciudad de Buenos Aires 1894-1899. *Revista de Biblioteconomía de Brasília*, 20(1), 41-51.
- Wiegand, Wayne A. (2015). *Part of Our Lives. A People's History of the American Public Library*. Nueva York: Oxford University Press.

PARTE 1:
BIBLIOTECAS Y FORMACIÓN
DEL ESTADO-NACIÓN

«UN VERDADERO TEMPLO ALZADO AL SABER HUMANO»: RICARDO PALMA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Pedro M. Guibovich Pérez

«La antigua y rica Biblioteca del Perú fue transportada a Chile. En el último cuarto del siglo XIX han sido los libros, el pan de la inteligencia, considerados como botín de guerra. Hemos retrocedido a los tiempos bárbaros del califa Omar» (Palma, 2005, I, p. 255). De esta forma le expresó el escritor Ricardo Palma a Marcelino Menéndez y Pelayo su estado de ánimo ante el saqueo del que había sido objeto la Biblioteca Nacional del Perú por la oficialidad militar chilena durante la ocupación de Lima entre 1881 y 1883. A continuación, Palma le refirió que el gobierno peruano había decretado la fundación de una nueva biblioteca, además de honrarle con la dirección de la misma. Y agregó: «El país ha acogido con entusiasmo el propósito y, en menos de quince días, he recibido donativos por más de diez mil volúmenes». En el contexto de la posguerra, con un país en ruinas y sin recursos económicos, no extraña que Palma concluyese su epístola haciendo un pedido de libros en términos que lo harían célebre: «Un bibliotecario mendigo se dirige, pues, al ilustre literato, para pedirle la limosna de sus obras, y que avance su caridad hasta solicitar de sus esclarecidos compañeros, en las Academias de la Historia y de la Lengua, contribuyan a la civilizadora fundación encomendada, más que a mis modestas aptitudes, a mi entusiasmo y perseverancia» (Palma, 2005, I, p. 255).

El apelativo de «bibliotecario mendigo» le ganó fama a Palma en vida y, sobre todo, en la posteridad. Es conocido su trabajo no de fundación, sino de reconstrucción de la biblioteca. Mucho se ha escrito sobre ello, en gran parte en tono encomiástico. Sin desmerecer esas lecturas que han hecho de Palma una suerte de héroe civil en el Perú de la posguerra, poco o nada se ha dicho acerca de la función que, según él, debía cumplir el primer repositorio bibliográfico del país. En las páginas que siguen, argumento que el rol que Palma le asignó a la biblioteca estuvo lejos de favorecer una democratización de la lectura. Por el

contrario, el escritor concebía la misión de la biblioteca en términos elitistas: un espacio para que los ciudadanos instruidos cultivaran la inteligencia. Para entender lo anterior hay que tomar en cuenta dos aspectos: las adquisiciones bibliográficas y la organización administrativa de la Biblioteca Nacional; y la conversión de esta última en un refugio para sustraerse de la actividad política, lugar desde el cual esperaba poder, de acuerdo con Jorge Basadre, «ser leal a su vocación y mensaje de escritor» (Basadre, 1962, VI, p. 2711). En mi opinión, la prolongada gestión de Palma como director fue posible por la ausencia de otros candidatos que contaran con su experiencia administrativa en la biblioteca, su prestigio en la república de letras en lengua española, el control que ejercía al interior de la institución y el rol marginal de esta dentro de la estructura administrativa del Estado peruano.

EL ESCRITOR CONVERTIDO EN «BIBLIOTECARIO MENDIGO»

Palma fue nombrado director de la Biblioteca Nacional el 2 de noviembre de 1883, escasos días después de la firma del Tratado de Ancón que puso fin a la guerra con Chile. Llama la atención la prontitud con que el gobierno del general Miguel Iglesias se ocupó de un asunto relativo a la cultura, en circunstancias en que había tantos problemas por resolver. La situación nacional, escribió Basadre, era terrible. El país no tenía escuadra. Los restos de su ejército combatían entre sí. Abrumaban a la hacienda pública y a la economía privada el empobrecimiento general del Perú; la fuga o la merma de capitales; la depreciación progresiva del papel moneda, que las necesidades de la defensa obligaron a emitir con abundancia; la semiparalización del comercio exterior durante cinco años; la destrucción sistemática de la infraestructura en los puertos; la ruina dejada en la agricultura por las batallas y combates, por las tristemente famosas expediciones del comandante chileno Patricio Lynch —el «Príncipe Rojo», como lo calificara Benjamín Vicuña Mackenna— y por diversas depredaciones de los ocupantes. Asimismo, a fines de 1883, los planteles de enseñanza constituían, en su mayor parte, «un conjunto de ruinas materiales con los edificios, gabinetes, museos, archivos y mobiliarios, maltrechos o perdidos» (Basadre, 1962, VI, pp. 2666-2667).

En esta situación, la preocupación por la Biblioteca Nacional, sostiene Guillermo Durand, se explica por una razón de naturaleza psicológica: había que demostrar confianza y optimismo en todos los sectores de la actividad estatal, para remediar la larga lista de males que afligían el país. Al enfrentarse a la desastrosa realidad y tratar de restañar las heridas, el gobierno de Iglesias debía comenzar precisamente por restablecer la administración pública, que se hallaba en desorden, e iniciar el periodo de la reconstrucción (Durand, 1972, p. 26).

Pero también hubo una dimensión simbólica en la decisión del mandatario: la de emular al general José de San Martín. De acuerdo con Palma, «así como para San Martín, después de jurada la independencia, en 1821, su primer acto administrativo fue el decreto creando la Biblioteca Nacional del Perú, él [Iglesias] se había propuesto imitarlo decretando, sin pérdida de tiempo, la restauración del establecimiento destruido por los chilenos» (Palma, 1912, pp. 4-5). De modo similar al Libertador argentino, entonces, Iglesias se había impuesto romper con el pasado mediante la reconstrucción de la más emblemática de las instituciones culturales republicanas.

La forma como Palma fue llamado a hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional la narró él mismo en un breve opúsculo aparecido en 1912. En él refiere que a fines de 1883 recibió una invitación del dueño del diario *La Prensa* de Buenos Aires para trabajar en su cuerpo de redacción. Durante la guerra, Palma había servido de corresponsal de dicho periódico enviando un texto quincenal. «La propuesta [en 1883] del señor Paz —escribió— me imponía la obligación de colaborar, semanalmente, con un artículo histórico, tradicional o de crítica literaria; y la remuneración era tentadora» (Palma, 1912, p. 3).

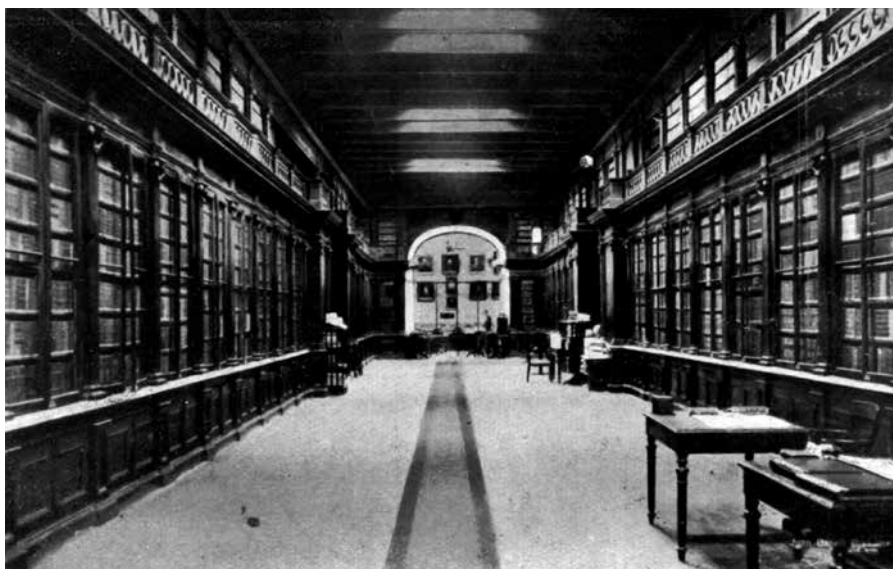


Figura 1. Vista general, en primer plano, de una las salas de la Biblioteca Nacional y, al fondo, la reservada a los lectores. Fuente: E. Centurión Herrera, *El Perú en el mundo; o, El Perú y sus relaciones exteriores*. Bergama: Instituto Italiano d'arti Grafiche, 1931.

Poco tiempo después de la entrada del general Iglesias en Lima, Palma acudió a entrevistarse con él para pedirle, dada su condición de empleado del Estado, licencia para ausentarse del país y el mantenimiento de su sueldo. Iglesias le dijo que lo complacería gustoso y que consultaría su solicitud con los ministros Manuel Antonio Barinaga y José Antonio de Lavalle. Al día siguiente, al acudir Palma a una cita con Lavalle, este le pidió que permaneciera en el Perú y que restaurase la Biblioteca Nacional: «Utilice Usted —le dijo el ministro— en beneficio del país su prestigio literario en el extranjero y sus relaciones personales con los hombres eminentes de cada nación americana y de España». Por su parte, Palma le respondió: «Me propone Usted [...] que me convierta en bibliotecario mendigo». A lo cual el diplomático replicó: «Justamente, pida Usted limosna para beneficiar a su patria» (Palma, 1912, p. 4). La resistencia del escritor a aceptar el encargo fue vencida debido a la posterior intervención del general Iglesias.

Varias fueron las consideraciones que pesaron para que Palma fuera nombrado director de la Biblioteca Nacional. Como hombre de letras, era acaso el único escritor peruano con un importante reconocimiento dentro y fuera del país, lo que lo convertía en la persona idónea para llevar a cabo la tarea asignada. En su condición de académico correspondiente de la Academia Española de la Lengua, podía acudir a sus colegas de dicha institución, así como a numerosos hombres de letras en el mundo hispánico, para lograr su cometido.

Junto con las razones estrictamente académicas, las hubo también de tipo personal. Palma mantenía buenas relaciones con los dos principales miembros del gobierno de Iglesias: Manuel Antonio Barinaga, quien presidía el gabinete ministerial, había sido su compañero en las aulas del colegio de San Carlos; y José Antonio de Lavalle, que ocupaba la jefatura del Ministerio de Relaciones Exteriores, era su amigo de la infancia. Además, el presidente Iglesias y Palma eran amigos desde la juventud y se guardaban un mutuo aprecio (Durand, 1972, p. 26).

Las acciones iniciales de Palma al frente de la biblioteca se pueden reconstruir en detalle a partir de su copioso epistolario personal, así como de los oficios que periódicamente enviaba a sus superiores en el gobierno, en los que detallaba de manera minuciosa las acciones tomadas para la administración de la institución. Sin embargo, dado que esto último no es de interés para mi argumento, lo dejaré de lado para concentrarme en mi propuesta inicial: la función asignada por el escritor a la Biblioteca Nacional.

Un primer aspecto a destacar es que Palma se propuso restaurar la institución en mejores condiciones que las existentes antes de 1881. No es fácil reconstruir el estado de aquella antes de la ocupación chilena. Diversos viajeros y hombres de ciencia europeos a su paso por Lima visitaron la biblioteca, atraídos, unos, por sus colecciones bibliográficas y, otros, por el prestigio intelectual de algunos de sus

directores; sin embargo, hay poca constancia de que los visitantes se sirvieran de los libros y manuscritos para sus investigaciones. En 1841, Johann Jakob von Tschudi anotó que la biblioteca contenía 26 344 libros impresos, 432 manuscritos y una pequeña colección de mapas y grabados en cobre. «Destaca —escribió— sobre todo, por su riqueza en obras de contenido religioso e histórico. La literatura que concierne a la historia de la conquista y del primer tiempo del gobierno español es completa». Pero lamentó que existieran escasas obras modernas (Tschudi, 2003, pp. 75-76). Poco podía hacer el director de entonces, Juan Coello, cuando, como observó el científico suizo, la institución solo gozaba de un mínimo apoyo económico. Durante la dirección del clérigo Francisco de Paula González Vigil, entre 1845 y 1875, la biblioteca logró ampliar su espacio de tres a siete salas, incluyendo la que había servido de refectorio en el supreso colegio jesuita de San Pablo, la cual fue dedicada a sala de lectura (Tauro, 1964, p. 87). En 1852, Clements R. Markham anotó: «Iba con frecuencia al museo y la biblioteca, examinando y dibujando bocetos de los retratos de los virreyes españoles y tomando notas de algunos de los interesantes volúmenes de Papeles Varios»¹. Años después, en 1859, Karl Scherzer calculó que la biblioteca contenía 30 000 volúmenes «de todas las ramas del conocimiento humano», pero que por «carecer de medios, no han sido aumentados» (Scherzer, s.f., p. 83).

La escasez de recursos había, sin duda, no solo limitado la posibilidad de incrementar los fondos bibliográficos de la institución, sino también su transformación en un servicio eficiente y moderno en beneficio de la sociedad. Tan deplorable estado no pasó desapercibido para el jurista Manuel Santos Pasapera, quien, en su plan para la reforma del sistema educativo peruano, publicado en 1874, estimó como esencial la existencia de bibliotecas públicas. Sostuvo que un país «será tanto más civilizado o ilustrado, cuando menos, mientras mayor sea el número de bibliotecas públicas que haya en él y mayor el número de libros de cada biblioteca» (Santos Pasapera, 1874, p. 461). Escribió que en el Perú solo existían dos bibliotecas públicas: la del colegio de San Carlos, en Trujillo, y la Nacional, en Lima. No obstante, la primera no funcionaba como tal aun cuando había sido creada como pública. En cuanto a la segunda, su diagnóstico fue desalentador.

Santos Pasapera estimaba que la biblioteca pública ideal era aquella que contaba con «muchos y buenos libros» y a la que podía concurrir «todo el mundo»; un lugar donde hubiese comodidad para leer, es decir, con «luz suficiente, silencio, asiento mullido y recado de escribir para hacer apuntes». Si había todo esto,

¹ «I was also much at the museum and library, examining and trying to sketch some of the portraits of the Spanish viceroys and making extracts from some of the interesting volumes of Papeles varios» (Blanchard, 1991, p. 12).

anotó, estaríamos frente a una buena biblioteca pública, en la que «el consiguiente aprovechamiento ya no depende sino de la voluntad de los individuos» (p. 462). Aunque no lo dijera explícitamente, es claro que el autor, al dibujar este cuadro, tenía en mente su experiencia como usuario de la Biblioteca Nacional y lo que ella debía ser para que calificara como un adecuado servicio público. «Hoy estamos como en el año 1822. Peor, pues, ni edificio tiene la Biblioteca. Se halla en obra hace mucho tiempo y continuará así indefinidamente», sentenció, y prosigue con su nada alentadora apreciación: «Doloroso es decirlo, pero es la verdad: no tenemos actualmente biblioteca pública en el Perú. Hay, es cierto, algunos volúmenes; pero, si no pueden ser leídos en el momento que se quiere, ¿para qué sirven? ¿Basta tener esperanzas de que algún día servirán? ¡Raro progreso!» (p. 463).

Santos Pasapera señaló que a la Biblioteca Nacional había que dotarla de un catálogo, de un reglamento, de un sistema de inspecciones periódicas que garantizaran la conservación del establecimiento, de rentas y de libros. Dado que su proyecto proponía la creación de bibliotecas públicas en las capitales departamentales, con una visión muy moderna para su tiempo, era de la idea de que la Biblioteca Nacional funcionase como centro de formación de los futuros bibliotecarios que habrían de servir en el interior de la república: «Habiendo ya un edificio especialmente destinado para Biblioteca en esta ciudad, solo debe pensarse en que se abra al público, y en preparar los que han de servir para el mismo destino en los departamentos» (Santos Pasapera, 1874, p. 467).

Las bibliotecas públicas, entre ellas la Nacional, como las concebía Santos Pasapera, debían ser instituciones al servicio del conjunto de la sociedad. Esto queda de manifiesto en sus advertencias acerca de las políticas de adquisiciones bibliográficas. Las bibliotecas tenían que procurar hacerse de «todos aquellos [libros] que sirvan con más provecho para la instrucción de los habitantes del departamento, según la industria o industrias reinantes en él». Y advertía que esto se haría siempre y cuando la biblioteca pública estuviese ya surtida de aquellos libros «de absoluta necesidad para la instrucción moral y para adquirir los conocimientos que constituyen la instrucción primaria y la preparatoria» (p. 466). Llevar a la práctica algunas de las reformas de Santos Pasapera fue tarea del sucesor de González Vigil en la dirección de la Biblioteca Nacional.

Al hacerse cargo de la institución en 1875, Manuel de Odrizola encontró una situación poco halagadora. No era posible ordenar los libros porque se carecía de estantes, de forma tal que ellos se hallaban «atravesados, amontonados y sin saberse su paradero». Este caos, escribió Odrizola, había aumentado cuando la anterior administración recibió aproximadamente tres mil volúmenes de la biblioteca del convento supreso de San Felipe Neri, y otros procedentes de las adquisiciones

hechas por la biblioteca y de envíos que el gobierno remitió en calidad de depósito (Tauro, 1964, p. 87).

En medio de la crisis económica que enfrentaba el Estado peruano, Odriozola logró la instalación de estantes en el gran salón de la biblioteca, y en ellos se colocaron alrededor de 20 000 volúmenes. El director era consciente de que la carencia de un catálogo general o un índice completo de los libros, folletos y periódicos que atesoraba la institución limitaba su funcionamiento como servicio. Además, eran necesarios más empleados para poner en orden y limpiar los impresos. Él encontró al inicio de su gestión que la Biblioteca solo contaba con un conservador, un amanuense y un peón, «empleados insuficientes hasta para atender a los lectores, y que en manera alguna podían ayudar al arreglo» (Tauro, 1964, p. 88). A pesar de las apremiantes necesidades, logró incrementar el personal mediante la contratación de cinco empleados más.

En junio de 1878, de acuerdo con el informe de Odriozola, aún quedaban por realizar algunas tareas importantes en la Biblioteca Nacional: la encuadernación de folletos y periódicos, así como de algunos libros; la elaboración de los catálogos; la promulgación de un reglamento de funcionamiento; y la asignación de una cantidad anual de dinero para la adquisición de libros y periódicos científicos y literarios de Europa y América. Esto último se consideraba esencial con la finalidad de que la Biblioteca pudiera comprar «con prontitud las últimas publicaciones que haya, y que no se carezca, como ahora sucede, de las obras nuevas de más nombradía, y de otras que, aunque no tan recientes, son demasiado caras para que las compre un particular y que aquí no se encuentran a ningún precio» (Tauro, 1964, p. 88).

El 17 de enero de 1879, Mariano Felipe Paz Soldán, por entonces ministro de Instrucción, dispuso la formación del catálogo de la Biblioteca Nacional; para ello elaboró unas instrucciones muy detalladas y encargó su ejecución a Manuel González de la Rosa y José Toribio Polo (González de la Rosa, 1880, p. 132). Este último, a los seis meses de su nombramiento, renunció por desavenencias con González de la Rosa, quien prosiguió la tarea. En febrero de 1880, este informó a Paz Soldán del avance de la tarea encargada: «El catálogo en su parte principal está concluido; que solo faltan los libros truncos y casi inservibles», escribió. Añadió que quedaban por clasificar en orden alfabético y temático 23 079 papeletas descriptivas de los libros y, que concluido ello, podría imprimirse el catálogo. Preciso que, siguiendo las instrucciones de Paz Soldán, «no se ha cuidado de la colocación, ordenada o no que tengan los libros en los estantes, ni muchos menos se ha soñado en arreglarlos por tamaños». Alguna premura por parte del gobierno parece haber existido para la realización del catálogo, porque González de la Rosa precisó que, para ganar tiempo, los libros habían sido catalogados tal cual estaban en los estantes (p. 132).

En vísperas de la ocupación chilena de la capital, si hemos de dar crédito al testimonio de Odriozola, las colecciones de libros lucían ordenadas al estar colocadas en estantes; no obstante ello, la biblioteca debía parecer más una suerte de depósito y museo de impresos que una institución destinada al uso de los lectores. Palma llegó a describirla como «un hacinamiento de libros, colocados sin concierto e invadidos por la destructora polilla» (1892, p. 4). Solo atendía cuatro horas al día, y su fondo bibliográfico estaba constituido en su gran mayoría por obras de los siglos XVI, XVII y XVIII, procedentes de las bibliotecas de las órdenes religiosas.

LA BIBLIOTECA *ILUSTRADA*

El 31 de octubre de 1883, pocos días después de que el ejército chileno de ocupación abandonara Lima, Odriozola, el director de la Biblioteca Nacional, redactó un informe dirigido al ministro de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia en el que dio cuenta del estado en que encontró el local de la institución a su cargo. La descripción, bastante detallada, era más que sombría: los libros habían sido extraídos para ser llevados a Chile, el mobiliario era casi inexistente y el local se hallaba bastante desaseado al haber sido utilizado como caballeriza por la soldadesca chilena. «De los cincuenta mil volúmenes impresos que existían en ella, no llegan a un mil los que quedan esparcidos por los cinco salones que ocupaban. De los manuscritos, entre los que había no pocos de los siglos XV y XVI no se encuentra uno solo, como tampoco ninguno de los mapas de la colección geográfica», escribió (Durand, 1972, pp. 36-37)².

La tarea de Palma al asumir la dirección de la biblioteca era enorme. Se sirvió de diversos medios para conseguir libros: el canje, la compra, pero sobre todo —por la penuria económica— la donación. También se dedicó, como él mismo lo señaló, a recorrer las pulperías de la ciudad para recuperar libros y manuscritos vendidos por los soldados chilenos a los pulperos, necesitados siempre de papel para usarlo como envoltorio. Algunos manuscritos conservados en la actual Biblioteca Nacional ostentan la anotación de Palma que da cuenta de la fecha y circunstancias de su rescate³. También fue posible repatriar libros desde Chile (Durand, 1972, pp. 94-95). Una de las preocupaciones centrales de Palma fue la de adquirir obras antiguas y modernas para la biblioteca. Son muchos los testimonios documentales al respecto. Por ejemplo, en 1884, le manifestó a Manuel María del Valle, director

² Acerca del saqueo de la Biblioteca Nacional, véase mi artículo sobre el saqueo del patrimonio documental y bibliográfico durante la ocupación chilena de Lima (Guibovich Pérez, 2009). Muchos de los impresos que «emigraron» al país del sur fueron descritos en Moreno, 1896.

³ Véase la «Orden prefectural para recoger de las pulperías códices y documentos pertenecientes a la Biblioteca», Lima, 17 de mayo de 1887 (Durand, 1972, pp. 106-107).

de *El Nacional*, lo siguiente: «Quedan en mi poder 95 soles plata y 750 soles billetes, que me propongo aplicar exclusivamente a la compra de folletos de interés histórico, político, económico, científico y literario, publicados en el Perú» (Palma, 2005, I, p. 261). En junio de 1885, con no poco orgullo, le expresó al historiador mexicano Vicente Riva Palacio que «La Biblioteca sigue en progreso. En esta semana he recibido del Uruguay dos cajones de libros sobre historia, ciencias, administración y literatura de esa república» (2005, I, p. 275). Años más tarde, en una carta al historiador Antonio Rubió y Lluch, suscrita en 1900, anotó: «Yo recibo mensualmente para la Biblioteca de Lima, todo lo que en historia y literatura (sin excluir ramo del saber humano) aparece en Madrid. Fernando Fé es un agente activísimo para esto, y adivina lo que cree puede interesarme» (2005, II, p. 346). La lectura de los pedidos bibliográficos hechos por Palma a libreros y conocidos revela su interés por hacerse de obras sobre temas muy diversos: medicina, geografía, ingeniería, literatura, historia, política, filosofía, entre muchos otros. No hubo por parte de Palma una política definida de adquisiciones.

Buscó conformar un fondo bibliográfico muy amplio, aunque con frecuencia eran sus propios intereses literarios e históricos los que primaban a la hora de hacer los pedidos. Así, en una carta a Victoriano Agüeros, suscrita en 1896, al tiempo que le agradecía haberle informado de escritores mexicanos desconocidos para él, Palma se quejaba de que entre México y el Perú haya más alejamiento que con el Japón; y le decía que gracias a Vicente Riva Palacio y Francisco Sosa había podido enriquecer la Biblioteca Nacional con más de trescientos volúmenes de escritores mexicanos. Y añade: «No olvide Ud. la promesa que me hace de enviarme libros de sus compatriotas. Por el momento le pido las poesías de un señor Flores en la que me dicen que hay un prólogo de Altamirano, en el me consagra algunas palabras de benevolencia que yo agradezco» (2005, II, p. 234).

Palma también se interesó en la adquisición de bibliotecas que hoy llamaríamos especializadas y en obras de especial valor histórico. La solidaridad de algunos allegados permitió que, mediante una suscripción, en 1884, adquiriera la biblioteca del escritor y político Fernando Casós. Se trataba de una colección de cerca de 2000 volúmenes encuadernados y en buen estado de conservación: «solo la colección de *Diccionarios*, los treinta y tres tomos de *El Monitor Francés*, los quince de *El Peruano* y *Registro Oficial* y la *Colección de leyes*, de Quirós, representan los 791 soles pagados. A mi juicio —escribió Palma—, el doctor Casós no pudo gastar menos de quince mil soles de plata en la formación de su escogida librería» (2005, I, p. 262). Cinco años más tarde, la biblioteca del diplomático e historiador Mariano Felipe Paz Soldán, por compra del gobierno, pasó a integrar los fondos de la Biblioteca Nacional, según informó (2005, I, p. 367). Como no era posible que todos los libros fueran ingresados, Palma decidió que los duplicados fueran distribuidos a

otras bibliotecas, como la de la Universidad de San Marcos, las departamentales y la del Centro Militar: «Lo importante en esta adquisición ha sido los estuches conteniendo los manuscritos, los volúmenes de papeles varios y las colecciones de periódicos. En cuanto a los libros, poco menos de 300 han sido novedad para el catálogo» (1892, p. 7). En 1898, la extraordinaria colección de impresos coloniales y republicanos que había pertenecido al historiador Félix Cipriano Coronel Zegarra también pasó a enriquecer los estantes de la Biblioteca Nacional (Durand, 1972, p. 243).

En el rubro de obras antiguas y valiosas, Palma adquirió las *Antigüedades Peruanas*, de Mariano de Rivero, «con un valioso tomo de grabados», así como textos de Pablo de Olavide y Rodrigo Valdés, cuya inclusión en la Biblioteca Nacional juzgaba indispensable (Palma, 2005, I, p. 261). Durante su permanencia en España en 1892, Palma aprovechó para coordinar nuevas adquisiciones para la biblioteca y obtuvo con sus propios recursos el manuscrito de las *Memorias histórico-físico-apologéticas*, de José Eusebio de Llano Zapata (Palma, 2005, II, p. 128). En los años siguientes, persistiría en su pesquisa de obras de interés histórico. «Hasta ahora —le escribió al presidente Nicolás de Piérola en 1896— no se ha resuelto un oficio mío en que pedía al gobierno me autorizase para adquirir un manuscrito y varios libros entre los que está un ejemplar de las *Memorias de García Camba* con anotaciones manuscritas del general Gascón». Y añade: «Pida Usted mi nota y el catálogo impreso que la acompaña, y estoy seguro que, persuadido Usted de la conveniencia de adquirir esos manuscritos, por lo que al país interesan, decretará favorablemente» (Palma, 2005, II, p. 231). Palma puso especial empeño en reconstituir el fondo de manuscritos de importancia para historia nacional que atesoraba la Biblioteca Nacional desde antes de la guerra; lo hizo por medio de la extracción de expedientes del Archivo Histórico Nacional⁴. Esto, junto con la adquisición de manuscritos y obras valiosas mediante compra y traslado, pone de manifiesto la voluntad de Palma de convertir la biblioteca en un espacio privilegiado para el lector culto y el investigador de su tiempo.

El escritor no concebía la idea de convertir la biblioteca en una institución realmente pública, orientada a todo tipo de lectores, tal como se puede leer en un extenso informe que en marzo de 1888 dirigió a Arturo García, ministro de Justicia e Instrucción. Reconstruyamos los hechos. El 3 de marzo, la Dirección General de ese Ministerio le ordenó a Palma disponer que la biblioteca atendiera al público desde las ocho hasta las once de la mañana, y desde el mediodía hasta

⁴ Un listado parcial de este fondo documental, conocido como Papeles Varios, en su mayor parte desaparecido en el incendio de la Biblioteca Nacional en 1943, puede encontrarse en Palma, 1891; aparece descrito con más detalle en Vargas Ugarte, 1940.

las cinco de la tarde. Palma presentó varias objeciones a esta orden. En primer lugar, adujo que durante la mañana no era posible atender al público porque ese momento del día se destinaba al aseo del local. En segundo lugar, recordó que a los empleados se les adeudaba diez meses de sueldo. Y, en tercer lugar, sostuvo que llevar a cabo la limpieza durante la noche exponía a la biblioteca a un incendio debido al recalentamiento del sistema de iluminación. Palma adjuntó un extenso memorándum, donde expuso con más detalle otras razones. Aparte de aludir a la falta de personal y recursos, sostuvo que ampliar la atención al público significaría fomentar la lectura de literatura no apropiada. Informó que había suspendido la publicación de la estadística mensual de los libros que se leían «por honor del país», ya que de ella resultaba que «de cada diez lectores, ocho no pedían sino novelitas y versos». En consecuencia, no era deseable que el pueblo peruano fuera considerado como compuesto de «gente frívola» (Durand, 1972, pp. 114-115).



Figura 2. Ricardo Palma en la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, 1905.
Foto de Manuel Moral (Archivo de la Biblioteca Nacional del Perú).

Ante la propuesta del ministro de que un solo empleado era suficiente para atender a los lectores, replicó: «Verdad es que Su Señoría nunca ha visitado la Biblioteca, ni conoce el mecanismo de ella como oficina». Señaló que no debía confundirse una biblioteca popular o municipal con una Biblioteca Nacional, pues la misión de ambas era distinta. A la segunda le correspondían «por excelencia los libros de consulta más que los de puro entretenimiento». Y precisó: «La Biblioteca Nacional

es más para gente seria que para la turba. No es lugar de distracción o de matatiempo, sino de estudio y trabajo». Le expresó al ministro que «A los verdaderos lectores de Biblioteca, que son muy pocos, les doy todo género de facilidades, y para ellos la Biblioteca está expedita a toda hora y hasta los días festivos. A estos señores puedo atenderlos yo solo, y me complazco de ello» (Durand, 1972, p. 115).

Por añadidura, Palma refutó la propuesta de que la biblioteca debía estar abierta más horas. La prueba estaba, según él, en que, durante el periodo de sesiones del Congreso, casi todos los que concurrían al salón de lectura emigraban al edificio parlamentario. «El salón de lectura queda entonces con los diez o doce verdaderos lectores de Biblioteca, que no piden libros insustanciales o de distracción», anotó. Más aún, el escritor era partidario de controlar los géneros literarios que leían los jóvenes: «Muchos padres de familia se me han acercado para pedirme que no permita a sus hijos leer libros inconvenientes; pero el reglamento actual no me faculta para vigilar sobre la moralidad de hijos ajenos». Se mostró dispuesto a reformar el reglamento de la biblioteca, a pesar de que «no corresponde a sus fines», y le dolía que ella fuese el punto de reunión de todos los escolares que no querían ir al colegio y de gente desocupada que no tenía otro lugar donde ir a pasar el tiempo. «Pocos, muy pocos, son los que concurren por amor al estudio y a la ciencia, y con el sano deseo de ilustrarse», escribió. Palma consideraba que la propuesta de que la Biblioteca Nacional funcionara más de cuatro o cinco horas no era reflejo de que la sociedad peruana fuera adelantada y estudiosa. En su opinión, el Perú era un «país, relativamente sin lectores»; en consecuencia, sería «ridículo lujo el de ocho horas de Biblioteca» (Durand, 1972, pp. 115-116).

Empeñado en su campaña de controlar la consulta de ciertos libros a los jóvenes escolares, Palma envió un oficio en setiembre de 1888 al Director de Instrucción Pública. En él hizo notar al gobierno cuán perjudicial podía ser el hecho de permitir a los estudiantes de colegio la lectura de «novelas y otras obras» que, en su opinión, eran «inconvenientes». Y añadió que «una Biblioteca Nacional no puede ni debe ser lugar de holgazanes y pasatiempo para niños que, en vez de concurrir al colegio, vician su corazón y su inteligencia devorando libros para cuya lectura no están preparados». Solicitó al gobierno instrucciones sobre cómo proceder (Durand, 1972, pp. 121-122).

Tres años después, en setiembre de 1891, al elevar al director del Ministerio de Instrucción Pública la estadística de obras leídas el mes anterior, sostuvo que constituía un «desconsolador resumen», ya que de los 1130 volúmenes consultados, 814 correspondían a novelas y poesías. Entonces escribió: «Ha casi dos años que, por patriotismo, he cesado de dar mensualmente publicidad en la prensa a la estadística bibliotecaria, estadística que nos exhibiría ante el mundo como un pueblo de holgazanes y pervertidos, que no otra cosa significaría la revelación de

que apenas la cuarta parte de los lectores no lo son sino de libros de frívolo solaz» (Durand, 1972, p. 171).

El propósito de todos los gobiernos en Europa y América —prosiguió Palma— había sido y sería siempre el que toda Biblioteca Nacional no fuera «centro de holganza y pasatiempo», sino «un verdadero templo alzado al saber humano, y en el que los hombres estudiosos encuentren acopiados elementos de provechosa consulta a la vez de conveniente ilustración para la inteligencia» (Durand, 1972, p. 172). No deja de llamar la atención el hecho de que el modelo de biblioteca propuesto por Palma fuera muy similar al ideado por el criollo limeño José Eusebio de Llano Zapata a mediados del siglo XVIII. Este último aspiraba a que Lima poseyera una biblioteca pública reservada para los hombres de letras, la cual podía organizarse a partir de la cesión o donación de algunas de las más importantes colecciones bibliográficas en manos privadas y la compra de impresos valiosos existentes en el mercado limeño⁵. Seguramente Llano Zapata habría suscrito la idea de Palma de que la Biblioteca Nacional no debía tener el carácter de instituciones similares dedicadas al «recreo» o de «clubes o librerías de lectura a domicilio, cuyo caudal es de novelas y versos» (Durand, 1972, p. 172).

La lectura de estas últimas obras no la consideraba provechosa para los estudiantes de literatura, porque no era devorando libros «insustanciales y corruptores del gusto estético a la par que del sentido moral» que se lograba sobresalir en el mundo de las letras, afirmó Palma. Y sentenció: «¡Ojalá tuviera nuestra patria menos aspirantes a literatos y más aficionados a las ciencias, a las artes, a la agricultura y a la industria! Hombres de acción y de trabajo, gente seria, en fin, que no poetas y novelistas reclama el Perú» (Durand, 1972, p. 172). Parecería una contradicción que siendo Palma un literato emitiera una apreciación tan negativa acerca de las obras de ficción. Lo que él pretendía era que la lectura de recreación estuviese reservada al ámbito doméstico y personal y no se ejerciera en las instituciones dependientes del Estado. En un contexto de franca recuperación económica, como lo fueron los años finales del siglo XIX, Palma aparece identificado con las ideas de progreso entonces imperantes. El progreso material y moral —parece decirnos el escritor— van de la mano, son indisolubles. En tal sentido, resulta natural que, sustentado en su «deber patriótico», volviese a pedir al gobierno que le autorizara restringir, hasta donde estimare conveniente, la libre lectura de novelas y poesías en la Biblioteca Nacional.

Dado que resultaba difícil, si no imposible, evitar que los jóvenes tuvieran acceso a obras literarias en la Biblioteca Nacional, y no era apropiado que el propio Palma se

⁵ Véase la carta de Llano Zapata a Cayetano Marcellano de Agramont, arzobispo de Charcas, suscrita en Cádiz el 30 de junio de 1758 (Llano Zapata, 2005, pp. 594-598).

erigiera en una suerte de censor/celador de los textos que eran servidos a los noveles lectores, el escritor puso su mayor empeño en lograr del gobierno la aprobación de un nuevo reglamento para la Biblioteca y el Archivo Histórico, instituciones ambas que estaban bajo su autoridad. En el nuevo reglamento, aprobado por el gobierno el 4 de junio de 1892, los menores de quince años no podían ser admitidos en la sala de lectura, pero se mantuvo el servicio de atención de la Biblioteca en las mañanas y tardes (Durand, 1972, p. 180). Palma replicó que debía funcionar tan solo en las tardes, para lo cual retomó sus viejos argumentos:

Si en las sociedades de Europa donde es crecido el número, no de lectores que, como entre nosotros, concurren a distraerse o pasar el tiempo con lecturas frívolas, sino de lectores que consultan las obras en provecho de la ciencia y de las letras, solo se abren las Bibliotecas durante cuatro o cinco horas ¿a qué necesidad social responde el que la Biblioteca de Lima, cuyo personal de empleados es reducidísimo, se singularice funcionando por más de cinco horas? (Durand, 1972, p. 184).

Pocos días después, ante la insistencia de Palma, el gobierno modificó el reglamento de la biblioteca y el archivo en el sentido de que la primera solo debía atender al público desde el mediodía hasta las cinco de la tarde. El escritor había ganado la partida, al menos temporalmente, y con ello se vio afianzado como la indiscutible autoridad en la Biblioteca Nacional.

En 1896, a iniciativa de Augusto Durand, diputado en el Congreso, se aprobó un proyecto de ley acerca de la extensión del servicio de la biblioteca durante la noche y, además, en los días festivos. Palma se opuso tajantemente, aduciendo una serie de motivos. En primer lugar, le recordó a Durand en una carta que «No hay Biblioteca Nacional, se entiende en Europa, que esté en la noche abierta al público» (Palma, 2005, II, p. 240). Desde 1894, escribió, la biblioteca solo funcionaba durante el día. Y añadió, distinguiendo las bibliotecas populares de las nacionales, que las primeras eran «las que están a disposición del público en las noches y los días festivos; a fe que costaría muy poco establecer una en Lima». En segundo lugar, advirtió del peligro de un incendio en caso de extender el horario en la noche, por el recalentamiento de las instalaciones eléctricas. Más aún, hizo notar que en una de las salas de la Biblioteca de Lima las estanterías eran de madera y yeso, y no de metal, como en otros lugares, lo cual propagaría fácilmente el fuego. Y sentenció: «El incendio de una biblioteca popular representa la pérdida de una corta suma de dinero y de libros de fácil adquisición; pero en una Biblioteca Nacional significaría un verdadero desastre y la destrucción de libros raros y valiosos y de documentos manuscritos muy importantes. El mal no se remediaría con dinero» (2005, II, p. 240).

Un asunto no menos espinoso era extender el horario de funcionamiento de la biblioteca a los domingos. Con su característica sorna, Palma le manifestó a Durand que en dicha propuesta había «positiva injusticia», porque «Dios con ser Dios, trabajó seis días *et quie vit*, como dice la Biblia, y descansó. El bibliotecario y sus subalternos serían, entre todos los empleados públicos del Perú, los únicos a quienes no fuese lícito santificar el domingo» (2005, II, p. 242). Y, una vez más, recurrió al argumento de la naturaleza de las lecturas para fundamentar su reclamo: «si la sala de lectura de la Biblioteca siempre está concurrida, ¿qué pensará Usted cuando sepa que de cada diez lectores, ocho, por lo menos, leen novelitas frívolas y versos insustanciales? ¿Y para esos futuros literatos de cajetillas de cigarros se nos ha de imponer recargo de labor?» (2005, II, p. 240).

Todo indica que el proyecto de Durand no se aplicó, porque no pasaron muchos años para que el gobierno insistiera en la necesidad de ampliar el horario de atención. A inicios de agosto de 1906, se ordenó atender en el horario de ocho a diez de la noche. Una vez más, Palma estimaba inconveniente la disposición gubernativa a partir de consideraciones bastante prejuiciosas: «Siempre fue arraigada convicción en mí la de que una Biblioteca Nacional es, ante todo, biblioteca de consulta para los hombres seriamente estudiosos, y no un centro de distracción para lectores frívolos». Y, en su *Memoria* de 1911, añadió: «No hay verdadero intelectual que, en las dos o tres horas posteriores a la de la comida, consagre la actividad de su cerebro a lectura grave» (1911, p. 6). Reconocía que hubo que vencer su resistencia para lograr el horario nocturno a pesar del peligro de incendio; pero anotó también que las fallas del servicio eléctrico lo habían llevado a suspender el servicio, «desapareciendo así el peligro de un desastre nacional ocasionado por el fuego». Felizmente, sostuvo, la creación de una biblioteca popular nocturna, bajo la vigilancia de la municipalidad, puso término «a una situación inconveniente para el prestigio y misión del establecimiento que dirijo» (1911, p. 6).

UN REFUGIO PARA UN ESCRITOR

Con el paso de los años, la biblioteca se convirtió para Palma en un espacio, un refugio, gracias al cual se sustraía de la política. Su nombramiento en un puesto de confianza había provenido de un gobierno provisorio, surgido en circunstancias políticas muy difíciles. Por ello, no extraña que en mayo de 1884, en una carta a Antonio Dionisio Reyna, embajador peruano en Quito, expresara su incertidumbre en torno a su permanencia en la dirección y la posibilidad de no lograr la inauguración de la biblioteca en julio de aquel año, como se lo había prometido al general Iglesias:

Para mí se ha hecho cuestión de honra y de orgullo dar al país Biblioteca con la mitad siquiera de los volúmenes que antes tuvo. Ese será el timbre que deje a mis retoños. Ya faltan solo dos meses para ver realizada esta antigua aspiración mía. Después de julio no me hará mella que cualquier gobernante me destituya y nombre en mi lugar al Murciélago, a don Felipe Paz Soldán o al clerizonte La Rosa. Me quitarán el empleo; pero no la gloria de haber formado Biblioteca (Palma, 2005, I, p. 265).

Los temores de Palma eran infundados. En el medio académico peruano era sin duda el candidato idóneo para el cargo de director, dada su antigua vinculación con la biblioteca: había trabajado como amanuense en la misma durante la dirección de González Vigil y desempeñado el cargo de subdirector en la administración de Odriozola, y en tal condición había redactado la nota de protesta suscrita por este último a propósito del saqueo de la institución por la soldadesca chilena (Pérez Garay, 2015, p. 63). Más aún, si bien Manuel Atanasio Fuentes —conocido como *El Murciélago*—, Mariano Felipe Paz Soldán y Manuel González de la Rosa eran reconocidos hombres de letras en el medio local, con una amplia producción intelectual, ninguno detentaba la proyección internacional de Palma, quien gozaba de una bien asentada fama entre los académicos de habla española.

A pesar de los cambios políticos, Palma continuó como director de la biblioteca. En enero de 1885, le manifestó a Riva Palacio cuán complacido se hallaba de su labor de bibliotecario y de estar al margen de la política: «En nuestras repúblicas, los hombres que se ocupan de la patria y que luchan contra los patrioterros, tienen que verse como los primitivos apóstoles: crucificados, encarcelados y apedreados. Afortunadamente para mí, hace años que me he curado de la fiebre política» (2005, I, p. 271). Asimismo, le confesó a Riva Palacio que desde 1872, cuando fue parlamentario, no había vuelto a mezclarse «en bolinas» y que vivía dedicado a su hogar. Esto no era muestra de egoísmo, sino de desaliento y convicción de cuán estéril era la lucha política. «Rodeado hoy de mamotretos y pergaminos, empeñándome en resucitar la Biblioteca destruida por un acto de salvajismo chileno, creo servir a mi país más útilmente que en la prensa o en el parlamento», afirmó. Anotó, además, que algunos amigos y miembros del gobierno habían propuesto su candidatura para una de las diputaciones vacantes; pero que, aunque les había manifestado largamente su deseo de no participar, temía verse «metido en el fuego». Le pidió que implorara por que su candidatura fuera derrotada, a fin de que nada lo distrajera y pudiera seguir «consagrando lo poco que de actividad y de inteligencia queda aún en mí al servicio de la Biblioteca» (2005, I, p. 271).

En el contexto que siguió a la guerra civil entre los generales Iglesias y Andrés Avelino Cáceres, Palma, partidario y amigo del primero, se encontró en una situación difícil y vio peligrar su futuro en la biblioteca. Una vez más, en una carta

a Riva Palacio le expresó que «el nuevo gobierno no me molestará en mi puesto de bibliotecario; pero temo que retirando toda protección a la Biblioteca, me ponga en el compromiso de renunciar». Y prosiguió en tono pesimista: «La Biblioteca (creación del gobierno que cayó) no es simpática a los hombres de hoy, si bien al bibliotecario le dispensan, a más no poder, consideraciones personales» (2005, I, p. 276). No obstante sus preocupaciones, el escritor fue ratificado en el cargo por el general Cáceres.

Tiempo después, en 1888, un amigo de Palma, miembro del gobierno del general Cáceres, cuyo nombre no declara el escritor, lo propuso para el cargo de secretario en la embajada en Madrid. Sin embargo, Palma no aceptó por considerarse de los no próximos a dicho gobierno. En otra carta a Riva Palacio, le confesó: «Fui muy amigo personal del general Iglesias, y por esa circunstancia se me trata con frialdad» (2005, I, p. 358). Y reiteró su vocación de seguir trabajando en la biblioteca y permanecer al margen de la política: «Alejado como vivo de la política militante, ocupándome solo de servir a mi patria en la formación de la Biblioteca Nacional, no quiero ni me conviene posición en la que tenga que estar en relación inmediata con los hombres del poder». También le contó que había recibido de algunos ciudadanos del departamento de Loreto la invitación para representarlos en el Congreso, pero que les había escrito «rogándoles que me dejen tranquilo entre la polilla y los pergaminos. Ya no soy hombre para las luchas de partido» (2005, I, p. 358).

Años más tarde, en 1896, en una carta al escritor y periodista mexicano Victoriano Agüeros, le confesó las razones de su alejamiento de la política peruana y del periodismo, siempre en clave jocosa: «La política es una hoguera en la que el que no se abrasa se *chamusca* por lo menos» (2005, II, p. 234). Le recordó que en sus años juveniles, cuando ejercía de periodista de oposición, fue víctima de encarcelamiento y persecución. «Hoy —prosiguió— desencantado de la política, vivo solo para las letras. Los redentores políticos y sociales están condenados a la crucifixión». Y concluyó con una sentencia: «No es ya envidiable la misión de Cristo» (2005, II, p. 234).

A fines de la década de 1890, Francisco Mostajo tuvo la iniciativa de proponer la coronación de Palma en reconocimiento a su condición de hombre de letras y a su labor como director de la Biblioteca Nacional. El escritor, enemigo de todo tipo de homenaje público, declinó la propuesta en los siguientes términos: «Quiero seguir tranquilo en mi apartamento de todo lo que signifique ruido y oropel y bambolla, sin despertar envidias ni murmuraciones» (2005, II, p. 251). Una vez más, volvió a expresar su opinión poco favorable de la política nacional y de la indiferencia gubernamental por el trabajo realizado: «Yo soy un hombre desencantado, mi señor don Francisco, y desencantado desde hace pocos días. Alimentaba la ilusión de que,

por lo menos, la gratitud nacional acompañaba al hombre que sin gravamen para el empobrecido tesoro del Perú ha formado una biblioteca valorizada en medio millón de pesos». Para fundamentar su rechazo a cualquier tipo de homenaje, le recomendó consultar el diario de debates correspondiente a las últimas sesiones de la Cámara de Diputados, «y dígame después si puede aspirar a la menor ovación el hombre tan desdeñosamente tratado por una rama del poder legislativo de su patria». Le reiteró a Mostajo que desistiera de su proyecto: «Déjeme Usted quieto y sin aspiraciones servir al país en mi humildísima posición de bibliotecario» (2005, II, p. 251).

Numerosas fueron las oportunidades en las que Palma expresó que sus ocupaciones al frente de la Biblioteca le permitían sustraerse del tráfico de la política; y no dejó pasar la oportunidad para recomendar a otros su experiencia personal. Así, en una carta a Francisco Gavidia, director de la Biblioteca Nacional de El Salvador, le dijo: «Por el apunte biográfico del cuaderno 71 he adquirido la noticia de que Usted está al frente de la Biblioteca Nacional de esa república. Que sea por muchos años, compañero, y que cobre Usted tanto amor por la Biblioteca que alcance a olvidar la política que tantos sinsabores hace cosechar» (2005, II, p. 377). Y, siempre en tono jocoso, aludió con complacencia a los beneficios de su retiro: «Diez y siete años llevo al frente de la del Perú, y cada día estoy más apasionado de mi hija literaria y más alejado de los partidos y de las ruindades. Vivo como San Gilando en el cielo, que ni Dios hace caso de San Gilando, ni San Gilando de Dios. Ni los gobiernos se acuerdan de mí, ni yo de los gobiernos» (2005, II, pp. 377-378).

En sus cartas personales y en los oficios dirigidos al gobierno, Palma se quejó una y otra vez de la insuficiencia del presupuesto asignado por el Estado para gestionar la biblioteca, la indiferencia hacia su labor como director y la precariedad de su estado de salud. A pesar de todo ello, persistió en su tarea y su despacho se volvió una suerte de lugar de peregrinaje para la mayoría de los hombres de letras a su paso por Lima. El escritor los recibía con su tradicional bonhomía. Pero ese despacho fue también el centro desde el cual tejó y mantuvo una extensa red de corresponsales a lo largo y ancho de la república de las letras hispánicas.

No menos interesante es su faceta como editor de manuscritos históricos y literarios de la época colonial. A lo largo de su carrera literaria, Palma se sintió atraído por la historia. Desde joven había cultivado la poesía, la dramaturgia, el periodismo y los hechos del pasado. Incluso llegó a publicar dos opúsculos sobre la Inquisición y la época de la Independencia, pero sin mucho éxito. Palma nunca fue un historiador, pero siempre acudió al pasado como fuente de inspiración de su extensa obra literaria (Loayza, 1974, pp. 92-97). Su vocación por la divulgación lo llevó, entre 1886 y 1904, a dar a conocer algunos de los manuscritos más valiosos

existentes en la reconstruida Biblioteca Nacional: la *Flor de Academias* y el *Diente del Parnaso*, de Juan del Valle Caviedes; la *Descripción del Perú*, de Tadeo Hanke; los *Anales del Cuzco, 1650-1750*, de Diego de Esquivel y Navia; y las *Memorias histórico-físico-apologéticas de la América meridional*, de José Eusebio de Llano Zapata. El interés por la divulgación histórica explica su participación en la publicación de la *Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales*, en la que se transcribieron documentos procedentes del Archivo Nacional y de la Biblioteca. Asimismo, Palma fue editor de las obras de dos contemporáneos suyos: los *Apuntes históricos* del historiador Manuel de Mendiburu, y los *Artículos y comedias* del dramaturgo Manuel Ascencio Segura. Esta política de publicaciones, inspirada en otras similares del mundo americano y europeo, buscaba dar una dimensión internacional a la Biblioteca Nacional y servir de vehículo de propaganda de esta institución.

Palma se mantuvo como director de la Biblioteca Nacional durante veintinueve años, una condición inusual en un país como el Perú, en el que quienes ostentan cargos públicos suelen durar poco en ellos. ¿Cómo explicar tan dilatada permanencia? De un lado, el desinterés del Estado hacia la Biblioteca Nacional mantuvo siempre a esta institución en una situación de precariedad económica, lo que la hacía poco atractiva para potenciales candidatos a dirigirla. Los hombres de Estado nunca comprendieron —y siguen sin comprender— la importancia que tenía una institución de tal naturaleza en la promoción de la cultura entre los ciudadanos, así como en la preservación y el estudio del patrimonio documental y bibliográfico. En el organigrama del Estado, la biblioteca era una institución marginal, y su director difícilmente podía sustraerse a esa condición, aun cuando gozara de enorme prestigio intelectual. De otro lado, desde 1883, Palma se cuidó de reservar para sí el control y administración de la biblioteca. El decreto de nombramiento de director dado por el general Iglesias le confirió autoridad sobre el personal, y era competencia suya proponerlos al Estado; tal disposición fue renovada por los sucesivos gobiernos. Nadie podía ser empleado en la biblioteca sin el visto bueno de su director. Palma y su familia, como lo hicieron sus antecesores en el cargo, habitaban en un departamento en el local de la biblioteca, de modo que no resulta extraño que sintiera a la misma no solo como un refugio, sino también como una extensión de su dominio doméstico y patrimonial. El escritor debía ver como suyos los fondos de la Biblioteca Nacional, como una prolongación de su colección personal. Esto explica que se permitiera hacer anotaciones en libros y manuscritos, y que incluso hiciera un uso intensivo y privado de algunos de ellos, prácticas que fueron mordazmente cuestionadas por Manuel González Prada, su sucesor en el cargo de director y su rival literario y político (González Prada, 1912).

EL FINAL DEL REFUGIO

Aunque manifestó su mal estado de salud en repetidas oportunidades —por ejemplo, en su correspondencia a inicios del siglo XX—, Palma no parecía dispuesto a dejar la dirección de la biblioteca; sin embargo, su gestión tuvo un final inesperado y repentino. El 12 de febrero de 1912, Palma fue notificado mediante un oficio de la Dirección de Instrucción Pública que el gobierno de Augusto B. Leguía había nombrado conservador de la Biblioteca Nacional a Percy Gibson, en reemplazo de Clemente Palma, hijo del escritor. El reglamento de la biblioteca, como se ha visto anteriormente, elaborado por el director, señalaba como una de sus atribuciones la nominación de empleados. Ante la designación de Gibson, Ricardo Palma no ocultó su malestar en tono cáustico: «Yo cuidé siempre de proponer jóvenes apropiados; buscaba hombres con aptitudes para el empleo, y no destino para hombres sin destino» (1912, p. 13).

Los hechos que condujeron a esa situación, de acuerdo con el testimonio del escritor, habrían tenido un trasfondo de venganza política. Clemente Palma, en su condición de director de la revista *Variedades*, publicó algunas críticas al gobierno del presidente Leguía, algo que comprensiblemente no gustó dado que era empleado de la administración pública. «Para el señor Leguía —escribió el director de la biblioteca— el empleado no es un ciudadano libre sino un siervo, sin conciencia y sin derecho para dar a luz sus ideas, salvo cuando estas sean inspiradas por servilismo ruin» (1912, p. 14). Al nombrar a Gibson, el gobierno sin duda había infringido el reglamento de la Biblioteca Nacional y soslayado la autoridad de su director. Ricardo Palma presentó su renuncia al cargo, pero el gobierno no la aceptó. Acto seguido, el escritor retiró su renuncia y propuso a Alberto Ureta para el cargo de conservador. El gobierno, interesado en mantener su apoyo a Gibson, abolió el artículo del reglamento que concedía al director la prerrogativa de proponer a sus empleados. Luego de algunas negociaciones, el 4 de mayo Palma dirigió un oficio al director de Instrucción Pública, en el que manifestó que el gobierno, al insistir en declarar que estaba «ampliamente satisfecho» de sus servicios y, al mismo tiempo, recortar sus atribuciones, «incurría en una burla a sus canas», por lo que renunciaba al cargo (1912, p. 21). Dos días después, su dimisión fue aceptada.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el contexto posterior a la guerra de 1879-1883, destaca la figura de Ricardo Palma. Político, ensayista, periodista, dramaturgo, poeta e historiador aficionado, el escritor limeño tuvo, como pocos, una enorme gravitación en la vida cultural de la capital y del país. Cuando en 1883 el gobierno del general Miguel Iglesias

le encargó la reconstrucción de la Biblioteca Nacional, tuvo en consideración su prestigio intelectual, pero también su nombradía en la república de las letras en lengua española. Mucho se ha escrito sobre la labor de Palma al frente de la Biblioteca Nacional, pero poco o nada se ha dicho acerca de la función que, según aquel, debía tener dicha institución. Como se ha visto, Palma concebía la misión de la biblioteca en términos elitistas: un espacio para el cultivo de la inteligencia por los ciudadanos instruidos. Para lograr su cometido, el escritor no solo se propuso adquirir grandes lotes de libros muy diversos, sino también hacer acopio de un *corpus* de valiosas fuentes impresas y manuscritas de interés para los estudiosos. Asimismo, emitió diversas disposiciones para evitar que la biblioteca fuera un espacio de recreación y que, en cambio, se convirtiera en un centro de investigación y estudio: «un verdadero templo alzado al saber humano». Al hacer de la biblioteca un refugio para su vocación de escritor y su retiro de la actividad política por casi tres décadas, Palma aseguró la pervivencia de su modelo bibliotecario. Este habría de perdurar hasta 1943, cuando un incendio destruyó la biblioteca y su nuevo director, Jorge Basadre, inauguró otro modelo, más democrático y menos elitista, que subsiste hasta la actualidad. Pero esa es otra historia por estudiar.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Carlos (2015). A Cultural Tragedy: The Destruction and Reconstruction of the Peruvian National Library, 1943-1948. En Carlos Aguirre y Javier Villa (eds.), *From Ashes of History. Loss and Recovery of Archives and Libraries in Modern Latin America* (pp. 79-116). Raleigh: A Contracorriente.
- Basadre, Jorge (1961-1968). *Historia de la República del Perú*. 11 vols. Lima: Historia.
- Blanchard, Peter (1991). *Markham in Peru. The Travels of Clement R. Markham, 1852-1853*. Austin: Texas University Press.
- Durand, Guillermo (1972). Palma y la Biblioteca Nacional. *Revista del Archivo General de la Nación*, 1, 25-276.
- González de la Rosa, Manuel (1880). Biblioteca Nacional. Informe sobre la formación de un catálogo. *Revista Peruana*, IV(1), 128-134.
- González Prada, Manuel (1912). *Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional*. Lima: Imp. Arica.
- Guibovich Pérez, Pedro (2009). La usurpación de la memoria: el patrimonio documental y bibliográfico durante la ocupación chilena de Lima, 1881-1883. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 46, 83-107.

- Llano Zapata, José Eusebio de (2005). *Memorias histórico, físicas, crítico, apoloéticas de la América Meridional*. Edición de Ricardo Ramírez, Antonio Garrido, Luis Millones Figueroa, Víctor Peralta y Charles Walker. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Loayza, Luis (1974). Palma y el pasado. En Luis Loayza, *El Sol de Lima* (pp. 89-115). Lima: Mosca Azul.
- Moreno, Gabriel René (1896). *Biblioteca peruana. Apuntes para un catálogo de impresos*. 2 vols. Santiago de Chile: Biblioteca del Instituto Nacional.
- Palma, Ricardo (1891). *Catálogo de los libros que existen en el salón América*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- Palma, Ricardo (1892). *Memoria que presenta el director de la Biblioteca Nacional correspondiente al bienio de julio de 1888 a 1890*. Lima: Imprenta de Torres Aguirre.
- Palma, Ricardo (1911). *Memoria del director de la Biblioteca Nacional en 1911*. Lima: Sanmarti.
- Palma, Ricardo (1912). *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional*. Lima: Empr. Tip. Unión.
- Palma, Ricardo (2005). *Epistolario general*. Edición de Miguel Ángel Rodríguez Rea. 3 vols. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Pérez Garay, Carlos Alberto (2015). *Liberalismo criollo. Ricardo Palma, ideología y política (1833-1919)*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Salvatore, Ricardo D. (2014). Progress and Backwardness in Book Accumulation: Bancroft, Basadre, and their Libraries. *Comparative Studies in Society and History*, 56, 1-32.
- Santos Pasapera, Manuel (1874). *Algo para una ley de instrucción o sean apuntaciones sobre los medios de mejorar la instrucción pública del Perú*. Lima: Imprenta Liberal de El Correo del Perú.
- Scherzer, Karl (s.f.). Visita al Perú en 1859. En Estuardo Núñez (ed.), *4 viajeros alemanes al Perú. Relaciones desconocidas de W. Bayer, K. Scherzer, F. Gerstaecker y H. Zoeller* (pp. 61-130). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Tauro, Alberto (1964). *Manuel de Odriozola. Prócer, erudito, bibliotecario*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Tschudi, Johann Jakob von (2003). *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*. Traducción de Peter Kaulicke. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Vargas Ugarte, Rubén (1940). *Manuscritos peruanos de la Biblioteca Nacional*. Lima: s.i.

PAUL GROUSSAC FRENTE A LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ARGENTINA (1885-1929)

Paula Bruno

INTRODUCCIÓN

La Biblioteca Nacional argentina, sita en la ciudad de Buenos Aires, fue bautizada con este nombre en 1884. Se trataba de una nueva denominación para la antigua Biblioteca Pública de Buenos Aires. Esta había sido fundada por decreto en 1810, al calor del proceso de revolución y ruptura del lazo colonial, y su historia había sido zigzagueante, como la del país mismo (González, 2010). El primer director del repositorio nacionalizado fue un intelectual de origen francés, Paul Groussac. Su permanencia en el cargo se extendió por 44 años, entre 1885 y 1929, y su labor en el repositorio fue polifacética: editó y dirigió dos publicaciones, *La Biblioteca* y *Anales de la Biblioteca*; intentó posicionar a la institución como la más destacada de América Latina; logró obtener reconocimiento en el escenario internacional; y convirtió a la institución en un espacio cultural de la vida letrada porteña. Mientras tanto, Groussac dio forma a un traje de intelectual que supo diseñar a medida y vestir en el largo plazo. Se convirtió en un referente intelectual de su época y fue reconocido por las generaciones posteriores.

Antes de comandar el recinto ubicado en la esquina de Perú y Moreno, su vida se había desplegado en diferentes escenarios. Groussac llegó a la Argentina en 1866 y, entre esa fecha y mediados de la década de 1880, ejerció varias funciones y tareas: fue ovejero en San Antonio de Areco, profesor de diferentes asignaturas en el Colegio Nacional de Buenos Aires, instructor particular de francés, director del Colegio Nacional de Tucumán, periodista, inspector de escuelas, arriero de mulas en la frontera con Bolivia, entre otras. Ya en la década de 1880, una serie de acontecimientos lo colocaron en un lugar de visibilidad en el escenario cultural porteño: en 1882 participó en el Congreso Pedagógico Internacional, realizado en Buenos Aires, con una intervención que generó ecos; el mismo año se publicó

su *Ensayo histórico sobre Tucumán*; en 1883 viajó a Europa y envió crónicas de repercusión a *El Diario*; y en 1884 se instaló con su familia en la capital federalizada —desde comienzos de la década de 1870 había vivido en Tucumán—. Una vez allí, en tanto inspector general de colegios nacionales, realizó varios viajes a las provincias argentinas; estuvo al frente del periódico *Sud-América*; y publicó una novela de fuerte sesgo autobiográfico, *Fruto vedado*. Con estos eslabones en su trayectoria, devino una voz reconocida en temas literarios y educativos y se convirtió, además, en paladín del laicismo, defensor de Eduardo Wilde, el entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública (Groussac, 1998). Esta presencia ampliada en la escena porteña encontró su coronación en 1885. Llegaba para Groussac un nombramiento que daría un giro definitivo a su vida y a la de la institución nacional que dirigió desde entonces¹.

DIRECTOR FRANCÉS

La biblioteca central pasó a ser jurisdicción de la nación en 1884, junto con el Museo Público y el Archivo General; a comienzos de 1885, Eduardo Wilde nombró a Groussac director de la ahora llamada Biblioteca Nacional. En los tiempos de su vejez, este recordó su designación como el paso a «una tarea menos remunerada pero infinitamente más calma» (Groussac, s.f.). La designación, sin embargo, generó resistencias y sorpresas. Se asumía que el sucesor de José Antonio Wilde, quien había muerto poco después de su nombramiento como director de la biblioteca, podía ser Estanislao Zeballos o Alberto Navarro Viola, por lo que, ante la designación de Groussac, algunas voces mostraron su descontento. De hecho, hubo una campaña en contra de la designación desde las páginas de *El Nacional* y *El Diario*. Encabezando la lista de los disconformes se encontraban Calixto Oyuela y Manuel Láinez. Uno de los argumentos principales de los detractores del flamante director fue la injusticia que, para ellos, significaba que un extranjero ocupara una posición clave en una institución nacional. En enero de 1885, Láinez criticó la elección de Groussac:

Realmente si el nombramiento del Sr. Groussac nos ha salvado providencialmente de la calamidad encarnada en el Dr. Zeballos, bienvenido sea [...]. En lo que se refiere al señor Groussac, la objeción fundamental que podemos hacerle es, que mientras se pueda nombrar un ciudadano argentino para dirigir un establecimiento eminentemente nacional, como la Biblioteca, es más que un

¹ La nota de agradecimiento ante su nombramiento apareció en el diario *Sud-América* (véase Groussac, 1885).

deber del Gobierno, una obligación, preferirlo, aún en igualdad de condiciones, á un extranjero (Weller, 1885, s.p.).

Un tono similar se aprecia en una nota publicada en *El Nacional* el 19 de enero de 1885:

Falta ahora tan solo que el Gobierno Nacional dicte su decreto diciendo que se nombra bibliotecario de la República a «Monsieur Paul Groussac», para que este pueda hacer saber al mundo entero que en este país de bárbaros solo él es competente para entender de libros, y que los argentinos sirven á lo más para empleaditos subalternos de su repartición. Esto, si es que el señor «Paul» no manda a buscar a Toulouse a los «Pierre» y los «Jean» que crea necesarios para secundarlo (reproducido en Tesler, 2006, pp. 18-21).

Dos años después, en 1887, la designación del bibliotecario se ponía aun en cuestión. Domingo F. Sarmiento le dirigió ese año una carta de carácter público a Groussac llamándolo «nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés» (citado en Groussac, 1920, p. 43). Pese a las resistencias, el director se instaló en su despacho. Durante su gestión tomó medidas que tendieron a ordenar y modernizar la institución: lanzó el sistema de catalogación formal de los volúmenes, los materiales de hemeroteca y los documentos inéditos; se encargó personalmente de confeccionar un fichero habilitado para la consulta del público; gestionó la recopilación de fuentes en archivos europeos; y envió un copista al Archivo General de Indias de Sevilla, con el fin de relevar algunas fuentes que consideraba importantes para la historia del país (Acevedo, 1995; Molina, 1955). También bajo su gestión, en diciembre de 1901, la biblioteca se mudó a la calle México —a un edificio construido originalmente para la Lotería Nacional— y, en las dependencias de esta sede, se instaló una pequeña imprenta tipográfica. A instancias de Groussac, por otra parte, se dictó la ley de Depósito Legal de ejemplares (Trenti Rocamora, 1997).

No es mi intención evaluar positiva o negativamente el papel cumplido por Groussac desde una perspectiva técnica o bibliotecológica, ni tratar de narrar «lo que realmente sucedió» mientras encabezaba el repositorio². Focalizo la atención, en cambio, en el análisis de algunos hitos que convirtieron a Groussac en una figura de alta visibilidad desde su puesto de director de la Biblioteca Nacional y que hicieron que la institución fuera una referencia de la vida cultural.

² La actuación de Groussac frente a la Biblioteca Nacional, leída en términos específicos de función institucional, generó una notable atención. Mientras que algunos autores mantienen un tono celebratorio sobre su desempeño, otros han intentado dejar en evidencia ciertos límites de sus acciones (Cuffia, 2001; Tesler, 2006).

DIRECTOR PIONERO Y EMBAJADOR CULTURAL

Una de las primeras medidas puestas en marcha por Groussac consistió en generar un diagnóstico acerca del pasado y la actualidad del repositorio y escribir una historia-informe en función de los datos relevados³. En el escrito resultante, la historia del país, sus emprendimientos culturales y la historia de la biblioteca se conjugan en un único relato. Allí, la Biblioteca Pública aparece como una maqueta —modelo pequeño pero representativo— de la cultura y la historia nacionales: creada por decreto de la Junta Gubernativa del Río de la Plata en 1810, el destino de la institución condensaba la imposibilidad de generar empresas culturales estables en el contexto posterior a la Revolución de Mayo. Aunque podía encontrarse en personajes como Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia el germen de la Ilustración y la voluntad de desarrollar la esfera cultural del joven país, sus acciones, civilizadoras en otros aspectos, no lograron reflejarse claramente en la biblioteca. La época de Juan Manuel de Rosas, por su parte, fue para Groussac portadora de los males más profundos para la cultura, entendidos como efectos del avance de la «descivilización». Solo después de Caseros, lentamente, el destino de la Argentina pudo ser reconducido. En cada una de estas clásicas estaciones históricas, los directores de la biblioteca central —descritos y caracterizados en breves semblanzas biográficas— eran retratados como portadores de los síntomas de su tiempo y, en sintonía con los hombres políticos de cada etapa, artífices de los progresos y retrocesos del establecimiento. Ahora que el país estaba en manos de estadistas capaces de conducirlo por el camino del progreso y la modernización, el director de la Biblioteca Nacional podía hacerse eco de ese clima de época y ordenar un espacio por él considerado clave para el desarrollo intelectual del país.

Desde su cargo, Groussac se convirtió en un articulador cultural, un puente entre dos mundos: el francés y el argentino. Este rol se evidencia en varios episodios. Por ejemplo, a mediados de la década de 1880, se le solicitó una obra histórica monumental sobre la Argentina para ser presentada en la Exposición Universal de París de 1889, finalmente no concretada; en 1910, escribió un texto sobre las Islas Malvinas destinado al mundo diplomático internacional; fue delegado por la Argentina en el *World's Congress* de Chicago de 1893; acompañó a la delegación de este país en el Congreso de La Haya en 1907; y fue enviado especial en la Exposición Internacional de Roubaix en 1911. En el sentido inverso, fue reconocido por

³ Se trata del texto «La Biblioteca de Buenos Aires» (Groussac, 1896a). Con escasas diferencias, este texto fue el prólogo del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de tablas alfabética de autores, Ciencias y Artes* (Biblioteca Nacional, 1893); se publicó posteriormente como *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)* (Groussac, 1901). Existen varias ediciones del texto aparecidas más tarde bajo el título *Historia de la Biblioteca Nacional*.

autoridades políticas e intelectuales de Francia como un embajador de la cultura gala en las pampas. Así, Georges Clemenceau describió a Groussac como un civilizador y bregó por su designación como oficial de la Legión de Honor; en 1910, además, la Sorbona lo recibió afectuosamente para que dictara una conferencia sobre Santiago de Liniers; y, en 1926, se realizó allí un homenaje para ensalzar su labor en Argentina.

Pero el perfil que Groussac delineó como nexo entre dos polos no puede atribuirse a una aceiteada operación estatal. Fue, a juzgar por su trayectoria, más bien fruto de su propio mérito. El rótulo de director de la Biblioteca Nacional fue por él dinamizado como sinónimo de prestigio. En sus relatos de viaje, por ejemplo, Georges Clemenceau (1911) subrayó que bajo la gestión de su compatriota la biblioteca se había convertido en un recinto de nodal importancia cultural a la altura de sus homólogos europeos (Bruno, 2014). A su vez, Groussac mismo hizo gala de la autoridad que le confería su cargo: en su libro, publicado en París, *Une énigme littéraire* (1903), aparece debajo del nombre del autor el rótulo «Directeur de la Bibliothèque Nationale de Buenos Aires». Por su parte, directores de bibliotecas nacionales de otras latitudes, como Marcelino Menéndez y Pelayo⁴ y Ricardo Palma⁵, lo reconocieron como un igual a la hora de evaluar su trabajo o responder a sus críticas.

Más tarde, el papel de erudito literato europeo y civilizador de las tierras vírgenes latinoamericanas fue reconocido por la mayoría de sus sucesores. Jorge Luis Borges, quien expresó en el «Poema de los dones» la idea de que su destino estuvo superpuesto con el groussaquiano⁶, declaró en reiteradas ocasiones el honor de ocupar el sillón de Groussac y revivió una empresa editorial que este había fundado, la revista *La Biblioteca*. Más recientemente, la Biblioteca Nacional acogió una muestra en honor a Groussac⁷; y Horacio González, director de la institución

⁴ En 1903, Groussac publicó *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda* y recibió un fuerte cuestionamiento del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, quien puso en evidencia las falencias existentes en sus interpretaciones (Menéndez y Pelayo, 1907, pp. 147-163). Para una presentación detallada del debate, véase Oría, 1934.

⁵ Groussac (1924[1902]) realizó una crítica a un trabajo del director de la Biblioteca Nacional del Perú, Ricardo Palma.

⁶ Las últimas estrofas del «Poema de los dones», escrito por Borges en 1960, rezan: «Algo, que ciertamente no se nombra/con la palabra azar, rige estas cosas;/otro ya recibió en otras borrosas /tardes los muchos libros y la sombra. /Al errar por las lentas galerías/suelo sentir con vago horror sagrado / que soy el otro, el muerto, que habrá dado/los mismos pasos en los mismos días. /¿Cuál de los dos escribe este poema/de un yo plural y de una sola sombra?/¿Qué importa la palabra que me nombra/ si es indiviso y uno el anatema? /Groussac o Borges, miro este querido/mundo que se deforma y que se apaga/en una pálida ceniza vaga/que se parece al sueño y al olvido» (Borges, 2011, p. 199).

⁷ La muestra se denominó *Perspectiva Paul Groussac. Muestra bibliohemerográfica*; estuvo en exhibición entre el 15 de noviembre de 2007 y el 1 de marzo de 2008, en la sala Leopoldo Marechal, Biblioteca Nacional. Cuenta con un catálogo impreso: *Perspectiva: Paul Groussac* (Biblioteca Nacional, 2007).

entre 2005 y 2015, lanzó una publicación que reza en su portada «La Biblioteca. Revista fundada por Paul Groussac».

DIRECTOR, EDITOR E INTRODUCTOR DE SABERES

El cargo le ofreció a Groussac algunas ventajas en relación con sus contemporáneos. Al describirlas en su «Noticia biográfica», destacó, en tercera persona: «Groussac dijo algunas veces que el cargo de bibliotecario fue su morfina, para significar el abandono de toda actividad exterior [...] Quizás fuese más cierto compararlo con el queso de Holanda adonde se refugió, de acuerdo con la fábula, el ratón retirado del mundo, queso bastante magro, desde luego, pero repleto de algunos accesorios» (Groussac, 1998, pp. 36-37).

Entre los principales «accesorios» se cuentan *La Biblioteca* (junio de 1896-abril de 1898) y los *Anales de la Biblioteca* (1900-1915). Con diferentes características, las revistas que dirigió Groussac se diferenciaron de manera notable de las que se habían producido desde la biblioteca central en los años anteriores (Bruno, 2003; Eujanián, 1997). Ambas publicaciones se convirtieron en espacios de difusión destacados y con intenciones modernizantes.

La Biblioteca se anunció en su prefacio como órgano mensual destinado a publicar artículos inéditos. Se establecía que la aparición fuera los días 15 de cada mes en cuadernos en octavo mayor, de 160 páginas, que conformaban un volumen de 640 páginas por cuatrimestre. La organización de la carátula presentaba un acápite superior en letras mayúsculas: «HISTORIA, CIENCIA, LETRAS»; debajo se encontraba el nombre de la publicación y posteriormente, en tipografía menor, «Revista mensual dirigida por P. Groussac».

Fue considerada por sus contemporáneos una empresa europeizante y civilizadora. Rubén Darío (1896) se refirió a ella como «la revista más seria y aristocrática que hoy tenga la lengua castellana» y la definió como «nuestra *Revue de Deux Mondes*». Miguel Cané, por su parte, señaló en una carta a Groussac: «el atractivo externo de la revista me ha producido una grata sensación de frescura, de limpieza civilizada, que se siente al entrar á la sala de la ópera, por ejemplo, después de haber codeado en las calles una manifestación parroquial»⁸.

El modelo de las revistas europeas, sobre todo el de la *Revue des Deux Mondes*, funcionó activamente en la concepción del director de *La Biblioteca*: «No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido el que ninguna publicación análoga pudiera

⁸ «Carta de Migue Cané a Paul Groussac», manuscrito del emisor fechado el 29 de julio de 1896, en Archivo General de la Nación Argentina (AGN), Fondo Paul Groussac, Legajo 1: Correspondencia recibida (1881-1929).

implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración» (Groussac, 1896a, p. 185).

Groussac dio forma a su proyecto editorial y asumió como norte las revistas europeas, pero también rescató como modelos válidos nacionales a la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, y la *Revista Argentina*, comandada por José Manuel Estrada. Un recorrido por las páginas e índices de *La Biblioteca* permite aproximarse a algunas ideas acerca de sus intenciones. Los artículos tratan cuestiones científicas y culturales —en el sentido amplio y decimonónico de ambos términos— y poseen un corte erudito, lo cual diferencia a esta publicación de otras en las que el tono estuvo más ligado a la contribución periodística, sintética y de opinión⁹. La revista actuó como un medio de prestigio y de consagración intelectual en el que se publicaron escritos de destacados hombres de cultura de la época, como Joaquín V. González, Miguel Cané, Rubén Darío, Juan Agustín García, Lucio V. López, Eduardo Schiaffino, Leopoldo Lugones, Bartolomé Mitre, Lucio V. Mansilla, Ernesto Quesada, Luis M. Drago y Antonio Dellepiane, entre otros¹⁰.

Desde *La Biblioteca*, Groussac impuso políticas editoriales que tuvieron impacto cultural. Él mismo eligió las producciones que conformaron cada número. Además, llevó adelante el *Boletín Bibliográfico*, donde escribió reseñas y críticas sobre las novedades que ingresaban a la Biblioteca Nacional. Se ocupó, a su vez, de la escritura de la sección «Redactores de La Biblioteca», en la que presentaba reseñas bio-bibliográficas de los colaboradores, conocidas como «medallones»¹¹. Estas semblanzas llegaron a convertirse en uno de los atractivos principales de la revista. Respecto a este tema, Ricardo Rojas precisó: «Sobre estos colaboradores Groussac publicaba noticias biográficas en el interior de la cubierta, que fueron después recopiladas en el último tomo de la colección. Muchos ansiaban la colaboración por vanidad de esa noticia, pero a algunos les salió mal el cálculo, porque a veces el dueño de casa mostróse irónico y reticente» (Rojas, 1957, pp. 596-597).

La Biblioteca devino una base de operaciones desde la cual el director del repositorio consolidó su injerencia. Fue en sus páginas donde entabló debates con personajes destacados como Bartolomé Mitre y Norberto Piñero. La revista se afirmó como una empresa de fuerte sesgo personal, lo que quedó expresado cuando se clausuró el ciclo de la publicación. En 1898, el ministro de Justicia, Culto e Instrucción de la Nación instó a que la empresa culminara porque Groussac

⁹ Un índice de materias de la revista puede encontrarse en Maeder, 1962.

¹⁰ El listado completo de los colaboradores de la revista se encuentra en: Redactores de *La Biblioteca*, 1898.

¹¹ En esta sección, Groussac fue el autor principal; solo cuatro de esos textos salieron de la pluma de Enrique Rodríguez Larreta, joven en el que Groussac depositó su confianza y expectativas.

se había excedido en el debate mantenido con un funcionario estatal de central importancia, Norberto Piñero, que cumplía en ese momento funciones como diplomático argentino en el contexto de las discusiones limítrofes con Chile. Groussac entendió este pedido como un acto de censura ministerial y decidió interrumpir la publicación:

Por mi parte tenía la elección entre explotar industrialmente el filón del presupuesto, imprimiendo á doscientos ejemplares, y en mal papel, vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 á 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y nadie hubiese leído; ó acometer de mi cuenta y riesgo una *empresa civilizadora* intentando fundar una gran revista mensual, no inferior á las europeas, amplia en sus manifestaciones, libérrima en sus tendencias, que estimulase a los talentos conocidos y suscitase á los ignorados, hasta reflejar honrosamente el intelecto argentino en sus varias aplicaciones (Groussac, 1898, p. 247).

Años después, entre 1900 y 1915, dirigió los *Anales de la Biblioteca*. Las tareas emprendidas desde sus páginas también tuvieron un tono pionero y civilizador. Se propuso publicar en los *Anales* documentos inéditos acerca del Río de la Plata. Señaló como modelos a seguir los *Materiales para la Historia de Francia*, el texto agregado por Alfred Jacobs a una edición de escritos de Gregorio de Tours, y la introducción y los comentarios de François Mignet a las actas de la Sucesión de España (Groussac, 1900, p. XIV).

En cuanto a sus políticas editoriales, hubo una profundización de las dinámicas ya presentes en las páginas de *La Biblioteca*. El total de las introducciones y los comentarios de los documentos publicados estuvieron a cargo de Groussac. Transformó también esta publicación en tribuna desde la cual intervenir en polémicas. Desde sus páginas, participó en 1900 en el debate acerca del idioma de los argentinos, entabló una polémica con Ricardo Palma, el director de la Biblioteca Nacional de Perú, sobre la publicación de la *Descripción del Perú por Tadeo Haenke* y criticó el método histórico que estaban practicando los historiadores de la Nueva Escuela Histórica (Eujanián, 1995).

Más allá de las políticas editoriales personalistas, ambas publicaciones fueron ámbitos de recepción de las renovaciones intelectuales de la época. En el caso de *La Biblioteca*, Groussac funcionó como un articulador cultural que propició la circulación de novedades europeas, latinoamericanas y nacionales¹². En sus páginas,

¹² Prueba de ello es un comentario sobre la difusión de los folletines de escritores europeos, en el que se encargaba de censurar el negativo papel que podía ejercer la propagación de las ideas de Émile Zola. Groussac (1897b) criticó duramente la prosa del renombrado autor al señalar que podía pervertir el sustrato civilizador que irradiaba su país de origen y corromper las costumbres tanto de la sociedad francesa como de la argentina.

se publicaron destacadas piezas del modernismo literario firmadas por el mayor exponente del movimiento, Rubén Darío, y por Leopoldo Lugones. A su vez, en los comentarios bibliográficos, Groussac se encargó de reseñar *Los raros* y *Prosas profanas* (Groussac, 1896b y 1897a). Pese a ello, no depositó demasiadas expectativas en la riqueza de la corriente estética encabezada por el poeta nicaragüense¹³.

Por su parte, los *Anales de la Biblioteca* contribuyeron a difundir el patrimonio histórico y divulgar documentos inéditos sobre la historia rioplatense que existían en la Biblioteca Nacional. En el mismo sentido, el hecho de que en sus páginas aparecieran, por ejemplo, las primeras referencias a los metodólogos de la Historia y a los debates acerca de la disciplina histórica como rama del saber muestra que Groussac estuvo *aggiornado* y fue un activo difusor de novedades.

DIRECTOR POLEMISTA Y MAESTRO SIN DISCÍPULOS

Durante los años en los que Groussac consolidó su perfil como editor y promotor cultural desde la Biblioteca Nacional, se definió también como un notable polemista. Su fama como tal fue extendida y entabló debates con personajes centrales de la cultura argentina, incluyendo a Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Calixto Oyuela, Manuel Láinez, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Eduardo Schiaffino, Norberto Piñero, José Ingenieros, Rómulo Carbia, Diego Luis Molinari y Leopoldo Lugones, entre otros (Bruno, 2005). Varias son las referencias al ejercicio de esta práctica, entre ellas la caricatura de Cao que lo retrató como un gallo desafiante, con un epígrafe en el que se lee la siguiente rima: «Como tiene un espolón/de sólida erudición,/le alza el gallo y le pelea/á cualquier otro, aunque sea/ el gallo de la Pasión»¹⁴. También pueden mencionarse el apodo de «el ogro de Perú y Moreno»¹⁵; la sentencia borgiana: «hubo en Groussac otra cosa que las reprensiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén» (Borges, 1996, p. 233); y las expresiones de Rubén Darío (1898): «el hombre que devora vivas las gentes», «el descuartizador» y «el condestable de la crueldad».

¹³ Para una descripción y referencias sobre el contexto del debate entre Groussac y Rubén Darío, véase Siskind, 2006, y Colombi, 2004.

¹⁴ La caricatura apareció en Cao, 1900. La imagen tiene un doble sentido: por una parte, se refiere a la actitud similar a la de un gallo de riña mantenida por Groussac y, por otro, al gallo como símbolo de lo francés.

¹⁵ Las distintas fuentes consultadas le atribuyen la creación del apodo a Ángel Estrada. El nombre de las calles refiere al emplazamiento del primer edificio en el que Groussac ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional.

En el contexto de las polémicas, Groussac utilizó como arma la crítica en varios planos: como un instrumento de autoconsagración y de difamación del otro, como un medio por el cual acceder a la legitimación de lo sostenido y como procedimiento de anulación de trayectorias o de producciones realizadas en el marco de prácticas intelectuales específicas. Mientras que para algunos jóvenes debatir con él pareció ser parte de una ritualidad para obtener un «bautismo científico o literario», al decir de José Ingenieros (citado en Canter, 1930, p. 264), hombres de cultura más consolidados se encargaron de sugerir a otros que evitaran caer en las manos del director de la Biblioteca Nacional. Así, por ejemplo, Miguel Cané alertó cariñosamente en una carta a su hijo sobre los riesgos de publicar en *La Biblioteca*: «el francés no es tierno»¹⁶.

Groussac puede caracterizarse como «maestro sin discípulos», ya que, ciertamente, no depositó demasiada confianza en los jóvenes. Abundan las anécdotas en este sentido. Resulta ilustrativo un relato de Ramón Cárcano, quien contó que, una vez, hacia 1895, le entregó a Groussac el primer volumen impreso de una de sus obras históricas y algunos borradores del resto de los tomos de próxima aparición, con el objetivo de que los revisara antes de su circulación. Un mes después, concurrió a una reunión en el despacho del director de la Biblioteca Nacional. Allí, este le criticó su uso del método histórico y le señaló que su estilo era fatigoso. Para demostrarle lo último, resumió en catorce carillas dos largos capítulos de la obra. Ante la frustración, el joven reunió todo el material inédito y lo arrojó al fuego (Cárcano, 1943).

Victoria Ocampo, por su parte, evocó que tuvo la intención de armar una guía de la *Divina Comedia* y someter a la crítica groussaquiiana algunas de sus páginas:

Conociendo la fama de severidad incorruptible de que gozaba Groussac, decidí hacerle una visita a la Biblioteca Nacional. Le llevé las páginas sobre el episodio de Francesca y Paolo que están en mi pequeña «guía» de la *Divina Comedia*, y temblando interiormente le pedí que me diera un diagnóstico, sin miramientos. Así lo hizo. Conservo su carta. Podría resumirla de la siguiente manera: no debe escribirse sobre la *Divina Comedia* si uno no trae un dato o una interpretación nuevos. Aparentemente no es su caso [...] ¿Por qué, además, no elige otro género de tema menos dantesco, por no decir pedantesco, si es que siente verdadera necesidad de escribir? (Ocampo, 1951, pp. 7-8).

Contando la misma situación en otra ocasión y definiendo su intención de contar su aprobación como una imprudencia, la escritora confesó que la carta de

¹⁶ «Carta de Miguel Cané a Miguel hijo», 10 de abril de 189?, AGN, Fondo Miguel Cané, Legajo 2203. Aunque la fecha es ilegible, debe tratarse de una carta fechada entre 1896 y 1898, años de aparición de la revista *La Biblioteca*.

Groussac «cayó de punta entre la lapicera y mi mano derecha, impidiéndome, por unos días, seguir mi trabajo» (Ocampo, 1959, p. 11). Esta característica particular de su forma de posicionarse frente a los otros se agudizó con los representantes de las nuevas generaciones. Eduardo González Lanuza señaló en este sentido: «Paul Groussac tenía para los más jóvenes un prestigio merecido y mitológico [...] aunque sus opiniones solían ser de una personalísima arbitrariedad, siempre eran respetadas» (González Lanuza, 1961, p. 8).

Martín Aldao narró, por su parte, que cuando publicó su primer libro, a los veintiséis años, prefirió no entregárselo. Luego de señalar que Carlos Pellegrini le habría pasado el libro a Groussac y que los tres habían coincidido en unas vacaciones en Mar del Plata, Aldao transcribió este parlamento: «No me he animado, señor Groussac, a mandárselo. Es usted un crítico tan severo, que preferí pecar por omisión a exponerme a recibir uno de sus mandobles. ¡Cuántas víctimas tuyas andan por ahí, cabizbajas...!». Contaba, además, que Pellegrini le habría dicho: «este francés tremendo, este ogro no le pega, Aldao, a su libro. ¡Qué milagro!» (Aldao, 1948, p. 25). En idéntico tono Ángel Gallardo (1982) y Alberto Casal Castel (1942) describieron a Groussac como un hombre intratable y muy desalentador con los jóvenes, pese a que habría sido amable con ellos en alguna ocasión.

Quizás esta fama que ganó entre sus contemporáneos generó una distancia entre él y otros intelectuales de la época. Este hecho puede explicar la escasa repercusión que tuvieron los eventos culturales que organizó desde y en la Biblioteca Nacional, como ciclos de música y conferencias —estas últimas con el propio Groussac como protagonista—. Aunque los eventos lograban convocar a una concurrencia «muy selecta», como señaló una de las asistentes, alguna de estas reuniones podía resultar «erudita, pero espantosamente pesada»; en distintas ocasiones «el público daba señales de impaciencia, tosían, golpeaban con el bastón» (Bunge, 1965, p. 54). Groussac mismo manifestó desilusión con los efectos que generaron estas iniciativas. En este sentido, Martín Aldao apuntó que, en una oportunidad, mantuvo este diálogo con el director:

—¿Daré usted otra conferencia en la Biblioteca? —le interrogué a fin de substraerle de su ensimismamiento.

—¿Para qué? A nadie le interesan, nadie vendría.

—¿Piensa usted, realmente, que no interesan a su amigo Juan Agustín García y a otros?

—Ni a Juan Agustín ni a Juan de los Palotes les importa lo que hago por la cultura nacional (Aldao, 1948, p. 28).

DIRECTOR DEL SABER, NO DEL PODER

Groussac criticó varias veces la escasa especialización del espacio cultural argentino. A su vez, consideró la superposición de este con la esfera política un rasgo pernicioso. Aunque sus argumentaciones mantuvieron un tono ambiguo y sus juicios sobre la realidad política argentina son fragmentarios, su mirada era generalmente negativa. Si bien compartió espacios de sociabilidad con políticos —entre los que destacan Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña— y entabló con ellos fuertes lazos de amistad, cuando se refería a estos hombres tomaba distancia. Además, sus intervenciones en el ámbito político fueron intermitentes y siempre se limitaron a una acción mediada por la pluma¹⁷. Complementariamente, debe señalarse que, aunque no ocupó cargos políticos —a diferencia de numerosos intelectuales de su generación—, mantuvo su puesto público de director de la Biblioteca Nacional por un lapso de 44 años (1885-1929).

Groussac describió el ámbito de la política como un espacio contaminado del que prefería no formar parte, gesto que se inscribía en una actitud general de mantener celosamente su posición de intelectual no-político. Mostró una acentuada resistencia ante la práctica extendida entre los hombres públicos de Hispanoamérica de sumergirse en dos universos —el político y el cultural— que él prefería disociados. Señaló al respecto, despectivamente: «En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central a la que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impunemente Pasteur o Darwin, sin habérselas con algún ministerio o presidencia de cámara: como el poeta Mármol que era estadista como un zorzal» (Groussac, 1896a, p. 173).

Al recorrer los legados de la cultura nacional, encontraba una extensa pampa cultural, incivilizada, poblada por gauchos de la inteligencia y literatos ocasionales (Bruno, 2005, pp. 129-167; 2008). Carente de especialismo, lejos de los modelos deseables de civilización francesa y marcada por la herencia de los vicios coloniales, se trataba de una cultura signada por la improvisación: «el principio de la división del trabajo, sobre todo la intelectual, considerado como síntoma del progreso, está desconocido todavía en América del sur y aun en España. Se nos habla aquí y allá de ingenieros que son también médicos y dramaturgos» (Groussac, 1924, p. 283). Desde su perspectiva, la esfera política y la cultural no debían superponerse, ni siquiera ser contiguas. Cubrir puestos estatales —que crecían al calor de la

¹⁷ Groussac participó en la campaña presidencial de Nicolás Avellaneda desde el periódico *La Razón* y asumió el rol de panegirista de Roque Sáenz Peña, tanto en la primera y frustrada candidatura presidencial como en la segunda. Por otra parte, participó activamente, desde las columnas del diario *Sud-América*, en los debates suscitados por las reformas laicas.

consolidación estatal— y denostar la política no fueron acciones incompatibles para Groussac. Depender o no del Estado, participar o no de sus empresas y de su vida institucional parece no haber sido un interrogante para él. Ahora bien, inmiscuirse o no en la vida política argentina sí fue una constante pregunta. Las resistencias aparecieron, en su caso, de manera persistente.

De este modo, la actitud de Groussac como intelectual fue la de rechazar la identificación inmediata y complementaria entre la élite política y la cultural. Se encontró sumergido en un mundo cultural que consideró caótico y supuso que, desde la Biblioteca Nacional, contaba con los medios para establecer ciertos parámetros que, de ser seguidos, mejorarían la situación.

CONSIDERACIONES FINALES

El periodo de la historia argentina abierto hacia 1880 ha sido revisado desde variadas perspectivas historiográficas. Todas coinciden en caracterizarlo como un momento de profundas transformaciones en el que nuevos actores irrumpieron en escena y se instalaron en los despachos políticos y en los ámbitos intelectuales para propulsar acciones renovadoras que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas; mientras tanto, la Argentina se insertaba en el escenario mundial con un rol definido. Puertas adentro, el país se organizaba en torno a los ideales de progreso, paz y orden, principios que cristalizaban en medidas y proyectos para una sociedad que era generalmente percibida como caótica y amorfa (Terán, 2000).

Desde varios campos disciplinares, se ha estudiado el periodo con perspectivas analíticas y objetivos diversos. En un esfuerzo de organización de la bibliografía disponible, se puede sostener que, por lo menos, cuatro ejes interpretativos han dominado la producción académica sobre la élite cultural y la vida intelectual de la Argentina de entre-siglos, a saber: i) las interpretaciones sobre la «generación del ochenta», que presentan un elenco homogéneo de personalidades desde una perspectiva de conjunto y privilegian similitudes y puntos en común, en desmedro de particularidades y aspectos individuales; ii) los análisis que sostienen que el espacio de la cultura no puede distinguirse claramente de los ritmos y escenarios políticos y que los intelectuales de la época eran cómplices de un Estado decidido a avanzar sobre todas las esferas —un hecho evidenciado en el uso de rótulos como «intelectual-político», «hombre del régimen», «*gentleman*-escritor» o «literato oficial»—; iii) explicaciones que dan cuenta de un clima de ideas homogéneo o con fisuras débiles y escasamente perceptibles, a través de tres mecanismos recurrentes: asociar este clima con el rótulo de positivismo, solo matizado en los últimos años; poner parcialmente en duda el clima homogéneo de positivismo y buscar otras expresiones intelectuales, pero también corales, entre las que se destaca el clima

del nacionalismo cultural; y estudiar figuras paradigmáticas e indiscutidamente representativas; y iv) un eje de interpretaciones que se ordena en torno a la idea que transpola un periodo preprofesional, en el que las tareas intelectuales eran ejercidas por diletantes o *amateurs*, con la etapa de la especialización disciplinar (Bruno, 2007, 2009, 2011).

A la vista de estas afirmaciones, se puede sugerir que las intervenciones y los itinerarios de destacados hombres de cultura aparecen desdibujados o relegados en el marco de la presentación de climas ideológicos o intelectuales generales, o que su quehacer y su obra se relacionan de manera estrecha con las necesidades del Estado —no siempre pensado en términos de un Estado dinámico y en formación—. Así, algunos personajes que no son considerados —por no ser estimados representativos o sintomáticos— quedan condenados a las filas de la opacidad o engrosan elencos de nombres indiferenciados dentro de rótulos abarcadores. A su vez, y complementariamente, las corrientes de ideas, los principales tópicos y los problemas centrales de la historia intelectual argentina del periodo han sido abordados, prácticamente de forma exclusiva, con la finalidad de buscar lo característico y lo homogéneo.

Las trayectorias de Groussac y de varios de sus contemporáneos permiten discutir algunos de estos supuestos en varios ámbitos, que expongo en las próximas líneas.

Refiriéndose a su nombramiento como director de la biblioteca central —usando la tercera persona—, Groussac recordó: «[La Biblioteca] era, cuando él la recibió, un caos de treinta mil volúmenes alineados sin orden en una casa secular en ruinas, privada de aire y luz. Conformó allí una biblioteca bastante presentable, instalada en un local cómodo» (Groussac, s.f.). Ordenar la biblioteca fue una tarea costosa pero posible y Groussac se ocupó durante años de concretarla. Como se ha mostrado, desde la Biblioteca Nacional montó numerosos proyectos: bregó por la ordenación y modernización del repositorio; promovió la publicación y la difusión de algunos conocimientos desde las revistas; participó activamente en debates y polémicas; y promocionó diversas actividades culturales. El hecho de haber comandado la institución, además, contribuyó a darle visibilidad y a obtener cierto reconocimiento de sus contemporáneos.

Varias fueron las voces que se encargaron de remarcar las ventajas que tuvo al ocupar su cargo. Así, por ejemplo, Alberto Gerchunoff comentó:

El destino le fue favorable. Mientras las personas mejor dotadas de su tiempo leían apresuradamente en sus bufetes de abogados, en sus oficinas inseguras, y aprendían confusamente y producían sin coherencia y sin tranquilidad, al azar de su existencia agitada y dispersa, Groussac tuvo la fortuna de encontrar

el medio de ser lo que siempre fue. Este imperturbable «habitante de la ciudad silenciosa de libros» ha encontrado en Buenos Aires un suburbio de París (Gerchunoff, 1929, p. 63).

De hecho, contó con el privilegio de estar encuadrado en una institución que posibilitó su dedicación casi exclusiva a las labores intelectuales. El ámbito fue por demás favorable para emprender investigaciones y escritos de índole diversa. Con estas atribuciones se consolidó como un referente intelectual frente a sus pares. Encarnó la figura del prescriptor y llegó a ocupar, como señala la fórmula propuesta por Ricardo Piglia, «el papel de árbitro, de juez y verdadero dictador cultural» (Piglia, 1995, p. 114).

El mismo Groussac, además, hizo gala de su dedicación prácticamente exclusiva a las letras, en sus más dispares expresiones, y de los recursos a los que podía tener acceso. En este sentido, la dirección de las revistas *La Biblioteca* y *Anales de la Biblioteca* consolidó y reforzó su ubicación como difusor de ciertas novedades. Estas publicaciones, aunque contaron con subvención estatal por estar nominalmente ligadas a una institución pública, no pueden ser consideradas como órganos oficiales supeditados a los objetivos y a los tiempos del repositorio. Fueron destacados medios de difusión de saberes y de un mensaje de corte modernizador que su director asumió de manera misional.

Por su parte, aunque reconstruir el universo de lecturas de Groussac —como el de cualquier otro intelectual o actor histórico— no es una tarea sencilla, a los límites metodológicos presentes en otros casos se suma el hecho de que su biblioteca estuvo confundida con la biblioteca que dirigía¹⁸. Esto le permitió tener a su alcance las novedades que arribaban al repositorio, motivo por el que aseguraba «no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme con ellas de simpatía, procurando entenderlas sin pretensión hostil» (Groussac, 1896b, p. 476). Groussac se servía de referencias eruditas a su alcance a la hora de demostrar que contaba con saberes precisos que le permitían establecer pautas de comportamiento a sus contemporáneos. De este modo, más allá del manejo real de saberes, lo que le permitía jactarse ante sus pares era el potencial acceso a los materiales más novedosos y prestigiosos, garantizado por la ocupación de su cargo de director de la Biblioteca Nacional. Pero el balance sobre una dirección de casi medio siglo de gestión no debe detenerse solamente en estos aspectos. Para completar la semblanza es preciso señalar que el efecto de autoridad generado por el cargo que ocupó Groussac se tradujo en medidas concretas que

¹⁸ Al menos desde 1893, año en que puso en venta su biblioteca personal (Groussac, 1893).

repercutieron no solamente en el repositorio de la biblioteca, sino también en la vida cultural argentina. Como ejemplo condensador de estos efectos debe tenerse en cuenta que meses después de las celebraciones del centenario de la Revolución de Mayo, en agosto de 1910, se discutió en la Cámara de Diputados un proyecto de ley de propiedad literaria y artística¹⁹ presentado por los legisladores Carlos y Manuel Carlés, quienes sostenían que representaban gratamente el encargo de hombres de letras y de artes. El proyecto fue aprobado y remitido a la Cámara de Senadores²⁰, donde fue Joaquín V. González, senador por La Rioja, quien prestó su voz a la hora de exponer el proyecto y argumentó que la Argentina estaba siendo presionada por destacados intelectuales franceses a tener su propia ley de propiedad científica y literaria. González declaraba:

En Europa, particularmente en Francia, se ha promovido últimamente un movimiento de instancia á la República Argentina respecto á la sanción de esta ley. Un comité, formado por los primeros intelectuales franceses, bajo la presidencia del célebre historiador y político Hanotaux, ha hecho gestiones ante la legación argentina en París aduciendo razones de esas que difícilmente se postergan, á fin de que se dicte una ley que reconozca los derechos de los autores franceses. Esta instancia ha tenido aquí su repercusión con motivo de la visita de uno de los hombres más eminentes de Francia y de la Europa contemporánea, monsieur Clemenceau²¹.

Como resultado de estas gestiones se aprobó finalmente la ley 7092, primera ley de propiedad intelectual de la Argentina²², y fue Groussac el redactor del proyecto²³.

La promulgación de esta ley, de indiscutible importancia para la vida cultural argentina, basta como muestra de que, como Groussac había señalado al evaluar en retrospectiva el pasado de la biblioteca, la historia nacional, la del repositorio y la de sus directores se entrelazaban estrechamente.

¹⁹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Tomo II de 1910, Sesiones Ordinarias, 24 de agosto de 1910, pp. 89-95.

²⁰ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Tomo I de 1910, Sesiones Ordinarias, 14 de setiembre de 1910, pp. 612-615.

²¹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Tomo I de 1910, Sesiones Ordinarias, 14 de setiembre de 1910, p. 612.

²² En una carta fechada en Río de Janeiro el 9 de octubre de 1910, Clemenceau se refiere a Groussac como «mi querido amigo» y acusa recibo del texto, en español y francés, de la ley de propiedad literaria. AGN, Fondo Paul Groussac, Legajo 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

²³ Manuel Gálvez narra que, en cierta ocasión, conversando con Groussac, hizo un comentario muy crítico sobre esta ley al sostener que era siniestra. Ante esta afirmación, Groussac respondió: «De la que soy yo autor»; seguidamente ambos se lanzaron a reír (Gálvez, 1961, p. 122).

En trabajos anteriores he caracterizado a Groussac como un estratega intelectual y un pionero cultural. Considero que ambas denominaciones permiten pensar desde ángulos complementarios la vida cultural de la época en la que desarrolló sus actividades. Sobre todo en el periodo que va desde mediados del siglo XIX al Centenario de 1910, distintas figuras de la élite cultural desplegaron sus actividades en un momento único, que por un lado presentó una multiplicación de oportunidades y de inserciones institucionales surgidas al calor de la consolidación estatal —piénsese sobre todo en las posibilidades abiertas en los ámbitos educativos y otros, como los museos y las bibliotecas—, mientras que, por otro, habilitó a sus miembros a exceder ampliamente estos ámbitos y a desplegar sus inquietudes por fuera del Estado. Esto les permitió convertirse en nudos de la cultura en tanto forjadores de sociabilidades intelectuales, revistas culturales, géneros y estilos de ser intelectual. Puede considerarse que la república porteña de las letras fue un terreno abierto para que diferentes pioneros dedicados a los trabajos intelectuales pudieran ocupar lugares y aprovechar oportunidades. Se trató ni más ni menos que de un espacio tan virginal y efervescente como el país mismo. En el marco de ese mapa, Groussac devino una figura de relieve y la Biblioteca Nacional ofició como un marco inmejorable para sus formas de intervenir en la vida cultural e intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Hugo (1995). Biblioteca Nacional de Argentina. En José G. Moreno de Alba & Elsa Margarita Ramírez Leyva (coords.), *Historia de las Bibliotecas Nacionales en Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 3-26). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Aldao, Martín (1948). *Notas y recuerdos y Las flechas de Ulises*. Buenos Aires: Librería Perlado.
- Biblioteca Nacional (1893). *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de tablas alfabética de autores. Tomo primero: Ciencias y Artes*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Emilio Coni e Hijos.
- Biblioteca Nacional (2007). *Perspectiva: Paul Groussac*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional de la República de Argentina.
- Borges, Jorge Luis (1996). Paul Groussac. En *Discusión, Obras completas I* (pp. 233-234). Buenos Aires: Emecé.
- Borges, Jorge Luis (2011). Poema de los dones. En *Obras completas II (1952-1972)* (pp. 198-199). Buenos Aires: Sudamericana.
- Bruno, Paula (2003). Paul Groussac y *La Biblioteca* (1896-1898). *Hispanamérica. Revista de literatura*, 32(94), 87-94.

- Bruno, Paula (2005). *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica y Universidad de San Andrés.
- Bruno, Paula (2007). Un balance acerca del uso de la expresión *generación del 80* entre 1920 y 2000. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 68, 117-161.
- Bruno, Paula (2008). Entre el ideal mundo letrado francés y la gran aldea argentina. Paul Groussac y su obra. En Ricardo Salvatore (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales del conocimiento moderno* (pp. 369-400). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Bruno, Paula (2009). La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordinadas para un mapa de la elite intelectual. *Anuario IEHS*, 24, 338-369.
- Bruno, Paula (2011). Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico. *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política*, 9, 69-91.
- Bruno, Paula (2014). Georges Clemenceau en la Buenos Aires de 1910. En *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936* (pp. 71-95). Buenos Aires: Biblos.
- Bunge, Julia Valentina (1965). *Vida. Época maravillosa, 1903-1911*. Buenos Aires: Emecé.
- Canter, Juan (1930). *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Cao, José María (1900). Caricaturas contemporáneas. *Caras y Caretas*, 91, 30 de junio.
- Cárcano, Ramón (1943). Paul Groussac. En *Mis primeros ochenta años* (pp. 331-334). Buenos Aires: Sudamericana.
- Casal Castel, Alberto (1942). Paul Groussac. En *Vidas ejemplares* (pp. 234-240). Buenos Aires: Hachette.
- Clemenceau, Georges (1911). *Notes de voyage dans l'Amerique du Sud. Argentine, Uruguay, Brésil*. París: Hachette et cie.
- Colombi, Beatriz (2004). En torno a *Los raros* y su campaña intelectual en Buenos Aires. En Susana Zanetti (comp.), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916* (pp. 61-82). Buenos Aires: Eudeba.
- Cuffia, Raquel (2001). *Conoces a Paul Groussac?* Buenos Aires: De los Cuatro Vientos.
- Darío, Rubén (1896). Los colores del estandarte. *La Nación*, 27 de noviembre.
- Darío, Rubén (1898). El triunfo del Calibán. *El Tiempo*, 20 de mayo.
- Eujanián, Alejandro (1995). Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares. *Estudios Sociales*, 9, 37-55.

- Eujanián, Alejandro (1997). Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX: la revista *La Biblioteca*, 1896-1898. En *Historia de revistas argentinas* (pp. 9-44). Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Gallardo, Ángel (1982). *Memorias para mis hijos y nietos*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Gálvez, Manuel (1961). Paul Groussac. En *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud* (pp. 115-122). Buenos Aires: Hachette.
- Gerchunoff, Alberto (1929). Reflexiones sobre Pablo Groussac. *Nosotros*, 242, 63-67.
- González, Horacio (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González Lanuza, Eduardo (1961). *Los martinfierristas*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Groussac, Paul (s.f.). *Paul Groussac por Groussac. Autobiografía no autorizada* [mimeo traducido y difundido por los familiares de Groussac; no presenta paginación].
- Groussac, Paul (1885). Nota elevada al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. D. Eduardo Wilde, aceptando el cargo de director de la Biblioteca Nacional y agradeciéndolo. *Sud-América*, 14 de enero.
- Groussac, Paul (1893). *Biblioteca de Pablo Groussac en venta por ausentarse del país*. Buenos Aires: Félix Lajouane.
- Groussac, Paul (1896a). La Biblioteca de Buenos Aires. *La Biblioteca*, Tomo I, 9-33 y 161-193.
- Groussac, Paul (1896b). Boletín bibliográfico: Los raros, por Rubén Darío. *La Biblioteca*, Tomo II, 474-480.
- Groussac, Paul (1897a). Boletín bibliográfico: Prosas profanas, por Rubén Darío. *La Biblioteca*, Tomo III, 156-160.
- Groussac, Paul (1897b). La educación por el folletín. *La Biblioteca*, Tomo VI, 313-332.
- Groussac, Paul (1898). La desaparición de La Biblioteca. *La Biblioteca*, Tomo VIII, 247.
- Groussac, Paul (1900). Prefacio. *Anales de la Biblioteca*, Tomo I, XIV.
- Groussac, Paul (1901). *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)*. Buenos Aires: Imprenta Coni.
- Groussac, Paul (1903). *Une énigme littéraire. Le «Don Quichotte» d'Avellaneda*. París: Alphonse Picard et Fils.
- Groussac, Paul (1920) *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda serie*. Buenos Aires: Jesús Menéndez.

- Groussac, Paul (1924). Esteban Echeverría. La Asociación de Mayo y el «Dogma Socialista». En *Crítica literaria* (pp. 279-319). Buenos Aires: Jesús Menéndez e hijo.
- Groussac, Paul (1924[1902]). Tropezones editoriales, una supuesta «Descripción del Perú». En *Crítica literaria* (pp. 369-394). Buenos Aires: Jesús Menéndez e hijo.
- Groussac, Paul (1998). Paul Groussac, «Noticia biográfica». En León Benarós, *Paul Groussac en el Archivo General de la Nación* (p. 36). Buenos Aires: Archivo General de la Nación.
- Maeder, Enrique (1962). *Índice general de «La Biblioteca»*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1907). *Estudios de crítica literaria*. Cuarta serie. Madrid: Tipografía de la «Revista de Archivos».
- Molina, Raúl (1955). *Misiones argentinas en los archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Ocampo, Victoria (1951). Malandanzas de una autodidacta. *Sur*, 201, 7-8.
- Ocampo, Victoria (1959). De la cartilla al libro. *Sur*, 269, 11.
- Oría, José (1934). La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre el «Quijote» de Avellaneda. *Humanidades*, Tomo XXIV, 3-72.
- Piglia, Ricardo (1995). *Respiración artificial*. Barcelona: Planeta.
- Redactores de *La Biblioteca* (1898). *La Biblioteca*, Tomo VIII, 249-285.
- Rojas, Ricardo (1957). *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata, Los modernos II*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- Siskind, Mariano (2006). La modernidad latinoamericana y el debate Rubén Darío y Paul Groussac. *La Biblioteca. Revista fundada por Paul Groussac*, 4/5, 353-362.
- Tesler, Mario (2006). *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Trenti Rocamora, José Luis (1997). Aportes a la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y una lista de sus publicaciones. *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 4, 52-77.
- Weller, Sam [seudónimo de Manuel Láinez] (1885). Bibliotecarios. *El Diario*, 20 de enero.

LAS BIBLIOTECAS NACIONALES DE AMÉRICA CENTRAL DURANTE LOS SIGLOS XIX Y XX

Iván Molina Jiménez

El propósito fundamental de este ensayo es analizar la fundación y las principales características de las bibliotecas nacionales de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica en los siglos XIX y XX, especialmente entre 1870 y 1914. El periodo indicado corresponde al ascenso de los gobiernos liberales y a la puesta en práctica de reformas dirigidas a modernizar las sociedades centroamericanas en un sentido capitalista y positivista. Los años especificados estuvieron dominados también por el impulso dado a diversas políticas en el campo cultural, especialmente en el educativo, y por iniciativas que enfatizaban la construcción de la nación como una comunidad imaginada, aunque —en la práctica— profundamente desigual en términos de clase, etnia, género y origen geográfico de sus habitantes, no todos ciudadanos con plenos derechos.

La primera sección del presente estudio analiza precisamente la conformación de las identidades nacionales y su relación con la expansión de la cultura impresa y la constitución de una esfera pública; la segunda considera el papel de los intelectuales —de los escritores, en particular— en la Centroamérica de finales del siglo XIX a inicios del XX; la tercera se concentra en la creación de las bibliotecas, con especial énfasis en la composición de sus fondos bibliográficos —sobre todo para los casos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica—, aunque sin descuidar temas como sus funciones, sus objetivos y sus relaciones externas; la cuarta examina el papel jugado por tales instituciones en facilitar el consumo de la literatura de masas; y la quinta explora brevemente las experiencias posteriores a 1914, incluido el caso especial de Panamá.

Los enfoques que hasta muy recientemente predominaron en la investigación histórica de las bibliotecas nacionales, tanto en América como en Europa, tendieron por lo general a acentuar los factores institucionales y administrativos —en una

dimensión descriptiva más que analítica— y a privilegiar el estudio por país, en vez de incorporar perspectivas comparativas (Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, 1995; Peatling, 2004, pp. 33-47). La visión de conjunto que ofrece este artículo permite identificar los procesos comunes y las especificidades de los diferentes casos centroamericanos, y precisar los contextos sociales, culturales y políticos en que cada institución fue fundada y su relación con los proyectos nacionalistas de que formaron parte.

CULTURA IMPRESA E IDENTIDADES

El viajero alemán Julius Froebel, quien visitó Nicaragua entre 1850 y 1851, fue agradablemente impresionado por un médico de la ciudad de Granada, quien

siendo inclinado a la metafísica se sentía enormemente atraído por la filosofía alemana, en la cual se había iniciado leyendo libros franceses llegados de algún modo a Nicaragua. «Los alemanes», apuntó, «tienen un gran filósofo llamado Schlegel autor de un libro titulado *Filosofía de la Vida*. Y tienen otro gran filósofo de apellido Hegel, pero a éste es muy difícil entenderlo» [...] los más abstractos metafísicos de Alemania no debieran olvidar, y en especial si tienen la desgracia de ser traducidos al francés, que pueden causar perjuicios en Nicaragua (Froebel, 1978, p. 24; los entrecomillados y las itálicas son del original, cuya ortografía se respeta en esta y en todas las citas textuales).

La sorpresa de Froebel fue similar a la de otros científicos y aventureros europeos y estadounidenses: al viajar por Centroamérica después de 1821, fueron testigos del proceso de expansión del consumo de libros profanos. El acceso a obras de este tipo fue muy limitado durante la época colonial, una condición que obedeció más a la pequeñez del mercado que al control efectuado por las autoridades. Los títulos prohibidos, casi siempre vinculados con la Ilustración, circularon muy poco: en el ocaso del siglo XVIII, el tráfico se concentró en Guatemala y se basó en tan escasos ejemplares que no era excepcional la existencia de copias manuscritas del material impreso disponible (García Laguardia, 1969).

El contexto descrito varió después de la independencia: a partir de 1821, con el aumento en la circulación de extranjeros, el crecimiento urbano y los avances —social y étnicamente limitados— de la alfabetización, se ampliaron y diversificaron las audiencias de lectores. La oferta de libros, otrora servida por los comerciantes, empezó a especializarse: en la Guatemala de 1840, Andrés Horjales publicaba ya un catálogo de lo que tenía a la venta en su librería; y en los otros países se abrieron establecimientos similares en Granada (1840), en Tegucigalpa (alrededor de 1850) y en San José (1856). Los textos devotos (novenas, breviarios y catecismos) cedieron espacio en esos locales a las obras científicas, a los tratados filosóficos y económicos

y a las novelas, entre otros, de Walter Scott y Eugenio Sue (Bolaños, 1976, p. 276; Molina Jiménez, 1995, pp. 103-104; Valenzuela, 1961-1962; Valle, 1981, p. 23).

El periodo posterior a 1821 fue escenario de otro cambio fundamental: la difusión de la actividad tipográfica. En efecto, durante la época colonial, únicamente Guatemala dispuso de una tecnología de ese tipo, que se trajo de México en 1660, empezó a operar bajo la dirección de José de Pineda Ibarra y se consagró al tiraje de textos escolásticos y devotos (Oss, 1984, pp. 77-107). La experiencia de los países vecinos fue en extremo tardía: la imprenta se introdujo en El Salvador en 1824, en Honduras en 1828, en Nicaragua en 1829 y un año después en Costa Rica (Meléndez, 1990, pp. 41-84; García, 1988, p. 51). Estos nuevos talleres fueron la base para la publicación creciente de libros, folletos, periódicos, volantes y otros impresos.

La producción de libros y folletos creció sostenidamente durante el siglo XIX, en especial después de 1880: entre ese año y 1899 se imprimieron en El Salvador 577 títulos, en Honduras 437, en Nicaragua 388 y en Costa Rica 472. El 62,7% de este corpus se publicó en las tipografías estatales, un 52,4% tenía una extensión inferior a las cincuenta páginas y el peso de los textos oficiales era bastante significativo: un 44,7% (un máximo del 58,4% para el caso hondureño). El examen del lugar de edición evidencia el predominio aplastante de las capitales: en su conjunto, esa proporción ascendió en los cuatro países a un 90% (un mínimo del 70% en suelo nicaragüense) (García Villas, 1952; Dobles Segreda, 1927-1936, 1968; Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua, 1986; García, 1971, I, pp. 26-45, 126-147; Valenzuela, 1961-1962).

La temática de los impresos a su vez era limitada: en El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, el 71,4% del total de títulos (1874) correspondía a obras que versaban sobre asuntos políticos, económicos, legales y educativos, o a reglamentos, estatutos y memorias. El porcentaje alcanzado por textos de otro tipo era muy bajo: 6,8% en literatura, 6,4% en historia y geografía, 3,3% en ciencias, 3,2% en medicina, 2,6% en religión, 1,6% en filología, filosofía y lingüística y 4,7% en otras áreas (García Villas, 1952; Dobles Segreda, 1927-1936, 1968; Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua, 1986; García, 1971, t. 1, pp. 26-45 y 126-147; Valenzuela, 1961-1962). La baja proporción de textos devotos evidencia cómo la actividad tipográfica —en la que influían decisivamente los Estados mediante sus propias imprentas— contribuyó a la secularización social.

El tardío despliegue historiográfico y literario fue influenciado, en los cuatro casos, por la construcción cultural de la nación. Este proceso, que se inició o intensificó después de 1870, fue lento y limitado, y supuso, aparte de la fundación de instituciones —museos, teatros, colegios, bibliotecas y archivos—, la emisión

de monedas, la formación de un panteón de héroes, la inauguración de estatuas y monumentos, y la práctica de un conjunto variado de tradiciones nuevas, especialmente de las fiestas cívicas en torno a un evento o a una figura (Díaz Arias, 2013, pp. 64-97). La conformación de una cultura nacional en los distintos países centroamericanos tuvo un éxito desigual, según fuera el trasfondo social, étnico y político de cada experiencia.

El ascenso del capitalismo agrario en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua se caracterizó por diversas formas de violencia en el campo, dirigidas principalmente contra los indígenas y asociada a los enfrentamientos por las tierras comunales. Los conflictos referidos fueron particularmente intensos en los dos primeros países, y más atenuados en los casos hondureño y nicaragüense, en los que la intervención extranjera —empresas o fuerzas militares estadounidenses— fue decisiva (Mahoney, 2001; Pérez Brignoli, 2010, pp. 87-120; Woodward, 1999, pp. 120-223). La difusión del nacionalismo, en un contexto de expropiación fundiaria y coacciones extraeconómicas en las áreas rurales, se concentró en el mundo urbano y, entre los sectores populares, se limitó a los artesanos y obreros (Acuña Ortega, 1994, pp. 145-164). La experiencia capitalista de Costa Rica fue diferente: un campesinado mercantil, con un acceso desigual a la propiedad territorial, presionó eficazmente para asegurarse un espacio vital en un universo social y político en el cual la dinámica electoral abrió una vía estratégica para canalizar institucionalmente las demandas de productores agrícolas, trabajadores y capas medias (Molina Jiménez, 1991, 2001, pp. 67-98).

El nacionalismo de los liberales, en el caso costarricense, superó los umbrales urbanos y se extendió ampliamente entre la población rural, un proceso facilitado por la concentración demográfica en el Valle Central, que se extiende de Turrialba en el este a San Ramón en el oeste y comprende unos 3200 kilómetros cuadrados, equivalente a un 6,4% del territorio. Según el censo de 1892, esta área era el asiento de cerca de un 80% de los habitantes (República de Costa Rica, 1893, p. x; Hernández, 1985, p. 176). La exitosa difusión de esa identidad nacional se vinculó estratégicamente con la expansión de la educación, que se acentuó a partir de la década de 1880. El 8% de la población de Costa Rica asistía a la escuela en 1894, una proporción similar a la de Uruguay (8,2%), superior a la de Chile (5,1%) e inferior a la de Argentina (9,6%); en contraste, en el resto de Centroamérica las cifras —en años próximos al indicado— eran más bajas: Guatemala (4%), El Salvador y Nicaragua (3%) y Honduras (5,3%) (Newland, 1991, p. 359; Burns, 1985, p. 65).

La invención de la nación se caracterizó en los cinco países por su vinculación con la ideología del progreso —en su sentido capitalista y positivista—, cuyo símbolo tecnológico básico era el ferrocarril y, en el caso específico de Nicaragua,

con la expectativa de construir un canal interoceánico. La experiencia a imitar para las burguesías agroexportadoras del istmo era la europea y, especialmente, la francesa. La fuerza de tal identificación fue estimulada por la llegada de inmigrantes europeos y su inserción en las familias principales de Centroamérica. La diversificación en los patrones de consumo, visible desde 1850, asoció la distinción y el confort con lo importado, ya se tratara de textiles, adornos, libros, muebles, alimentos o medicinas (Molina Jiménez & Palmer, 2004; Orlove, 1997).

El afán por emular a Europa se constata en la cultura impresa del ocaso del siglo XIX. La producción intelectual propia se veía con indiferencia o desdén, una actitud fomentada por las preferencias de los lectores: entre los sectores populares todavía persistían textos típicos del periodo colonial, como novenas, catecismos, breviarios y cartillas, pero se abrían paso con éxito los almanaques y las novelas de aventuras y del corazón. Las bibliotecas de burgueses e intelectuales, más amplias, diversas y actualizadas, exhibían el peso de la bibliografía europea, ya se tratara de obras clásicas o de las últimas novedades literarias, en su idioma original o vertidas al español (Molina Jiménez, 2004, pp. 23-60, 95-131, 163-191; Amaya Banegas, 2009; Tenorio Góchez, 2006; Ayerdis, 2005, pp. 163-403).

Los libreros contribuyeron a diversificar las audiencias de lectores al elaborar un discurso apropiado para interpelarlas en términos de edad, ocupación, género y clase. El catalán Antonio Font, en el editorial del primer número de *La Nueva Literatura*, periódico de la Librería Moderna en San José, advertía, a mediados de la década de 1890, que su local,

podemos decirlo con orgullo, tiene en sus estanterías obras que satisfagan desde el pequeño niño que por primera vez acude á la escuela, hasta el distinguido jurisconsulto, recto teólogo ó eminente literato. Este nuevo establecimiento cuenta con admirable variedad de obras de Ciencias, Artes, Medicina, Derecho, Religión, Literatura, Educación, Novelas, Críticas, etc. etc., todo selecto, abundante y además barato. Hemos procurado que el libro esté al alcance de cualquier bolsillo, los vendemos instructivos, amenos y elegantes, desde el ínfimo precio de 5 cts. Hasta \$5,00 cada uno (Font, 1895).

La práctica y el discurso de los libreros, que tendían a priorizar la oferta de obras importadas sobre las editadas en Centroamérica, jugaron a largo plazo en contra de la valoración de la producción intelectual y literaria propia —con excepción de aquellas figuras que lograban proyectarse más allá del istmo, como el poeta nicaragüense Rubén Darío—. El médico costarricense Vicente Lachner se quejaba tan tardíamente como 1927 de que «es sumamente curioso lo que con nuestros libros acontece: a poco de publicados (y desgraciadamente sin haber sido aún leídos), ellos desaparecen como hundidos en profundo sumidero y nadie puede

decirnos donde pueden conseguirse; en imprentas y librerías sería inútil buscarlos» (Lachner, 1927, p. XV).

La queja de Lachner no carecía de base, dado el desinterés de los libreros por los textos producidos localmente, una tendencia visible en los inventarios de la época. La Librería Española, fundada por el catalán Vicente Lines en el San José de fines del siglo XIX, constituía uno de los principales establecimientos de su tipo en Costa Rica. El catálogo que publicó en 1908 estaba compuesto por 5569 volúmenes, de los cuales solo 86 (1,5%) correspondían a escritores del istmo —aunque tal porcentaje puede estar ligeramente subvalorado, ya que la fuente consultada no permite identificar debidamente todos los libros publicados en Centroamérica—. La proporción de estos últimos, en el local que Emilio Villacorta poseía en San Salvador, representaba una cifra todavía más baja en la década de 1920: apenas un 0,9% (10 de 1095 obras) (Librería Española, 1908; Diario Oficial, 1923).

ESCRITORES A CONTRACORRIENTE

El espacio que les quedó a los tempranos escritores nacionales fue ínfimo: sin fondos y faltos de estímulo, entre el escepticismo y el desinterés, fueron a veces el eje de vivos debates, como el que provocó la exposición internacional que se celebraría en Santiago de Chile en setiembre de 1875. La Junta de Granada (Nicaragua), al preparar el catálogo de lo que se enviaría a ese evento, advirtió que el país carecía de obras literarias dignas de ser exhibidas, ya que «las reducidas [...] que hoi van formando nuestra Biblioteca Nacional están incompletas para ostentarlas en un país progresista por escelencia». La severa decisión de la Junta, una vez conocida, fue cuestionada muy fuertemente:

[S]i tenemos obras literarias aunque pocas é incompletas, como dice la Junta, debieron enviarse para dar una idea de lo que somos [...]. Ni se diga tampoco que carecemos de obras ó que las que hai son incompletas. Las obras de Rosales hacen honor á Centro América. Los opúsculos que sobre varias materias i en distintas ocasiones publicaron Zavala, Benavente, Buitrago, Zepeda, Juares, Guerrero, Cortés, Selva, Ayón, Estrada i otros tantos hombres eminentes [...] no son [...] [indignos] de figurar en una Biblioteca (Gaceta de Nicaragua, 1875).

La actitud de la Junta, sin embargo, no era excepcional y fue compartida incluso por algunos de los tempranos y cosmopolitas escritores centroamericanos. El costarricense Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) fue quizá un caso extremo, puesto que, tras cursar la escuela en París, volvió a San José en 1878; y, en junio de 1894, después de otras estadías en Europa (Sotela, 1920, p. 38), afirmaba:

[...] se dice el arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. ¿Y cuándo [...] podría decirse el arte o la literatura costarricense? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca [...] nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística [...]. Se comprende sin esfuerzo que con una griega de la antigüedad, dotada de esa hermosura espléndida y severa que ya no existe, se pudiera hacer una Venus de Milo. De una parisiense graciosa y delicada pudo nacer la Diana de Houdon; pero, vive Dios que con una india de Pacaca [población de origen indígena cerca de San José] solo se puede hacer otra india de Pacaca (Quesada Soto, 1986, p. 98).

La falta de identificación con lo propio, que se constata en lo manifestado por Fernández Guardia, se extendía también a la cultura popular, siempre lista a desafiar el esfuerzo civilizador del Estado liberal. Los intelectuales vinculados con tal proyecto trataron incluso de corregir el lenguaje diario de los hijos de campesinos, artesanos y obreros. El abogado y profesor costarricense Alberto Brenes Córdoba, al prologar sus *Ejercicios gramaticales*, un texto escolar impreso por la tipografía estatal, advertía con verdadero orgullo: «Hemos tratado con algún detenimiento la corrección de los provincialismos que a nuestro juicio contribuyen a viciar en nuestro país la lengua castellana [...]. Nosotros los americanos, alejados del centro donde se habla con más pureza nuestro idioma, debemos poner particular empeño en su cultivo, para que no se degenere y se convierta en una jerigonza informe y falta de unidad» (1888, pp. iii-iv).

La preocupación de Brenes Córdoba fue compartida por otros intelectuales costarricenses que, a finales del siglo XIX, discutieron acaloradamente sobre la conveniencia de emplear el lenguaje popular en sus obras (Quesada Soto, 1986, pp. 97-129; Rojas González y otros, 1994, pp. 71-74; Rojas González, 1995, pp. 32-38). El afán «europeizador» de los liberales, que estaba en la base de esta inquietud, fue común en el resto de Centroamérica y se manifestó, además, en que las tipografías del Estado se concentraron en la publicación de textos de carácter legal y administrativo y de obras «útiles». El quehacer literario, de escaso interés para la cultura oficial, obligó a los autores de poesía y ficción a agenciarse los más variados tipos de financiamiento para editar sus libros en imprentas privadas. El poeta Rubén Darío, al evaluar en 1908 el caso nicaragüense, señalaba que, pese a la «abundancia de materia prima [...] el ambiente es hostil, las condiciones de existencia no son propicias, y la mejor planta mental que comienza en un triunfo de brotes se seca al poco tiempo. La impresión de libros [...] casi es nula. La producción de literatos y de poetas ha tenido que desaparecer entre las colecciones de diarios y de una que otra revista de precaria vida [...]. Nada queda de los pasados cultores de las letras» (Darío, 1987, pp. 147-148).

La falta de aprecio por el escritor nacional se asoció con la queja por el crecimiento de las ocupaciones parasitarias: abogados y empleados públicos. El escritor costarricense Carlos Gagini, ya en 1894, culpaba a la educación secundaria de fomentar esas profesiones y de restar fuerzas «a la agricultura, porque los jóvenes del campo trasladados a las ciudades se avergüenzan de volver a las faenas agrícolas [...] y hasta de sus rústicos padres» (Gagini, 1961, p. 120). La opinión que unos años después escuchó el filósofo social salvadoreño Alberto Masferrer fue parecida; un juriconsulto de San José le dijo: «Costa Rica no necesita literatos sino agricultores. Brazos para laborar nuestras tierras, y no artistas» (Masferrer, 1949, p. 295). La concepción de este destacado intelectual de El Salvador, pese a todo, no era muy distinta de la prevaleciente en lo que se refería a la valoración de la literatura centroamericana: en 1922 propuso fundar una biblioteca municipal en cada población de su país y adjuntó una lista selecta de cien títulos, de los cuales únicamente cuatro eran de autores de América Latina: sus compatriotas Francisco Gavidia y Arturo Ambrogi, el guatemalteco José Milla y el mexicano Juan de Dios Peza; curiosamente, descartó a Rubén Darío (Masferrer, 1947, pp. 41-43).

El desafío de los escritores centroamericanos en las últimas décadas del siglo XIX era triple: construir una identidad colectiva propia y viable que los diferenciara de los europeos y, a la vez, les permitiera ser aceptados en sus países de origen; legitimar sus opciones estéticas e ideológicas específicas, un propósito cuyo carácter estratégico se asoció con el ascenso del modernismo (Beverly & Zimmerman, 1990, pp. 54-59); y diversificar y ampliar el mercado cultural para garantizar la impresión, circulación y consumo de sus productos (Rama, 1985, pp. 49-79). La ejecución de tal empresa resultaba urgente en el contexto ‘cosmopolita’ de la época, del cual no escapó la composición de las colecciones de las bibliotecas nacionales abiertas en las capitales de los cinco países de Centroamérica.

LAS BIBLIOTECAS NACIONALES

Antes de la década de 1830, las bibliotecas centroamericanas se caracterizaron por ser de carácter privado, ya fuera que pertenecieran a particulares —sobre todo a eclesiásticos, funcionarios, comerciantes, profesionales y profesores— o a instituciones como universidades, conventos, sociedades o escuelas. El primer establecimiento público se inauguró en Guatemala en 1832, por iniciativa de la Academia de Estudios —instancia que reemplazó a la Universidad de San Carlos—, pero fue de corta duración, ya que se clausuró en 1841 (Castillo López, 1995, pp. 293-295; Amaya Banegas, 2009, pp. 27-34, 39-44; Tenorio Góchez, 2006, p. 73). El segundo fue abierto en Costa Rica a finales de la década de 1850, tuvo como base los fondos bibliográficos de la Universidad de Santo Tomás y, ya en la década de 1860, prestaba libros a domicilio (González, 1989, p. 135). En ese

contexto, el bibliotecario Manuel Argüello Mora informaba «a los aficionados á la lectura que desde esta fecha la biblioteca estará abierta todos los días de las cuatro de la tarde á las siete de la noche, haya ó no haya lectores; y á cualquiera hora habiéndolos... Advirtiéndole que aunque se permite gratis permanecer en la biblioteca todo el tiempo que se quiera, no se permitirá á ninguno, sea cual fuese su categoría o posición social, sacar los libros fuera del establecimiento» (1859, p. 4).

La fundación de bibliotecas nacionales fue un proceso vinculado decisivamente con el ascenso político de los liberales en Centroamérica, salvo en Nicaragua, país en el que el predominio de los conservadores se extendió entre 1859 y 1893. Las características principales de esas instituciones se sintetizan en el cuadro 1, el cual evidencia que su creación estuvo vinculada con la expansión o la reforma de los sistemas educativos —que pronto tendieron a la centralización y a la secularización— y con la etapa inicial de la construcción cultural de la nación. Los nuevos establecimientos lograron insertarse, con mayor o menor éxito, en redes internacionales de organizaciones similares mediante el intercambio de publicaciones (el de Costa Rica dispuso de una activa oficina de canje), pero carecían (con excepción del costarricense) de disposiciones que obligaran a quienes producían materiales impresos a entregar una copia —o si existía una ley o reglamento al respecto, no se cumplía debidamente—.

Cuadro 1. Bibliotecas nacionales centroamericanas por año de fundación y otras características (1870-1914)

País	Año de fundación	Depósito legal	Adscripción inicial	Número de directores en el periodo (1870-1914)
Guatemala	1879		Ministerio de Educación	10
El Salvador	1870	1870	Universidad Nacional (adscrita al Ministerio de Educación en 1887)	7
Honduras	1880	1958	Universidad Nacional	11
Nicaragua	1882		Presidencia de la República	6
Costa Rica	1888	1902	Ministerio de Educación	4

Fuentes: Solano Murillo, 1995, pp. 95-104; Arteaga, 1995, pp. 195-236; Castillo López, 1995, 293-303; Maldonado, 1995, 309-321; Coloma González, 1995, pp. 367-377.

La inestabilidad política de la época explica el elevado número de directores que tuvieron las instituciones analizadas, un fenómeno del que, de nuevo, se exceptuó Costa Rica, país en el que se conformó, ya a finales del siglo XIX, un sistema

nacional de bibliotecas que integraba los establecimientos públicos de provincia y los fondos bibliográficos de escuelas y colegios (Pérez, 2012, pp. 253-283). La profesionalización de los servicios prestados, sin embargo, fue limitada por la falta de personal debidamente preparado, una característica común en toda Centroamérica. El joven investigador estadounidense Dana Gardner Munro dejó un testimonio de lo que fue, alrededor de 1914, su experiencia de lectura en suelo costarricense:

La biblioteca está ubicada en un pequeño edificio, con lugar para unos veinte lectores. Raramente había más de uno o dos, además de mí, pero había cinco o seis empleados que gastaban su tiempo fumando cigarrillos y escupiendo sobre el piso y hablando entre sí en voz alta. También había muchas pulgas. La biblioteca estaba abierta de doce a cuatro y en la noche, pero las horas de la tarde eran siempre interrumpidas durante unos pocos minutos al inicio y al cierre, y en la noche era muy difícil leer (Gardner Munro, 1983, p. 5; la traducción es mía).

La primera biblioteca nacional que oficialmente se fundó en Centroamérica fue la de El Salvador, creada el 5 de julio de 1870, aunque fue inaugurada oficialmente en 1888; en tal ocasión se manifestó que su objetivo principal era constituirse en un «centro de instrucción popular» para contribuir a la regeneración del país y al desarrollo intelectual de la nación (Arteaga, 1995, pp. 195-197). El poeta nicaragüense Juan Felipe Toruño (Toruño, 1957, p. 151; Escamilla Saavedra, 1971-1972, pp. 9-21) indicó que para montar el establecimiento el Estado compró la colección particular del cardenal Lambruschini, exbibliotecario del Vaticano, compuesta por unos 6000 volúmenes, la cual —valorada en 16 768 pesos— pertenecía entonces al general mexicano Federico Larraínzar (Arteaga, 2000, p. 2). Pese al extraordinario valor de este acervo, fue solo en 1930 que se propuso construir un edificio propio y específico para albergar la institución (López Vallecillos, 1987, pp. 255-256).

La segunda experiencia fue la de Guatemala: fundada durante el periodo en que el país estuvo gobernado por Justo Rufino Barrios (1873-1885), la biblioteca se constituyó sobre la base de libros confiscados a los conventos, fondos bibliográficos pertenecientes a diversos planteles educativos y donaciones de particulares. La institución, cuya creación se justificó en 1879 para tener un espacio «a donde todos puedan concurrir a adquirir la instrucción que gusten», se distinguió desde un inicio por disponer de un valioso acervo de obras publicadas entre los siglos XV y XVIII. La colección guatemalteca se convirtió, en términos cuantitativos, en la más importante de Centroamérica por esa época: en 1897, estaba conformada por unos 19 400 volúmenes, una cifra muy superior a la del resto de sus vecinos ístmicos (Castillo López, 1995, pp. 295-296).

La Biblioteca Nacional de Honduras, fundada junto con el Archivo Nacional en 1880, tenía en 1889 apenas 1949 volúmenes y 659 folletos, la mayoría procedente de contribuciones privadas e institucionales —entre los donantes figuraron el presidente Marco Aurelio Soto y la Universidad de Chile—. El número de materiales disponibles creció de manera significativa en la siguiente década, ya que en 1898 alcanzaba un total de 6158 obras, cifra que disminuyó a 4048 en 1906 y se elevó a 14 000 en 1914. Posteriormente, en el contexto de la grave inestabilidad política que afectó al país a comienzos del decenio de 1920, el fondo bibliográfico se redujo a 10 993 libros en 1926, un 21,5% menos que ocho años antes (Maldonado, 1995, pp. 309-312).

La experiencia de Nicaragua se diferenció de la del resto de Centroamérica porque la Biblioteca Nacional —un proyecto cuyo origen se remonta a 1871— fue efectivamente fundada en junio de 1882 y quedó formalmente adscrita a la Presidencia de la República. El *corpus* bibliográfico del que disponía por entonces (4678 volúmenes) era superior al de Honduras, y la inversión total en la instalación y apertura del establecimiento —incluyendo el mobiliario— ascendió a 15 000 pesos (Halftermeyer, 1959, p. 115; Zepeda Henríquez, 1969, pp. 5-6). La institución, un bienio después, procuraba ya ampliar sus fondos documentales: en un anuncio comercial que se publicó en la *Gaceta Oficial* indicaba su interés en comprar «colecciones de periódicos del país de años anteriores al de 1867»¹. El catálogo comprendía ya 7351 obras en 1899, pero su crecimiento en las primeras décadas del siglo XX fue afectado por la falta de financiamiento y por el terremoto de 1931 (Coloma González, 1995, pp. 367-371).

El caso costarricense fue más tardío y diferente: en 1888 el Estado clausuró la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1843, y dispuso que su colección bibliográfica, compuesta por casi 3500 volúmenes, se convirtiera en la base de la Biblioteca Nacional (González, 1989; Obregón, 1974, pp. 178-183; Zeledón, 1969, pp. 29-52; Brenes Rosales & Cortés Enríquez, 1988, pp. 29-38). La primera sede de la nueva institución fue poco impresionante y solemne: el segundo piso de una casa ubicada frente al mercado. En 1889 se trasladó a otra vivienda, adquirida en la suma de 70 000 colones, cuyo acondicionamiento —en la primera década del siglo XX— costó 98 435 colones. Un artículo en el periódico *Correo de España*, en 1909, aseguraba que «el edificio es una elegante construcción de aspecto severo y adecuado al fin á que se destina. Su fachada principal, con el busto de Minerva y relieves simbólicos de las ciencias y artes, dibujos del maestro [español, Tomás] Povedano, demuestran claramente al exterior ser un lugar reservado al estudio de aquellas» (Anónimo, 1909).

¹ *Gaceta Oficial*, Managua, 15 de octubre de 1884, p. 319.



Figura 1. Biblioteca Nacional de Costa Rica, 1909. Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*. San José: sin editor, foto 38.

En el cuadro 2 se presenta la procedencia de los libros según su lugar de impresión en las bibliotecas nacionales de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, los tres casos para los cuales se dispone de información para la misma década. La mayoría de los materiales provenía de Europa: en su conjunto, el 89,5% de los títulos y el 90,9% de los volúmenes. Las principales fuentes del establecimiento salvadoreño fueron Francia (1111 títulos), Italia (656 títulos) y España (280 títulos). La falta de datos para los otros dos países impide efectuar un cálculo parecido, pero es probable que la mayoría de las obras tuviera un pie de imprenta español o francés, una tendencia favorecida, en el caso costarricense, por la inmigración de impresores y libreros catalanes a San José, algunos de los cuales también tenían negocios en los otros países del istmo (Molina Jiménez, 1995, pp. 131-166).

Cuadro 2. Composición de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888) según el país de impresión de los libros

Lugar	El Salvador		Nicaragua		Costa Rica	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
Europa	2313	6240	1903	4139	1473	3216
América Latina	141	255	99	209	25	81
Estados Unidos	117	159	74	287	30	76
Centroamérica	56	80	23	43	51	111
Desconocido	53	67				
Total	2680	6801	2099	4678	1579	3484

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La influencia de la cultura impresa de otros países de América Latina era muy escasa: destacaban las obras publicadas en México y Chile, esencialmente de carácter jurídico, que acompañaron el esfuerzo codificador de los gobiernos liberales del istmo en el último tercio del siglo XIX. Los materiales provenientes de Estados Unidos tampoco tenían un peso significativo: usualmente se trataba de informes oficiales, de datos estadísticos o de estudios científicos. El texto centroamericano era todavía menos frecuente: el cuadro 3 evidencia una ínfima presencia de los libros y folletos publicados en el área; de hecho, la producción local disponible en cada biblioteca nacional era mínima.

Cuadro 3. Obras impresas en Centroamérica presentes en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)

Biblioteca Nacional	Obras impresas en									
	Guatemala		El Salvador		Honduras		Nicaragua		Costa Rica	
	T	V	T	V	T	V	T	V	T	V
El Salvador	17	27	35	49	2	2			2	2
Nicaragua	3	3	3	3	5	5	12	32		
Costa Rica	12	19	3	3			1	1	35	88

T = títulos; V = volúmenes.

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La limitada circulación de las obras centroamericanas era evidente aún a inicios del siglo XX en Honduras, cuya Biblioteca Nacional estaba compuesta por 4048

volúmenes en 1906, de los cuales únicamente 206 (5,1%) fueron impresos en el istmo (Biblioteca Nacional de Honduras, 1906; Babcock, 1927, pp. 1106-1108). La de Guatemala ofrecía un cuadro todavía más crítico, pues en 1927, según lo afirmado por su director, Rafael Arévalo Martínez, «no había en sus anaqueles sino tres libros de autores guatemaltecos» (1932, p. 3). Aunque cinco años después disponía ya de una valiosa colección de obras producidas en Centroamérica, el predominio correspondía aún a los textos provenientes de fuera de la región. El fenómeno expuesto se explica por el cosmopolitismo de las burguesías y de los intelectuales europeizados, pero también por el escaso atractivo mercantil de lo que se publicaba localmente, por lo cual no existía mucho interés de parte de las librerías en importar libros de los países vecinos y ofrecerlos al público.

Las excepciones eran aquellos textos utilizados con propósitos escolares y que, por tanto, se vendían bien, y los que alcanzaron una dimensión continental, como los de Darío. El periódico costarricense *El Heraldo* publicó precisamente un aviso que aprovechaba la estadía del célebre poeta en San José, a inicios de la década de 1890, para indicar en relación con *Azul*: «el libro de moda. Se vende en la librería de Montero. Hay pocos ejemplares» (*El Heraldo*, 1891). El escritor centroamericano, sin embargo, rara vez veía sus obras clasificadas en la categoría «de moda»: aunque en periódicos y revistas se solía informar sobre la publicación de tal o cual título, la estrategia publicitaria de las librerías enfatizaba la promoción de los materiales importados, especialmente los europeos.

La orientación de las bibliotecas no era muy diferente: en sus estantes, la cultura universal, identificada con la de Europa, aventajaba ampliamente a la nacional. El grueso de los materiales impresos en el istmo a partir de 1821 brillaba por su ausencia en colecciones de volúmenes dominados por idiomas foráneos. El porcentaje de libros en español era, como se aprecia en el cuadro 4, muy bajo en El Salvador y más elevado en los casos de Nicaragua y Costa Rica; el francés dominaba los fondos de las tres bibliotecas, pero en la de San Salvador destacaban además el latín y el italiano, y en la de San José sobresalía el alemán, un énfasis que obedecía a varias donaciones de obras efectuadas por inmigrantes de ese origen. El trasfondo cardenalicio de la colección salvadoreña explica el hecho de que esta dispusiera de textos escritos en una lengua muerta y, a la vez, que contara con verdaderas joyas bibliográficas de los siglos XV, XVI y XVII.

Cuadro 4. Porcentaje de títulos y volúmenes en español en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)

Biblioteca Nacional	Títulos	Porcentaje en español	Volúmenes	Porcentaje en español
El Salvador	2680	23,2	6801	20,3
Nicaragua	2099	49,2	4678	44,1
Costa Rica	1579	51,7	3484	45,4

Fuente: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

Los incunables más valiosos que poseía la biblioteca de Guatemala databan del siglo XV (Castillo López, 1995, p. 296); en el caso de la de Nicaragua, la obra más antigua era *Década de las Indias*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, impreso en 1726 (Biblioteca Nacional, 1882). La de Costa Rica, en 1909 y de acuerdo con un artículo publicado en el periódico *Correo de España*, tenía «ejemplares notables de gran valor bibliográfico [no consignados en el inventario de 1888, lo que sugiere que fueron adquiridos posteriormente] y que se remontan á los primeros tiempos de la imprenta, como por ejemplo, la *Gramática latina* de Nebrija (1500), la Biblia de Ferrara (1602) y otras muchas ediciones de autores griegos y latinos de los siglos XVII y XVIII» (Anónimo, 1909).

El acervo de la Biblioteca Nacional de El Salvador, sin embargo, no era fácilmente comparable. El cuadro 5 muestra un contraste claro: a diferencia del establecimiento nicaragüense, en el cual prevalecía lo editado de 1850 en adelante, en el salvadoreño la ventaja correspondía a lo impreso antes de 1849. El catálogo de 1888, falto de las fechas de edición, impide clasificar cronológicamente la colección de Costa Rica, pero es factible que la distribución de los textos por periodo de impresión se pareciera a la de Nicaragua. La Universidad de Santo Tomás, en efecto, realizó entre 1844 y 1886 diversas compras de libros en Europa, orientadas por un definido criterio de adquirir lo más reciente (Molina Jiménez, 1995, pp. 75-101).

La capital salvadoreña, epicentro político y cultural de un pequeño —y socialmente opresivo— país centroamericano, podía ufanarse, en el periodo posterior a 1870, de disponer de 287 títulos en 357 volúmenes editados entre el último tercio del siglo XV y 1699. Las dos obras más antiguas de esa colección eran venecianas y de carácter teológico: *Opus restitutionum usurarum et excommunicationum*, de Franciscus de Platea (1477), y *Vigintiquator collationes sanctorum patrum conscripte*, de Joannes Cassianus (1491). El Salvador cafetalero poseía, así, dos de los primeros libros impresos en Venecia, una ciudad a la que se extendió el invento de Gutenberg en 1469 (Houston, 1988, p. 156).

Cuadro 5. Periodo en el que fueron impresos los libros de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887) y Nicaragua (1882)

Periodo	El Salvador		Nicaragua	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
1450-1499	2	2		
1500-1549	11	11		
1550-1599	81	110		
1600-1649	83	91		
1650-1699	110	143		
1700-1749	128	471		
1750-1799	334	1223	14	51
1800-1849	759	2501	156	596
1850 y +	1066	2115	1834	3537
No aparece	106	134	95	494
Total	2680	6801	2099	4678

Fuentes: Palacios, 1887; Biblioteca Nacional, 1882; Archivo Nacional de Costa Rica, Educación, Exp. 95, 1888, ff. 1-40.

La escasa presencia de autores del país en los fondos bibliográficos centroamericanos se explica, además, porque no existía o no se aplicaba el depósito legal. La directora de la Biblioteca Nacional de Nicaragua, Trini Medal, se quejaba en un informe de 1931 de que la sección de obras nicaragüenses era casi inexistente y de que prácticamente tenía que rogar a los escritores para que donaran una copia de sus obras. La experiencia de Costa Rica a inicios del siglo XX se diferenció de manera significativa de la del resto de sus vecinos, dado que la ley de imprenta de 1902 estableció que todo impresor estaba en la obligación de enviar a la Oficina de Canje dos ejemplares de cada publicación que realizara (Coloma González, 1995, p. 371; Solano Murillo, 1995, p. 99).

ALFABETIZACIÓN, CULTURA DE MASAS Y LECTORES

Las diferencias entre las bibliotecas nacionales centroamericanas se ampliaron y consolidaron al empezar el siglo XX: en tanto las de El Salvador, Guatemala y Honduras contaban respectivamente con 14 500, 24 000 y 15 000 volúmenes para los años 1922-1926 (la fuente consultada no brinda información sobre la de Nicaragua), la de Costa Rica, con 100 617 volúmenes y un incremento de 1251

volúmenes por año, se ubicaba entre las principales instituciones latinoamericanas de su tipo: en el noveno lugar entre las once más grandes (Babcock, 1928, pp. 156-164). El bibliotecario del Middle American Research Institute de Tulane University, Arthur Gropp, estimó que entre 1937 y 1938 la colección costarricense comprendía unos 100 000 volúmenes (véase el cuadro 6), cifra que fue corroborada por el guatemalteco Joaquín Méndez en 1940 (Brenes Rosales & Cortés Enríquez, 1988, pp. 39, 41) y con menos precisión por el nicaragüense Rubén Valladares S. (1943, pp. 20-21), quien afirmó que contenía más de 80 000 volúmenes y la definió como una «catedral del libro». De ser correctos, estos cálculos sugieren que la información de 1926 pudo estar sobrevalorada o que más probablemente —como se verá más adelante— el acervo bibliográfico creció mínimamente en el contexto de la crisis económica internacional de la década de 1930.

Los datos conocidos refuerzan la impresión de que la biblioteca costarricense alcanzó un límite a finales del decenio de 1920: el tamaño de la colección, en efecto, ascendió de 3484 volúmenes en 1888 a 10 242 en 1896-1897, y a 52 158 en 1916; en esta última fecha, el incremento era de más de 3000 obras por año (Bascom & Scoulter, 1916, p. 97). El vertiginoso crecimiento descrito se explica, en mucho, por el decisivo apoyo estatal a la educación —en particular, a la alfabetización popular— que contribuyó a ampliar y diversificar la cultura impresa y su consumo. La expansión del aparato escolar fue uno de los ejes del agudo contraste social y cultural entre Costa Rica y los otros países del istmo centroamericano.

El avance del alfabetismo costarricense, en especial en el universo urbano, dejó su impronta en el incremento que experimentó la asistencia a la Biblioteca Nacional a comienzos del siglo XX, cuyo promedio diario se elevó de 200 a 500 lectores entre 1910 y 1914 (Gólcher, 1988, pp. 134-137). Las cifras de 1926, aunque más conservadoras (32 249 individuos atendidos por año en tal institución), superaban por mucho a las de sus contrapartes de Guatemala (cuyos datos corresponden a 1922), El Salvador y Honduras: 3600, 14 500 y 4999 personas anuales, respectivamente (Babcock, 1928, pp. 39, 41). La diferencia demográfica era mayor con las capitales guatemalteca (112 086 personas en 1921) y salvadoreña (88 508 habitantes en 1929), cuya población superaba ampliamente a la de San José (50 580 individuos en 1927) (Gellert, 1990, p. 44; Lungo Uclés & Baires, 1988, p. 150; Dirección General de Estadística y Censos, 1960, p. 36), por lo que un cálculo per cápita de la consulta de obras ampliaría todavía más la ventaja josefina.

La extraordinaria expedición que Gropp realizó entre 1937 y 1938 a diversos países y colonias de América Central y el Caribe para documentar el estado de sus bibliotecas públicas y privadas, y de sus imprentas, librerías y archivos permite considerar el caso de Costa Rica en una perspectiva comparativa más apropiada.

El cuadro 6 evidencia que, con respecto al periodo 1922-1926, las colecciones de Guatemala, El Salvador y Honduras se incrementaron respectivamente en un 14,3%, un 51,7% y un 46,7%; en contraste, la costarricense aumentó apenas en un 5,6%, una proporción que probablemente fue resultado del impacto de la crisis económica de la época.

La investigación de Gropp constató también que el sistema Dewey —un método de clasificación que empezó a utilizarse en Estados Unidos en la década de 1870 y posteriormente se expandió en ese país y en el exterior— comenzaba a ser utilizado en América Central; además, corroboró la ventaja costarricense en relación con el número de lectores atendidos anualmente —un incremento del 51,5% en comparación con los datos de 1926—; finalmente, consignó que el depósito legal se cumplía en todos los países. La información al respecto, sin embargo, deber ser considerada muy cuidadosamente, ya que el cumplimiento pudo ser únicamente de carácter provisional, motivado por el estudio que efectuaba el célebre especialista estadounidense.

Cuadro 6. Algunas características de las bibliotecas nacionales de América Central alrededor de 1936-1937

País	Volúmenes	Funcionarios	Uso de sistema Dewey	Depósito legal	Total de lectores que podían ser atendidos a la vez	Lectores por año
Guatemala	27 431	6		Sí	70	5002
El Salvador	22 000	14	Sí	Sí	95	
Honduras	22 000			Sí		5784
Nicaragua	15 150		Sí	Sí		
Costa Rica	106 248	17	Sí	Sí	100	48 868
Panamá*	8000	7			17	

*Los datos corresponden a la Biblioteca Municipal Colón, cuyos fondos fueron la base de la Biblioteca Nacional de Panamá.

Fuente: Gropp, 1941 (pp. iii, 14-17, 380-383, 493-494, 522-523, 543-544, 566-567).

La creciente alfabetización popular —86,7% en las capitales provinciales, 68,1% en las cantonales y 58% en el campo de las personas de nueve años y más en 1927— fue la base para que, en el caso costarricense, la institución imaginada por los políticos e intelectuales liberales como un baluarte de la ‘ciencia’ y el ‘progreso’ se convirtiera a la vez en una difusora estratégica de la cultura de masas, en su versión impresa (Dirección General de Estadística y Censos, 1960, pp. 44-53). El líder comunista Carlos Luis Fallas Sibaja, en una novela autobiográfica titulada

Marcos Ramírez publicada en 1952, evocó cómo en la década de 1920, después de laborar durante el día como aprendiz de mecánico en los talleres del Ferrocarril al Pacífico, en las noches se escapaba a la Biblioteca Nacional «a leer libros amenos e interesantes» (Fallas Sibaja, 1980, p. 273). La presencia infantil también fue documentada, aunque más tardíamente, para el caso de Nicaragua: según Gropp (1941, p. 522), en la Biblioteca Nacional de ese país casi la mitad de los lectores diarios eran niños: 25 de 58 personas.

La experiencia de José Manuel Salazar Navarrete, diputado por el Partido Liberación Nacional entre 1974 y 1978, fue similar a la de Fallas, aunque unos diez años posterior: vecino de Barrio México —una comunidad de artesanos, obreros y pequeños comerciantes—, él y varios de sus amigos, en el decenio de 1930, se aficionaron

a la lectura de un modo insaciable. No teníamos posibilidad de adquirir libros. Pero ahí cerca, en el centro de San José, estaba la magnífica Biblioteca Nacional. Fuimos sus asiduos visitantes, y en la sala que se encontraba situada a la derecha de la entrada principal con solo llenar una boleta eran sucesivamente puestos en nuestras manos, para que los leyéramos ahí mismo, los tomos de aventuras escritos por Emilio Salgari; los de Sandokan, El Tigre de la Malasia; y los de Bill Barnes, de Doc Savage, y de La Sombra... no faltaron las abundantes páginas de aventuras de Tarzán escritas por Edgar Rice Burroughs. También leímos ahí todos los libros de Julio Verne (Salazar Navarrete, 1997, p. 33).

Las sociabilidades infantiles y juveniles que se configuraron en las salas de la Biblioteca Nacional fueron un desafío para sus empleados, quienes se quejaban a inicios del siglo XX de que «con frecuencia llegan [...] jovencitos malcriados, que van allí a jugar, reír y hacer bulla, interrumpiendo a los lectores. A esos debería cargarlos recio la policía» (Anónimo, 1904). «El énfasis en la prevención, y no en la represión, distinguía la solución propuesta por un individuo que se consideraba perjudicado por la conducta, impropia según su opinión, de los menores de edad, razón por la cual aconsejaba a las autoridades que «a la Biblioteca [Nacional] no se dejara entrar niños de escuela primaria. Probar se puede que nada instructivo van a leer, pues solo piden novelas y revistas ilustradas. Además con sus puerilidades impiden la lectura y el estudio a las personas serias» (Anónimo, 1903).



Figura 2. Interior de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, 1909. Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*. San José: sin editor, foto 44.

La información disponible no permite determinar si en los otros países de América Central las bibliotecas nacionales se convirtieron —en una escala similar a la costarricense y a la nicaragüense— en espacios de sociabilidad para niños y jóvenes de diverso origen social, incluidos los de extracción popular, y en cómplices y promotoras del consumo de la cultura de masas en su dimensión impresa. La de Costa Rica, en particular, fue tempranamente descubierta por miles de lectores josefinos, de variadas edades y condiciones económicas, quienes instrumentalizaron los servicios y salones de la institución en función de los más diversos intereses y, según se desprende de las quejas expuestas, libraron un pequeño conflicto en torno a la apropiación cultural de ese espacio, aunque todavía falta por investigar cómo fue implementada por las autoridades correspondientes una política de control y burocratización de los usuarios (Skouvig, 2007, pp. 223-238).

DE INICIOS DEL SIGLO XX A COMIENZOS DEL XXI

La convulsa política regional, las guerras civiles, las intervenciones extranjeras, las crisis económicas, los desastres naturales, la falta de financiamiento adecuado y el desinterés de las autoridades afectaron, de maneras diversas, las bibliotecas nacionales centroamericanas en el siglo posterior a 1914. El cuadro 7 evidencia que, pese a esas limitantes, las instituciones lograron avances importantes en términos de infraestructura (inauguración de nuevos edificios), ampliaron todavía más sus fondos (con una participación creciente de las obras impresas en cada país) e iniciaron, en algunos casos ya en la década de 1930, la profesionalización de su personal (la primera asociación de bibliotecarios se fundó en El Salvador en 1947 y una escuela bibliotecológica fue abierta en Guatemala en 1948). Los procesos referidos fueron respaldados por gobiernos como Estados Unidos, Venezuela y Suecia, entre otros, e instancias internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) que, desde finales del decenio de 1940 y en el contexto de la Guerra Fría, promovió la modernización de la infraestructura bibliotecaria pública en el Tercer Mundo (Laugesen, 2014, pp. 1-19).

La particular experiencia de Panamá —una audiencia aparte durante la época colonial, un territorio integrado a la actual Colombia después de 1821 e independizado en 1903— explica que, aunque en 1892 se constituyó la Biblioteca Municipal Colón con un acervo de apenas 915 obras, fue únicamente en 1941 que la colección de tal entidad, conformada por unos 10 000 volúmenes, se convirtió en la base de una institución de carácter nacional, adscrita al Ministerio de Educación e inaugurada formalmente en julio de 1942 —una entidad similar, fundada en 1924, no se hizo efectiva—. La creación de tal establecimiento, que se aunó a la apertura de una escuela universitaria de bibliotecología, se justificó con el propósito de que se convirtiera en una fuente «nutricia del pensamiento y protectora de las ciencias, de las artes y de las letras» (Solís & Rodríguez de Robles, 1995, pp. 382-385 y 397; Gropp, 1941, p. 543).

Cuadro 7. Bibliotecas nacionales centroamericanas: inicios de la profesionalización del personal, inauguración de los nuevos edificios, población total y tamaño de los fondos bibliográficos alrededor de 1990-1995

País	Profesionalización inicial del personal	Inauguración del nuevo edificio	Fondos bibliográficos (volumenes)*	Volúmenes nacionales	Población total en millones de personas
Guatemala	¿1930? (década)	1957	100 000		9,2
El Salvador	1947	1994		10 637	5,3
Honduras	1967	1963	50 000		4,9
Nicaragua	1940 (década)	1981	127 181		3,7
Costa Rica	1938	1971	236 446	64 895	3,0
Panamá	1941	1987	54 513	22 070	2,4

*No incluye periódicos ni revistas.

Fuentes: Solano Murillo, 1995 (pp. 98-100, 103); Arteaga, 1995 (pp. 199, 202, 205, 210); Castillo López, 1995 (p. 296); Maldonado, 1995 (pp. 313, 321); Coloma González, 1995 (pp. 371, 373, 376); Solís & Rodríguez de Robles, 1995 (pp. 382-385, 397); Flasco, 1992 (p. 13).

Los avances indicados no estuvieron exentos de considerables pérdidas y deterioros. La extraordinaria colección Lambruschini, según la denuncia dada a conocer por Ramón López Jiménez el 5 de julio de 1970, durante una conferencia para celebrar el centenario de la Biblioteca Nacional de El Salvador, había sufrido un verdadero «vía crucis»:

[E]s algo que duele hasta la entraña. No voy a narrar ese calvario del libro, de los libros más valiosos [...]. Pero sí quiero pregonar muy alto, que entre el 2o. y el 3r. piso de esta casa yacen como muertos —no sé— acaso más de 2,000 volúmenes de la primitiva colección Lambruschini. Están amontonados en una pequeña habitación, sin luz ni aire, colocados en el suelo, dañados por la humedad de la[s] baldosas de cemento. La puerta de acceso a ese minúsculo cuartito no tiene llave. Las bisagras de la única puerta no tienen tornillos están amarradas con alambres. ¿Cuántos han desaparecido? ¿Quién sabe! Pero la verdad es que están tirados en el suelo, amontonados como materiales de construcción (Arteaga, 2000, pp. 6-7).

El descuido precedente fue seguido, en octubre de 1986, por un terremoto que destruyó el edificio, evento sísmico al cual se sumaron fuertes lluvias que sepultaron los textos bajo el peso de los escombros y el lodo (Arteaga, 1995, p. 198). El caso de Nicaragua fue similar: tras el movimiento telúrico de diciembre de 1972 y el incendio posterior, únicamente sobrevivieron 7653 de unos 80 000 volúmenes

(Coloma González, 1995, p. 372). La Biblioteca Nacional de Costa Rica, catalogada por Gropp en 1951 como «la mejor organizada y más importante de Centroamérica» (Solano Murillo, 1995, p. 98), fue víctima de algo más que de fuerzas naturales: en 1971, al trasladarse a su nueva sede, el bello inmueble decorado por Povedano a comienzos del siglo XX fue demolido para construir un estacionamiento para vehículos; y veinte años después, a mediados de 1991, un amplio conjunto de obras impresas en San José antes de 1900 fue vendido como desecho a una empresa fabricante de servilletas y papel higiénico (Semanario *Universidad*, 1991).

Las experiencias más difíciles, como fueron las de Nicaragua y El Salvador, dieron origen a esfuerzos sistemáticos para recuperar el acervo, un proceso que fue más exitoso en el caso nicaragüense debido al estratégico respaldo estatal y a la importante ayuda externa que recibió la Biblioteca Nacional de ese país en el contexto de la revolución sandinista (Coloma González, 1995, pp. 372-374). La política democrática, la estabilidad institucional, la inversión creciente en el campo educativo y las nuevas políticas culturales puestas en práctica después de 1950 favorecieron que, como se constata en el cuadro 7, Costa Rica se diferenciara, alrededor de 1990, por los fondos bibliográficos más amplios de Centroamérica, pese a que tenía la población menor; además, la proporción alcanzada por las obras impresas localmente era considerable (27,5%).

La década de 1990 resultó decisiva para la Biblioteca Nacional de Costa Rica por dos razones: primero, porque fue reconfigurada como una institución al servicio de la investigación, con lo cual quedó en el pasado su papel como establecimiento general, al que podían acudir niños y jóvenes para entretenerse con la lectura o para realizar sus tareas escolares y colegiales; y segundo, porque se consolidó en el año 2000 como eje del Sistema Nacional de Bibliotecas (SINABI). La integración de las bibliotecas públicas fue un proceso que diversas autoridades empezaron a impulsar desde inicios del decenio de 1970: en el año 2008, el país disponía de 55 establecimientos de este tipo ubicados en 49 de los 81 cantones en que se divide el territorio costarricense para una cobertura del 60,5% (Pérez, 2012, pp. 406-408; Córdoba González, 1980, 2008).

La ventaja costarricense se profundizó a comienzos del siglo XXI, cuando la Biblioteca Nacional —bajo la dirección de la especialista en estudios literarios Margarita Rojas González— inició un vasto y ambicioso programa para digitalizar sus colecciones de periódicos, revistas, libros, folletos, fotografías y otros materiales para ponerlos a disposición del público mediante internet². El número de documentos a texto completo ofrecidos ascendió de 625 en el año 2010 a más de 112 000 en 2015, todos los cuales pueden ser descargados gratuitamente; en febrero

² Véase: <http://www.sinabi.go.cr/>

de este último año, desde su lanzamiento en 2009, el portal referido había sido visitado por 1 200 000 personas de 155 países (Rodríguez Amador, en preparación).

La digitalización de materiales fue una iniciativa promovida por la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA) y por la UNESCO desde finales de la década de 1990 con el propósito de facilitar y democratizar el acceso a la información y de preservar las valiosas colecciones de materiales impresos pertenecientes a las instituciones referidas (Solorio Lagunas, 2004, pp. 2-10). La experiencia costarricense, aunque es la más exitosa en América Central, no es la única, ya que también en Panamá se ha avanzado en la construcción de un portal similar al de Costa Rica; El Salvador apenas empieza con un proyecto de este tipo, cuya puesta en práctica permanece como un desafío a futuro para Nicaragua, Honduras y Guatemala.

EPÍLOGO

Las iniciativas para fundar bibliotecas nacionales en Centroamérica se concentraron en el último tercio del siglo XIX, cuando los Estados, predominantemente dirigidos por políticos liberales, iniciaron la construcción cultural de la nación, un proceso que se desarrolló de manera más tardía en Panamá. Las instituciones referidas, que fueron conceptuadas como emblemas nacionalistas del progreso y a la vez como medios para alcanzarlo, pronto evidenciaron sus limitaciones, afectadas por su desinterés por la producción impresa propia, la inestabilidad política y la falta de recursos. La situación precedente fue resultado de que, con excepción de Costa Rica, los gobiernos dedicaron sus pocos ingresos a atender las demandas de los sectores económica y políticamente más poderosos de cada país y las del capital extranjero, principalmente el estadounidense.

La extrema desigualdad social y las formas políticas autoritarias que prevalecieron en Centroamérica fueron acompañadas por una decisiva extroversión cultural, ya que la identidad nacional se construyó sobre la base de los modelos europeos. La composición de las bibliotecas nacionales a finales del siglo XIX no fue la excepción. El libro extranjero, escrito en un idioma distinto del español, prevalecía aplastantemente en sus estantes cosmopolitas; y fue solo después de 1900 que la producción intelectual propia empezó a ser apreciada de una forma más definida. Este proceso coadyuvó a ampliar poco a poco la presencia de los textos locales en un marco institucional que otrora les fue indiferente o adverso.

La valoración de la creación intelectual centroamericana coincidió con un cambio generacional, ya que jóvenes poetas y prosistas, armados con un discurso radical, comenzaron a cotizarse política y culturalmente entre los trabajadores urbanos (Acuña Ortega, 1993, pp. 289-290). El antiimperialismo y la cuestión

social fueron temas cuyo tratamiento por los escritores nacionales se profundizó al avanzar el siglo XX, en un contexto de creciente agitación popular. El porvenir imaginado por los intelectuales y políticos cosmopolitas pocos lustros atrás era muy distinto. Así, Manuel Delgado, ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, expresó en octubre de 1888, al incorporarse a la Academia de Ciencias y Bellas Letras, que formulaba «votos porque nuestros jóvenes escritores, en cuyas manos está la gloria literaria de nuestra querida patria, se inspiren siempre en los bellísimos modelos que les ofrece la literatura idealista de todos los países y de todos los tiempos» (López Vallecillos, 1987, p. 199).

La esperanza de Delgado, una clara manifestación de la extroversión cultural de la época, se desvaneció en el tránsito del siglo XIX al XX al configurarse literaturas nacionales definidas y contestatarias en Centroamérica. El giro izquierdista de ciertos círculos de intelectuales ocurrió en una época caracterizada por otro cambio básico: el ascenso de la cultura de masas. Este proceso, especialmente visible en la expansión de las exhibiciones cinematográficas según está documentado para el caso costarricense (Marranghello, 1988; Acuña Zamora y otros, 1996), tuvo también una dimensión impresa, que se manifestó en el periodismo sensacionalista, las novelas de aventuras y del corazón y otros textos similares, todos los cuales, al tiempo que abrieron espacios para revalorizar creencias y prácticas populares, complicaron los proyectos civilizadores de los adalides centroamericanos de la ideología del progreso.

Las bibliotecas nacionales se convirtieron, desde su fundación a finales del siglo XIX, en importantes espacios de sociabilidad de la intelectualidad centroamericana, pero tendieron a perder esa dimensión después de 1950, a medida que fueron profesionalizándose y burocratizándose, y debido a la apertura de nuevas instancias y actividades culturales vinculadas con la expansión de las universidades. La radicalización política de estudiantes y profesores, en especial a partir de la década de 1960, acrecentó e intensificó tal distanciamiento, que fue agravado por la represión posterior, que culminó en la crisis política y militar del decenio de 1980. Los acuerdos de paz y los avances en la democratización del área, luego de 1990, facilitaron nuevas conexiones con los intelectuales, pero en un contexto distinto al de medio siglo antes, dado que esas centenarias instituciones comenzaron a priorizar los servicios para académicos nacionales y extranjeros, en particular con base en sus valiosas colecciones de periódicos, revistas, folletos y libros impresos en América Central.

El incremento en los fondos bibliográficos de las bibliotecas nacionales fue un proceso lento y desigual en el siglo XX, afectado por la falta de financiamiento, las crisis de diversa índole y los desastres naturales. La modernización y la profesionalización de tales instituciones fueron, debido a las circunstancias referidas, limitadas, incompletas y tardías, en un contexto caracterizado por el liderazgo

costarricense, fundamentado en la mayor estabilidad política del país y en la inversión creciente en educación. La digitalización sistemática de colecciones, puesta en práctica en Costa Rica a partir de 2009, constituye sin duda el proceso más innovador realizado en Centroamérica en la última década y uno de los principales de su tipo efectuado en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña Ortega, Víctor Hugo (1993). Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930). En Víctor Hugo Acuña Ortega (ed.), *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras* (pp. 255-323). Madrid: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo (1994). Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930). En Iván Molina Jiménez y Steven Palmer (eds.), *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (pp. 145-165). San José: Plumssock Mesoamerican Studies y Porvenir.
- Acuña Zamora, Gilberth; Grace Aguilar Cedeño; Alonso Brenes Barquero; Elizabeth Chinchilla Fonseca; Jeannette García Jiménez & Marta Morera Salas (1996). «Exhibiciones cinematográficas en Costa Rica (1897-1950)». Memoria de Graduación de Licenciatura en Historia. Universidad de Costa Rica.
- Amaya Banegas, Jorge Alberto (2009). *Historia de la lectura en Honduras: libros, lectores, bibliotecas, librerías, clase letrada y la nación imaginada, 1876-1930*. Tegucigalpa: Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán.
- Anónimo (1903). Muy conveniente. *La Prensa Libre*, San José, 16 de julio, p. 4.
- Anónimo (1904). Mala crianza. *La Prensa Libre*, San José, 4 de febrero, p. 3.
- Anónimo (1909). La Biblioteca Nacional de Costa Rica (1909). *Correo de España*, San José, 25 de abril, pp. 1-2.
- Arévalo Martínez, Rafael (1932). *Catálogo de la Biblioteca Nacional*. Guatemala: s. e.
- Argüello Mora, Manuel (1859). Biblioteca de la Universidad. *Crónica de Costa Rica*, 16 de febrero, p. 4.
- Arteaga, Mélida (1995). Biblioteca Nacional de El Salvador: su historia 1870-1995. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 195-236). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Arteaga, Mélida (2000). «Historia de tres colecciones famosas: Lambruschini, Biología Centrali-Americana-Sección Arqueología y Shook». Ponencia presentada en el V Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de El Salvador, San Salvador, 18-21 de julio.
- Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.) (1995). *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ayerdis, Miguel (2005). *Publicaciones periódicas, formas de sociabilidad y procesos culturales en Nicaragua 1884-1926*. Managua: Banco Central de Nicaragua.
- Babcock, Charles E. (1927). The National Library of Honduras. *Bulletin of Pan American Union*, LXI(11), 1106-1108.
- Babcock, Charles E. (1928). Latin American Libraries. *Bulletin of the Pan American Union*, LXII(2), 156-164.
- Bascom, Jones J. & William T. Scouler (eds.) (1916). *El libro azul de Costa Rica*. San José: s. e.
- Beverly, John & Marc Zimmerman (1990). *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press.
- Biblioteca Nacional (1882). *Catálogo general*. Managua: Tipografía de Managua.
- Biblioteca Nacional de Honduras (1906). *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*. Tegucigalpa: Tipografía Nacional.
- Bolaños, Pío (1976). *Obras de don Pío Bolaños*. Managua: Banco de América.
- Brenes Córdoba, Alberto (1888). *Ejercicios gramaticales*. San José: Imprenta Nacional.
- Brenes Rosales, Raymundo & Luis Gonzalo Cortés Enríquez (1988). *Biblioteca Nacional. 100 años de historia 1888-1988*. San José: Universidad Autónoma de Centroamérica.
- Burns, E. Bradford (1985). The Intellectual Infrastructure of Modernization in El Salvador, 1870-1900. *The Americas*, XLI(3), 57-82.
- Castillo López, Víctor (1995). Biblioteca Nacional de Guatemala. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 293-303). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Coloma González, Fidel (1995). Notas sobre el desarrollo histórico de la Biblioteca Nacional de Nicaragua. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 367-377). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Córdoba González, Saray (1980). «El sistema de bibliotecas públicas de Costa Rica. Diagnóstico general de su funcionamiento y sugerencias para su mejoramiento». Tesis de Licenciatura en Bibliotecología. Universidad de Costa Rica.
- Córdoba González, Saray (1992). «La participación del Estado en el desarrollo de las bibliotecas públicas en Costa Rica: 1948-1988». Tesis de Maestría en Bibliotecología. Universidad de Costa Rica.
- Darío, Rubén (1987). *El viaje a Nicaragua e intermezzo tropical*. Managua: Nueva Nicaragua.
- Diario Oficial (1923). Ejecuciones. *Diario Oficial*, San Salvador, 27 de diciembre, pp. 2688-2690.
- Díaz Arias, David (2013). La construcción de las naciones centroamericanas, 1821-1954. En María Cristina Mineiro Scatamacchia y Francisco Enríquez Solano (eds.), *América. La consolidación de las naciones* (pp. 64-97). Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Dirección General de Estadística y Censos (1960). *Censo de población de Costa Rica 11 de mayo de 1927*. San José: Dirección General de Estadística y Censos.
- Dobles Segreda, Luis (1927-1936). *Índice bibliográfico de Costa Rica*, tomos I-IX. San José: Librería e Imprenta Lehmann.
- Dobles Segreda, Luis (1968). *Índice bibliográfico de Costa Rica*, tomos X-XII. San José: Asociación Costarricense de Bibliotecarios.
- El Heraldo* (1891). Azul por Rubén Darío. *El Heraldo*, San José, 11 de octubre, p. 1.
- Escamilla Saavedra, Julio (1972). Breve historia de la Biblioteca Nacional de El Salvador. *Anaqueles*, 1, 9-21.
- Fallas Sibaja, Carlos Luis (1980). *Marcos Ramírez* (12a. edición). San José: Imprenta Lehmann.
- FLACSO – Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1992). *Centroamérica en cifras 1980-1992*. San José: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Font, Antonio (1895). Nuestro propósito. *La Nueva Literatura*, San José, 21 de febrero, p. 1.
- Froebel, Julius (1978). *Siete años de viaje en Centroamérica, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos*. Managua: Banco de América.
- Gaceta de Nicaragua (1875). No oficial. *Gaceta de Nicaragua*. Managua, 7 de agosto, p. 327.
- Gagini, Carlos (1961). *Al través de mi vida*. San José: Editorial Costa Rica.
- García, Miguel Ángel (1971). *Bibliografía hondureña*. Tegucigalpa: Banco Central de Honduras.

- García, Miguel Ángel (1988). *La imprenta en Honduras 1828-1975*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.
- García Laguardia, Jorge Mario (1969). *Precursores ideológicos de la independencia en Centroamérica. Los libros prohibidos*. Guatemala: Universidad de San Carlos.
- García Villas, Mariano (1952). *Lista preliminar de la Bibliografía Salvadoreña de las obras existentes en la Biblioteca Nacional*. San Salvador: Biblioteca Nacional.
- Gardner Munro, Dana (1983). A student in Central America (1914-1916). *Middle American Research Institute*, 51. Universidad de Tulane.
- Gellert, Gisela (1990). Desarrollo de la estructura espacial de Ciudad de Guatemala: desde su fundación hasta la revolución de 1944. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 16(1), 31-55.
- Gólcher, Erika (1988). «El mundo de las imágenes: percepción del sector gobernante de Estados Unidos y Europa occidental». Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica.
- González, Paulino (1989). *La Universidad de Santo Tomás*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Gropp, Arthur E. (1941). *Guide to Libraries and Archives in Central America and the West Indies, Panama, Bermuda, and British Guiana*. Nueva Orleans: Middle American Research Institute.
- Halftermeyer, Gratus (1959). *Historia de Managua*. Managua: Talleres Nacionales.
- Hernández, Hermógenes (1985). *Evolución territorial y principales censos de población 1502-1984*. San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Houston, Robert A. (1988). *Literacy in Early Modern Europe. Culture & Education, 1500-1800*. Nueva York: Longman.
- Lachner, Vicente (1927). Una nota del doctor Lachner. En Luis Dobles Segreda (ed.), *Índice bibliográfico de Costa Rica*, t. I (pp. xv-xvi). San José: Imprenta Lehmann.
- Latin American Bibliographic Foundation & Ministerio de Cultura de Nicaragua (1986). *Bibliografía nacional nicaragüense, 1800-1978*. Redlands: Latin American Bibliographic Foundation y Ministerio de Cultura de Nicaragua.
- Laugesen, Amanda (2014). UNESCO and the Globalization of the Public Library Idea, 1948 to 1965. *Library & Information History*, 30(1), 1-19.
- Librería Española (1908). *Catálogo general de la Librería Española de María v. de Lines*. San José: Imprenta de María V. de Lines.
- López Vallecillos, Ítalo (1987). *El periodismo en El Salvador*. San Salvador: UCA.

- Lungo Uclés, Mario & Sonia Baires (1988). Población y economía en la consolidación de la capital salvadoreña 1880-1930. En Rodrigo Fernández y Mario Lungo Uclés (eds.), *La estructuración de las capitales centroamericanas* (pp. 135-155). San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Mahoney, James (2001). *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Maldonado, Carlos Wilfredo (1995). Biblioteca Nacional de Honduras. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 309-321). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marranghello, Daniel (1988). *El cine en Costa Rica 1903-1920*. San José: Jiménez y Tanzi.
- Masferrer, Alberto (1947). *Páginas escogidas*. Buenos Aires: Jackson.
- Masferrer, Alberto (1949). En Costa Rica. En Alberto Masferrer, *Hombres, ciudades, paisajes*, t. II (pp. 283-301). San Salvador: Universidad Autónoma de El Salvador.
- Meléndez, Carlos (1990). Los veinte primeros años de la imprenta en Costa Rica 1830-1849. *Revista del Archivo Nacional*, LIV(1-12), 41-84.
- Molina Jiménez, Iván (1991). *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Molina Jiménez, Iván (1995). *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: Universidad de Costa Rica y Universidad Nacional.
- Molina Jiménez, Iván (2001). Ciclo electoral y políticas públicas en Costa Rica (1890-1948). *Revista Mexicana de Sociología*, 63(3), 67-98.
- Molina Jiménez, Iván (2004). *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*. Heredia: Universidad Nacional.
- Molina Jiménez, Iván & Steven Palmer (eds.) (2004). *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (segunda edición). San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Munro, Dana Gardner (1983). *A Student in Central America, 1914-1916*. Nueva Orleans: Middle American Research Institute - Tulane University.
- Newland, Carlos (1991). La educación elemental en Hispanoamérica: desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales. *Hispanic American Historical Review*, 71(2), 333-364.
- Obregón, Edgar A. (1974). *Miguel Obregón*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

- Orlove, Benjamin (ed.) (1997). *The Allure of the Foreign. Imported Goods in Postcolonial Latin America*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Oss, Adriaan C. van (1984). Printed Culture in Central America, 1660-1821. *Jahrbuch für Geschichte von Staat Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 21, 77-107.
- Palacios, Rafael (1887). *Catálogo alfabético y por materias de todos los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. San Salvador: Imprenta de El Cometa.
- Peatling, Gary Kenneth (2004). Public Libraries and National Identity in Britain, 1850-1919. *Library History*, 20(1), 33-47.
- Pérez, Álvaro (2012). *Origen y evolución de la bibliotecología en Costa Rica*. San José: Colegio de Bibliotecarios de Costa Rica.
- Pérez Brignoli, Héctor (2010). *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza.
- Quesada Soto, Álvaro (1986). *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Rama, Ángel (1985). *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil.
- República de Costa Rica (1893). *Censo general de la República de Costa Rica levantado bajo la administración del Licenciado don José J. Rodríguez el 18 de febrero de 1892*. San José: Tipografía Nacional.
- Rodríguez Amador, Laura (en preparación). *Experiencia de implementación del Portal del SINABI*. San José: Sistema Nacional de Bibliotecas.
- Rojas González, Margarita (1995). *El último baluarte del imperio*. San José: Editorial Costa Rica.
- Rojas González, Margarita, Flora Ovares Ramírez, Carlos Santander & María Elena Carballo (1994). *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Salazar Navarrete, José Manuel (1997). Una historia de mi barrio: Barrio México. En Eduardo Oconitrillo García & Francisco Enríquez Solano (eds.), *Historias de mi barrio. El San José de ayer* (pp. 23-50). San José: Editorial Costa Rica.
- Semanario Universidad* (1991). Venden libros por toneladas. *Semanario Universidad*. San José, 2 de agosto, p. 9.
- Skouvig, Laura (2007). The Construction of the Working-Class User: Danish Free Public Libraries and the Working Classes, 1880-1920. *Library History*, 23(3), 223-238.
- Solano Murillo, Rosario (1995). Biblioteca Nacional de Costa Rica. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 95-104). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Solís, Francisco Javier & Gloria E. Rodríguez de Robles (1995). Biblioteca Nacional de Panamá. En Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ed.), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 381-401). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Solorio Lagunas, Javier (2004). Biblioteca Virtual Iberoamericana y Caribeña El Dorado. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Información INFO2004, La Habana, 12-16 de abril.
- Sotela, Rogelio (1920). *Valores literarios de Costa Rica*. San José: Imprenta Alsina.
- Tenorio Góchez, Ruth María de los Ángeles (2006). Periódicos y cultura impresa en El Salvador (1824-1850): «cuán rápidos pasos da este pueblo hacia la civilización europea». Tesis de Doctorado. The Ohio State University.
- Toruño, Juan Felipe (1957). *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Ministerio de Cultura.
- Valenzuela, Gilberto (1961-1962). *Bibliografía guatemalteca*, tomos III, IV, V, VI, VII y VIII. Guatemala: Tipografía Nacional.
- Valladares S., Rubén (1943). *Viajando por tierras ticas*. León: s. e.
- Valle, Rafael Heliodoro (1981). *Historia de la cultura hondureña*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.
- Woodward, Ralph Lee Jr. (1999). *Central America. A Nation Divided* (tercera edición). Nueva York: Oxford University Press.
- Zeledón, Marco Tulio (1969). Notas para la historia de la Biblioteca Nacional. *Hipocampo*, 5, 29-52.
- Zepeda Henríquez, Eduardo (1969). Escorzo histórico de nuestra Biblioteca Nacional. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, 20(100), 5-6.

DE LOS GABINETES DE LECTURA A LA BIBLIOTECA CARNEGIE: POLÍTICA Y CULTURA ENTRE DOS SOBERANÍAS. EL CASO DE PUERTO RICO, 1835-1918

José E. Flores Ramos

INTRODUCCIÓN

En Puerto Rico, bajo dos soberanías —la española y la norteamericana—, las colecciones bibliográficas para uso del público —fuesen gabinetes de lectura, bibliotecas municipales o públicas— han servido de vehículo para la manifestación de las contradicciones, ambivalencias y aún luchas políticas y culturales de los ‘puertorriqueños ilustrados’ pertenecientes a todo el espectro del liberalismo criollo. Frente a una inmensa mayoría pobre y analfabeta, esta capa social, desde sus particulares esquemas de clase, anhelaba rescatar el país. El desarrollo de bibliotecas públicas, aunque inconsistente, formó parte importante del discurso de modernidad y progreso de las élites ilustradas. Los gabinetes de lectura y las bibliotecas fueron el espacio cívico, tanto físico como imaginario, para impulsar la agenda progresista. Con el cambio de régimen, en este espacio cívico ocurrieron transformaciones físicas, organizativas y conceptuales importantes.

A continuación examinaremos, en el sur de la Isla, las implicaciones políticas del Gabinete de Lectura de Ponce entre 1868 y 1888. En el norte, examinaremos la experiencia capitalina de San Juan, a través del caso del Gabinete de Lectura de la Real Sociedad Económica de Amigos del País (1835), cuya colección, en 1899, pasó a formar parte de la San Juan Free Library, la cual luego se convirtió, en 1903, en la Biblioteca Insular y finalmente se transformó en la Biblioteca Carnegie de San Juan, en 1916.

Aclaramos que estos no fueron los únicos proyectos de colecciones bibliográficas llevados a cabo en Puerto Rico. Se destaca la biblioteca del Ateneo Puertorriqueño, cuya colección ha sobrevivido hasta nuestros días, pero cuyo uso se limitaba exclusivamente a sus socios. El siglo XIX, particularmente durante el último tercio,

fue uno de explosión en la producción cultural y literaria puertorriqueña. La Isla experimentó la creación de múltiples entidades cívicas y públicas, como lo fueron los casinos, círculos literarios, gabinetes de lectura y bibliotecas (Cruz Monclova, 1970-1971).

En el ámbito de la biblioteca, el cambio de mayor importancia, dentro de la cronología de esta investigación, se dio en San Juan, con la construcción de la Biblioteca Carnegie en 1916. El país contó por primera vez con una biblioteca moderna, espaciosa y bien equipada. Sin embargo, en cuanto al aspecto organizativo, los cambios empezaron tan temprano como en 1899, cuando, con el establecimiento de la San Juan Free Library, se comenzó a utilizar un sistema científico para la organización de la información. Luego, a partir de 1903, convertida esta última en la Biblioteca Insular, se adoptó un esquema administrativo norteamericano donde las decisiones de política pública eran tomadas por una junta de síndicos nombrada por el gobernador de turno (Fernández Juncos, 1913).

Bajo el régimen norteamericano, la biblioteca pública fue construida discursivamente en el imaginario como baluarte de la democracia capitalista norteamericana, con la irónica música de fondo de que este discurso se esgrimía en una colonia. Desde el punto de vista conceptual, se efectuó un cambio paulatino; la tradición que nació en el Gabinete de Lectura de Ponce, erigido como espacio de disimulada acción política y expresión cultural, sobrevivió, hasta cierto punto, bajo el nuevo régimen gracias a la labor que realizó don Manuel Fernández Juncos en la Biblioteca Insular. A través de las conocidísimas «Conferencias Dominicales», este viabilizó el espacio de la biblioteca como tribuna para la exposición de debates intelectuales y la promoción de los conceptos progresistas de aquel momento, pero dentro de los límites del conformismo y el acomodo dentro del régimen colonial.

En 1903 se aprobó un ambicioso proyecto de ley que le atribuía a la Biblioteca Insular funciones cónsonas a la de una biblioteca nacional. Sin embargo, este gesto poco podía hacer frente al proceso de americanización impuesto desde el 1898. Así, el proceso de apropiación de ese espacio imaginado, cultural y político culminó con la transformación de la Biblioteca Insular en la Biblioteca Carnegie.

«EL SUR TAMBIÉN EXISTE»: EL GABINETE DE LECTURA PONCEÑO Y LA BIBLIOTECA MUNICIPAL

La ciudad sureña de Ponce, además de ser cuna y espacio de expresión política de famosos autonomistas y liberales, fue un centro urbano de gran actividad cultural y económica en la Isla durante la segunda mitad del siglo XIX. Si San Juan era la ciudad con arquitectura militar y colonial, de instalaciones militares y administrativas del régimen español, Ponce era la de residencias de ornamentación

afrancesada y de calles cuadriculadas que anuncian modernidad (Aponte Alsina, 2008). Gracias a una economía basada en la producción azucarera y cafetalera, se dieron las condiciones necesarias para la acumulación de riqueza que permitió un desarrollo urbano y oportunidades de trabajo que resultaron atractivas para extranjeros y habitantes de otras partes de la Isla. Ciertamente esta diversidad y movimiento económico impactó más allá del tejido urbano y repercutió así en una sociología política distinta a la existente en la capital. En Ponce, la llamada «capital alterna», los liberales tuvieron más espacio de acción cultural y política que en San Juan. No es de extrañar, entonces, que fuese esta la ciudad donde se cuajó el autonomismo (Sepúlveda Rivera, 2003)¹.

Aunque el primer gabinete de libros en establecerse en Puerto Rico fue el de la Real Sociedad Económica de Amigos del País en 1835, el primero en ser fuente de controversias políticas fue el de Ponce. Los ponceños emularon la experiencia de la capital al fundar su propio gabinete de lectura en la calle Sol entre los años 1868 y 1870. El periodista Ramón Marín ubica la fundación del Gabinete en setiembre de 1868, fecha que coincide con el fracasado intento revolucionario del Grito de Lares².

En el caso de Ponce, los liberales aprovecharon su presencia en el Ayuntamiento de la ciudad para adelantar sus agendas culturales. El 6 de noviembre del 1873, el doctor Rafael Pujals, quien era teniente alcalde y a su vez miembro fundador del Gabinete de Lectura, comunicó la intención de los asociados del Gabinete de ceder la «Biblioteca fundada por suscripción» al Ayuntamiento para que de esta manera se cumpliera con la Ley Municipal que estipulaba el establecimiento de bibliotecas en poblaciones de más de trescientos vecinos. Sin embargo, los socios del Gabinete conservaban el derecho de propiedad sobre la colección, ya que esta se trasladaría en el futuro al Instituto de Enseñanza una vez establecido. La estrategia de los socios consistía en que el gobierno municipal corriera con los gastos hasta que fuese posible establecer el Instituto. El Ayuntamiento aceptó el trato, el cual conllevaba un gasto de unos 52 pesos mensuales para el pago del sueldo del bibliotecario, alquiler de la casa, alumbrado, un criado e imprevistos. Se contrató al señor Rafael Rodríguez como bibliotecario y se comisionó a los concejales Rafael Pujals y Juan José Mayoral para que redactaran un reglamento para la Biblioteca³.

¹ El autor señala que el término de «capital alterna» para referirse a Ponce fue acuñado por Quintero Rivera, 2003.

² Perea Roselló (1960-1961) señala 1870 como fecha de fundación del primer gabinete de lectura de Ponce, mientras que Neumann (1987) apunta que fue entre 1869 y 1870. Por su parte, Marín (1994) ofrece como fecha de fundación setiembre de 1868, haciéndola coincidir con el Grito de Lares.

³ Archivo Histórico Municipal de Ponce (AHMP), Fondo Instrucción, Expediente Trata del establecimiento de la Biblioteca Pública en esta villa, 1873.

La Biblioteca tenía un extenso horario de servicio durante seis días a la semana que incluía hasta el día de Navidad. Más importante aún era que se democratizaba el servicio, ya que podía asistir a la biblioteca cualquier ciudadano que estuviese «decentemente vestido según su clase y observar en su recinto las conductas que exige la culta sociedad». La biblioteca no circulaba sus libros fuera de su local y solo el bibliotecario estaba autorizado para realizar los préstamos para uso en sala⁴.

Entre 1874 y 1875, regresó como capitán general el despótico José Laureano Sanz, quien ya había gobernado la Isla entre 1869 y 1870. Este gobernante conservador la emprendió contra los liberales criollos⁵. Bajo su mandato, los ayuntamientos fueron disueltos, se restableció la censura, se prohibió la libertad de reunión y se perdieron otras reformas (Scarano, 1993, p. 515). Los maestros criollos, en su mayoría liberales, fueron sustituidos por fieles peninsulares. Sanz entendía que el germen del separatismo en América se había cuajado en los sistemas educativos criollizados (Cruz Monclova, 1970-1971, I, p. 391).

Con la disolución del Ayuntamiento ponceño en 1874, la nueva administración intervino la Biblioteca Municipal. Así, el 12 de marzo de ese mismo año, el secretario del Ayuntamiento certificó que esta no cumplía su horario y que no se justificaba el gasto. La labor del bibliotecario fue cuestionada y se le solicitó un informe sobre la cantidad de usuarios que atendía⁶.

El bibliotecario Rafael Rodríguez se defendió de los cuestionamientos del Ayuntamiento y aprovechó para señalar la falta de apoyo municipal para los gastos de alumbrado y cómo él había tenido que realizar gastos de su propio bolsillo. Sin embargo, aceptó que la concurrencia a la biblioteca era escasa⁷.

Punto por punto, la información provista por el bibliotecario fue utilizada como parte de los alegatos que justificaban el cierre. La controversia en torno a la Biblioteca se utilizó para atacar las decisiones del pasado Ayuntamiento liberal. La objeción principal era que el Gobierno Municipal estaba invirtiendo fondos públicos en un proyecto de carácter privado. El 21 de marzo de 1874, se acordó devolverle la biblioteca a la Junta Directiva del Gabinete de Lectura Ponceño y cesar los pagos de sueldos y renta del local⁸.

⁴ Véase Reglamento de la Biblioteca incluido en el expediente antes citado.

⁵ Véase nota 5 en Cruz Monclova, 1970-1971 (II, p. 5).

⁶ «Yo el infraescrito secretario del I. Ayuntamiento de la Villa de Ponce», AHMP, Fondo Instrucción, Expediente Trata del establecimiento de la Biblioteca Pública en esta villa, 1873.

⁷ Carta de Rafael Rodríguez, bibliotecario, al Alcalde Municipal de esta villa, 12 de marzo de 1874, AHMP, Fondo Instrucción, Expediente Biblioteca Pública.

⁸ Certificación de cierre de la biblioteca, 21 de marzo de 1874, AHMP, Fondo Instrucción, Expediente Biblioteca Pública.

Años más tarde, el doctor Eduardo Neumann, socio fundador del Gabinete, diría que «la pasión política convertida en piqueta demoledora» fue la causa de ese primer cierre (Neumann, 1987, p. 103). Pasaron veinte años para que, en 1894, Ponce tuviese otra biblioteca municipal. Detrás del discurso de eficiencia administrativa se escondía la intolerancia política y los personalismos. La Ley Municipal que establecía la obligación de instaurar bibliotecas populares o municipales en las provincias españolas volvía a ser letra muerta.

Al cabo de dos años, el Gabinete de Lectura de Ponce resurgió con nuevos bríos. Esta vez sin ningún tipo de apoyo del Ayuntamiento para el sostenimiento de los servicios. Sobre este particular, Eduardo Neumann relata que, en 1876, reunidos en tertulia nocturna «en la arena del farmacéutico Mr. Henna» surgió el lamento «de la falta en Ponce de una biblioteca en que la juventud pudiera instruirse, huyendo del lupanar y del garito». Ante esta queja, el doctor Rafael Pujals sugirió reinstalar el Gabinete de Lectura y ofreció los bajos de su casa temporalmente, hasta que se pudiera disponer de fondos suficientes para su mantenimiento (Neumann, 1987, p. 103).

La biblioteca se constituyó en el imaginario de los intelectuales como el espacio excelso que aleja a los jóvenes de los vicios. Las ideas y conceptos sobre moralidad, higiene y progreso estaban internalizados en la capa intelectual del país. Esta perspectiva no era diferente a la que impulsó la creación de los gabinetes de lectura en España. Si esto es así, ¿por qué los administradores coloniales conservadores no se esforzaron por crear espacios de lectura? ¿Por qué reprimieron este espacio cuando lo lógico hubiese sido incorporarlo a su propio discurso moralizador? La respuesta, sobre todo en el caso ponceño, puede estar en los nombres de los fundadores de esta entidad cultural⁹.

La directiva, al igual que muchos de los socios fundadores, estaba compuesta por ciudadanos asociados al liberalismo y al autonomismo. Su director, el doctor y filántropo Rafael Pujals, además de sus gestas en el campo de la medicina, fue un líder del liberalismo criollo y abolicionista. Estuvo preso a raíz de la Revuelta de Lares en 1868 y en varias ocasiones tuvo que salir del país por razones políticas (Figueroa, 1888; Balasquide, 1984). Por su parte, el vicedirector, el educador, periodista y político Ramón Marín, quien fue perseguido por las autoridades gubernamentales debido a sus ideas liberales, también sufrió cárcel a raíz del Grito de Lares. En 1874, fecha en que se cierra el primer Gabinete convertido en Biblioteca Municipal, se le revocó su permiso de maestro y tuvo que abandonar la

⁹ Figueroa (1888, p. xiv) indica: «Socios fundadores de “Gabinete de Lectura Ponceño.” —Año 1877—Junta Directiva: Director, doctor Rafael Pujals. —Vice-Director, Ramón Marín. — 1er Vocal, Baldomero San Antonio. — 2º Vocal, Eduardo Neumann. —Contador-Depositorio, Pedro P. Valdivieso 2º Su-Suplente, Antonio Pérez Guerra. —Vocal —Secretario, Rafael Rodríguez. — Su-Suplente, Luis R. Velázquez».

escuela donde trabajaba, conocida como el Museo de la Juventud. Fue encarcelado en 1887, junto con Román Baldorioty de Castro, cuando el gobierno promovió la ola represiva de los compontes en Puerto Rico. Posteriormente, participó en la reorganización del Partido Liberal bajo el liderazgo de Baldorioty de Castro. Desde esta plataforma política, lucharon ambos por el autonomismo. Años más tarde, su hijo Ramón Marín Castilla y su sobrino Francisco Gonzalo (Pachín) Marín, ambos oficiales del Ejército Libertador Cubano, murieron en acción en Cuba (Girón, 1994). No es difícil imaginar que para los incondicionales al gobierno español este grupo de intelectuales levantara suspicacias.

La inauguración del Gabinete fue un acto de afirmación puertorriqueña. Consistió en una velada literaria en la que Ramón Marín cerró su discurso con la lectura del poema «Canto a Puerto Rico», escrito por otro de los encarcelados a raíz del Grito de Lares, José Gualberto Padilla¹⁰. Más dramática aún fue la velada literaria que se celebró en honor del fallecido y principal exponente del romanticismo puertorriqueño y simpatizante del liberalismo reformista, José Gautier Benítez (Pérez Vélez, 1986). La actividad contó con la participación de distintas entidades y comisiones culturales de diferentes pueblos de la Isla, además del apoyo del Ayuntamiento de Ponce. También se contó con la participación de la poetisa y patriota puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, quien había regresado ese mismo año a Puerto Rico de su destierro en Venezuela. Esta cerró la actividad con la lectura de su poema «Mi Ofrenda». Curiosamente, en vez de dedicar el poema al homenajeado, ensalzó la gesta progresista del Gabinete, al que llama «Círculo ilustre». Los últimos cuatro versos leen:

*¡En el mundo infinito de la idea!...
Te fundes en un beso
De libertad la llama
¡Con la llama fecunda del progreso!*
(Rodríguez de Tió, 1880, p. 2)

El Gabinete de Lectura de Ponce fue un espacio de gestión cultural donde se promovía la publicación de obras como el *Ensayo biográfico de los que más han contribuido al progreso de Puerto Rico*, escrita por el artesano, periodista y separatista ponceño Sotero Figueroa en 1888. Desafortunadamente, el mismo año en que se publicó la obra antes mencionada, la colección del Gabinete se fundió con la biblioteca de la Asociación de Dependientes. Esto trajo como consecuencia la pérdida de una colección que, además de libros, incluía objetos arqueológicos,

¹⁰ Archivo General de Puerto Rico (AGPR), Colecciones Particulares, Documento 396, caja 9, Libro de Actas del Gabinete de lectura 1872-1883.

cuadros y un pequeño museo de historia natural. Sobre sus libros, apunta con nostalgia Eduardo Neumann, «muchos pulperos dedicaron sus hojas para envolver groseros comestibles» (Neumann, 1987, p. 104).

Una biblioteca bien pensada, que incluía material arqueológico y obras de arte, que incluía un cuadro del insigne pintor puertorriqueño del siglo XVIII José Campeche¹¹, se echó a perder. La Biblioteca Municipal que se estableció en el 1894 no alcanzó a desarrollar una colección coherente y mucho menos tuvo el impacto social y político que generó el que fue llamado una vez el «Círculo ilustre».

EL NORTE: DEL GABINETE DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS EN TIEMPOS DE ESPAÑA HASTA LA BIBLIOTECA CARNEGIE EN LA «HORA AMERICANA»

La fundación en 1835, bajo el régimen español, del primer gabinete de lectura en San Juan por la Real Sociedad Económica de Amigos del País es el precedente más antiguo de los servicios bibliotecarios en la Isla que no está enmarcado dentro de una institución religiosa, gubernamental o profesional. Al igual que sus contrapartes españolas, hijas del reformismo borbónico, se pretendía a través de esta sociedad difundir conocimientos que permitieran adelantar el desarrollo económico y social de la Isla. La Real Sociedad había sido fundada por el intendente Alejandro Ramírez en 1813, en pleno auge de los procesos revolucionarios en Hispanoamérica. La hasta entonces aislada y militarizada posesión caribeña comenzaba a recibir con mayor regularidad la *Gaceta de Madrid* y otros periódicos, lo que hacía necesario establecer para las «personas de más categoría» un lugar común para reunirse e informarse¹².

El gabinete de lectura seguía el mismo patrón organizativo que sus homólogos españoles. Se trataba de escoger un local apropiado para la lectura de periódicos y otras obras «instructivas y de recreo» y donde funcionaría «una especie de tertulia» para los artesanos «en busca de solaz y entretenimiento tan necesario para el que penosas tareas ocupa todas las horas del día». Así, «adquirirían también una cultura que haría una revolución muy provechosa en sus costumbres, y les pondría al corriente de noticias que nunca deberían ignorar»¹³.

¹¹ En la Junta Ordinaria del 14 de diciembre de 1879 se consigna la compra por 54 pesos de un cuadro de José Campeche, se desconoce tema o título. AGPR, Colecciones Particulares, Libro de Actas del Gabinete de Lectura (p. 166).

¹² Carta de don Francisco Marcos Santaella al capitán general don Miguel de Latorre, 9 de febrero de 1835, AGPR, Records of the Spanish Governors of Puerto Rico, Political and Civil Affairs, Caja 184, legajo 728.

¹³ Extracto de una noticia del periódico *El Español* reproducido en la *Gaceta del Gobierno de Puerto Rico*, 30 de diciembre de 1847, p. 1.

El gabinete de lectura se constituía, así, en el imaginario de las clases pudientes liberales, tanto en España como en sus colonias, en una «tecnología» más de control social. Evidentemente, dichas clases se piensan a sí mismas como las portadoras de civilización y control sobre las clases más bajas. A través de la concesión de espacios de «ocio noble» para los artesanos, se pensaba conjurar conductas que se veían como un atentado contra la civilización y las buenas costumbres.

El establecimiento del Gabinete de Lectura en San Juan se entendió como un gesto de civilización y progreso. Para ingresar a este había que realizar el pago de una suscripción. Pronto sus organizadores comenzaron a adquirir libros para la incipiente colección. La primera donación de importancia que recibió dicho establecimiento fue la del doctor Rufo Manuel Fernández, canónigo de la Catedral de San Juan. El 11 de octubre de 1843, el religioso había donado «una selecta, aunque poco voluminosa, colección de libros... con el fin de establecer... o formar, el núcleo de una Biblioteca Pública» (Coll y Toste, 1923, X, p. 62).

En 1884 esta institución fue también precursora en el desarrollo de la primera colección puertorriqueña, cuando fue autorizada para reunir documentación histórica y literaria sobre la Isla. La solicitud había sido enviada al gobernador general el 31 de mayo de 1884 por Francisco de P. Acuña, quien era además socio fundador del Ateneo Puertorriqueño¹⁴. El 4 de diciembre de ese mismo año, la Real Sociedad Económica de Amigos del País notificó que Alberto Regulez¹⁵ había sido comisionado para desempeñar la labor de recoger los «datos» pertinentes. El proyecto contó con la aprobación del gobernador, quien había dado instrucciones a los alcaldes para que facilitaran la información requerida¹⁶.

¿Qué significado político o de afirmación nacional podría tener este proyecto cultural? ¿Por qué el gobierno colonial avaló el mismo? Ciertamente, esta práctica se llevaba a cabo en otras provincias españolas. Por ello, el gobierno colonial lo veía como otra prescripción más de las leyes vigentes. Sin embargo, no podemos perder de perspectiva que la década de 1880 fue una de gran represión contra autonomistas y separatistas. En otras palabras, la acción lógica de preservar la historia local tendrá todos los matices e interpretaciones que ofrece el espectro ideológico y político que coexistían y luchaban en ese momento. Todos podían validar el proyecto, pero desde perspectivas distintas.

¹⁴ Véase Ateneo Puertorriqueño, 1876.

¹⁵ Alberto Regulez y Sanz del Río obtuvo la cátedra de Retórica y Poética en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Puerto Rico y fue nombrado director en propiedad de dicho instituto en el 1885 (*La Gaceta de Puerto Rico*, 31 de marzo de 1883, p. 8; 16 de setiembre de 1884, p. 7; y 6 de enero de 1885, p. 1).

¹⁶ AGPR, Records of the Spanish Governors of Puerto Rico, Political and Civil Affairs, Expediente sobre la creación de una Biblioteca Puertorriqueña; empieza el 12 de junio de 1884.

Por otro lado, este proyecto puede ser interpretado como un esfuerzo por darle coherencia a una colección que se había formado mayormente por «donativos voluntarios de toda la Isla a invitación de la Sociedad Económica». Por lo tanto, la colección no respondía a una política mínima de desarrollo, sino más bien a un proceso aleatorio que dependía de la buena voluntad de los donantes o de su interés en deshacerse de libros viejos. Hacia la década de 1880, el acervo de la colección ya alcanzaba unos 3500 volúmenes¹⁷.

El objetivo inicial del gabinete de lectura había sido proporcionar acceso a los periódicos españoles que desde la década de los 1830 comenzaban a llegar a Puerto Rico. Sabemos que periódicos como *La Gaceta de Madrid*, *la Revista Española*, *La Abeja*, *Eco de las Cortes*, *El Compilador* y *Anales Administrativos* formaron parte de su colección. Sobre su ubicación física, sabemos que el Gabinete se estableció en el salón de sesiones de la casa sede de la Real Sociedad en la calle San Francisco número 34¹⁸.

El reglamento propuesto por el médico Francisco Vasallo¹⁹, secretario de la Real Sociedad, nos ayuda a imaginar cómo era y operaba el Gabinete de Lectura. Sobre las horas de funcionamiento se indicaba lo siguiente: «horas 7-11 y media de mañana. Anochecer hasta las 10 de la noche en días de trabajo y desde las 7 mañana hasta 2 de la tarde domingos y días feriados». Dejándonos llevar por el artículo 4º del mencionado reglamento, podemos imaginarnos unas «tres o más tablillas con sus barras de fierro y candados para subdividir en ellas los números de cada uno de los periódicos de su colección, a fin de facilitar la lectura a mayor núm. de suscriptores». Esta primitiva tecnología de seguridad propiciaba la lectura colectiva y en voz alta de los menguados recursos informativos a la mayor cantidad posible de socios. Estos últimos pagaban una cuota de 6 reales mensuales por su membresía. Aunque el Gabinete no dejaba de ser una institución elitista, donde la lista de suscriptores tenía que estar siempre colgada en un lugar visible en orden de «rigurosa antigüedad», no es menos cierto que los forasteros o transeúntes podían utilizar el Gabinete siempre y cuando fuesen presentados por un suscriptor. La documentación examinada apunta a que se suscribieron al comienzo del proyecto unos cuarenta ciudadanos²⁰.

¹⁷ AGPR, Records of the Spanish Governors of Puerto Rico, Political and Civil Affairs, Expediente sobre la creación de una Biblioteca Puertorriqueña; empieza el 12 de junio de 1884.

¹⁸ Es posible que el Gabinete estuviese ubicado en la calle San Francisco número 34; cuando menos hacia 1865 esta era la dirección de la casa donde celebraba sus actos la Real Sociedad Económica de Amigos del País (*La Gaceta de Puerto Rico*, 15 de abril de 1865).

¹⁹ En una lista de donantes de la Junta de Voluntarios para la Guerra de África, aparece Francisco Vasallo identificado como médico (*La Gaceta de Puerto Rico*, 19 de enero de 1860, p. 1).

²⁰ «Expediente promovido para el establecimiento de un Gabinete de lectura en la casa que ocupa la sociedad y por su cuenta, por medio de una suscripción», AGPR, Spanish Governors of Puerto Rico, Political and Cultural Affairs, Caja 184, legajo 728.

Un testigo de la época, el médico y miembro de la Diputación Provincial, Gabriel Ferrer Hernández, en su obra premiada por el Ateneo de Madrid, *La instrucción pública en Puerto Rico...* (1886), señala que antes de que se estableciera la Biblioteca Municipal de San Juan se habían establecido otras dos bibliotecas de importancia: la de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y la del Ateneo Puertorriqueño. Ambas bibliotecas compartieron un mismo local y formaron juntas una colección de más de 4000 volúmenes, hasta que la Real Sociedad se mudó y se dividió la colección; la del Ateneo se quedó con solo unos mil volúmenes. Según Ferrer Hernández, ambas colecciones se utilizaban muy poco. Por otro lado, las colecciones antes mencionadas contrastan con la del «Ilustre Colegio de Abogados», la cual estaba especializada en derecho y temas afines y poseía en aquel entonces unos 4000 volúmenes (1885, p. 138).

El establecimiento del Gabinete de Lectura de la Real Sociedad de Amigos del País no llenaba las necesidades de lectura de los ciudadanos alfabetizados de la capital. El servicio de proveer acceso a material bibliográfico se convirtió en una oportunidad de negocio. Así, entre las décadas de 1830 y 1840, se sabe de la existencia de al menos otro gabinete de lectura en San Juan, perteneciente al comerciante, impresor y librero Santiago Dalmau. Sus anuncios revelan que estaba ubicado en la calle Fortaleza número 8, donde se vendía lotería, libros y artículos de todo tipo de interés como «el reciente invento de la máquina de moler caña por D. José Francisco Othón»²¹.

LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN JUAN

Hay dos datos importantes que hacen que Gabriel Ferrer Hernández destaque a la Biblioteca Municipal de San Juan sobre las bibliotecas del Ateneo y la de la Real Sociedad. Primero, la Biblioteca Municipal rápidamente superó a ambas en cantidad de volúmenes, ya que, para la fecha en la que él escribe su colección, rondaba los 6000 volúmenes, producto mayormente de las donaciones de ciudadanos y de la insistente labor de quien fue su primer bibliotecario, don Ramón Santaella. Segundo, contaba con una amplia concurrencia anual que rondaba los «12 000 lectores». Esta cifra parece un tanto exagerada y posiblemente se refiera a visitantes. Sin embargo, sean visitantes o lectores, en un país donde predominaba el analfabetismo, la respetable cantidad de usuarios reportados indica

²¹ Véase anuncio en *La Gaceta de Puerto Rico*, 19 de diciembre de 1837, p. 608. Santiago Dalmau poseía además una imprenta en el mismo lugar. De hecho, estuvo a cargo de la imprenta del gobierno. Su negocio fue puesto en venta por el Tribunal de Comercio por motivo de quiebra en agosto de 1844 (*La Gaceta de Puerto Rico*, 6 de diciembre de 1838, p. 440; y 24 de agosto de 1844, p. 4).

un logro sin precedente en términos de los servicios bibliotecarios del Puerto Rico decimonónico. Ferrer Hernández destaca la existencia de cinco librerías «lujosamente montadas» en San Juan y, sobre el resto de la Isla, menciona, sin una cifra exacta, que son muchas (1885, pp. 138-39).

La exitosa campaña para que se estableciera en San Juan una biblioteca pública o popular data de 1879, cuando Manuel Fernández Juncos denunciaba en su periódico *El Buscapié* la falta de este tipo de servicio (Fernández Juncos, 1958). A lo largo de su vida, este asturiano criado en Puerto Rico abogó para que se abrieran en Puerto Rico bibliotecas populares y centros de lectura (Carrasquillo, 1975). Su labor periodística estuvo acompañada de acciones concretas que ayudaban a materializar el deseo de los más progresistas de contar con facilidades educativas que ayudaran al desarrollo del país. Donó miles de títulos y recolectó miles más producto de donativos (Carrino, 1956).

Manuel Fernández Juncos junto con el fundador del Ateneo Puertorriqueño, don Manuel Elzaburu, fueron los primeros en donar libros para establecer dicha biblioteca. Años más tarde relató la anécdota del comerciante que, a falta de libros, donó una onza de oro con la que se compraron varios, entre los cuales estaban las obras completas de quien fue el representante por excelencia de la ilustración española, Gaspar Melchor de Jovellanos. Curiosamente, el comerciante que hizo viable la adquisición de estas obras fue don Venancio Luiñas, concejal conservador del Ayuntamiento capitalino. A pesar de ello, en un periódico clerical se pidió la quema de los libros por considerarlos heréticos (Fernández Juncos, 1913).

Si bien es cierto que la presión pública que ejerció Manuel Fernández Juncos jugó un papel importante, no es menos cierto que los mandatos que provenían de la Metrópolis crearían conciencia en los administradores de que al menos este tipo de servicio era un requisito a cumplir. Pero a pesar de que el espíritu liberal e ilustrado fue ganando terreno en la polémica sobre la biblioteca popular, los intentos de censura se manifestaron también en el seno del aparato político del Municipio. El liberalismo chocaba otra vez con el conservadurismo. Hubo rápidos intentos dentro del Ayuntamiento para evitar que cierta clase de libros estuviesen disponibles para el pueblo (Ferrer Hernández, 1885). Pero esta situación no se daba solo en la colonia. Al estudiar el caso de España, José A. Gómez Hernández ha señalado cómo la «tensión entre absolutismo y liberalismo se refleja en la evolución de la gestión de lectura pública, por lo que se tratará de un proceso discontinuo, no lineal en correlación a los regímenes políticos». Tanto las luchas políticas como la falta de recursos económicos confabularon en contra de la concreción de excelentes planes de desarrollo para las bibliotecas. Es de notar que a pesar de que se había establecido reglamentación en 1813, a raíz de las Cortes

de Cádiz, con aplicación a Ultramar, no fue sino hasta 1869 que se comenzaron a crear las llamadas bibliotecas populares en España (Gómez Hernández, 1993, pp. 59-64). Si esta era la dinámica en la Metrópolis, es de esperar que en la colonia la situación para el desarrollo de las bibliotecas públicas fuese aún más precaria.

LA HORA AMERICANA

La ruptura del 1898 tuvo consecuencias en el ámbito cultural. El historiador Francisco Scarano ha afirmado que cuando comparamos los últimos treinta años bajo la soberanía española con los primeros treinta años de soberanía norteamericana se distingue una desproporción en «calidad y cantidad» a favor de la primera. Este alega que, al haber perdido la clase hacendada su poder, «la alta cultura boricua» se empobreció o «traumatizó». Todo esto a pesar de que muchos de los intelectuales de finales del siglo XIX seguían produciendo a principios del XX (Scarano, 1993, p. 659). La provocativa afirmación de Scarano ameritaría investigaciones más profundas. Aunque no estamos en posición de refutarla, cuando menos nos parece problemática, ya que, hasta donde conocemos, no se han realizado análisis bibliométricos que comparen la producción de un periodo con otro, y esto es solo en el ámbito cuantitativo. Por otro lado, hay que considerar factores de tipo demográfico, como el hecho de que muchos de los intelectuales activos a finales del siglo XIX ya eran ancianos en el siglo XX. El pequeño mundo de las bibliotecas y la gestión cultural a través de estas nos habla de rupturas, por un lado, pero también de acomodos, adaptaciones y continuidades, por otro, como veremos más adelante.

El cambio de soberanía que experimentó Puerto Rico en 1898, a raíz de la Guerra Hispanoamericana, conllevó para muchos puertorriqueños y para su clase política un penoso viaje entre la ilusión y el desencanto. Ya en los primeros dos años de haber sido invadida la Isla, quedaba claro que la nación que era identificada como paradigma de democracia y progreso no tenía intenciones de establecer un régimen plenamente democrático. Si bien el tutelaje se imponía de parte de los norteamericanos, la ambigüedad, el acomodo, la resistencia y en ocasiones la lucha fueron las respuestas de los tutelados. La Ley Foraker (1900) y la Jones (1917) son, aún en el presente, el marco legal y jurídico que sienta las pautas de la política colonial de los Estados Unidos hacia Puerto Rico (Scarano, 1993).

Dentro de este marco sociopolítico, la Biblioteca Municipal de San Juan siguió funcionando con el cambio de soberanía, pero pronto el proyecto bibliográfico más importante bajo el dominio español fue convirtiéndose en uno irrelevante. Según queda consignado en un informe del Municipio de 1901, en el periodo del 8 de junio al 31 de diciembre la asistencia registrada de lectores fue de 5644, mientras

que de enero a junio de 1902 asistieron 4170. Se continuaba recibiendo donativos, muchos de estos inútiles para el pueblo común y corriente²².

Al principio, los aires modernizadores del cambio de soberanía se hicieron sentir en la Biblioteca Municipal, cuando, en 1901, a petición de un grupo de ciudadanos «interesados en el adelanto moral y material de esta ciudad», se convirtió en una biblioteca circulante. El Municipio no podía rechazar la petición. Después de todo, entre los firmantes se encontraban ciudadanos distinguidos en la política y la cultura, como lo eran el famoso y respetado pintor Francisco Oller, el médico y cirujano Rafael López Nussa, el líder masón más respetado en la Isla y colaborador del nuevo régimen, Santiago R. Palmer, y el líder máximo de los nuevos anexionistas puertorriqueños, el doctor José Celso Barbosa²³.

Sin embargo, tanto el bibliotecario como algunos miembros del consejo municipal se oponían al cambio. Existía el temor de que, ante tanta «liberalidad», aumentara el problema ya existente de mutilación de libros. Señalaban que: «Si solamente durante algunas horas de lectura en la biblioteca y bajo vigilancia sucede esto, ¿qué no ocurrirá cuando los libros salgan del local?»²⁴.

Aunque las autoridades presentaban discursivamente a las bibliotecas como un espacio educativo importante, lo cierto es que la realidad delata dejadez y falta de compromiso. El 10 de octubre de 1905, se cerró temporariamente la Biblioteca debido a su estado de suciedad y deterioro. El 15 de febrero de 1907, se la volvió a abrir. La prensa local y al excalde Roberto H. Todd, quien había liderado la restauración de la Biblioteca, fueron invitados a la inauguración. Posteriormente, en setiembre de 1907, se la denominó con el nombre de Biblioteca Municipal Cervantes²⁵.

A pesar de que esta había expandido sus servicios al sector de Puerta de Tierra y a Santurce, en los informes anuales podemos detectar la pérdida de vigencia del proyecto. En el Informe de 1917-1918, ni siquiera se reportan cifras de asistencia

²² AGPR, Ayuntamiento de San Juan de Puerto Rico. Año 1902, legajo 66; y Departamento Biblioteca Núm. 30, Expediente sobre donativo de libros para la Biblioteca, h. 5-6. Ejemplo de lo señalado es el donativo de la viuda del representante unionista, doctor don Santiago Porrata Doria, de 94 obras (224 volúmenes) sobre medicina, la mayoría en el idioma francés. Otros donativos eran de carácter más práctico, aunque para lectores especializados, como eran las Gacetas oficiales de la Oficina de Patentes de los Estados Unidos que se recibían por instrucciones del comisionado residente en Washington, don Federico Degetau.

²³ AGPR, Ayuntamiento de San Juan de Puerto Rico. Año 1902, legajo 66; y Departamento Biblioteca Núm. 30, h. 17-18.

²⁴ AGPR, Ayuntamiento de San Juan de Puerto Rico. Año 1902, legajo 66; y Departamento Biblioteca Núm. 30, h. 9-22.

²⁵ AGPR, Fondos Municipales de San Juan, Serie Biblioteca, Años 1905-1908; Expediente sobre el cierre de la Biblioteca, Legajo 27-B; Núm. 34.

(San Juan. Alcaldía, 1918). En el siguiente año fiscal, 1918-1919, solo se ofrecen unas insulsas líneas donde describe superficialmente el contenido de la colección (San Juan. Alcaldía, 1919).

En los años subsiguientes, la Biblioteca no es mencionada en los informes anuales; solamente aparecen pequeñas asignaciones presupuestarias para la compra de sus libros y materiales. En la década de 1940, el deterioro de la Biblioteca Municipal era más que evidente. Antes de la Segunda Guerra Mundial, dicha colección contaba con unos 9000 volúmenes; hacia 1945 solo quedaban 5661 volúmenes, mayormente sobre religión y literatura que estaban sin clasificar. Por otro lado, tanto la Biblioteca como sus sucursales en Puerta de Tierra y Santurce carecían de personal preparado y su contratación dependía de gestiones relacionadas con la política partidista (Thompson & Rivera Ruiz, 1946).

Curiosamente, paralelamente al proceso de decadencia de la Biblioteca Municipal de San Juan, se gestó uno de desarrollo de la biblioteca pública dependiente del gobierno central. En 1899, al siguiente año de la invasión norteamericana a Puerto Rico, el primer gobernador militar, el general George W. Davis, ordenó que se estableciera una biblioteca pública. La misma fue creada en los bajos de lo que había sido el edificio de la Diputación Provincial, antigua cede del Gabinete Autonómico, y se le llamó la *San Juan Free Library* o la Biblioteca Pública de San Juan. Esta colección fue la primera en Puerto Rico en establecer un control bibliográfico científico utilizando el sistema de clasificación Dewey y en incorporar el uso de catálogo por tarjetas para acceder la información. Dicha biblioteca se nutrió de fondos de otras colecciones preexistentes bajo el régimen español, entre las cuales destaca la de la desaparecida Sociedad Económica Amigos del País (Diez de Andino, 1963).

Los informes de los gobernadores norteamericanos son ilustrativos sobre cómo el nuevo régimen conceptuaba el papel de las bibliotecas dentro de su agenda «democratizadora» y educativa. El primer gobernador civil bajo el régimen norteamericano, Charles H. Allen, describía en su informe tres líneas principales sobre los servicios bibliotecarios. La primera trata sobre los asuntos de gobierno y del desarrollo de la *San Juan Free Library*; la segunda aborda el tema del crecimiento de la recién creada Biblioteca de Pedagogía perteneciente al Departamento de Educación; y, por último, la proliferación de pequeñas «bibliotecas escolares» que muchas veces no eran nada más que unos pocos pero apreciados libros ubicados en anaqueles improvisados en el mismo salón de clases (Governor of Porto Rico, 1901).

Detrás del discurso civilizador y educativo, la *San Juan Free Library* no estuvo libre del juego político. La Junta de Síndicos, cuerpo rector de la biblioteca, era nombrada por el gobernador. Federico Degetau, anexionista y miembro del recién creado Partido Republicano, había sido electo como primer comisionado

residente ante el Congreso de los Estados Unidos. Dicha elección impedía, según el gobernador Allen, que continuara como síndico de la Biblioteca. A tales efectos, nombró a otro anexionista incondicional, el doctor José Gómez Brioso, para que ocupara la posición. El nuevo régimen seleccionaba, como es de esperar, personalidades de la política local que fuesen leales proamericanos (Governor of Porto Rico, 1901).

La americanización de Puerto Rico se imponía, por lo que no es de extrañar que se adquirieran ese año, según reza el informe, cuatrocientos volúmenes de obras norteamericanas recientes en inglés, a pesar de que dicho idioma era desconocido por gran parte del pueblo e incluso por muchos de los miembros de la clase dirigente criolla. Evidentemente, además de americanizar, el gobierno buscaba crear espacios de tipo educativo para la recreación de la población angloparlante, fuesen civiles o militares, que comenzaban a poblar la capital (Governor of Porto Rico, 1901).

Los planes para transformar la *San Juan Free Library* en una biblioteca pública bajo los conceptos dominantes norteamericanos ya estaban en las mentes de los gobernantes tan temprano como en 1901. En el informe anual dirigido al presidente de los Estados Unidos, el gobernador Allen menciona su gestión con el filántropo Andrew Carnegie para construir un edificio adecuado para la biblioteca. La intención era que el proyecto impactara eventualmente a la Isla completa (Governor of Porto Rico, 1901). Bajo el nuevo régimen, educación y americanización serían sinónimos. Rápidamente se estableció la Oficina de Educación bajo la Secretaría del Interior, se eliminó el sistema educativo previo y se creó uno centralizado y totalmente controlado por los norteamericanos. Las bibliotecas formaron parte de este andamiaje educativo de control político y cultural.

En 1903 la Cámara de Representantes aprobó una legislación para convertir a la *San Juan Free Library* en la Biblioteca Insular: sus fondos incluirían todos los libros, documentos oficiales, mapas y archivos, tanto de la asamblea legislativa como de los varios departamentos del Gobierno Insular, que no fueran necesarios para uso oficial (Legislative Assembly of Porto Rico, 1903, pp. 106-107). La legislación pretendía abarcar una serie de funciones que, si bien eran loables y necesarias, iban más allá de las posibilidades reales que el espacio físico y el presupuesto podían permitir. Por un lado, la biblioteca seguía siendo una biblioteca pública con las funciones y servicios propios de este tipo de institución. Pero, por otro, se convertía en biblioteca legislativa y en archivo general del país. Especulamos que esta concentración de funciones aprobada por la Cámara de Delegados respondió a la perspectiva de que la realidad acabaría imponiéndose y que, eventualmente, el gobierno tendría que presupuestar la creación de otras unidades de servicios de información. No fue sino hasta 1929 que el país contó con un edificio amplio para ser sede del Poder Legislativo, con su propio y único espacio para biblioteca

y archivo de actas. En el caso del Archivo General, el país tuvo que esperar hasta 1955, cuando se creó por ley.

La legislación que creó la Biblioteca Insular instruía a su Junta de Síndicos proveer una biblioteca circulante para los ciudadanos de San Juan. Curiosamente, esta legislación arrastró inicialmente la práctica de los antiguos gabinetes de lectura, que era recurrir a una suscripción para poder utilizar los servicios. Así se estableció una cuota de \$3,00 anuales que daba acceso a los recursos circulantes para el suscriptor y su familia. El dinero producto de esta cuota tenía que ser utilizado exclusivamente para desarrollar la colección (Legislative Assembly of Porto Rico, 1903, p. 107). Posteriormente, dos o tres años después, por insistencia de Cayetano Coll y Toste, se derogó esta cuota, lo que trajo como consecuencia un aumento en el uso de la Biblioteca por parte de la ciudadanía (Diez de Andino, 1963).

Hacia 1913 el progreso y la modernización de la Biblioteca Insular, la cual ya poseía más de 25 000 volúmenes, era evidente; y el establecimiento de su Colección Puertorriqueña era parte importante de la política de desarrollo de dicha institución. El impacto en la ciudadanía se hacía notar en los 4000 usuarios debidamente registrados que podían hacer uso de la sección de circulación. En solo dos años, los fondos bibliográficos habían aumentado un 38% y la cantidad de usuarios registrados, un 55%²⁶. Diariamente se prestaban unos 500 títulos, de los cuales el 70% eran libros de ficción, el 20% de historia y el 10% de ciencias naturales y sociales. Parte importante de este proceso de modernización fue el uso del Sistema de Clasificación Decimal Dewey, para clasificar por materias, y de las tablas de Cutter, considerados como los mejores métodos de recuperación de la información en aquel momento. La superimposición de la normativa de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos ya se dejaba sentir, ya que la mayor parte de las descripciones catalográficas se compraban a dicha institución. Otro logro importante fue que se publicaron en ese mismo año las conocidísimas *Conferencias dominicales dadas en la Biblioteca Insular*. En el informe anual del gobernador, se señala que el objetivo de estas conferencias era estimular la actividad intelectual con conferencias ofrecidas por científicos y profesionales (Governor of Porto Rico, 1913).

Intelectuales del patio que habían estado políticamente activos bajo el régimen pasado, tales como José de Diego, Coll y Toste, Agustín Navarrete, Francisco del Valle Atilas, Emilio del Toro y el mismo Manuel Fernández Juncos, ofrecieron conferencias que ilustraban el afán colectivo por mejorar las condiciones sociales

²⁶ Se indica que la colección tenía 15 550 volúmenes y que los usuarios registrados eran 1800 personas (Governor of Porto Rico, 1911).

y educativas del país, pero desde una óptica de conformismo con el *statu quo* (Biblioteca Insular, 1913-1914)²⁷.

El 12 de marzo de 1914, la Asamblea Legislativa había aprobado en una resolución conjunta la creación de una *Library Commission*, compuesta por el gobernador Arthur Yager, el proamericano Luis Sánchez Morales, presidente del Consejo Ejecutivo de Puerto Rico, y el independentista José de Diego, presidente de la Cámara de Delegados. Esta comisión estuvo a cargo de las negociaciones para construir la nueva sede de la biblioteca una vez hecho el acuerdo con la Fundación Carnegie. El edificio fue diseñado por Henry D. Whitfield, arquitecto de Nueva York, y supervisó las obras el arquitecto A. B. Nichols. El contratista fue Ramón Carbia. El total de la donación fue alrededor de \$100 000²⁸.

El 27 de julio de 1916, se inauguró la Biblioteca Carnegie de Puerto Rico. Se consolidó así el proceso de pérdida de identidad de la Biblioteca Insular. Un proyecto bibliográfico con aires de biblioteca nacional dentro de la colonia pronto se transformó en una biblioteca pública más, a través de la «sutiliza filantrópica» norteamericana. Según un parte de prensa, la actividad de inauguración causó gran revuelo entre los capitalinos. La concurrencia excedía por mucho a los invitados. No era para menos, ya que el majestuoso y moderno edificio de dos plantas estilo renacentista italiano, diseñado con capacidad para 75 000 volúmenes, era una novedad (figura 4.1). El alcalde de la capital Roberto H. Todd expresaba que ya anteriormente el doctor Martin G. Brumbaugh, quien había sido comisionado de Educación, había hablado con el señor Andrew Carnegie para construir una biblioteca en San Juan. Sin embargo, el plan no se había podido llevar a cabo porque la fundación establecía condiciones de pareo de fondos que para el Municipio eran imposibles de cumplir. Después de quince años de haber dado por muerto el proyecto, este se hizo realidad. El director de la Biblioteca, Manuel Fernández Juncos, fue quien reveló a la prensa los detalles de cómo se logró lo que se creía imposible. Explicó que, a raíz de una de las conferencias dominicales ofrecida en la Biblioteca Insular, el doctor Francisco del Valle Atilas se lamentaba de que la capital no tuviese una biblioteca más amplia que la Insular y recordó a los concurrentes la oferta que ya había hecho la Fundación Carnegie para construir una en San Juan. Del mismo público salieron personas interesadas que descubrieron que el gobernador Yager era miembro de la junta asesora de la mencionada fundación

²⁷ Solamente, como conferenciante invitado, el poeta peruano José Santos Chocano, en su conferencia «Los verdaderos intereses de los Estados Unidos en la América Española (A Propósito del Canal de Panamá)» levantó su voz contra el imperialismo norteamericano.

²⁸ Véase contrato y recorte de periódico de la época en AGPR, Fondo de Obras Públicas, Serie de Edificios Públicos, Legajo 113.

y, en menos de dos meses, ya se había logrado el donativo. Sin duda, el acto de inauguración exaltó la figura del gobernador; la calurosa acogida que recibió Yager por parte del numeroso público así lo demostró. Al dirigirse a la concurrencia, el gobernador, utilizando como intérprete al comisionado del Interior, expresó su deseo de que la nueva biblioteca pública pronto prestara sus servicios no solo a San Juan, sino también al resto de la Isla. El acto finalizó con la banda municipal interpretando el himno de los Estados Unidos²⁹.



Figura 1. Foto de la recién inaugurada Biblioteca Carnegie por A. Arguinizoni (ca. 1916). Fuente: Colección de postales Osvaldo García en la Biblioteca de Arquitectura Santiago Iglesias, hijo, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Con el aval del Departamento de Guerra, el Congreso de los Estados Unidos aprobó en marzo de 1917 la Ley Jones. La misma imponía, entre otras cosas, la ciudadanía norteamericana a los puertorriqueños. Este asunto tuvo repercusiones en la vida institucional de la Biblioteca Insular, ahora llamada Carnegie. Su entonces director, Manuel Fernández Juncos, tuvo que renunciar, ya que se negó a perder su ciudadanía española. El asunto fue discutido en la prensa del país³⁰.

La hoy abandonada y desacreditada Biblioteca Carnegie de San Juan se imponía en ese momento como un modelo de progreso y civilidad. Aunque el prestigio ganado tenía mucho que ver con sus funciones educativas y culturales,

²⁹ Véase recorte de periódico sin identificar en el expediente antes citado.

³⁰ A pesar de haber sido un estrecho colaborador del nuevo régimen, su sentido de identidad era claramente español; véase «Don Manuel Fernández Juncos», *La Correspondencia*, 1 de marzo de 1917, p. 8.

no es menos cierto que contar con un moderno edificio fortalecía dicha imagen. Un ejemplo emblemático de ello es el anuncio comercial de «Un Studebaker de 6 cilindros frente a la Librería Insular Carnegie»³¹. En un primer plano resalta la naciente cultura del automóvil, símbolo por excelencia del progreso y modernidad, y en el fondo, la Biblioteca, la cultura de la palabra escrita y el conocimiento, que conecta el pasado con el presente y anuncia a la imaginación colectiva un porvenir de sabiduría y democracia a «lo americano».

Entre los círculos ilustrados puertorriqueños dominaba todavía el modelo europeo según el cual debía estar un intelectual a cargo de una biblioteca de relevancia nacional. El periódico *La Correspondencia* favorecía a Mariano Abril, el cual contaba en su historial el haber dirigido el periódico *La Democracia* en el 1895. El supuesto candidato había sido fiel colaborador de Luis Muñoz Rivera, miembro de la Cámara de Delegados en 1904, literato y preso político por sus ideas bajo el régimen español (*La gran enciclopedia de Puerto Rico*, 1976, XIV, p. 1).

La renuncia de Manuel Fernández Juncos como bibliotecario no fue inmediata. Según consta en actas de la Junta de Síndicos de la Biblioteca Carnegie, no fue sino hasta el 22 de noviembre de 1917 que se aprobó la Ley para regular el funcionamiento de la biblioteca. Recién el 16 de setiembre de 1918 se aceptó la renuncia del insigne bibliotecario. Se desprende del acta que la plaza dejada vacante había sido solicitada por Manuel de Aldea y Nazario, Ana Roque de Duprey, Luis O'Neill y Beatriz Lasalle³².

De estos candidatos, tanto Ana Roque de Duprey como Beatriz Lasalle eran distinguidas educadoras y líderes feministas. La primera, además de escritora, poseía una larga trayectoria política en la que, además de ser fundadora posteriormente de la Liga Feminista Puertorriqueña de Mujeres Sufragistas, fue presidenta honoraria del Partido Liberal Puertorriqueño (Saldivia-Berlund, 2000). El avance de dos distinguidas feministas para ocupar un puesto de tanto prestigio no rindió frutos, a pesar de que otra destacada feminista, Isabel Andreu, ocupaba el cargo de vicepresidenta de la Junta de Síndicos de la Biblioteca Carnegie. Por su parte, Manuel de Aldea y Nazario había entrado a la vida pública desde muy joven, fue compañero de luchas políticas de Muñoz Rivera y fiel secretario de Ramón Marín. Fue miembro activo del Partido Unionista y era ducho en asuntos obreros, además de ser redactor del periódico *La Correspondencia*³³.

³¹ Véase anuncio comercial en *La Correspondencia*, 3 de agosto de 1917, p. 6. No se ha incluido la imagen por la pobre calidad de la reproducción conservada en micropelícula.

³² AGPR, Minutes of the meeting of the Board of Trustees of the Carnegie Library of Porto Rico, held in the Library, Saturday Morning March 29th, at 10 A.M.; y AGPR, Fondo de Obras Públicas, Serie: Edificios Públicos, Legajos 113, 114 y 115, Caja 0688.

³³ *El Mundo*, 11 de setiembre de 1920, p. 1.

Por otro lado, Luis O'Neill era el candidato lógico de la Junta de Síndicos, pues tenía la experiencia y las cualificaciones. Su nombramiento respondía, en gran medida, a un proceso de profesionalización de los servicios bibliotecarios que la misma Junta de Síndicos de la Biblioteca Carnegie había impulsado al haber enviado a Luis O'Neill a los Estados Unidos para que estudiara bibliotecología. Por otro lado, este fue militar y se educó bajo el sistema educativo norteamericano impuesto en 1898, ya que solo tenía diez años cuando ocurrió la invasión. No podía haber sospecha de que no fuera un fiel ciudadano norteamericano y menos una figura potencialmente polémica, como lo serían cualquiera de los otros candidatos (Vázquez Cartagena, 1998).

O'Neill ya había validado públicamente su peritaje a través de las Conferencias de la Biblioteca Insular. En «La Biblioteca Pública Moderna», este combinó la emperifollada retórica, común de la época, con una retahíla de datos técnicos bibliotecológicos que posiblemente causaron el bostezo de muchos. Sin embargo, este documento nos revela algo del perfil ideológico de quien sustituyó a Manuel Fernández Juncos. Lo primero es que resulta obvio su entusiasmo por lo aprendido y quiere presentarse a la audiencia como experto. No era para menos, ya que era el primer puertorriqueño en estudiar la disciplina en los Estados Unidos. Segundo, destila la actitud del buen colonizado que admira y adula al colonizador cuando, al hablar de su labor como catalogador, dice:

Y así tuve el gusto de oírsele decir a Mr. Claxton, el Comisionado de Educación de los Estados Unidos, cuando al ver el arreglo de los libros en los anaques, clasificados por el sistema de Dewey, exclamó: «*Much like an American Library*» «muy parecida a una biblioteca americana». Palabras como éstas alentadoras y que me enorgullecen, no como parte que formo del personal de esta institución, porque poco se debe a mis esfuerzos, si es que algo se debe, pero sí como portorriqueño (O'Neill de Milán, 1913, p. 95).

Sin embargo, este mismo hombre, con motivo de un homenaje que se le rindió en el Ateneo Puertorriqueño a la patriota e independentista puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió en 1915, le dedica unos sonetos de su autoría. Pero más allá de las ambigüedades políticas, la selección por parte de la Junta de Síndicos de este bibliotecario profesional como director de la Biblioteca Carnegie fue acertada. Bajo el liderato de Luis O'Neill, fueron múltiples las innovaciones en la Biblioteca Carnegie y titánicos los esfuerzos por establecer su proyecto de un sistema de bibliotecas públicas a nivel insular. A pesar de todo esto, O'Neill se retiró después de 36 años como director de la Biblioteca Carnegie sin ver realizado su sueño (Vázquez Cartagena, 1998).

Luis O'Neill había asimilado muy bien el simbolismo que el nuevo régimen le atribuía a las bibliotecas públicas. Por ello, al finalizar su conocido artículo «Bibliotecas públicas de Puerto Rico» publicado en *El Libro de Puerto Rico*, exclamó: «¡Saludemos a la biblioteca pública salvadora de hombres y niveladora de méritos! Podemos decir que las ideas Democracia y Biblioteca marchan unidad, inseparables, hoy, y que la edad de la Democracia es también la edad de la Biblioteca» (O'Neill de Milán, 1923, p. 456).

Ante la apabulladora realidad colonial, la Biblioteca Carnegie se convirtió en un signo ambiguo y camaleónico, espacio que, aunque sirvió por varias décadas como elemento importante para proyectos educativos, se utilizó como elemento de propaganda para replicar el discurso oficialista en torno a la democracia.

CONCLUSIONES

Voces como civilización, progreso, modernidad y «cultura sociedad» coinciden en los discursos de la élite criolla educada y del gobierno. Bajo ambos regímenes, el español y el norteamericano, la élite criolla tenía una misma preocupación: adelantar las condiciones de vida del país a través de la educación y abrir para su clase social un espacio de participación ciudadana. Para estos, las bibliotecas se constituyeron en parte importante de un imaginario colectivo que les concedía a estos espacios posibilidades educativas más allá de la realidad. El carácter simbólico trascendía el material. A través de los años, el descuido y la negligencia que sufrieron estas colecciones son evidencia, en parte, de esta realidad. En un país donde reinaba el analfabetismo, la pobreza y la marginación social, muy poco podían hacer las bibliotecas y los gabinetes sin un proyecto político que le diese coherencia. Las colecciones se desarrollaron para las élites mismas, sus gustos y necesidades. Aunque discursivamente se pretendía llevar cultura y educación al pueblo, estos espacios educativos cumplieron la función de saciar la fantasía de participación y poder de un grupo social que en realidad nunca tuvo gran injerencia en los asuntos vitales del país. Salvo contadas excepciones, el conformismo y el acomodo a la realidad colonial por parte de las élites imposibilitaron proyectos bibliotecarios coherentes; así, proliferaron esfuerzos tronchados o inacabados.

La escritora Marta Aponte Alsina, al tratar el tema de las bibliotecas del Ateneo y la del Gabinete de Lectura de Ponce, concluye que «representaron la institucionalización de la cultura letrada en Puerto Rico». Y añade que, de esta manera, se abrió un espacio público a la gestión intelectual, donde, a través del «nacionalismo cultural», los subordinados justificaban su inclusión en la metrópolis (Aponte Alsina, 2008). A este argumento le añadimos que tanto los anexionistas, autonomistas y separatistas, bajo ambas soberanías, usaban el mismo lenguaje al

referirse a las bibliotecas como fuentes para el «adelanto moral y material» del pueblo. Sin embargo, en estos proyectos promovidos por la clase letrada criolla era obvio el abismo entre las clases sociales. El testimonio de uno de los fundadores del Gabinete de Lectura de Ponce, Eduardo Neumann, sobre cómo desapareció la valiosa colección del Gabinete de Lectura de Ponce, ilustra el descuido y la negligencia por parte de los mismos creadores del Gabinete. Pero también muestra la desconexión entre la élite educada y el pueblo al utilizar un tono despectivo por lo sucedido y adjudicar al segundo la responsabilidad de su ignorancia sobre el valor de la colección que se le había cedido a la Sociedad de Dependientes.

Para el nuevo régimen, las bibliotecas tenían la función de servir como propagadoras de los conceptos democráticos del capitalismo norteamericano. Así, uno de los primeros gestos del gobierno estadounidense en materia educativa fue precisamente la fundación de la *San Juan Free Library*, creada con los fondos de bibliotecas españolas preexistentes.

La ley que creó la Biblioteca Insular en el 1903 asignó funciones que eran consonas con una biblioteca nacional. En términos reales, su cumplimiento fue limitado, ya que nunca se asignaron los fondos necesarios para tan ambicioso proyecto. Por otro lado, el cambio de nombre que sufrió la Biblioteca Insular que pasó a llamarse Biblioteca Carnegie fue mucho más profundo de lo que se veía a simple vista. La dirección de esta entidad cultural ya no sería un cargo honorífico asignado a intelectuales o personalidades de la política, como lo fue Manuel Fernández Juncos o pudo haber sido el veterano periodista Mariano Abril. La Biblioteca se movía a la profesionalización del bibliotecario, tal como ya había ocurrido en Estados Unidos y en Francia. Como señala la historiadora Anne-Marie Chartier: «El nuevo bibliotecario: un técnico de las lecturas al servicio del ciudadano» (1994, p. 154). Estos «técnicos de lecturas» engranaron con facilidad dentro de la maquinaria de un sistema educativo donde la Biblioteca fue concebida e imaginada como un elemento integral de la americanización de Puerto Rico.

BIBLIOGRAFÍA

- Aponte Alsina, Marta (2008). De bibliotecas y gabinetes de lectura. *Angélica Furiosa*, 21 de mayo. <http://angelicafuriosa.blogspot.com/2008/05/de-bibliotecas-y-gabinetes-de-lectura.html>
- Ateneo Puertorriqueño (1876). *Estatutos del Ateneo Puertorriqueño: centro destinado a la cultura de las ciencias, letras y bellas artes*. San Juan: Acosta.
- Balasquide, Lorenzo A. (1984). *Médicos notables del antaño ponceño*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

- Biblioteca Insular (1913-1914). *Conferencias dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico*. San Juan: Negociado de Materiales, Impr. y Transporte.
- Carrasquillo, Angela L. (1975). «The Social-Educational Thought of Salvador Brau, Manuel Fernández Juncos, and Federico Degetau and its Significance for Education». Tesis de doctorado. New York University.
- Carrino, Frank (1956). «Manuel Fernandez Juncos: Pivotal Force in the Insular Movement of Porto Rico through El Buscapié». Tesis de doctorado. University of Michigan.
- Chartier, Anne-Marie & Jean Hébrard (1994). *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa.
- Coll y Toste, Cayetano (ed.) (1923). *Boletín histórico de Puerto Rico, Tomo X*. San Juan: Tip. Cantero, Fernández & Co.
- Cruz Monclova, Lidio (1970-1971). *Historia de Puerto Rico (siglo XIX)*. Río Piedras: Universitaria.
- Diez de Andino, Juan (1963). La Biblioteca Insular. *El Mundo. Suplemento Sabatino*, 2 de febrero, p. 2.
- Fernández Juncos, Manuel (1913). Bibliotecas públicas en Puerto Rico. En *Conferencias dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico* (pp. 128-135). San Juan: Negociado de Materiales, Impr. y Transporte.
- Fernández Juncos, Manuel (1958). *Galería puertorriqueña: tipos, caracteres, costumbres y tradiciones*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Ferrer Hernández, Gabriel (1885). *La instrucción pública en Puerto Rico, su pasado, su presente, modo de mejorarla en lo futuro: memoria escrita*. San Juan: Imp. José González Font.
- Figuerola, Sotero (1888). *Ensayo biográfico de los que más han contribuido al progreso de Puerto Rico*. Ponce: Establecimiento Tipográfico El Vapor.
- Girón, Socorro (1994). Ramón Marín y su tiempo. En Ramón Marín (ed.), *Las fiestas populares de Ponce*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Gómez Hernández, José A. (1993). La preocupación por la lectura pública en España: las bibliotecas «populares». De las Cortes de Cádiz al plan de bibliotecas de María Moliner. *Revista General de Información y Documentación*, 3(2), 55-94.
- Governor of Porto Rico (1901). *First Annual Report of Charles H. Allen, Governor of Porto Rico covering the period from May 1, 1900, to May 1, 1901, respectfully submitted to Hon. William McKinley, President of the United States, through the Hon. John Hay, Secretary of State*. Washington: Printing Office.
- Governor of Porto Rico (1911). *Report of the Governor of Porto Rico to the Secretary of War 1911*. Washington: Printing Office.

- Governor of Porto Rico (1913). *Report of the Governor of Porto Rico to the Secretary of War 1913*. Washington: Printing Office.
- La gran enciclopedia de Puerto Rico* (1976). San Juan: Ediciones R.
- Legislative Assembly of Porto Rico (1903). The Acts and Resolutions of the First Session of the Second Legislative Assembly of Porto Rico. San Juan: [s.n].
- Marín, Ramón (1994). *Las fiestas populares de Ponce*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Neumann, Eduardo (1987). *Verdadera y auténtica historia de la ciudad de Ponce: desde sus tiempos primitivos hasta la época contemporánea*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- O'Neill de Milán, Luis (1913). La Biblioteca Pública Moderna: conferencia. En *Conferencias dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico, San Juan, P.R. desde marzo 9 a mayo 25 de 1913* (pp. 82-96). San Juan: Bureau of Supplies, Printing and Transportation.
- O'Neill de Milán, Luis (1923). Bibliotecas Públicas de Puerto Rico. En Eugenio Fernández García (ed.), *El Libro de Puerto Rico* (pp. 448-456). San Juan: El Libro Azul.
- Perea Roselló, Pedro Luis (1960-1961). Aspectos de la cultura de Ponce en el siglo XIX. En *Horizonte*, 7/8, 37-58.
- Pérez Vélez, Rigoberto (1986). *Puertorriqueños ilustres de todos los tiempos; orgullo de nuestra patria*. Ponce: Centro Pedagógico.
- Quintero Rivera, Ángel G. (2003). *Ponce la capital alterna: sociología de la sociedad civil y la cultura urbana en la historia de la relación entre clase, «raza» y nación en Puerto Rico*. Ponce: Poncenos de Verdad: Centro de Investigaciones de la Universidad de Puerto Rico.
- Reyes Carrasquillo, Angela. L. (1975). «The Socio-Educational Thought of Salvador Brau, Manuel Fernández Juncos, and Federico Degetau and its Significance for Education». Tesis de doctorado. New York University.
- Rodríguez de Tío, Lola (1880). *Velada literaria en honor de Gautier Benítez 11 de abril de 1880*. San Germán: Imprenta de J. Ramón González.
- Saldivia-Berglund, Marcela (2000). Género y representación: la prescripción moral masculino y el discurso de la sexualidad femenina en la novela *Luz y sombra*, de Ana Roqué de Duprey (1853-1933). *Revista Mexicana del Caribe*, 5(10), 180-210.
- San Juan. Alcaldía (1918). *Informe al pueblo de San Juan y al Honorable Gobernador de Puerto Rico por el alcalde Roberto H. Todd, año económico 1917-1918*. San Juan: The Times.

- San Juan. Alcaldía (1919). *Informe al pueblo de San Juan y al Honorable Gobernador de Puerto Rico por el alcalde Roberto H. Todd, año económico 1918-1919*. San Juan: The Times.
- Scarano, Francisco A. (1993). *Puerto Rico: cinco siglos de historia*. San Juan: McGraw-Hill.
- Sepúlveda Rivera, Aníbal (2003). *Puerto Rico Urbano*, vol. 3. San Juan: Carimar.
- Thompson, Lawrence S. & Jorge Rivera Ruiz (1946). The Libraries in Puerto Rico. *The Library Quarterly*, 16(3), 228-229.
- Van Middeldyk, Rudolf Adams (1903). *The History of Puerto Rico, from the Spanish Discovery to the American Occupation*. Nueva York: Appleton.
- Vázquez Cartagena, Virgilio (1998). «Luis O'Neill de Milán: su legado». Tesis de maestría. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Vera Collazo, Iris Violeta (2013). «Biblioteca Insular de Puerto Rico: en los contextos de servicios, educación y el desarrollo de las ideas planteadas por la sociedad intelectual entre 1903 y 1916 en San Juan, Puerto Rico». Tesis de maestría. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

PARTE 2:
BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA

LA GRAN TRAVESÍA DE LA BIBLIOTECA REAL PORTUGUESA: LIBROS, LIBERTAD Y EL PODER SIMBÓLICO DE LAS BIBLIOTECAS¹

Lilia Moritz Schwarcz

UNA BIBLIOTECA, DOS PAÍSES

El objetivo principal de este artículo es describir —a través de «personajes» inesperados como algunos bibliotecarios y una biblioteca— la saga de dos naciones cuyos destinos estuvieron en algunos momentos entrelazados y, en otros, más bien apartados. Utilizando como estructura la historia de la Biblioteca Real —una colección única de libros acumulados por los reyes portugueses a lo largo del tiempo—, mi propósito es presentar el destino de esta institución y el lugar que ocupó en momentos cruciales de la historia de Portugal y de Brasil.

Destruída durante el terremoto de 1755, considerada estratégica para los planes del Estado en los tiempos del marqués de Pombal —que gobernó Portugal desde 1760 hasta 1780— y olvidada en el puerto de Lisboa durante el traslado de la Corte a Brasil en 1807, la Biblioteca Real desembarcaría en Brasil tres años después, entre 1810 y 1811, como si la Ilustración hubiese sido dosificada y enviada en baúles a la colonia portuguesa. La biblioteca terminó convertida en motivo de disputa a la hora de elaborar el Tratado de la Independencia de Brasil en 1825, lo que demostraba que su importancia no era solamente económica, sino también —y tal vez fundamentalmente— simbólica.

Este ensayo cuenta la historia de esta institución que, después de muchos percances, se convirtió en el pivote de una auténtica ‘batalla’ a la vez bibliográfica y política. Sin embargo, la Biblioteca Real también puede entenderse como una metáfora. Los libros y las bibliotecas poseen diferentes significados y relevancias

¹ Traducción de Cecilia Gil Marino. Este artículo está basado en la investigación realizada y la información recopilada para un libro que publiqué con Angela Marques da Costa y Paulo Cesar de Azevedo (Schwarcz, Azevedo & Costa, 2008).

pero, sobre todo, constituyen símbolos de cultura y conocimiento. En el caso de esta biblioteca en particular se trata también de un ejemplo de antigüedad y tradición². Como veremos, la Biblioteca Real significaba mucho para Brasil: un nuevo país, un reino naciente que se constituyó en las Américas en 1822, rodeado de repúblicas. Si bien Brasil carecía de una legitimidad dada por los años, y si bien la existencia de esta gran monarquía espantaba a las repúblicas americanas vecinas, al menos podía alardear de poseer la mayor y más antigua biblioteca del continente. Una suerte de guerra estaba a punto de comenzar.

«EL MAL PROVIENE DE LA TIERRA»: EL TERREMOTO DE 1755

Retrocedamos un poco para presentar un panorama más claro de la historia previa de la Biblioteca Real. En Portugal se decía que el rey D. João I, apodado «el de la buena memoria» (1356-1433), tenía una impresionante biblioteca con libros y documentos raros e importantes. D. Duarte (1391-1438), su sucesor y también poeta y escritor, dio continuidad a la colección y así comenzó la tradición: D. Afonso V (1432-1481) logró reunir tantos trabajos valiosos que su biblioteca comenzó a ser reconocida como una de las más famosas y completas del Viejo Mundo. De hecho, durante el siglo XVIII, la Biblioteca Real Portuguesa fue considerada una de las mejores colecciones bibliográficas en toda Europa, con libros tanto nuevos como antiguos, raros mapas, monedas, dibujos y documentos³. D. João V (1689-1750) solía decir que los miles de títulos que conformaban la Biblioteca Real casi no cabían en el edificio principal del Palacio Ribeira y que eran más valiosos que todo el oro enviado desde Brasil.

En efecto, desde el siglo XVII en adelante, la Biblioteca Real incorporó los gustos y formatos del periodo: libros, incunables, códices, manuscritos, mapas, grabados, obras de arte, estatuas, entre otros. Por esta y otras razones, la Biblioteca Real era considerada una especie de ícono de la acumulación de erudición y conocimiento del reino portugués. El rey solía llamarla la joya más preciada de la nación, una suerte de carta de presentación de la monarquía.

Sin embargo, la fortuna de la biblioteca estaba por cambiar. No solo falleció el monarca D. João el 31 de julio de 1755, sino que algunos meses después, el sábado primero de noviembre de 1755, Día de Todos los Santos, Lisboa fue sacudida por un gran terremoto que comenzó en el mar y acabó por destruir la famosa capital portuguesa.

² Para este tipo de discusión sugiero, entre otros: Darnton (1989, 1992, 2001) y Chartier (1999, 1998a, 1998b, 2000).

³ La Biblioteca tenía dos Biblias Maguncia, impresas por Gutenberg, y una cantidad apreciable de libros publicados en el siglo XV.

El terremoto comenzó con temblores y terminó con una masiva inundación y un incendio que arrasaron Lisboa. Las ilustraciones de la época y las reacciones de famosas personalidades europeas —como Voltaire, que consideró al terremoto como señal de un Dios maligno— inflamaron el imaginario europeo, incapaz de superar la magnitud de tal desastre urbano.

El primero de noviembre era un feriado religioso, y al ser Portugal un país decididamente católico, la mayor parte de la población se encontraba en las iglesias, encendiendo velas a sus muertos, lo que desató un gigantesco incendio. Un testigo del acontecimiento, Francisco José Freire, en sus *Memorias das principais providencias que se derão no Terremoto, que padeceo a Corte de Lisboa no anno de 1755* (Memorias de los principales eventos que ocurrieron durante el terremoto que padeció la Corte de Lisboa en el año de 1775), escribió:

[...] a las nueve y cuatro minutos de la mañana, con los Cielos claros, el aire sereno y el océano calmo, Lisboa fue sorprendida por el Terremoto más terrorífico que haya conocido la tradición o hubiera sido descrito en los libros. Los efectos son la prueba del hecho; en un lapso de tiempo muy corto, casi todos los edificios de la ciudad fueron reducidos a escombros, enterrando un gran número de habitantes, especialmente aquellos que se hallaban reunidos en los templos, los cuales, tratándose de un día de religiosa solemnidad, se encontraban repletos de personas⁴.

Poco quedó de la que una vez fue la lujosa capital portuguesa. El número de muertes en la devastada ciudad alcanzó los 30 000 y los cuerpos se perdieron entre las ruinas⁵. El Palacio Ribeira, localizado en las cercanías del río Tejo, en la boca del océano, fue totalmente destruido. La *Livraria de El Rey* fue casi en su totalidad arrasada por el fuego y reducida a cenizas: el fuego consumió en tan solo minutos los libros y documentos que allí se encontraban. A partir de ese momento, la Biblioteca Real adquirió una cierta mística y se convirtió en aquella biblioteca que, después de haber albergado una misteriosa colección que pudo haber abarcado todos los ámbitos de conocimiento posibles y todo tipo de información, se esfumó en el aire —o en una llamarada—. Sea verdad o invención, es difícil determinar qué es lo que realmente ocurrió y qué era lo que efectivamente existía allí.

⁴ Informe Histórico del Terremoto sucedido el primero de noviembre de 1755, Haya Casa de Philantropie, 1765. Biblioteca Nacional, Mss. I, 11, 1, 4, p. 1.

⁵ José-Augusto França (1989, p. 11) cuantificó el número de víctimas en 15 000, mientras que João Pedro Ferro (1995, p. 76) lo estimó alrededor de 10 000.

«COLECCIONANDO LIBROS»: EN EL MUNDO DE LA BIBLIOTECA

Poco después del incendio que siguió al terremoto, al mismo tiempo que se trabajaba en reconstruir y reinventar la antigua Lisboa, el nuevo rey D. José I (1714-1777), junto con su poderoso ministro Pombal, se encargaron de rescatar lo que había sobrevivido al fuego y comenzaron una nueva biblioteca. A través de la compra de colecciones privadas, la apropiación de libros de algunos monasterios, la incorporación de las bibliotecas de los jesuitas —expulsados de Portugal y las colonias en 1759— y donaciones (como las de Diogo Barbosa Machado y G. Dugood), la Biblioteca Real, ahora alojada en el Palacio Ajuda, continuó creciendo, inclusive después de la muerte de D. José.

Hacia finales del siglo XVIII la biblioteca estaba completamente restituida: parecía ser el principio de una nueva era. De hecho, la nueva biblioteca fue una importante vía para entender las paradojas de la ilustración portuguesa: los libros confiscados por la Inquisición fueron añadidos a la biblioteca, la cual, sin embargo, únicamente podía ser frecuentada por funcionarios y personas vinculadas a la Corte.

En Portugal, la tradición de «livros ajuntados» —el coleccionismo de libros de forma privada y pública, incluyendo libros de la Inquisición— era bastante antigua. Comenzando con D. João I y siguiendo con D. Duarte y D. Afonso, dicha tradición fue creada y optimizada. De hecho, la historia de Portugal, y en particular la de sus libros, estuvo bastante condicionada por la Inquisición, la censura y la contrarreforma. Fue en 1563 que el Santo Oficio portugués determinó que los libros serían censurados, antes de ser publicados, por un funcionario religioso conocido como «calificador inquisitorial». Esto significaba que ningún libro podía circular sin aprobación previa, y el proceso empeoró con el tiempo. Hacia finales del siglo XVII, cada libro debía ser revisado por tres figuras distintas: el obispo local, un representante del Santo Oficio y un representante de la Corona, el «desembargador do Paço», una suerte de magistrado. Todos los libros considerados herejes eran confiscados y quemados. Todas las bibliotecas estaban sujetas a inspecciones obligatorias, y si un libro prohibido era encontrado en la colección de una institución, el dueño era sentenciado a muerte (Carvalho, 1999, p. 51). La Ley Pragmática y el *Index Librorum Prohibitorum* sellaron el destino de los libros considerados una ofensa a las ‘buenas costumbres’ (p. 71). En esa época las personas solían decir que un libro podía robar la mente y que la Inquisición era la mejor forma de recuperarla (p. 57).

Sin embargo, los libros confiscados por la Inquisición no desaparecieron: permanecieron accesibles para el inquisidor, los especialistas, doctores y otros académicos vinculados a la Iglesia. Por eso, cuando la Biblioteca Real fue reconstruida, paradójicamente se incorporaron algunos libros prohibidos por la

Inquisición, incluyendo títulos de Jean-Jacques Rousseau, Montaigne y Diderot. En aquellos tiempos fueron considerados libros peligrosos debido a que contenían ideas francesas sobre la revolución. Con todo, luego de pasar por la mesa de censura controlada por la iglesia, se quedaban en la Biblioteca Real y enriquecían su acervo. El Estado también utilizó el mecanismo de «propinas», según el cual debía depositarse en las bibliotecas una copia de todos los libros impresos en el Imperio.

Existía también una especie de división en la acumulación bibliográfica. Si los libros generales iban directamente a la Biblioteca Pública, todos los libros de carácter educativo tenían como destino la Biblioteca Real. Considerados esenciales para la educación de los *enfanfes* —es decir, los príncipes y princesas, futuros reyes y reinas del Imperio portugués—, la colección incluía libros sobre geografía, matemáticas, historia, religión, danza, canto y otros temas⁶. La Biblioteca Real también contenía libros sobre las fronteras y el arte de gobernar que eran usados por el príncipe y su círculo con el propósito de mantener control sobre sus dominios⁷.

Por esa razón, la biblioteca nunca dejó de crecer y adquirió la fama de ser la mejor de Europa. Fue también importante para entender las paradojas de la ilustración portuguesa: los libros confiscados por la Inquisición fueron añadidos a una biblioteca a la que solo podían acceder unos pocos.

Sin embargo, la situación política portuguesa estaba por cambiar. Con la muerte del rey José y el ascenso de su hija, la reina Maria I, todo lo vinculado a Pombal fue eliminado, sustituido o postergado, y ese fue también el destino de la Biblioteca Real. De hecho, fue en esa época que se inauguró una nueva biblioteca —la Biblioteca Pública Real— instalada en el Terreiro do Paço y organizada en función de principios más modernos. A la cabeza de ese proyecto estaba Antonio Ribeiro dos Santos, un profesional cuya experiencia incluía la reforma de la Biblioteca de Coimbra y que vendría a imponer una nueva dirección al trabajo que estaba en marcha en Lisboa (Domingos, 1996, pp. 11-14).

De modo que durante el siglo XVIII existían varias bibliotecas en Portugal, incluyendo dos importantes en Lisboa: una privada, para el uso de los reyes, y otra para el público en general. Existía una especie de intimidad en la relación entre la monarquía y sus bibliotecas, especialmente la Biblioteca Real, que creció gracias al cuidado de especialistas contratados para clasificar sus acervos. Los bibliotecarios

⁶ Por ejemplo, João José de Santa Teresa, *Istoria delle guerre del Regno del Brasile accadute tra la Corona de Portogallo e la Republica di Olanda composta ed offerta alla Sagra Reale Maesta di Pietro Secondo Re di Portogallo etc.* Roma: Nella Stamperia degl'i Eredi del Corbelletti, 1698.

⁷ Por ejemplo, Manuel de Faria y Sousa, *Imperio de la China y cultura evangélica en el por los religiosos da Companhia de Jesus. Dedicado a la Majestad Augusta d'El Rey D. Juan V Nuestro Señor.* Lisboa Occidental: Oficina Herreriana, 1731.

de la época calcularon que ella tenía 50 000 volúmenes y la consideraron una de las mejores en su categoría (Cunha, 2000, p. 208).

Para mediados del siglo XVIII, la Biblioteca Real había sido reconstruida en su totalidad. Sin embargo, tendremos que dejar los aspectos bibliográficos a un lado, dado que el ambiente político contrastaba mucho con la quietud y la calma de las bibliotecas. De hecho, la escena política internacional era turbulenta, con dos potencias —Inglaterra y Francia— disputando y dividiendo Europa, y algunos otros reinos intentando sobrevivir a este «nuevo terremoto». En Portugal, la situación también era muy difícil. D. Maria I aún era la reina, pero estaba imposibilitada para gobernar debido a su estado de demencia. Su lugar fue ocupado por el príncipe D. João quien resultó atrapado por el fuego cruzado entre Francia e Inglaterra y obligado a adoptar una débil y paradójica *realpolitik* neutral que no satisfizo a ninguno de los dos rivales.

En 1807 Napoleón envió un ultimátum: o D. João declaraba la guerra contra Inglaterra o Francia invadiría el país y derrocaría a la monarquía portuguesa. D. João y sus políticos intentaron con fuerza convencer a los dos países para que respetaran su «teatro neutral de Estado», pero Napoleón decidió que era hora de dirigirse hacia Portugal.

Dejaremos de lado, por cuestiones de espacio, el análisis de esta compleja situación internacional. Resulta más pertinente describir cómo D. João optó por una estratégica fuga a su rica colonia americana en el trópico: Brasil. Era la primera vez que un rey y un Estado cruzaban el Atlántico, un plan imaginado en diversas ocasiones pero que hasta el momento nunca había sido concretado. Las monarquías no suelen viajar livianas: con la familia real se trasladó la Corte, la aristocracia, las reliquias nacionales y las instituciones, incluida la Biblioteca Real.

LA TRAVESÍA: HOMBRES Y LIBROS EN EL MAR

En noviembre de 1807, confrontado con la inminente invasión de las tropas francesas, el príncipe regente de Portugal D. João, su familia y parte de la Corte —una multitud estimada en 10 000 personas— lograron abordar apresuradamente 36 barcos y partieron desde Lisboa hacia Brasil, su colonia al otro lado del Atlántico. Lo que siguió fueron dos meses en los tempestuosos océanos, con poca agua para beber y sin higiene alguna, además de piojos, tormentas y peligros de todo tipo. Una serie de sucesos dantescos tuvieron lugar en relación al viaje de la Corte portuguesa: personas desesperadas intentando subir a los barcos, buques sin la menor capacidad de navegabilidad, falta de comida, la reacción de la población portuguesa a la apresurada partida de la monarquía y la subsecuente llegada de las tropas francesas, a las que se enfrentaron con utensilios de cocina.

Debido a complicaciones y demoras, la Biblioteca Real no se pudo embarcar con sus dueños, pero su historia quedó vinculada a la dinastía de los Braganças, quienes, a principios del siglo XIX, tuvieron que lidiar con los impases establecidos por Francia e Inglaterra, las dos grandes naciones que se disputaban el control político y económico de Europa.

Fue el propio príncipe regente quien, al llegar a tierras tropicales en 1808 y notar la ausencia de la Biblioteca Real, ordenó la transferencia de sus colecciones de libros y documentos a Río de Janeiro, la reciente y provisional capital del Imperio portugués.

En el apuro por partir, hacia fines de 1807, la Biblioteca Real había sido dejada en el puerto y tuvo que ser rápidamente transportada a su domicilio original. Sin embargo, a raíz de la segunda invasión francesa en 1810 y tras reiterados intentos por robar las piezas más preciadas de la colección, como la Biblia de Maguncia —más conocida como la Biblia de Gutenberg—, el traslado de la Biblioteca Real era inminente. Como es sabido, dadas las evidentes dificultades de la travesía marítima, la colección llegaría a la colonia en tres envíos diferentes (Saldanha da Gama, 1885, p. 458).

Un primer lote llegó a Brasil en 1810⁸. La segunda remesa, que incluía parte de lo que se permaneció en Lisboa y que había sido protegida de los estragos de la guerra, desembarcó en Brasil en 1811, al cuidado del bibliotecario Luíz Joaquim dos Santos Marrocos⁹. En una carta de Marrocos a su padre¹⁰, del 12 de abril de 1811 y por ende escrita durante el viaje, se pueden percibir las dificultades y los peligros que implicó la tarea, en especial la falta de agua y de higiene, la ausencia de medicamentos, los mareos generalizados y los problemas de salud. El final de la carta nos ofrece una imagen de las condiciones del viaje:

Finalmente, para decirlo todo de una vez, si hubiese sabido el estado de la fragata Princesa Carlota, me habría negado rotundamente a cargar la Biblioteca allí dentro, y así, le hubiese hecho un gran favor a su Alteza Real. A pesar de todo, debo confiar en la Divina compasión para librarnos de los riesgos a los que estamos expuestos; y me entrego a Su voluntad con la mayor resignación. Su querido hijo,

Luíz Joaquim dos Santos Marrocos (citado en Garcia, 1939, p. 29-30).

⁸ Nogueira, Ricardo Raimundo. «Memória das cousas mais notáveis que se trataram nas Conferencias do Governo destes Reinos desde 9 de Agosto de 1810 em que entrei a servir o lugar de um dos Governadores até 5 de Fevereiro de 1820». Biblioteca Nacional, t. 1, p. 42.

⁹ Instituto dos Arquivos Nacionais, Torre do Tombo, Negócios do Reino, pack 279.

¹⁰ Su padre, Francisco José dos Santos Marrocos, era tutor de la realeza en filosofía racional y moral, además de bibliotecario del Palacio Nacional de Ajuda (Silva, 1858, II, p. 412).

Pero el príncipe regente quería aún más. Un tercer cargamento partió hacia la colonia unos meses después, todavía en el año 1811. D. João fue aún más lejos y ordenó la transferencia de todos los documentos que quedaban en la Torre do Tombo —el principal archivo público portugués— y los libros de la Biblioteca Pública Real de Lisboa, pero al final únicamente enviaron los libros de la Biblioteca Real. De todas maneras, lo que ya estaba en Brasil fue más que suficiente para que Ramiz Galvão, entonces director de la Biblioteca en Brasil, declarara que la colección contenía «todas las provincias del conocimiento humano». Finalmente, a pesar de las cartas malhumoradas de Marrocos que describían la naturaleza precaria del transporte y los perjuicios que causó en la colección —velas goteando, ratas y una terrible humedad—, la Biblioteca Real, o al menos una parte de ella, arribó a Brasil de forma segura. Comparando la lista de libros que fueron embarcados con la de aquellos que pasaron a formar parte de la Biblioteca, ahora ubicada en Río de Janeiro, se comprueba que se había perdido cerca del 40% de los libros. Quizás algo pasó en el puerto; posiblemente algunos libros se perdieron en medio de la confusión del viaje; o algunos fueron robados en Brasil. El hecho es que si bien la biblioteca representó un gran aporte para el Brasil, muchos libros valiosos se perdieron (Schwarcz, Azevedo & Marques da Costa, 2008).

Este fue también el comienzo de un proceso de emancipación política único en América, íntimamente entrelazado con la llegada de la familia real. La idea de que una colonia se convirtiera en sede de un Imperio era tan improbable como que una biblioteca cruce el Atlántico. El hecho es que la instalación de la corte portuguesa en Brasil fue más que un accidente fortuito: fue primero, y principalmente, un momento fundamental en la historia de Brasil, el inicio de un proceso muy singular de independencia política. Transformado en Reino Unido en 1815, Brasil se distanció de su estatus colonial y ganó una relativa autonomía previamente inimaginable. Trasladado a los trópicos, el Estado portugués tuvo que reproducir allí su aparato administrativo completo. Fue desde Río de Janeiro que D. João, Rey de Brasil, gobernó su Imperio y fue desde el trópico que la Biblioteca Real empezó su nueva vida. Una antigua *Alegoría* que se usó para celebrar el nuevo reino y los libros que salieron de la imprenta del reino —la Imprensa Regia— fueron preservados en la biblioteca desde ese momento. Algunos documentos, incluyendo, por ejemplo, *Quadras patrióticas à bem castigada ousadia de Napoleão ou a esparrela em que caiu Massena*¹¹, se distribuyeron entre la población para mostrar la importancia del reino portugués y el fracaso de la Francia napoleónica.

La imprenta había estado prohibida en la colonia, pero fue autorizada en este contexto para publicitar a la familia real que ahora estaba viviendo en un lugar

¹¹ Impressão Régia de Lisboa, 1811.

distante de Europa y de la guerra. Y aunque la Biblioteca Real no era un lugar para que cualquiera vaya a estudiar allí, sí se convirtió en una especie de repositorio del conocimiento que se producía en ese momento y en un depósito de la memoria de la familia Bragança y la nostalgia del viejo Imperio.

Esa era, el menos, la visión de los bibliotecarios, que se consideraban a sí mismos trabajadores del Estado y que llegaron junto con la familia real. Marrocos, por ejemplo, pese a que nunca salió de Brasil y se casó y murió en la colonia, siempre pensó que la biblioteca solo estaba atravesando por un periodo de transición. Marrocos nunca quiso mantener los libros en la colonia y trató de impedir la entrada del público a la biblioteca. Los libros estaban organizados según un criterio personal y, muy probablemente, era difícil acceder a ellos sin la ayuda de los bibliotecarios. Esa era una manera de preservar su poder, pero también de impedir el libre acceso a los libros y el crecimiento de la biblioteca, al menos en el número de lectores. En otras palabras, se trataba de una suerte de «orden bibliográfico»: el deseo de preservarla como un trofeo, sin ningún uso práctico.

UNA BIBLIOTECA EN TIERRA TROPICAL

La historia nunca vuelve atrás y este será el caso de un país y su biblioteca. La Biblioteca Real entró definitivamente en la historia de Brasil el 27 de junio de 1810 cuando, por decreto real, se ordenó su instalación en un sector del Hospital de la Orden Tercera del Carmelo, en la parte trasera de una iglesia con el mismo nombre, en los alrededores del Palacio Real. El 29 de octubre del mismo año, al percatarse de que el local no era apropiado para su biblioteca —ya que tenía que compartir el espacio con enfermos, medicinas e incluso huesos—, el príncipe regente D. João ordenó la construcción de un edificio apropiado en las catacumbas de la Orden Tercera del Carmelo, donde se pudiera «organizar y mantener dicho establecimiento».

En 1811 la biblioteca fue abierta al público, aunque, nuevamente, con un criterio muy selectivo: estaba reservada exclusivamente para académicos con consentimiento real, un privilegio difícil de obtener. Sin embargo, la necesidad de autorización previa fue eliminada en 1814 y el acceso se hizo libre para todos. Para esta época, la Biblioteca ya ocupaba todo el edificio del hospital y contenía alrededor de 60 000 libros, siendo considerada una de las mayores colecciones en las Américas. Pero «libre para todos» no significa que fuera realmente pública. La frecuencia de visitas era realmente baja. En 1815 solo Pedro I ingresó a la biblioteca, pero ni aún él pidió algún libro en préstamo. La filosofía general de los bibliotecarios, como vimos, era la misma: se trataba de conservar los libros, no de diseminar conocimiento. Esa fue la razón por la cual la Biblioteca Real

continuó existiendo como una especie de secreto, un regalo para un grupo pequeño de privilegiados.

La idea era preservar los libros como se preservan piezas raras del pasado: un pasado que no se podía tocar. Esa es la razón por la que, para los bibliotecarios y para el Estado, ningún tipo de cuidado era excesivo al tratarse de este patrimonio: libros de horas del Renacimiento, incunables (desde Cícero a la Biblia de Maguncia), partituras, libretos, villancicos españoles del siglo XVII, códices, dibujos y grabados (de Dürer, Rafael, Rembrandt, Piranesi, van Dyck, entre otros), trabajos de historia, ciencia y filosofía (desde la *Historia Natural* de Buffon hasta la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert), textos sagrados, trabajos de escritores portugueses del siglo XVI (Camões, Luís de Barros, etc.) y libros inusuales de catequesis y gramática. Otras valiosas donaciones y adquisiciones llegarían a Brasil después y le otorgarían un perfil más amplio: tratados, leyes, mapas estratégicos, libros, documentos raros y grabados fueron incorporados a una colección que se mantenía alejada de la vida cotidiana. Algunas colecciones fueron donadas en esta época y la organización de la Biblioteca Real era, por decir lo menos, confusa. Los libros y otras piezas no eran clasificados sino solamente divididos en categorías generales: documentos, libros raros, libros generales, incunables, mapas, dibujos, monedas y medallas (Schwarcz & Azevedo, 2003).

Por su parte, el monarca D. João se instaló en el trópico sin dificultades. En Brasil logró curarse de la gota y vivía lejos no solo de su esposa Carlota Joaquina —que residía en otro palacio— sino también de la guerra que había dejado atrás en Europa. En Brasil, después de la muerte de su madre, la Reina Maria I, él sería coronado rey y su hijo, D. Pedro, se casaría con Maria Leopoldina, de la corte austríaca. Seriamente preocupado por la situación política, probablemente la Biblioteca Real no le quitaba el sueño. Se le veía como una joya de la corona, una carta de presentación, no como una institución para mejorar el conocimiento en general ni como un símbolo del Estado.

El príncipe estaba también preocupado por los motines y rebeliones y, además, por la influencia de los «libros franceses» y las ideas de la ilustración. Es por eso que la Biblioteca Real era pública en la ley, pero no en la práctica. El conocimiento existía para ser compartido por unos cuantos privilegiados, sobre todo la familia real y algunos políticos que rodeaban al rey. La biblioteca servía también para comprender los límites de ese reino tropical y para estudiar las fronteras de ese inmenso país. En cierto sentido era fundamentalmente una institución real para el uso del rey y sus servidores.

TIEMPOS DE REVOLUCIÓN Y DEFINICIONES: LA BIBLIOTECA SE QUEDA

Sin embargo, la historia de esta biblioteca estaba por cambiar una vez más. Como resultado de la Revolución Liberal de Porto, D. João VI fue forzado a volver a Portugal en 1821 y su partida alteró el destino de la biblioteca.

Los planes de la corte portuguesa de retomar eventualmente su antiguo lugar llevaron a un proceso particular de independencia. Bajo el liderazgo de Pedro I, Brasil se independizó el 7 de setiembre de 1822, pero no como república: el Estado fue organizado como una monarquía constitucional en medio de una América republicana.

Sin embargo, si bien la situación política parecía resuelta, la Biblioteca Real estaba a punto de iniciar otra batalla. En medio del proceso de independencia, el entonces bibliotecario real, Fr. Joaquim Damaso, quien se consideraba un leal servidor del rey, se negó a participar del movimiento autonomista y decidió regresar a Portugal junto con la familia real. Si tenemos en cuenta que la Biblioteca era una institución oficial y se le consideraba parte del aparato dominante portugués, podemos entender por qué Damaso no tenía dudas sobre el destino de la Biblioteca Real: debía salir de Brasil junto con la realeza.

Su postura tendría importantes efectos para Brasil, ya que se llevó con él muchos de los más importantes documentos, fuentes primarias y manuscritos que habían llegado con la familia real. Probablemente para él esos documentos pertenecían a la familia real y no debían permanecer en la colonia. De los 6000 códices en la colección, Damaso retiró más de 5000, e incluso se lamentó por no haber podido llevarse los libros impresos.

La actitud del bibliotecario, y la radicalización del proceso independentista, dieron forma a una disputa bibliográfica: esta no fue un mero detalle, ya que permite imaginar la batalla que siguió. Por un lado, aquellos que intentaban reinstalar la biblioteca en su espacio original y, por el otro, los que luchaban por retenerla como parte de una política de fortalecimiento científico y cultural de la nueva nación. El significado de tener una biblioteca nacional como esta no pasaba desapercibido para la élite brasileña, e incluso Pedro I, el futuro emperador de Brasil, luchó por preservar la colección en el trópico.

Si bien eventualmente la victoria fue de Brasil y los libros se quedaron en América, el costo fue muy alto. El valor de la Biblioteca Imperial y Pública de la Corte, como fue llamada después de la independencia, se convirtió en objeto de cláusulas contractuales y disputas diplomáticas en un intento por consolidar la emancipación. Pedro I, emperador de Brasil, accedió a compensar a la familia real portuguesa por sus bienes y propiedades que permanecieron en Brasil, incluida la

Biblioteca Real (Martins, 1922, p. 331). En la lista de pagos que Brasil tuvo que hacer a Portugal por su independencia, la biblioteca aparecía en segundo lugar después de la deuda pública. Los 800 reis en que fue valuada eran un monto sumamente alto en relación al total a pagar: representaba el 12,5% del costo de la independencia, cuatro veces más que la famosa corona de plata y que la suma de todo lo que quedó en Brasil (ver apéndice).

Damaso, el bibliotecario real, no estaba convencido del costo asignado a la biblioteca, afirmando que ella «no tenía precio». «En mi opinión —escribió en 1825— dos millones no es nada, si consideramos que la Biblioteca tiene cada libro, mapa o documento que uno podría imaginar o desear» (citado en Ferreira, 1940, pp. 602-606). Pero había que ponerle un precio y Portugal recibió «800 contos», una suma alta pero insignificante comparada con el capital simbólico invertido en ella. Igual, era mucho dinero. Finalmente, en el «Tratado de Amizade e Aliança» del 29 de agosto de 1825 celebrado entre Portugal y Brasil, este último aceptó pagar un total de dos millones de libras, monto del cual la biblioteca representó casi la mitad.

LA BIBLIOTECA Y SUS FANTASMAS

La Biblioteca Real es ahora la Biblioteca Nacional de Brasil. Hoy en día es muy conocida por su colección de libros clásicos, sus incunables, sus mapas antiguos, los dibujos de Mantegna, Callot y Rembrandt, entre otros, las dos biblias Maguncia que guarda y algunas primeras ediciones notables, como las de Camões y Cervantes.

De esta manera, la Biblioteca Real se convirtió en parte de la nueva nación. Su nombre cambió de acuerdo con los cambios en la situación política: en un primer momento fue Real, luego Imperial y, con la república, Nacional. Se puede observar cómo la Biblioteca Real estuvo muy conectada con el Estado y, principalmente, con la imaginación de un Estado que se organizaba a sí mismo como nación.

Durante el difícil reinado de Pedro I (1822- 1831) y el periodo de las regencias (1831-1840) la Biblioteca Real se mantuvo prácticamente cerrada debido a las rebeliones, motines y el desorden social de esos años. Fue durante el reinado de Pedro II (1840-1889) que se consolidó como una institución imperial. Fue trasladada a un nuevo edificio especialmente diseñado para sus objetivos, se consolidaron las colecciones y se empezaron a recibir todos los libros publicados en el país.

De hecho, durante el siglo XIX, la biblioteca adquirió un significado diferente. Para un país recientemente independizado como Brasil, y una monarquía rodeada por repúblicas, una biblioteca como esa tenía mucho valor: era la representación de una tradición ligada al conocimiento y a los reyes portugueses, que permanecerían en una nación que aún estaba en proceso de auto-invenición. Como el bibliotecario

del rey solía decir: «las bibliotecas son el principal y máspreciado ornamento de los palacios estatales y merecen ser reconocidas como sus valientes protectoras».

Naturalmente, continuó siendo una institución oficial que «representaba» y aumentaba la gloria del Estado monárquico. La Biblioteca Real, por otro lado, estaba enfocada sobre todo en los libros europeos, como si el conocimiento fuera una especie de presente que llegaba del Viejo Mundo.

No obstante, a lo largo de los años y gracias a la incorporación de nuevas adquisiciones y donaciones, la biblioteca empezó a representar la cultura y el conocimiento brasileños, expresados en libros de ficción, no-ficción y poesía. La biblioteca también habilitó secciones de grabados, diarios y documentos. En nuestros días la biblioteca está considerada como una verdadera Biblioteca Nacional, y ha recibido la certificación de la UNESCO como la octava más grande del mundo. Pese a todo, la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro padece, en la actualidad, de problemas de infraestructura, al igual que muchas de las instituciones federales brasileñas.

El principal objetivo de este ensayo fue reconstruir la historia de una colección, la Biblioteca Real, que constituye hoy solo una pequeña parte de la Biblioteca Nacional. La gran travesía de la Biblioteca Real está salpicada por memorias y aventuras, y puede contar, de una manera muy particular, la historia de una nación batallando por su libertad. Una historia así no tiene un final predecible. El futuro no se detiene y colecciones como estas continúan siempre vivas. Los libros tienen el poder de hacer volar a la gente e imaginar un país diferente.

Como dice el novelista Elias Canetti en *Auto de fe* (*Die Blendung*, 1935), «¡muchos fantasmas viven en nuestras bibliotecas!» Las bibliotecas son símbolos de libertad y espacios donde circulan las ideas. La historia que acabo de contar es simplemente una historia, pero es también una metáfora potente, una metáfora del poder de las bibliotecas y del rol de sus bibliotecarios. Un libro siempre abre la puerta a las utopías —y a veces a las distopías—. En este caso hemos mostrado cómo una biblioteca se convirtió en el centro de una batalla por la construcción de un nuevo país.

APÉNDICE

Cuenta de objetos por los que Portugal está autorizado a solicitar el pago de Brasil: deuda pública

1. Mitad de la deuda pública hasta 1807	12.899:856\$276
BIBLIOTECA	
2. Biblioteca Real, valuada por el librero	800:000\$000
LA CASA DEL REY	
3. Accesorios y equipos a dejar en Río de Janeiro	200:000\$000
4. Vajilla, muebles y otros objetos que permanecieron en RJ	200:000\$000
	400:000\$000
LA MARINA	
5. Costo de buques de guerra que quedaron en Brazil	3.334:000\$000
6. Suma de todos los salarios que la Marina pagó al personal civil en Brasil	9:479\$118
7. Pensiones pagadas en Brasil y a ser pagadas posteriormente en Lisboa	12:344\$818
8. Salarios, comida y sustento pagados a los oficiales de la Marina durante el tiempo de su servicio en Brasil	6:454\$681
9. Contratación de barcos por la Junta de Bahía	24:630\$000
10. Salarios, comida y sustento pagados a los oficiales de los ejércitos de Brasil y Montevideo	22:257\$337
Transporte	3.409:165\$954
(total)	14.099:856\$276
11. Contratación del barco Luiza, que transportó tropas de Maranhão a Lisboa	10:278\$800
12. Costos de transporte de la tropa desde Bahía a Pernambuco, con destino a Lisboa	63:536\$401
(total)	3.482:981\$155
GUERRA	
13. Costos de despliegue de destacamento desde y hacia Pará	5:524\$570
14. Costos de despliegue de destacamento desde y hacia Maranhão	25:389\$377
15. Ídem para dos escuadrones de la legión de Bahía	15:568\$012
16. Pago de los oficiales	327:981\$585
17. Costo de artillería y municiones de guerra que permanecieron en Brasil	203:730\$368
18. Provisiones para el Destacamento de Maranhão	10:825\$296
19. Ídem para los escuadrones en Bahía	2:973\$850
	591:993\$068

A dicho valor se resta:

El costo de artillería y municiones pertenecientes a Bahía, actualmente en Lisboa 25:276\$690

Costo de materiales pertenecientes a los escuadrones de Bahía 4:129\$267

29:405\$957

562:587\$111

Suma Total: 18.145:424\$542

(N.B. Esta factura cubre únicamente los costos principales, sin embargo si Brasil opta por insolvencia en oposición a cancelar la deuda en un único pago, muchos otros ítems serán agregados)¹².

BIBLIOGRAFÍA

Biker, Julio Firmino Judice (1880). *Suplemento à coleção de tratados, convenções, contratos e atos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potências desde 1649*. Lisboa: Imprensa Nacional.

Carvalho, Kátia de (1999). *Travessia das Letras*. Río de Janeiro: Casa da Palavra.

Chartier, Roger (1998a). *A ordem dos livros. Leitores, autores e bibliotecas na Europa entre os Séculos XIV e XVIII*. Brasília: Universidad de Brasília.

Chartier, Roger (coord.) (1998b). *As utilizações do objecto impresso*. Lisboa: Difel.

Chartier, Roger (1999). *A aventura do livro. Do leitor ao navegador*. São Paulo: Universidad Estatal Paulista.

Chartier, Roger (2000). O príncipe, a biblioteca e a dedicatória. En Christian Jacob & Marc Baratin (eds.), *O poder das bibliotecas: a memória dos livros no Ocidente*. Río de Janeiro: Universidad Federal de Río de Janeiro.

Cunha, Lygia da Fonseca Fernandes (2000). Real Biblioteca: apontamentos sobre seu acervo. En Anais do Seminário Internacional D. João VI. Um Rei aclamado na América (pp. 208-220). Río de Janeiro: Museu Histórico Nacional.

Darnton, Robert (1989). *Boemia Literária e Revolução. O submundo das Letras no Antigo Regime*. São Paulo: Companhia das Letras.

Darnton, Robert (1992). História da leitura. En Peter Burke (ed.), *A Escrita da História: novas perspectivas* (pp. 119-236). São Paulo: Universidad Estatal Paulista.

¹² Biker, 1880, vol. XV (vol. XXIII de la colección), pp. 62-65. O Arquivo da Torre do Tombo. Negócios Estrangeiros. Casa Forte 2.

- Darnton, Robert (2001). O poder das bibliotecas. *Folha de São Paulo*, Caderno Mais, 15 de abril. <http://www1.folha.uol.com.br/fsp/mais/fs1504200105.htm>.
- Domingos, Manuela (1996). Biblioteca Nacional. Crónica de 200 anos. En Fátima Libório (coord.), *Guia da Biblioteca Nacional* (pp. 11-41). Lisboa: Instituto da Biblioteca Nacional e do Livro.
- Ferrerira, Carlos Alberto (1940). As Livrarias Reais de D. João IV a D. João VI. En *Anais do Congresso do Mundo Português*, vol. VII (pp. 589-606). Lisboa: Comissão Executiva dos Centenários.
- Ferro, João Pedro (1995). *A população portuguesa no final do Antigo Regime (1750-1815)*. Lisboa: Presença.
- França, José-Augusto (1989). *A reconstrução de Lisboa e a arquitetura pombalina*. Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa.
- Garcia, Rodolfo (1939). *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro, 1934*, vol. LVI. Rio de Janeiro: Ministério da Educação.
- Martins, Francisco José da Rocha (1922). *A Independência do Brasil*. Coimbra: Lúmen.
- Saldanha da Gama, João de (1885). *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio de Janeiro, 1883-1884*, vol. XI. Rio de Janeiro: Typ. G. Leuzinger & Filhos.
- Schwarcz, Lília Moritz & Paulo César de Azevedo (2003). *O livro dos livros da Real Biblioteca*. São Paulo: Fundação Biblioteca Nacional.
- Schwarcz, Lília Moritz; Paulo César de Azevedo & Angela Marques da Costa (2008). *A longa viagem da biblioteca dos reis*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Silva, Inocêncio Francisco da (1858). *Dicionário Bibliográfico Português*. Lisboa: Imprensa Nacional.

VICENTE QUESADA, LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO PARA LA PRÁCTICA Y SOCIABILIDAD DE LOS LETRADOS

Pablo Buchbinder

LOS INICIOS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

En 1893 Paul Groussac publicó un breve opúsculo en el que sintetizó la historia de la Biblioteca Nacional, en ese entonces bajo su dirección. El relato de Groussac (1967) mostraba dos aspectos salientes de la evolución de la institución. El primero de ellos era la debilidad que había arrastrado el proyecto de conformación de una amplia biblioteca pública para la ciudad de Buenos Aires, al menos hasta la década de 1870. El segundo era el vínculo que unía los orígenes de la biblioteca con las propuestas de extensión de la instrucción popular.

La Biblioteca Pública, creada por la Junta Gubernativa de las provincias del Río de la Plata el 7 de setiembre de 1810 por iniciativa de su secretario, Mariano Moreno, había crecido durante sus primeros años fundamentalmente gracias a donaciones de figuras reconocidas de la sociedad porteña, dueños, a su vez, de frondosas bibliotecas privadas. La antigua biblioteca del obispo Manuel Azamor y Ramírez y las de José Luis Chorroarín, Manuel Belgrano, la esposa de Manuel de Labardén, el doctor Julián Segundo de Agüero y el protomédico Miguel O. Gorman habían constituido el grueso del patrimonio sobre el que se había conformado la institución. En este marco, la acción de los gobiernos y funcionarios estatales había permanecido en un discreto segundo plano (Sabor Riera, 1974, p. 39)¹.

¹ Según María Angeles Sabor Riera (1974), la Biblioteca Pública se formó con fondos que habían pertenecido al obispo Manuel Azamor y Ramírez, a los jesuitas expulsados de Córdoba y a los conspiradores ejecutados en Córdoba a mediados de 1810, junto a algunas donaciones menores. Coincide con Groussac en señalar que su patrimonio original no superaba los 4000 volúmenes. A finales de la década de 1820 llegaba a 20 000, pero al finalizar el gobierno de Rosas había descendido a unos 15 000.

Groussac procuraba llamar la atención sobre las dificultades que la empresa de construcción de la Biblioteca Pública había experimentado, sobre todo desde la década de 1820. Subrayaba así que, según el registro estadístico de 1823, el número de volúmenes ascendía a 17 229, gracias al impulso otorgado por Bernardino Rivadavia cuando se desempeñaba como ministro de Gobierno de la provincia. Se trataba de un patrimonio bibliográfico considerable, sobre todo si se tiene en cuenta que había sido conformado en base al esfuerzo particular. Además, según el registro del establecimiento, durante ese mismo año habían concurrido a su recinto 3284 lectores para llevar a cabo consultas de diverso tipo. Sorprendentemente, treinta años después, el número de volúmenes llegaba recién a 20 104 y la asistencia no superaba aún los 3000 lectores al año. A pesar de todo, esta situación conllevaba una notable mejora con respecto a los años inmediatamente anteriores.

Con cierto tono crítico, Groussac se refirió también a los primeros directores de la biblioteca. En ellos destacó la ausencia de preocupaciones genuinas por el desarrollo de la institución que dirigían y, en algún caso, el escaso celo con que habían desempeñado sus tareas más allá de cierta valoración marginal de sus méritos y carreras políticas. Sus argumentos dejaban entrever también la falta de preparación específica de estos funcionarios. En este marco, un caso particular y distinto era el de Vicente Quesada, quien, con un largo intervalo de casi dos años, dirigió la Biblioteca Pública entre 1871 y 1879.

En su relato, Groussac hacía notar también un rasgo peculiar del mundo de los letrados porteños de la segunda mitad del siglo XIX: la existencia de nutridas bibliotecas privadas. La debilidad y pobreza de la biblioteca pública de la ciudad contrastaba con la existencia de patrimonios bibliográficos particulares muy importantes. Algunos de ellos estaban provistos de un número de volúmenes que les permitía competir con las existencias de aquella. La condición de hombre de letras en el Buenos Aires de mediados del siglo XIX se confundía con la de bibliófilo o coleccionista. Figuras destacadas de la política porteña eran reconocidas y consultadas a menudo a causa de la riqueza y variedad de sus bibliotecas privadas, construidas, en algunos casos, a lo largo de más de una generación. Las bibliotecas del canónigo Saturnino Seguro o de Pedro de Angelis eran famosas como lo sería tiempo más tarde la de Bartolomé Mitre, que llegaría a principios del siglo XX a los 40 000 volúmenes. Otra biblioteca importante fue la de Juan María Gutiérrez, quien había heredado un cuantioso patrimonio bibliográfico de su padre, Juan Matías Gutiérrez, un español asentado en el Río de la Plata que había mantenido una de las tertulias más concurridas del Buenos Aires de los primeros años del siglo XIX y era objeto de frecuentes visitas de particulares interesados en el estudio de diversos aspectos del pasado rioplatense.

BIBLIOTECAS PRIVADAS, BIBLIÓFILOS Y CIRCULACIÓN DE LIBROS

Los circuitos privados de venta, acopio, préstamo y colección de libros reconocen orígenes coloniales y crecieron a lo largo del siglo XIX con una vitalidad que contrastaba con la de la Biblioteca Pública. Su desarrollo fue extensamente estudiado, entre otros autores, por Domingo Buonocuore, en varios textos publicados entre las décadas de 1940 y 1970 (véase especialmente 1968, 1974). El comercio de libros era habitual ya a finales del periodo colonial. Formaba parte entonces de la actividad de casas importadoras dedicadas a diferentes rubros. Buonocuore (1945) ha señalado la presencia de figuras como José de Silva y Aguiar, conocido en Buenos Aires y Montevideo por dedicarse a este oficio en aquella época. También puede advertirse a través de sus textos cómo se fue construyendo un primer vínculo entre los coleccionistas y los mercaderes de libros: en 1803 el comerciante José Dantas recibió la más importante biblioteca porteña de aquel entonces, la de Juan Baltasar Maziel, para su venta al público. También era conocida entre la élite burocrática la existencia de ricas bibliotecas privadas como la de Julián de Leyva, síndico del Cabildo, o la de Joaquín de Araujo. El naturalista Félix de Azara consultó asiduamente la del primero para escribir algunos pasajes de sus informes.

Por otra parte, en 1826 ya había cinco librerías en Buenos Aires, pero su función no se limitaba al comercio sino que algunas también operaban como lugar de acceso a los libros a cambio de una cuota mensual. Además, eran sitios de tertulia y encuentro entre los estudiosos. El caso más conocido es, sin duda, el de la librería de Marcos Sastre, conocida como «Librería Argentina». Había sido fundada en 1833 y en 1835 se conformó en su espacio un gabinete de lectura que permitía el préstamo de libros a domicilio. En 1836 se creó allí el Salón Literario, lugar de reunión que se convirtió tiempo después en espacio de encuentro de opositores a Rosas, lo que provocó su cierre. Las existencias de la librería fueron luego subastadas y pasaron a manos privadas. Algunos ejemplares fueron comprados por un inmigrante francés de apellido Lucien, que abrió poco tiempo después otra casa de venta de libros.

En aquellos años también se conformaron, como destacamos, varias bibliotecas privadas que serían célebres posteriormente. Las más importantes eran efectivamente las de Saturnino Seguro y Pedro de Angelis, cuyo catálogo circulaba habitualmente entre los letrados. Las formas y mecanismos de constitución de las bibliotecas privadas han sido objeto de estudios parciales, aunque desde perspectivas excesivamente descriptivas. Cabe señalar que el análisis de los procesos de conformación de bibliotecas privadas exige un examen previo de la constitución de amplias redes de vínculos entre eruditos y letrados que excedían el espacio rioplatense. Exilios y viajes habían permitido tejer relaciones estrechas que hicieron posible posteriormente no solo el intercambio y la confrontación de ideas sino

también la circulación de libros, impresos y copias y originales de documentos. En el caso específico de los documentos históricos, la proximidad temporal con los sucesos sobre los cuales se escribieron las primeras obras sobre el pasado rioplatense, unida a la relación familiar entre historiadores e historiados, provocaba que gran parte de la documentación que debía consultarse para escribir los primeros relatos sobre los nuevos Estados se encontrase en repositorios particulares. Como los libros, los documentos circulaban también a través de esta extensa y tupida red de relaciones personales.

Josefa Sabor (1995) analizó el modo en que Pedro de Angelis construyó su biblioteca y su colección de documentos. Las formas fueron diversas: compras, canjes, copias, donaciones y quizás también robos. La base de su biblioteca eran los libros que transportó desde Europa. Ya en Buenos Aires mantuvo vínculos con varias librerías europeas en las que solía adquirir ejemplares a cambio de sumas cuantiosas: «Tengo cuentas y recibos de mis libreros de Londres y París que importan lo que me hubiera alcanzado a poblar una estancia» (citado en Sabor, 1995, p. 163). Al mismo tiempo solía comprar libros y documentos, sobre todo a viudas y familiares directos de los propietarios originales que requerían con urgencia el dinero. Sabor ha descrito la manera en que se hizo de los documentos relacionados con el Tratado de Límites de 1777 entre España y Portugal. Algunos se los compró a antiguos funcionarios que habían participado en la demarcación de límites y de otros obtuvo permiso para hacer copias. Los libros y documentos históricos eran objetos que ingresaban así en un activo intercambio. De Angelis los canjeaba periódicamente, los ofrecía en garantía por préstamos y los cedía cuando no podía pagar por fondos recibidos. Sabor ha destacado también que, en 1829, hizo un ofrecimiento de servicios al Gobierno de la Banda Oriental. En este marco, solicitó un adelanto para atender a sus deudas y gastos que propuso fuese abonado la mitad en libros y la otra a partir de descuentos de su futuro salario (Sabor, 1995, p. 169).

De Angelis llegó a tener la biblioteca más importante del Río de la Plata a mediados del siglo XIX. La mayor parte de ella, en particular sus documentos, fue adquirida por el Imperio del Brasil, en gran medida por el fracaso de las gestiones efectuadas ante Justo José de Urquiza para que los libros permaneciesen en el país. Otra parte importante se subastó en Buenos Aires y fueron Bartolomé Mitre, Manuel Trelles, Juan María Gutiérrez y Andrés Lamas quienes se repartieron la mayor proporción de los volúmenes que De Angelis, caído en desgracia después del derrocamiento de Rosas, se vio obligado a vender. Un episodio curioso que muestra una de las facetas del itinerario de circulación de los libros es el vinculado con la obra de Juan Eusebio Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, un codiciado ejemplar impreso en las misiones jesuíticas en 1705. De Angelis le encargó a un prestigioso librero porteño en 1856 que lo vendiese. Rafael Trelles lo

adquirió y generó así el enojo de Bartolomé Mitre, quien intentó, infructuosamente, comprárselo primero al propio Trelles y más tarde a sus descendientes (Buonocuore, 1968, p. 41).

Los volúmenes editados de la correspondencia política, histórica y literaria de Bartolomé Mitre (1912a) permiten una primera aproximación tanto a las modalidades de construcción de su biblioteca privada como al uso que hacía de ella. Sus exilios le habían permitido conocer personalmente a figuras destacadas de la vida pública chilena, como Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, y de la uruguayaya, como Andrés Lamas. De todas formas esta correspondencia, a diferencia del caso de Angelis, no revela tanto el papel decisivo de las compras en la construcción de la biblioteca sino, fundamentalmente, el de las redes de cooperación e intercambio. Son especialmente interesantes en este sentido las cartas cruzadas a lo largo de periodos de más de veinte años con los personajes arriba mencionados, sobre todo con los dos primeros. Se trata de una correspondencia que mezcla aspectos relativos a críticas de borradores o textos publicados y opiniones sobre aspectos literarios o históricos con perspectivas propias de coleccionistas interesados por los libros como objetos suntuarios. En este sentido, la correspondencia revela vínculos de cooperación y amistad, pero también de competencia en relación con la búsqueda y adquisición de volúmenes. La reputación de las bibliotecas privadas de cada uno de estos personajes se unía estrechamente a su prestigio como hombres de letras.

Las referencias a las búsquedas y a la relación con archivos y bibliotecas públicas son escasas, pero probablemente también mucho más episódicas en Mitre que en Barros Arana y Vicuña Mackenna. En general, las fuentes de información para las tareas literarias e históricas encaradas por Mitre, y en alguna medida menor por las otras figuras mencionadas, remitían al examen de catálogos de bibliotecas particulares o de librerías comerciales. Estas prácticas encontraban antecedentes en la primera mitad del siglo, pero fueron reforzadas probablemente por la ausencia de un sistema sólido y extendido de bibliotecas y archivos públicos. En la correspondencia circula información sobre hallazgos de ejemplares raros, sobre existencias en librerías de distintas ciudades y también sobre precios de libros. Además, se anuncian canjes frecuentes y aparece el complejo desafío conjunto vinculado con la construcción de bibliotecas americanas.

La principal riqueza de estas bibliotecas privadas estaba relacionada, así, con los diversos materiales —libros, documentos, folletos, periódicos— referidos a la geografía y sobre todo a la historia americana. Tanto las bibliotecas privadas como luego las públicas diferenciaban claramente su sección de libros americanos. La conformación de bibliotecas americanas, entonces, constituía una empresa en la que estaban involucrados letrados, literatos e historiadores de distintos países de Sudamérica. Era una aspiración de Mitre, pero también de Andrés Lamas, de Diego

Barros Arana, de Benjamín Vicuña Mackenna y de los hermanos Amunátegui. Las búsquedas en librerías que llevaban a cabo durante sus viajes a Europa y la indagación en distintos catálogos estaban dirigidas sobre todo a la búsqueda de materiales sobre América Latina. Además, se definían a sí mismos como americanistas. La construcción de colecciones de libros americanos era considerada uno de los modos en que los «ingenios hispanoamericanos» podían auxiliarse recíprocamente y, por otra parte, era fundamental para que se fortaleciese el sentimiento de la patria común (Amunátegui, 1912, XXI, pp. 123-124). Finalmente, debe destacarse que el cónsul argentino en Valparaíso, Gregorio Beéche, intermediario entre chilenos y argentinos, cumplió un papel particular en la configuración de esta red entre los historiadores y en la circulación de los materiales «americanos» (Arrieta, 1941).

Por otro lado, la relación entre patrimonio público y privado en lo que respecta a la posesión, circulación y transferencia de libros conforma una cuestión compleja que merecería un análisis con mayor profundidad del que podemos ofrecer aquí. Quienes participaban de esta red de intercambios privados eran al mismo tiempo funcionarios públicos de primera importancia. Es posible observar, con los matices que tiene la distinción entre público y privado para la época, ciertas tensiones entre las responsabilidades públicas y la pasión por el coleccionismo. Una fuente interesante para observar esta tensión es la correspondencia entre Mitre y Vicuña Mackenna relativa a las gestiones que hizo este último para desprenderse de una parte importante de su biblioteca personal. A principios de la década de 1860, Benjamín Vicuña Mackenna vendió parte de su biblioteca a la Universidad de Chile. Luego hizo gestiones para vender otra porción al Estado peruano, pero como estas se demoraban ofreció los libros sobrantes de la sección americana a Mitre, en tiempos en que este era presidente de Argentina. La intención de Vicuña Mackenna (1912[1863]) era que la colección «no se diseminase entre particulares», sino que conservase su cuerpo «siendo adquirida por un establecimiento público». Por eso, le comunicaba a Mitre que «si el Gobierno Argentino tuviese inclinación a adquirir en el todo o parte de esos libros, yo no tendría embarazo alguno en darle la preferencia». Esto le permitiría, le señalaba Vicuña a Mitre, dotar adecuadamente a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, «que en 1855 era en extremo deficiente en libros americanos». Como un gesto de deferencia, le aclaraba que si él estuviese personalmente interesado en algún volumen en particular para su biblioteca personal, no tendría problema en cedérselo en calidad de obsequio.

Mitre examinó el catálogo y observó efectivamente que había en él muchas obras que no estaban en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Sin embargo, no era posible aceptar la propuesta, «pues nuestro estado financiero es al presente muy difícil». Pero Mitre se refería a la situación del Estado, no a la suya propia. Por eso le anunció que, a través de Gregorio Beéche, le haría llegar la lista de aquellos «con

que deseo aumentar mi biblioteca». Sin embargo, declinaba el ofrecimiento de recibirlos en carácter de obsequio: «no es justo que abuse de su desprendimiento, tan en armonía con su carácter y modo de ser» (Mitre, 1912b, pp. 20-22).

Otro ámbito central que permitía el acceso a los libros en el Buenos Aires de mediados del siglo XIX estaba conformado por la ya mencionada red de librerías. Como señalamos, había una estrecha relación entre el coleccionismo, el comercio y la impresión de los libros, tal como puede advertirse en el caso de la figura del impresor Carlos Casavalle (Piccirilli, 1942). En 1834 había seis librerías y cuatro imprentas en la ciudad. Cuando Rosas cayó, se abrió una etapa de rápido crecimiento y multiplicación de este tipo de establecimientos. Hacia 1855 las librerías ya sumaban once (Sabor Riera, 1974, p. 75)². Por otra parte, su faceta comercial constituía solo una dimensión de funciones más amplias y complejas, como había sucedido en el caso de la antigua librería de Marcos Sastre. El aumento del número de librerías desde principios de la década de 1850 debe comprenderse, al mismo tiempo, en el contexto del movimiento asociacionista propio del Buenos Aires de aquellos tiempos. Como ha señalado Pilar González Bernaldo (2010, pp. 253-254), esos años presenciaron el crecimiento de una gran ola asociacionista que se expresó no solo a partir del aumento del número de asociaciones sino también de la intensidad de los encuentros. De esta manera, cobraron vitalidad las entidades culturales ubicadas en el centro de la ciudad. El circuito de sociabilidad cultural incluía a los clubes sociales como el del Progreso, a la universidad, a organismos como el Ateneo del Plata o el Liceo Literario —que, como afirma González Bernaldo, estaban destinados a ocupar el lugar de las inexistentes instituciones científicas del Estado— y también a las librerías. Estos eran espacios fundamentales de encuentro y sociabilidad para todos aquellos preocupados por la producción cultural, literaria e histórica. La de Casavalle era uno de los lugares centrales de tertulia y encuentro de los hombres de letras. Mitre, Quesada y Navarro Viola eran habitués del lugar. Casavalle había sido en la década de 1850 editor de la *Revista del Paraná*, un intento efímero impulsado por Vicente Quesada de construir una publicación periódica cultural en el extremadamente turbulento y conflictivo espacio de la Confederación

² Señala también Sabor Riera (1974) que en vísperas de la caída de Rosas, aparte de la Biblioteca Pública, el otro establecimiento que permitía acceso a los impresos era la Sala de Comercio de Buenos Aires, utilizada fundamentalmente para la consulta de periódicos. Por otra parte, el censo de 1887 ya registraba la existencia de 98 librerías en Buenos Aires. Debe tenerse en cuenta también, de todos modos, que luego de la caída de Rosas se conformaron otras bibliotecas públicas. Estas crecieron lentamente, sin llegar a competir abiertamente con las privadas. Nos referimos la biblioteca de la Universidad de Buenos Aires —fundada en 1862 y distribuida entre sus facultades en 1885—, la de la Sociedad Rural (1866), la de la Sociedad Científica Argentina (1872), la de la Unión Industrial (1875) y la del Círculo Militar (1881).

Argentina. Su colección de manuscritos originales, que superaba las 4700 piezas, era conocida y consultada habitualmente por los interesados en la reconstrucción de la historia argentina (Buchbinder, 1995).

VICENTE QUESADA Y LA BIBLIOTECA PÚBLICA

La relación entre el espacio público y el privado es uno de los aspectos centrales de este análisis. Cabe destacar, en este sentido, que los esfuerzos por conformar ámbitos públicos que permitiesen a los eruditos contar con espacios de sociabilidad al margen de los círculos informales y privados que hemos descrito constituyó una preocupación de figuras destacadas del mundo político y cultural porteño. Estos proyectos comenzaron a tomar impulso, aunque lentamente y con dificultades, recién en la segunda mitad del siglo XIX, con el fin de las guerras civiles y ante el crecimiento de una estructura estatal que consiguió superar las consecuencias de la discontinuidad institucional y administrativa propia de la primera mitad del siglo.

En 1854 Bartolomé Mitre impulsó, en el marco del entonces estado de Buenos Aires, la creación del Instituto Histórico-Geográfico, similar al que existía en Montevideo y tomando como ejemplo, sobre todo, al de Río de Janeiro. Su inauguración tuvo lugar en la misma Biblioteca Pública el 3 de setiembre de ese año. La idea de Mitre era conformar una asociación científica y literaria, «un teatro para la inteligencia, una tribuna para la libre emisión del pensamiento científico y literario y un centro para los hombres de ciencias, artes y letras». Creía Mitre que el instituto proporcionaría a todos los hombres de «inteligencia» un «campo neutral» para descansar de la agitada vida pública (Mitre, 1959, p. 100). Según su reglamento, debería formarse en su ámbito una biblioteca, un archivo, una colección de mapas y un museo de antigüedades. Una vez fundado, se incorporó el instituto al ámbito público, pero finalmente se disolvió entre 1859 y 1860 sin llegar a cumplir sus funciones.

Un intento similar se registró por esos mismos años en Paraná y lo protagonizó Vicente Quesada. Quesada provenía de una familia porteña perteneciente a los círculos «distinguidos» pero con escasos recursos. Finalizó sus estudios universitarios de Derecho a principios de la década de 1850 y se incorporó a los círculos urquicistas luego de la batalla de Caseros. Sus intentos por llevar a cabo una carrera política se vieron frustrados en gran medida por su incapacidad para adaptarse al tono popular y plebeyo que la vida pública adquirió en la ciudad con posterioridad a la caída de Rosas. Sus destrezas intelectuales no le permitieron obtener el lugar al que se consideraba destinado, lo que lo llevó a un largo periplo por el interior y el litoral argentino y también a construir una visión profundamente crítica de la política

argentina, a la que acusaba justamente de ser excesivamente facciosa y huérfana de ideas y proyectos de transformación institucional.

Quesada estableció un vínculo estrecho con el entonces gobernador de la provincia de Corrientes, Juan Pujol. Cuando este fue nombrado ministro del Interior de la Confederación Argentina con sede en Paraná, designó a Quesada en un alto cargo en su ministerio. Quesada aprovechó esa posición para impulsar la creación de un instituto histórico de la Confederación Argentina que debía reunir no solo material histórico sino también geográfico y estadístico. El propósito central residía, nuevamente, en organizar un ámbito de sociabilidad para los estudiosos en el ámbito estatal. Se trataba de impulsar sobre todo los estudios en esa disciplina y configurar un archivo con documentación proveniente de distintas provincias. La caída de la confederación terminó con su proyecto, pero Quesada no se dio por vencido. Así, en 1863, ya radicado en Buenos Aires, fundó con propósitos similares, junto con Miguel Navarro Viola, la *Revista de Buenos Aires*, a la que concibió en principio como una publicación especialmente dedicada a los estudios históricos (Buchbinder, 2012, pp. 79-98). Quesada también esperaba que la revista cumpliera la función de articular esfuerzos de escritores, letrados y aficionados a la historia de diferentes lugares de Sudamérica. De esta forma, sus intentos por conformar ámbitos de sociabilidad pública se comprenden en un contexto en el que estos llevaban una existencia extremadamente precaria. Fueron estas circunstancias las que provocaron que la labor de los letrados se desenvolviese, como ya hemos descrito, en base a esta extensa y tupida red de relaciones particulares en la que circulaban libros e incluso documentos originales. Las relaciones personales y las afinidades políticas seguían cumpliendo aquí un papel fundamental.

En este marco, signado por el intento de superar la debilidad de las instituciones públicas, deben comprenderse los esfuerzos de Vicente Quesada al frente de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires durante gran parte de la década de 1870. Sus antecedentes al frente de las revistas de *Paraná* y *Buenos Aires* hicieron posible que en 1871 fuese designado director de aquella. Abandonaría el puesto en 1879 para asumir como ministro en el gabinete provincial, pero desde su nuevo cargo siguió ocupándose de la biblioteca. Justamente en 1879 elevó un ambicioso proyecto de reorganización que abarcaba diferentes facetas de su estructura. Es probable que el proyecto fuese resultado de varios años de trabajo, de sus ideas sobre las relaciones entre el ejercicio de las letras y la política y sobre todo del examen riguroso del funcionamiento de las bibliotecas públicas europeas. En 1873 había obtenido permiso para viajar a Europa y examinar el funcionamiento de las bibliotecas del viejo mundo con el propósito de proponer reformas para el organismo que estaba bajo su dirección. En 1877, producto de

ese largo periplo, publicó *Las bibliotecas de Europa y algunas de la América Latina* (1877) y, posteriormente, un proyecto para reorganizar la biblioteca (1879).

Es probable, entonces, que el viaje llevado a cabo entre 1873 y 1874 al viejo continente y en el que recorrió varias de sus principales bibliotecas le permitiera fortalecer algunas de sus ideas sobre la futura organización de la institución. Quesada tomó nota de la complejidad que conllevaba gobernar una biblioteca: había que prestar atención a la distribución y estado de los edificios y a la organización de los espacios para el cuidado y preservación de los libros. Dedicó un apartado especial a los catálogos, pues de su buen método dependía en cada biblioteca «el fácil y pronto servicio de sus libros» (Quesada, 1877, p. 217). El catálogo debía estar bien confeccionado y «bien llevado» —es decir actualizado periódicamente—, y tenía que estar permanentemente a disposición de los lectores. Otro apartado estuvo dedicado a la formación de los bibliotecarios, aspecto esencial para el correcto desenvolvimiento de cada institución. El contraste entre la situación de las principales bibliotecas europeas y la de Buenos Aires era notable. En Buenos Aires, el reclutamiento de los empleados no buscaba el saber y la competencia, ya que el sueldo era «mera ayuda de costas». Se podía entonces, al mismo tiempo, «ejercer una profesión liberal y ser director de una biblioteca» (Quesada, 1877, p. 75).

Pero quizás lo más significativo de sus observaciones radicó en su perspectiva sobre la función de la biblioteca, que estaba ligada más a la guarda y a la conservación de los libros que a su difusión. En este marco situaba sus reflexiones sobre el préstamo bibliotecario: «algunos ignorantes se imaginan que la liberalidad consiste en prestar sin criterio, sin preocuparse de guardar». La mayor actividad de los empleados debía dirigirse a asegurar el «uso venidero» de los libros. En este sentido, rescataba particularmente el ejemplo alemán donde las bibliotecas eran «para los estudiosos, no para los haraganes: se forman para ilustrar y no para cobijar en los días fríos del invierno, en salas abrigadas, a los desocupados y a los inútiles» (Quesada, 1877, p. 350).

Un aspecto fundamental de la propuesta de Quesada residía en la intención de reservar el uso de la biblioteca pública de la ciudad a los estudiosos. Concebía a la institución como un lugar privilegiado para la sociabilidad de estos últimos y espacio fundamental para impulsar el desarrollo y cultivo de las disciplinas humanísticas. A través de su cargo, Quesada aspiraba a incidir de manera decisiva en la difusión de una auténtica cultura científica en la sociedad argentina. La biblioteca debía contribuir a consolidar el espacio dedicado a las actividades específicamente culturales, en el sentido general del término. Por ello era preciso conformar un nuevo sistema de clasificación e incrementar sobre todo el número de volúmenes americanos. Pero para cumplir con este último objetivo era indispensable no solo el aporte particular a través de donaciones sino también la acción del Estado.

Por otro lado, entendía que el papel de la biblioteca era central en la constitución de la imagen pública de la Argentina, ya que era la institución destinada a la difusión de los libros nacionales, tarea que debería realizarse a través del canje. Por eso, uno de sus principales objetivos al frente de la institución fue también la organización de una red oficial para el intercambio de publicaciones, para lo cual apeló a la ayuda de los embajadores en diferentes países (Etchepareborda, 2004-2005, pp. 13-135; González, 2010, pp. 76-79). Así, el fortalecimiento de instituciones como las bibliotecas públicas se relacionaba además, y de manera estrecha, con la creación y desenvolvimiento de los vínculos diplomáticos. Estos, para ser verdaderamente fructíferos, debían estar mediados por un mutuo conocimiento de las ideas y culturas que informaban a los grupos dirigentes.

En su ya mencionada propuesta, Quesada postuló una reorganización integral de la biblioteca. Allí abordó cuestiones relacionadas con las características del edificio, los procedimientos para autorizar el ingreso y permanencia de lectores, la disposición de la sala de lectura y las formas de conservación de libros y folletos. También trató el viejo problema de la calificación de los empleados y señaló como requisito para ocupar puestos en la institución el dominio de lenguas modernas y antiguas. Sugirió dividir las existencias de la biblioteca en cinco secciones y armar los catálogos sobre esa base. Pero probablemente el aspecto central de su argumento se centraba en la diferenciación entre la Biblioteca Pública y las bibliotecas populares. La primera no podía, bajo ningún aspecto, asimilarse a estas últimas. El papel de la Biblioteca Pública consistía en la conservación de libros, manuscritos y mapas destinados solo al uso de los estudiosos. Las colecciones científicas no podían ser diseminadas a través del préstamo como aquellas que se conformaban para la difusión y lectura popular. Las estadísticas de las que disponía reafirmaban su idea y le permitían advertir que quienes acudían a la biblioteca lo hacían con el objetivo de perfeccionar sus estudios y progresar en los conocimientos, no con fines de esparcimiento. Eran esos mismos criterios los que presidieron la incorporación de nuevos volúmenes en la etapa en que se desempeñó como director. Así, el aumento principal correspondía a libros de ciencias, derecho, historia y literatura.

La gestión de Quesada, que con diversas interrupciones se prolongó hasta 1879, impulsó cambios sustantivos en el estado de la biblioteca. Uno de ellos estuvo vinculado efectivamente con el aumento sustantivo del número de volúmenes. Según Groussac, el inventario realizado en 1871, al iniciarse la dirección de Quesada, constataba la existencia de 18 176 volúmenes. Al finalizar esta, se habían incorporado 9176 ejemplares, al margen de los periódicos que constituían los principales materiales de consulta (Groussac, 1967). En la *Memoria* del año 1877 que presentaron los empleados de la institución Nicolás Massa y Ernesto Quesada —hijo de Vicente— se adjuntaban otros datos significativos que permiten

advertir las transformaciones experimentadas durante estos años. Uno de ellos era el aumento significativo del número de lectores, que llegaba casi a treinta por día laboral. No se trataba de todos modos de un número elevado teniendo en cuenta la población de la ciudad, que superaba por entonces los 180 000 habitantes. El número se incrementaría, se señalaba en la *Memoria*, con la ampliación de la sala de lectura, una de las principales acciones que había impulsado Quesada. Con esta ampliación, el número de sitios para los lectores pasaría de 20 a 56. La nueva sala tendría 15,43 metros de largo, 7,22 de ancho y 12 de altura para los estantes (Massa & Quesada, 1877, p. 71).

Pero el proyecto de ampliación de la biblioteca se demoró por problemas presupuestarios de la provincia de Buenos Aires y la nueva sala de lectura se inauguró recién a principios de la década de 1880. En este sentido, probablemente la dificultad principal de los proyectos de Quesada residía en cómo comprometer a quienes tenían responsabilidades institucionales en una empresa cultural de esas características. En sus memorias, criticó con insistencia la indiferencia de los gobernantes en relación con este tipo de iniciativas. Además, ellas también encontraron detractores de peso. La polémica que entabló con Domingo F. Sarmiento poco tiempo después de la publicación de su libro sobre las bibliotecas europeas expresó con claridad las oposiciones que en el mundo político y cultural porteño encontraban sus proyectos sobre la institución que dirigía. La polémica estaba centrada en el tipo de biblioteca cuyo desarrollo y expansión debía priorizar el Estado. Para Sarmiento, el modelo propuesto por Quesada era objetable por su limitada proyección social. Desde su perspectiva, eran cuestionables los elevados gastos que demandaría una empresa de esa naturaleza. Quesada, según Sarmiento, se proponía construir bibliotecas «para sabios que no existen». El expresidente de la República consideraba que se trataba de un modelo que no era ni útil ni aplicable a las necesidades del país (Sarmiento, 1956, pp. 41-49).

Para Sarmiento, era mucho más conveniente inspirarse en la práctica norteamericana de crear pequeñas bibliotecas en cada centro poblado. Estas brindarían un servicio fundamental a la causa de la extensión de la instrucción pública. Las bibliotecas eran pensadas entonces en el marco de un programa más amplio destinado a fortalecer el proceso de incorporación de la población a la educación primaria. En este contexto, Sarmiento formulaba una serie de consideraciones relevantes en torno al préstamo de libros que, desde su perspectiva, era un factor central en el proceso de construcción de las bibliotecas modernas, pero que Quesada insistía en prohibir. Aquí residía entonces la diferencia sustantiva entre la Biblioteca Pública y las bibliotecas populares. Los esfuerzos por crear instituciones como estas últimas tuvieron un eco significativo en esos mismos años y lograron un respaldo público relevante cuando, en setiembre de 1870, se promulgó la ley

419 de protección de bibliotecas populares que hubiesen sido fundadas por las iniciativas de vecinos. Como ha destacado Graciela Batticuore (2010), Sarmiento apostaba por la lectura como un instrumento de progreso y, en este contexto, su preocupación central radicaba en impulsar su práctica entre sectores sociales muy diversos y no solo entre las élites. En consecuencia, no compartía las ideas de Quesada, que apuntaban a limitar la circulación de los libros. La movilidad de estos era, desde la perspectiva de Sarmiento, fundamental en la construcción de una sociedad moderna.

La cuestión del préstamo conformó así uno de los ejes de las controversias en las que se vio envuelto Quesada durante su gestión al frente de la biblioteca. Javier Planas (2011) ha destacado que en la década de 1870 la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares impulsó decididamente la práctica del préstamo bibliotecario a domicilio. Subrayó así cómo desde el boletín que editaba dicha asociación se cuestionó el reglamento «restrictivo e inquisitorial» de la Biblioteca Pública de la provincia. Debe tenerse presente que la prohibición del préstamo a domicilio era consistente, por otra parte, con la idea, arraigada ya en tiempos de fundación de la biblioteca, de que su función no residía solo en estimular el aprendizaje y el estudio sino también en asegurar la conservación de los libros. Las disposiciones defendidas por Quesada, en este sentido, recuperaban dimensiones de las primeras normativas de la biblioteca. Alejandro Parada (2002, p. 247) ha destacado cómo el reglamento que sancionó en 1872 señalaba taxativamente que no podría salir de la biblioteca libro alguno bajo ningún pretexto ni motivo y que la misma conducta debía observarse en relación con los manuscritos; los miembros del gobierno debían ser los principales observadores de dichas disposiciones.

Según Planas (2011), los responsables de la biblioteca en la década de 1870 seguían orientados por las ideas bibliotecológicas de la Ilustración que dominaban entre los hombres de la Revolución y cuyo principal objetivo no radicaba en la difusión del conocimiento sino en el uso académico de los libros. El pensamiento de Quesada se inscribía entonces en esta tradición en la que la preocupación principal no era el número de lectores sino fundamentalmente garantizar que el uso de los fondos bibliográficos estuviese orientado a estudios serios e investigaciones científicas. Como ha señalado Planas, las autoridades de la Biblioteca Pública fueron cuestionadas por llevar a cabo una inadecuada política bibliotecaria. Precisamente, el énfasis en la circulación de los libros, por contraposición a su uso restringido, era lo que generaba los cuestionamientos (Planas, 2011).

La propuesta de Quesada debe comprenderse en el contexto de una serie de esfuerzos por conformar un espacio específico para la práctica de las disciplinas humanísticas que superase la dependencia del patrimonio y las colecciones privadas. Pero también deben insertarse en una serie de intentos, ya reseñados aquí,

por conformar espacios para las actividades culturales y que signaban su trayectoria desde varias décadas atrás. La biblioteca de la provincia era concebida, así, como el lugar que permitiría a los estudiosos independizarse de los conflictos de la vida política. Podría señalarse, entonces, que su propuesta bibliotecológica tenía como propósito central incidir en la consolidación de una élite científica independiente de la política (Sabor Riera, 1974).

La urgencia por construir instituciones de estas características se comprendía así en un marco en el que esa independencia no podía ser garantizada ni por el mercado editorial o de bienes culturales ni por la prensa periódica: el primero por su falta de densidad y su carácter incipiente y la segunda porque tampoco ofrecía autonomía en relación con la política, sino que participaba de manera estructural del carácter faccioso de esta.

En estas condiciones el papel del Estado, a través de la Biblioteca Pública, era fundamental, ya que era el único agente capaz de generar los marcos de autonomía en que debía desenvolverse la práctica de las letras. La gestión al frente de la biblioteca se insertaba así en una serie de esfuerzos de más largo plazo tendientes a separar las trayectorias de los letrados y de las élites políticas y resolver las tensiones entre estas y el espacio sociopolítico en su conjunto. Quebrar este vínculo, que provenía de los tiempos coloniales, constituyó una preocupación de Quesada que, en alguna medida, derivaba de su propio fracaso en el intento de convertirse en un líder político de envergadura. Esa experiencia lo había llevado a optar por la práctica de las letras y la diplomacia. Su gestión en la biblioteca se enmarca en estas iniciativas, que habían comenzado a través de la dirección de revistas culturales como la *Revista del Paraná* y continuarían en la década de 1880 con la *Nueva Revista de Buenos Aires*. Su proyecto estaba orientado entonces a resolver dimensiones centrales de las prácticas culturales de las élites. En este sentido, también el problema de la circulación de los libros —que preocupaba a Sarmiento como a muchos de sus contemporáneos— permanece en un muy segundo plano en sus reflexiones y proyectos.

CONCLUSIONES

Quesada abandonó su actividad pública en la Argentina en 1883 e inició una larga carrera diplomática. En sus *Memorias diplomáticas*, recordando sus empresas culturales, manifestó en repetidas oportunidades sus quejas por la falta de compromiso de los gobernantes (Quesada, 1908, p. 381). Refiriéndose a la *Revista de Buenos Aires*, la publicación periódica que había dirigido en la década de 1860, destacó el esfuerzo que había conllevado su sostenimiento y señaló que, a pesar de no ser una publicación onerosa, no había logrado un número suficiente de suscriptores

para poder sobrevivir. También recordó su época como embajador en Brasil y la falta de iniciativa de Mitre para revitalizar al Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, y resaltó la diferencia con aquel país, cuyo emperador estaba activamente comprometido con su Instituto Histórico y Geográfico. Pero en sus intentos Quesada tropezó no solamente con la indiferencia de los gobiernos, sino también con la oposición de figuras públicas como Sarmiento, que defendían un modelo de desarrollo de bibliotecas opuesto al que propiciaba.

La actividad diplomática lo fue alejando de su papel de constructor de instituciones culturales en el ámbito público. Él mismo fue un gran bibliófilo y su biblioteca particular, cuya formación había iniciado preocupado sobre todo por la adquisición de textos jurídicos, pasó luego a manos de su hijo, también un destacado jurista y académico. Su idea era que la biblioteca que ambos habían construido a lo largo de casi setenta años, y que contaba con cerca de 70 000 volúmenes poco antes de su muerte en 1913, pasase a ser parte de un instituto en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires. Así lo dejó establecido en su testamento (Quesada, 1915, pp. 31-34). Sin embargo, la demora de las autoridades universitarias en gestionar la cesión provocó que su hijo Ernesto la cediese al Estado prusiano a cambio de una pensión vitalicia. Con ella y otros dos legados se conformó luego la biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín.

La debilidad del aparato público cultural, en el que se comprende también el lento desarrollo del sistema de bibliotecas públicas, fue, en gran medida, una derivación del derrotero del sistema institucional, administrativo y burocrático de la Argentina. A la vez, el desenvolvimiento de este sistema estaba condicionado por la inestabilidad política producto de las guerras civiles y los enfrentamientos facciosos propios de la política rioplatense. Esta debilidad provocó que las formas de sociabilidad de los letrados dependiesen durante un periodo muy prolongado de circuitos privados e informales en los que se combinaban redes de intercambio y circuitos de comercialización de libros y documentos muy restringidos. La tendencia hacia la construcción de grandes bibliotecas privadas era un fenómeno cuyos orígenes databan de los últimos años de la colonia pero, indudablemente, se fortaleció ante las dificultades para constituir instituciones públicas de envergadura que conservasen, administrasen y facilitasen a los estudiosos el acceso a los libros y los documentos.

A lo largo de su vida, Vicente Quesada estuvo involucrado en el intento de crear un espacio para hombres de letras, historiadores y científicos, desvinculados del papel de orientadores generales de la vida pública. Su propósito consistía en estimular la creación de instituciones que posibilitasen enunciar un discurso que no estuviese vinculado directamente a la política y a la administración del Estado. Le otorgaba a la sociabilidad entre los escritores un papel central en el progreso

cultural y también en las relaciones diplomáticas que debían, desde su perspectiva, estar precedidas por los vínculos culturales. Por eso, en definitiva, procuraba romper la dependencia de los hombres de letras con respecto a los vínculos informales y privados de los que él mismo era tributario.

La creación de auténticas profesiones intelectuales exigía la necesaria separación de la política. Este objetivo podía lograrse a partir de la conformación de un mercado integrado por suscriptores y compradores de libros, pero en los años centrales del siglo XIX este tenía aún una densidad insuficiente para asegurar la independencia de los escritores. En consecuencia, el papel del Estado, a través de instituciones como la Biblioteca Pública, sería fundamental, ya que contribuiría a asegurar la libertad de los hombres de letras. Fue recién gracias al proceso de consolidación del Estado, la creciente prosperidad económica que signó a la Argentina de los últimos años del siglo XIX y la designación de Paul Groussac al frente de la Biblioteca Nacional que se comenzó a superar la debilidad intrínseca que mostraron las instituciones culturales públicas del siglo XIX. De este modo, se cumplieron, aunque sin duda muy parcialmente, los proyectos de Vicente Quesada.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Luis (1912[1876]). Carta del 1 de agosto de 1876 a Bartolomé Mitre. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre, Tomo XXI* (pp. 123-124). Buenos Aires: Biblioteca de la Nación.
- Arrieta, Rafael (1941). *Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Batticuore, Graciela (2010). Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso. En Alejandra Laera (dir.), *El brote de los géneros*. Buenos Aires: Emecé.
- Buonocuore, Domingo (1968). *Libros y bibliófilos durante la época de Rosas*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Buonocuore, Domingo (1974). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker.
- Buchbinder, Pablo (1995). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, 13, 59-82.
- Buchbinder, Pablo (2012). *Los Quesada: letras, ciencias y política en Argentina. 1850-1934*. Buenos Aires: Edhasa.
- Etchepareborda, María (2004-2005). Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. *La Biblioteca*, 1, 13-135.

- González, Horacio (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González Bernaldo, Pilar (2010). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Groussac, Paul (1967 [1893]). *Historia de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Massa, Nicolás & Ernesto Quesada (1877). *Memoria de la Biblioteca Pública de Buenos Aires correspondiente a 1877*. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría.
- Mitre, Bartolomé (1912a). *Archivo del General Mitre*, Tomos XX, XXI y XXII. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.
- Mitre, Bartolomé (1912b [1864]). Carta de Bartolomé Mitre a Benjamín Vicuña Mackenna del 17 de enero de 1864. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre* (XXI, pp. 20-22). Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.
- Mitre, Bartolomé (1959 [1854]). Instituto Histórico y Geográfico. Discurso pronunciado en la Biblioteca Pública con el objeto de promover a la asociación. En Bartolomé Mitre, *Obras Completas*, tomo 16. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Parada, Alejandro (2002). *De la Biblioteca particular a la Biblioteca Pública*. Buenos Aires: Errejotapé y Roberto Plaza.
- Piccirilli, Ricardo (1942). *Carlos Casavalle: Impresor, bibliófilo*. Buenos Aires: Manuel Suárez.
- Planas, Javier (2011). La esencia de una biblioteca popular. Una polémica sobre los lectores y las modalidades de acceso a la lectura. En *Actas de las Segundas Jornadas de Intercambios y Reflexiones acerca de la Investigación en Bibliotecología* (pp. 23-26). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Quesada, Vicente (1877). *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- Quesada, Vicente (1879). *La Biblioteca Pública de Buenos Aires. Proyecto de reorganización*. Buenos Aires: Biedma.
- Quesada, Vicente (1908). *Mis memorias diplomáticas. Misión ante el gobierno del Brasil*. Buenos Aires: Coni Hermanos.
- Quesada, Vicente (1915). El testamento del Dr. Vicente Quesada. En *Historia Colonial Argentina*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Sabor, Josefa Emilia (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.

- Sabor Riera, Maria Angeles (1974). *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios en la Argentina en el siglo XIX*, Tomo I. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Sarmiento, Domingo, F. (1956 [1877]). Bibliotecas europeas y algunas de la América Latina. En *Obras Completas de Sarmiento* (XLVII, pp. 41-49). Buenos Aires: Luz del Día.
- Vicuña Mackenna, Benjamin (1912[1863]). Carta a Bartolomé Mitre del 28 de diciembre de 1863. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre* (XXI, pp. 16-20). Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.

LOS INTELLECTUALES Y SUS BIBLIOTECAS EN EL PERÚ DEL SIGLO XX¹

Carlos Aguirre

Este ensayo es un intento por explorar las relaciones entre el trabajo de los intelectuales peruanos del siglo XX, sus posiciones dentro de las esferas de prestigio y poder institucional y académico, y la formación y peripecias de sus respectivas bibliotecas privadas. La acumulación libresca es una actividad estrechamente vinculada al quehacer intelectual: suelen ser los intelectuales quienes —aparte de coleccionistas adinerados que convierten el gusto por los libros en una obsesión por acumular tesoros bibliográficos— reúnen los más importantes y a veces los más numerosos acervos bibliográficos privados. Las razones para ello son bastante obvias, comenzando por el hecho de que su propio trabajo requiere del contacto cercano y directo con libros y revistas a los que con frecuencia no podrían acceder por las limitaciones de las bibliotecas públicas o universitarias. Pero hay también otras razones, complementarias de la primera, que pueden incidir en la formación de nutridas bibliotecas privadas por parte de los intelectuales: el amor por el libro como objeto físico; los constantes intercambios con colegas; los regalos que reciben

¹ Este ensayo es un adelanto de una investigación más amplia sobre las bibliotecas de intelectuales peruanos. La lista de personas que me han ayudado con información, contactos, sugerencias y materiales bibliográficos incluye a Paul Baudry, Fernando Brugue Valcárcel, Gilda Cogorno, Jorge Coaguila, Carlos Flores Galindo, Virginia García, Osmar Gonzales, Pedro Guibovich, Fietta Jarque, Carmen McEvoy, Mariana Mould de Pease, Ramón Mujica Pinilla, Lucía Muñoz-Nájar, Rosario Pacheco, Marlene Polo, Ricardo Portocarrero, José Ragas, José Luis Rénique, Carmen Rico Coira, Luis Rodríguez Pastor, Ricardo Salvatore, Servais Thissen, Ricardo Tremolada, Gerardo Trillo, Hugo Vallenás, Dora Varona, Marcel Velázquez, Charles Walker, Silvia Westphalen y Augusto Wong Campus. A todos ellos, y a quienes involuntariamente puedo haber omitido, mi sincero agradecimiento. Quiero también mencionar que en la medida que presento aquí información sobre la situación reciente de algunas bibliotecas, cabe la posibilidad de que ella haya cambiado entre el momento de recopilar dicha información y la redacción de este ensayo.

de editoriales, autores o admiradores; el afán coleccionista y «completista» —que no pocas veces incluye una cierta inclinación por la competencia—; el deseo de «rescatar» colecciones bibliográficas o piezas valiosas que de otra manera se hubieran perdido o salido al extranjero; y, por último, también la especulación con la posibilidad de generar ingresos producto de una futura venta de la colección, es decir, la biblioteca como una inversión.

Este ensayo se acerca al mundo de las bibliotecas privadas de un grupo de intelectuales peruanos del siglo XX a partir de tres ejes temáticos: primero, la naturaleza de la colección, es decir, sus dimensiones, tanto numéricas como temáticas; segundo, la relación entre los intelectuales y los libros y el uso que se le dio a la biblioteca; y, tercero, el destino de la biblioteca luego de la muerte del dueño o producto de alguna decisión tomada en vida. Me interesa, sobre todo, establecer las vinculaciones entre la acumulación bibliográfica y el trabajo intelectual, pero también la manera como la primera ayuda a entender el rol y función de los intelectuales dentro de la sociedad. Por otro lado, busco también ofrecer algunas reflexiones de carácter general sobre las relaciones entre la acumulación privada de libros y las políticas de preservación de aquello que se conoce como patrimonio cultural.

La historia de las bibliotecas privadas está relacionada, por un lado, con una serie de situaciones que son propias del individuo y, por otro, con las estructuras y cambios que afectan a la sociedad en que este desarrolla su trabajo. Un intelectual adinerado sin duda tendrá mayores posibilidades de construir una biblioteca numerosa y bibliográficamente rica. Algunos de ellos, de hecho, fueron herederos de importantes acervos, de modo que el valor —monetario y bibliográfico— de esas colecciones resulta altamente potenciado. Intelectuales que sufrieron persecución por razones políticas perdieron buena parte de sus colecciones en tiempos de exilio o encarcelamiento. Aquellos que voluntariamente vivieron largas temporadas en el extranjero —y con frecuencia en más de una ciudad— han tenido dificultades para preservar una biblioteca unitaria y numerosa. Una vez muertos, sus herederos no siempre han hecho esfuerzos por mantener las colecciones íntegras o por asegurarse de que tuvieran un destino acorde con los deseos del propietario y la importancia de la colección. Tampoco ha existido una política estatal coherente en torno a la preservación de bibliotecas privadas. De hecho, es muy difícil que haya una, como veremos más adelante.

En este ensayo paso revista a las bibliotecas personales de veintisiete intelectuales peruanos del siglo XX (véase apéndice)². Todos ellos nacieron en

² La elección de los intelectuales que incluyo en mi estudio tuvo que ver con varios factores, incluyendo la disponibilidad de información sobre sus bibliotecas. Decidí incluir solamente a

Lima o desarrollaron allí gran parte de su labor intelectual. Esto refleja el mayor acceso a información para estos casos, pero también la configuración del espacio intelectual peruano durante ese periodo, fuertemente concentrado en la capital. Sin duda hay casos de intelectuales que vivieron y trabajaron en otras ciudades y cuyas bibliotecas merecerían también analizarse. Hay allí una tarea pendiente. Por otro lado, la inmensa mayoría son hombres, lo cual también refleja una cierta tendencia al interior de las comunidades intelectuales y, más específicamente, la de los coleccionistas de libros. Incluyo los casos de María Rostworowski y Ella Dunbar Temple, pero con seguridad hay varias otras mujeres que en su momento formaron importantes colecciones bibliográficas. De los intelectuales seleccionados pocos han dejado testimonios escritos sobre sus bibliotecas —su formación, su importancia, sus avatares, su relación con ellas—, de modo que no siempre es fácil reconstruir las dimensiones más subjetivas y personales de la formación de esas colecciones.

De los veintisiete personajes considerados, catorce son historiadores: Jorge Basadre, Pedro Benvenuto Murrieta, José Antonio del Busto, Félix Denegri Luna, Ella Dunbar Temple, Alberto Flores Galindo, Guillermo Lohmann Villena, Pablo Macera, César Pacheco Vélez, Franklin Pease, Raúl Porras Barrenechea, José de la Riva-Agüero, María Rostworowski y Luis E. Valcárcel; cinco son escritores: Ciro Alegría, José María Arguedas, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Emilio Adolfo Westphalen; y cinco son críticos literarios: Luis Jaime Cisneros, Antonio Cornejo Polar, José Durand Flórez, Estuardo Núñez y Luis Alberto Sánchez. Completan el grupo un antropólogo, Carlos Iván Degregori; un arquitecto interesado en la historia, Juan Günther; y un intelectual multifacético e inclasificable, José Carlos Mariátegui, a quien podríamos, para facilitar las cosas, colocarle el membrete de «ideólogo». Pertenecen a por lo menos cuatro generaciones de la intelectualidad peruana: la «arielista», la del «centenario», la del «cincuenta» y la del «68», y sus fechas de nacimiento van desde 1884 hasta 1949. Todos han fallecido, con excepción de Vargas Llosa y Macera.

Quizás sea oportuno presentar algunas apreciaciones generales sobre la cultura del libro en el Perú del siglo XX que nos ayuden a ubicar los temas que quiero desarrollar en este ensayo. La cultura letrada peruana del siglo XX, aunque fundamentalmente centralista y limeña, incluyó también importantes núcleos y espacios intelectuales en otras ciudades, como Cusco, Arequipa y Trujillo. Las universidades más importantes, las librerías, imprentas y editoriales más reconocidas, las publicaciones más prestigiosas —diarios, revistas culturales— y las oportunidades de trabajo más auspiciosas, sin embargo, estaban en Lima.

intelectuales ya fallecidos o que, estando vivos, hubieran tomado una decisión sobre el destino de sus bibliotecas, como es el caso de Mario Vargas Llosa y Pablo Macera.

El libro fue, hasta por lo menos la década de 1950, un objeto que no llegaba al gran público y se identificaba con una minoría ilustrada. Las altas tasas de analfabetismo y el escaso interés por la lectura explicaban, según Sebastián Salazar Bondy (1958), el sombrío panorama que ofrecía la industria del libro en el Perú. La llegada de maquinaria para la impresión *offset* a comienzos de la década de 1950 representó una verdadera transformación en la producción de materiales impresos; y a partir de mediados de esa década hubo varias iniciativas —como los festivales del libro o «Populibros Peruanos»— que intentaron acercar el libro a las masas (Aguirre, 2017)³. Hubo libros cuyos tirajes de 10 000 o 20 000 ejemplares permitieron, de alguna manera, democratizar el acceso al libro en las décadas de 1960 y 1970. Durante el gobierno militar de Velasco Alvarado también se intentó masificar el consumo de libros, sobre todo con la colección «Biblioteca Peruana», que publicó a partir de 1973 más de sesenta títulos con tirajes de hasta 50 000 ejemplares.

El acceso a libros extranjeros, por otro lado, fue mucho más restringido a lo largo de casi todo el siglo XX. Hubo librerías especializadas en libros en idiomas extranjeros, y algunas otras importaban libros de otros países hispanohablantes como España, Argentina o México. Para conformar una biblioteca solvente en cualquier disciplina intelectual, por tanto, hacía falta no solo dinero sino también redes y contactos transnacionales.

En cuanto a las bibliotecas, con excepción de la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) —cuya historia está llena de tragedias grandes y pequeñas— y, hasta cierto punto, las bibliotecas de la Universidad de San Marcos y la Universidad Católica, no existían otros repositorios que pudiesen satisfacer las necesidades de intelectuales e investigadores⁴. Algunas bibliotecas de órdenes religiosas contenían importantes acervos bibliográficos, especialmente para el estudio del periodo colonial, pero acceder a ellas no siempre era fácil. Por todo ello, no es de extrañar que los intelectuales, especialmente aquellos que desarrollaron su trabajo en la primera mitad del siglo veinte, se vieran en la necesidad de generar sus propias colecciones. Las generaciones arielista y del centenario, por ejemplo, no solo produjeron notables intelectuales sino también grandes coleccionistas de libros como Riva Agüero, Porras y Sánchez.

A diferencia de otros países como Estados Unidos, Brasil o México, para limitarnos al hemisferio occidental, en el Perú casi no existen coleccionistas de libros que no sean también intelectuales. No conozco —aunque es posible que existan—

³ Sobre la llegada de la impresión *offset* y su impacto, véase Guevara & Gechelín, 2001 (pp. 118-123).

⁴ Sobre la historia de la BNP, especialmente en el periodo posterior a la guerra con Chile, véase el ensayo de Pedro Guibovich en este volumen. Sobre su reconstrucción luego del incendio de 1943, véase Aguirre, 2016; y sobre la biblioteca de San Marcos, Cajas Rojas, 2008.

bibliófilos equivalentes al banquero Pierpont Morgan en Nueva York o al abogado y empresario brasileño José Mindlin (Plummer, 1993; Mindlin, 2001). Por lo general, los miembros de las élites económicas peruanas no han tenido una relación muy cercana con el mundo de los libros y las colecciones bibliográficas⁵. La escasez de coleccionistas significa que el mercado de libros en el Perú, y en especial el mercado de libros antiguos y raros, quedaba a disposición de los intelectuales locales o de coleccionistas e instituciones extranjeros. Esto incrementa la importancia de las bibliotecas privadas de los intelectuales, que en muchos casos terminaron siendo las únicas que poseían determinadas piezas bibliográficas valiosas o incluían secciones bibliográficas especializadas que, de otra manera, hubiera sido muy difícil reunir. Cada volumen que terminaba en los estantes de estos coleccionistas privados era un libro más que no salía al extranjero, con las excepciones que veremos más adelante.

Desde la época colonial la posesión de libros ha sido percibida como un símbolo de estatus: los libros reflejaban y acentuaban la condición letrada de su dueño y, por tanto, su pertenencia a la élite política y cultural. Esta conexión entre bibliotecas privadas y estatus se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. En décadas más recientes, lo que Jean Franco (2003) ha denominado la caída de la ciudad letrada, y que en el Perú se ha manifestado en el deterioro de las instituciones culturales y la pérdida de valor del trabajo intelectual, ha determinado también que las bibliotecas privadas empiecen a declinar, que no se formen nuevas y masivas colecciones personales y que las existentes no sean vistas por el resto de la sociedad como artefactos de alto valor simbólico y cultural. Los intelectuales de hoy, por razones prácticas pero también por un cambio en la percepción del valor y utilidad de las bibliotecas personales, prefieren reunir colecciones de dimensiones modestas y muy ceñidas a sus necesidades.

La posición económica, heredada o adquirida, de los intelectuales que hemos estudiado constituye un primer factor en la configuración de sus bibliotecas. Así, hay un grupo de intelectuales que disfrutaron de una posición económica privilegiada —como Riva Agüero y Denegri Luna— y cuyas bibliotecas están entre las más nutridas y completas. Riva Agüero, descendiente de una de las familias más adineradas del Perú y propietario de múltiples viviendas, terrenos y fundos, pudo invertir enormes cantidades de dinero en formar una biblioteca exquisita y llena de rarezas bibliográficas. Otros, que podemos considerar intelectuales mesoclasistas, carecían —sobre todo al comienzo de su actividad profesional—

⁵ El libro *Paraísos del saber* (Yrivarren, 2015) reunió testimonios gráficos y breves semblanzas de cincuenta bibliotecas peruanas; de ellas, 38 son privadas y doce, institucionales. Entre las 38 bibliotecas privadas hay apenas dos o tres cuyos dueños no tienen vinculación alguna con el trabajo intelectual.

de los medios económicos familiares que les hubieran permitido acumular valiosos tesoros bibliográficos, aunque varios de ellos pudieron luego adquirir una posición económica relativamente cómoda a lo largo de sus carreras y constituyeron bibliotecas numerosas no carentes de valor bibliográfico. En este grupo podemos incluir a Porras Barrenechea, Basadre, Sánchez, Núñez, Cornejo Polar, Vargas Llosa, Pease, Durand Flórez y Macera, entre otros⁶. Y existe otro grupo de intelectuales que no tuvieron grandes fortunas ni llegaron a formar grandes colecciones, aunque eso no revela un desapego por los libros ni significa que sus respectivas bibliotecas no hayan tenido una importancia central en su trabajo como intelectuales. Es el caso, por ejemplo, de Mariátegui, Arguedas o Ribeyro.

¿Cuáles eran las dimensiones de estas bibliotecas? Se puede, un poco arbitrariamente, considerar un primer grupo de bibliotecas de gran tamaño (digamos, por encima de los 20 000 volúmenes), entre las que estarían las de Denegri Luna (cerca de 50 000 volúmenes), Vargas Llosa (35 000), Macera (35 000), Sánchez (20 000) y Porras Barrenechea (20 000)⁷. Algo más modestas en número son las bibliotecas de Riva Agüero, Cornejo Polar, Benvenuto Murrieta, Basadre, Durand Flórez, Pease y otros, que tuvieron entre 5000 y 15 000 volúmenes. Y finalmente hay otras cuyo número no es muy alto (menos de 5000 volúmenes) y cuyas dimensiones reflejan tanto la personalidad como las peripecias vitales de sus propietarios. Fue el caso de las bibliotecas de Mariátegui, Arguedas, Alegría, Ribeyro, Flores Galindo y Westphalen. Existe, naturalmente, una correlación entre capacidad económica y tamaño de la biblioteca —se necesita mucho dinero no solo para comprar libros sino para almacenarlos, cuidarlos y en ocasiones trasladarlos—, pero también se puede establecer, como veremos más adelante, una conexión entre el tamaño de la biblioteca y sus contenidos y usos, así como la relación personal de los propietarios con sus libros. Mientras Riva Agüero, Denegri Luna o Sánchez, por citar algunos casos, tenían una relación casi fetichista y omnímoda con los libros, otros como

⁶ «Mi biblioteca, de más de veinte mil volúmenes peruanos y extranjeros [la] he formado íntegramente con mi trabajo personal desde los quince años sin haber heredado un solo libro», escribió Porras en su testamento de 1953 (Trillo, 2017, p. 204).

⁷ Aunque se trata de acervos numerosos y ciertamente la cantidad no siempre significa calidad, resulta notorio comprobar que, en comparación con México, el número de grandes bibliotecas es mucho menor. Intelectuales y coleccionistas mexicanos como Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Alí Chumacero, Jaime García Terrés o Carlos Monsiváis, por mencionar solo algunos de los casos más conocidos, reunieron bibliotecas numerosas, algunas de las cuales sobrepasaron largamente los 50 000 títulos. La biblioteca de Alfonso Reyes se conserva en la llamada «Capilla Alfonsina. Biblioteca Universitaria», un centro cultural que funciona en la Universidad Nacional de Nuevo León. Las colecciones de los otros cinco intelectuales fueron adquiridas por el gobierno mexicano y colocadas, individualmente, en la llamada «Ciudad de los libros», inaugurada en el edificio de la Real Fábrica de Tabacos en 2012. Véase el número especial sobre «Bibliotecas de la Ciudad de los Libros», *Artes de México*, 108 (2012).

Arguedas, Ribeyro y Mariátegui, aunque valoraban inmensamente los libros, no tuvieron la misma inclinación, motivación u oportunidad de coleccionarlos y por tanto no llegaron a formar una cuantiosa biblioteca.

¿Se trata de colecciones generalistas o especializadas? ¿Fueron producto de un afán coleccionista o se les puede considerar básicamente bibliotecas de trabajo? La regla general es que estamos frente a colecciones nacidas de las necesidades del trabajo intelectual de los propietarios. Destacan los casos de coleccionistas de materiales sobre el Perú y que llegaron a formar importantes bibliotecas especializadas al interior de las cuales se puede apreciar las temáticas que eran de particular interés para sus propietarios: crónicas y otros materiales coloniales (Riva Agüero y Porras), periódicos y folletos republicanos (Denegri y Basadre), estudios y fuentes de historia peruana en general (Macera), relatos de viajeros (Núñez), novelas peruanas y latinoamericanas (Sánchez y Cornejo Polar), y literatura y lingüística (Cisneros). La biblioteca de Vargas Llosa es un caso singular: aunque no existe todavía un listado completo de sus títulos, se sabe que más que una colección sobre el Perú es una biblioteca verdaderamente global en su cobertura geográfica y lingüística y prácticamente sin fronteras en lo temático, pues incluye literatura, historia, filosofía, política, arte y muchos otros temas⁸. El caso opuesto sería el de Juan Günther, un arquitecto apasionado de la historia de Lima y que formó la biblioteca más completa que se conoce sobre dicha ciudad⁹. Un caso similar es el del crítico literario José Durand Flórez, quien se propuso «reconstruir» la biblioteca del Inca Garcilaso de la Vega, a cuyo estudio había dedicado gran parte de su trabajo académico. Aquí se conjugaron el criterio utilitario y la obsesión del coleccionista: poseer todos esos libros era una forma de acercarse a su objeto de estudio e insertarse en el mundo no solo intelectual sino incluso material del Inca Garcilaso. Aunque la biblioteca de Durand Flórez era más extensa y variada, el eje

⁸ Un listado muy parcial de los libros que han sido transferidos a la Biblioteca Mario Vargas Llosa en Arequipa se encuentra aquí: http://bibliotecaregionalmariovargasllosa.org/portal/images/Catalogo_Biblioteca_MVLL.pdf.

⁹ Günther no solo coleccionaba libros, sino también folletos, revistas, mapas, fotografías, grabados y toda clase de materiales impresos relacionados con la historia de Lima. Una nota periodística nos da una idea de cómo fue formando su colección: «Algunas [piezas] las fue adquiriendo en librerías de viejo en el Centro, otras en sus incursiones en callejones de Barrios Altos y algunas más en sus viajes por el Perú, como un mapa de 1864 que encontró en un gallinero en Ayacucho. Recuerda que antes de su fiebre limeña tenía una colección variada. Por ejemplo, había comprado el primer folleto publicado en Iquitos. Tiempo después decidió especializar sus búsquedas. Empezó por canjear lo que tenía. “Me hice amigo de los arzobispos de Cusco y Puno. Con ellos intercambiaba libros sobre sus ciudades y a cambio me daban material sobre Lima. Incluso hice obras gratis a cambio de libros”» (Gonzales, 2011).

de la misma, lo más valioso que contenía, era esa colección de libros cuyos títulos habían formado también parte de la biblioteca del Inca Garcilaso (Hampe, 1997).

¿Cuál fue el uso que se les dio a las bibliotecas privadas? Como es de esperarse, la abrumadora mayoría de ellas estaban al servicio casi exclusivo del propietario. Los bibliófilos suelen ser bastante egoístas: muestran, pero no comparten sus tesoros. El carácter privado de la colección, además, suele tener relación con el hecho de que los libros son anotados por sus dueños, lo cual genera una cierta renuencia a compartir con otras personas reflexiones y críticas que podrían causar incomodidades o malas interpretaciones. Sin embargo, hay excepciones. Luis Jaime Cisneros, por ejemplo, es recordado por sus estudiantes como un profesor y amigo generoso que no solo los recibía en su biblioteca sino también les prestaba libros. Franklin Pease hacía lo mismo y anotaba cada libro que salía de su estudio. Emilio Adolfo Westphalen, me contó su hija Silvia, solía prestar libros a sus amigos. Más allá de estos gestos de generosidad, las bibliotecas eran mantenidas como dominios casi exclusivos de sus propietarios, quienes a veces desarrollaban actitudes obsesivas respecto al orden y mantenimiento de ellas. El hijo de Luis Jaime Cisneros recordó que la única vez que su padre lo castigó físicamente fue cuando, siendo niño, cambió de lugar un libro de Góngora (Cisneros Hamann, 2016). La excepción más notable, quizás la única, como veremos más adelante, fue el caso de Félix Denegri Luna, quien abrió su biblioteca a los investigadores con una generosidad poco común.

Finalmente, ¿cuál fue el destino que tuvieron estas bibliotecas? ¿Se cumple en el caso peruano la afirmación de Jacques Bonnet de que «las bibliotecas privadas desaparecen la mayor parte de las veces cuando su “organizador” muere», sobre todo porque «los herederos no saben qué hacer con tal volumen de obras que les estorban y no les interesan»? (Bonnet, 2010, p. 126). De hecho, este parece ser el caso de las bibliotecas de algunos de los intelectuales peruanos considerados en este ensayo, pero no de todas. Un número importante de ellas terminaron incorporándose a las colecciones de universidades, institutos privados, la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) y otras instituciones. La de Riva-Agüero, por ejemplo, fue la base para formar la biblioteca del instituto que lleva su nombre y que pertenece a la Pontificia Universidad Católica del Perú (de la Puente, 2011); la de Denegri Luna fue adquirida por la Universidad Católica y, aunque se mantiene como biblioteca independiente, forma parte del acervo del Instituto Riva-Agüero; las de Guillermo Lohmann Villena y Estuardo Núñez se han incorporado a la biblioteca del mismo instituto; la biblioteca de Porras Barrenechea fue donada a la BNP y se conserva allí como colección separada¹⁰; la de Cornejo Polar constituye la base de la

¹⁰ En su testamento, Porras Barrenechea dejó explícita su voluntad: «Deseo que mi Biblioteca pase íntegramente a la Biblioteca Nacional de Lima, para formar en ella la Sala “Raúl Porras Barrenechea”,

biblioteca del Centro de Estudios Literarios que lleva su nombre; la de Benvenuto Murrieta fue donada a la Universidad del Pacífico y se mantiene como colección independiente; la de Ella Dunbar Temple, junto con la de su esposo, el historiador italiano Carlo Radicati di Primeglio, fue donada a la Universidad de San Marcos y está alojada en la Fundación Biblioteca Museo Temple Radicati; la de Jorge Basadre fue adquirida por el Gobierno Regional de Tacna para ponerla a disposición del público en la ciudad natal del historiador¹¹; algunos libros de la biblioteca de Luis E. Valcárcel fueron donados a la BNP —los más valiosos—, al Museo de Arte de Lima y al Centro de Estudios Histórico-Militares, un lote de varios cientos fue entregado a la Facultad de Letras de San Marcos¹², y la mayor parte, unos 8000 títulos, fueron transferidos al Museo de la Nación¹³; la biblioteca de José Antonio del Busto fue donada a la Universidad de Piura; la de Pablo Macera fue donada a la

con todos mis libros indivisiblemente, como el fondo Angrand de la Biblioteca de París, y que aparezca en catálogo especial en el Boletín de ella» (Trillo, 2017, p. 204).

¹¹ Esta biblioteca, sin embargo, ha sufrido una serie de percances —como robos, filtraciones de agua y desalojo del local— luego de la venta al Gobierno Regional de Tacna en 2005 por 250 000 dólares, según reportes periodísticos. Entre 2011 y 2014, los libros permanecieron en cajas, lejos del alcance de los lectores. En febrero de 2014, la biblioteca fue reabierto al público pero luego fue nuevamente cerrada. Todavía hoy, más de diez años después del traspaso, la biblioteca carece de un inventario completo.

¹² «Nuevo donativo de libros hace el Dr. Luis E. Valcárcel», *El Comercio*, 23 de julio de 1968. Fernando Brugue Valcárcel compartió conmigo este y otros materiales citados más abajo sobre la biblioteca de su abuelo. En sus *Memorias*, Valcárcel ofrece algunos recuerdos sobre la formación de su biblioteca: «Tuve la ocasión de conseguir valiosos libros antiguos en el Cusco, gracias a las compras que realicé a un vendedor muy particular de nombre Hermosillo. Se trataba de un tontiloco cusqueño que obtenía, quién sabe de dónde, ediciones únicas de obras importantes, como la primera de los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, fechada en 1609, uno de los pocos ejemplares que existe en el mundo y que recientemente doné a la Biblioteca Nacional. Cuando tenía interés en un libro no se lo adquiría directamente, sino que le compraba tres o cuatro más con el fin de disimular mi afición por el primero, ya que él entendía bien de negocios y al darse cuenta de mi interés subía los precios. En conjunto, los libros resultaban baratos y se trataba de obras originales» (Valcárcel, 1981, p. 183).

¹³ Fernando Brugue Valcárcel me dio la cifra de 8000 títulos. El inventario que me mostraron en el Museo incluía 4442. Carlos Calderón, funcionario a cargo de la biblioteca del Museo en 2014, me dijo que eran 15 000 libros. Valcárcel, según Fernando Brugue, había querido donarlos al Museo de la Cultura Peruana, pero optó por el Museo de la Nación debido a la ubicación del primero en una zona considerada poco conveniente. Cuando visité el Museo de la Nación en setiembre de 2014 constaté que la colección completa estaba fuera de servicio por problemas de espacio, según me informaron. Sobre la donación de 58 títulos a la BNP, véase «Valiosas obras dona Dr. Luis E. Valcárcel a Biblioteca Nacional», *El Comercio*, 16 de julio de 1968, p. 19. La familia del historiador conservó algunos ejemplares valiosos, incluyendo libros con dedicatorias de Ricardo Palma, Mariátegui y Arguedas.

BNP en 2015¹⁴; y la de Vargas Llosa ha sido donada por el escritor a la ciudad de Arequipa para integrarse, como colección independiente, a la Biblioteca Regional Mario Vargas Llosa, inaugurada en 2011 por el Gobierno Regional de Arequipa.

Otras bibliotecas, desafortunadamente, han tenido una vida más accidentada y han terminado completamente desintegradas¹⁵. La biblioteca del historiador Pacheco Vélez, por ejemplo, fue vendida en el mercado de libros viejos por la familia. Su hija Rosario recuerda las circunstancias que rodearon esa decisión: «No hubo interés por las universidades en Perú en recibirla, pasaron los años, vendimos la casa de mis padres (mi hermana y yo vivimos hace muchos años fuera del Perú) y tuvimos que venderla a librerías viejas. Me apena y avergüenza contarlos, pero no tenía cómo hacerme cargo de ella en su totalidad [y] mi hermana tampoco»¹⁶. Parte de la biblioteca de José María Arguedas pasó a la BNP y el resto quedó en manos de su primera esposa, Celia Bustamante. No resulta claro qué pasó con esa colección al morir Celia en 1973. Según Sybila Arredondo, segunda esposa de Arguedas, «la mayor parte de su biblioteca personal se la quedó la Sra. Celia Bustamante. Quizá conozcan de eso la Sra. Cecilia Bustamante [sobrina de Celia, CA] o Julio Ortega, su exesposo» (Pinilla, 2005, p. 50). Un pequeño lote de cuarenta títulos fue donado a la BNP. El escritor Ciro Alegría no pudo formar una biblioteca estable sino hasta la década de 1960, según me relató su viuda Dora Varona. En Chile, donde vivió exiliado varios años en la década de 1930, leía libros prestados por sus amigos. Luego vivió en Nueva York y, a fines de la década de 1940, se instaló en Puerto Rico. Allí pudo acumular libros, pero al separarse de su segunda esposa, Ligia Marchand, los perdió todos. Según Varona, Marchand repartió los libros entre las alumnas de Alegría. Luego vivió en Cuba, donde conoció a Varona, y allí reunió una pequeña biblioteca que tuvo que abandonar al volver definitivamente al Perú en 1960. Al morir, en 1967, tenía dos habitaciones llenas de libros que sus hijos se repartieron, aunque también se vendió una parte por necesidad económica. Un pequeño lote formado por diversas ediciones de los libros de Alegría se donó a la BNP, de donde, según Varona, luego desaparecieron¹⁷. La biblioteca de Juan

¹⁴ Véase «Historiador Pablo Macera donó su biblioteca a la BNP», Noticias, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 4 de mayo de 2015 (<http://www.unmsm.edu.pe/noticias/ver/historiador-pablo-macera-dono-biblioteca-a-la-bnp>).

¹⁵ No es este, lamentablemente, un fenómeno estrictamente peruano, pues se ha producido en varios países de la región. En el caso de Argentina, como recuerda Horacio Tarcus, «bibliotecas extraordinarias, que reunían libros antiguos de enorme valor, colecciones de revistas muy escasas, grabados, litografías, mapas, documentos y manuscritos [...] se pulverizaron en subastas públicas» (2005, p. 24).

¹⁶ Comunicación personal, 5 de febrero de 2017.

¹⁷ Conversación telefónica con Dora Varona, 29 de setiembre de 2014. En su libro de memorias sobre Ciro Alegría, Varona dice que donó a la BNP, durante la gestión de Juan Mejía Baca,

Günther, sin duda la mejor colección jamás reunida sobre la historia de Lima, fue vendida por la familia en 2017, unos cinco años después de su muerte, a libreros de viejo y estos a coleccionistas y compradores privados. Según información no confirmada, la familia intentó venderla en 250 000 dólares —una cifra más que razonable, a mi juicio, dada la calidad y cantidad de la colección, que incluía además fotografías, planos y otros materiales—, pero no hubo interés por parte de las instituciones peruanas a las que se ofreció.

Alberto («Tito») Flores Galindo, recordado historiador tempranamente fallecido a la edad de cuarenta años, fue un lector voraz, dueño de una inagotable curiosidad intelectual. Reunió una importante biblioteca de materiales relacionados con su trabajo como historiador —marxismo, movimientos campesinos y vida rural, rebeliones y revoluciones, entre otros temas—, pero que también incluía libros de poesía y narrativa. Vivió dos años en París, entre 1973 y 1975, y desde allí encargaba libros a Lima, preguntaba reiteradamente por las novedades bibliográficas peruanas, se mantenía al día en las publicaciones europeas y canjeaba libros con su amigo y colega Manuel Burga¹⁸. En una carta a Burga diría: «quiero explotar al máximo mi estadía en Europa: conocer la mayor cantidad de libros» (Burga, 2010, p. 52). Efectivamente, luego de un viaje a Italia a fines de 1973 y comienzos de 1974, escribió que «lo más importante que hice fue comprar libros» (Burga, 2010, p. 49). Flores Galindo no fue un coleccionista de rarezas o un bibliófilo consumado como lo fueron otros intelectuales; su biblioteca era básicamente una herramienta de trabajo. Luego de su muerte la colección fue preservada por su familia durante más de veinticinco años. Una combinación de factores —la falta de espacio, entre ellos— llevaron a la familia a desprenderse de aquellos libros que no necesitaban o que no tenían ningún valor especial y que, como me dijo su hijo Carlos, estaban acumulando polvo en los estantes de la casa familiar¹⁹. Cada miembro de la familia escogió lo que quería conservar: los libros de literatura y antropología, por ejemplo, quedaron en manos de Cecilia Rivera, viuda de Flores Galindo y antropóloga, mientras que los de psicoanálisis y temas conexos fueron preservados por Carlos y Miguel, sus hijos. Además, conservaron las publicaciones

«manuscritos, documentos, archivos, ediciones y reediciones en castellano y traducciones de Ciro Alegría» (Varona, 2008, p. 315).

¹⁸ «Si [...] todavía no has realizado el envío de libros pedidos, te pediría que añadieras el trabajo de Pease, *Los últimos Incas del Cuzco*, que lo necesito para un “exposé” (debe estar en mi casa, llama a mi mamá para que lo busque con anticipación: es un libro mediano, de color blanco, con una ilustración en la carátula: supongo que lo has visto ya); la descripción del Cuzco hecha por el padre Blanco, que en los apuros de una salida lo acabé dejando (es un libro de color plomo, que debe haber estado en mi cuarto)» (Burga, 2010, p. 59).

¹⁹ Comunicación personal de Carlos Flores Galindo, 5 de enero de 2018.

del propio Flores Galindo, algunos manuscritos y uno que otro libro con valor especial, incluyendo una edición de *El capital* con anotaciones y subrayados. A algunos amigos y colaboradores cercanos de Flores Galindo se les permitió escoger algunos libros. El resto fue ofrecido a las bibliotecas de dos universidades privadas, pero estas no mostraron interés. La única opción que quedaba era vender esas cajas de libros, no por dinero sino, como me dijo Carlos Flores Galindo, para que los libros de su padre adquirieran una nueva vida en lugar de estar expuestos al polvo y la polilla sin que nadie los use. En abril o mayo de 2017, un comerciante de libros viejos compró el lote completo y los libros terminaron efectivamente vendidos en los mercados informales de Quilca y Amazonas y en algunas ferias de libros usados.

Finalmente están los casos de Luis Alberto Sánchez, José Durand Flórez y Emilio Adolfo Westphalen, los únicos en este grupo cuyas bibliotecas fueron vendidas fuera del Perú —a la universidad del estado de Pennsylvania, la universidad de Notre Dame y el Centro Getty, respectivamente—. Más adelante ofreceré detalles adicionales de la biblioteca de Luis Alberto Sánchez. En el caso de Durand Flórez, su biblioteca ya se encontraba en Estados Unidos, pues al momento de su deceso era profesor en la Universidad de California, Berkeley. Según Teodoro Hampe, el hijo de Durand Flórez decidió venderla en Estados Unidos para poder mantenerla completa y para evitar «vicisitudes tal vez desagradables en caso de que los materiales fueran cedidos al Perú» (Hampe, 1997, p. 550)²⁰. ¿A qué vicisitudes se refería el hijo de Durand? ¿A la posibilidad de pérdidas o mala conservación? ¿O a la posibilidad de problemas familiares y legales? No lo sabemos. El caso de Emilio Adolfo Westphalen es algo diferente. Westphalen fue un amante de los libros y también un gran editor de revistas culturales como *Las moradas* y *Amaru*, pero no logró reunir una biblioteca demasiado extensa, en parte debido a sus varias mudanzas, pues vivió en Nueva York, México, Roma, Lisboa y, por supuesto, Lima. Parte de su biblioteca fue vendida al Centro Getty, en Los Ángeles, junto con su archivo de correspondencia, manuscritos y otros materiales, que incluían también valiosos documentos del poeta surrealista César Moro. Al Getty le interesaba mucho más el archivo que la biblioteca, pero Jan van der Donk, un conocido marchante de arte y libros que se encargó de gestionar la compra-venta, escogió unos doscientos títulos de la biblioteca, incluyendo primeras ediciones y libros autografiados de César Moro, Martín Adán, José María Arguedas, Octavio Paz, José Lezama Lima, Pablo Neruda y otros. Así, aunque no muy grande, la parte más valiosa de la biblioteca de Westphalen terminó en Los Ángeles. La familia del poeta conserva todavía unos mil volúmenes de poesía, arte, arquitectura y otros temas.

²⁰ Se puede encontrar una descripción de la biblioteca de Durand Flórez en este enlace: http://rarebooks.library.nd.edu/collections/latin_american/south_american/durand.shtml.

La gran mayoría de colecciones importantes de libros pertenecientes a intelectuales peruanos, por tanto, se ha quedado en el país. ¿Cómo se explica esta situación? Hay varios factores que se pueden considerar. Primero, el saqueo de materiales bibliográficos antiguos y valiosos ya había ocurrido mucho antes, de modo que, a lo largo de las últimas décadas, ha existido menos interés por parte de bibliotecas extranjeras por adquirir colecciones completas²¹. Segundo, surgieron a lo largo del siglo XX varios libreros —Enrique Iturriaga, Juan Salazar, David Colmenares y otros— que surtían a bibliotecas y coleccionistas extranjeros con materiales muy específicos, una solución que resultaba más atractiva para los compradores pues así evitaban hacerse de colecciones que incluían materiales repetidos. Tercero, instituciones extranjeras —norteamericanas y, a partir de la década de 1980, japonesas— enviaban agentes a recorrer librerías de viejo y comprar, a precios mucho más accesibles, aquellos libros antiguos o raros que necesitaban en sus anaqueles. Así, más que por alguna política estatal —por otro lado, inexistente— el hecho de que no hayan salido más bibliotecas al extranjero responde a factores muy específicos que tienen que ver con la demanda más que con la oferta. Sin embargo, hay que subrayar también que algunas de estas bibliotecas, de hecho las más valiosas, que quizás hubieran podido ser colocadas en alguna institución extranjera, se quedaron en el Perú por deseo explícito de sus dueños. Es el caso de Riva Agüero, Porras, Basadre, Denegri Luna, Macera y Vargas Llosa, entre otros. Hay aquí una manifestación de nacionalismo cultural —no encuentro otra manera de designarlo— que mueve a los intelectuales a preferir que sus bibliotecas se queden en su país de origen y sirvan a la comunidad a la que pertenecen.

En las páginas que siguen ofreceré información detallada sobre algunas de las bibliotecas mencionadas para luego concluir con algunas observaciones de carácter general.

LA BIBLIOTECA DEL AMAUTA

José Carlos Mariátegui (1894-1930), como es ampliamente conocido, fue un intelectual autodidacta. Inició su aprendizaje intelectual de la mano del periodismo y, guiado por su inagotable curiosidad, se convirtió en un lector voraz y ecléctico. Luego de su paso por Europa regresó a Lima en 1923 e inició una incansable labor intelectual y política que incluyó la redacción de ensayos y libros, la dirección de importantes revistas como *Amauta* y *Labor*, un intenso intercambio epistolar

²¹ Algo parecido ocurrió en México. Las colecciones bibliográficas vendidas al extranjero fueron muy numerosas en el siglo XIX, pero en el siglo XX esa tendencia se redujo considerablemente (Meneses Tello, 1993).

con intelectuales de todo el mundo, su colaboración con el proyecto aprista que lideraba Haya de la Torre hasta la ruptura de 1928, y la fundación del Partido Socialista Peruano. Se enfrascó en intensos debates de tipo doctrinario y político —especialmente con Haya de la Torre y la Comintern—, sufrió hostilidad por parte del gobierno de Leguía —que lo tuvo cuatro veces bajo arresto domiciliario y hospitalario— y, finalmente, enfrentó serios problemas de salud que produjeron su temprana muerte en 1930, a la edad de 36 años (Flores Galindo, 1994).

Mariátegui formó una biblioteca de trabajo —no muy abundante pero sí muy selecta— en varios idiomas. Trajo de Europa numerosos libros, encargó muchos a sus amigos y corresponsales en distintas partes del mundo, sobre todo en América Latina, y muchos otros le fueron obsequiados por sus autores. Su correspondencia revela la manera como utilizaba el canje bibliográfico con intelectuales, tanto del Perú como de otros países, para poder conseguir materiales que le interesaban. Encargaba muchos libros a Francia e Italia y, en 1926, le dijo a Ángela Ramos que recibía «libros, revistas, periódicos de muchas partes, aunque no tantos como yo quisiera» (Vanden, 1975, pp. 16-17). Su casa del jirón Washington albergaba una habitación donde, además de su escritorio, tenía los libros «repartidos en una estantería ordenada; sobre la mesa central figuraban las novedades, los textos que llegaban de Buenos Aires, México o París, las revistas a las que estaba suscrito Mariátegui» (Flores Galindo, 1994, p. 448). Esa misma habitación era utilizada como espacio para las tertulias diarias que Mariátegui reunía entre 6 y 8 de la noche. Su hijo Javier Mariátegui dejó la siguiente descripción:

La casa se compone de un hall de entrada, un escritorio a la izquierda y una amplia sala frente a la puerta de entrada. Ahí estaba la biblioteca, conformada por una gran variedad de libros, revistas y periódicos, coleccionados sin orden en sencillos estantes; la biblioteca fascinaba a dos bibliófilos consagrados como Jorge Basadre y Honorio Delgado. Basadre recordaba que «en su biblioteca se podía encontrar libros y periódicos sobre temas literarios, políticos y sociales que en ninguna otra parte de Lima había»; Delgado estaba sorprendido por lo bien informado que estaba José Carlos sobre los movimientos de vanguardia europea, las ciencias sociales y la psicología profunda, en especial el psicoanálisis freudiano (Miró, 1994, p. 6).

Cuando ocurrió la intervención policial en su casa en 1929, a Mariátegui le costó «enorme trabajo impedir que se llevaran una gran parte de [la] biblioteca. Se apoderaron, sin embargo, de una colección italiana de obras socialistas y de otros libros, folletos y revistas» (Miró, 1994, p. 57).

Luego de la muerte de Mariátegui, su viuda tuvo que afrontar el reto de sostener, con escasos recursos, a sus cuatro hijos. Con el fin de ayudarla, el historiador Jorge

Basadre organizó una colecta para comprarle parte de la biblioteca de Mariátegui y donarla a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Veinte profesores donaron diez libras cada uno para pagar por esa colección (Portocarrero Grados, 2013). Durante algún tiempo la colección de Mariátegui se mantuvo unificada, pero luego se vio mermada como consecuencia, primero, de la incineración de una parte de ella en 1932 (Thissen, 2017, pp. 604-605) y segundo, de la dispersión entre diferentes facultades y bibliotecas, lo cual, de paso, facilitó también las pérdidas y robos. Hoy no se sabe con precisión cuántos libros que pertenecieron a Mariátegui existen todavía en las bibliotecas de San Marcos.

En la década de 1950 Guillermo Rouillón logró identificar 424 libros pertenecientes a Mariátegui y muchos de ellos fueron encuadernados (Thissen, 2017, p. 605). A comienzos de la década de 1970 el estudioso Harry Vanden reconstruyó, hasta donde fue posible, la colección de libros de Mariátegui. Vanden halló una lista de más de doscientos libros que habían sido vendidos a la biblioteca de la Universidad de San Marcos y que ya habían sido catalogados. Otra lista con alrededor de cien títulos contenía los libros que «la referida Biblioteca no había aún recibido». Con estos materiales, elaboró una lista de 344 títulos (Vanden, 1975, pp. 13-15 y 103-144). Además, tuvo acceso a los libros que la familia de Mariátegui había preservado. Años después, la familia entregó en custodia a la Casa-Museo Mariátegui 39 libros que habían pertenecido al escritor²². Por tanto, se conocen 383 títulos de libros que pertenecieron al Amauta. La inmensa mayoría eran libros extranjeros, fundamentalmente en francés e italiano. Los autores más representados son Lenin (once títulos), Sigmund Freud (9), Henri Barbusse (8), Tolstoi (6) y Marx, Trotsky y Karl Kautsky con cinco títulos cada uno. Llama la atención la escasa presencia de autores peruanos: apenas veintitrés títulos, sin contar las obras del propio Mariátegui. Entre los autores incluidos en las listas están César Vallejo, Uriel García, Manuel González Prada, Mercedes Cabello de Carbonera y Luis Valcárcel, pero se echa de menos muchos otros títulos que Mariátegui casi con certeza tuvo en su biblioteca. Aunque Vanden sugiere que la lista que elaboró es «bastante completa y muy representativa», no hay duda de que faltan muchos autores peruanos.

Cabe resaltar la estrecha cercanía entre los autores incluidos en la biblioteca de Mariátegui y los temas que trató en sus ensayos. Más que un coleccionista, Mariátegui fue un intelectual que veía en los libros fuentes de conocimiento y de disfrute estético y, sobre todo, herramientas de trabajo para elaborar sus propias formulaciones intelectuales. Como dice Vanden, «el contenido de su biblioteca

²² Comunicación personal de Ricardo Portocarrero Grados, exdirector de Casa Mariátegui.

particular parece haber comprendido, significativamente, su fuente bibliográfica esencial durante el periodo más productivo de su vida» (Vanden, 1975, p. 15).

UNA VIDA ENTRE LIBROS

Contemporáneo de Mariátegui fue Luis Alberto Sánchez (1900-1994), prolífico crítico literario, líder destacado del Partido Aprista Peruano, varias veces senador de la república, tres veces rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y vicepresidente de la Asamblea Constituyente en 1978. Sánchez no solo escribió textos de crítica literaria sino también incursionó en el periodismo, la historia peruana y latinoamericana, la filosofía, la biografía, la ficción, el ensayo histórico-social, la traducción y las memorias. Su relación con los libros fue cercana y hasta se podría decir visceral. Lector compulsivo, fue también un gran coleccionista, pese a que su vida pasó por periodos bastante convulsos por razón de su militancia política, incluyendo largos años de exilio²³. Llegó a reunir una biblioteca de unos 20 000 volúmenes, «en muchos años de compras, andanzas, canjes y donativos», de los cuales, afirmó, había leído tres cuartas partes, algunos de ellos más de una vez (Sánchez, 1988, pp. 46-47).

Hacia fines de la década de 1960, Sánchez decidió vender una parte de su biblioteca, según él, por necesidad económica, «cuando se me cerraron las puertas del trabajo y la actividad bajo fuerte dictadura» (Sánchez, 1988, p. 91). A raíz del golpe militar del 3 de octubre de 1968 Sánchez había perdido su escaño en el senado y luego tuvo que renunciar a San Marcos, con lo que perdió sus principales fuentes de ingreso. Pensó donar su biblioteca a San Marcos, pero cambió de idea «al comprobar el trato mezquino, por decir lo menos, que se diera a las bibliotecas de José Antonio Encinas, Julio C. Tello, Manuel A. Olaechea, Víctor Maúrtua, todos ellos ilustres intelectuales y profesores de la universidad». Estas colecciones se fraccionaron e incluso hubo títulos que fueron canjeados, anotó Sánchez. Además, por cuestiones políticas, su «vínculo sentimental» con San Marcos se había roto (Sánchez, 1987, p. 182). Intentó vender su biblioteca en el Perú, pero ninguna de las tres negociaciones que inició llegó a buen término, al parecer debido a la preocupación que el gobierno nacionalista de Velasco generó entre ciertos sectores empresariales.

Fue entonces que aceptó la oferta de Penn State University. La colección que vendió incluía libros publicados entre 1890 y 1960. El valor intrínseco de cada volumen no era muy alto, como se reconoce en la página web de la biblioteca de dicha universidad, pero en conjunto la colección reflejaba bastante bien el panorama literario y cultural latinoamericano de la primera mitad del siglo XX y los gustos e

²³ Sobre su precoz afición por la lectura y la escritura, véase Sánchez, 1988 (pp. 19-20, 38).

inclinaciones de uno de los críticos literarios más importantes de su generación²⁴. Sánchez conservó un número no determinado de volúmenes, incluyendo libros anteriores a 1890 y títulos que tenían algún valor especial. Por ejemplo, cuenta que el golpe militar lo sorprendió releendo *Don Quijote*. Aunque decidió no volver a tocar esa edición de *Don Quijote* «por temor de que traiga mala suerte», prefirió no incluirlo en la venta a Penn State: «Descansa en paz en lo alto de uno de mis anaqueles» (Sánchez, 1988, p. 99).

Desprenderse de sus libros, confesó Sánchez, fue un episodio traumático. Quizás resulte ilustrativo citar *in extenso* la manera en que recuerda, con algo de dramatismo, ese momento aparentemente tan doloroso:

De pronto me parecía ver mi colección de novelas americanas, amorosamente reunidas en el transcurso de treinta años. Eran unas quinientas. Al separarme de ellas sentí como si me hubieran amputado un miembro sin anestesia. Me dolía la médula, me dolían hasta los testículos.

El día que contemplé vacíos los anaqueles de acero del departamento que tenía alquilado especialmente para la biblioteca, me sentí de nuevo huérfano. Era un acto irreversible. Se habían marchado mis mejores amigos, mis mejores maestros, mis más caros recuerdos, mis amores más fieles y sufridos [...]. Este éxodo masivo y selectísimo me produjo un trauma incurable. Acentuó mi sensación de soledad. Me hizo comprender que el camino final está hecho de paulatinas o súbitas desapariciones, y que uno llegará a la tumba tan desnudo como vino al mundo (Sánchez, 1987, pp. 184-185).

La biblioteca de Sánchez siguió creciendo luego de la venta que hizo a Penn State University. Incluso compró copias nuevas de títulos que había vendido: «yo quería que no faltasen en ella algunos, por lo menos algunos, de mis amigos... Aquí están ahora: Azorín, Rubén, Unamuno, Eça de Queiroz, Anatole France, Cervantes y Valle Inclán: los acaricio con los dedos en un acto de fruición inenarrable» (Sánchez, 1988, p. 91). Solo de Valle Inclán había encargado a Madrid nada menos que dieciocho títulos.

²⁴ «Luis Alberto Sánchez Latin American Literature Collection», *Penn State Special Collections*, 3 de marzo de 2011 (<http://dontcallusdusty.blogspot.com/2011/03/luis-alberto-sanchez-latin-american.html>). En sus memorias, Sánchez hace mención de la presencia de libros dedicados entre los que vendió a Penn State University. Agrega, además, que se fue «la mayor parte de mi biblioteca, la más ligada a mí, la que podría calificar de entrañable». Se desprendió de libros de Baudelaire, Neruda, Huidobro, Malraux, Chocano y muchos otros autores que él contaba entre sus favoritos. Además, «había reunido primeras ediciones ya inencontrables. Las acariciaba como se acaricia a una mujer amada [...] no será igual leer los mismos libros en otras ediciones, con distintos perfumes» (Sánchez, 1987, pp. 183-184).

Según Hugo García Salvatecci, uno de sus colaboradores más cercanos, Sánchez hizo una segunda venta a una universidad norteamericana, pero mis intentos por conseguir información sobre ella —dimensiones, fecha, destino— han sido infructuosos. Tampoco en esta segunda operación se desprendió de toda su biblioteca, sin embargo. Luego de su muerte, según testimonios que he recogido entre sus colaboradores, la biblioteca de Sánchez se dividió en dos. Una parte —aproximadamente 3000 volúmenes— habría quedado en manos de García Salvatecci, quien en 2012 la ofreció en venta a universidades peruanas y norteamericanas como parte de un lote que incluía también materiales del propio García Salvatecci. En la descripción se decía que los libros de Sánchez incluían «los libros dedicados a él, que tienen realmente un valor histórico»²⁵. No he podido confirmar si se concretó esa venta. Otra parte de la biblioteca de Sánchez quedó en manos de Marlene Polo Miranda, su colaboradora durante muchos años. Esta colección no es muy numerosa y está formada, sobre todo, por lo que ella describió como libros de trabajo, incluyendo muchas ediciones de los libros de Sánchez con anotaciones y correcciones²⁶. Finalmente, una pequeña cantidad de libros de la biblioteca de Sánchez fue donada a la BNP.

La relación de Sánchez con los libros —como escritor, lector, traductor, editor y coleccionista— es de las más intensas que existieron en el Perú del siglo XX. La decisión de desprenderse de una parte de su biblioteca tiene que haber sido dolorosa, como él mismo lo confesó, no solo por el hecho de despedirse de libros que había leído y atesorado con cariño, sino también porque no pudo cumplir el deseo de donarlos a la Universidad de San Marcos. La fragmentación de la biblioteca de Sánchez refleja la manera en que se cruzan situaciones personales de índole política y económica con problemas más estructurales, como el mencionado maltrato que la biblioteca de San Marcos habría infligido a otros intelectuales que donaron sus bibliotecas a dicha institución. La biblioteca de uno de los intelectuales y hombres públicos más importantes del siglo XX peruano no pudo conservarse íntegramente en el Perú.

UN ESPACIO PARA LA INVESTIGACIÓN Y LA TERTULIA

Félix Denegri Luna (1919-1988) fue un abogado e historiador que logró reunir la que probablemente fue la mejor biblioteca privada en la historia del Perú, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Compró su primer libro a los 15 años,

²⁵ Documento inédito producido por Hugo García Salvatecci. Me lo hizo llegar un colega que prefiere permanecer en el anonimato.

²⁶ Comunicación personal de Marlene Polo Miranda, 12 de setiembre de 2014.

en 1934: una edición en español de la *Historia universal* de Juan Bautista Weiss en veinticuatro tomos (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 64), y no dejó de comprar libros hasta el final de sus días. Denegri era visitado en su casa por libreros que le llevaban materiales que le podrían interesar y hacía viajes a provincias y a otros países con la sola misión de adquirir libros y publicaciones periódicas para su biblioteca. Tuvo que construir un espacio separado en su casa, en el distrito de San Isidro, para cobijar su enorme biblioteca. Y a partir de cierto momento contrató a bibliotecarios —entre ellos a don Alejandro Lostanau, una verdadera leyenda de la bibliotecología peruana— para que le ayudasen a catalogar y mantener su colección. La biblioteca llegó a contener aproximadamente 50 000 volúmenes (Sanz, 2000, p. 82).

Denegri Luna concibió su colección como una herramienta para estudiar el Perú de los siglos XIX y XX, el periodo al que iba a dedicar sus numerosos estudios de historia diplomática, política y militar. Pero también llegó a la conclusión de que había que expandir la mirada hacia el área andina: «Casi todo el material de libros, folletos, revistas, periódicos y documentos son mayoritariamente peruanos o sobre el Perú, teniendo también colecciones bolivianas, colombianas, chilenas y ecuatorianas, ya que sería incomprensible nuestra historia olvidando la de los países limítrofes» (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 64). Fue uno de los pocos historiadores de su generación que ensanchó el horizonte de sus intereses para incluir países como Chile, Bolivia y Ecuador. Logró reunir folletos y periódicos inhallables incluso en la BNP. Su colección incluía 1139 periódicos de Lima, de otras partes del Perú y de países vecinos²⁷.

A diferencia de la mayoría de intelectuales mencionados en este ensayo, Denegri Luna puso su biblioteca a disposición de investigadores peruanos y extranjeros. La lista de historiadores —consagrados y jóvenes— que accedieron a la biblioteca de Denegri Luna es abundante²⁸. Esta generosidad ha sido ampliamente reconocida. Además, su biblioteca se convirtió en un espacio para animadas tertulias. César Gutiérrez Muñoz ha dejado este testimonio:

La biblioteca fue mucho más que una mera colección de publicaciones importantes y, en muchos casos, únicas. Se convirtió en una especie de ateneo, donde se conversaba acerca de diversos temas, en algunos casos con mucho énfasis, hasta con pasión. Allí, don Félix acogía, sobre todo los fines de semana,

²⁷ Véase, entre sus muchos trabajos dedicados al periodismo, Denegri Luna, 1964.

²⁸ Otra excepción parece haber sido Raúl Porras Barrenechea, quien abrió su biblioteca a investigadores, aunque todo indica que de manera muy selectiva. El arqueólogo Duccio Bonavia dejó este testimonio: «Desde ese año de 1957 hasta la muerte del maestro, estuve frecuentando su casa con regularidad aprovechando de esa inolvidable biblioteca, de esos libros en los que muchas veces las notas al margen de las páginas escritas con la letra menuda tan característica de Porras, eran más interesantes que el texto mismo» (Trillo, 2017, p. 213).

con rara y a veces incomprensible hospitalidad, a historiadores hechos y derechos y a jóvenes que aspiraban a serlo (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 66)²⁹.

El mismo Denegri Luna inició las negociaciones con la Universidad Católica para transferir su biblioteca. Quería evitar tanto la dispersión como una posible salida al exterior. El contrato estipulaba, según información recogida de alguien que participó de las negociaciones, un pago mensual de por vida para Denegri Luna y su esposa, así como la cobertura de algunos gastos, incluyendo arreglos en la vivienda donde se alojaba la biblioteca. Luego de la muerte de Denegri Luna la biblioteca se trasladó al local del Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica, donde ocupa un espacio independiente. Su catálogo está incorporado al catálogo general de bibliotecas de esa casa de estudios, pero mantiene su integridad e independencia. Puede considerarse, sin exageración, la adquisición bibliográfica más importante de la historia reciente del Perú.

LA BIBLIOTECA DEL NOBEL

Mario Vargas Llosa (n. 1936) es sin duda el escritor peruano más reconocido y uno de los intelectuales contemporáneos más influyentes en el mundo. Autor de alrededor de cuarenta libros entre novelas, obras de teatro y ensayos de crítica literaria, tuvo desde muy pequeño una relación muy cercana con los libros (Vargas Llosa, 2010) y, a lo largo de los años, con las bibliotecas públicas, en varias de las cuales —la Biblioteca Británica, la Biblioteca Pública de Nueva York o la Biblioteca Nacional de Madrid, por mencionar algunas— ha trabajado de manera sostenida en distintas ocasiones. Las bibliotecas, dice Vargas Llosa, le han deparado un «inmenso placer» en el transcurso de su vida (Esteban, 2014a, p. 17)³⁰. Vargas Llosa ha formado una enorme biblioteca personal que ha sobrevivido algunas lamentables pérdidas (la biblioteca que dejó en casa de sus abuelos en Lima al partir a Europa en 1958 fue virtualmente destruida por la polilla y la humedad, como constató cuando abrió por primera vez esas cajas en 1974)³¹, numerosas mudanzas (ha vivido, desde 1956, en Lima, Madrid, París, Londres, Barcelona y, por temporadas breves, en

²⁹ Para una evocación de la biblioteca de Denegri Luna como lugar de tertulia, véase también Tord, 2000.

³⁰ Sobre la biblioteca británica diría: «aquí he sido inmensamente feliz, más que en ningún otro lugar del mundo» (Vargas Llosa, 2012, p. 1127).

³¹ Según Vargas Llosa, se encontró con «un espectáculo pavoroso»: «Una verde capa de moho cubría los libros, a través de la cual se divisaban, como en una coladera, los agujeritos por donde las polillas habían entrado a hacer estragos. Muchas de esas cajas eran ya solo polvo, mistura y alimañas y debieron ir a la basura. Menos del tercio de mi biblioteca sobrevivió a la inclemencia iletrada de Lima» (Vargas Llosa, 1993, p. 469).

numerosas otras ciudades)³² y fraccionamientos (sus libros estuvieron dispersos en residencias en Lima, Madrid, París y Nueva York). La colección de Lima, compuesta por unos 20 000 volúmenes, ha sido ya transferida en su totalidad a la biblioteca que lleva su nombre en Arequipa. Otros 15 000 llegarán en el futuro, provenientes de sus colecciones en Madrid y París³³.

Vargas Llosa es un amante de los libros en la medida en que ellos le han enriquecido la vida y lo han convertido en lo que es. «Una biblioteca —declaró alguna vez— es algo más que una acumulación de libros [...] es un acto de amor que se va construyendo en el tiempo». Allí su dueño vuelca «sus afectos, sus experiencias» y establece con ella una relación «entrañable»³⁴. Su biblioteca no es la de un coleccionista o bibliófilo compulsivo, como lo era, por ejemplo, Pablo Neruda³⁵, pero sí valora enormemente ciertas ediciones o ejemplares raros, especialmente de sus autores más admirados. Entre las piezas más preciadas de la biblioteca de Vargas Llosa están primeras ediciones de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert y *Los miserables* de Victor Hugo, dos de sus novelas y autores favoritos y a los que les ha dedicado sendos ensayos (Marchamalo, 2011, p. 148). También se sabe de su inclinación por coleccionar los tomos de la Biblioteca La Pléiade, de la editorial francesa Gallimard. Más allá de esto, la de Vargas Llosa es más la biblioteca de un trabajador intelectual que la de un coleccionista, aunque también es sabido que no se desprende de ningún libro por muy mediocre o irrelevante que le parezca. La mayoría de los libros están relacionados con su trabajo como novelista y crítico literario, así como con sus variados intereses intelectuales y políticos. De todas las bibliotecas de intelectuales peruanos que he glosado, la suya es probablemente la más diversa y global.

³² Según Xavi Ayén, en 1974, antes de regresar al Perú, Vargas Llosa donó parte de su biblioteca a la Universidad Autónoma de Barcelona (Ayén, 2014, p. 493).

³³ Una descripción de la biblioteca que Vargas Llosa tenía en su domicilio en Barranco se puede leer en Vilela, 2011.

³⁴ <<https://www.youtube.com/watch?v=vAFJ6gfW0nw>>.

³⁵ «Me interné en la selva de las librerías, por los vericuetos suburbanos de las de segunda mano o por las naves catedralicias de las grandes librerías de Francia e Inglaterra. Las manos me salían polvorientas, pero de cuando en cuando obtuve algún tesoro, o por lo menos la alegría de presumirlo [...]. Mi biblioteca pasó a ser considerable. Los antiguos libros de poesía relampagueaban en ella y mi inclinación por la historia natural la llenó de grandiosos libros de botánica, iluminados a todo color, de pájaros, de insectos, de peces. Encontré por el mundo milagrosos libros de viaje, Quijotes increíbles, impresos por Ibarra; infolios de Dante con la maravillosa tipografía bodoniana; hasta algún Moliere hecho en poquísimos ejemplares» (Neruda, 1974, pp. 376-377).



Figura 1. Una sección de la biblioteca de Mario Vargas Llosa en su domicilio en Barranco, setiembre 2012. Fotografía del autor.

En marzo de 2012, al cumplir los 76 años de edad, Vargas Llosa anunció que donaría su biblioteca completa a la Biblioteca Regional Mario Vargas Llosa de Arequipa, su ciudad natal, y con la que, declaró, ha tenido siempre «vínculo emocional muy estrecho, muy profundo»³⁶. La relación —muy extendida en el tiempo— de la familia Llosa con la ciudad de Arequipa seguramente influyó en esa decisión, así como también la afición casi fetichista que Vargas Llosa tiene por las casas, bibliotecas y pertenencias de sus escritores favoritos, desde Flaubert hasta Faulkner: el escritor peruano seguramente aspira a que su biblioteca, y la casa-museo que también se ha levantado en Arequipa, se conviertan en lugares de peregrinaje

³⁶ <<https://www.youtube.com/watch?v=vAFJ6gfW0nw>>.

para sus lectores del futuro³⁷. La decisión de Vargas Llosa revela también cómo, aun en tiempos de acelerada globalización, intelectuales como Vargas Llosa —por lo demás, tan hostil al nacionalismo y sus manifestaciones— necesitan un anclaje emocional, afectivo e incluso físico con su país y su lugar de nacimiento.

El traslado de libros se está haciendo por partes y se completará luego de la muerte del escritor. Un primer lote de 2714 volúmenes fue entregado en 2014 y en 2015, 2016 y 2017 se hicieron entregas parciales hasta totalizar, por ahora, unos 20 000 volúmenes entre libros y revistas³⁸. Algunos materiales que ya se encuentran físicamente en Arequipa, sin embargo, permanecerán inaccesibles al público hasta después de la muerte del escritor (Larrea, 2014). Se trata de libros que contienen anotaciones y comentarios del propio Vargas Llosa y que el novelista prefiere mantener por ahora fuera del alcance de los lectores. Este es, precisamente, uno de los mayores atractivos de la biblioteca. Esos apuntes del novelista ayudarán a reconstruir su desarrollo intelectual y permitirán descubrir afinidades, fobias, obsesiones y cambios en su modo de pensar. Sin duda la biblioteca de Vargas Llosa potenciará la oferta bibliográfica y cultural de Arequipa y servirá sobre todo a quienes se interesen por la literatura en general y la obra del propio Vargas Llosa en particular.

LOS LIBROS TAMBIÉN SE HACEN HUMO

El último caso que voy a resumir es quizás el menos típico. Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) fue un escritor de la llamada Generación del 50, que escribió cuentos, novelas, obras de teatro, ensayos de crítica literaria y varios tipos de escritura breve y personal, desde diarios hasta lo que él llamó «prosas apátridas», especie de viñetas que servían para reflexionar sobre distintos aspectos de la vida cotidiana, el trabajo intelectual, la amistad, la familia y otros temas (Ribeyro, 1975). Ribeyro fue también un hombre discreto, tímido, bohemio, con una cierta tendencia a la despreocupación por las cosas materiales, el dinero y los aspectos más mundanos de la vida. Su libro *La tentación del fracaso* es, desde el título, un claro retrato de su personalidad (Ribeyro, 2003).

³⁷ En abril de 1986, por ejemplo, Vargas Llosa visitó la casa de William Faulkner, uno de sus escritores favoritos. En una entrevista con Raymond Williams luego de esa visita, admitió que es «muy fetichista con los escritores: me conmueve mucho ver sus libros, sus manuscritos, los otros objetos» (Williams, s.f.). En el libro *Mario Vargas Llosa. La libertad y la vida* (Lima: Planeta, 2008) se reproducen fotografías del escritor en las casas de autores como Ernest Hemingway, Marcelino Menéndez y Pelayo, Gregorio Marañón, Samuel Johnson, Mark Twain y Benito Pérez Galdós.

³⁸ «Una visita a la sorprendente biblioteca de Mario Vargas Llosa», BBC, 26 de enero de 2017 (<http://www.bbc.com/mundo/noticias-38362244>).

Ribeyro tuvo una relación muy ambigua y cambiante con los libros. En varios escritos y entrevistas dejó en claro su amor por ellos: «Yo sostengo que el libro es un objeto al que hay que poseer. Tiene que haber una relación vital, amorosa con él. Por eso, yo también los subrayo, los araño, les hago notas marginales. Uno tiene que vivir con sus libros, irse a la cama con ellos, dejarlos marcados» (Coaguila, 2009, p. 135)³⁹. En una carta de 1965 a su hermano Juan Antonio le pide que le envíe algunos de sus libros a París: «Estoy pensando seriamente pedirte que me envíes mis libros; no todos en verdad, pero aquellos que pueden serme útiles aquí [...]. Tener mis libros lejos es como no haberlos leído, pues cada vez que necesito verificar una cita o recordar un pasaje no me queda otra cosa que lamentarme de esta separación» (Ribeyro, 1998, p. 126). Los apreciaba como fuentes de conocimiento o de placer, pero no tenía —al menos, no de forma consistente— el afán coleccionista o de preservación que otros intelectuales como Sánchez o Vargas Llosa han tenido. Además, enfrentó periodos de estrechez económica, sobre todo en la década de 1950, pero también, intermitentemente, en años posteriores, lo cual lo obligó a deshacerse de algunos de sus libros, algo que consideraba «un crimen imperdonable, una forma de suicidio espiritual». Su amor por los libros es innegable —«Mis libros son mi pan, mi sombra, mi memoria, todo esto y aún más»—, por lo que deshacerse de ellos implicaba, en ocasiones, un verdadero drama personal: «Siento un dolor desgarrador y estoy a punto de echarme a llorar. ¡Cuántas veces me he privado de una comida por comprar un libro!» (Ribeyro, 2003, pp. 119, 121). En una entrada en su diario se lee: «*Le Grand Meaulnes* de Alain Fournier, *Dominique* de Fromentin y el *Benjamin Constant* de Du Bos, se convirtieron en un vaso de leche y un paquete de cigarrillos Gauloises» (p. 125). En su libro *Sólo para fumadores*, Ribeyro cuenta que cada vez que se quedaba sin dinero para comprar cigarrillos sacrificaba libros de su biblioteca. En algún momento se quedó con apenas unos doscientos libros, «pero eran los que más quería, aquellos que arrastraba durante años por países, trenes y pensiones y que habían sobrevivido a todos los avatares de mi vida vagabunda» (Ribeyro, 2009, p. 20). Esos libros contenían, de alguna manera, «las huellas de mi aprendizaje literario y, en cierta forma, de mi itinerario espiritual» (p. 21). Poco a poco fue vendiendo libros de Valery, Balzac, Chejov, Flaubert; incluso vendió al peso ejemplares de alguno de los primeros libros que publicó. Sus libros, dice con fino humor, se hicieron, literalmente, humo.

Un cuento autobiográfico suyo, «El polvo del saber», nos permite apreciar la atracción que los libros y bibliotecas ejercieron sobre Ribeyro desde que era niño, pero también los riesgos derivados de considerarlos como objetos casi sagrados. El cuento narra cómo, cuando era niño, le tenían prohibida la entrada a la casa

³⁹ Véase también Ribeyro, 1976.

donde se guardaba la biblioteca de su bisabuelo, quien había atesorado unos 10 000 volúmenes. Varias situaciones familiares se confabularon para que, conforme pasaban los años, su ingreso a ese lugar prohibido, que se había convertido en una obsesión, se viera truncado. Fueron muriendo los parientes y la casa se convirtió, tiempo después, en una pensión para estudiantes a la que Ribeyro logró ingresar gracias a un amigo suyo que estaba hospedado allí. Al preguntar por la biblioteca, se le informó que los libros habían sido trasladados a los cuartos de la «servidumbre», pues eran «unas vejeces» inservibles. Cuando finalmente logró ver los libros solo pudo comprobar que se habían convertido en «una materia porosa y polvorienta, que se deshacía apenas trataba de aferrarla». «La codiciada biblioteca no era más que un montón de basura» (Ribeyro, 2010)⁴⁰.

En ocasiones, Ribeyro consideraba las bibliotecas más un estorbo que una bendición, pese a que siempre compraba libros y los valoraba, como vimos anteriormente, como verdaderos tesoros. La primera de sus *Prosas apátridas* se refiere precisamente a los libros y las bibliotecas: «¡Cuántos libros, Dios mío, y qué poco tiempo y a veces qué pocas ganas de leerlos! Mi propia biblioteca donde antes cada libro que ingresaba era previamente leído y digerido, se va plagando de libros parásitos» (1975, p. 29). En otro texto, aunque no se refería explícitamente a los libros, el autor dejó por escrito lo que sentía frente a la acumulación de objetos materiales: «Entro a la cocina y veo a mi mujer sumergida bajo centenares de platos, tazas, fuentes, ollas, copas, cubiertos, coladores, espumaderas, aparatos eléctricos, tratando de limpiarlos y ponerlos en orden. Y me digo que no hay nada peor que caer bajo la dominación de los objetos. La única manera de evitarlo es poseyendo lo menos posible. Toda adquisición es una responsabilidad y por ello una servidumbre» (Ribeyro, 1992, p. 86).

No eran tanto los libros los que le generaban resistencia, sino su abundancia, su acumulación, el hecho de que no pudiera leerlos todos y los problemas que conllevaba mantener, y a veces trasladar, una biblioteca. De hecho, en algún momento Ribeyro escribió que «la biblioteca personal es un anacronismo», pues «responde a circunstancias de tiempos idos, en los que por estar aislado del mundo era necesario tener el mundo a la mano» (1992, p. 128). A los que aspiran a tener grandes bibliotecas los llama «locos» y se refiere a ellos como personas para quienes «el libro es una garantía de inmortalidad y formar una biblioteca es como edificar un panteón en el cual le(s) gustaría tener reservado su nicho» (pp. 128-129).

⁴⁰ Ribeyro (2003, p. 423) admitió que se trata de un relato autobiográfico. Esto fue confirmado por su hermana Mercedes: «La biblioteca famosa de “El polvo del saber” es real, la tuvo el tío Ramón Ribeyro, en la casa de la Av. Alfonso Ugarte» (Esteban, 2014b, p. 290).



Figura 2. Julio Ramón Ribeyro en Lima, en 1959. Fotografía de Baldomero Pestana.
Cortesía de los herederos de Baldomero Pestana.

Pese a todo, había logrado reunir, hacia 1977, una biblioteca de 2000 volúmenes (Ribeyro, 2003, p. 569)⁴¹. Según Alfredo Bryce Echenique, «en la biblioteca de Julio hay ediciones preciosas. Es una biblioteca hermosa de mirar y de leer» (Coaguila, 2009, p. 135). Ribeyro tenía aproximadamente 4000 libros al momento de su muerte (Sánchez Hernani, 2010). Una pequeña parte de ellos habían sido llevados a Lima por el escritor cuando se mudó a la capital peruana en 1990. Según Ángel Esteban, en su departamento de Barranco solo había «una cantidad exigua de ejemplares, muchos de ellos colocados allí por sus familiares después de su muerte» (Esteban, 2014b, p. 119). El resto se quedó en París y todavía están bajo el cuidado

⁴¹ Esos libros eran, junto con un escritorio, una máquina de escribir y algunos enseres domésticos, lo único que, según Ribeyro, podría dejar de herencia a su esposa e hijo si muriera en ese momento.

de Alida Cordero, su viuda, aunque un número pequeño está en el departamento de su hijo⁴². A diferencia de varios de los intelectuales que hemos estudiado en este trabajo, Ribeyro está lejos de calzar con la imagen del coleccionista apegado a sus libros, acumulando miles de ellos y resistiéndose a desprenderse de sus tesoros. Su relación con los libros refleja las vicisitudes de un escritor que vivió una larga etapa en condiciones precarias, pero también su poco apego por las cosas materiales y su actitud a veces displicente respecto a la preservación de su biblioteca.

CONCLUSIONES

La acumulación bibliográfica en el Perú del siglo XX transcurrió por derroteros bastante azarosos. La principal biblioteca del país, la BNP, padeció de serias deficiencias casi sin interrupciones y fue afectada por tragedias atroces —como el saqueo durante la guerra con Chile, el incendio en mayo de 1943 y el robo sistemático de libros y documentos— que han afectado enormemente la investigación y el acceso al conocimiento a través de los libros. El resto de bibliotecas públicas apenas podía satisfacer la demanda de materiales escolares y de divulgación. Las bibliotecas universitarias dignas de ese nombre, reducidas prácticamente a dos —las de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Pontificia Universidad Católica del Perú—, han cumplido, con altibajos, sus funciones básicas. En este contexto, los intelectuales peruanos, sobre todo aquellos afincados en Lima, por exigencias de su trabajo, por una pasión coleccionista o por ambas razones, formaron vastas colecciones de libros que, en algunos casos, se convirtieron en repositorios tan o más ricos, en algunos aspectos, que la propia BNP. En general, formaron bibliotecas de trabajo más que colecciones ornamentales para presumir de tesoros bibliográficos⁴³.

Con muy pocas excepciones, estas bibliotecas han sido colecciones privadas, es decir, para uso casi exclusivo de sus propietarios. Si bien es cierto existen los ocasionales préstamos a amigos, colegas o estudiantes, la biblioteca personal era tanto una colección de libros como un espacio físico donde el propietario leía, pensaba y escribía en privado y al que muy pocos podían acceder. El caso de Félix Denegri Luna es una excepción: puso su notable biblioteca al servicio de los investigadores que necesitaban acceder a esos valiosos y con frecuencia únicos materiales. Esta socialización de las colecciones librescas es una rareza entre los coleccionistas privados, por lo menos hasta que ocurre lo inevitable, es decir, su muerte.

⁴² Información proporcionada por Paul Baudry.

⁴³ Una de las mayores bibliotecas privadas de las que tengo noticia, la del historiador británico Lord Acton —estimada en 70.000 volúmenes— fue definida como un «instrumento de trabajo» que tenía poco que ver con «el gusto y la bibliofilia» (Pearson, 2006, p. 181).

De las veintisiete bibliotecas reseñadas en este estudio, cuatro, las de Ciro Alegría, César Pacheco Vélez, Juan Günther y Alberto Flores Galindo, fueron vendidas al menudeo, total o parcialmente. ¿Es esto necesariamente malo o lamentable? Desde cierto punto de vista sí, pues limita el acercamiento a la obra y la formación intelectual de sus propietarios y, en el caso de la de Günther, hará más difícil en el futuro el estudio de la historia de la ciudad de Lima. Pero, por otro lado, la venta de esas bibliotecas ha permitido que miles de libros vuelvan a circular y encuentren nuevos hogares y lectores. Como dijo hace unos años el escritor español Javier Marías, «Cuando la persona muere, la biblioteca empieza a tener poco sentido [...] quizás lo más sensato es que los libros vuelvan a circular, vuelvan al mercado [...] al fin y al cabo todos hemos hecho nuestras bibliotecas, todos las hemos construido en gran medida gracias a las bibliotecas dispersas de otra gente» (Marías, 2013)⁴⁴.

Otras, como las de Julio Ramón Ribeyro, Luis Jaime Cisneros y (parcialmente) Emilio Adolfo Westphalen, permanecen en posesión de sus familias. La gran mayoría, sin embargo, veintiuno en total, han sido depositadas, íntegras o en parte, por venta o por donación, en universidades, institutos y bibliotecas, y trece de ellas se han mantenido virtualmente íntegras. Las instituciones más beneficiadas con las donaciones o transferencias de fondos bibliográficos han sido la BNP (Porras, Arguedas y Macera) y la Universidad Católica y su Instituto Riva Agüero (Riva Agüero, Lohmann Villena y Denegri Luna). Lo que esto significa es que si bien la formación y el uso de las bibliotecas personales estuvieron marcados por el carácter privado que le imprimieron sus propietarios, luego de su muerte se ha producido una socialización de sus acervos bibliográficos. Las colecciones bibliográficas privadas, de hecho, han cumplido, como en otros países, un rol central en el reforzamiento de bibliotecas especializadas y públicas: estas serían mucho más pobres de no haber heredado los acervos de intelectuales y bibliófilos.

Varios factores entran en juego para explicar esta tradición: un deseo de retribuir a la comunidad de la que formaron parte, sea la comunidad nacional o, más restringidamente, la comunidad académica; un anhelo, justificado en la mayoría de los casos, de perpetuar sus nombres y legados intelectuales al asociárseles con colecciones e instituciones duraderas; un interés por definir o reforzar áreas de investigación afines a sus intereses gracias a la puesta en servicio de bibliotecas personales altamente especializadas; y un criterio pragmático nacido de la necesidad de encontrar un nuevo hogar para esos libros y, en ciertos casos, la posibilidad de recibir una compensación económica.

⁴⁴ «Conrad y los soldados de plomo», entrevista con Jesús Marchamalo, 7 de marzo de 2013, <<https://www.youtube.com/watch?v=u57TC8xcDoI>>.

De ellas, como vimos, tres fueron vendidas a instituciones extranjeras, y dos de ellas (Sánchez y Westphalen) parcialmente. El hecho de que la inmensa mayoría de las bibliotecas sobre las cuales tengo información haya permanecido en el Perú, sin embargo, no ha sido el resultado de una política de protección del patrimonio cultural sino de la conjunción de factores que ya hemos mencionado anteriormente. La discusión sobre cuál debería ser la función del Estado en la gestión de las bibliotecas personales no ha logrado generar interés y mucho menos consenso, y resulta difícil pensar que algún día se logre articular una política coherente y aplicable. La vaguedad de la ley de patrimonio cultural deja abierta la posibilidad de varios tipos de soluciones. El caso de la biblioteca de Franklin Pease⁴⁵ y de otras cuya situación está siendo reevaluadas, como la de Luis E. Valcárcel, representan ejemplos de las dificultades para gestionar, desde el Estado, el capital bibliográfico nacional. ¿Está obligado el Estado, a través de la BNP, a preservar las colecciones bibliográficas de sus intelectuales? ¿Cuáles serían los criterios que deberían guiar las decisiones sobre qué bibliotecas aceptar y cuáles rechazar? ¿Qué se gana con hacerlo y qué se pierde si no se hace? Estas son preguntas que, por ahora, no tienen respuestas claras y consensuales. La legislación peruana de defensa del patrimonio cultural no dice nada concreto sobre esto, más allá de establecer, en una ley de 2004, que entre «los bienes integrantes del Patrimonio Cultural de la Nación» se encuentran «los manuscritos raros [sic], incunables, libros, documentos, fotos, negativos, daguerrotipos y publicaciones antiguas de interés especial por su valor histórico, artístico, científico, o literario». Al mismo tiempo, considera que es deber de las instituciones respectivas, incluyendo la BNP, encargarse de «la identificación, inventario, inscripción, registro, investigación, protección, conservación, difusión y promoción de los bienes integrantes del Patrimonio Cultural de la Nación de su competencia». La ley no establece, y no podría hacerlo, que la BNP está obligada a recibir y poner en servicio bibliotecas consideradas parte del «patrimonio cultural». Más allá de lo que diga la ley, finalmente, es un hecho que la BNP no tiene recursos ni espacio para acoger demasiadas bibliotecas privadas, y es imposible adoptar una normativa que calce con todos los posibles casos que se puedan presentar, por lo que se ve obligada a tratar de resolver cada caso de manera particular.

En suma, sea íntegras o fragmentadas, vendidas o donadas, en instituciones peruanas o extranjeras, estas bibliotecas privadas continúan prestando un enorme

⁴⁵ Es imposible resumir adecuadamente el bastante polémico caso de la biblioteca de Franklin Pease, que fue objeto de un intenso intercambio entre su viuda, Mariana Mould, y el exdirector de la BNP, Ramón Mujica Pinilla. Véase, entre otros documentos, Mould de Pease, 2001, y Mujica Pinilla, 2013. Hasta donde alcanza mi conocimiento, unos 8000 volúmenes se hallan depositados en la BNP y están al servicio de los lectores; otra cantidad, ascendente a unos 7000 volúmenes, está en manos de la familia del historiador. Véase Hernández Astete, 1999.

servicio a la comunidad de investigadores y lectores y, en ese sentido, representan un aporte sustantivo de los intelectuales al patrimonio cultural del país —algo que no siempre la ciudadanía, el Estado y sus instituciones reconocen y aprecian.

APÉNDICE. INTELLECTUALES PERUANOS INCLUIDOS EN ESTE ESTUDIO

Nombre	Principal actividad	Tamaño estimado de la colección	Destino de la biblioteca
Ciro Alegría (1909-1967)	Escritor	Desconocido	Una parte se quedó con sus hijos; otra se vendió; y otra, pequeña, se donó a la BNP
José María Arguedas (1911-1969)	Escritor	Desconocido	Una parte se donó a la BNP; otra quedó en manos de Celia Bustamante, su primera esposa
Jorge Basadre (1903-1980)	Historiador	5900	Vendida al Gobierno Regional de Tacna; no está en servicio
Pedro Benvenuto Murrieta (1913-1978)	Historiador	4500	Donada a la Universidad del Pacífico y preservada como biblioteca independiente
Luis Jaime Cisneros (1921-2011)	Crítico literario	Desconocido	En manos de la familia
Antonio Cornejo Polar (1936-1997)	Crítico literario	10 000	Depositada en el Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar
José Antonio del Busto (1932-2006)	Historiador	4337	Donada a la Universidad de Piura
Félix Denegri Luna (1919-1998)	Abogado e historiador	50 000	Vendida a la Universidad Católica y depositada en el Instituto Riva-Agüero
Carlos Iván Degregori (1945-2011)	Antropólogo	1187	Donada al Instituto de Estudios Peruanos
Ella Dunbar Temple (1918-1998)	Historiadora	15 000	Donada a la Fundación Biblioteca Museo Temple Radicati (Universidad de San Marcos)
José Durand Flórez (1925-1990)	Crítico literario	3000	Vendida a la Universidad de Notre Dame (USA)
Alberto Flores Galindo (1949-1990)	Historiador	Desconocido	Una pequeña parte fue obsequiada a amigos y colaboradores; otra fue vendida en el mercado de libros viejos; y otra está en manos de su familia

Juan Günther (1927-2012)	Arquitecto	Desconocido	Vendida a través de libreros de viejo
Guillermo Lohmann Villena (1915-2005)	Historiador	4000	Donada al Instituto Riva-Agüero
Pablo Macera (1928-)	Historiador	35 000	Donada a la BNP
José Carlos Mariátegui (1894-1930)	Ideólogo	1000	Vendida en parte a la Universidad de San Marcos; una pequeña parte está bajo custodia de la Casa Museo Mariátegui
Estuardo Núñez (1908-2013)	Crítico literario	5300	Donada al Instituto Riva-Agüero
César Pacheco Vélez (1929-1989)	Historiador	10 000	Vendida por la familia en el mercado de libros viejos
Franklin Pease (1939-1999)	Historiador	15 000	Una parte está en la BNP y otra parte en manos de la familia
Raúl Porras Barrenechea (1897-1960)	Historiador	20 000	Donada a la BNP; se mantiene como colección independiente
Julio Ramón Ribeyro (1929-1994)	Escritor	5000	En posesión de su viuda, en París; una pequeña parte en su vivienda en Barranco, Lima
José de la Riva-Agüero (1885-1944)	Historiador	12 000	Donada al Instituto Riva-Agüero
María Rostworowski (1915-2016)	Historiadora	2298	Donada al Instituto de Estudios Peruanos
Luis Alberto Sánchez (1900-1994)	Crítico literario	20 000	Vendida en parte a Penn State University; otra parte en manos de antiguos colaboradores; y una pequeña parte donada a la BNP
Luis E. Valcárcel (1891-1987)	Historiador	8000	Donada, en su mayor parte, al Museo de la Nación; actualmente no está en servicio. Cantidades variables fueron donadas a la BNP, a la Facultad de Letras de San Marcos, al Museo de Arte de Lima y al Centro de Estudios Histórico-Militares
Mario Vargas Llosa (1936-)	Escritor	35 000	Donada a la ciudad de Arequipa; en proceso gradual de transferencia
Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001)	Poeta	1500	Alrededor de doscientos libros fueron vendidos al Centro Getty en Los Ángeles; el resto está en manos de sus hijas

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Carlos (2016). Una tragedia cultural: el incendio de la Biblioteca Nacional de 1943. *Revista de la Biblioteca Nacional* [Montevideo], 11-12, 107-139.
- Aguirre, Carlos (2017). «Vamos a quitarle el frac al libro, vamos a ponerlo en mangas de camisa»: el proyecto editorial «Populibros peruanos» (1963-1965). *Políticas de la memoria*, 17, 204-222.
- Ayén, Xavi (2014). *Aquellos años del boom*. Barcelona: RBA.
- Bonnet, Jacques (2010). *Bibliotecas llenas de fantasmas*. Barcelona: Anagrama.
- Burga, Manuel (comp.) (2010). *Alberto Flores Galindo: Cartas de Francia, 1973-1974*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- Cajas Rojas, Antonio Ismael (2008). «Historia de la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos: 1923 a 1966». Tesis de Magíster en Historia. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cisneros Hamann, Luis Jaime (2016). Cinco años sin Luis Jaime Cisneros: Un homenaje íntimo de su hijo. *Sophimania*, 30 de enero. <https://www.sophimania.pe/sociedad-y-cultura/filosofia-y-humanidades/cinco-anos-sin-luis-jaime-cisneros-un-homenaje-intimo-de-su-hijo/>
- Coaguila, Jorge (ed.) (2009). *Las respuestas del mudo* (segunda edición). Iquitos: Tierra Nueva.
- De la Puente, José (2011). Instituto Riva-Agüero: 64 años (1947-2011). *Jurídica. Suplemento de análisis legal de El Peruano*, 7(356), 2-7.
- Denegri Luna, Félix (1964). Apuntes para una bibliografía de periódicos cuzqueños (1822-1837). *Revista Histórica*, 26, 1-55.
- Esteban, Ángel (2014a). *El escritor en su paraíso*. Cáceres: Periférica.
- Esteban, Ángel (2014b). *El flaco Julio y el escribidor. Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa cara a cara*. Sevilla: Renacimiento.
- Flores Galindo, Alberto (1994). La agonía de Mariátegui. En *Obras Completas*, tomo II. Lima: SUR.
- Franco, Jean (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*. Barcelona: Debate.
- Gonzales, María Isabel (2011). El fiel amante de una ciudad. *Revista Domingo de La República*, 17 de julio.
- Guevara, Luis & y Adrián Gechelín (2001). *Historia de la gráfica en el Perú*. Lima: Kartel.

- Gutiérrez Muñoz, César (2000). Cuatro verdades. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 62-69). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hampe, Teodoro (1997). José Durand, bibliófilo. (Su colección de libros y papeles y la Universidad de Notre Dame). *Revista de Indias*, LVII(210), 541-562.
- Hernández Astete, Francisco (1999). Del Tawantinsuyo a la Historia del Perú: Una aproximación a la historia y la vida de Franklin Pease G.Y. *Histórica*, XXIII(2), 221-243.
- Larrea, Enrique (2014). El misterio de los libros prohibidos. *La Mula*, 13 de julio. <https://redaccion.lamula.pe/2014/07/13/el-tesoro-prohibido/enriquelarrea/>
- Marchamalo, Jesús (2011). *Donde se guardan los libros. Bibliotecas de escritores*. Madrid: Siruela.
- Marías, Javier (2013). Conrad y los soldados de plomo. Entrevista con Jesús Marchamalo, 7 de marzo. <https://www.youtube.com/watch?v=u57TC8xcDoI>
- Meneses Tello, Felipe (1993). La problemática de las bibliotecas personales de insignes estudiosos mexicanos. *Omnia*, 9(27), 83-95.
- Mindlin, José (2001). *Uma vida entre livros. Reencontros com o tempo*. São Paulo: EDUSP y Companhia das Letras.
- Miró, César (1994). *Testimonio y recaudo de José Carlos Mariátegui. Asalto a Washington izquierda*. Lima: Minerva.
- Mould de Pease, Mariana (2001). La Biblioteca Nacional del Perú y un testimonio personal para su recuperación institucional y restitución documental. *Consensus*, 16(1), 267-276.
- Mujica Pinilla, Ramón (2013). Mariana Mould de Pease: historia de una farsa. *En honor a la verdad*, 15 de noviembre. <https://honorlaverdad.wordpress.com/2013/11/15/mariana-mould-de-pease-historia-de-una-farsa/>
- Neruda, Pablo (1974). *Confieso que he vivido. Memorias*. Barcelona: Seix Barral.
- Pearson, David (2006). *Private Libraries and the Collecting Instinct*. En Alistair Black & Peter Hoare (eds.), *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland, vol. 3: 1850-2000* (pp. 180-202). Cambridge: Cambridge University Press.
- Pinilla, Carmen María (2005). *Correspondencia entre José María Arguedas y Juan Mejía Baca en la Biblioteca Nacional*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Plummer, John (ed.) (1993). *In August Company: The Collections of the Pierpont Morgan Library*. Nueva York: Morgan Library.
- Portocarrero Grados, Ricardo (2013). Las cartas de Italia de José Carlos Mariátegui: fuentes y problemas. *Nueva Corónica*, 2, 71-80.

- Ribeyro, Julio Ramón (1975). *Prosas apátridas*. Barcelona: Tusquets.
- Ribeyro, Julio Ramón (1976 [1957]). El amor a los libros. En *La caza sutil* (pp. 45-47). Lima: Milla Batres.
- Ribeyro, Julio Ramón (1992). *Prosas apátridas* (quinta edición). Lima: Milla Batres y Cofide.
- Ribeyro, Julio Ramón (1998). *Cartas a Juan Antonio. Tomo II, 1958-1970*. Lima: Jaime Campodónico.
- Ribeyro, Julio Ramón (2003). *La tentación del fracaso*. Barcelona: Seix Barral.
- Ribeyro, Julio Ramón (2009). *Sólo para fumadores*. Palencia: Menoscuarto.
- Ribeyro, Julio Ramón (2010). El polvo del saber. En *La palabra del mudo* (pp. 559-564). Barcelona: Seix Barral.
- Salazar Bondy, Sebastián (1958). La lectura, la vida y la muerte. *La Prensa*, 29 de mayo, p. 12.
- Sánchez, Luis Alberto (1987). *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo XX. Tomo 5: El descanso del guerrero, 1967-1976*. Lima: Mosca Azul.
- Sánchez, Luis Alberto (1988). *Examen de conciencia*. Lima: Mosca Azul.
- Sánchez Hernani, Enrique (2010). El nombre del padre. *Suplemento Dominical de El Comercio*, 26 de setiembre.
- Sanz, Luis Santiago (2000). Evocación de Don Félix Denegri Luna. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 80-83). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Tarcus, Horacio (2005). ¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural. *La Biblioteca* [Buenos Aires], 22-29.
- Thissen, Servais (2017). *Mariátegui: biografía ilustrada*. Lima: Horizonte.
- Tord, Luis Enrique (2000). La biblioteca de las tertulias. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 86-90). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Trillo, Gerardo (2017). Raúl Porras Barrenechea: Bibliófilo. *Fénix*, 46, 203-224.
- Valcárcel, Luis E. (1981). *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Vanden, Harry E. (1975). *Mariátegui. Influencias en su formación ideológica*. Lima: Amauta.
- Vargas Llosa, Mario (1993). *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- Vargas Llosa, Mario (2010). *Elogio de la lectura y de la ficción. Discurso ante la Academia Sueca*. Madrid: Alfaguara.

- Vargas Llosa, Mario (2012 [1997]). Epitafio para una biblioteca. En *Piedra de toque II, 1984-1999* (pp. 1126-1130). Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Varona, Dora (2008). *Ciro Alegría y su sombra*. Lima: Planeta.
- Vilela, Sergio (2011). La biblioteca del nobel. *La Tercera*, 29 de mayo. www.latercera.com/noticia/portada/2011/05/653-368841-9-la-biblioteca-del-nobel.shtml
- Williams, Raymond (s.f.). «Mario Vargas Llosa Interviewed on the Mississippi: Pilgrimage to Oxford». <http://www.faculty.ucr.edu/~williarl/interview/Llosa.htm>
- Yrivarren, Ingrid (2015). *Paraísos del saber*. Lima: Telefónica del Perú.

PARTE 3:
BIBLIOTECAS, MUSEOS Y PRÁCTICAS
CIENTÍFICAS Y CULTURALES

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DE MÉXICO: UN LEGADO DEL NACIONALISMO PORFIRIANO

Christina Bueno

El historiador y arqueólogo mexicano Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) fue una figura extraordinaria: en 1892 dejó su posición de director del Museo Nacional Mexicano y se lanzó a una tarea de la cual nunca habría de volver. El gobierno de México lo envió en una misión especial a transcribir todo documento relacionado con el pasado de la nación mexicana que pudiera encontrar en las bibliotecas europeas. Gran parte de las fuentes materiales de México —manuscritos, códices, mapas— se encontraban en archivos y otros depósitos extranjeros; el trabajo de Del Paso consistía en recuperarlos. El dedicado historiador trabajó noche y día, apenas dormía y comía, sufría de pobreza y mala salud y tenía ineptos asistentes de investigación. Así sacrificó los últimos veinticuatro años de su vida, copiando una cantidad masiva de textos, incluyendo obras tan importantes como la *Historia general de la Nueva España* —también conocida como el Códice Florentino— del monje del siglo XVI Bernardino de Sahagún. Del Paso no volvió a ver su tierra natal, pues murió en Florencia, Italia, en 1916. Las cajas que contenían sus notas de investigación, junto con sus desgastados trajes, fueron enviadas muchos años más tarde por barco a México.

Como ocurrió con muchos de sus compatriotas durante la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911), periodo conocido como el Porfiriato, el interés de Del Paso por recuperar textos mexicanos fue inspirado por un sentimiento nacionalista. Las fuentes históricas y los manuscritos eran considerados invaluable en la construcción del pasado nacional mexicano, y también eran vistos como patrimonio nacional. La misión de Del Paso fue un éxito total: aportó a México copias de miles de textos que contenían una gran riqueza de información¹. Pero la misión también

¹ Para la misión de Del Paso en Europa, véase Zavala, 1938. Una lista de los materiales recogidos por Del Paso se encuentra en Carrera Stampa, 1949.

fue inspirada por un motivo específico: Del Paso buscaba enriquecer la biblioteca ubicada en el Museo Nacional, que luego pasaría a ser la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (BNAH).

Hoy, la BNAH es una de las principales fuentes de investigación no solo de México sino de todas las Américas. La Biblioteca ya no se encuentra en el Museo Nacional, que dejó de existir hace mucho tiempo, sino que está ubicada en el famoso Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México. Esta institución cuenta con más de 300 000 volúmenes y miles de variados documentos, incluyendo códices originales, facsímiles de códices, documentos pictográficos, imágenes, mapas, videos y rollos de micropelículas. Resguarda también el mayor acervo de documentos pictográficos —414, entre códices, lienzos, dibujos y mapas— de toda América Latina, y es una fuente única de conocimiento para acercarse, sobre todo, al México precolombino. Con 94 manuscritos originales y cerca de 68 copias, la BNAH tiene la colección de códices mesoamericanos más grande del mundo. La mayoría de ellos proceden del altiplano central, algunos provienen de Oaxaca y otros son de origen maya. De hecho, la colección es tan importante que en 1997 fue inscrita en el programa Memoria del Mundo de la UNESCO, lo cual significa que es considerada memoria no solo de México sino de toda la humanidad. La Biblioteca es un tesoro universal de fuentes verificables y debe esta distinción en gran parte al Porfiriato, ya que fue entonces cuando recibió el gran impulso formativo de intelectuales como Del Paso para llenar sus anaqueles. El propósito de esos intelectuales fue conservar un caudal de erudición y se enfocaron principalmente en reunir libros acerca de México y su pasado. La creación de la Biblioteca, entonces, no fue simplemente resultado de una pasión de bibliófilos: su formación fue inseparable del esfuerzo por fabricar una historia patria en el gran proceso de construcción de la nación mexicana.

Como ha sido ampliamente estudiado, las naciones son construcciones históricas. Su formación es el producto de una variedad de fenómenos y procesos como la consolidación de un Estado nacional, un Estado capaz de dominar el territorio y de establecer un sistema uniforme de instituciones, actividades y leyes. En México, este proceso fue intensificado durante el Porfiriato cuando la dictadura de Díaz consolidó un mayor control sobre el territorio nacional. El gobierno concentró el poder en manos de autoridades federales y suprimió intereses estatales y municipales, cooptando a algunas personas y usando la fuerza y la violencia contra cualquiera que estuviese en su contra; se trataba del famoso «pan o palo». Fue una dictadura notoria por su brutalidad, pero también fue un régimen que puso fin a casi un siglo de caos, desorden civil e invasiones extranjeras. El lema del régimen fue «orden y progreso». Para establecer el orden, el gobierno utilizó a

los *rurales*, una fuerza policial especial encargada de eliminar la oposición a través de la violencia. Para fomentar el progreso, promovió una agenda modernizante basada en el uso de la tecnología y la atracción de capital extranjero. El dinero llegó y desencadenó una bonanza económica que hizo que los ricos se hiciesen más ricos y que el gobierno llevara a cabo proyectos de modernización material, incluyendo el ferrocarril, caminos y tranvías.

La construcción de la nación no es solo un asunto de política y economía. Es también un proceso cultural cuyo fin es dejar como producto en una población sumamente diversa una cultura nacional común y unificadora. Como indica la muy citada frase de Lesley Byrd Simpson, México no es un solo país sino «muchos Méxicos», una nación compuesta de territorios divididos en diferentes razas, grupos étnicos, géneros y clases. La creación de una cultura común ayuda a disminuir las brechas que generan este tipo de divisiones al impartir un sentido de unidad en la población. Según Benedict Anderson, las naciones están formadas por individuos que «no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión» (Anderson, 1993, p. 54). Este sentido de unidad o comunión es generado, en parte, a través de la invención de un pasado nacional, una historia que le da a la población una herencia y origen comunes. La palabra clave aquí es «invención». Las historias nacionales son invenciones. Son interpretaciones del pasado hechas por miembros de las élites, historias construidas por estadistas e intelectuales que hoy son reconocidos como los constructores de la nación.

Uno de estos formadores de la nación mexicana, el abogado y diplomático Manuel Larráinzar (1809-1884), resumió la importancia de ese proceso de esta manera:

[E]s preciso reunir lo más memorable, lo más importante, lo más útil e instructivo, refundir y formar en un solo cuerpo, bajo un plan más extenso y mayor combinado, de todas las historias parciales, purgándolas de los errores y defectos que contengan y completándolas en lo que les falte, para lo cual puede sacarse mucho provecho de los estudios que han hecho sobre nuestras antigüedades, de las crónicas inéditas que existen, de varios trabajos aislados que se han publicado, de los escritos y papeles de los archivos públicos y de las colecciones formadas por algunos particulares eruditos y curiosos que saben apreciar esta clase de materiales (Larráinzar, 1970, p. 163).

El sueño de Larráinzar de unificar las «historias parciales» se realizó durante el Porfiriato con *México a través de los siglos* (1887-1889). Aunque durante el transcurso del siglo XIX varios intelectuales y líderes mexicanos escribieron historias nacionales y también creían que la historia jugaba un papel importante

en fomentar el patriotismo, el primer trabajo de síntesis histórica nacional fue aquella obra². Financiada por el gobierno federal, esta serie de cinco volúmenes tomó los diferentes periodos históricos de la nación y los fusionó en una historia única³. *México a través de los siglos* fue escrito por múltiples autores y fue supervisado por el celebrado estadista, general e intelectual Vicente Riva Palacio. Lujosamente decorado con mapas e imágenes de paisajes, monumentos y figuras históricas, comenzó con un volumen sobre la antigüedad mexicana escrito por el historiador y arqueólogo Alfredo Chavero, y de allí pasó a examinar los periodos colonial, de la independencia y de la modernidad. *México a través de los siglos* le dio a la nación mexicana la continuidad de una existencia que se extendía desde los tiempos precolombinos. Las élites del Porfiriato se dieron cuenta de la importancia de crear una historia nacional comprehensiva para «la consolidación de la nación y como prueba de estabilidad y de civilización» (Tenorio-Trillo, 1999, p. 68). Durante los años de Díaz, la escritura de esa historia, junto con la búsqueda y el rescate de documentos, adquirieron un gran impulso. Como bien explicó Del Paso y Troncoso, cada texto, documento y manuscrito era necesario para «favorecer los estudios históricos de la nación mexicana, digna por mil títulos de ser colocada en el puesto que justamente le corresponde si se atiende a los clarísimos antecedentes de su glorioso pasado» (González Phillips, 1987, p. 158). La carrera para crear y consolidar textos históricos estaba en marcha y la Biblioteca del Museo Nacional, la futura BNAH, cosecharía los frutos de esa empresa.

El desarrollo de la Biblioteca fue también parte de una ola más amplia, de un frenesí por coleccionar objetos que surgió durante el Porfiriato. El régimen de Díaz buscó la acumulación de todo tipo de vestigios para mostrarlos en instituciones del Estado, especialmente objetos que eran percibidos como patrimonio nacional. El gobierno reunió desde obras de arte a estadísticas y, como indica Shelly Garrigan, ese periodo histórico vivió un «esfuerzo simultáneo y concertado en el cual instituciones políticas y culturales como la Secretaría de Fomento, la Academia de San Carlos, la Sociedad de Estadística y el Museo Nacional, fortificaban el sentido de coherencia nacional armando un patrimonio nacional» (Garrigan, 2012, p. 2). El Museo Nacional resultó ser una institución central en este esfuerzo y el destino de la biblioteca estuvo entrelazado con el del museo.

Como han mostrado varios estudiosos, los museos nacionales son fundamentales en el proceso de la construcción de la nación. Son, literalmente, los almacenes y galpones de la patria. El Museo de México fue establecido en 1825 con el propósito

² Para la construcción de la historia patria durante el siglo XIX, véase Earle, 2007.

³ Análisis de *México a través de los siglos* pueden ser hallados en Tenorio-Trillo, 1999, y Florescano, 2005.

de ilustrar al público en todo aquello que era relevante para la nación, «sus poblaciones primitivas, su religión y las costumbres de sus habitantes», su arte y su ciencia, sus «recursos naturales, clima y terreno». Y logró su cometido al poner a la vista del público el patrimonio de México, el cual, en los documentos iniciales de la institución, aparecía como una lista de objetos: antigüedades, pinturas, esculturas, especímenes naturales, «inscripciones y memorias» y cosas «raras o curiosas» (Castillo Ledón, 1924, pp. 60-61). Durante la mayor parte del siglo XIX, de todas maneras, el Museo no recibió mucho apoyo gubernamental, una consecuencia de la debilidad del Estado y del incesante caos en el país.

Esta situación cambió con el ascenso de Porfirio Díaz, no solo porque su régimen trajo más estabilidad, un Estado más fuerte y la intención de crear una historia nacional unificadora, sino porque las élites de México, como las élites del resto del mundo, creían que el museo era inseparable de la imagen nacional: era el «tipo de institución», escribió un observador mexicano, donde se juzgaba el «adelanto de la nación». Por eso, era imperativo que el Museo de México no se quedase «atrás de todos los demás países»⁴. Y no lo hizo. Al contrario, tuvo un «desarrollo extraordinario» y su presupuesto creció diez veces más durante los muchos años del gobierno de Díaz, un cambio que fue también impulsado por la próspera economía del Porfiriato (Florescano, 1997, p. 158)⁵. El Museo Nacional pasó de ser un gabinete de curiosidades a ser una institución científica plenamente dedicada a la investigación, la enseñanza, la colección y la divulgación del conocimiento. Aunque el museo coleccionaba libros y documentos desde su creación, la biblioteca no fue establecida sino hasta el Porfiriato. En 1880 la biblioteca fue inaugurada de manera provisional. En 1888 fue establecida oficialmente, una medida adoptada nada menos que por Del Paso y Troncoso. Junto con la biblioteca, el museo albergó departamentos de Historia, Arqueología e Historia Natural. Cada uno de ellos estaba supervisado por un profesor que actuaba como investigador, curador y docente del departamento.

El primer director de la biblioteca fue el célebre anticuario y bibliógrafo José María de Ágreda y Sánchez. Como todos los eruditos del museo, Ágreda y Sánchez fue un miembro productivo de la comunidad intelectual del Porfiriato. Fue bibliotecario de la Catedral de México y miembro fundador de la Academia Nacional de la Historia. En 1891 participó en la comisión encargada de recopilar y preparar libros y artefactos que iban a remitirse a España para la sección mexicana

⁴ Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA), vol. 8, exp. 6, fol. 70.

⁵ Para el presupuesto del Museo durante el Porfiriato, véase Rutsch, 2007. Otros estudios sobre el museo durante los años de Díaz se encuentran en Fernández, 1987; Suárez Cortes, 1987; Rico Mansard, 2004; y Garrigan, 2012.

en la Exposición Histórico-Americana de 1892, la celebración que marcó los cuatrocientos años del «descubrimiento» del Nuevo Mundo. Ágreda y Sánchez también fue parte de la junta organizadora que recogió materiales para el Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en México en 1895. Como muchos intelectuales del país, era un firme creyente en la importancia de recopilar libros acerca de la historia mexicana. Varias anécdotas ilustran su afán por rescatar y acumular textos. En la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, Ágreda y Sánchez se encontró con una anciana que planeaba quemar varios volúmenes empastados en pergamino para calentar su casa. El bibliógrafo intercambió su fina capa por los libros. Según el autor Fernando Benítez, con una simple ojeada Ágreda y Sánchez «supo que se trataba de la primera edición de *Torquemada*» (Benítez, 1988, p. 99). En el lapso de medio siglo, Ágreda y Sánchez reunió una impresionante biblioteca personal de 6000 volúmenes, compuesta sobre todo por impresos editados en la Nueva España. En 1904 dejó el Museo para hacerse subdirector de la Biblioteca Nacional. Cuando murió doce años más tarde, desafortunadamente, su sobrino vendió su biblioteca personal y parte de los libros terminaron en colecciones y bibliotecas de los Estados Unidos.

Además de la inauguración de la biblioteca hubo otro cambio cualitativo en el museo. Al comienzo del periodo, la institución se enfocaba principalmente en las ciencias naturales; ese enfoque empezó a cambiar pero en la década de 1880. Mientras avanzaba el Porfiriato, el museo se volvió más especializado en las diferentes ramas de la antropología y especialmente en la arqueología. Los profesores comenzaron a canalizar más fondos y energía hacia estas disciplinas. En 1895 crearon el departamento de antropología y etnografía, y en 1909 eliminaron la sección de historia natural al transferirla a otra ubicación en la capital. Así, el museo quedó dedicado a los campos de arqueología, antropología e historia, en otras palabras, al estudio del pasado y el presente de México. Este cambio se reflejó en el nuevo nombre de la institución: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Esto luego se reflejaría en la BNAH, que todavía tiene una inmensa colección de monografías especializadas en la antropología, la arqueología, la historia, la etnohistoria y la etnología.

Durante el Porfiriato, el Museo Nacional fue dirigido por algunos de los eruditos más dedicados de México. De hecho, la lista de los asociados con la institución se lee como un «quién es quién» del mundo intelectual de aquellos tiempos. Aunque cada profesor se dedicaba a hacer investigaciones, muchos carecían de educación formal en la disciplina de su departamento. Jesús Galindo y Villa, por ejemplo, fue profesor de arqueología (1903-1906), pero recibió su educación formal en ingeniería. Estos profesores vivían en una época anterior a

la consolidación de las divisiones entre las diferentes disciplinas. Eran polímatas, expertos en varios campos, desde etnografía hasta filología, música y poesía. Se hicieron especialistas simplemente por el hecho de escribir y hacer investigaciones en su campo. Los profesores formaban parte de un mundo intelectual amplio. Mantenían vínculos con muchas instituciones educativas y museos de su país y del extranjero, sobre todo en Europa, los Estados Unidos y otros países de Latinoamérica.

Pese a vivir de su labor intelectual, la mayoría de estos hombres no tenía un estilo de vida de la clase alta y muchos de ellos a duras penas lograban sobrevivir la quincena, como el arqueólogo Jesús Galindo y Villa, quien murió en la absoluta pobreza. Sin embargo, como miembros de la élite intelectual, sus puntos de vista coincidían con los de los poderosos. Además, un buen número de ellos tomó parte activa en la política mientras otros fueron servidores públicos; vivían, así, «a medio camino entre la academia y la política» (Rutsch, 2007, p. 142). Alfredo Chavero, autor del capítulo sobre la antigüedad en *México a través de los siglos*, no solo fue director del museo (1902-1903) sino también miembro del Congreso y subsecretario de Relaciones Exteriores. Al referirse a esa generación de intelectuales, Enrique Florescano explica que ellos sentaron las bases «de la investigación histórica rigurosa y realizaron una obra hasta la fecha no igualada de acopio, rescate y edición de documentos sobre la historia antigua, colonial y moderna del país» (Florescano, 2001).

La historia oficial que Chavero y otros construyeron, además, estaba firmemente enraizada en el pasado precolombino. El Porfiriato conllevó un esfuerzo concertado en anclar los orígenes de México en la antigüedad indígena. Este desarrollo se hizo explícito en *México a través de los siglos*, pues fue una obra que le dio a la nación la continuidad de una existencia que se alargaba hasta los tiempos más remotos. El pasado prehispánico le procuraba a México un sentido de eternidad fundado en raíces prestigiosas y centenarias. También le dio a México, una nación nacida de una colonia y golpeada por generaciones de opresión e invasiones, un pasado anterior a las dominaciones extranjeras, una historia de autonomía anterior al colonialismo; en otras palabras, confirió a México un pasado auténtico y propio. Al igual que otras élites en el mundo, las élites mexicanas incorporarían la antigüedad como una fuente de orgullo, una forma de mostrar la «cultura genuina» del país y una alternativa propia al pasado del colonialismo. La Biblioteca del Museo Nacional reflejó ese énfasis. Mientras acumulaba libros sobre múltiples temas, se convirtió en un centro de estudio de textos del pasado prehispánico y del periodo colonial temprano. Al final del Porfiriato, incluso llegó a tener un salón especial para los códices.

El énfasis de la Biblioteca en el pasado indígena se desarrolló paralelamente a la ciencia de la arqueología, un naciente campo de estudios que surgió dentro del Museo Nacional, su escenario institucional original. Los arqueólogos del museo, hombres como Del Paso y Galindo y Villa, fueron principalmente eruditos de sillón que dedicaron gran parte de su energía a analizar fuentes escritas. De hecho, para el observador del presente, la mayoría de esos científicos no tenían mucho de arqueólogos pues trabajaban más que nada como historiadores, estudiando la antigüedad a través de textos polvorientos y viejos como los códices, de escritos de científicos como el naturalista alemán Alexander von Humboldt y, cuando era posible, de los trabajos de sus colegas arqueólogos. La colección de textos sobre el pasado indígena, por lo tanto, resultó ser esencial para la ciencia. Los arqueólogos del Museo basaron sus investigaciones en una lectura acentuada de los textos: utilizaron los documentos para estudiar las culturas prehispánicas, pero principalmente usaron los documentos para estudiar los objetos. Los investigadores de hoy consideran a los arqueólogos mexicanos como positivistas, científicos que enfatizaban la observación directa —investigación llevada a cabo a través de los sentidos humanos— como la verdadera fuente del conocimiento. Sin embargo, esos positivistas dependían de textos escritos para analizar los objetos que tenían frente a sus ojos. En ocasiones, examinaban un artefacto para verificar la información encontrada en los textos; pero la mayoría de las veces hacían lo opuesto: revisaban página por página y texto por texto con el propósito de descifrar el significado mismo del objeto. Hay docenas de estudios que se enfocan en lo que Sahagún, Humboldt o algún otro estudioso tenía que decir sobre una pieza específica. La arqueología, por tanto, nació en el Museo de México «ligada a la historia» (Rutsch, 2007, p. 79). Inclusive las mismas metáforas usadas para describir los artefactos desnudaban esa conexión: los objetos eran «los archivos» de la nación, «las fuentes más puras», «las páginas delicadas de nuestros libros de historia»⁶. Además, mientras los artefactos a menudo eran mencionados como «libros», los códices y otros textos, en cambio, eran referidos como «monumentos».

Desgraciadamente, muchos de estos «monumentos», códices y otras fuentes escritas fueron extraídos del país, problema que se convertiría en una plaga a lo largo de la historia de México. La legislación colonial hizo poco para detener esa hemorragia de objetos que salían de la Nueva España. De hecho, la primera ley que intentó remediar el problema no apareció hasta después de la independencia, en 1827, cuando el «Arancel para las aduanas marítimas y de frontera de la República Mexicana» prohibió la exportación de «monumentos y antigüedades» junto con

⁶ Archivo Leopoldo Batres, Archivo Histórico de la Dirección General del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Subdirección de Documentación, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, fols. 292 y 517.

valiosos recursos como el oro y la plata (Lombardo de Ruiz & Solís Vicarte, 1988, p. 39)⁷. Leyes como estas fueron de todas maneras ignoradas a lo largo del siglo XIX, ya que México era demasiado inestable para asegurar su cumplimiento. Y a pesar de que el Porfiriato produjo más legislación con respecto a las antigüedades, su exportación ilícita continuó intacta. Las leyes de México, además, generalmente se referían a los artefactos y ruinas de la antigüedad y no mencionaban específicamente manuscritos ni códices.

Así, el siglo XIX fue testigo de una diáspora bibliográfica. Libreros extranjeros y mexicanos sacaron provecho de la inestabilidad en México y alimentaron un creciente mercado internacional en libros valiosos. Bibliotecas personales fueron desarraigadas del territorio nacional por diversas circunstancias. Un caso conocido fue el de Agustín Fischer, un sacerdote alemán y colaborador del emperador Maximiliano de Habsburgo durante la invasión francesa (1862-1867). En 1865 el emperador Maximiliano compró la biblioteca personal del librero José María de Andrade para formar una proyectada Biblioteca Imperial de México. Antes de la caída de su fatídico imperio, Maximiliano le regaló la biblioteca a Fisher. El sacerdote logró embarcar a Francia los libros de Andrade y su inmensa biblioteca personal en doscientas cajas. Una vez en Europa, Fisher organizó varias ventas. La mayor parte de los libros, incluyendo incunables del siglo XVI, fueron adquiridos por agentes del millonario norteamericano Herbert Bancroft. El hecho de que gran cantidad de esos textos y manuscritos salieran del país indignó a muchos mexicanos. «Cuando se quiere estudiar la historia de las civilizaciones indias de esta tierra», se quejó un periodista en *El Imparcial*, el 6 de abril de 1904, «es necesario ir a buscar documentos, códices, jeroglíficos, piezas de interés primordial en los museos de Europa. En Roma, en Londres, en Berlín, en Madrid mismo, se encuentran originales de multitud de documentos de importancia capital para nuestra historia». La falta de control de los documentos del pasado mexicano pintaba una triste imagen del país. Como comentó el mismo periodista, «De aquí que los mexicanos hayamos adquirido, a los ojos de los extranjeros, una triste reputación de rapaces [...], de aquí que se nos tome por un pueblo ignorante, incapaz de interesarse por las cuestiones que se refieren a nuestros orígenes, a nuestros antepasados» (citado en Lombardo de Ruiz, 1994, II, pp. 207, 209). La recolección de esos textos en la biblioteca del museo, por tanto, nació enlazada al sentimiento nacionalista de los mexicanos.

⁷ Una legislación subsecuente en 1832, de manera similar, le dio al Estado el poder de prohibir la exportación de «objetos de arte y ciencia» (Lombardo & Solís, 1988, p. 45).

Además, el país había sufrido recientemente la dolorosa pérdida de la biblioteca personal de José Fernando Ramírez, una rica colección que contaba con manuscritos de varias órdenes religiosas, incunables y libros antiguos sobre la Nueva España, Filipinas y México. Un ávido bibliófilo, el famoso político e historiador Ramírez tenía pasión por la historia del México prehispánico. Entre sus muchas aportaciones estuvo el descubrimiento de la *Crónica de la Conquista* en el convento de San Francisco, un códice del siglo XVI que narra la historia de los aztecas y que hoy se encuentra en la BNAH bajo el nombre Códice Ramírez. Como muchos mexicanos, Ramírez entendió la importancia de recuperar fuentes para elaborar la historia nacional mexicana. «Todavía yacen sepultados en los archivos de ambos mundos numerosos monumentos que es necesario consultar», declaró el bibliófilo en 1845. La recuperación de esos documentos fue un asunto de orgullo, notó Ramírez: «Ni siquiera poseemos, como los otros pueblos cultos, una colección regular de fuentes históricas. Por aquí debemos comenzar si es que aspiramos a la gloria de ver salir de nuestro país esa suspirada historia, persuadiéndonos de que nuestra única misión es acumular materiales, salvando con imparcialidad y buena fe, de la destrucción y del olvido, cuanto puede serle útil» (Ramírez, 2001, pp. 235-236).

Desterrado por la dictadura de Antonio López de Santa Anna en 1855, Ramírez partió a Europa, donde visitó varias bibliotecas para copiar, cotejar y litografiar códices de su país. De regreso a México, Ramírez colaboró con el emperador Maximiliano como ministro de Negocios Extranjeros y ministro de Estado. Al derrumbarse el imperio, el historiador se exilió una vez más en Europa y llevó consigo los manuscritos y obras que por muchos años había acumulado, «una biblioteca de enormes proporciones para la época» (Sáenz Carrete, 2011, p. 132). Ramírez murió en Bonn, Alemania, en 1871, y su biblioteca volvió a México. Los herederos de Ramírez concedieron a Alfredo Chavero la oportunidad de escoger la parte más selecta de la colección, tanto obras impresas como manuscritos. Otros intelectuales y coleccionistas de libros como Joaquín García Icazbalceta, al enterarse de este arreglo, no se esforzaron en adquirir la biblioteca. Tiempo después, Chavero vendió todos los libros al coleccionista Manuel Fernández del Castillo, con la condición de que no salieran del país. Desafortunadamente, intervino de nuevo el sacerdote Fischer, quien convenció a Fernández del Castillo de vender la biblioteca en Europa. Así, esta cruzó nuevamente el Atlántico y, en 1880, los textos más importantes de la colección fueron rematados en Londres, un hecho que Ramírez nunca hubiese aprobado. Según Erasmo Sáenz Carrete, es probable «que la subasta pasara desapercibida en México, porque Ramírez había colaborado con el emperador Maximiliano» (Sáenz Carrete, 2011, p. 109). Hoy muchos de esos documentos se encuentran en el Reino Unido, en la Biblioteca Nacional de

España y en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley. Los materiales de la colección Ramírez se fueron del país, pero los estudiosos del Porfiriato intentarían compensar esa y muchas otras pérdidas al desarrollar la Biblioteca del Museo.

Esta logró reunir libros de diversas maneras, principalmente a través de compras y donaciones. Algunos de los más frecuentes contribuyentes a la colección fueron intelectuales y empleados del Estado, como el famoso escritor Guillermo Prieto, quien vendió varios libros a la institución en 1878. Otros eligieron el camino de las donaciones. A veces los donantes fueron empleados del Museo, como el historiador y arqueólogo Antonio Peñafiel. Educado como cirujano, Peñafiel se convirtió en el taxidermista del Museo en 1879 y pasó a ser un estadístico del más alto rango. Así, como director general de Estadísticas, llevó a cabo el primer censo de México en 1895. Hacia fines del siglo XIX, Peñafiel donó al museo «una colección de mapas de la historia chichimeca»⁸. También editó varios textos y códices en náhuatl, y legó a la posteridad una vasta obra que incluye su *Colección de documentos para la historia mexicana*, un trabajo en seis volúmenes publicados entre 1887 y 1903. Otra figura clave del museo, Alfredo Chavero, editó varios códices denominados *Antigüedades Mexicanas* (1892) y donó un códice de su colección particular al museo en 1906. El Códice Chavero, como se le conoce, documenta el proceso judicial contra un funcionario por cobro excesivo de tributo en Huexotzingo, en el actual estado de Puebla. A diferencia de la mayoría de los códices, conocemos la fecha exacta de elaboración de este texto: del 11 al 15 de marzo de 1578.

Los políticos también constituyeron una fuente importante de códices. En 1892 el anticuario y gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, donó al Museo Nacional un códice que pertenecía a su colección, hoy conocido como el Códice Dehesa. Este texto del siglo XVII narra el origen mítico y la genealogía de una familia de caciques o líderes de la Mixteca Baja, una zona que incluye la frontera entre los estados de Puebla y Oaxaca. Ese mismo año, Joaquín Baranda, el secretario de Justicia e Instrucción Pública, se cercioró de que otro códice oaxaqueño llegara a la biblioteca. Baranda tomó la iniciativa de trasladar el texto de la antigua Biblioteca Nacional de México al museo y pronto este fue reconocido como el Códice Baranda. Evidentemente, la biblioteca no podía estar consumada sin un códice bautizado con el nombre del dictador Díaz. Elaborado a principios del siglo XVI, el Códice Díaz contiene tablas para la adivinación y relata la historia y conquista de unos pueblos cuicatecas del estado de Oaxaca. Un jefe político oaxaqueño se lo obsequió a su amigo Manuel Martínez Gracida, un historiador que ocupó diversos cargos

⁸ AHMNA, vol. 10, exp. 32, fol. 93.

públicos y tuvo una amistad cercana con Porfirio. Martínez Gracida lo donó a la biblioteca del Museo Nacional en honor al dictador.

En algunos casos, ciudadanos mexicanos que encontraban documentos de su patria mientras estaban en el exterior también se sintieron obligados a donarlos a la biblioteca. Así es como la institución adquirió el famoso Códice García Granados. Un opositor al régimen de Díaz, Alberto García Granados, pasó numerosos años durante el Porfiriato viviendo autoexiliado en Europa. En cierto momento, el ingeniero agrónomo compró un «antiguo códice» en París, «una pieza notable bajo el punto de vista arqueológico, a la vez que artístico», como explicó un observador. Con la ayuda de un asistente de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, García Granados envió el documento a México, estipulando cómo debía llamarse⁹. Realizado entre mediados del siglo XVII y principios del XVIII, el Códice Techialoyan García Granados, como se le conoce hoy, pertenece al grupo de códices Techialoyan, una colección de obras nahuas. Este ejemplar en particular enumera las propiedades que pertenecieron a miembros de la nobleza indígena, descendientes de los líderes aztecas Cuauhtémoc y Motecuhzoma Xocoyotzin. Asimismo, el códice presenta una extensa red de vínculos entre gobernantes de numerosos pueblos. Los periódicos de México y *El Diario Oficial*, el órgano gubernamental, felicitaban a los donantes de estas piezas y, del mismo modo, los profesores del museo les agradecían, en cartas que hilaban palabras como nación, progreso e ilustración, por avanzar «el progreso de la ciencia en México»¹⁰.

También hicieron donaciones algunos extranjeros, como el millonario estadounidense Joseph Florimond Loubat, quien donó al museo una reproducción fotocromográfica del Códice Telleriano Remensis en 1899. Criado en Francia, Loubat fue un filántropo cuyos regalos a la Iglesia católica fueron tan generosos que el Papa León XIII lo llegó a llamar «el Duque de Loubat». El filántropo fue también uno de los más importantes patrocinadores de la arqueología en México y una figura central en el creciente movimiento americanista. El americanismo, un campo muy amplio, abarcaba casi toda disciplina relacionada con el Nuevo Mundo, así como todo periodo histórico. La mayoría de los americanistas, de todas maneras, se especializaron en el pasado prehispánico. Francia se encontró a la vanguardia del americanismo y, en 1857, estableció la primera sociedad dedicada a esa actividad: la Société Américaine. Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos también produjeron algunos de los estudiosos más asiduos de este campo, igual que México y otras naciones de América Latina. Americanistas como Loubat llevaron

⁹ AHMNA, vol. 11, exp. 20, fols. 174-175.

¹⁰ AHMNA, vol. 6, exp. 28, fol. 67.

a cabo investigaciones en la Biblioteca del Museo Nacional Mexicano gracias a la existencia de los textos antiguos que poseía.

De hecho, los usuarios de la biblioteca solían ser gente como Loubat y el intelectual y político Vicente Riva Palacio. En 1877 Riva Palacio pidió a la biblioteca que pusiera a su disposición mapas, cartas y documentos sobre la geografía del país para elaborar la carta oficial de la república. Al inaugurarse la biblioteca se había proyectado establecer el servicio público, pero esto no se pudo realizar en el Porfiriato. Durante ese periodo, el museo tuvo otras prioridades que fueron consideradas de urgencia. Más que nada, la biblioteca fue destinada al uso exclusivo de los profesores y empleados del museo. En 1903 también se empezó a permitir el acceso a los alumnos que estaban tomando clases de antropología, arqueología y otros estudios en el museo. La biblioteca, por lo tanto, no era un lugar que pertenecía al público. Esto no debe causar sorpresa si consideramos que la «masa» de lectores en el Porfiriato era «un club muy escaso». Según el censo de 1895, solo estaba alfabetizada el 14% de la población total. Esa cifra se incrementó a finales de la época, cuando «el censo de 1910 habla de 20% de alfabetos en todo el país» (Blanco, 1997, p. 47).

Muchos departamentos del gobierno y organizaciones científicas como el Ministerio de Justicia y la Sociedad de Geografía y Estadística también aportaron libros a la biblioteca. Instituciones extranjeras, asimismo, jugaron un papel importante al donar e intercambiar textos con el museo. El Smithsonian Institute de Washington, D.C., por ejemplo, envió varias cajas llenas de libros durante los años de Díaz. La biblioteca reciprocó despachando textos a institutos extranjeros. Del mismo modo, donó obras a instituciones nacionales; por ejemplo, mandó una copia de *Antigüedades de México* a la Biblioteca Nacional de México. Ese texto, compilado y publicado por el anticuario irlandés Edward King o Lord Kingsborough en las primeras décadas del siglo XIX, es una recopilación de reproducciones de literatura mesoamericana en facsímil que incluye códices mixtecos, mayas y aztecas, además de documentos históricos y descripciones de exploradores de varios sitios arqueológicos de México.

El museo no solamente coleccionó obras, sino que también las publicó. En 1887 la institución estableció un pequeño taller de imprenta con el objeto de imprimir cédulas de clasificación, etiquetas, catálogos, avisos y otras publicaciones necesarias. Con el correr del tiempo, sin embargo, se amplió el taller y el museo pronto comenzó a publicar textos diversos; así, se lograron editar algunas obras antiguas inéditas y se reimprimieron varios libros raros. La institución también empezó a imprimir los *Anales del Museo Nacional*, la publicación del museo que anteriormente se imprimía en otro sitio. Iniciada en 1877, el propósito de esta revista fue divulgar la investigación de los estudiosos del museo a una audiencia

nacional e internacional. Los *Anales* les daban importancia primordial a trabajos sobre la arqueología y se enfocaban, sobre todo, en cuatro materias: los códices, los calendarios, las creencias indígenas y las antigüedades del museo. La revista no fue solamente una forma de hacer público el trabajo de estudiosos mexicanos, sino que también era una forma de adquirir materiales adicionales, dado que los *Anales* eran intercambiados por revistas de otras instituciones. Como lo expresó un profesor del museo, así iban «adquiriendo por medio del cambio todas las publicaciones científicas del mundo»¹¹. No es de sorprender que tanto los *Anales* como el taller de imprenta florecieran gracias a Del Paso y Troncoso, uno de los grandes estudiosos de México.

Nacido en la ciudad de Veracruz el 8 de octubre de 1842, Francisco de Borja del Paso y Troncoso era «descendiente de una vieja familia española» (Galindo y Villa, 1922, p. 307). Su padre se dedicaba al comercio, por lo que Del Paso comenzó sus primeros estudios formales en la rama comercial. Pronto se dio cuenta de que esa carrera no lo satisfacía y, a los 25 años, se trasladó a la capital de la república. Allí ingresó a la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria, donde trabajó con el famoso médico, filósofo y político Gabino Barreda. Luego pasó a la Escuela Nacional de Medicina y, al concluir su quinto año, emprendió su tesis profesional: *La historia de la medicina en México*. Del Paso no llegó a terminar la obra ni a graduarse como doctor. Trabajar en su tesis lo convenció de dejar de lado la medicina y seguir su verdadera vocación, la arqueología y, luego, la antigua historia de México. Del Paso también dio gran importancia a la lingüística, especialmente al estudio del nahuatl, un idioma que practicaba directamente con los indígenas de varios pueblos del altiplano. El reconocido erudito incluso pasó mucho tiempo enseñando el curso de historia patria en la Escuela Normal de profesores de instrucción primaria. Pero el trabajo de Del Paso estaría para siempre asociado con el Museo Nacional, al que llegó como visitador en 1888 y del cual, al año siguiente, fue nombrado director. Durante su larga carrera jugó un papel de primer orden en la edición y análisis de códices: no solo los dio a conocer, sino que también los interpretó y analizó.

Aunque fue ante todo un arqueólogo de sillón, Del Paso tuvo experiencia como arqueólogo de campo. En 1891 el gobierno federal le comisionó la tarea de hacer la que hoy se considera la primera excavación patrocinada por el Estado mexicano desde la época colonial en México. Por cuatro meses, Del Paso exploró los monumentos de su nativa Veracruz¹². El ejército mexicano lo ayudó. De esta manera, junto con los indígenas de la zona, removieron la vegetación de las estructuras prehispánicas, lo que le permitió hacer borradores del sitio, hacer

¹¹ AHMNA, vol. 3, exp. 15, fol. 74.

¹² Para la expedición de Del Paso, véase Bernal, 1992; y Galindo y Villa, 1912.

mapas y tomar fotografías de muchas de las ruinas. Del Paso excavó Cempoala, la ciudad totonaca crucial en la conquista española, así como la Villa Rica de la Vera Cruz, el primer poblado establecido por el conquistador Hernán Cortés. De allí, el historiador pasó a explorar muchos sitios arqueológicos más, incluyendo El Tajín. Los artefactos que reunió, junto con miles de otras piezas del Museo Nacional, fueron enviados por barco a España para la Exposición Histórico-Americana de 1892. Del Paso asistió al evento como presidente de la comisión mexicana y, tomando una licencia por tiempo indefinido como director del Museo, permaneció en Europa para llevar a cabo la misión especial de reunir textos mexicanos.

La gran contribución de Del Paso al estudio del pasado de México fue el trabajo que llevó a cabo por más de dos décadas en los archivos de Europa. La idea de rescatar las fuentes de la historia mexicana y ponerlas al alcance de los estudiosos le había surgido años atrás. En 1883 Del Paso propuso su plan al ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda, en una famosa carta abierta publicada en el diario *La República*. Intitulada «Los Estudios Históricos», la carta deplora el estado del conocimiento y de la enseñanza de la historia mexicana y hace sugerencias para remediar estos problemas. Del Paso indica que «desgraciadamente, no todos los materiales para la historia de México existen en la República. Los archivos y bibliotecas selectas de la Madre patria, verdaderos panteones literarios, encierran lo más precioso que puede interesarnos». El gran historiador entonces se pregunta: «¿cómo conseguir esas preciosidades?». Su solución fue mandar una delegación especial: «Envíese a Madrid un consumado científico, solicite de aquel Gobierno el permiso de reconocer sus archivos, y de extractar [*sic*] todo lo que nos concierne y que tenga verdadero interés» (Carrera Stampa, 1949, pp. 3-4). La idea de juntar textos mexicanos en archivos extranjeros no era nueva. Intelectuales como Ramírez habían llevado a cabo en el pasado misiones similares planeadas por ellos mismos y pagadas con sus propios fondos. Pero la misión de Del Paso fue diferente: era la primera de ese tipo apoyada y pagada por el gobierno mexicano. Del Paso mantuvo correspondencia directa con la Secretaría de Instrucción Pública, pero su misión permaneció unida al Museo Nacional, la institución que estuvo a cargo de pagarle durante el Porfiriato.

Una vez instalado en Europa, las bases de operaciones de Del Paso fueron principalmente Madrid y Florencia, pero viajó por todo el continente para consultar archivos y bibliotecas en Inglaterra, Rusia, Alemania, Austria y Francia, y en cualquier otro país donde pudiese haber algún documento sobre México. Del Paso fue una figura dinámica en la comunidad intelectual europea. Participó en varios Congresos de Americanistas y en otras reuniones. Fue «objeto de grandes distinciones: miembro de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de la Pontificia Academia Romana

de Archeología y de la Société des Américanistes de Paris» (Carrera Stampa, 1949, p. 9). Entre sus muchas actividades, estudió varios códices con el antropólogo francés Jules Ernest-Théodore Hamy, mejor conocido como E. T. Hamy, respetada autoridad sobre el pasado prehispánico y director del Museo Trocadéro (1880-1908). Los dos estudiosos trabajaron juntos bajo los auspicios del duque de Loubat para producir facsímiles de varios códices mexicanos, incluyendo el Códice Borgia, Códice Cospianus, Códice Ríos y Códice Telleriano-Remensis, el último de los cuales fue donado por Loubat al Museo Nacional Mexicano.

Pero la tarea principal de Del Paso fue recoger y publicar todos los documentos de Fray Bernardino de Sahagún localizados en Madrid y Florencia. El monje Sahagún condujo su magnífica investigación etnográfica con informantes de la nobleza local en la Nueva España entre 1547 y 1577. El resultado de ese trabajo fue la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, una obra en español y náhuatl que se enfoca en casi todos los aspectos de la cultura nahua, desde la religión hasta la vida cotidiana. La *Historia general* consiste en más de 2400 páginas escritas en ambos lados y organizadas en doce libros. Es considerada la obra más rica sobre la antigüedad mexicana. Del Paso originalmente había intentado reproducir el texto completo, pero la publicación sufrió varias demoras debido a huelgas de las imprentas, problemas con los permisos de publicación y la escasez de fondos debida al tumulto de la revolución en su tierra natal. Como resultado de esto, solo pudo completar una pequeña parte de su empresa, al publicar en la capital de España tres grandes volúmenes (1905-1907) en los que se incluyeron los que hoy se conocen como Códices Matritenses —la copia completa del Códice Florentino no fue publicada sino hasta 1979—. El «infatigable rastreador de documentos» también recolectó los *Papeles de la Nueva España*, «una detallada colección de varios textos sobre México colonial» (León Portilla, 1999, p. 125). Además de otras publicaciones, Del Paso copió una enorme serie de documentos inéditos sobre la historia antigua de México y del periodo colonial: mapas, crónicas, testamentos, peticiones, informes, cartas, memorias de conquistadores, códices y otros manuscritos.

Cuando Del Paso falleció en 1916, la Primera Guerra Mundial convulsionaba a Europa y, en México, la fase armada de la revolución alcanzaba su cúspide. Una vez que México comenzó a lograr cierta estabilidad, el gobierno se dio a la tarea de repatriar la inmensa cantidad de material que Del Paso había almacenado en España e Italia. Las negociaciones oficiales con los herederos de Del Paso y con los bancos y las casas editoras donde había dejado sus materiales se alargaron por mucho tiempo. A través de los años y en forma desordenada se enviaron arcas repletas de documentos. En 1928 tres cajas llegaron con un contenido de más de 15 000 documentos. A fines de ese año llegaron cinco arcas más, también repletas de

textos. En 1931 llegaron aún más. En el proceso, lamentablemente, gran parte de la colección de Del Paso y Troncoso se extravió. Una vez en México, el acopio continuó dispersándose. Sin embargo, tras grandes esfuerzos en el rastreo y recuperación de muchos de estos documentos, la Colección de Francisco del Paso y Troncoso, una fuente invaluable de información para investigadores, se encuentra hoy depositada en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Hoy la BNAH es un caudal de erudición y una de las bibliotecas más importantes de las Américas gracias a la vasta obra de Del Paso y los esfuerzos de otros intelectuales del Porfiriato cuyos sentimientos nacionalistas los inspiraron a construir la institución.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, Fernando (1988). *El libro de los desastres*. Ciudad de México: Era.
- Bernal, Ignacio (1992). *Historia de la arqueología en México*. Ciudad de México: Porrúa.
- Blanco, José Joaquín (1997). Panorámica del libro en México. En Enrique Florescano (coord.), *El patrimonio nacional de México* (II, pp. 15-56). Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y Fondo de Cultura Económica.
- Carrera Stampa, Manuel (1949). *Misiones mexicanas en archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Castillo Ledón, Luis (1924). *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925, Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*. Ciudad de México: Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.
- Earle, Rebecca (2007). *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham: Duke University Press.
- Fernández, Miguel Ángel (1987). *Historia de los museos de México*. Ciudad de México: Promotora de Comercialización Directa.
- Florescano, Enrique (1997). La creación del Museo Nacional de Antropología. En Enrique Florescano (coord.), *El patrimonio nacional de México* (II, pp. 147-171). Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y Fondo de Cultura Económica.
- Florescano, Enrique (2001). México a través de los siglos: Un nuevo modelo para relatar el pasado. La Jornada, *suplemento mensual*, 9 de marzo. <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/09/suple.html>

- Florescano, Enrique (2005). *Imágenes de la patria a través de los siglos*. Ciudad de México: Taurus.
- Galindo y Villa, Jesús (1912). Las ruinas de Cempoala y del Templo del Tajín (Estado de Veracruz) exploradas por el director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, in misión en Europa Francisco del Paso y Troncoso. Notas recopiladas por Jesús Galindo y Villa en homenaje al XVIII Congreso Internacional de Americanistas que se reunirá en Londres, el mes de mayo de 1912. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3, 97-161.
- Galindo y Villa, Jesús (1922). Don Francisco del Paso y Troncoso, su vida y sus obras. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 1, 305-579.
- Garrigan, Shelly E. (2012). *Collecting Mexico: Museums, Monuments, and the Creation of National Identity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- González Phillips, Graciela (1987). Francisco del Paso y Troncoso. En Carlos García Mora y Lina Odena Güemes (eds.), *La antropología en México* (XI, pp. 213-259). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Larráinzar, Manuel (1970). Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días. En Juan A. Ortega y Medina (eds.), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (pp. 151-306). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- León Portilla, Miguel (1999). *Bernardino de Sahagún: Pionero de la antropología*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio Nacional.
- Lombardo de Ruiz, Sonia (1994). *El pasado prehispánico en la cultura nacional: memoria hemerográfica, 1877-1911*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Lombardo de Ruiz, Sonia & Ruth Solís Vicarte (1988). *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos, 1536-1910*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Ramírez, José Fernando (2001). *Obras históricas, época colonial*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rico Mansard, Luisa Fernanda Francisca (2004). *Exhibir para educar: objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. Barcelona y Ciudad de México: Pomares y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Rutsch, Mechthild (2007). *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia y Universidad Nacional Autónoma de México.

- Sáenz Carrete, Erasmo (2011). José Fernando Ramírez: su último exilio europeo y la suerte de su última biblioteca. *Signos Históricos*, 25, 100-135.
- Suárez Cortes, Blanca Estela (1987). Las interpretaciones positivistas del pasado y el presente (1880–1910). En Carlos García Mora y Enrique Florescano (eds.), *La antropología en México* (II, pp. 13-77). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1999). *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: University of California Press.
- Zavala, Silvio (1938). *Francisco del Paso y Troncoso, su misión en Europa, 1892-1916*. Ciudad de México: Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad.

CIENCIAS DEL ARCHIVO, LENGUAS INDÍGENAS ARGENTINAS Y TECNOLOGÍA DEL PAPEL: LAS BIBLIOTECAS PERSONALES COMO ESPACIO DE PRODUCCIÓN ERUDITA EN LA ANTROPOLOGÍA ARGENTINA, 1860-1910

Máximo Farro

INTRODUCCIÓN

En el transcurso de la última década, las bibliotecas —en tanto repositorios de colecciones de libros y manuscritos— han sido consideradas, junto con los museos y los archivos, como una parte fundamental de la infraestructura epistémica que subtiende la economía del conocimiento y que tuvo su momento de auge y expansión en Occidente durante el siglo XIX (Hedstrom & King, 2006, pp. 113-134). Sin embargo, a diferencia de los museos, los laboratorios y los observatorios, en el campo de la historia de la ciencia las bibliotecas no han recibido la misma atención sino hasta hace muy pocos años, cuando los estudios de la historia del libro y la lectura y, en especial, los trabajos desarrollados en el campo de las ciencias de la información pusieron de manifiesto las relaciones subyacentes entre estos distintos espacios, entendidos en su dimensión material como una infraestructura de almacenamiento, procesamiento, producción y circulación del conocimiento (Latour, 1996; Clark, 2000; Blair, 2010; Paulus, 2011). Este enfoque, animado por el desarrollo actual del estudio de los sistemas de información (Blair & Schiller, 2014), la infraestructura de internet y las llamadas humanidades digitales, ha comenzado a poner en evidencia los rasgos comunes entre estos espacios del saber (Jacob, 2014)¹ que antes, siguiendo divisiones disciplinares (la bibliotecología, la archivística y la historia), eran concebidos de manera separada (Lidman, 2012). Este enfoque también ha comenzado a disolver en la práctica la imagen, consolidada desde mediados del siglo XIX, que colocaba una división estricta en el mundo de la ciencia: por un lado, las «ciencias de la memoria», de sensibilidad profundamente

¹ Véase el sitio *Lieux du savoir. Histoire comparée et anthropologie des pratiques savantes*: <http://lieuxdesavoir.hypotheses.org>.

histórica, que se llevaban a cabo en las bibliotecas y archivos —las humanidades—; por otro, las ciencias de las leyes naturales, de perspectiva atemporal, desempeñadas en los laboratorios y observatorios (Daston, 2012). Es a partir del estudio de los procesos de formación y uso de los repositorios, las colecciones, el registro de observaciones y las formas de organización y manejo de la información y la elaboración de los datos, que distintas disciplinas como la geología, la paleontología, la arqueología, la astronomía, la lingüística y la antropología han comenzado a entenderse como tradicionalmente se consideró a la historia: esto es, como ciencias del archivo (Daston, 2017, pp. 1-14, 329-332). Así, el estudio de las prácticas de recolección, clasificación, preservación y difusión de la información y de los datos a partir de la cultura material —es decir, de las herramientas y tecnologías que brindan sus condiciones de posibilidad— permite establecer conexiones entre formas de trabajo que trascienden las divisiones disciplinares tradicionales².

En este contexto, sostenemos que las bibliotecas personales de los estudiosos pueden ser analizadas no como un conjunto estático de libros depositados en estantes que reflejan los intereses intelectuales y coleccionistas de sus propietarios, sino como espacios de producción erudita en sí mismos; esto es, entendidas en sentido amplio, con énfasis en la dinámica de las prácticas asociadas: como un espacio más cercano al archivo de trabajo y al estudio o gabinete. Allí, el objeto-libro convivía e interactuaba no solo con colecciones de otros objetos —mapas, vasijas, monetarios y documentos históricos—, sino también con un corpus formado por libretas de notas, cuadernos, listas, documentos, transcripciones, correspondencia, borradores y otros papeles resultantes de la actividad intelectual (Daston, 2004; Heesen, 2005; Grafton, 2006; Waquet, 2015). A fines del siglo XIX, recordemos, esta idea dinámica de las bibliotecas como talleres científicos y literarios basados en el modelo de los laboratorios había sido señalada por uno de sus más conspicuos organizadores y promotores, Melvil Dewey, como una de las funciones primordiales que aquellas debían cumplir, por sobre la función de recreación o solaz de los lectores o la de un mero repositorio para aquellas obras que merecían legarse a la posteridad³.

² Véase la sección dedicada a «The History of the Humanities and The History of Science» (2005) en la revista *Isis*, 106(2), 337-390.

³ «Then comes the laboratory idea, the notion of the library as a workshop, a conception that is more modern as regards books, though in fact it is simply the older laboratory idea of science. If a man wishes to become a working chemist or physicist he does not try to do it simply hearing lectures about his subject [...]. And so the conception has come that for the mastery of any subject, there must be what I will call laboratory work. If we glance rapidly over the whole field of human interest we find that the library is the main laboratory for the great mass of subjects: philosophy, ethics, logic, theology and comparative religion, statistics, political science, economics, commerce, law, education, all languages and literatures, all history—for all these subjects and many more the library is the laboratory, the literary and scientific workshop» (Dewey, 1889, p. 368).

En el campo de la historia de la ciencia se ha puesto en evidencia, entonces, el valor de las bibliotecas como espacios tan importantes como el laboratorio, el observatorio astronómico y el campo o terreno, pues fueron concebidas como un ámbito o espacio de indagación en el que se desarrollaban no solo la interpretación textual y la escritura, sino también prácticas de observación, organización de la información y producción de datos (Daston & Lünbeck, 2011). De ese modo, comenzó a conectarse el mundo de la historia del libro como objeto estable y acabado —con su tradicional interés por las estrategias del coleccionismo, el mercado internacional, las casas proveedoras, los modelos de organización y los procesos de selección temática de los propietarios— con la dinámica propia de las prácticas eruditas. Estas últimas se materializaron en las marcas que evidencian la lectura, en forma de subrayados, marginalia (Jackson, 2005), fichas, borradores y todo un conjunto de información menos estable, en forma manuscrita. En ocasiones, esa información se usaba para intervenir el objeto-libro, adhiriéndola en el interior de sus cubiertas, inscribiéndola directamente sobre la portadilla, la contraportada o las páginas de cortesía, o era almacenada en archivos y ficheros personales creados al efecto, y luego circulada por redes de correspondencia entre los estudiosos. En este contexto, el libro entendido de manera tradicional como objeto físico acumulado en estantes se transforma en un artefacto que interactúa con, y es intervenido por, otras manifestaciones materiales del texto: no es infrecuente hallar en las bibliotecas libros impresos encuadernados o intervenidos con manuscritos, o manuscritos que contienen componentes impresos insertos (McKitternick, 2013).

Son estos aspectos, ligados al orden material del trabajo erudito (Waquet, 2015), los que nos interesa señalar en estas notas preliminares de una investigación en curso que estudia la cultura material de las ciencias antropológicas —manuscritos, libretas, fichas, fotografías, libros y objetos— entre el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX en la Argentina. Para ello, se parte del análisis de las contingencias que regulan el proceso de formación y uso de colecciones, considerando la trayectoria seguida por estas a lo largo del tiempo y prestando especial atención al conjunto de prácticas y redes de relaciones en las que, en tanto series de objetos concretos, las mismas se encuentran inmersas (Farro, 2009, 2011, 2012). En las páginas que siguen nos centraremos en algunos de estos aspectos estudiados de manera comparada en dos bibliotecas particulares de la Argentina, que funcionaban en el ámbito doméstico, referidas en mayor medida a la antropología, la arqueología y la etnografía lingüística: la biblioteca de lenguas americanas del general Bartolomé Mitre (1820-1906) y la del filólogo y arqueólogo Samuel Alexander Lafone Quevedo (1835-1920).

El primero es una figura conocida y muy transitada en los trabajos historiográficos; el segundo era un empresario minero nacido en Montevideo, residente en la

provincia de Catamarca, en el noroeste de la Argentina, y miembro de influyentes familias de comerciantes británicos (Lafone-Ellison) y peninsulares (Alsina-Quevedo) radicadas en el Río de la Plata desde fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Enviado por su familia a Inglaterra, entre 1848 y 1857, Samuel estudió en Liverpool y en el Saint John's College de la Universidad de Cambridge, donde, especializándose en filología, obtuvo el título de bachiller en humanidades —*Magister Artium*—. En sus años de estudiante allí, se formó en estudios clásicos; así, realizó traducciones de prosa y verso del griego y del latín al inglés, de las obras de Platón, Aristóteles y Cicerón, entre otros, y realizó trabajos referidos a la historia antigua y a la filología clásica. De regreso al Río de la Plata en 1860, se hizo cargo de los negocios familiares ligados a la explotación del cobre, plata y oro en el departamento de Andalgalá, en el oeste catamarqueño. En los ratos de ocio que le dejaba la administración de los negocios, Samuel se dedicaba a la lectura de obras referidas a la historia americana y, a la manera de los anticuarios que había conocido durante sus años de formación en Inglaterra, recolectaba piezas de arqueología, visitaba *antiguallas* (ruinas), compulsaba información en los archivos provinciales y recorría los valles registrando testimonios y vocabularios de los habitantes locales, con el objeto de estudiar los cambios históricos ocurridos en la toponimia de Catamarca y Tucumán. Luego se dedicó al estudio histórico y comparado de las lenguas indígenas de la Argentina en su relación con las principales lenguas del continente sudamericano. Si bien sus trabajos se centraron en especial en las lenguas de la región del Chaco, sus intereses comparativos y clasificatorios lo llevaron a documentar las lenguas del noroeste, de la pampa, la Patagonia y Cuyo.

En su fundo en Catamarca, había comenzado a formar una biblioteca especializada que llegaría a pasar los 5000 volúmenes, con obras adquiridas en las principales librerías de Inglaterra, como las firmas de Henry Young & Sons y, sobre todo, Bernard Quaritch, de la que se convirtió, con el correr del tiempo, en uno de sus principales clientes en la Argentina, al adquirir de sus catálogos numerosas obras de cronistas, viajeros, filología, arqueología clásica y de Egipto, etnografía y lenguas americanas. También estaba suscrito a las principales publicaciones periódicas de arqueología, antropología y etnografía de Europa y los Estados Unidos, que recibía puntualmente en Catamarca. Cabe destacar que, en esos años, Lafone mantuvo un interés sostenido en los libros referidos a los métodos de la filología comparada, la etnografía lingüística y la etimología, por lo que adquirió las obras de Robert G. Latham, Friedrich Max Müller, Walter W. Skeat —con quien mantenía correspondencia—, James A. Picton y John Peile, entre otros. A esto se sumaban tratados de gramática y diccionarios en los más diversos idiomas. Otras ramas de interés, reflejadas en las series que componen su biblioteca, eran la historia eclesiástica británica, con obras ilustradas referidas a la historia general, y la

arquitectura de las iglesias, la arqueología clásica, la arqueología bíblica y la tradición de la anticuaria británica donde se destacan los estudios de topografía regional, las compilaciones de nombres de lugar, la genealogía y la heráldica (Farro, 2014a).

En la Argentina, hacia comienzos de la década de 1870, Lafone Quevedo se relacionó con los círculos de sociabilidad que gravitaban alrededor de la figura del general Mitre —un conocido de la familia desde los años de exilio en Montevideo, con quien compartía su afición por el estudio de las lenguas americanas— y con otros estudiosos como Andrés Lamas, Manuel Trelles y Francisco P. Moreno, quien años más tarde, en 1890, lo nombró encargado honorario de la sección de Arqueología y Lenguas Americanas del Museo de La Plata. Con la renuncia de Moreno a la dirección del Museo, en ocasión de su incorporación a la administración de la flamante Universidad Nacional de La Plata, en 1906, Lafone ejerció como director de la institución hasta su muerte, en el año 1920, cuando legó sus colecciones arqueológicas, parte de su biblioteca particular y sus papeles de trabajo (Farro, 2014b). Sostenemos que este último corpus puede ser comparado con la biblioteca de Mitre, entendida como espacio de indagación y de producción a partir de la adaptación de dos conceptos tomados de trabajos recientes de la historia de la ciencia: observadores de gabinete y tecnología de papel.

OBSERVADORES DE GABINETE

Los estudios sobre los grupos indígenas del territorio argentino desarrollados por Lafone Quevedo y Mitre, a los que se pueden agregar los trabajos de otros estudiosos como Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas, Vicente Fidel López e incluso las compilaciones documentales del napolitano Pedro de Angelis, pueden enmarcarse en lo que se conoció como etnografía lingüística, una suerte de «ciencia de las naciones», de carácter inductivo y de base filológica, circunscrita no solo al campo de la naciente antropología sino antes bien al de la historia y de la geografía⁴. Esta línea global y comparativa de trabajo erudito se consolidó en el largo siglo XIX a partir de las obras del jesuita José Hervás y Panduro (1784, 1800-1805), Johann Ch. Adelung y Johann S. Vater (1806-1817) y Adriano Balbi (1826), y se continuó, con diferentes matices, en los trabajos de Wilhelm von Humboldt (1836-1840), Max Müller (1864), Daniel Brinton (1891), Lucien Adam (1896-1899) y Alexander Chamberlain (1913), entre otros. En el contexto de la naciente antropología y en esa línea de trabajo, las lenguas constituyeron uno de los hilos de Ariadna —el otro

⁴ Sobre la base filológica que subtiende el desarrollo de las humanidades, vista en el largo plazo y en su relación con el desarrollo de la antropología, la arqueología, la historia, la lingüística, los estudios literarios, la historia del arte y los estudios de religiones comparadas, véase Turner, 2014.

era el concepto de «raza»— que posibilitaban al estudioso internarse en el laberinto de los grupos indígenas del pasado y sus sucesivos desplazamientos geográficos, y le permitían discernir los consiguientes procesos de hibridación y aculturación (Blanckaert, 2009).

En el caso de la historia de las prácticas y métodos de sistematización de la información y de los datos para los trabajos de etnografía lingüística desarrollados en la Argentina en el último tercio del siglo XIX, la investigación a partir de fuentes manuscritas implica, en primer lugar y como señalamos al comienzo, el desafío de trascender la idea del libro impreso como único medio que, en tanto forma de inscripción percibida como acabada, estable, estandarizada y homogénea, brinda las condiciones necesarias para la difusión de las ideas y el conocimiento. Si bien a primera vista la reconstrucción de estas prácticas de inscripción —en muchos casos muy personales e idiosincráticas— nos conduciría en cierta forma a recuperar la idea del «autor», se trataría de un tipo distinto al autor individual, y más cercano a un autor de carácter colectivo (Stillinger, 1991). En efecto, a diferencia de la obra impresa, muchos manuscritos resultantes del proceso de investigación suelen portar las marcas, glosas, correcciones, enmiendas y observaciones producto del intercambio de los mismos entre distintos estudiosos mancomunados por un mismo interés, por lo general acompañados por una copiosa correspondencia, que muestran el complejo y sutil proceso —previo a la impresión definitiva— de circulación y cooperación del que son producto (Yale, 2011). Desde este punto de vista, los papeles de trabajo de Lafone Quevedo y Mitre portan las marcas de esos intercambios de datos, borradores e ideas, no solo entre ellos, sino con otros estudiosos como Trelles y Lamas, lo que incluso se materializa por medio de la presencia de manuscritos y transcripciones originales de uno en el corpus de los otros, y viceversa, con anotaciones cruzadas, y que en ocasiones eran almacenados entre la cubierta y la guarda de los libros. En ambos corpus se pueden apreciar también las intervenciones de distintos mediadores que, a la manera de los técnicos y asistentes en los espacios de producción de conocimiento estudiados por Steven Shapin (1989), han permanecido invisibles, como son los informantes, escribientes, transcriptores y traductores contratados al efecto por Lafone y, en menor medida, por Mitre para asistirlos en sus empresas compiladoras. Cabe destacar aquí que, incluso hasta bien entrado el siglo XX, en el caso de libros de difícil acceso los estudiosos recurrían a escribientes contratados para reproducirlos mediante la copia; esos manuscritos eran con frecuencia encuadernados como libros y formaban series que convivían en los estantes con las obras impresas sin distinciones de rigor (Love, 2013).

En segundo lugar, proponemos entender al gabinete mismo como un espacio de observación. Recordemos que, a pesar de contar en la antropología de la primera

mitad del siglo XX con practicantes de gabinete tan conspicuos e influyentes como James Frazer (1854-1941) y Marcel Mauss (1872-1950), desde la década de 1920, con la amplia difusión de la metodología desarrollada por Bronislaw Malinowski (1884-1942) —que colocaba a la técnica de observación participante y al campo no solo como rasgo de identidad fundacional de la disciplina, como *tour de force* y rito de pasaje, sino como el espacio privilegiado para la reflexión crítica—, se consolidó una imagen peyorativa y caricaturizada de aquellos estudiosos que se ceñían a la compilación y comparación de datos en la comodidad apoltronada del estudio, y se les llegó a denominar los *armchair anthropologists* (Gupta & Ferguson, 1997). De ese modo, las prácticas y métodos de trabajo de estos estudiosos, materializadas en series de manuscritos, libretas y redes de correspondencia, quedaron sepultadas bajo el peso del creciente prestigio del trabajo de campo consolidado como santo y seña de la práctica profesional; así, los trabajos de todos aquellos practicantes de gabinete pasaron a formar parte de la prehistoria disciplinar, asociada a la difusión y consolidación del evolucionismo y enmarcada dentro de lo que se ha dado en llamar etnografía epistolar (Stocking, 1995). Entre nosotros, un proceso similar puede observarse para el caso de la historia de la historiografía rioplatense a partir de la influencia del manual de Rómulo Carbia (1939), donde las prácticas de compilación documental de estudiosos como Trelles, Lamas o Lafone se enmarcan, con ciertos matices, en la construcción peyorativa de «datólogos», «coleccionistas de hechos» o «papelistas» movidos por el incesante afán coleccionista y vacuo del fervor de la exhumación de la «escuela erudita», en contraposición a los métodos rigurosos desarrollados por la historiografía científica en las primeras décadas del siglo XX, que reconoce como antecedente los trabajos de crítica interna y externa documental desarrollados por Mitre (Devoto & Pagano, 2009). Regresando al caso de la historia de la antropología, cuando la misma producción escrita de los antropólogos comenzó a ser objeto de indagación, salvo excepciones (Sanjek, 1990), el análisis de la dimensión textual de la práctica etnográfica enfatizó en el proceso de construcción de la autoridad, su relación con los mecanismos de la ficción literaria, los criterios de verdad, las relaciones de poder y el problema de la reflexividad (Clifford & Marcus, 1986).

En sintonía con trabajos recientes referidos a la historia cultural de la observación entendida en sentido amplio y en la larga duración histórica —esto es, como una práctica que abarca tanto una técnica de trabajo regida por la inspección ocular como una técnica para registrar y organizar las observaciones (Daston & Lünbeck, 2011, pp. 1-9)— y, en especial, con la definición de «observadores de gabinete» (Maas, 2011), proponemos entender los espacios de trabajo que Lafone Quevedo había montado en su lugar de residencia en Catamarca y la biblioteca-estudio del general Mitre como espacios donde se llevaban a cabo prácticas eruditas de crítica

interna y externa de manuscritos del siglo XVI; extracción de datos de fuentes bibliográficas, como las obras de viajeros; la corroboración de la información en fuentes cartográficas antiguas y modernas, que eran leídas no solo como textos sino de manera visual, para observar los desplazamientos territoriales de los grupos indígenas a lo largo del tiempo; y la compulsa de todo eso con los datos que en simultáneo enviaban los corresponsales desde el campo, describiendo la ubicación geográfica y la relación entre los distintos grupos en ese momento (Farro, 2013). En el caso de Lafone, ese espacio en el interior de la Argentina, consolidado con una frondosa biblioteca formada por las más importantes publicaciones de filología, lingüística e historia americana y por las publicaciones periódicas en antropología más significativas del momento, se constituyó en una suerte de nodo de acumulación de la información y producción de datos que articulaba, en ese punto, una densa red de corresponsales residentes en Buenos Aires, Córdoba, Salta, Jujuy, Corrientes, Chaco, Paraguay, Tarija (Bolivia), Washington, París, Berlín, Londres, Cambridge y Liverpool, entre otras ciudades. Muchos de estos colaboradores, además de enviar libros y folletos en canje, también proveían espacios de publicación, libros, transcripciones de vocabularios depositados en bibliotecas y archivos de difícil acceso —como los de las órdenes religiosas— y, en algunos casos, actuaban como compiladores de información en el campo, guiados y calibrados como si fueran instrumentos de observación por medio de instrucciones que Lafone diseñó al efecto y enviaba por correo⁵.

Esta serie de prácticas y operaciones de carácter erudito dejó como correlato un apreciable corpus de papeles de trabajo en forma de borradores, fichas de lectura, cuadernillos con vocabularios, traducciones, tablas con clasificaciones lingüísticas, carpetas con recortes de periódicos organizados por tema, correspondencia y manuscritos de otros estudiosos, un conjunto que, visto de manera global, refleja también los medios técnicos o herramientas disponibles para el trabajo cotidiano. En ese sentido, como en el caso de la fotografía antropológica que hemos tratado en otro trabajo (Farro, 2012), desde el punto de vista metodológico se trata de no asumir a priori la transparencia del medio como un mero espacio de representación —en este caso textual— que consumimos en busca de significados, y de observar de manera complementaria los indicios de prácticas que se pueden inferir del sustrato de papel entendido no como un medio neutro, sino en su dimensión tecnológica y material; esto es, en su carácter instrumental en los procesos de extracción,

⁵ Lafone Quevedo solía adjuntar croquis calcados que mostraban la ubicación de los grupos indígenas en el Chaco y el Paraguay —extraídos de obras como la del misionero jesuita José Jolís, *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco* (1789)— a la correspondencia con instrucciones, para que el viajero pudiera comparar in situ las ubicaciones de ese momento con las que esos grupos tenían en el pasado (Farro, 2013).

compilación y comparación de la información y de los datos, y que funcionaba en conjunto con las series bibliográficas depositadas en las bibliotecas.

TECNOLOGÍA DE PAPEL

En las últimas décadas, en el campo de la historia de la ciencia, el laboratorio se constituyó en uno de los espacios de estudio e indagación privilegiados, con detalladas microhistorias acerca de las culturas experimentales y la relación entre actores, tecnologías, prácticas, instrumentos y los objetos llamados «epistémicos» (Latour, 1990; Rheinberger, 1997). En ese contexto, uno de los aspectos que ha recibido creciente atención ha sido el de la historia de las prácticas sobre el papel y los procedimientos formales de inscripción o notación —escritura, dibujo, esquemas, sistemas de toma de notas y subrayados— y los métodos y técnicas de representación asociados a ellas (Lenoir, 1998; Daston, 2004). Allí, el sustrato papel es entendido como una herramienta tecnológica en los procesos de producción de conocimiento, que actúa a manera de instrumento: como un dispositivo material que puede ser manipulado de acuerdo con objetivos específicos, sean científicos (Holmes y otros, 2003; Chemla, 2004; Hoffmann & Wittmann, 2013) o administrativos (Gitleman, 2014). Esta tecnología de papel tendría una sintaxis propia, caracterizada por formas visuales particulares, su maniobrabilidad y sus reglas de construcción y combinación que, al ser puesta en uso, puede alterar los objetivos planteados en un principio abrir nuevos problemas e interrogantes en la investigación (Klein, 2003). En otra parte hemos trabajado en detalle sobre esta suerte de dialéctica entre las herramientas y los objetivos de trabajo, a partir de los métodos desarrollados en el papel por Lafone Quevedo en su estudio o gabinete para el estudio de las lenguas indígenas de la Argentina (Farro, 2013). Recordemos aquí que, hacia comienzos de la década de 1890, este estudioso había comenzado a bosquejar un esquema de clasificación basándose en un rasgo gramatical específico que estaba asociado a una forma particular de aglutinación que para él era propia del continente americano, como son las partículas pronominales y sus formas de articulación tanto con los verbos como con los nombres. La recolección de evidencia para fundamentar este esquema clasificatorio implicó un riguroso proceso de extracción, registro y organización de los datos a partir de un corpus de manuscritos y de vocabularios impresos con el objeto de convertirlos en series útiles para el trabajo de comparación de las formas de colocación de las partículas pronominales entre las distintas lenguas y dialectos.

Fue en ese proceso recurrente de registro y experimentación con las hojas de papel, en formato maniobrable e intercambiable, por lo general con dos columnas, que Lafone pudo apreciar de manera visual la importancia de las partículas pronominales y sus mecanismos de aglutinación en las lenguas indígenas del

Chaco. Así, a partir de esa dialéctica entre las herramientas de papel y los objetivos de investigación, desarrolló todo un nuevo esquema de clasificación de las lenguas indígenas de América del Sur que surgió de la comparación entre ellas facilitada por la plasticidad que el medio técnico diseñado por él le ofrecía (Farro, 2013). Con la ayuda de un escribiente, Ramón Martínez, Lafone organizó en su estudio-biblioteca en Catamarca una colección con transcripciones de vocabularios formada por cuadernillos donde se ordenaban alfabéticamente las entradas, asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Estos vocabularios eran extraídos de los libros de viaje y de antropología e historia sudamericana de su biblioteca, y también de una serie de libros manuscritos confeccionados por él, donde compilaba las transcripciones de documentos de la época colonial que obtenía de distintos archivos, bibliotecas públicas y particulares. Entre estos se destacan algunos «libros» con manuscritos encuadernados, con las transcripciones de obras únicas, que Lafone copió en las bibliotecas de Mitre y de Lamas en sus frecuentes viajes a Buenos Aires. Según se puede deducir de su colección de manuscritos, el método de trabajo utilizado para la organización y posterior comparación de los datos consistía en transcribir los listados de vocablos en una serie de cuadernillos de 18 por 24 centímetros, que se obtenían de recortar en forma transversal, por el medio o en tres partes, unos pliegos de papel rayado. Si bien cada cuadernillo contaba con unas doce o dieciséis carillas utilizables, para evitar las confusiones generadas por la mezcla de pliegos Lafone y Martínez escribían sobre seis u ocho de ellas, organizando alfabéticamente las entradas y asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Cada cuadernillo llevaba inscrito en su margen superior una sigla, a veces abreviada, que refería el idioma del que se trataba, junto con un número que indicaba el orden sucesivo dentro del conjunto. Una vez finalizado el vocabulario se reunían todos los cuadernillos y se los almacenaba como un paquete cerrado, atado con hilo sisal.

Organizados de este modo, los vocabularios compilados y los manuscritos en general no solo eran fáciles de manejar, transportar y almacenar —algo fundamental para el caso de Lafone, ya que desde 1898 viajaba en tren entre tres espacios de trabajo, con sus respectivas bibliotecas, en Catamarca, Buenos Aires y La Plata—, sino que facilitaban tanto el trabajo de transcripción como el de comparación posterior entre las distintas lenguas. Estos cuadernillos conformaban una suerte de biblioteca portátil, cuyos ejemplares sintetizaban la información extraída de obras voluminosas, de varios tomos, incómodas de trasladar entre locaciones distantes. Una vez finalizados y corregidos los cuadernillos con los vocabularios, la información era transcrita y pasada a limpio para la última revisión en cuadernos por lo general cuadrículados que las librerías comerciales ofrecían para uso escolar. Por último,

todo era pasado a una serie de libros encuadernados, tamaño *in octavo*, compuestos también de hojas cuadriculadas, que adquirirían un formato fijo, listos para enviarse a la imprenta para su publicación definitiva.

Como ya hemos sugerido a modo de hipótesis, un aspecto que muy probablemente influyó en esta habilidad para la construcción y organización de los datos es la aplicación del conocimiento tácito derivado de las prácticas comerciales que constituyeron su ocupación principal hasta los primeros años del siglo XX: llevar el movimiento contable cotidiano de su empresa minera y manejar las remesas con los bancos de Buenos Aires, Montevideo, Liverpool y Londres (Farro, 2013; 2014a). Podemos apreciar así la influencia de otras prácticas culturales, de carácter mundano o comercial, en el proceso de investigación. En relación con esto, las convenciones formales de la teneduría de los libros contables utilizados en el ámbito del comercio han sido consideradas como un modelo de toma de notas y registro general de la información que influyó de manera notable en el trabajo intelectual desde la modernidad temprana (Blair, 2010). El registro de los movimientos comerciales cotidianos y su organización en estos libros con cuadros de doble entrada —*double-entry book keeping*—, en tanto sistema de escritura, tuvo un efecto amplio, de carácter epistemológico, que habría excedido el estrecho ámbito de las operaciones de transcripción y cálculo económico; se consolidó así una imagen de rigurosidad formal y precisión que se habría extendido finalmente hacia todos los dominios del conocimiento (Poovey, 1998).

Lafone Quevedo atribuía a esta suerte de arte de la tabulación las conclusiones y descubrimientos más importantes que había realizado referidos a los distintos mecanismos de aglutinación de las partículas pronominales en las lenguas del Chaco. Más aún, como se puede observar en sus manuscritos, las listas léxicas registradas y sistematizadas para su *Tesoro de catamarqueñismos*, que compilaba los términos utilizados en esa región y su adscripción a las lenguas quechua y cacana, se encuentran inscritas en el mismo tipo de hojas que utilizaba para los movimientos contables de su empresa —de las que sobreviven algunas en los registros de Contaduría del Museo de La Plata—, con distintas columnas, en este caso no utilizadas para registrar el «debe» y el «haber», sino con los términos, sus raíces, su probable adscripción lingüística y los nombres de lugar a los que hacían referencia.

El caso de la sección «Lenguas Americanas» de la Biblioteca Americana del general Bartolomé Mitre y la tecnología de papel asociada nos presenta otra serie de interrogantes. Miembro, entre otras asociaciones, de la Sociedad de Anticuarios del Norte, en Copenhague, y corresponsal de la *Anthropological Society* de Londres, Mitre constituye uno de los más acabados representantes en el siglo XIX del erudito coleccionista —como llamaba Vicente Fidel López a Mitre en sus frecuentes polémicas historiográficas o filológicas—. Se trataba de un tipo particular de

intelectual que ocupó un papel central no solo en el desarrollo de los estudios americanistas, de marcada hibridez disciplinaria, sino también en la fundación de las historiografías de los nuevos países iberoamericanos, por medio de una febril actividad de búsqueda, valoración, acopio y preservación de su patrimonio documental y bibliográfico, y que en el Río de la Plata tuvo como figuras principales a Saturnino Seguro y a los ya mencionados de Angelis, Gutiérrez, Lamas y Trelles, entre otros (Crespo, 2008).

Más aún, Mitre estuvo vinculado a fluidas redes transnacionales de intercambio de libros, información y transcripciones de documentos históricos de distintos archivos, de las que formaban parte bibliófilos chilenos como Diego Barros Arana, Toribio Medina y Gregorio Bechée, entre otros (Arrieta, 1941; Vignati, 1971; Buchbinder, 1996). En el caso de las transcripciones paleográficas de documentos referidos al descubrimiento del Río de la Plata, contó desde 1864 con la colaboración del cónsul argentino en Sevilla, José Gabriel de Tovía, quien se encargaba de la compilación y envío de los documentos que compulsaba en el Archivo de Indias (Molina, 1955, 1957). Estas redes se caracterizaban no solo por la cooperación y el intercambio, sino también por la competencia solapada por la posesión de rarezas bibliográficas o documentales para su propio repositorio.

Si bien la producción de la obra historiográfica de Mitre, su actuación política y su condición de bibliófilo y compilador de archivos documentales constituyen los aspectos que han recibido mayor atención (Gandía, 1939; Fariní, 1944; Torre Revello, 1957; Vignati, 1958), su profundo interés por los estudios de antropología, arqueología y etnografía lingüística del continente americano (Márquez Miranda, 1956; Rivet, 1957), a los que dedicó también sus afanes de coleccionista bibliógrafo y un importante corpus manuscrito que no llegó a editar en vida, parecen haber pasado desapercibidos. En efecto, a comienzos de la década de 1860, Mitre concibió una obra referida a la historia y conquista del Río de la Plata, cuyos primeros capítulos estarían dedicados a la etnografía lingüística de la región, proyecto en el que trabajó en sus ratos libres hasta su muerte en 1906 y que no llegó a publicar (Mitre, 1864). Con ese objeto empezó a coleccionar y organizar dentro de su biblioteca una sección especial, la Sección 10, compuesta por una serie de libros, transcripciones de documentos de archivo, mapas, catálogos de librerías, folletos, artículos, correspondencia y recortes referidos a las lenguas indígenas del continente americano. Mencionemos aquí que su *Biblioteca americana, histórica, geográfica y etnológica* llegó a contener unos 45 000 volúmenes, organizados en veintitrés secciones según los países del continente americano, de norte a sur, y las materias de su especialidad. La Biblioteca, además, incluía un monetario, una mapoteca, una sección de prensa argentina y un archivo, con muebles especiales, donde

almacenaba los documentos autógrafos que coleccionó y utilizó para escribir sus obras históricas⁶.

Para organizar la sección referida a las lenguas americanas, Mitre parece haber tomado como modelo general, desde el punto de vista conceptual, el *Atlas etnográfico del globo*, de Adrien Balbi (1826), así como los trabajos geográficos de Malte Brun (1847) y la obra del jesuita Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas* (1800). En el borrador con los apuntes y esquemas de una posible introducción a la proyectada obra, se puede apreciar que concebía a la región del Río de la Plata como un territorio «sin historia, solo la geografía y la etnografía pueden aplicársele. Poblaciones sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin tradiciones, sin religión, sin movimientos de ningún género, sin estabilidad siquiera, no han dejado ni tienen más monumentos que su lengua y la escrita en el suelo por la nomenclatura de los lugares, ilustra la geografía» (citado en Molina, 1957, p. 357). Para Mitre, en consecuencia, la lengua era «el hilo conductor para determinar y agrupar las diferentes razas y naciones, trayendo su clasificación a un sencillo sistema etnográfico y geográfico ubicándolas en el terreno que ocupaban al tiempo del descubrimiento» (citado en Molina, 1957, p. 357). De la obra de Hervás y Panduro, Mitre parece haber adoptado la clasificación y ordenamiento de las distintas lenguas realizada por el jesuita como base para el ordenamiento bibliográfico de las obras y documentos de esa sección especial de su biblioteca, comenzando la clasificación por las lenguas más australes —Tierra del Fuego— y avanzando hacia el norte, hasta llegar a las lenguas del extremo boreal del continente. Mitre estaba al tanto también de las exhaustivas obras de compilación bibliográfica referidas a las lenguas indígenas de América del Norte realizadas por James Constantine Pilling, un estenógrafo contratado por John Wesley Powell para organizar una obra de referencia con todos aquellos materiales bibliográficos de utilidad para las investigaciones lingüísticas desarrolladas en el complejo formado por el *US National Museum-Smithsonian Institution* y el *Bureau of American Ethnology*, en Washington, D. C.

Para acrecentar sus series bibliográficas, Mitre utilizaba el afamado manual que Jacques Brunet había concebido para el ordenamiento, clasificación y evaluación de las bibliotecas, y también la bibliografía americana anotada, desarrollada por Rich. Con ellos establecía el valor tanto de contenido como monetario de las obras

⁶ Las secciones en que se dividía la Biblioteca son: Canadá-Estados Unidos; Méjico; Brasil; Colombia, Centro América, Guayanas, Antillas; Chile; Bolivia, Perú; Viajes Americanos; Historia Americana; Bibliografía; Lenguas Americanas; Etnología, Arqueología; Paraguay y República Oriental del Uruguay; República Argentina; Prensa Argentina; Mapoteca; Cuestión de Límites (Obras y Mapas); Documentos Oficiales (Nación, Capital, Provincias), Códigos Americanos; Léxico, Diccionarios, Polígrafos; España y América; Biografías; Documentos (Archivo de San Martín); Monetario. Véase Ministerio de Justicia, 1907.

referidas a las lenguas americanas ofrecidas a la venta, según su originalidad y rareza. En 1864 comenzó a realizar encargos al médico y explorador francés Víctor Martín de Moussy (1810-1869) para que adquiriera en París obras como las de Jolis con observaciones etnográficas del Chaco, así «como cualquier otro libro sobre lenguas americanas que se le presentase, pues tengo empeño en aumentar mi colección sobre estas importantes materias, que hoy comprende veintiocho lenguas reducidas a gramática o diccionario, siendo como usted sabe la mayor parte de las ediciones antiguas e impresas en América, lo que hace que tal vez sea una de las pocas que se encuentran el mundo»⁷. Realizó también compras de documentos referidos a los grupos indígenas del Plata y sus vocabularios recolectados por el napolitano Pedro de Angelis (1784-1859), activo coleccionista, bibliógrafo y comerciante de documentos, libros y fósiles entre el Plata, Brasil y Europa (Becú & Torre Revello, 1941; Sabor de Riera, 1995; Podgorny, 2011). En esos años, Mitre también comenzó a recibir los catálogos periódicos de la librería y casa anticuaria Trübner, con sede en Londres —editora también de la *Anthropological Review* y *Journal of the Anthropological Society* de esa ciudad—, de quienes adquirió gran cantidad de obras de lingüística, con estudios y compilaciones de artes, vocabularios y catecismos, como las de Clements R. Markham, George E. Squier, Hyde Clarke, William Bollaert y Robert Ellis, entre otras. Hacia 1875 había reunido unas doscientas obras de gramáticas y diccionarios de misioneros, en primeras ediciones. Como le comentó por carta del 20 de octubre de 1875 al chileno Diego Barros Arana:

Al mismo tiempo y por vía de solaz, estoy reuniendo los manuscritos para un libro nuevo de antropología y etnografía, ensanchando el plan de otro que tenía en bosquejo sobre las lenguas indígenas del Río de la Plata, considerándolas como base de los estudios históricos y geográficos. Su título será *El hombre salvaje de la cuenca del Plata*. Allí trataré la cuestión de las razas indígenas, determinaré su geografía y sus migraciones, estudiaré sus lenguas bajo diversos puntos de vista conexos con el asunto, ocupándome de otros que creo han de ilustrar la materia, dando un contingente nuevo. Para este trabajo cuento con el auxilio de mi biblioteca glótico-americana, que se compone como de 200 volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluidas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros. Además de esto, todo cuanto sobre antropología, etnología y arqueología americana se ha publicado (Mitre, 1877, p. 6).

Esta colección, que dentro de la biblioteca general forma la sección de Lenguas Americanas, llegó a contener algo más de seiscientas obras y fue organizada por Mitre con fichas de cartón bibliográficas con los datos topográficos y todos aquellos

⁷ Carta de B. Mitre a V.M. de Moussy, 30 de setiembre de 1864 (Museo Mitre, 1912, pp. 34-35).

detalles de edición, formatos y años de publicación. Cuando el libro no permitía realizar anotaciones en las páginas libres del comienzo o del final, cada una de las fichas se acompañaba con cuadernillos o «papeletas», por lo general confeccionadas en papel de España, donde Mitre hacía una síntesis detallada y crítica del contenido de cada obra y su relación con otros libros en su biblioteca. Muchas veces esas fichas eran acompañadas por una suerte de *dossier* que compilaba correspondencia referida a la misma, recortes de periódicos, juicios críticos de otros autores o recortes de los avisos clasificados de los catálogos de las librerías anticuarias en Europa donde las adquiría. A diferencia de los cuadernillos desarrollados por Lafone —que se referían a cada lengua y compilaban cada uno la información de distintos tipos de fuentes para establecer las posibles relaciones no solo entre las listas léxicas sino entre los mecanismos gramaticales de cada una de ellas a partir de las formas de articulación de las partículas pronominales—, en las fichas de lectura de Mitre la obra a la que refieren no pierde su identidad, pues incluye un resumen detallado del contenido de cada libro individual. En el caso de obras importantes, como las de Alcides d'Orbigny o el *Mithridates* de Adelung y Vater, Mitre usaba cuadernos especiales de tapa dura, donde extraía en detalle el contenido de cada tomo, con cuadros y tablas clasificatorias diseñadas por él, lo que le permitía tener esa referencia en formato portátil en su escritorio a la hora de confeccionar otras fichas en las que hubiera que hacer referencia a esas obras.

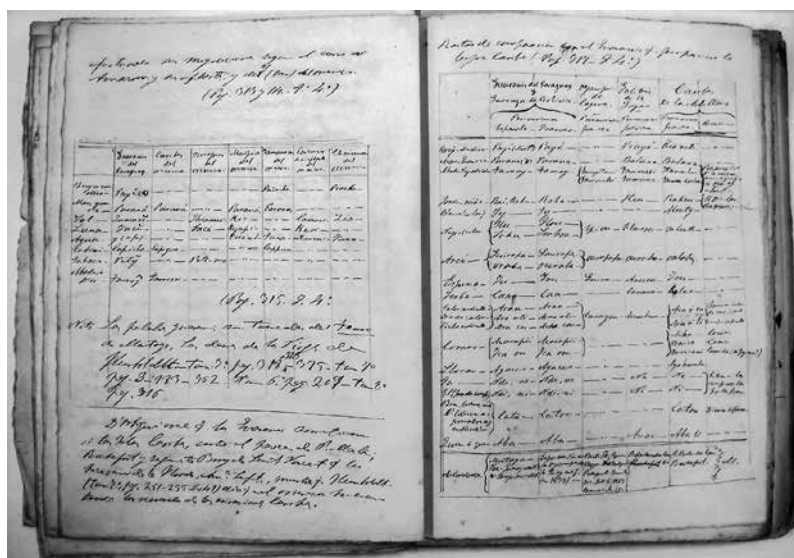


Figura 1. Libreta de Mitre con extractos y notas de la obra de Alcide d'Orbigny *L'homme américain* (1839). Fuente: Archivo del Museo Mitre, Armario 8, documento 16225.

En ese sentido, la colección de fichas de lectura —algunas de ellas inacabadas—, organizada siguiendo estrictos principios bibliográficos extraídos de manuales europeos, no fue concebida originalmente por Mitre para ser publicada como un catálogo, sino como un archivo de trabajo personal para la confección de una obra referida a la etnografía del Río de la Plata al momento de la conquista que nunca finalizó y de la que se conocen solamente los índices y bosquejos sueltos.

Al contrastar esas fichas con los documentos y papeles de trabajo adjuntos, se hacen evidentes a simple vista no solo los modos de leer y extraer información y las ideas lingüísticas de Mitre, sino también todas aquellas prácticas que rodean a la bibliofilia y que son propias de los eruditos coleccionistas, marcadas por un conocimiento acabado de las sucesivas ediciones, la historia de cada obra y sus diferentes traducciones, la cadena de relaciones que las unen con otras piezas de la colección —como las transcripciones de documentos de archivos o la mapoteca—, el registro de las transacciones comerciales para adquirirlas, así como las variaciones en el valor de compra de acuerdo con la demanda y la participación activa en el mercado nacional e internacional de la compra-venta. En efecto, esta tecnología de papel utilizada por Mitre para establecer juicios críticos del contenido de cada una de las obras de su biblioteca de lenguas americanas abunda en estas manifestaciones del coleccionismo de libros. Son muestra de ello las libretas de bolsillo que contienen listas con el registro minucioso de los remates de bibliotecas particulares en el Río de la Plata, los precios pedidos y los oblados, las libretas alfabéticas de tapa dura donde se registraban en detalle listas con los títulos de las obras a medida que se compraban, y también los numerosos catálogos de las más importantes librerías de anticuario de los que recortaba los avisos de cada obra a comprar para colocarlos en un sobre y, en caso de adquirirlas, adherirlos en una hoja de papel suelta, a modo de *listado-collage*, en una libreta o, muchas veces, en el interior mismo de las tapas de las obras de su biblioteca.

En este punto, queremos resaltar un aspecto de relevancia con respecto a la abundancia de listas, ora en libretas, ora en hojas sueltas, entre los papeles de trabajo de Mitre, las que han sido por lo general consideradas como mero subproducto de las prácticas de un coleccionista bibliófilo. James Delbourgo y Staffan Müller-Wille (2012), entre otros, han señalado los efectos sociales y cognitivos de la confección de listas en el ámbito de las ciencias. En tanto formación no sintáctica de ítems, la lista no es una afirmación o un argumento, sino que su lógica es espacial: junta cosas abstrayéndolas, enumerándolas y relacionándolas. Para el que las elabora, las listas construyen agrupaciones que, en el mismo proceso de confección, generan interrogantes acerca de esas agrupaciones. En ese sentido, para el historiador de la ciencia, estos listados —sea de vocablos indígenas ordenados en columnas verticales con el fin de la comparación, como en el caso de Lafone, o de obras sobre lenguas

americanas adquiridas o que se desean adquirir, como en el caso de Mitre— se transforman, de registros de carácter en apariencia estáticos, en artefactos históricos dinámicos que reflejan las herramientas utilizadas en el pasado por los estudiosos en el proceso de investigación. En algunos casos, su confección puede haber sido influida por los principios del comercio y sus técnicas de registro —como en el caso de Lafone y los registros contables mencionados— o por las prácticas burocráticas de la administración o el gobierno.

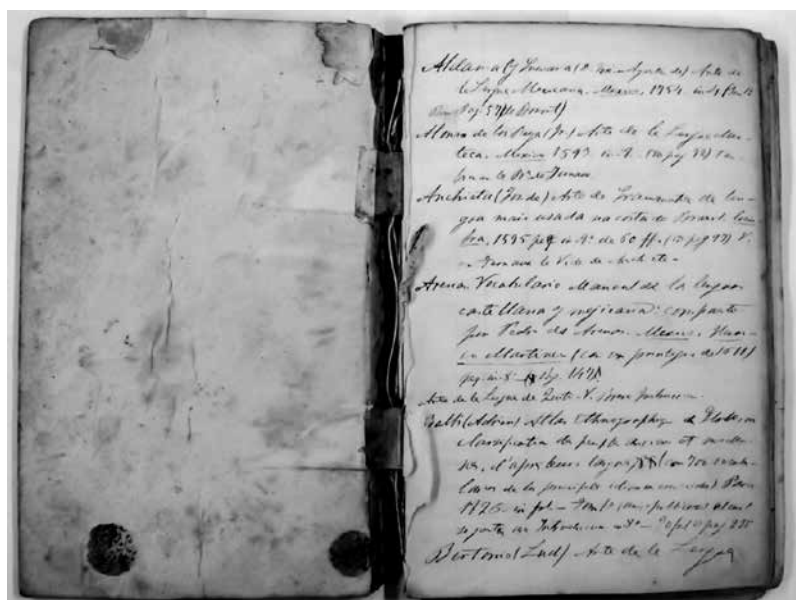


Figura 2. Libreta de Mitre con el registro de las compras de libros para la Biblioteca Americana. Fuente: Archivo del Museo Mitre, Armario 8, documento 16134.

Regresando al caso de los papeles de Mitre, todo este conjunto de fichas o papeletas de lectura de cada una de estas obras de lingüística fueron seleccionadas y editadas de manera póstuma por Luis María Torres (1909) en tres lujosos tomos, bajo el título *Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas* (Museo Mitre, 1909-1910). Esta transformación del corpus textual manuscrito en monumento por medio de la edición de los papeles de trabajo, notas y borradores de Mitre en el formato estable y definitivo de libro, con el contenido de las fichas de lectura, con énfasis en la dimensión libresca o bibliográfica, dejó de lado el resto de los materiales que los acompañan, sobre todo las libretas con clasificaciones, tablas, cuadros etnográficos y relaciones entre grupos indígenas y su emplazamiento topográfico que Mitre realizó con minuciosidad. La selección parcial realizada por Torres oculta así la

posibilidad de visualizar la trama sutil de indicios sobre los métodos de trabajo que nos provee el análisis de los libros en relación con los manuscritos originales que los acompañan y su vinculación, en el caso de Mitre, con las otras series que componen las secciones de su biblioteca.

CONCLUSIONES

A partir del caso de las bibliotecas particulares de dos estudiosos de la antropología en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, en estas páginas hemos señalado las posibilidades que estas abren a la investigación histórica. Más allá de la tradición que las considera como monumentos bibliográficos regidos por el gusto y la bibliofilia propia del *connoisseur*, producto del mero instinto de posesión coleccionista (Pearson, 2006), nos interesa señalar su dimensión herramental en los procesos de generación de conocimiento. Así, en tanto ámbito de indagación más cercano al archivo de trabajo o estudio-gabinete, las bibliotecas se constituían en espacios dinámicos donde el objeto-libro, entendido como un artefacto, se insertaba en redes de relaciones entre estudiosos. Allí ese artefacto convivía e interactuaba con una «tecnología de papel» en forma de libretas de notas, cuadernos, libros manuscritos, listas, documentos, catálogos, transcripciones, correspondencia, borradores y otros papeles de trabajo. En ese sentido, estos *corpora* asociados a las series bibliográficas actuaban como «máquinas de papel» (Krajewski, 2011) formadas por partes móviles, almacenables y descartables, concebidas para cumplir objetivos de indagación específicos. Como intentamos mostrar en este trabajo, esta vinculación entre el mundo material de los libros y el conjunto de manuscritos asociados a ellos constituye la puerta de acceso a los métodos de trabajo de los estudiosos dedicados a la antropología y a la etnografía lingüística en la Argentina de entre siglos. Enmarcadas en esa dialéctica entre las herramientas disponibles y los objetivos planteados, la sistematización fechada de los repertorios de notas de lecturas, los subrayados, la *marginalia* y las fichas o papeletas permiten reconstruir sus modos de leer y las influencias teóricas recibidas. Esto permite trascender las visiones consolidadas por algunos trabajos sobre historia de la antropología de base lingüística en la Argentina, donde los estudiosos de esa época son concebidos como parte de una etapa liminar, de aficionados sin teorías ni sistema de trabajo alguno definido. Estos indicios en el papel, por el contrario, permiten descubrir las adaptaciones teóricas que tanto Lafone como Mitre realizaron para estudiar los grupos indígenas el pasado. En el caso del primero, se observa la influencia de los manuales de la tradición anticuaria británica que indagaban en los nombres de lugar (*place-names*) para estudiar la toponimia histórica indígena en la región de Catamarca, o la utilización de conceptos desarrollados por Adolphe Pictet

(paleontología lingüística) y Friedrich Max Müller (el método biográfico para el estudio etimológico de los vocablos), influencias que no aparecen referenciadas como citas de autoridad en sus trabajos publicados (Farro, 2014a). En el caso del segundo, la máquina de papel asociada a su Biblioteca Americana, con sus listas registradas en hojas sueltas o prolijamente confeccionadas en libretas o cuadernos, trasciende el mundo del mero coleccionismo bibliófilo. En tanto herramientas heurísticas, las mismas registran sobre el papel no solo el despliegue de las prácticas bibliófilas o los modos de leer y de extraer información de Mitre, sino también la recepción, discusión y adaptación de ideas teóricas. Entre ellas se destacan la noción de ideología lingüística introducida en el estudio de las lenguas americanas por Peter Du Ponceau, el rechazo a la idea de la existencia de una literatura indígena americana, preconizada por el norteamericano Daniel G. Brinton, y la temprana recepción de las ideas de Herbert Spencer aplicadas a la evolución de las sociedades indígenas del continente.

Por último, los dos casos analizados aquí abren una serie de interrogantes de carácter más general relacionados con la historia de las bibliotecas y las prácticas bibliográficas en la Argentina. Se observa un aspecto interesante, que merece profundizarse, referido a la localidad de las series bibliográficas como insumo para el trabajo erudito. El caso de la biblioteca de Lafone Quevedo muestra que, si se tenían los recursos pecuniarios y las redes de relaciones adecuadas, se podía contar con un acervo bibliográfico específico y actualizado aún en un rincón alejado del noroeste del país, con autonomía de las bibliotecas públicas y privadas localizadas en espacios centrales, como la ciudad de Buenos Aires. Más aún, en el caso de este estudioso algunas de sus redes de aprovisionamiento de libros y manuscritos no pasaban por la ciudad porteña, sino que atravesaban Copiapó, Tarija, Lima o Asunción. Por otro lado, estas bibliotecas particulares de los miembros de la élite —como muchas otras de la época— funcionaron en el ámbito privado o doméstico y se constituyeron en un espacio de sociabilidad erudita: un lugar de encuentro, intercambio de ideas, libros y manuscritos, e incluso de producción conjunta, prácticas que estaban regidas por vínculos de amistad. Sin duda, Mitre construyó su identidad como erudito americanista sobre la base del gran corpus formado en su Biblioteca Americana; incluso llegó a ser velado, como era su deseo, en el espacio de su biblioteca, con el féretro colocado sobre su escritorio de trabajo. En esa biblioteca se proveyeron de libros, manuscritos y catálogos con novedades bibliográficas Francisco P. Moreno, Lafone Quevedo, Juan Bautista Ambrosetti, Luis María Torres y Félix Faustino Outes, figuras de papel gravitante en los estudios y en las instituciones de la antropología y la arqueología en las primeras décadas del siglo XX. En el caso de estas ciencias, aunque prescindiendo ya de la función de sociabilidad, la importancia de las bibliotecas particulares asociadas a espacios

domésticos de producción erudita parece haberse mantenido hasta bien avanzado el siglo, a pesar del desarrollo de las bibliotecas públicas y de las bibliotecas de las universidades⁸.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrieta, Rafael A. (1941). *Don Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Becú, Teodoro & José Torre Revello (1941). *La colección de documentos de Pedro de Angelis y El diario de Alvear*. Buenos Aires: Jacobo Peuser.
- Black, Alistair & Dan Schiller (2014). Systems of Information: The Long View. *Library Trends*, 62(3), 628-662.
- Blair, Anne (2010). *Too Much to Know. Managing Scholarly Information before the Modern Age*. New Haven: Yale University Press.
- Blanckaert, Claude (2009). Le fait et la valeur: disciplines de l'observation dans les instructions ethnographiques (XVIII^e- XIX^e siècle). En Sylviane Albertan-Coppola (ed.), *Apprendre à porter sa vue au loin: Hommage à Michèle Duchet* (pp. 29-56). Lyon: ENS.
- Buchbinder, Pablo (1996). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 13, 59-82.
- Buonocore, Domingo (1945). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Carbia, Rómulo (1939). *Historia crítica de la historiografía argentina, desde sus orígenes en el siglo XVI*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Chemla, Karine (2004). History of Science, History of Text: an Introduction. En Karine Chemla (ed.), *History of Science, History of Text* (pp. vii-xxvii). Dordrecht: Springer.
- Clark, William (2000). On the Bureaucratic Plots of the Research Library. En Marina Frasca-Spada & Nick Jardine (eds.), *Books and the Sciences in History* (pp. 190-206). Cambridge: Cambridge University Press.
- Clifford, James & George E. Marcus (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.

⁸ Acerca del papel de las bibliotecas particulares en la vida intelectual argentina, véase Tarcus, 2005.

- Crespo, Horacio (2008). El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo. En Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (I, pp. 290-311). Buenos Aires: Katz.
- Daston, Lorraine (2004). Taking note(s). *Isis*, 95(3), 443-448.
- Daston, Lorraine (2012). The Sciences of the Archive. *Osiris*, 27(1), 156-187.
- Daston, Lorraine (2017). *Science in the Archives. Pasts, Presents, Futures*. Chicago: University of Chicago Press.
- Daston, Lorraine & Elizabeth Lünbeck (2011). *Histories of Scientific Observation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Devoto, Fernando & Nora Pagano (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Delbourgo, James & Staffan Müller-Wille (2012). Listmania. *Isis*, 103(4), 710-715.
- Dewey, Melvil (1889). On Library Progress. *The Library*, 1, 367-376.
- Fariní, Juan Ángel (1944). *Origen y formación de la biblioteca del general Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: La Nación.
- Farro, Máximo (2009). *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria.
- Farro, Máximo (2011). Colecciones de cráneos, fotografías y manuscritos en el desarrollo de la antropología física y de la etnografía lingüística en la Argentina de fines del siglo XIX. En Maria Margaret Lopes y Alda Heizer (comps.), *Coleccionismos, prácticas de campo e representações* (pp. 93-104). Paraíba: EDUEPB.
- Farro, Máximo (2012). Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales. Los usos de las primeras colecciones de fotografías del Museo de La Plata a fines del siglo XIX. En Tatiana Kelly e Irina Podgorny (eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata* (pp. 69-95). Rosario: Prohistoria.
- Farro, Máximo (2013). Las lenguas indígenas como objeto de colección. Notas acerca de los trabajos lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX. *Revista de Indias*, 73(258), 525-552.
- Farro, Máximo (2014a). Place names and indigenous languages. Samuel Alexander Lafone Quevedo and British Antiquarian Methods in Nineteenth-Century Argentina. En Phil Kohl, Irina Podgorny & Stephanie Gänger (eds.), *Nature and Antiquities. The Making of Archaeology in the Americas* (pp. 79-105). Tucson: University of Arizona Press.
- Farro, Máximo (2014b). Observadores de gabinete, lenguas indígenas y «tecnología de papel». El archivo de trabajo de Samuel A. Lafone Quevedo. En *Actas de las VI*

- Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística «Las lenguas del archivo»*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. <http://jornadasfilologiaylinguistica.fahce.unlp.edu.ar/vi-jornadas-1/actas-2013/Farro.pdf>
- Gandía, Enrique de (1939). *Mitre bibliófilo*. Buenos Aires: Institución Cultural Mitre-Coni.
- Gitelman, Lisa (2014). *Paper Knowledge. Toward a Media History of Documents*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Grafton, Anthony (2006). Libraries and Lecture Halls. En Katharine Park & Lorraine Daston (eds.), *Early Modern Science, The Cambridge History of Science* (III, pp. 238-250). Nueva York: Cambridge University Press.
- Gupta, Akhil & James Ferguson (1997). *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkeley: University of California press.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006). Epistemic Infrastructure in the Rise of the Knowledge Economy. En Brian Kahin & Dominique Foray (eds.), *Advanced Knowledge and the Knowledge Economy* (pp. 113-134). Cambridge: MIT Press.
- Heesen, Ankete (2005). The Notebook: A Paper-Technology. En Bruno Latour & Peter Weibel (eds.), *Making Things Public. Atmospheres of Democracy* (pp. 582-589). Cambridge: MIT Press.
- Hoffmann, Christoph, & Barbara Wittmann (2013). Introduction: Knowledge in the Making: Drawing and Writing as Research Techniques. *Science in Context*, 26, 203-213.
- Holmes, Frederic L., Jurgen Renn & Hans-Jörg Rheinberger (2003). *Reworking the Bench. Research Notebooks in the History of Science*. Nueva York y Boston: Kluwer.
- Jackson, Heather J. (2005). *Romantic Readers. The Evidence of Marginalia*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Jacob, Christian (2014). *Qu'est-ce qu'un lieu de savoir?* Marseille: Open Edition Press. <http://books.openedition.org/oep/423>
- Klein, Ursula (2003). *Experiments, Models, Paper Tools. Cultures of Organic Chemistry in the Nineteenth Century*. Stanford: Stanford University Press.
- Krajewski, Markus (2011). *Paper Machines. About Cards & Catalogs, 1548-1929*. Cambridge: MIT Press.
- Latour, Bruno (1990). Drawing Things Together. En Michael Lynch & Steve Woolgar (eds.) *Representation in Scientific Practice* (pp. 19-68). Cambridge: MIT Press.
- Latour, Bruno (1996). Ces réseaux que la raison ignore: laboratoires, bibliothèques, collections. En Christian Jacob & Marc Baratin (eds.), *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres dans la culture occidentale* (pp. 23-46). Paris: Albin Michel.

- Lenoir, Timothy (1998). *Inscribing Science. Scientific Texts and the Materiality of Communication*. Stanford: Stanford University Press.
- Lidman, Tomas (2012). *Libraries and Archives. A Comparative Study*. Oxford y Cambridge: Chandos Publishing.
- Love, Harold (2013). The Manuscript after the Coming of Print. En Michael F. Suarez & Henry Woudhuysen *The Book. A Global History* (pp. 197-204). Oxford: Oxford University Press.
- Maas, Harro (2011). Sorting Things Out: the Economist as an Armchair Observer. En Lorraine Daston & Elizabeth Lünbeck (eds.), *Histories of Scientific Observation* (pp. 206-229). Chicago: University of Chicago Press.
- Márquez Miranda, Fernando (1956). Mitre y las lenguas aborígenes americanas. *La Nación*, sección dominical, 22 de enero.
- McKitternick, David (2013). *Old Books, New Technologies. The Representation, Conservation and Transformation of Books since 1700*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Ministerio de Justicia (1907). *Museo Mitre. Catálogo de la biblioteca*. Buenos Aires: Imprenta de Biedma e hijo.
- Mitre, Bartolomé (1864). Extract of a Letter from H.E. the President of the Argentine Republic, Don Bartolomé Mitre, to Mr. Bollaert, February 24, 1864. *Journal of the Anthropological Society of London*, 2, ccxxxvi.
- Mitre, Bartolomé (1877). *Una carta sobre literatura americana*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación.
- Molina, Raúl A. (1955). *Misiones argentinas en los archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Molina, Raúl A. (1957). Mitre investigador. Origen de los documentos de su «Archivo Colonial». En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 353-375). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Museo Mitre (1909-1910). *Catálogo razonado de la Sección lenguas americanas*. Buenos Aires: Museo Mitre.
- Museo Mitre (1912). *Correspondencia literaria, histórica y política del General Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Paulus, Michael (2011). The Converging Histories and Futures of Libraries, Archives and Museums as Seen through the Case of the Curious Collector Myron Eells. *Libraries and the Cultural Record*, 46(2), 185-205.

- Pearson, David (2006). Private Libraries and the Collecting Instinct. En Alistair Black & Peter Hoare (eds.), *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland, 1850-2000* (III, pp. 180-202). Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Podgorny, Irina (2011). Mercaderes del Pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850. *Circumscribere. International Journal for the History of Science*, 9, 29-77.
- Poovey, Mary (1998). *A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rheinberger, Hans-Jörg (1997). *Toward a History of Epistemic Things. Synthesizing Proteins in the Test Tube*. Stanford: Stanford University Press.
- Rivet, Paul (1957). Bartolomé Mitre y las lenguas americanas. En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 207-219). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Sabor de Riera, Josefa (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.
- Sanjek, Roger (1990). *Fieldnotes: the Making of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Shapin, Steven (1989). The Invisible Technician. *American Scientist*, 77, 554-563.
- Stillinger, Jack (1991). *Multiple Authorship and the Myth of Solitary Genius*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Stocking, George W. (1995). *After Tylor. British Social Anthropology, 1888-1951*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Tarcus, Horacio (2005). ¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural. *La Biblioteca*, 1, 22-29.
- Torre Revello, José (1957). Algunas referencias sobre la correspondencia de Bartolomé Mitre acerca de libros y documentos. En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 299-316). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Torres, Luis María (1909). Introducción. En *Museo Mitre, Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas* (I, pp. vii-xlii). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Turner, James (2014). *Philology. The Forgotten Origins of the Modern Humanities*. Princeton: Princeton University Press.
- Vignati, Milcíades (1958). Un catálogo de librero y una papeleta de Mitre. *Revista de Educación*, 3(6), 439-446.

- Vignati, Milcíades (1971). El informe de Francisco P. Moreno relativo a la Biblioteca de Gregorio Beéche. *Investigaciones y Ensayos*, 10, 69-81.
- Waquet, Françoise (2015). *L'ordre matériel du savoir. Comment les savants travaillent (XVIe-XXIe siècles)*. París: CNRS.
- Yale, Elizabeth (2011). Marginalia, Commonplaces, and Correspondence: Scribal Exchange in Early Modern Science. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 42(2), 193-202.

POLÍTICAS DE NEGOCIACIÓN Y ESTRATEGIAS DE INTERCAMBIO EN LA TRAYECTORIA DE LA BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL DE RÍO DE JANEIRO EN EL SIGLO XIX¹

Maria Margaret Lopes²

INTRODUCCIÓN

Existe una gran producción escrita sobre el Museo Nacional de Río de Janeiro, institución creada en 1819 como Museo Real del Imperio portugués que se organizaba en América³. Asimismo, se han hecho numerosas investigaciones sobre la comisión científica de exploración de las provincias del norte del país, la Comisión del Ceará, iniciativa que posibilitó la compra de libros que impulsaría la organización oficial de la biblioteca del museo en 1863⁴. No obstante, las estrategias utilizadas por los directores del museo —la principal institución científica del siglo XIX en Brasil— para la constitución de la biblioteca aún no han sido objeto de análisis detallados por parte de los historiadores de la ciencia o los especialistas en la información.

Diversos estudios, tanto del campo de la historia como del de las ciencias de la información y biblioteconomía, versan sobre la posesión y circulación de libros

¹ Traducción de Cecilia Gil Marino.

² Deseo expresar mi agradecimiento a Valter Ponte, Irina Podgorny, Máximo Farro, Maria de Fátima Medeiros de Souza, Ana Abreu, Alda Heizer, Regina Dantas y, especialmente, a Carlos Aguirre, Ricardo Salvatore y Antonio Carlos Sequeira Fernandes, así como también a Gustavo Moreira y a los colegas de la Biblioteca y el Archivo del Museo Nacional de Río de Janeiro. Por último, al Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Brasil (CNPq), por el apoyo a mis investigaciones.

³ Las consideraciones de orden más general presentadas en este artículo sobre el Museo Nacional de Río de Janeiro se encuentran en Lopes, 2009b.

⁴ Sobre la Comisión del Ceará, véase Lopes, 2009a; y Pinheiro, 2002. Sobre la Biblioteca del Museo, véase Cunha, 1966. Este volumen conmemorativo del centenario de la Biblioteca, que reúne e informa sobre diversos documentos históricos, fue elaborado por la bibliotecaria del Museo y continúa siendo referencial para nuestros trabajos sobre la institución.

y sobre las bibliotecas particulares y religiosas en el Brasil colonial. Sin embargo, incluso para este periodo —que fue el que atrajo el mayor interés por parte de los especialistas— aún hay mucho por indagar. En 1979, en un balance sobre la literatura producida, el reconocido historiador brasileño Luiz Carlos Villalta, sin desconocer su importancia, resaltaba los límites de la historiografía existente. Villalta apuntaba la necesidad de estudios más profundos que relacionaran, por ejemplo, a las bibliotecas con las ideas políticas vigentes, así como también de trabajos que reunieran análisis cualitativos y cuantitativos, revisitando fuentes muchas veces solo enumeradas. En el ámbito de los estudios de las ciencias de la información, trabajos más recientes —reconociendo que el periodo colonial atrajo principalmente el interés de los historiadores— continúan señalando la urgencia de retomar las fuentes y la importancia de los análisis interdisciplinarios a partir de nuevas perspectivas (Reifschneider, 2011; Rodrigues, 2011; Santos, 2010, entre otros autores). En este escenario de posibilidades, las ahora reconocidas como infraestructuras epistémicas articuladas en una economía del conocimiento, conocidas como las LAM (*Library, Archives, Museums*) (Hedstrom & King, 2006a; 2006b), comenzaron a despertar el interés en distintas comunidades de investigadores, inclusive en Brasil.

Sin embargo, fueron los historiadores, siguiendo las tendencias internacionales en los estudios del libro, los principales especialistas que se acercaron a las prácticas de lectura en Brasil, la existencia y el comercio de libros y las bibliotecas públicas y particulares que proliferaron en las distintas regiones del país en el siglo XIX. Este trabajo no se propone realizar una revisión del campo, que cuenta con diversos estudios sobre bibliotecas como la Livraria Pública de Bahía de 1818 (Nizza da Silva, 1971; Silva, 2010), la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, esta última con bibliografía propia, o las bibliotecas de diferentes figuras públicas que, por su actividad profesional, por ocio o por acumulación de patrimonio económico y cultural, quisieron y supieron preservar sus bibliotecas particulares y posibilitaron así análisis más densos sobre sus gustos de lectura (Ferreira, 2009).

En este escenario, marcado aún por ausencias significativas, se destaca una línea de investigación, muy alentadora para estudios futuros, inaugurada en la década de 1970 por los trabajos sobre las bibliotecas científicas del país de la reconocida historiadora luso-brasileña Maria Beatriz Nizza da Silva (1973). Estos estudios aún no han tenido la continuidad que merecen. Algunas perspectivas analíticas privilegiaron la interpretación del país como una colonia de exploración en oposición a las colonizaciones de poblamiento del hemisferio norte; también se enfocaron sobre la esclavitud y el Imperio —que perduraron durante todo el siglo XIX— como factores que imposibilitaron las prácticas científicas, incluso dentro de los reducidos sectores medios (Camenietzki, 2003). Estas interpretaciones hacen difícil —o por lo menos no estimulan— la plena inserción de los estudios históricos

y sociales de las ciencias y tecnologías dentro de las principales claves interpretativas de los procesos de cultura científica de las sociedades brasileñas.

En el marco de un proyecto más amplio sobre colecciones de libros, comercio y lecturas de ciencias naturales en el Río de Janeiro del XIX, y con el objetivo de retomar la línea de investigación que se ocupa de las bibliotecas científicas, este artículo parte de un supuesto más o menos obvio pero fundamental e inexplorado para este caso: entender la importancia que tiene para la producción de conocimientos científicos la articulación epistémica básica de estas infraestructuras —el museo y su biblioteca—, por un lado; y el museo y el panorama de libros disponibles, sea en bibliotecas particulares o públicas y en el mercado.

Museos, bibliotecas y archivos comparten trayectorias conjuntas y presentan aspectos teóricos y metodológicos comunes en cuando a sus procesos de colección, conservación y comunicación. No obstante, en el caso específico de los museos de historia natural del siglo XIX, cuyo fundamento básico era la investigación científica, sin libros clásicos ni publicaciones seriales —que fueron aumentando con el correr del siglo—, sin material fácilmente disponible y organizado para su consulta, se tornaban cada vez más difíciles las operaciones de traducción y transcripción que buscaban convertir a las colecciones de productos naturales característicos del país en nuevos objetos de las ciencias globales. En el caso de Brasil, sin sus archivos y publicaciones existentes y relativamente conservados gracias a la herencia de la burocracia centralizada portuguesa, no sería posible revisitar esas historias. Así, este artículo retoma las referencias dispersas existentes sobre la insistencia y las negociaciones constantes de los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro con los órganos de gobierno, en los años iniciales de su constitución, en torno a la importancia de comprar libros para formar colecciones. Reconstruyendo las negociaciones entre comercio y edición de libros en la correspondencia del encargado de la compra de libros en Europa con los recursos de la Comisión Científica, este artículo argumenta que, al articular archivos y bibliotecas —aunque aún no se advierte explícitamente en la literatura—, lo que se priorizó fue organizar una Biblioteca de obras raras, clásicas y fundamentales, especializada en ciencias naturales y cuyo destino era el Museo. Al final se menciona la iniciativa del director del Museo Nacional de Río de Janeiro en las últimas décadas del siglo XIX para crear su propia publicación y así mantener actualizado el Museo y posibilitar, a bajo costo, los intercambios internacionales, fundamentales para la investigación científica.

«LAS MEDALLAS DE LA NATURALEZA PARA REVELAR LA HISTORIA Y LAS REVOLUCIONES DEL GLOBO»

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, y hasta la organización formal de su biblioteca en 1863, los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro negociaron las compras de libros año tras año en las leyes de presupuesto de la institución y en el intercambio de documentos burocráticos con las secretarías de gobierno. En reiteradas ocasiones advirtieron que sin libros era imposible clasificar muestras, ordenar colecciones, organizar estantes y enseñar historia natural. Frei Custódio Alves Serrão, director del museo entre 1828 y 1847, articuló con suma claridad lo que hoy llamaríamos «infraestructuras epistémicas para la economía de conocimiento» en un discurso, explícitamente práctico, orientado a resaltar las ventajas de la utilidad de los recursos naturales y que buscaba sensibilizar a la burocracia del Imperio. En ese discurso del 6 de marzo de 1844, asimismo, es posible identificar su identificación con la noción cuveriana de los estudios teóricos de historia natural:

Si las Bibliotecas son el depósito del mundo intelectual y de los documentos que encerraron la vida de la humanidad en todos sus periodos, los Museos, como las Bibliotecas, resumen el mundo material y sus ejemplares, demuestran sus cambios, sirven como medallas de la naturaleza para revelar la historia y las revoluciones del globo. Estos preciosos depósitos, que registran todas las fuentes de riqueza material de una nación, proporcionan con creces al legislador ideas exactas y elementos necesarios para las grandes concepciones, tanto en la creación de recursos, como en la especulación de otros estudios que tienden a engrandecer su gloria y dignidad⁵.

El decreto de creación del Museo Nacional de 1819, que básicamente se refiere a la compra de las casas que alojarían a la institución, estipula que serían transferidos al nuevo Museo Real los instrumentos, máquinas y gabinetes que ya existían dispersos en otras reparticiones de la Corte, pero no menciona libros. Probablemente la primera obra manuscrita enviada al museo haya sido la *Descrição florestal da coleção de madeiras dos sertões do Rio Abaethé*, de Wilhelm Ludwig Eschwege, por entonces inspector general de minería de oro de Minas Gerais, quien ya había enviado diamantes y otras colecciones de minerales para la institución. Las primeras colecciones donadas venían acompañadas de sus referencias, aunque eran frecuentes los reclamos del director de que muchas de estas se perdían en la aduana o en las Secretarías de gobierno, lo que impedía que las muestras se

⁵ Frei Custódio Alves Serrão, «Relatorio dos trabalhos e aquisições havidas no Musêo Nacional durante o anno de 1843», 6 de marzo de 1844. Museo Nacional de Río de Janeiro.

tornaran «útiles para la ciencia»⁶. Un indicio de que en el Museo había libros es una referencia a ellos dentro de la propia documentación de la institución y que ha sido extensamente reproducida por la historiografía. Se trata de una solicitud de retirada, y no de adquisición o donación de libros, en la que se pide la transferencia de la obra «Museu de Napoleão» del Museo a la Biblioteca Pública de Río de Janeiro, sin mayores identificaciones⁷.

Menciones a la existencia, magnitud y carencia de libros en el museo se repitieron en los informes de sus directores a partir de la década de 1830 y de la gestión de Custódio Alves Serrão⁸: «Las obras que tratan sobre ciencias son costosas, en el Museo no existe una biblioteca» [...] una biblioteca propia [...] donde se reúnan los periódicos más autorizados». Aparecen también menciones sobre las dificultades para clasificar las colecciones que iban en aumento. La ausencia de obras clásicas de la historia natural era presentada como justificación de la imposibilidad de una denominación rigurosa tanto de la mayoría de las especies como de su distribución por géneros.

En la Biblioteca Pública —actual Biblioteca Nacional de Río de Janeiro— entre los años 1833 y 1834, cuando los libros eran divididos según las cinco clasificaciones del sistema de Bure⁹, faltaban especialmente obras de química, física y ciencias físico-matemáticas, y existía por lo menos un catálogo completo de 302 obras de ciencias naturales. No fue sin protestar que el bibliotecario ayudante, Cônego Felisberto Antonio Pereira Delgado, cumplió con la orden del gobierno de 1832 de elaborar, en común acuerdo con el director del museo, una lista de setenta títulos de historia natural para que fueran transferidos al Museo Nacional. La biblioteca, que recibía al público de lunes a viernes, se vería privada de esas obras preciosas, muchas de las cuales eran utilizadas y requeridas por los lectores, a diferencia del

⁶ Por ejemplo, las referencias que acompañaban las colecciones de esqueletos fósiles enviadas de Río Grande del Sur por el naturalista prusiano Friedrich Sellow (1789-1831). Museo Nacional, Carpeta 1, n. 24, 6 de noviembre de 1823.

⁷ Museo Nacional, Carpeta 1, n. 76, 4 de agosto de 1827.

⁸ Las informaciones que siguen constan en los informes de los directores del Museo de 1831, 1833, 1842, 1843, 1844, consultados por mí en los archivos del Museo Nacional, algunos disponibles en la página web www.museunacional.br, o bien en Cunha, 1966, y Lopes, 2009a, 2009b.

⁹ El sistema de clasificación de Guillaume-François De Bure (1732-1832) fue adoptado por varias bibliotecas europeas. Para dar una idea de la Biblioteca Pública en la época veamos las cifras de volúmenes en distintas secciones: en la sección de Teología existían 8228 volúmenes; en Jurisprudencia (Canónica y Civil) 4673; en Ciencias y Artes 8388; en Historia, englobando Geografía, Cronología, Antigüedad y Viajes había 14 742 volúmenes; además estaba la riquísima colección de dibujos, retratos, libros truncados y duplicados, así como también de preciosos manuscritos.

museo, que solo atendía al público un día a la semana¹⁰. Aunque los recursos eran siempre limitados, en el museo también se compraban libros: una ley de presupuesto del país aprobó una partida especial (800\$000 réis) para la compra de libros en el exterior y en 1843, a pesar de dificultades anteriores, fueron adquiridos cerca de 69 volúmenes de obras clásicas para las diferentes secciones del museo y 105 ejemplares de periódicos¹¹. En 1841, según los informes ministeriales, la Biblioteca Pública habría comprado para su acervo y para el del museo por lo menos «la tercera parte de la interesante obra de Spix y Martius y tomado en suscripción 3 ejemplares para ser distribuidos convenientemente, además de una obra novísima de Martius sobre Brasil». El emperador había donado dos juegos de una parte de la obra de Pohl al Museo y a la Biblioteca. A partir de allí no faltaron sugerencias tales como «un buen principio [de una biblioteca] se podría encontrar en la Biblioteca Pública de la Corte, solo así (clasificadas) las colecciones duplicarían su valor y podrían ser ampliadas». En 1842, la Biblioteca Pública puso a disposición del museo un volumen mayor de obras; sin embargo, por falta de espacio y acondicionamiento conveniente —otros dos problemas irresolubles en la retórica de los directores de los museos—, solo llegarían al museo durante la gestión del siguiente director.

En 1844, las colecciones de libros del museo eran contabilizadas de la siguiente manera: 77 libros de historia natural general, 90 de zoología, 34 de botánica, 3 de química, 6 de Física, 9 de Arquitectura y 227 fascículos de *Reino Animal* de George Cuvier, *Magazin de Zoologie* y *Flora Fluminense*, sumando un total de 446 volúmenes. Cuvier era uno de los autores que conformaban el núcleo central de los libros del museo. Desde las primeras organizaciones de las colecciones y al menos una vez más en 1838, el *Reino Animal* de Cuvier es mencionado como guía para la clasificación de las colecciones zoológicas¹². Los once volúmenes de *Le Règne animal distribué d'après son organization: pour servir de base a l'Histoire Naturelle des animaux et introduction a l'anatomie comparée, par M. Le Baron Cuvier* (París: Deterville, 1829-1830) y los dieciséis volúmenes de *The Animal Kingdom arranged*

¹⁰ «Ofício do ajudante bibliotecário Cônego Felisberto Antonio Pereira Delgado a José Lino Coutinho, sobre a transferência para o Museu Nacional de uma coleção de obras adequadas ao estudo das ciências naturais. (Acompanha uma relação de 302 vols.)», 4 de febrero de 1832 (Vellozo, 1961, pp. 299-302).

¹¹ El catálogo mencionado en Cunha, 1966 —que enumera algunos de los principales periódicos internacionales existentes en el Museo para la época y que incluyen desde el volumen 1 de las *Philosophical Transactions*— no proporciona datos sobre la entrada de las obras al Museo, lo que no nos permite realizar inferencias, ya que sería necesario otro tipo de investigación y nuevos levantamientos de información.

¹² «Relação dos Objetos que se conservam no Museu Nacional dessa Corte. 30/04/1838, p.143-151». Libro de Oficios del Museo Nacional, 30 de abril de 1838, pp. 143-151. Este parece ser considerado el catálogo más antiguo y completo del Museo.

in conformity with its organization by the Baron Cuvier with additional descriptions of all the species hitherto named and of many not before noticed (Londres: Whittaker, 1827-1835) constan en un catálogo digitalizado de Obras Raras del Museo Nacional de inicios de la década de 1990. Por las fechas, en particular la de la edición francesa, podrían corresponder a los fascículos mencionados por Custódio Alves Serrão.

En su obra sobre los restos fósiles existentes en el Museo Nacional, Frederico Leopoldo César Burlamaque (1803-1866), director del museo entre 1847 y 1866¹³, proclamándose inexperto en anatomía comparada y consciente tanto de las dificultades de comprensión de la obra clásica de Cuvier que consultaba como de la falta de objetos en el museo que pudieran servirle de comparación para guiarlo en sus trabajos, se limitó a describir los restos existentes en el museo sin atreverse a clasificarlos. A esas alturas, el museo ya contaba con otras obras de Cuvier. Entre los libros que habían sido transferidos de la Biblioteca Nacional constaban: *Iconographie du règne animal* (París: B. Baillière, 1829-1844, t. I) e *Histoire des poissons* (París: F.G. Levrault, 1828). Sin embargo, tal vez serían los fascículos de *Le Règne animal* los que dieran continuidad a las referencias de Burlamaque. Es sabido que, a través de su propio trabajo, en 1855, el museo recibió al menos el volumen VII del *Bulletin de l'Académie Royale de Bruxelles*, que incluía un artículo sobre la geología de Minas Gerais de un controvertido «naturalista dinamarqués, Pedro Claussen»¹⁴. A su vez, a través de este, el director del museo se enteró de los trabajos paleontológicos de Peter W. Lund en las cavernas de Lagoa Santa en Brasil, que serían publicados en la revista del Instituto Histórico Geográfico Brasileño (Lopes, 2010).

Desde los últimos años de la década de 1840, incluyendo la designación de Burlamaque para la dirección de la institución, el museo pasó por un periodo de expansión y diversificación. Una de las prioridades de la gestión de Burlamaque al frente del museo fue su internacionalización. Intercambiando muestras por periódicos —la estrategia más común de los museos del siglo XIX, especialmente fuera de Europa, para poder realizar las prácticas clasificatorias—, el museo pasó a recibir, por ejemplo, los *Annales de la Société National d'Agriculture de Cherbourg*. Exdirectores de algunas secciones del Museo, como Frei Custódio Alves Serrão¹⁵, especialista en química y mineralogía, Luiz Riedel, botánico, y Manuel De Araújo

¹³ Para un abordaje detallado de la gestión de Burlamaque en el Museo Nacional, véase Lopes, 2013.

¹⁴ Se trata de Claussen, 1841.

¹⁵ Tras jubilarse de la dirección del Jardín Botánico de Río de Janeiro en 1861, Custódio Alves Serrão publicó su autobiografía, donde afirmó que «no pudiendo conservar mi biblioteca con los sueldos que me quedaron para la vida a la que me iba a dedicar y repugnándome la idea de ceder al uso particular instrumentos que me ayudaron al cumplimiento de mis deberes de empleado, se la oferté al Museo» (Vellozo, 1961, pp. 361-368).

Porto Alegre, exdirector de la sección de Numismática, Artes, Huesos y Costumbres de Pueblos Diversos, donaron sus colecciones particulares de libros y periódicos.

A partir de la transferencia de libros de la Biblioteca Nacional, al menos desde principios del año 1850, los directores de las secciones tenían a su disposición, si no todas las publicaciones periódicas recién publicados que eran necesarias para sus trabajos, una serie de obras de calidad y autores diversos, incluidas la clásica *Histoire naturelle des oiseaux* de Buffon (1770-1786) y la *Histoire naturelle des Oiseaux de Paradis et des Rolliers, suivie de celle des Toucans et des Barbus* de François Le Vaillant (1806), entre otras¹⁶. El viajero naturalista Le Vaillant fue un vehemente opositor del sistema binomial de Linneo y sus clasificaciones imprecisas e inadmitidas fueron frecuentemente criticadas por los ornitólogos que se iban profesionalizando. Sin embargo, los diversos libros de Le Vaillant, financiados por su padre, tuvieron cierta importancia por la descripción de un gran número de especies de aves de varias regiones del mundo (Olsen, 2009). La *Histoire naturelle des perroquets* de 1804¹⁷, sería posteriormente también adquirida para el acervo de la Comisión de Ceará. Considerando la fauna local, este título pudo sin duda interesar a los directores del Museo, así como también el primer volumen de los *Annales du Muséum d'Histoire Naturelle* de París de 1802. Este incluía, entre otros artículos de profesores de la institución que fue modelo y referencia para la construcción del Museo de Río de Janeiro, una descripción de los topacios brasileños por Häüy, el mineralogista cuyo sistema de clasificación fue seguido y perfeccionado por Berzelius y Beudant —profesionales para ese entonces más actualizados—. Esto indica que tales libros o existían en el museo o sus directores tenían acceso a ellos.

Con la *Collecção das notícias para a história e geografia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portugueses ou lhes são vizinha*, publicada en cinco volúmenes entre 1812 y 1841 por la Academia Real de las Ciencias de Lisboa, llegó al museo, proveniente de la Biblioteca Pública, un material conocido por los estudiosos luso-brasileños del siglo XVIII: *Desenhos de gentios, animais, quadrupedes, aves, amphibios, peixes e insectos: prospectos de cidades, villas lugares, povoações, fortalezas edificios, rios e cachoeiras da Exposição Philosophica do Pará, Rio Negro, Mato grosso e Cuyabá. Copiados do real Jardim Botânico*, de Alexandre Rodrigues Ferreira (2 volúmenes,

¹⁶ Las obras que siguen se encuentran solo enumeradas entre las veinte obras que habrían sido el resultado de la transferencia de la Biblioteca Nacional, se conservaron en la colección de obras raras del Museo y fueron presentadas en la Exposición del centenario de la inauguración de la biblioteca (1966).

¹⁷ Como la obra de Buffon, y las otras que siguen, esta obra también continúa constando entre las obras raras del catálogo de la década de 1990, y con sus bellas reproducciones de aves, la *Histoire naturelle des Oiseaux de Paradis* está incluso disponible en la página del Museo: <http://www.obrasraras.museunacional.ufrj.br/>.

s/f). Las obras portuguesas *Flora Lusitanica* (1804), del director del Museo de Lisboa, Francisco A. Brotero; *Flora Conchincinensis* (1790), del naturalista João de Loureiro; y *Florae Lusitanicas et Brasiliensis specimen* (1787), de Domingos Vandelli, organizador de los Museos de Ayuda y de los cursos de Filosofía Natural de la Universidad Reformada de Coimbra, llegaron juntas al Museo, con la *Flora Zeylanica* de Lineu (1747). El ejemplar del museo es referido como una edición de 1748 impresa en Ámsterdam por J. Wetstenium.

En esa transferencia, el museo también habría recibido, entre otras obras, aquella que fue considerada la más antigua de su biblioteca: la *Historia Naturale* de Plinio, publicada en Venecia por Philippi Ueneti en 1481, que posiblemente perteneció a la emperatriz Leopoldina de Habsburgo, primera esposa de D. Pedro, el primer emperador de Brasil. Asimismo, destacaban el libro del naturalista Willem Piso —al cual acompañaría Mauricio de Nassau en la ocupación holandesa de Recife—, *De Indiae utrusque Re Naturali et Medica* (1658) y la obra de Johann Jacob Scheuchzer, *Herbarium Diluvianum* (1709); el autor de esta última, publicada en Leiden en 1723, se basó en las numerosas plantas de su colección de fósiles, considerada en la época una de las mejores de Europa. También llegó al museo la *Dissertatio de generatione et metamorphosisibus insectorum surinamensium* de Maria Sibylla Merian, publicada en Ámsterdam por J. Oestewyk en 1719. Poseedora de una vasta cantidad de ilustraciones, lo que facilitaba enormemente los estudios comparados, para su clasificación, esta sería una obra que no perdería su actualidad. Publicada en varias ediciones de su traducción al francés, fue ampliamente utilizada por los entomólogos hasta bien entrado el siglo XIX. Hermann Burmeister, el director del Museo Público de Buenos Aires, la citaba incluso en sus obras de fin de siglo (Podgorny & Lopes, 2014), por ejemplo, y sus ejemplares llegan aún hoy a precios elevadísimos en el comercio de libros raros.

Esas transferencias sugieren que para el museo —cuya colección de libros se encontraba habilitada para los especialistas autorizados por el director pero aún no estaba disponible para el público, como era el caso de la Biblioteca Nacional— estas fueron obras de gran valor histórico, económico o de alguna posible utilidad, aunque no estuvieran necesariamente actualizadas. Cabe destacar que los casos mencionados, que son aquellos sobre los cuales tuvimos mayores evidencias de que efectivamente estuvieron en el museo a mediados de siglo, están lejos de constituir la totalidad de los libros existentes o de aquellos que estaban disponibles en —y para— la institución.

En ese periodo, las redes de sociabilidad científica de la Corte eran, si no limitadas, por lo menos pasibles de ser mapeadas (Pinheiro, 2009). Los directores del museo también eran profesores de las facultades de Medicina e Ingeniería de Río de Janeiro, socios del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (IHGB) y

de la Sociedad Auxiliadora de la Industria Nacional (SAIN), y fundadores de la Sociedad Vellosiana, exclusivamente dedicada a las ciencias naturales. Publicaban en los periódicos de esas asociaciones, que conservaron en el museo, así como también en las nuevas publicaciones nacionales que comenzaban a ser ampliadas, siguiendo el ejemplo de la *Biblioteca Guanabarensis*, de la *Revista Brasileira* y de los periódicos diarios.

Fueron muy corrientes los reclamos sobre las colecciones que pertenecían al museo que fueron llevadas a la Escuela Politécnica para ser utilizadas en las clases y que no fueron devueltas posteriormente; o sobre el traslado sin retorno de los instrumentos del laboratorio químico del museo a la Facultad de Medicina. Asimismo, lo fueron también las solicitudes de compra de colecciones por parte de la Escuela Politécnica, cuando faltaban recursos para el Museo, o las disputas polémicas hasta la década de 1880 sobre libros que habían sido retirados del Museo Nacional y no habían sido devueltos por el posterior director del Museo Botánico del Amazonas, según el director del Museo Nacional. Por ejemplo, cuando no disponían de libros y periódicos en el museo, los directores utilizaban aquellos que compraban para la Escuela Politécnica. Cuando Burlamaque asumió simultáneamente la dirección del museo, la tercera sección de Mineralogía, Geología y Ciencias Físicas, y la cátedra de Geología en la Academia Militar, solicitó la compra de catorce obras de Nérée Boubée (1806-1862), profesor de la Universidad de París, comerciante de productos naturales y propietario de su propia casa editora. Entre las obras adquiridas estaban el *Manuel Élémentaire de Géologie* y el *Tableau de la Classification des Roches, Fossiles et Minéraux pour Servir au Classement des Collections*¹⁸. La cuarta edición de la obra de Nérée Boubée, *Géologie Élémentaire Appliquée à l'Agriculture et à l'Industrie, Avec un Dictionnaire de Termes Géologiques ou Manuel de Géologie* de 1846, fue incluso traducida por Burlamaque para sus clases y citada en sus artículos de análisis de las colecciones mineralógicas del museo, publicados en las revistas brasileñas.

No comprar y dividir las obras existentes entre el IHGB, la Biblioteca Nacional y bibliotecas particulares de naturalistas de Río de Janeiro fue la justificación presentada por los directores del Museo Nacional como parte de las explicaciones que tuvieron que dar por el importante gasto referido a la compra de libros para la Comisión de Ceará, que constituyó oficialmente la biblioteca del museo, frente a las acusaciones de que era una exageración.

¹⁸ Sobre la compra de bibliografía y colecciones de muestras para las aulas de la Escuela Militar, véase Figueirôa, 1997.

«...PARA EVITAR EL TRISTE ESPECTÁCULO DEL AISLAMIENTO CIENTÍFICO»

El 5 de setiembre de 1863, Burlamaque informaba al gobierno que la nueva Biblioteca del Museo Nacional estaría constituida por «más de 3000 volúmenes de excelentes obras, particularmente de Ciencias Naturales». A los libros que el museo ya poseía se sumaron «tal vez 2000 volúmenes» adquiridos por la Comisión Científica de Exploración, que aún debían llegar de Hamburgo, y 200 volúmenes más, especialmente de botánica, cedidos a la Sociedad Velloziana —que funcionaba en el Museo Nacional— por el médico organizador de una *Flora Paranesa* y colaborador constante del museo, Antonio Corrêa de Lacerda (1777-1852). El acervo del museo, hasta entonces, era visiblemente modesto. Sumaba un total de 347 obras en 1267 volúmenes: 74 obras en 318 volúmenes de zoología; 67 en 205 de botánica; 32 en 51 de geología; 16 en 82 de física; 23 en 45 de mineralogía y metalurgia; 37 en 88 de química; 30 en 95 de numismática y arqueología; y 68 en 383 de obras generales, que incluían relatos de viajes, memorias, obras periódicas científicas y diccionarios.

El director aún recordaba que además de las ciencias naturales y físicas, el museo abarcaba también las áreas de arqueología y numismática, agricultura y etnografía, por lo que era conveniente que la nueva biblioteca contemplara también las obras esenciales de dichas áreas. Comprensivo y precavido, consideraba que, dados los pocos recursos, si no era posible adquirir todo al mismo tiempo, sus compras podrían ser garantizadas a través de subvenciones continuas. Manoel Ferreira Lagos (1816-1871), secretario del IHGB y adjunto de la sección de Anatomía Comparada y Zoología del Museo Nacional, fue nombrado bibliotecario. El museo precisaba realizar gastos extraordinarios para comprar cuatro armarios para libros, dos mesas grandes, cuatro tinteros, cuatro estantes, además de nuevos libros; cubrir el costo de encuadernación, suscripción de obras periódicas y continuación de los diarios científicos que el museo poseía desde el inicio; y también pagar por un ayudante para el bibliotecario. Para acomodar todo esto —libros, mesas, estantes y personas— definitivamente faltaba espacio. Sería necesaria una «pequeña» reforma y un «pequeño gasto»¹⁹.

Los directores del Museo Nacional de Río de Janeiro vieron en la propuesta de la Comisión Científica de Exploración de las Provincias del Norte del País²⁰ una

¹⁹ «Relatório dos trabalhos e aquisições havidas no Museu Nacional, desde o último relatório com data de 3 de janeiro do ano corrente, até setembro do mesmo ano. 5 de setembro de 1863. Dr. Frederico L.C Burlamaque. Diretor do Museu». Museo Nacional, 1861-1869, f. 59.

²⁰ Presidida por la reconocida autoridad científica del botánico Francisco Freire Allemão (1797-1874), quien también era jefe de la sección de Botánica y sería el futuro director del Museo

excelente oportunidad para la creación oficial de la biblioteca del Museo Nacional. La Comisión de Ceará, iniciativa del museo para explorar los recursos naturales de esas regiones del país, comenzó a ser articulada en 1856, cuando fue presentada a través del IHGB justamente por Manoel Ferreira Lagos, que vendría a ser entonces el primer encargado oficial de la biblioteca del museo. El ambicioso proyecto era el mismo perseguido por todos los museos del siglo: grandes expediciones, abundantes colectas de productos naturales y de civilizaciones desaparecidas o en vías de desaparecer —por la civilización que las propias expediciones se empeñaban en llevar—, seguidas por años de trabajo en gabinetes y laboratorios para, a través del análisis y consultas bibliográficas, producir nuevos libros con nuevas contribuciones para la ciencia. La naturaleza de Brasil era pródiga, pero faltaban libros en el museo y estos costaban caro. Para convertir al Museo Nacional de Río de Janeiro en un museo a la altura de su tiempo, que compitiera con los museos europeos y norteamericanos, como querían sus directores, las consultas de publicaciones eran esenciales y había que elaborar una estrategia para obtenerlas.

En la época de la propuesta y las primeras expediciones de la Comisión Científica de Exploración, esta contaba con abundantes recursos y el apoyo del gobierno imperial brasileño. Debido a los costos de la Comisión, se aprobaron amplios créditos sin oposición alguna. Los periódicos elogiaban la iniciativa, exaltaban el coraje de los naturalistas y «naturalmente preparaban la tunda para nuestro regreso», informaba Lagos a Antônio Gonçalves Dias, el 14 de octubre de 1856, como respuesta a la pregunta de este último sobre «cuándo recogerían insectos en Ceará»²¹. El conocido poeta romántico, graduado en derecho, profesor de historia y latín en el Colegio Imperial Pedro II, encargado ya anteriormente de evaluar bibliotecas antiguas —como las heredadas de los colegios jesuitas— estaba por esa época viajando por Europa al servicio del gobierno, recogiendo y reproduciendo documentos de interés para la historia de Brasil.

Nacional, la Comisión se estructuró además en las siguiente secciones: Zoológica, coordinada por Manoel Ferreira Lagos (1816-1871); Geológica y Mineralógica, dirigida por Guilherme Schüch de Capanema (1824-1908), ambos directores del Museo Nacional; Astronómica y Geográfica, que tenía al frente a Giacomo Raja Gabaglia; y Etnográfica y Narrativa de Viaje, bajo la responsabilidad de Gonçalves Dias (1823-1864). Integraban también la Comisión como principales adjuntos Manuel Freire Allemão y João Martins da Silva Coutinho, futuros directores de las secciones de Botánica y Geología del Museo Nacional; João Pedro Villa Real, naturalista preparador (su hermano Luis Antonio era adjunto de la sección de Zoología del Museo); Agostinho Vitor Borja Castro, formado en Matemática por la Escuela Militar, y futuro profesor de la Politécnica de Río de Janeiro en 1872; y el teniente José Reis de Carvalho, profesor de dibujo de la Escuela Imperial de la Marina de 1828 a 1865, quien sería el dibujante de la Comisión.

²¹ Las menciones a la correspondencia de Gonçalves Dias que siguen, indicadas en el texto por fechas, están en la Biblioteca Nacional. Véase también Gonçalves Dias, 1964, y 1972, pp. 79-80.

En su correspondencia personal con el emperador D. Pedro II²², a quien le informaba en detalle sobre el curso del trabajo, Gonçalves Dias daba cuenta de las complejidades burocráticas y de las dificultades para encontrar un secretario para copiar infinidad de documentos en la Torre de Tombo, en la Academia de las Ciencias de Lisboa, en el archivo del Consejo Ultramarino —en ese entonces en el Palacio de Ajuda—, en la Biblioteca de Porto o en el «tesoro» que era la biblioteca de Évora para Brasil. Reclamaba por los complicados arreglos diplomáticos para recibir y enviar cartas y para obtener autorización para la copia de los documentos de los archivos y bibliotecas portuguesas; el patronazgo del emperador o de sus parientes portugueses era muchas veces la única solución.

Su misión era adquirir, especialmente en Portugal, documentos tales como cartas regias entre 1648 y 1798, acuerdos entre 1628 y 1662 y entre 1675 y 1683, además de muchos otros documentos que enumeraba en sus cartas al emperador —en las que también le contaba sobre el avance de sus publicaciones literarias—. Se trataba de formar un archivo del Imperio de Brasil que les permitiera a los socios del IHGB escribir la historia a partir de los propios naturales del país. Se trataba de un proceso muy similar a aquello que se pretendía hacer en el Museo: que fueran los propios naturalistas del país, y no solamente los extranjeros, los que escribieran sobre la historia natural de Brasil. Sin embargo, para eso era fundamental que se adquiriera todo lo que ya había sido escrito sobre el país. A la misión de recoger documentos para el Archivo del IHGB se sumó la de comprar libros para la biblioteca del museo.

El primer cuestionamiento sobre los trabajos de la comisión, que dio lugar a una serie de sucesivas e injustas críticas, según Lagos, trataba justamente de la compra de una «voluminosa biblioteca solicitada por la Comisión y del material calificado de inmenso e innecesario». Guilherme de Capanema²³, director de la sección de Mineralogía y Geología del Museo Nacional e integrante de la comisión, salió a defender la compra de los libros, aunque reconoció que se trataba de una cantidad «bastante considerable». Garantizó que solo habían sido solicitadas las obras consideradas indispensables para los trabajos de historia natural y que no estaban en las bibliotecas públicas ni en las particulares de la Corte de Río de Janeiro. Así,

dejaron de pedir las espléndidas publicaciones de Humboldt y Bompland, de Spix y Martius, de Pohl, de Saint-Hilaire y de otros autores existentes en la Biblioteca Nacional y en la de nuestro Instituto (IHGB); así como las

²² Véanse especialmente las cartas del 2 de agosto, 5 de setiembre y 6 de noviembre de 1854; 29 de mayo, 13 de julio y 12 de agosto de 1855; 7 de enero, 12 de mayo, 14 de junio, 13 de setiembre y 6 de octubre de 1856; y 4 de enero de 1857.

²³ Sobre Capanema, véanse los trabajos de Figueirôa, 2001 y 2009.

obras de Reamur, Olivier, Schoenherr, Fabricius, Guérin-Ménéville, Meigen, Macquart, Déjean y muchas otras bellas monografías que posee nuestro amigo y compañero de expedición el Dr. Ferreira Lagos, en cuya excelente biblioteca se encuentran también las preciosas colecciones completas de los *Annaes* de la Sociedad Entomológica de Francia, de las *Suites à Buffon* publicadas por Roret, la Historia Natural de los peces de Cuvier y Valenciennes, etc., etc. (Gonçalves Dias, 1862, p. CXLV)²⁴.

Con respecto a los periódicos científicos, unos pocos fueron pedidos «por ahora», explicó Capanema, «para no sumar gastos; sin embargo las series completas de muchos son de absoluta necesidad, dado que en ellas se encuentran las numerosas memorias de importancia sobre la geografía y la historia natural de Brasil, y se solicita que la comisión esté actualizada con esos trabajos para evitar el triste espectáculo de aislamiento científico e ignorancia de lo que se ha escrito sobre el propio país» (Lagos, 1862, p. CXLV). Por eso mismo, Capanema solicitó específicamente a Gonçalves Dias que comprara otro volumen del *Edinburgh New Philosophical Journal* de 1841, para confirmar en el campo —en la chapada del Araripe, Ceará— los restos fósiles de peces descritos por Agassiz y corregir las descripciones geológicas de Gardner, cuyos artículos allí habían sido publicados (Gardner, 1841; Agassiz, 1841).

Capanema, que estudió y viajó por toda Europa, conocía libreros, instituciones científicas y departamentos de Estado. Indicaba con precisión las direcciones donde Gonçalves Dias debía buscar, incluso sus pedidos personales de libros, como los *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, el *Journal d'Agriculture pratique*, el *Journal des fabricants de Papier*, el *Bulletin de la Société d'Acclimatation* en París o el *Botanical Magazine* de Curtis, que ya debería estar por el volumen 80 y podría ser encontrado en la Willis & Sotheran en Londres; y las obras de Lindley, *Genera and species of orchidaceous plants*, de 1830-1840, y el *Sertum Orchidacearum*, de 1837-1842²⁵. El 2 de febrero de 1857 Gonçalves Dias ya había encontrado un ejemplar del *Sertum* en Leipzig en perfecto estado. Sin embargo, aún no lo compraría, dado que aguardaba información sobre el precio de la obra en Londres. En otras cartas informaba a un amigo sobre el progreso de las compras de sus libros y otros que acabó por comprar, como las obras de Candolle, Monkoven y Payer, y la décima

²⁴ Obras de esos autores citados como pertenecientes a Lagos se encuentran en el catálogo de obras raras de la Biblioteca del Museo. Los contemporáneos le atribuyeron valor a esa biblioteca particular que fue comprada por el gobierno, a pedido del Museo, por un valor de 14 contos de réis a pagarse en dos ejercicios financieros, por una orden del 9 de setiembre de 1871 (Cunha, 1966).

²⁵ Cartas del primero de marzo y del 4 de diciembre de 1856.

livraison de *Organogenia vegeta*²⁶. Para Lagos, Gonçalves Dias debería buscar el *Catalogue méthodique de Muséum d'histoire naturelle*, ya que él únicamente había recibido la primera y segunda *livraison* de la colección de reptiles, la primera y segunda de insectos coleópteros y la primera de mamíferos, y necesitaba los demás para sus estudios²⁷.

El 24 de febrero de 1857 Capanema envió a Gonçalves Dias el pedido de la biblioteca de la Comisión Exploradora. Mientras Gonçalves Dias se encargaba de la compra de los libros, el ingeniero Raja Gabaglia, que dirigía la sección de Astronomía de la Comisión, era el encargado de la compra de todos los demás materiales, instrumentos y aparatos necesarios, que abarcaban desde pequeños frascos de vidrio, papel y tinta para dibujo, hasta microscopios y telescopios. Para la compra de los libros alemanes sugería la librería Perthes Besser & Mauke en Hamburgo, que era la encargada del envío de las publicaciones que la Academia de Ciencias de Viena mandaba para el IHGB. La propia editora se encargaba de la encuadernación de los libros y los que estaban en oferta al momento de compra eran ofrecidos por el mismo precio de los anticuarios. Las casas comerciales como Perthes Besser & Mauke en Hamburgo y la Brockhaus de Leipzig eran mencionadas entre las principales editoras y distribuidoras de libros y obras inusuales en catálogos de otras bibliotecas de la época, como el de la Astor Library, que se convertiría posteriormente en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Una sección del propio catálogo de la biblioteca norteamericana —como ejemplo explícito para comprender el papel que juegan actualmente las infraestructuras epistémicas— dedicaba una sección a los *booksellers*, mencionando que esa sería una parte «corporal» y no «espiritual» de la bibliografía. Los próximos libros serían considerados en su totalidad como cosas materiales y mercadería. Allí, se destacaba que Alemania tenía prioridad sobre todos los otros países en el comercio de libros. Había editoras y casas comerciales en casi todas las regiones del país y, sin duda alguna, Leipzig era el gran centro de ese comercio, incluyendo sus ferias de libros (Cogswell, 1851). Precios económicos, sugería Capanema —quien parecía tener el catálogo en su mano—, también eran ofrecidos por Willis & Sotheran, de Londres, cuyos catálogos de la época ofrecían libros nuevos y de segunda mano, ingleses y extranjeros, así como libros antiguos impresos y manuscritos, «todos en buenas condiciones de uso y con precios muy razonables». A título de ejemplo, el catálogo de 1859, de «libros superiores de segunda mano», ofrecía antigüedades, biografías, heráldica, historia, idiomas, viajes, historia natural, arquitectura, libros

²⁶ Cartas del 3 de setiembre de 1857 y del 4 de marzo de 1858.

²⁷ Carta del 14 de octubre de 1856.

ilustrados y reproducciones de imágenes a precios alterados (Willis & Sotheran, 1859).

Sin embargo, por una cuestión de calidad y economía, la mejor opción para la compra de los libros fue la de Brockhaus, uno de los más reconocidos anticuarios dedicados a publicaciones sobre viajes de exploración y etnología, fundado en Leipzig en 1856 (Werner, s.f.), tal como Gonçalves Dias explicaba en detalle para justificar sus gastos frente al emperador²⁸. Friedrich Brockhaus y especialmente Paul Trömel, gerente y responsable de la organización de los libros raros de Brockhaus, mantuvieron correspondencia regular con Gonçalves Dias, tanto como viabilizadores de las compras de libros para la Comisión, como en su condición de editores de algunas de sus obras en Leipzig, como por ejemplo los *Timbiras* y el *Diccionario de la lengua Tupi*.

En el comercio de libros, a los intereses de la misión oficial se sumaron los intereses particulares de Gonçalves Dias. Por su parte, el poeta intercedería también a favor de los intereses de Paul Trömel y de los hermanos Heinrich y Friedrich Brockhaus. Su objetivo, el cual sería cumplido, era el de convertirse en libreros oficiales del IHGB, bajo el beneplácito del emperador²⁹. Poniendo en evidencia el avance de esas negociaciones, que se extenderían hasta el año siguiente, una de las cartas de Paul Trömel ya contaba con el sello de armas del Imperio de Brasil y la leyenda «F.A. Brockhaus. Libraire de Sa Majesté D. Pedro II. Empereur du Brésil et de l'Institut d'Histoire et de Géographie à Rio de Janeiro»³⁰.

Al principio existieron desacuerdos con los hermanos Brockhaus. Sin embargo, posteriormente, los negocios se arreglaron, tanto en relación con la edición de las obras de Gonçalves Dias como con los pedidos para la Comisión. Esto fue logrado por medio de las amenazas de interrupción de la edición de los trabajos del poeta y, fundamentalmente, por el interés de Brockhaus de entrar en el mercado editorial brasileño, como Gonçalves Dias informaba a Capanema en las cartas intercambiadas con su amigo³¹. Al comunicarse con el emperador, Gonçalves Dias no expresó más que elogios a Brockhaus —que por primera vez trabajaba para Brasil— y a la facilidad con la que se editaban los libros en Leipzig³². Asimismo, explicaba cómo los procedimientos de la compra de libros, y principalmente de los instrumentos, eran lentos, y por eso retrasaban la partida de la Comisión. Esta fue una estrategia que también utilizaron los encargados de la Comisión Científica para esperar una

²⁸ Carta del 4 de noviembre de 1857.

²⁹ Carta del 28 de diciembre de 1857.

³⁰ Carta del 10 de octubre de 1857.

³¹ Cartas del 2 y 5 de febrero de 1857.

³² Carta del 4 de marzo de 1857.

coyuntura política más favorable para su partida a Ceará, como ya fue discutido en otros trabajos.

Brockhaus pedía en junio de 1857 tres meses para obtener libros en buenas condiciones y a precios más baratos, los cuales, de todos modos, representaban una suma muy alta para el contexto brasileño. Las obras solicitadas solo se hallaban en los locales de anticuarios. Buscarlas, escogerlas y encuadernarlas llevaba tiempo, para lo cual el librero haría uso de sus contactos en toda Europa, según informaba Gonçalves Dias. Los libros seleccionados para la compra eran impresos por sociedades científicas o gobiernos y, en general, se trataba de pequeñas ediciones con un gran número de estampas a color que los volvían aún más caros, ya que había que elegir los ejemplares en mejor estado de las mejores ediciones. El librero se responsabilizaba por la calidad de las obras, aseguraba Gonçalves Dias al emperador, «porque desea ser el librero del IHGB en Europa»³³.

De hecho, dada la calidad de las obras y la belleza y perfección de las imágenes de varias identificadas por el *ex libris* de la Comisión, algunas fueron elegidas para figurar en la exposición conmemorativa del centenario de la biblioteca en 1963. Ese fue el caso de las de Caspar Stoll, *Representation exactement coloré d'après nature des Punaisses* y *Representation exactement coloré d'après nature des Cigales*, ambas publicadas en Ámsterdam en 1788; la de William Jackson Hooker, *Figures and descriptions of ferns*, publicada en dos volúmenes en Londres en 1831; y la de R. P. Egramelle, *Insects d'Europe peintes d'après nature par Ernest*, publicada en París en 1779. En la misma Exposición también se incluyeron las obras, con los *ex libris* de la Comisión, de Louis de Freycinet, *Voyage autour du monde faite pour ordre du Roi sur les corvettes de S.M. l'Uranie et la Physicienne pendant les années 1817, 1818, 1819, 1820*, publicada en París entre 1824 y 1849; y de Marcus Elieser Bloch, *Ichtiologie or Histoire naturelle générale et particulière des poissons*, publicada en Berlín entre 1785 y 1797.

Tres raras encuadernaciones holandesas y de primer orden, de las cuales no se conseguiría un segundo ejemplar, las obras de Montoya y Lindley pedidas por Capanema, estaban siendo provistas por Trömel³⁴, que también había enviado los *Études administratives* de M. Vivien y una pequeña gramática holandesa, posiblemente para uso personal de Gonçalves Dias, que quería aprender el idioma. Trömel proveyó también un ejemplar del *Curtis Botanical Magazine*, reuniendo los 73 volúmenes de 1787 a octubre de 1843, informando que sería fácil completar la serie hasta 1856, indicando los precios y garantizando que los libros podrían ser

³³ Carta del 3 de junio de 1857.

³⁴ Carta del 24 de febrero de 1857.

devueltos en caso de que el comprador no los quisiera. Al encontrarlos, los mandó a reservar a cualquier precio y compró por 100 francos, según Gonçalves Dias, un ejemplar bien completo de Hervás, *Catálogo de las lenguas* (1800), que poseía un valor agregado. Estaba a la venta en una subasta en París entre las obras de d'Orbigny³⁵.

Evidenciando el interés por los estudios paleontológicos que Burlamaque inauguraba en el museo, fueron compradas y forman parte de la biblioteca de obras raras del museo las cuatro obras de paleontología botánica de Heinrich Robert Goeppert de 1836, 1841, 1848 e 1854; la obra de 1844 sobre infusorios de diversos ambientes marinos de Christian Gottfried Ehrenberg, un reconocido pionero en micropaleontología; la obra *Petrefacta Germaniae* sobre los fósiles invertebrados de Alemania de 1826-1844, con un atlas de 199 imágenes de August Goldfuss que Trömel había prometido³⁶; y el libro de Agassiz, *Recherches sur les poissons fossiles*, de Neuchâtel, 1833-1843, dedicado a Humboldt y con la descripción de quinientas especies de peces fósiles. Las informaciones regulares de Trömel sobre la búsqueda y reserva de los libros encomendados estaban siempre acompañadas de información sobre la impresión de las obras de Gonçalves Dias y de pedidos para interceder con el IHGB, prometiendo obsequiar al instituto la selección de las mejores publicaciones de la editora. Trömel, que publicó diversos catálogos y estaba preparando su *Bibliothèque Américaine* (1861) —un catálogo de 435 libros, referencial hasta el día de hoy—, pedía a Gonçalves Dias información para consultar la revista del IHGB, si había alguien en Alemania que tuviera la colección³⁷.

La suma de recursos disponibles para los gastos a los que las correspondencias se refieren comenzó con 3000 libras esterlinas y llegó a 4000; 1300 se destinaron para libros y el resto para instrumentos. Se trata solamente de valores indicativos de la proporción de los recursos disponibles, dado que no es posible confirmar el valor total de los gastos de las compras realizadas en Europa, ya que además implicaban toda una movilización de otro tipo de recursos como cartas, correos, transporte de libros y materiales científicos de una ciudad a otra a través de puertos y aduanas, sin contar las deudas. Gonçalves Dias le confesaba a Capanema que aprovecharía el crédito que había adquirido con Brokhaus. Compraba lo que era necesario y luego quedaba en deuda hasta que el gobierno suministrara el pago³⁸. El 5 de mayo de 1858, en vísperas del retorno a su país, le comentaba al emperador que

³⁵ Cartas del 17 de diciembre de 1857 y del 25 de enero de 1858.

³⁶ Carta del 8 de mayo de 1857.

³⁷ Cartas del 3, 21 y 31 de marzo de 1857.

³⁸ Cartas del 3 de julio y del 2 de agosto de 1857.

aún esperaba un crédito suplementario solicitado al ministro del Imperio desde noviembre del año anterior.

Gonçalves Dias se refería a Brockhaus como la «perla de los libreros para descubrir cosas viejas y raras», y estaba convencido de haber hecho un gran negocio, así como también de la indicación para que el IHGB lo nombrase su librero. Entre los argumentos a favor de que Brockhaus se convirtiera en el comprador y distribuidor oficial del IHGB mencionaba el hecho de que los ejemplares de la revista del IHGB no llegaban ni siquiera a naturalistas e instituciones próximas a Brasil. La Academia de Ciencias de Lisboa debió dejar incompleta su colección de la revista del Instituto. Ferdinand Denis y Martius no recibían desde hacía tiempo los volúmenes de la revista; por ello podía suponerse que los demás socios correspondientes del IHGB tampoco la recibían. Asimismo, Gonçalves Dias argumentaba que Brockhaus era concienzudo y entendido en su ramo, mucho más competente que varios libreros franceses que se autopromocionaban³⁹, y la marcha de las impresiones de sus libros también lo satisfacía mucho.

Los presupuestos de la Perthes Besser & Mauke y de la Borckhaus eran incomparables. Por un pedido de libros y otro suplementario que fueron solicitados, mientras Perthes presupuestaba los envíos en 7500 y 1500 francos, Brockhaus cobraba 2700 francos y menos de la mitad de Perthes por lo restante⁴⁰. Perthes, además, quería cobrar como si la encomienda ya hubiese sido hecha, argumentando que había tenido perjuicio de algunos cientos de francos. «¿Brockhaus no es un benemérito?», preguntaba al amigo Capanema⁴¹. Asimismo, Trömel le ofrecería algunos diccionarios y gramáticas, sin quedar claro si eran para la Comisión o para Gonçalves Dias: el *Dictionnaire* de Bluteau, el de latín-alemán de Georges, el de alemán de Heyse, el del célebre Grimm y el de Meyer. Le ofreció inclusive algunos catálogos, entre los cuales Gonçalves Dias podía elegir una pequeña biblioteca para llevar en el viaje al Ceará, con los clásicos franceses, alemanes, ingleses e italianos, en ediciones bien compactas, cómodas y a buenos precios⁴².

Por la elección de las casas comerciales y las menciones a algunas de las pocas obras aquí señaladas, es evidente que Gonçalves Dias buscaba formar una biblioteca que incluyera obras raras, entre las cuales no debían faltar obras más actuales de conocidos naturalistas. Existía una clara intención de crear una buena biblioteca especialmente de obras de ciencias naturales, arqueología y etnología

³⁹ Carta del 28 de diciembre de 1857.

⁴⁰ Carta del 3 de setiembre de 1857.

⁴¹ Carta de setiembre de 1857.

⁴² Carta del 24 de noviembre de 1857.

que no tenía como fin ser llevada a Ceará, sino permanecer en la Corte. Así como Gonçalves Dias acumulaba manuscritos, sus compras en Europa para el IHGB, la institución encargada de inventar la historia oficial del país, se orientaban a la organización de una biblioteca de ciencias naturales. La principal institución dedicada a las ciencias naturales en el país en la que faltaba una biblioteca era el Museo Nacional de Río de Janeiro, al cual se vinculaban casi todos los encargados de la Comisión de Ceará. A pesar de las innumerables críticas sufridas en la época por la Comisión —en el sentido de que no había cumplido con todos sus compromisos—, el Museo Nacional literalmente «lavó su cara» (Lopes, 1996) con las colecciones de productos naturales y libros obtenidos a través de los recursos liberados para la Comisión.

Antes de partir para Ceará, los viajes de Gonçalves Dias lo llevaron a archivos, bibliotecas, anticuarios, casas comerciales y editoras. «Sin papeles no hubiese sucedido», como ya sugirió Marie-Noëlle Bourguet para los viajes de Humboldt. Hubo varios aspectos comunes entre los viajes para la constitución de colecciones de documentos y aquellos destinados a reunir colecciones de productos naturales o artefactos culturales. Papeles, libros, objetos de historia natural, lejos de acumularse por sí solos, resultan amplios emprendimientos de recolección, complejas operaciones de traslado y la construcción y disputas sobre los lugares de almacenamiento adecuados (Bourguet, 2008; Podgorny, 2012). Tales espacios —archivos, bibliotecas y museos— proliferaron masivamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX tanto en Brasil como en otros lugares. La práctica secular de reunir colecciones particulares se incrementó, así como su venta en subastas y anticuarios, y los archivos, bibliotecas y museos se ampliaron al mismo tiempo que las editoras comerciales, el comercio de manuscritos, libros nuevos, usados y raros, y las casas de venta de productos de historia natural e instrumentos científicos. Actuaron en conjunto en el proceso de aceleración y consolidación de la economía del conocimiento para permitir a funcionarios de gobierno, historiadores y científicos manipular textos, documentos y objetos (Hedstrom & King, 2006a, y 2006b), colocarlos bajo tutelas unificadas, buscar homogeneizar visiones y transformarlos en objeto de interés de distintas naciones (Podgorny, 2012).

La historia está llena de ejemplos que demuestran que esos procesos no fueron lineales. En este caso, fueron facilitados por intereses personales y lazos de amistad como la de Capanema, Gonçalves Dias y el emperador, por relaciones comerciales como aquella con Brockhaus e intereses de grupos específicos como los de los socios del IHGB o de los directores del Museo Nacional, y que surgieron gracias

a coyunturas fortuitas que, aunque inestables, posibilitaron su emergencia, como el caso de la Comisión de Ceará.

En 1865, Manoel Ferreira Lagos continuaba «confeccionando un catálogo de los libros, se había comprado un pequeño número de obras y continuarían llegando los periódicos de ciencias naturales de costumbre»⁴³. En 1866, «la Biblioteca de ciencias naturales y físicas conformada por la reunión de los libros pertenecientes al Museo y de los que fueran comprados para uso de la Comisión científica», como publicitaba el *Almanak Laemmert*, aún no estaba abierta al público por no haberse realizado las obras necesarias en el edificio que Burlamaque pedía todos los años en su informe al gobierno⁴⁴. Los libros continuaban dispuestos en dos salas del piso superior del Museo que habían sido utilizadas como secretaría. Sin embargo, venían cumpliendo exactamente su rol, a juzgar, por ejemplo, por el testimonio de doctor Gouveia, director de la sección de Zoología del Museo Nacional. En 1862 Gouveia se ocupó de revisar las numerosas colecciones de conchas del museo y otras colecciones extranjeras antiguas, cuya nomenclatura ya estaba ultrapasada. «Si no hubiera tenido a disposición las excelentes obras de la biblioteca organizada por la Comisión Científica» no hubiese sido posible este trabajo⁴⁵.

Una vez organizada la biblioteca de obras raras y fundamentales del museo, que permanecería restringida para uso de los especialistas hasta la década de 1870, la tarea era ahora colocar al museo en el orden del día de sus congéneres internacionales. Se trataba de publicar e intercambiar. Ladislau Netto, director del museo entre 1875 y 1893, fue el organizador de esta fase de mejoras por las cuales la institución pasaría a ser envidiada por los directores de los museos latinoamericanos (Podgorny & Lopes, 2013).

⁴³ «Relatório dos trabalhos feitos e de aquisições havidas no Museu Nacional durante o ano de 1865». Libros de Cartas del Museo Nacional, Libro D5, f. 111. Según información ofrecida por los bibliotecarios del Museo Nacional, no ha podido ser localizado el catálogo referido.

⁴⁴ Para el *Almanak Laemmert* del año 1866, véase: <http://brazil.crl.edu/bsd/bsd/almanak/al1866/00001213.html>.

⁴⁵ «Relatório dos trabalhos feitos no Museu Nacional e das ofertas recebidas durante o ano de 1862. Seção de Zoologia e de Anatomia Comparada». Museo Nacional, Carpeta 7, 46.

CONSIDERACIONES FINALES: «EL INCALCULABLE CRECIMIENTO DE SU BIBLIOTECA... POR MEDIO DE ESA ANTIGUA PRAXIS DE FAVORES RECÍPROCOS TAN UTILIZADA EN MUSEOS Y ACADEMIAS»⁴⁶

Por su importancia y «fecunda consecuencia», los archivos del Museo Nacional fueron presentados como el primero de los beneficios producidos por la reforma que Ladislau Netto emprendió en el museo. A partir de 1876, con la publicación de los *Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro*⁴⁷, la biblioteca del museo se ampliaría. Las publicaciones recibidas por los intercambios con los *Archivos* pasaron a formar parte de las listas que Ladislau Netto publicaba para mostrar el prestigio que su iniciativa traía al museo. Más allá de las publicaciones aisladas de diversos autores y países —como las obras de Burmeister, por ejemplo—, el museo comenzó a divulgar sus investigaciones y a recibir las publicaciones de instituciones científicas muy diversas como los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, el *Boletín del Observatorio Central de México*, las *Mémoires de la Société Royale des Antiquaires du Nord* de Copenhague y las *Transactions of Geological Society* de Edimburgo y Manchester. De París vinieron los periódicos de la *Société Centrale d'Horticulture* y la *Société d'Encouragement pour l'Industrie Nationale*, y el *Bulletin Mensuel de la Société d'Acclimatation*; y de Toulouse, el *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle*. Asimismo, llegaron los reportes de la *Academy of Natural Science* de Filadelfia, el *Bolletino de la Società Geographica Italiana*, el de la *Sociedad Geográfica de Madrid*, y *The Popular Science Monthly* de Nueva York, entre otros.

Esta lista se incrementaba cada año incorporando publicaciones de prestigiosas y distantes instituciones científicas. En el volumen de los *Archivos* de 1887, el listado de los intercambios ocuparía dieciocho páginas con las publicaciones recibidas, clasificadas por regiones continentales, países y ciudades de sus ediciones. Allí están registradas también las publicaciones de ciencias naturales editadas en distintas ciudades alemanas y las del *Indian Museum* de Calcuta. Las publicaciones recibidas de Java, Wellington y Melbourne aparecen al lado de las *Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences* de San Petersburgo, de los *Reports, Memoirs and Bulletins of Museum of Comparative Zoology* de Harvard, de las publicaciones del *Institut Egyptien* de Alejandría y de las *Philosophical Transactions of the Royal Society*, lo que evidenciaba el alcance de la distribución de los 2000 a 3000 ejemplares de los *Archivos*. La publicación de estos últimos era anunciada con cierta regularidad en publicaciones extranjeras, especialmente en las latinoamericanas. Algunos de sus

⁴⁶ Netto, 1887, p. 4.

⁴⁷ Sobre los Archivos del Museo Nacional, véase Lopes, 2009a; y Gualtieri, 2008.

artículos, principalmente los de antropología, fueron comentados en publicaciones francesas⁴⁸ y, en años siguientes, algunos volúmenes incluyeron artículos en inglés. Dado que en su mayoría eran publicaciones en portugués, los *Archivos* quizás tuvieron ciertas dificultades para ser leídos. No obstante, posibilitaron llenar y mantener actualizada, a costo de correo, la biblioteca del Museo Nacional de Río de Janeiro.

A fines del siglo XIX, cuando Ladislau Netto se encontraba en vías de dejar el Museo, se acababa la esclavitud (1888) y el país se convertía en una República (1889), la Biblioteca del Museo Nacional convivió en Río de Janeiro con las siguientes bibliotecas abiertas al público: la de la Academia de Bellas Artes, la de la Intendencia Municipal del Distrito Federal, la de la Escuela de Aprendices Artilleros, la de la Escuela Militar de la Praia Vermelha, la de la Escuela Politécnica, la del Ejército, la de la Facultad de Medicina (con 35 000 volúmenes), la Biblioteca fluminense (con 62 000), la Biblioteca de Alemania, la del Gremio Literario Joaquim Abílio (con cerca de 2000 volúmenes), la de la Marina, la Municipal, la Biblioteca Nacional de la capital federal y la del Gabinete Portugués de Lectura (con 32 000 obras en alrededor de 64 000 volúmenes) (*Almanak Laemmert*, 1891, pp. 1574-1578).

Para dar continuidad a la investigación que este artículo vuelve a poner sobre la mesa —la historia de las bibliotecas científicas del país— cabría preguntar quiénes eran los lectores de estos acervos. En el análisis de las bibliotecas particulares de abogados y médicos de Río de Janeiro desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la segunda década del siglo XX, la historiadora Tania Bessone llegó a la conclusión de que médicos y abogados integraban el 17% de la población libre (hasta 1888) que podía leer y escribir. Eran parte de los electores, que hacia 1889 no superaban los 125 000 hombres (Ferreira, 1995); las mujeres no tenían derecho al voto. Estas son pistas que quizás nos permitan comprender por qué la adquisición de libros para la Comisión de Ceará fue tan criticada, por qué las reformas del museo fueron prorrogadas por los sucesivos gobiernos y por qué la Biblioteca del Museo Nacional se encontró por largos años a disposición de los funcionarios del propio museo, naturalistas que se empeñaban en constituir áreas de conocimiento en medio de condiciones específicas que no siempre eran favorables a la cultura científica en la que vivían.

⁴⁸ Para las consideraciones sobre la circulación de los Archivos en el exterior, véase Agostinho, 2014.

BIBLIOGRAFÍA

- Agassiz, Louis (1841). On the fossil fishes found by Mr. Gardner in the Province of Ceará, in the north of Brazil. *Edinburgh New Philosophical Journal*, XXX, 82-84.
- Agostinho, Michele de B. (2014). «O Museu em revista: a produção, a circulação e a recepção da Revista Archivos do Museu nacional». Tesis de Maestría. Programa de Pós-graduação em História. Universidade Federal Fluminense.
- Almanak Laemmert: Administrativo, Mercantil e Industrial* (1891). Río de Janeiro: Companhia typographica do Brazil. Edição c00048. <http://bndigital.bn.br/acervo-digital/imanak/313394>
- Bourguet, Marie-Noëlle (2008). Escritura del viaje y construcción científica del mundo. La libreta de Italia de Alexander von Humboldt. *Redes*, 28, 81-95.
- Camenietzki, Carlos Ziller (2003). Problemas de História da Ciência na Época da Colônia: a colônia segundo Caio Prado Jr. En Ana Maria Ribeiro (ed.), *Ciência em perspectiva. Estudos, Ensaio e Debates* (pp. 97-106). Río de Janeiro: Museu de Astronomia e Ciências Afins y Sociedade Brasileira de História da Ciência.
- Claussen, Pedro (1841). Notes géologiques sur la Province de Minas Geraes, au Brésil. *Bulletin de l'Académie Royale de Bruxelles*, VIII(5), pp. 322-344.
- Cogswell, Joseph Green (1851). *Astor Library. Catalogue with short titles of books now collected and of the proposed accessions, as submitted to the trustees of the library for the approval. Jan. 1851*. Nueva York: R. Craghead.
- Cunha, Dulce F. Fernandes (1966). *A Biblioteca do Museu Nacional do Rio de Janeiro. 1863-1963*. Río de Janeiro: Museu Nacional.
- Ferreira, Tania Maria T. Bessone da C. (1995). Leitores do Rio de Janeiro: bibliotecas como jardins de delícias. *Acervo*, 8(1-2), 83-104.
- Ferreira, Tania M. Bessone da C. (2009). A biblioteca de Rui Barbosa: origens e preservação. En Lúcia Maria Bastos Pereira das Neves (ed.). *Livros e Impressos. Retratos do setecentos e do oitocentos* (pp. 303-330). Río de Janeiro: EdURJ.
- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (1997). *As ciências geológicas no Brasil: uma história social e institucional. 1875-1934*. São Paulo: Hucitec.
- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (2001). Guilherme Schüch of Capanema: his contributions to the development of a technical culture in 19th century Brazil. En Juan José Saldaña (ed.), *Science and cultural diversity: Proceedings of the 21st International Congress of History of Science* (pp. 1813-1818). Ciudad de México: Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

- Figueirôa, Silvia Fernanda de M. (2009). Areias, ventos e secas: ainda assim, um «Eldorado» à brasileira. En Lorelai Kury (ed.), *Comissão Científica do Império, 1859-1861* (pp. 85-111). Rio de Janeiro: Andrea Jakobsson.
- Gardner, George (1841). Geological Notes made during a Journey from the Coast into the Interior of the Province of Ceará, in the North of Brazil, embracing an Account of a Deposit of Fossil Fishes. *Edinburgh New Philosophical Journal*, XXX, 75-81.
- Gonçalves Dias, Antônio (1862). Parte Histórica. En *Trabalhos da Comissão Científica de Exploração*. Rio de Janeiro: Tip. Universal de Laemmert.
- Gonçalves Dias, Antônio (1964). Correspondência ativa de Antônio Gonçalves Dias. En *Anais Biblioteca Nacional*, v. 84. Rio de Janeiro: División de Publicación y Divulgación. http://objdigital.bn.br/acervo_digital/anais/anais_084_1964.pdf
- Gonçalves Dias, Antônio (1972). Correspondência Passiva de Antônio Gonçalves Dias. En *Anais da Biblioteca Nacional*, v. 91. Rio de Janeiro: División de Publicación y Divulgación. http://objdigital.bn.br/acervo_digital/anais/anais_091_1971.pdf
- Gualtieri, Regina C. Ellero (2008). *Evolucionismo no Brasil: ciências e educação nos museus, 1870-1915*. São Paulo: Livraria da Física.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006a). Epistemic Infrastructure in the Rise of Knowledge Economy. En Brian Kahin & Foray Dominique (eds.), *Advancing Knowledge and the Knowledge Economy* (pp. 113-134). Cambridge: MIT Press.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006b). *On the LAM: Library, Archive, and Museum Collections in the Creation and Maintenance of Knowledge Communities*. Organization for Economic Cooperation and Development. www.oecd.org/dataoecd/59/63/32126054.pdf
- Hervás, Lorenzo (1800). *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y classes de estas segun la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid: s.e.
- Lagos, Manuel Ferreira (1862). Informe de la Sección Zoológica. En *Trabalhos da Comissão Científica de Exploração*. Rio de Janeiro: Tip. Universal de Laemmert.
- Lopes, Maria Margaret (1996). Mais vale um jegue que me carregue, que um camelo que me derrube... lá no Ceará. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 3(1), 50-64. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-59701996000100004>
- Lopes, Maria Margaret (2009a). *O Brasil descobre a pesquisa científica: as ciências naturais e os museus no século XIX* (segunda edición). São Paulo: Hucitec y Universidad de Brasilia.
- Lopes, Maria Margaret (2009b). A Comissão Científica de Exploração. En Lorelai Kury (ed.), *Comissão Científica do Império, 1859-1861* (pp. 51-81). Rio de Janeiro: Andrea Jakobsson Estúdio.

- Lopes, Maria Margaret (2010). Parentesco entre los muertos y los vivos en las cavernas de Lagoa Santa, en Brasil. *Anuario IEHS*, 25, 353-376.
- Lopes, Maria Margaret (2013). Minerales y fósiles para escudriñar el país, abarrotar las vitrinas y educar a la gente. En Miruna Achim & Irina Podgorny (ed.), *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870* (pp. 179-200). Rosario: Prohistoria.
- Netto, Ladislau (1887). *Relatório do Museu Nacional apresentado ao Illm. e Exm. sr. Cons. Thomaz J.C. de Almeida. Ministro e secretário de Estado dos Negócios da Agricultura, Comércio e Obras Públicas*. Río de Janeiro: Typographia de João Ignacio da Silva.
- Nizza da Silva, Maria Beatriz (1971). A Livraria Pública da Bahia em 1818: obras de História. *Revista de História*, 43(87), 225-239.
- Nizza da Silva, Maria Beatriz (1973). Uma biblioteca científica brasileira no início do século XIX. *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, 14, 137-148.
- Olsen, Penny (2009). The independent ornithologist. *The National Library Magazine*, 1(1), 18-20.
- Pinheiro, Rachel (2002). «As histórias da Comissão Científica de Exploração (1856) na Correspondência de Guilherme Schuch de Capanema». Tesis de Maestría en Geociencias. Universidade Estadual de Campinas.
- Pinheiro, Rachel (2009). «O que os nossos cientistas escreviam: algumas das publicações em ciências no Brasil do século XIX». Tesis de Doctorado en Enseñanza e Historia de las Ciencias de la Tierra. Universidade Estadual de Campinas.
- Podgorny, Irina (2012). Los archivos. Entre el síndrome de Barba Azul y los sueños de Napoleón. En Tatiana Kelly e Irina Podgorny (dirs.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata* (pp. 21-39). Rosario: Prohistoria.
- Podgorny, Irina & Maria Margaret Lopes (2013). Trayectorias y desafíos de la historiografía de los museos de historia natural en América Del Sur. *Anais do Museu Paulista*, 21, 15-25.
- Podgorny, Irina & Maria Margaret Lopes (2014). *El Desierto en una vitrina: Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890* (segunda edición). Rosario: Prohistoria.
- Reifschneider, Oto Dias Becker (2011). «A bibliofilia no Brasil». Tesis de doctorado. Programa de Posgrado en Ciencia de la Información. Universidad de Brasilia.
- Rodrigues, Luiz Fernando Medeiros (2011). As livrarias dos jesuitas no Brasil colonial, segundo os documentos do *Archivum Romano Societatis IESU. Cauriensia*, VI, 275-302.

- Santos, Josiel Machado (2010). Bibliotecas no Brasil: Um olhar histórico. *Revista Brasileira de Biblioteconomia e Documentação*, Nova Série, 6(1), 50-61.
- Silva, Luiz A. G. da. (2010). Bibliotecas brasileiras vistas pelos viajantes no século XIX. *Ciência da Informação*, 39(1), 67-87.
- Trömel, Paul (1861). *Bibliothèque américaine. Catalogue raisonné d'une collection de livres précieux sur l'Amérique, parus depuis sa découverte jusqu'à l'an 1700, en vente chez F.A. Brockhaus à Leipzig*. Leipzig: F. A. Brockhaus.
- Vellozo, José Mariano da Conceição (1961). *Flora Fluminensis de Frei José Mariano da Conceição Vellozo*. Rio de Janeiro: Publicações do Arquivo Nacional.
- Villalta, Luiz Carlos (1979). Bibliotecas Privadas e prática de leituras no Brasil Colonial. En Moraes, Rubens Borba de (ed.), *Livros e Bibliotecas no Brasil Colonial*. São Paulo: Secretaria da Cultura, Ciência e Tecnologia do Estado de São Paulo. <http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/ensaios/bibliotecas-br.pdf>
- Werner, Frank (s.f.). Rare Book on Travel and Exploration: Brockhaus / Antiquarium 1856-2011. *International League of Antiquarian Booksellers*. https://www.ilab.org/eng/booksellers_main_page/fiction/Brockhaus_Antiquarium.html
- Willis and Sotheran (1859). *A Catalogue of Valuable new and second-hand Books*. Londres.

PARTE 4:
BIBLIOTECAS, MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y
PROYECTOS REVOLUCIONARIOS

LAS BIBLIOTECAS DURANTE EL PERONISMO, 1946-1955

Flavia Fiorucci

El 13 de mayo de 1955, fue intervenida la Biblioteca Nacional y se nombró a un nuevo director. El decreto que autorizó dicho proceder se justificó por la necesidad de adecuar dicha institución a los objetivos de la doctrina justicialista, dado que hasta entonces la misma tan solo «coadyuvó a la formación de generaciones de argentinos de un sectarismo dogmáticos», cuyos responsables eran «los núcleos gobernantes de la tradicional oligarquía». La intervención tenía, por lo tanto, el expreso objetivo de «reactualizar el sentido ecuménico de [la] estructura [de la biblioteca] para armonizarlo con la cultura autóctona y el carácter orgánico de la doctrina nacional creada por el justicialismo, y [...] encauzar su actividad [de acuerdo con] los enunciados fundamentales de la Revolución Justicialista que determina que todos los instrumentos de la cultura deben constituirse, actuar y proyectarse en función de un servicio social», tal como estaba estipulado en el Segundo Plan Quinquenal¹. Si bien la retórica que anuncia la intervención de la Biblioteca Nacional se ajusta a la que asiduamente recurría el gobierno de Perón —la repetida condena a la oligarquía, la apelación a la doctrina justicialista y a la cultura nacional— hay un dato que sorprende: la fecha tardía del decreto. El mismo emana de una administración que hacía diez años tenía discrecionalidad sobre esta institución: nombraba a su director, decidía sobre su presupuesto y tenía capacidad para definir sus objetivos. Más allá de cierto oportunismo —era necesario justificar la intervención—, las causas invocadas ponen en duda la misma capacidad del Estado peronista de coordinar y aun de regular el accionar de sus dependencias estatales. El gobierno admitía que, en casi una década, había sido incapaz de ajustar la Biblioteca Nacional a los principios que debían guiar la acción estatal en

¹ Decreto 7144 del Poder Ejecutivo Nacional, 13 de mayo de 1955.

el área de la cultura. El balance surgía, además, de una administración que ha sido asociada a la construcción de nuevas capacidades estatales y a la incorporación de instrumentos de intervención que, según la crítica, fueron fruto de un consenso sobre la legitimidad de la planificación estatal (Berrotarán, 2003; Elena, 2005).

¿Tuvo el peronismo una política cultural distintiva que significó una ruptura con respecto a lo anterior? ¿Cómo se plasmó la política cultural? ¿Cuál fue la política del peronismo en torno a la lectura y las bibliotecas? El ejercicio que propongo aquí es examinar microscópicamente el interior de dos dependencias estatales de la burocracia cultural en tiempos donde se ensaya una reforma del Estado de gran envergadura —al menos en términos retóricos— y donde se asiste a cambios políticos y sociales de proporciones inusitadas en la historia argentina. Las dependencias escogidas —la Biblioteca Nacional y la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP)— son agencias sobre cuyo protagonismo podemos sospechar: se ocupan de cuestiones menos inmediatas como pueden ser, por ejemplo, la política económica y social. Estas instituciones, sin embargo, son potencialmente muy visibles —pensemos en el efecto de propaganda que implica la construcción de un nuevo edificio para la Biblioteca Nacional— y, además, son claves a la hora de diseñar una política en torno a la cultura letrada. Claramente, una mirada centrada en la suerte de estos dos tipos de bibliotecas —la Nacional y las populares— no nos permite agotar el tema de la política del peronismo en torno a la cultura letrada. No obstante, el acento puesto aquí sobre la suerte de las bibliotecas constituye una vía de entrada al análisis de la cultura desde un objeto que es social e histórico pero a la vez físico, y que ha sido escasamente abordado en la historiografía argentina.

La biblioteca es una institución versátil. Es, como anota Thomas Augst (2001), «finalmente aquello que hace» (p. 6). Las bibliotecas no solo facilitan la difusión de objetos culturales y el almacenamiento de información, sino que institucionalizan ideales de cultura a través de sus políticas de acceso, adquisición y circulación (p. 17). El énfasis dado en este trabajo al día a día de estas instituciones desviándose deliberadamente de las retóricas estatales nos permite apreciar cómo se materializaron —o no— los enunciados respecto a la política cultural del peronismo y cómo estos fueron recibidos y reprocesados por los burócratas encargados de ponerlos en práctica. El recorrido microscópico propuesto aquí también permite observar ciertos aspectos de la dinámica interna del Estado peronista, para así matizar las interpretaciones que subrayan sus capacidades y devolver una imagen que nos sugiere esfuerzos espasmódicos y proyectos que se diluyen².

² He discutido la reforma de la burocracia cultural durante el peronismo en Fiorucci, 2011 (pp. 29-63).

UNA BIBLIOTECA PARA LECTORES «PROPIOS»

La Biblioteca Pública del Estado de Buenos Aires se convirtió en Biblioteca Nacional en 1884, luego de la federalización de Buenos Aires, y comenzó un próspero periodo de construcción institucional bajo el liderazgo del publicista francés Paul Groussac³. En esos años, aunque con altibajos, se fueron delineando los objetivos de la institución: reunir la producción intelectual del país y la más representativa del exterior. Como veremos, la llegada del peronismo no modificó el rol de la institución ni significó cambios relevantes en su organización. Esto fue así aun cuando la Biblioteca Nacional y la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares se vieron involucradas en un ambicioso plan de reforma institucional del peronismo. A partir de 1948, el Estado agrupó a estas agencias, junto con la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos y el Teatro Cervantes, bajo un mismo mandato institucional con el objetivo de lograr una mayor coordinación; para ello se creó la Subsecretaría de Cultura⁴.

La continuidad de la Biblioteca Nacional con la etapa previa se explica en gran medida por una simple razón: quien era su director desde 1931 continuó siéndolo hasta marzo de 1955. Gustavo Martínez Zuviría, conspicuo prohombre del nacionalismo católico y conocido autor de *bestsellers* de contenido antisemita, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional por el presidente Uriburu en 1931 y permaneció en dicho cargo hasta comienzos de 1955. Desde un principio, Martínez Zuviría se abocó a la tarea de modernizar y profesionalizar la biblioteca. Hacia 1946 sus logros no eran menores: había reorganizado la sección de Canje, con lo que había logrado aumentar más que ningún otro director el acervo de la biblioteca, y había dotado a la institución con una sala de investigadores —Sala Paul Groussac— y otra destinada exclusivamente a la consulta de publicaciones periódicas —Sala de Revistas— (Biblioteca Nacional, 1933)⁵. A partir de 1933, agrupó los libros raros y preciosos en una sala especial. En 1935 creó la Sección Argentina Oficial, que pretendía reunir todo el material producido por el Estado —memorias, leyes, diario de sesiones, presupuestos e informes, entre otros—. Además, aumentó en

³ Sobre el papel de Groussac en la Biblioteca Nacional, véase Bruno, 2005.

⁴ La fundación de la Subsecretaría de Cultura se insertaba en una reforma burocrática de mayor envergadura: la separación de la administración de justicia y educación. En un principio, la creación de esta institución debe ser vista como una ruptura importante en torno al modelo de Estado, en tanto implicaba la formalización de la intervención pública en el área cultural. No obstante, la Subsecretaría de Cultura tuvo efectos limitados, ya que, al igual que la economía del gobierno peronista, tuvo periodos que fueron de la expansión a la crisis. En 1950 la Subsecretaría fue rebautizada como Dirección de Cultura y se nombró como director a José Castiñeira de Dios.

⁵ Al principio de su gestión, en 1931, había 265 899 volúmenes; en 1952 la Biblioteca contaba con 651 186.

un número nada desdeñable para la época la cantidad de ficheros: se incorporó, por ejemplo, un catálogo de ciencias sociales y teología. Elevó también la recepción de publicaciones periódicas. Si antes de asumir la Biblioteca Nacional recibía 63 publicaciones periódicas, hacia 1933 estas sumaban 1243, y hacia 1939 ya llegaban a 2467. La recepción de diarios también creció con la llegada de Martínez Zuviría. En 1931 llegaban 63 diarios; tres años después, las memorias se jactaban de que la Biblioteca recibía 166 diarios. Martínez Zuviría reanudó, además, la edición de la revista *La Biblioteca* fundada por Groussac. Allí se dedicó a reproducir el contenido de los archivos de la institución. Dicha publicación, que puede ser leída como la jerarquización de un deseable catálogo de temas de investigación, se constituyó en un valioso instrumento para los historiadores (Tesler, 2004). A través de una campaña en los medios, Martínez Zuviría incrementó en forma evidente la recepción de donaciones. Paralelamente, desplegó esfuerzos para transparentar la administración de la biblioteca con la publicación de memorias anuales que asumían la ritualizada práctica de enumerar objetivos, proveer estadísticas, recapitular los logros de la gestión e identificar las fallas y a los responsables de las mismas.

A pesar de los éxitos, la Biblioteca Nacional distaba mucho de ser una institución moderna, limitada en su labor por graves problemas de infraestructura. El edificio era claramente el capítulo que más preocupaba a su director: este se encontraba en un inmueble inicialmente proyectado para la Lotería Nacional, desbordado por el número de volúmenes acumulados y amenazado por las filtraciones de agua. La llegada de Perón y, concretamente, los cambios que fueron introducidos en la burocracia cultural durante sus primeros años de gobierno no modificaron la vida de esta institución. Martínez Zuviría continuó con su proyecto de modernización y profesionalización de la biblioteca y, al menos hasta 1952, tan solo se vio restringido por los problemas heredados de la década anterior: la falta de presupuesto, la falta de personal y la irresoluble cuestión del edificio, temas sobre los cuales Martínez Zuviría no se cansó de reclamar a las autoridades nacionales (Biblioteca Nacional, 1948). En una carta al director de Cultura fechada el 22 de octubre de 1951, Martínez Zuviría resumió la urgencia de la construcción de un nuevo edificio al afirmar que «dentro de poco tiempo [la Biblioteca] no podrá guardar ordenadamente ni un solo libro más»⁶. El alarmista comentario de Martínez Zuviría revelaba la frustración del director: sus problemas no solo no eran atendidos sino que estos se habían exacerbado en virtud del decreto de economías de 1950 y dado el pedido concreto del entonces director de Cultura, José Castiñeira de Dios, para que la biblioteca rebajara en un 10% sus gastos.

⁶ Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I, 1951.

Martínez Zuviría tenía una postura explícita sobre cuál debía ser la función que la Biblioteca Nacional debía cumplir y durante toda su gestión estuvo abocado en la medida de lo posible a este objetivo —al igual que lo había hecho en los años treinta—. En 1948, en la ficha de cada lector, se había impreso una leyenda que instaba a los usuarios a tener paciencia para esperar el material requerido: se indicaba que la demora era propia de las grandes bibliotecas nacionales, «ya que en esas instituciones no se va a estudiar la lección del día, ni leer la última novela del autor en boga»; y se concluía que «las Bibliotecas de Estado tienen funciones muy distintas de las bibliotecas populares o de barrio» (Biblioteca Nacional, 1949, p. 22)⁷. En la visión de Martínez Zuviría, una biblioteca nacional no podía ser un apéndice funcional al sistema educativo ni parte del circuito del ocio; tampoco podía ser una institución para la pedagogía de las masas. Por el contrario, lo que él buscaba era poner la biblioteca al servicio de la investigación; de allí su preocupación por modernizar los ficheros, por aumentar el acervo de archivos —dispuso, por ejemplo, la formación de un archivo de publicaciones oficiales— y por el perfil que tomó la revista de la biblioteca bajo su dirección. La imagen del usuario ideal que tenía Martínez Zuviría claramente distaba mucho de la realidad: la biblioteca era concurrida en su mayoría por un público de escolares que acudían para hacer sus deberes. Ante esta situación, el director aumentó las restricciones para ingresar a la sala de investigadores «de modo de atraer —según sus propias palabras— a los lectores que son *propios* de una biblioteca como la Nacional (Martínez Zuviría, 1933, p. 28; énfasis propio). Dadas las limitaciones de espacio, esta medida —junto con la nota sobre la demora— buscaba disuadir la concurrencia de ciertos usuarios y promover en contrapartida la de aquellos que pudieran prestigiar la institución. Esto no significó la imposición de nuevos requisitos para acceder a la biblioteca. Tan solo implicaba que su director concentraba sus energías e intentaba adaptar el establecimiento al grupo más marginal de usuarios como sus mismas estadísticas lo indican. En 1945, de 112 840 registros anotados solo 1806 eran investigadores⁸. En contrapartida, los niños sumaban más de 9415 fichas.

Aunque poco sabemos sobre aquello que para su director sería la «colección ideal de la Biblioteca Nacional», Martínez Zuviría tenía una política muy liberal en cuanto a las adquisiciones, un rasgo que contradice lo que tradicionalmente

⁷ En el momento en que Martínez Zuviría realiza este comentario, el estatus rebajado de la ficción y de la lectura placentera no gozaba del mismo consenso que a principios de siglo. Las novelas eran incluidas en colecciones «serias» cuya selección era realizada por intelectuales que depositaban en los libros esperanzas transformadoras. Tal es el caso, por ejemplo, de la editorial izquierdista Claridad (véase Romero, 1990, p. 52). Para una lectura general sobre la industria del libro y la difusión de la lectura, véase De Diego, 2006, especialmente las pp. 91-123.

⁸ En ambos casos, estos números eran menores, porque muchos de estos usuarios concurrían más de una vez al año a la institución.

se hubiera esperado de un personaje como él, vinculado a las vertientes más reaccionarias del nacionalismo local. La contradicción entre dicha política y los ideales antiliberales de Martínez Zuviría no deja de asombrar, sobre todo si traemos a colación una instancia en la cual estos últimos se cristalizaron: su accionar como ministro de Justicia e Instrucción entre 1943 y 1944. Desde ese puesto, Martínez Zuviría lideró una fuerte ofensiva antiliberal y fue responsable, entre otras cosas, de la introducción de la religión católica en el currículum de las escuelas públicas. En el caso de la Biblioteca Nacional, su desvelo no era ideológico sino «numérico»: acrecentar el acervo. Según su percepción, el número de ejemplares de la colección era un signo de modernidad; por lo tanto, el ingreso de libros fue durante su gestión indiscriminado y sin censuras. Una de sus principales preocupaciones fue vigilar la prolija llegada de los libros de la Oficina de Depósito Legal. Frecuentemente recordó a los escritores la necesidad de respetar la Ley de Propiedad Literaria, que les exigía inscribir sus obras en dicha institución y dejar allí una copia destinada a la Biblioteca. Esto mismo hablaba de la ausencia de una política de adquisiciones, ya que cualquier libro podía ingresar proveniente del Depósito. Se podía adivinar, en este énfasis de Martínez Zuviría, el ideal de una Biblioteca Nacional como repositorio del patrimonio bibliográfico nacional, lo que, vale aclarar, estaba en tensión con la idea de una biblioteca moderna al servicio de los investigadores, ya que cualquier libro, sin importar su tema o calidad, podía engrosar los ya saturados estantes de la institución. Más que a una política de selección, la inquietud del director se dirigía a las necesidades técnicas relacionadas al aumento de la colección: «No basta poseer libros» —escribía en la memoria de 1935— «es preciso ficharlos, clasificarlos, alojarlos, poder hallarlos» (Biblioteca Nacional, 1936, pp. 48-49).

Para Martínez Zuviría, la modernización de la biblioteca se completaba con la profesionalización del bibliotecario y la contratación de personal idóneo. En repetidas ocasiones, señaló este como el único modo de poder adaptar la biblioteca a los avances que se estaban dando en la ciencia bibliotecaria, especialmente en los sistemas de catalogación⁹. Martínez Zuviría participaba así de un debate contemporáneo que buscaba posicionar a la bibliotecología como una profesión¹⁰.

⁹ «No es posible en la actualidad, dado el progreso que han alcanzado los conocimientos y la enorme difusión del libro, intentar una catalogación cuidadosa y responsable sin contar con el personal capacitado para efectuarlo» (Martínez Zuviría, 1947, p. 82).

¹⁰ Falta todavía un estudio de la profesionalización de la figura del bibliotecario en el país. Signos de la gradual profesionalización vivida en la década aquí estudiada son: los avances que se dan en esos años en la enseñanza de la bibliotecología, por ejemplo la instauración de un cursillo bibliotecológico en la Universidad del Litoral; la instauración de un decreto que estipulaba que para ser nombrado en las bibliotecas dependientes del Consejo Nacional de Educación había que poseer el título otorgado por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires o por la Escuela del Museo Social; la organización de varios congresos y, por último, la creación en 1953 de la Asociación de

Sin embargo, probablemente motivado por su ánimo de preservar su puesto, reservaba un lugar preponderante a los intelectuales: en su visión, eran los «forjadores de cultura» quienes debían dirigir las bibliotecas¹¹. Cabe aclarar que, durante su gestión, se incrementó el personal de la biblioteca, pero no hubo prácticamente mejoras en lo que concierne a su entrenamiento (Rodríguez Pereyra, 1994). Conforme a una visión de la biblioteca como reducto para la investigación, los actos culturales de la institución y la apertura al público con cursos, charlas o conferencias eran más bien escasos. Por lo tanto, no se puede encontrar en las actividades desplegadas por la gestión una disposición proselitista, ni tampoco una política de «orientación» de la lectura, práctica común en otras bibliotecas¹². Se festejaban las efemérides patrias sin mayor distinción sobre su contenido ideológico o histórico y sin mayores pompas. Tampoco se registran casos de censura más allá de la restricción de ciertos materiales solo accesibles a los investigadores¹³. Además de la falta de una visión «enciclopédica» de privilegiar ciertas obras, todo esto significaba que no había nada en el modo de posicionar la biblioteca que pudiera apelar a uno de los objetivos centrales con que había sido creada la Subsecretaría de Cultura: la democratización del acceso a la cultura. La Biblioteca Nacional no solo no estaba inmersa en una política de expansión de la lectura en los sectores populares sino que buscaba —al menos en los recintos de la institución— disuadirla, lo que era obvio con el comentario despreciativo sobre las novelitas de moda y los escolares¹⁴.

Bibliotecarios Graduados de la Argentina. El hecho de que los cargos más codiciados en el mundo bibliotecológico —el de director de la Biblioteca Nacional y el de presidente de la CONABIP— no eran ocupados por bibliotecarios de carrera revela hasta qué punto la profesionalización continuaba siendo precaria. Al ser —como la docencia— una profesión ejercida mayoritariamente por mujeres, este proceso se relaciona estrechamente con la entrada de la mujer al mercado de trabajo. Para una rápida revisión de los avances mencionados, véase Hourcade, 1952. Sobre la figura del bibliotecario, la historiografía norteamericana recoge un extenso debate. Para un ensayo que remite a los distintos aportes bibliográficos, véase Goedeken, 2004.

¹¹ Martínez Zuviría fue el primer bibliotecario de la Universidad del Litoral y es allí donde comenzó su formación autodidacta en este campo.

¹² Para una sugerente aproximación sobre los a veces sutiles mecanismos utilizados por las bibliotecas para intervenir sobre las lecturas de sus usuarios, véase Johanningsmeir, 2004. Hay una breve mención a este debate en el ámbito de las bibliotecas populares en Gutiérrez & Romero, 1989, p. 49. Luis Alberto Romero retoma esta cuestión en Romero, 2006, pp. 40-43. Véase también González, 1990; y Romero, 1995.

¹³ Un ejemplo de estos mecanismos se puede leer en Kasinec, 2001. Véase también Stieg, 1992.

¹⁴ Cabe señalar que Martínez Zuviría sí tenía cierta preocupación por que la lectura y la cultura llegaran a los sectores populares. En 1935 organizó una campaña de donación de libros escolares para ser destinados a escuelas pobres. La revista *Leoplan* se sumó a la iniciativa y publicó el pedido de Martínez Zuviría, cuyo contenido se deduce del título: «Para que los escolares pobres tengan libros» (*Leoplan*, I(2), diciembre de 1934, p. 47). Por otro lado, él también se beneficiaba de la lectura popular al ser un exitoso autor de *bestsellers*. Según Manuel Gálvez, el éxito de Martínez Zuviría fue tal que era el

Una mirada recortada tan solo sobre la Biblioteca Nacional durante el periodo aquí estudiado no hubiera permitido adivinar las transformaciones que vivía el país. No es posible identificar actividades o medidas que pudieran ser asociadas o evocar la identidad política del gobierno, con la excepción de una exposición de libros sobre los ferrocarriles en ocasión de la nacionalización de las empresas ferroviarias de capital extranjero en 1947. Esta «neutralidad política» de la biblioteca se sostuvo sin ningún tipo de presiones hasta el final del primer gobierno peronista. La Subsecretaría de Cultura —convertida en dirección a partir de 1950— respetó sin entrometerse esta gestión «imparcial» de la biblioteca y, pese a las restricciones materiales, que por otra parte no eran un dato novedoso, Martínez Zuviría gozó de autonomía para llevar adelante su proyecto. Durante este periodo, el director no recibió ningún instructivo sobre la gestión de la institución, la cual podía potencialmente ser todo aquello que él quería que fuese. Esto significó la ausencia de un debate sobre cuál debía ser el rol de las bibliotecas del Estado en una sociedad en plena transformación. Sin embargo, a partir de 1951, con las preparaciones para la elaboración del Segundo Plan Quinquenal, el director de la Biblioteca Nacional comenzó a recibir circulares y resoluciones en las que se percibía una renovada voluntad del gobierno de adecuar esta institución a los lineamientos de la política general del Estado.

En junio de 1951, el ministro de Educación pidió a las distintas dependencias que lo conformaban la elaboración de un plan de «labor con criterio unitario» a fin de formular el anteproyecto de las actividades del ministerio para el Segundo Plan Quinquenal. La demanda del ministerio estipulaba que dicho plan debía contener un capítulo donde se especificaran los principios doctrinarios que lo guiaban, punto que consistía en una consigna velada a justificar el plan en términos acordes al peronismo, a la denominada «doctrina nacional». Martínez Zuviría hizo caso omiso de las especificaciones y solo presentó un listado de las actividades que la biblioteca realizaba normalmente —la publicación de la revista, la elaboración de ficheros y la organización de archivos— junto con una extensa lista de reclamos. El director de la biblioteca subvertía así la intención del gobierno de elaborar una política conjunta y la convertía en una oportunidad para dar mayor visibilidad a los problemas que aquejaban a la institución que dirigía. No justificaba la gestión de la biblioteca en términos doctrinarios peronistas ni proponía ninguna actividad que pudiera desviar a la biblioteca del rol de una institución pensada en función de la investigación¹⁵.

único autor que alrededor de los años treinta podía vivir de lo cobrado por sus obras (Gálvez, 1965, p. 337). En relación con esta vocación de educar a las masas se puede mencionar la participación de Martínez Zuviría en la revista *Argentina* auspiciada por el gobierno. El objetivo de esta era diseminar nociones de buen gusto entre los seguidores de Perón (Elena, 2010).

¹⁵ Carta de Martínez Zuviría a José Castiñeira de Dios, 22 de octubre de 1951. Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I.

En el intento de llamar la atención sobre las deficiencias de la biblioteca, Martínez Zuviría no escatimaba juicios: «Estamos medio siglo en retardo sobre las otras naciones del continente americano», señalaba el director. «Casi todas [tienen] desde hace años el edificio de su biblioteca nacional en edificios modernos... y lo que más vale contruidos para ese objeto». A pesar de las circunstancias familiares en las cuales estaba inmerso —su hijo mayor estaba detenido en el presidio de Rawson por haber participado del levantamiento militar contra el presidente Perón producido en setiembre de 1951—, la respuesta de Martínez Zuviría no debe interpretarse como de oposición (Moreno, 1962). No solo porque a fin de cuentas era un funcionario del gobierno que había expresado su adhesión al nuevo movimiento político, sino porque su postura era coherente con la visión de la biblioteca que venía sosteniendo hacía años: un espacio de trabajo para las élites cultas¹⁶.

Unos meses después, en junio de 1952, el director de la biblioteca recibió una resolución del Ministerio de Educación con un lenguaje hasta entonces inédito en la correspondencia oficial. En dicha comunicación, el ministro de Educación instaba a los directores de sus dependencias a «evitar toda filtración de funcionarios y docentes desleales o simplemente desafectos» y a «trabajar intensamente en el sentido de inculcar la doctrina justicialista» entre su personal. El ánimo de la circular estaba resumido en la advertencia que se daba al incumplimiento de las directivas: «cualquier actitud *contraria o tibia* que evidencia falta de decisión y energía en defensa de sus postulados [los de la doctrina justicialista], debe considerarse falta gravísima de deslealtad a la Patria y a sus instituciones». Finalmente se instruía a los directores a formar grupos para neutralizar y prevenir «el clima subversivo»¹⁷. La respuesta de Martínez Zuviría ante ese pedido fue declarar su fe peronista y la de sus empleados, pero sin comprometer acciones concretas dentro de la biblioteca¹⁸. Esta reacción esquiva se repitió en los años sucesivos hasta convertirse en abierta exasperación.

¹⁶ Martínez Zuviría fue el principal gestor de la revista cultural *Argentina*, financiada por el Ministerio de Educación y abiertamente adherida al gobierno. Fue cerrada de manera abrupta en 1950 (Magaldi, 1994; Elena, 2010).

¹⁷ Resolución, Ministerio de Educación, 6 de junio de 1952. Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I, subrayado en el original. Esta orden formaba parte de un proceso más amplio que, a partir de 1952, buscaba otorgar menos independencia a la Dirección de Cultura y centralizar las decisiones en el Ministerio de Educación. Véanse Resolución del Ministerio de Educación del 22 de agosto de 1952, Resolución del Ministerio de Educación 22 de mayo de 1953 y Resolución del 17 de mayo de 1954, Archivo Biblioteca Nacional.

¹⁸ Carta de Martínez Zuviría al director de Cultura, 19 de junio de 1952, Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I.

En 1953, ante el requerimiento de un informe por parte del recientemente nombrado director de Cultura, Raúl de Oromí, sobre cuáles eran los objetivos del Segundo Plan Quinquenal que la Biblioteca Nacional había conseguido cumplir, Martínez Zuviría respondió con una serie de proyectos —publicaciones sobre el peronismo, ficheros sobre la cultura autóctona, apertura de locales para la expresión de los obreros— que probablemente no pensaba llevar a la práctica. Mencionaba en dicho informe la colaboración de la biblioteca con la cultura popular al «asegurar las máximas facilidades para el acceso del público lector a las distintas dependencias de lectura e investigación de la casa»¹⁹. La viabilidad de dichos planes era escasa dadas las restricciones presupuestarias que pesaban sobre la institución, pero también porque no se condecían con el proyecto de Martínez Zuviría. Tan solo unos días antes, en la memoria enviada a la Dirección de Cultura, el director se había referido a la puesta en vigor de nuevas condiciones para acceder a la sala de investigadores. Un año después, probablemente ya cansado de los reiterados pedidos de informes de la Dirección de Cultura, Martínez Zuviría expuso abiertamente su opinión de que la biblioteca, dada su naturaleza, no podía integrarse a los objetivos del mencionado Plan Quinquenal:

La índole misma de los servicios que la Biblioteca Nacional presta al público, hace que muy poco sea lo que puede realizar en cumplimiento del mencionado plan, sin perturbar sus funciones específicas, lo que causaría graves inconvenientes para sus numerosos lectores. Lo único concreto y realmente valioso, que está a su alcance, son sus publicaciones, que, según tiene conocimiento están muy demoradas a causa de los severos decretos de economía, que se han dictado y deben cumplirse²⁰.

La provocadora contestación de Martínez Zuviría no solo revelaba una opinión que las elusivas respuestas anteriores a pedidos similares permiten pensar que no era nueva, sino que además mostraba que efectivamente, a fines de 1954, la Biblioteca Nacional no había sido «adaptada» a los objetivos del Segundo Plan Quinquenal²¹.

¹⁹ Carta de Martínez Zuviría al director de Cultura, 18 de agosto de 1953, Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I.

²⁰ Carta de Martínez Zuviría al director de Cultura, 27 de agosto de 1954, Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I.

²¹ Desde 1952, la Biblioteca debía enviar una comunicación mensual a la Dirección de Cultura con las actividades del mes referentes al Segundo Plan Quinquenal. No solo el director «olvidó» en reiteradas ocasiones enviar dicho informe sino que se negó a colaborar ante algunos de los numerosos pedidos del director de Cultura referente al tema. Por ejemplo, en noviembre de 1953, alegando escasez de personal, se negó a «prestar» funcionarios para actuar como asesores del Segundo Plan Quinquenal. Tan solo unos meses después, le recordó al director de Cultura que no era posible realizar conferencias o cursos en la Biblioteca porque esta «no cuenta con los locales adecuados»

La respuesta del director de la biblioteca derivó en una inspección a la institución cuyo informe final no hizo más que corroborar los sucesivos pedidos del director, al ratificar «la necesidad absoluta, urgente, impostergradable e inmediata, de encarar [...] el problema del edificio»²².

La gestión de Martínez Zuviría concluyó abruptamente en marzo de 1955 como producto del conflicto desatado con la Iglesia católica, el cual derivó en el retiro de los nacionalistas del gobierno. En ese momento, se ordenó la intervención de la biblioteca y se nombró al joven historiador y bibliógrafo José Luis Trenti Rocamora como su director, y se advirtió, como se indicó en la introducción, que hasta entonces la biblioteca no había sido adaptada a los objetivos del peronismo. Trenti Rocamora, un estudioso de la temática colonial, había sido, desde 1950 y hasta el momento de su nombramiento en la Biblioteca Nacional, director del Museo Histórico Nacional; allí había realizado el primer inventario de esa institución. Cabe destacar aquí que el desplazamiento de Martínez Zuviría se debió a motivos ajenos a su política bibliotecaria o a su resistencia a adecuar la institución a los objetivos del Plan Quinquenal. Su suerte derivó de su afiliación a un grupo con el cual el gobierno se enemistó. ¿Cómo evaluar su gestión? ¿Cómo explicar la capacidad de Martínez Zuviría de hacer de la biblioteca *su* proyecto? Es factible pensar que la falta de alineación de la Biblioteca Nacional con algunas políticas estatales demostraba la ausencia de una voluntad política en la materia. Es probable que esto fuera así porque el mismo diagnóstico del director de la biblioteca era compartido por aquellos encargados de delinear una política cultural. Según estos funcionarios, la Biblioteca Nacional, en virtud de su naturaleza, no era ni podía ser un agente de transformación social. La falta de presupuesto y la marginalidad de dicha institución —que por cierto no eran nuevas— no respondían a un desdén por la cultura ni a un conflicto entre los valores asociados a práctica de la lectura y aquellos de las clases populares, sino a su escasa plasticidad para proyectarse en «función de un servicio social», tal cual lo estipulaba el Segundo Plan Quinquenal. Esta visión, aunque no necesariamente correcta —como mencionamos antes, una biblioteca es una cosa proteica, y esta puede amoldarse a distintos objetivos—, permite explicar la sorprendente discrecionalidad de Martínez Zuviría. Dicha perspectiva del gobierno sobre las bibliotecas del Estado resulta evidente si se la contrasta con la suerte de las bibliotecas populares, las cuales recibieron un considerable apoyo estatal como se puede ver en la próxima sección.

(Carta de Martínez Zuviría al Director de Cultura, 17 de noviembre de 1953, y Carta de Martínez Zuviría al Director de Cultura, 6 de abril de 1954, Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I).

²² Informe incluido en la carpeta del Libro de Correspondencia de la Biblioteca Nacional, Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional, tomo I, 1954.

LIBROS PARA EL PUEBLO: LA COMISIÓN NACIONAL DE BIBLIOTECAS POPULARES²³

La CONABIP, en 1946, era una vieja institución con una actuación dispareja. Siguiendo las recomendaciones propuestas por Horace Mann, Domingo Faustino Sarmiento fundó en 1870 una dependencia estatal destinada al «fomento, la inspección y la inversión de fondos destinados a las bibliotecas populares», es decir a aquellas bibliotecas que surgían de la iniciativa de pobladores²⁴. Concretamente, el Estado se comprometía a girar a cada biblioteca una suma de dinero igual a la que esta había sido capaz de recaudar. El proyecto representaba la convicción de la capacidad transformadora de los libros y constituyó un capítulo vital de la utopía educadora liberal. La idea era promover una institución que remitía a la apertura, al dinamismo comunitario, a la asimilación del extranjero y a la conversión del ciudadano; que buscaba que todos accedieran al libro, incluso a su préstamo, que constituía «un pacto ético» (Clementi, 1992). Buscaba también enmendar las desigualdades regionales con respecto al acceso a la lectura (Romero, 1995; Chartier & Hebrard, 1994, p. 147; González, 1990)²⁵. Tampoco estaba ausente en la fundación de la CONABIP la preocupación por los virtuales efectos nocivos de una lectura sin control. Esta institución buscaba asegurar al Estado la capacidad de participar en el proceso central de este dispositivo cultural: el de «acompañar» al lector (Chartier & Hebrard, 1994, p. 120). La atribución de «vigilar» quedaba legislada al definir como una de las funciones de la Comisión el «inspeccionar» las bibliotecas. Es decir, la fundación de la Comisión remitía a una visión de la biblioteca como un «agente de cultura» pero también de control social, capaz de proyectarse en una multiplicidad de roles.

A pesar de que sus años iniciales fueron poco auspiciosos, la CONABIP ha funcionado hasta nuestros días, aunque con algunas interrupciones (Veneroni, 1995, p. 37). Cerrada en 1876 dada su incapacidad de llevar adelante sus objetivos y debido a algunos conflictos que suscitó, fue reabierta en 1908 por iniciativa del presidente José Figueroa Alcorta. Dicha reapertura significó un periodo más estable, sobre todo porque se aseguró su presupuesto al asignársele el importe de los premios de la Lotería Nacional no pagados. En 1919, durante la presidencia de Hipólito

²³ Esta sección reproduce, con ligeras variantes, el texto publicado en 2009 como «La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares». *Desarrollo Económico*, 48(192), enero-marzo, 543-556.

²⁴ Ley 419.

²⁵ Se ha dicho que la biblioteca popular constituye un espacio vital de la sociabilidad barrial y está más preocupada por los lectores que por los libros. González (1990) grafica esta paradoja al afirmar que era más importante tener los libros que leerlos.

Yrigoyen, se terminó de darle un marco legal al sancionarse un decreto que fijaba sus atribuciones y facultades. La normativa era precisa sobre el carácter regulador que debía ejercer la Comisión, cuyo objetivo era:

Preocupar[se] de que los libros que se adquirieran para las bibliotecas populares, además de responder a las exigencias de la cultura científica, artística y literaria, tiendan a desarrollar el sentimiento nacional y a fortificar la voluntad y el carácter, y que también deben contribuir al desarrollo de los conocimientos útiles y de aplicación práctica, consultando necesidades de las diversas regiones de la república (Decreto del 31 de marzo de 1919).

El decreto hacía hincapié en la dicotomía entre libros útiles e inútiles y la lectura «buena o nociva» para las clases laboriosas. El proyecto estatal buscaba crear un sistema de bibliotecas «controlado», ligado a una concepción de la lectura conforme a la idea de utilidad social y construcción de la nacionalidad. El sistema de auspicios que propiciaba la Comisión de Bibliotecas era complejo, porque si bien las bibliotecas que ella amparaba seguían siendo instituciones comunitarias y no estatales, la ayuda oficial abría la posibilidad de un abanico de tensiones, sobre todo con respecto al grado de autonomía con que las bibliotecas podían manejarse. ¿Cómo decidir cuándo un libro era útil para una determinada comunidad? ¿Quién tenía la última palabra para definir dicho criterio y quién sabía más al respecto? ¿La comisión directiva de la biblioteca de un pueblo o los miembros de una institución cuya sede estaba a veces a miles de kilómetros? Pese a la presencia de ese rasgo potencialmente conflictivo y aun reconociendo que es muy poco lo que sabemos sobre la labor diaria de la Comisión de Bibliotecas, es plausible sospechar que esta fue más aceptada que resistida, pues el subsidio oficial era un fuerte incentivo a la hora de consentir la injerencia estatal. En 1926 la CONABIP auspiciaba 1177 bibliotecas diseminadas por todo el país. Para cuando Perón se convirtió en presidente, en 1946, esta subsidiaba aproximadamente 1500 bibliotecas²⁶.

El peronismo no solo continuó con este proyecto de difusión de la lectura que conjugaba esfuerzos privados y estatales sino que le dio nuevos bríos. La continuidad vuelve a aparecer aquí como un rasgo distintivo, continuidad que

²⁶ Según estadísticas de la propia Comisión en 1947, la Comisión auspiciaba 1508 bibliotecas. El boletín de la institución brinda información sobre la distribución de las bibliotecas populares en el territorio nacional. A la cabeza se encuentra la provincia de Buenos Aires con 353 bibliotecas, seguida por la provincia de Santa Fé con 238 y Entre Ríos con 176. En sus antípodas se encuentra el entonces territorio nacional, Formosa, con tan solo una biblioteca. Es posible observar una clara vinculación entre el número de bibliotecas populares y la proporción de población de origen extranjero. Para mayores datos, véase CONABIP, 1948a.

se puede observar en varios ámbitos²⁷. El presidente de la CONABIP siguió siendo el mismo: el profesor universitario y poeta católico Carlos Obligado. Este personaje asumió el cargo de director en 1944, luego de haber sido por quince años vocal y vicepresidente, y permaneció en el puesto hasta que falleció en 1949. Su participación retomaba un mandato familiar, pues anteriormente su padre, el escritor Rafael Obligado, había ejercido funciones directivas en la Comisión. Obligado concentró sus esfuerzos en dinamizar la institución, lo que significaba modernizar e incrementar el número de bibliotecas protegidas. La creación de una Biblioteca del Bibliotecario, destinada a informar sobre las novedades bibliotecológicas, el temario de los programas que esta institución tenía en radio del Estado —entre ellos un ciclo destinado a enseñar las técnicas de la catalogación—, junto con la creación de un archivo estadístico, hablan de la «modernidad» que Obligado quería imprimir al movimiento de bibliotecas populares. Al igual que Martínez Zuviría, Obligado otorgaba a la catalogación un papel preponderante en la renovación de una biblioteca.

Obligado comulgaba abiertamente con el ideario con el que la Comisión se había fundado. En 1948, al publicar por primera vez la revista de la institución, reprodujo en su tapa un extracto del discurso de Nicolás Avellaneda al sancionarse la ley 419, el cual resumía los principios cardinales de la Comisión: «El que da un libro para el uso del pueblo hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una puerta de elevados sentimientos, *para ilustrar y regenerar* la existencia moral e intelectual de centenares de hombres» (Avellaneda, 1948, p. 1). Esto quiere decir que Obligado no tenía dudas de que la biblioteca constituía un instrumento para la pedagogía de las masas, aunque no descartaba su potencial subversivo. La segunda nota del número inaugural de la revista de la Comisión fue un artículo firmado por el crítico Carmelo M. Bonet sobre el libro y sus problemas, en el que se advierte sobre los efectos de una lectura sin «equilibrio, sin [una] inteligencia que jerarquice lo leído» capaz de «producir indigestados, veletas intelectuales que van a la zaga de los últimos autores leídos». Esto era peligroso, concluía, porque entre «los indigestados se reclutan estos tráfugas que hoy son anarquistas, mañana comunistas y pasado mañana católicos ultramontanos» (Bonet, 1948, p. 3). El comentario refleja tanto la tensión intrínseca al proyecto de difundir la cultura entre los sectores populares como las ansiedades que este despertaba. Si bien había consenso sobre la necesidad de educar a las clases populares, la lectura constituía un mecanismo de igualación y emancipación que tendía a minar las jerarquías sociales.

²⁷ Esta situación contrasta con lo que fue la norma en otros ámbitos de la gestión estatal bajo el peronismo, donde se produjo, al menos en forma parcial, una renovación de los elencos estatales.

Tan solo dos meses antes de que Perón asumiera la presidencia, un extenso decreto reguló nuevamente el funcionamiento de la CONABIP. El mismo renovaba los objetivos ya contemplados en la ley 419, pero agregaba un capítulo sobre las inspecciones que facultaba a la Comisión a valerse de las autoridades escolares zonales o los jefes de reparticiones nacionales para realizar la inspección de bibliotecas²⁸. El decreto representaba un avance para la Comisión porque implicaba un importante progreso en la capacidad de «controlar» y fue también el comienzo de un periodo próspero para el movimiento de bibliotecas populares. Como se indicó antes, durante el peronismo las bibliotecas populares vivieron una notable expansión. El ciclo cerró con más 1600 bibliotecas subvencionadas que resultaron en 5 535 521 visitas, según estadísticas del año 1954²⁹.

La aparición en 1948 de la revista de la institución debe ser interpretada como un signo del ímpetu que adquirió la labor de la Comisión en esos años, ya que dicha publicación representaba, según su director, «una voluntad de crecimiento» y, sin lugar a dudas, una erogación importante (Obligado, 1948, p. 1)³⁰. Respondía a un esfuerzo por hacer llegar la voz de la Comisión —sobre todo los impulsos modernizadores de su presidente— a todas las bibliotecas populares, a las cuales estaba destinado el cuadernillo. El signo más elocuente de que el peronismo implicaba un cambio para esta dependencia, sin embargo, fue el aumento del presupuesto en 1947, lo que, según Obligado, significaba «la desaparición de las dificultades económicas con las que tropezaba» la institución. El presupuesto de la Comisión fue reforzado en 2 268 630 pesos en junio de 1947, resolución que se fundaba en «el empeño del gobierno de concurrir al sostenimiento de las instituciones que cumplen fines de acción cultural». Esto significaba concretamente un aumento de las partidas destinadas al subsidio de bibliotecas que pasaba de ser 1 309 935 pesos a 3 578 865, cifra igual a la que recibía la Subsecretaría de Cultura para todas sus dependencias³¹. Resulta pertinente recordar que la Biblioteca Nacional vivió exactamente la situación contraria: su presupuesto fue disminuido.

La positiva recepción de las medidas introducidas por el nuevo gobierno puede ser leída en las conclusiones del Primer Congreso Nacional de Bibliotecas Populares

²⁸ Decreto 9241 del 11 de abril de 1946.

²⁹ De acuerdo con cifras de 1954, eran 1623 las bibliotecas subvencionadas. La incorporación de más de un centenar de bibliotecas en el lapso de menos de una década no es desdeñable.

³⁰ La revista, destinada a ser circulada entre las bibliotecas populares y presentada como «vocero oficial de cuanto suceda en el seno de la Comisión», reunía diversas intervenciones que iban desde la crítica de libros y la información sobre algunas bibliotecas hasta notas más técnicas sobre qué debía hacerse para atraer lectores.

³¹ La Comisión de Bibliotecas era la única dependencia de la Subsecretaría de Cultura que tenía un presupuesto independiente.

que se realizó en Córdoba del 9 al 12 de octubre de 1948, subvencionado por las cámaras de Diputados y Senadores de la Nación. Las distintas comisiones discutieron sobre aspectos técnicos, la misión de las bibliotecas populares y su accionar, su futuro y el gremio de bibliotecarios, y se detuvieron de forma particular en su relación con el pueblo, la cultura nacional y el Estado (CONABIP, 1948b). El despacho de la Comisión Sexta del Congreso fue explícito a la hora de «apoyar y aplaudir la política del gobierno nacional en sus aspectos de fomento de las bibliotecas populares, concretado en el aumento de los subsidios y la reestructuración de la Comisión de Bibliotecas Populares». Sin embargo, también aparecía entre estas resoluciones la defensa de ese principio tan caro a las bibliotecas populares como era la defensa de su autonomía. Si bien el congreso aconsejaba la sanción del estatuto del bibliotecario y del personal de las bibliotecas populares, lo hacía subrayando que se debía mantener como principio fundamental la independencia de las mismas. Evidentemente los bibliotecarios identificaban la sujeción como una amenaza del peronismo, aun cuando saludaran las medidas implantadas por el gobierno. Sin embargo, los comentarios que aparecieron en la revista de la Comisión no cuestionaban sino resaltaban el carácter «particular» (independiente) de las bibliotecas populares aunque «su desenvolvimiento y progreso solo [sea] realmente posible cuando media el sostén del Estado» (CONABIP, 1948b, p. 38). La defensa de la autonomía no solo fue un principio invocado sino también ejercido durante el encuentro en Córdoba. El congreso cerró con un pedido para que se gestionara la libre lectura del libro de Juan Bautista Alberdi, *El crimen de la guerra*, que los asistentes al congreso erróneamente creían prohibido. Uno de los frutos del encuentro aquí mencionado fue la creación de una Federación de Bibliotecas Populares, cuya misión era promover la vinculación entre las propias bibliotecas. En su estatuto se volvía a invocar indirectamente el principio de la autonomía, al declararse ajena a cuestiones políticas, religiosas o de nacionalidad, y afiliarse, en cambio, al respeto y la defensa de la tradición cultural de Mayo.

El impacto de la ampliación del presupuesto fue inmediato. La memoria del año 1948 registra los avances que con el mismo se habían logrado; el más evidente fue el aumento del número de lectores y el acervo agregado a las bibliotecas³². Sin llegar a consolidar los mencionados logros, Obligado murió en 1949. En su reemplazo, tras un breve interludio, fue nombrado el escritor de obras de tono social Horacio Velázquez. Este último era un ex obrero frigorífico y no era un escritor conocido.

³² La memoria destaca el aumento de más de 250 000 ejemplares y, aunque admite que el aumento de entidades patrocinadas se ha desacelerado con respecto al año anterior, esto se debe a que se prefiere conceder la protección legal a las bibliotecas que tengan méritos para recibir dicha ayuda (CONABIP, 1949, p. 75).

Es probable que haya llegado a la Comisión por haber obtenido ese año el primer premio del concurso literario de la provincia de Buenos Aires por su obra *Pobres habrá siempre* (1952)³³. A pesar de que sus orígenes lo colocaban en las antípodas sociales de Obligado —hijo, este, de un reconocido literato, uno de los fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras y dueño de estancias—, Velázquez continuó al pie de la letra la obra de su predecesor, que finalmente era una continuación del proyecto de Sarmiento. Tanto es así que no dudaba en invocar al autor de *Facundo* a la hora de explicar su gestión. Compartía con el prócer educador la visión de la biblioteca a la cual describía como un «resorte activo de civilización y entendimiento», «que no debe faltar a ningún pueblo que se estime y que desee ilustrarse». Participaba también de la idea sarmientina de la necesidad de que la lectura popular fuese intervenida. Así, advertía que «cuando [Sarmiento] ‘pedía libros’ [este] agregaba con conciencia: ‘pero adecuados, metódicamente distribuidos’» (Velázquez, 1955, p. 119). Claramente, el proyecto inicial de la Comisión era lo suficientemente vago para servir de plataforma a programas de distintos contenidos; por lo tanto, la pregunta que nos debemos hacer es si la biblioteca popular y sobre todo la Comisión fueron usados como agentes de manipulación, propaganda o simplemente difusión de una serie predeterminada de símbolos o mensajes culturales, tal como sucedió, por ejemplo, con el movimiento de bibliotecas públicas en Estados Unidos durante las dos guerras mundiales o, asumiendo caracteres más siniestros, en la Alemania nazi (Stieg, 1992; y Wiegand, 1950). En otras palabras, ¿cómo leer esta importante inversión del peronismo en el área de la lectura popular? ¿Significó el impulso al movimiento de bibliotecas populares un cambio en los valores y prioridades de la CONABIP?

Los numerosos legajos sobre cada una de las bibliotecas protegidas que guarda la Comisión en su sede son un valioso testimonio para observar este microcosmos tan peculiar. Los mismos desestiman la tesis de que dichas instituciones fueron utilizadas unilateralmente como vehículos para difundir un mensaje específico, ya sea cultural o político. Una forma de observar el grado de autonomía ideológica que tuvieron las bibliotecas populares —al menos con respecto a la CONABIP, ya que no se pueden descartar posibles tensiones con los poderes locales— puede advertirse en los informes que los inspectores enviaban a la mencionada institución. El formulario que el inspector actuante debía llenar establecía una serie de preocupaciones que dejaban poco lugar a las reflexiones de tipo más ideológico o político. El mismo buscaba evaluar si la biblioteca cumplía la función social que justificaba el subsidio. Este incluía, por lo tanto, consideraciones sobre el horario de apertura, el número de libros y lectores, el personal, la organización administrativa, la higiene del local y

³³ La obra fue llevada al cine por Carlos Borocosque en 1954.

las actividades que la misma realizaba. Unos pocos renglones para observaciones del inspector era el único espacio en donde este podría explayarse hacia otras cuestiones. Por lo general primaba la voluntad de proteger una institución comunitaria³⁴. La falta de inspectores propios hacía que los mismos informes fuesen esporádicos y su calidad dependiese de la buena voluntad de los funcionarios actuantes, quienes muchas veces carecían de los conocimientos técnicos para evaluar el funcionamiento de la biblioteca —por ejemplo, sus procesos de catalogación—. Por lo tanto, el intento de controlar la lectura, aunque expresado como una función fundamental de la Comisión, no tuvo durante el periodo aplicación práctica³⁵. Esta situación se explicaba por la falta de recursos, por la misma organización de las inspecciones, así como por la falta de voluntad estatal. Los comentarios de los inspectores son reveladores de las distintas valoraciones sobre lo que era una biblioteca ideal —sobre todo en lo que concierne a las lecturas adecuadas— y del alto prestigio que la cultura letrada aún conservaba en los sectores populares³⁶.

El escaso control de la CONABIP sobre el accionar de las bibliotecas populares se advierte también en la falta de una política centralizada de adquisiciones. Esta compró todos aquellos libros que las bibliotecas pidieron sin ejercer censura o presiones, por lo que las colecciones eran tan heterogéneas como las mismas bibliotecas que las sustentaban³⁷. Los legajos guardan las listas de libros requeridas por las bibliotecas: abundan los textos escolares pero tampoco faltan las obras de ficción de autores locales y extranjeros, entre los que se puede mencionar a modo de ejemplo las *Rimas* de Bécquer, *Robinson Crusoe* de Defoe, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* de Payró y clásicos nacionales como los textos de Sarmiento,

³⁴ El rubro observaciones en general enumeraba las necesidades a futuro de la biblioteca. Véase, por ejemplo, Caja 1140, expediente 330, Archivo de la Comisión de Bibliotecas Populares. Las estadísticas de 1948 informan hasta ese año y desde 1910 se cerraron 817 bibliotecas por no funcionar en las condiciones reglamentarias. Véase CONABIP, 1948a (p. 90).

³⁵ Es probable que el control de la lectura haya sido un objetivo que nunca la Comisión pudo llevar adelante, dado que contaba con una burocracia de pocas dimensiones y sin inspectores propios. Por otro lado, las colecciones de las bibliotecas eran muy heterogéneas porque estas dependían en gran medida de la incitativa de sus socios; así, resulta imposible hablar de la colección típica de una biblioteca popular. Este tema aguarda estudios específicos.

³⁶ Caja 1140, Biblioteca 1141, Expediente 330, Letra B, Archivo de la Comisión de Bibliotecas Populares. La ubicuidad de las bibliotecas populares en los barrios es un dato que no puede ser ignorado a la hora de hacer un balance del estatus de la cultura letrada en los sectores populares. Incluso, como nos advierte Luis Alberto Romero, aún la escasa actividad de lectura es prueba misma de la reputación de la cultura letrada: el libro es el agente legitimador de esa sociabilidad barrial (Gutiérrez & Romero, 1989, p. 55).

³⁷ Debe tenerse en cuenta que la selección del material en las bibliotecas populares estuvo sujeta muchas veces a una lógica más acumulativa que selectiva, entre otras cosas porque las donaciones eran una importante forma de aumentar el acervo.

Alberdi y Almafuerte³⁸. Tampoco hubo un plan para prohibir o dificultar ciertas lecturas ni tampoco para promocionarlas, y aunque es plausible sospechar que por los anaqueles de las bibliotecas populares circulaba material de propaganda peronista —una de las primeras acciones de la CONABIP luego de la Revolución libertadora fue ordenar el retiro de dicho material—, su distribución no fue promovida sistemáticamente por la Comisión. Por el contrario, eran las bibliotecas mismas las que reclamaban el envío de un ejemplar de *La razón de mi vida* de Eva Perón o el retrato de Perón para colgar en las paredes³⁹. La falta de centralización se puede observar en la nula injerencia que la Subsecretaría y la Dirección de Cultura tuvieron en el accionar de esta institución. No hubo ni directivas ni instrucciones a la Comisión, ni tampoco se distribuyeron libros que pudieran ser asociados —usando el lenguaje del gobierno— a la «cultura autóctona».

A pesar de esta falta de sujeción ideológica, del importante grado de autonomía del movimiento de bibliotecas populares y del aumento de los subsidios, sería erróneo, como se dijo arriba, descartar cualquier tipo de tensiones y problemas, incluso en el aspecto económico, principalmente por el atraso en los pagos. No solo los legajos de la Comisión testimonian ciertas dificultades, sino que estas también se pueden percibir en fuentes como el archivo epistolario que guarda las cartas de la población en ocasión de la invitación oficial a hacer sugerencias para ser incorporadas al Plan Quinquenal. Por ejemplo, este da cuenta de que a la Biblioteca Popular Mariano Moreno de Clodomira (Santiago del Estero) se le otorgó en 1948 un subsidio para ampliar el edificio, pero, hasta 22 de diciembre de 1951, cuando se hace el reclamo, el mismo no había sido pagado⁴⁰. También es posible percibir ciertas arbitrariedades. Algunas bibliotecas lograron rápidamente el subsidio de la CONABIP, como el caso de la biblioteca de la Confederación Obrera o de las «Bibliotecas circulantes 17 de octubre» (un carrito que recorría las calles de Berisso), mientras otras veían sus subsidios recortados o esperaban varios años para recibir el aval estatal⁴¹. Lo notorio es que no estuvo en la agenda del gobierno transformar las bibliotecas populares en agentes de propaganda peronista. Perón afirmó en el discurso que clausuraba el primer Congreso de Bibliotecarios realizado en el país en 1954 que, finalmente, «la ejecución [de una idea] es lo que cuenta y la ejecución está en manos de los bibliotecarios», ya que es el bibliotecario «el que le da vida a la

³⁸ La selección de libros requeridos estaba muy relacionada con el tipo de biblioteca —escolar, de club, de una asociación—, del barrio y el tipo de lectores de la misma.

³⁹ Véase, por ejemplo, Legajo 189, Letra B, Archivo de la Comisión de Bibliotecas Populares.

⁴⁰ Fondo Documental de la Secretaría Técnica del Estado, Legajo 137.

⁴¹ Una foto de estas bibliotecas circulantes se puede ver en CONABIP, 1954-1955.

biblioteca» y estos habían aclarado, en el Primer Congreso de Bibliotecas Populares en 1948, que estaban afiliados a la tradición liberal de Mayo⁴².

Lo que emerge de esta descripción es que las bibliotecas populares fueron apoyadas por el gobierno peronista pero que dicho auspicio no se tradujo en sujeción ideológica. En otras palabras, no hubo desde las bibliotecas una política que intentó intervenir sobre las lecturas⁴³. Esto es muy distinto a lo que sucedió en el área de educación, donde la escuela estuvo sometida a una progresiva centralización y fue utilizada como una herramienta clave en el adoctrinamiento de la población⁴⁴. No obstante, el apoyo a las bibliotecas populares puede ser visto como un avance del Estado hacia la sociabilidad del barrio e incluso hacia la campaña rural. Este avance también se advierte en otras iniciativas del gobierno como la apertura de unidades básicas barriales, la creación de misiones monotécnicas que se proponían educar al campesinado rural y en los diversos proyectos encarados por la Subsecretaría de Cultura tendientes a extender el consumo cultural más allá de los círculos tradicionales y de la ciudad de Buenos Aires⁴⁵. El caso aquí estudiado nos indica que la capacidad de los sectores populares para «beneficiarse» del peronismo no debe ser automáticamente asociado con afiliación o sujeción política, ni toda política estatal a la búsqueda —al menos inmediata— de adhesión⁴⁶.

⁴² *Desarrollo Económico*, 13 de abril de 1954, p. 1.

⁴³ Es preciso advertir que, según la carta orgánica del partido peronista, las unidades básicas debían poseer una biblioteca. Se puede interpretar este requisito como otra forma en que el peronismo demostró su interés por extender la cultura, en particular la práctica de la lectura, a los sectores bajos. Nicolás Quiroga advierte que el control sobre las unidades básicas fue muy difuso y que, en términos de sus funciones y su organización interna, estas constituyeron un conjunto de agrupaciones muy heterogéneo. Teniendo en cuenta estas características, se hace difícil pensar que el peronismo haya usado estas instituciones para controlar aquello que se leía. Al igual que para el caso de las bibliotecas populares, el peronismo buscaba que las unidades bases ayudaran a promover la práctica de la lectura, pero no se advierte una política que promoviera ciertas lecturas sobre otras (Quiroga, 2008).

⁴⁴ Sobre este tema, véase Plotkin, 1994, p. 276.

⁴⁵ Las misiones monotécnicas llegaban al campo para enseñar técnicas agrícolas, artesanía, nociones de economía y también organizaban una biblioteca y una discoteca. Para un ejemplo de las iniciativas de llevar cultura más allá de Buenos Aires (*Mundo Peronista*, 1951).

⁴⁶ Según Omar Acha (2004), bajo el peronismo se dio la paradójica convivencia de una «hegemonía autoritaria» con una sociedad civil activa; el autor sostiene que solo en sus días postreros el peronismo intentó un mayor control de las asociaciones barriales. Cabe mencionar que algunos bibliotecarios advertían que el avance estatal hacia la sociabilidad barrial representaba una amenaza para la práctica de la lectura. Uno de ellos estimó que si bien la merma de lectores tenía diversas explicaciones, esta también se asociaba a actividades que debían su auge al apoyo estatal: «los deportes intensificados en los últimos años»; «la exagerada cantidad de diarios y sobre todo revistas que se editan en el país y cuya difusión —invadiendo totalmente los distintos sectores de la población— alejan al lector de la natural concentración y esfuerzo que supone la lectura atenta de un volumen» y la expansión

¿Puede leerse la expansión y el respeto de la autonomía de las bibliotecas populares como representativa de la política cultural del régimen? Hasta cierto punto lo que sucede con las bibliotecas populares se ajusta a un patrón común a la hora de hacer un balance del peronismo: los éxitos del gobierno se asocian a sus afanes democratizantes y estos últimos están cargados de significado político. Sin embargo, debemos resaltar el hecho de que el apoyo a las bibliotecas —institución centrada en la idealización de la cultura escrita— concuerda con una representación jerárquica de la cultura, que se sostiene en una visión tradicional de la relación entre clase y cultura (Okada, 2005). En cuanto a la vocación autoritaria, lo que sucede con las bibliotecas populares nos permite matizar los impulsos autoritarios del peronismo en torno a la letra impresa⁴⁷. Uno de los hitos fundacionales y ciertamente premonitorios en muchos sentidos del nazismo fue la quema de libros el 10 de mayo de 1933. La destrucción de libros considerados comunistas o judíos se volvió una práctica corriente y a esta se le agregaron la confiscación de bibliotecas, la persecución a editores, libreros y autores, y la censura de obras (Hill, 2001, pp. 9-45). Nada de esto sucedió en la década que va desde 1945 a 1955. Si la comparación con el nazismo parece exagerada, tal vez sirva aclarar que la administración que siguió a la de Perón sí intentó «extirpar» ciertas publicaciones, incluso, como fue anteriormente mencionado, de las mismas bibliotecas populares.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La Comisión Nacional de Bibliotecas Populares fue fundada bajo la creencia de que la lectura constituye un mecanismo efectivo para civilizar y controlar a las masas. El peronismo no hizo más que ahondar en este capítulo tan importante para el credo liberal. Lo hizo, además, sin avasallar la libre iniciativa de estas instituciones y sin intentar imponer desde las mismas un determinado set de valores, ni siquiera de lecturas apropiadas. La Biblioteca Nacional continuó proyectándose, en gran medida por los esfuerzos de su director, como un recinto para las élites intelectuales. Esta visión fue resistida en el día a día por un numeroso grupo de escolares que la utilizaron para realizar tareas menos grandilocuentes que las imaginadas por su director. El hecho de que el peronismo no haya cambiado a quienes estaban al frente de estas dependencias es sintomático de la continuidad. Los apoyos desiguales se

del «cinematógrafo». Legajo 373, Letra E, Informe de la Biblioteca Primero de Mayo (ER), 16 de febrero de 1955, Archivo de la Comisión de Bibliotecas Populares.

⁴⁷ El peronismo utilizó diferentes estrategias para controlar la prensa. El incumplimiento de ordenanzas municipales, la distribución del papel, los juicios por desacato y las presiones económicas fueron algunas de estas. Para un resumen de los conflictos con la prensa, véase Sirvén, 2011 (pp. 51-204).

ajustan pero también *niegan* aquello que distingue al peronismo en otros ámbitos y que igualmente ha sido señalado por la crítica como lo distintivo de la política cultural: el esfuerzo en pos de la democratización⁴⁸. El recorrido de este trabajo, a la vez que muestra la concentración de esfuerzos en una institución más acorde al objetivo de democratizar la cultura —la biblioteca popular—, nos advierte sobre los estrechos límites de este proceso. En este caso vemos que la democratización se detiene en aquel espacio donde un miembro de la élite alza su voz de alarma. La política más democrática con respecto al acceso al libro no llega al punto de apoyar una reforma de la Biblioteca Nacional, lo que revela las limitaciones del proyecto: la Biblioteca Nacional fue aquello que pudo y quiso hacer su director, alguien que no escondía sus aprehensiones elitistas. La crítica especializada destaca como distintivo del peronismo el compromiso con un uso desjerarquizado —al menos en términos simbólicos— del espacio público urbano. Según Anahí Ballent, a través de una serie de operaciones como la organización de espectáculos en las calles, el peronismo «tendía a reafirmar el mito del 17 de octubre: la irrupción de las masas en [el centro de] la ciudad, que significaba a la vez su irrupción en la política» (Ballent, 2005, p. 51).

Paradójicamente, lo observado para el caso de las bibliotecas pone en cuestión la vocación democratizadora: la Biblioteca Nacional no podía adaptarse para usufructo de las masas, a estas era mejor reservar las bibliotecas barriales. No hubo, por lo tanto, en torno al objetivo de la democratización, una política cultural unificada sino esfuerzos a veces convergentes pero otras veces contradictorios. Una serie de notas en la revista *Mundo Peronista* advierten que las limitaciones del proyecto no eran ajenas a otros ámbitos del espacio público, como era por ejemplo la política en torno a los monumentos, la cual también debía ser coordinada por la Subsecretaría de Cultura a través de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos. La primera de las notas comenzaba con un interrogante que permitía adivinar el reproche de promesas incumplidas y reformas a medio camino: «¿Qué piensa el pueblo de los monumentos que adornan la ciudad, ahora que es *dueño de la ciudad*?». «La pregunta parecerá peregrina —decía el periodista— *pero no es tal*». Mientras recorría con un supuesto vendedor de helados la ciudad de Buenos Aires, llegaban juntos a la conclusión de que «artística y ornamentalmente el Pueblo está ausente en estos paseos». La publicación no solo denunciaba las desigualdades precedentes

⁴⁸ Esto mismo confirma, como lo advierten Pastoriza & Torre (1999), que la experiencia de movilidad social traída por el peronismo «se produjo con el telón de fondo de la gravitación de una élite aristocratizante, cuyo difuso y abarcador poder moral y cultural fue simultáneamente objeto de admiración y de resentimiento».

en la conformación del patrimonio, sino que se advertía que, todavía a fines de 1951, esto mismo no había sido revertido⁴⁹.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, Omar (2004). Sociedad civil y sociedad política durante el peronismo. *Desarrollo Económico*, 44(144), pp. 199-230.
- Augst, Thomas (2001). Introduction. American Libraries and Agencies of Culture. *American Studies*, 42(3), 5-22.
- Avellaneda, Nicolás (1948). El libro y su lectura. *Revista de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1, abril-junio.
- Ballent, Anahí (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Berrotarán, Patricia (2003). *Del plan a la planificación: el Estado durante la época peronista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Biblioteca Nacional (1933). *La Biblioteca Nacional en 1932. Memoria elevada al Excmo Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. D. Manuel M. de Iriondo*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Biblioteca Nacional (1936). *Memoria de la Biblioteca Nacional, 1935*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Biblioteca Nacional (1948). *La Biblioteca Nacional en 1947*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Biblioteca Nacional (1949). *La Biblioteca Nacional en 1948*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Bonet, Carmelo M. (1948). El libro y sus problemas. *Revista de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1, abril-junio.
- Bruno, Paula (2005). *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, Anne Marie & Jean Hebrard (1994). Génesis de las concepciones republicanas sobre la lectura pública. En Anne Marie Chartier & Jean Hebrard (eds.). *Discursos sobre la lectura* (pp. 118-150). Barcelona: Gedisa.

⁴⁹ *Mundo Peronista*, 1952. El perspicaz cronista advierte que la respuesta del pueblo no era la sumisa aceptación de un patrimonio que lo ignoraba. En un acto de rebeldía celebrado en *Mundo Peronista*, los «excluidos» cuestionaban el valor y la legitimidad del pasado seleccionado «pintando en el rostro marmóreo [de un monumento], unos mostachos grotescos» y usando su sombra como sitio para el picnic.

- Clementi, Hebe (1992). Las buenas bibliotecas. *Todo es historia*, 14(299), 72-79.
- CONABIP (1948a). Vida de la Comisión Estadística Bibliotecaria. *Revista de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 6, mayo-junio, 90-91.
- CONABIP (1948b). Primer Congreso Nacional de Bibliotecas Populares Argentinas. *Revista de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 3, octubre-diciembre, 33-40.
- CONABIP (1949). Memoria de 1948. *Revista de la Comisión de Protectora de Bibliotecas Populares*, 5, marzo-abril.
- CONABIP (1954-1955). *Guía de Bibliotecas Populares*. Buenos Aires: CONABIP.
- De Diego, José Luis (ed.) (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Elena, Eduardo (2005). What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955. *Journal of Latin American Studies*, 37(1), 81-108.
- Elena, Eduardo (2010). Peronism in «Good Taste». Culture and Consumption in the Magazine *Argentina*. En Matthew B. Karush & Oscar Chamosa (eds.), *The New Cultural History of Peronism* (pp. 209-237). Durham: Duke University Press.
- Fiorucci, Flavia (2011). *Los intelectuales y el peronismo*. Buenos Aires: Biblos.
- Gálvez, Manuel (1965). *Recuerdos de la vida literaria: en el mundo de los seres reales*. Buenos Aires: Hachette.
- Goedeken, Edward A. (2004). The Literature of American Library History 2001-2002. *Libraries & Culture*, 39(2), 175-211.
- González, Ricardo (1990). Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930). En Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular* (pp. 93-128). Buenos Aires: Sudamericana.
- Gutiérrez, Leandro H. & Luis Alberto Romero (1989). Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945. *Desarrollo Económico*, 29(113), abril-junio.
- Hill, Leonidas E. (2001). The Nazi Attack on «Un-German» Literature. En Jonathan Rose (ed.), *The Holocaust and the Book. Destruction and Preservation* (pp. 9-46). Amherst: University of Massachusetts Press.
- Hourcade, Luis A. (1952). Evolución de la bibliotecología en la Argentina, 1757-1952. Separata de *Universidad*, *Revista de la Universidad Nacional del Litoral*, 25.
- Johanningsmeir, Charles (2004). Welcome Guests or Representatives of the «Mal-Odororous Class»? Periodicals and Their Readers in American Public Libraries, 1876-1914. *Libraries & Culture*, 39(3), 260-292.

- Kasinec, Edward (2001). A Soviet Research Library Remembered. *Libraries & Cultura*, 36(1), 16-26.
- Magaldi, Juan Bautista (1994). *Argentina*. Una revista que hizo historia. *Placet*, 63, enero, 28-30.
- Martínez Zuviría, Gustavo (1933). Un público heterogéneo. En *La Biblioteca Nacional en 1932. Memoria elevada al Excmo Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. D. Manuel M. de Iriondo*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Martínez Zuviría, Gustavo (1947). Considerandos sobre la reglamentación de la profesión de bibliotecario. En *La Biblioteca Nacional en 1945-1946*. Buenos Aires: Imprenta de la Biblioteca Nacional.
- Moreno, Juan Carlos (1962). *Gustavo Martínez Zuviría*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Mundo Peronista* (1951). Hasta en el pueblo más lejano. *Mundo Peronista*, 9, 15 de noviembre, p. 20.
- Mundo Peronista* (1952). El pueblo y sus monumentos. *Mundo Peronista*, 1(18), 1 de abril.
- Obligado, Carlos (1948). Advertencia. *Revista de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1, abril- junio, 1.
- Okada, Emily (2005). Review: Thomas Augst and Wayne Wiegand, *Libraries as Agencies of Culture*. *The Library Quarterly*, 75(1), enero, 91-93.
- Pastoriza, Elisa & Juan Carlos Torre (1999). Mar del Plata, un sueño de los argentinos. En Fernando Devoto & Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo 3 (pp. 49-77). Buenos Aires: Taurus.
- Plotkin, Mariano (1994). *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel.
- Quiroga, Nicolás (2008). Las Unidades Básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* [en línea], <http://journals.openedition.org/nuevomundo/30565>
- Rodríguez Pereyra, Ricardo (1994). «La Biblioteca Nacional Argentina, 1901-1993». Tesis de posgrado. Instituto Torcuato Di Tella.
- Romero, Luis Alberto (1990). Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares. En Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina* (pp. 40-67). Buenos Aires: Sudamericana.
- Romero, Luis Alberto (1995). Nueva Pompeya, libros y catecismo. En Leandro Gutiérrez & Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra* (pp. 173-193). Buenos Aires: Sudamericana.

- Romero, Luis Alberto (2006). La política en los barrios y en el centro: parroquias, bibliotecas populares y politización antes del peronismo. En Francis Korn & Luis Alberto Romero (comps.), *Buenos Aires/Entreguerras: La callada transformación, 1914-1945* (pp. 33-58). Buenos Aires: Alianza.
- Sirvén, Pablo (2011). *Perón y los medios de comunicación. La conflictiva relación de los gobiernos justicialistas con la prensa, 1943-2011*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Stieg, Margaret F. (1992). *Public Libraries in Nazi Germany*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Tesler, Mario (2004). *Revistas de la Biblioteca Nacional Argentina, 1879-2001*. Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo.
- Velázquez, Luis Horacio (1952). *Pobres habrá siempre*. Buenos Aires: Kraft.
- Velázquez, Luis Horacio (1955) Próceres, escritores y libros. En Domingo Buonocore (ed.), *El mundo de los libros. Páginas sobre el libro, el escritor, la imprenta, la lectura, la biblioteca, el bibliotecario, el bibliófilo y el librero*. Santa Fe: Librería y Editorial Castellví.
- Veneroni, Rita (1995). *Bibliotecas populares argentinas*. Buenos Aires: Manrique Zago.
- Wiegand, Wayne (1989). «An Active Instrument for Propaganda»: *The American Public Library during World War I*. Westport: Greenwood.

BIBLIOTECAS Y REVOLUCIÓN EN CUBA

Ricardo D. Salvatore

La Revolución cubana se propuso desde su inicio reducir rápidamente el analfabetismo en la isla y crear una masa de lectores obreros y campesinos que pudiesen integrarse a la construcción de una cultura socialista. La campaña de alfabetización de 1961 produjo, en efecto, un incremento significativo del número de lectores y permitió el lanzamiento de un programa de difusión del libro y la lectura entre los sectores más postergados de la sociedad cubana. La Biblioteca Nacional de Cuba (BNC) fue el epicentro de este huracán cultural, debido a que desde allí se irradiaron una serie de iniciativas que apoyaron tanto la afirmación del culto a la lectura como la promoción del socialismo como sistema viable.

Este ensayo plantea que la promesa de la Revolución de dispersar libros y bibliotecas en el campo no se cumplió. El sistema bibliotecario cubano fue centralizado y fuertemente estatista. La estatización de colecciones privadas aumentó el capital bibliográfico de la BNC, la que promovió la lectura y, a la vez, cultivó el estudio de la cultura cubana y, en particular, de la obra de José Martí. Una producción masiva de textos escolares y de manuales técnicos permitió acompañar desde el Estado la demanda de libros del programa educativo de la Revolución. Centrándome en el análisis de la figura de la bibliotecaria de la Revolución, María Teresa Freyre de Andrade, trato de interrogar en qué medida la BNC pudo construir un camino intermedio entre las necesidades de modernización técnica y de servicios y los imperativos del nacionalismo revolucionario; un sendero que hiciera compatibles la construcción del socialismo y la elección del lector. Este ensayo desnuda las tensiones en la construcción de una biblioteca a la vez moderna y socialista en la primera década de la Revolución.

PROMESAS DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución, sabemos, prometió muchas transformaciones, entre otras: la reforma agraria, la alfabetización, la igualdad racial, la mejora de la salud pública, la industrialización o, al menos, el desarrollo económico no dependiente, la construcción del «hombre nuevo» y la erradicación de los burdeles y las casas de juego¹. Con el tiempo llevó a cabo algunas de estas transformaciones, otras no. Una de las promesas iniciales resulta llamativa. Fidel Castro prometió que la Revolución haría posible tener «una biblioteca en cada casa». La idea de llevar los libros a nuevos lectores campesinos significaba redireccionar hacia el campo el énfasis de la política cultural de la Revolución. Esto traería una radical descentralización de las lecturas y de la acumulación libresca. De cumplirse esta promesa, se multiplicarían por doquier las pequeñas bibliotecas privadas, lo que compensaría el prestigio y poder asociados a las bibliotecas de La Habana, Santiago y Matanzas.

Como veremos, la Revolución tomó luego un giro diametralmente opuesto, al privilegiar la concentración de libros en la capital y en una sola institución: la BNC. La modernización de la Biblioteca Nacional le permitió a Castro lanzar desde La Habana un proyecto cultural nacionalista revolucionario que, desde el comienzo, articuló patriotismo, alfabetización y promoción de la lectura popular como claves para la formación de una nueva conciencia socialista. En opinión de Castro, los campesinos consideraban los libros como objetos valiosos, deseados pero inaccesibles. La pobreza, el analfabetismo y la distancia a las ciudades los había alejado de la posibilidad de coleccionar libros. Dijo Fidel Castro en 1960:

Antes solamente podían tener bibliotecas muy contadas personas [...] es rara la casa campesina, obrera en que se encuentre una biblioteca, y no es que no les interese. Nosotros nos recordamos cuando estábamos en la Sierra Maestra, en la época que evacuaron a todos los campesinos, llegábamos a los bohíos y estaban vacíos, *siempre nos encontrábamos algún librito*. Un libro de agricultura, un librito religioso, un libro de modas, siempre había un libro en cualquier casa por humilde que fuera. Y *los campesinos, por ejemplo, aprecian mucho los libros, los aprecian también las familias, como se aprecian todas las cosas que no están al alcance de las manos de las personas* (citado en Santonja & Estrada, 2012, pp. 15-16; énfasis propio).

Restricciones a las importaciones de libros, debido a falta de divisas y el bloqueo comercial norteamericano, pronto llevaron a la necesidad de establecer un monopolio estatal en la producción de libros. Una imprenta nacional con capacidad

¹ Sobre las prioridades y promesas de la Revolución en su primera década véase García Luis, 2008; Levinson & Brightman, 1971; Thomas, 1971; Matthews, 1975; y Lievesley, 2004.

de publicar y distribuir libros masivamente, Castro pensaba, podría revertir la escasez de bibliotecas y lecturas en el campo, propia de la era prerrevolucionaria:

Y esto nos permitirá *hacer decenas de miles de bibliotecas, nos permitirá hacer una biblioteca en cada casa*. No solo bibliotecas para los trabajadores cuando regresen a su trabajo, sino también bibliotecas para los niños, los niños no tienen libros, muchas de esas obras que son famosas, obras infantiles, que son alegría de los niños, tampoco estas las pueden leer. Todas estas obras reconocidas mundialmente como las mejores para la mentalidad infantil, para educar a los niños, pues también se van a imprimir (citado en Santonja & Estrada, 2012, pp. 15-16; énfasis propio).

Una imprenta nacional permitiría transformar radicalmente el panorama de la lectura en la isla, al canalizar los intereses de los nuevos lectores (obreros, campesinos y niños) hacia obras de la cultura cubana y textos de formación política (marxista-leninista). La Revolución no solo reemplazaría libros importados por libros de producción nacional; también utilizaría la producción y distribución de libros como plataforma para un programa de concientización en los nuevos valores del nacionalismo revolucionario. Según Castro, la Revolución sacaría a campesinos y obreros de su miseria intelectual y llevaría a todos los hogares el bien supremo de los libros. Esto requería crear decenas de miles de pequeñas bibliotecas, lo que traería como efecto una descentralización radical del conocimiento y la lectura.

Este tramo del discurso de Castro es sorprendente: plantea un futuro en que los libros irían a donde están los lectores, a sus lugares de trabajo y a sus hogares. De manera paradójica, este programa inicial suponía un catálogo de lecturas canónico y elitista. Castro no se planteó revisar lo que las élites intelectuales europeas consideran grandes libros, sino, por el contrario, poner estas obras maestras al alcance de las masas. En esta promesa primera, el líder de la Revolución imaginó los deseos populares de lectura como dirigidos hacia obras reconocidas mundialmente.

Castro nunca pudo cumplir estas exageradas promesas. Durante la primera década de su gobierno (1959-1969), la Biblioteca Nacional organizó una red de bibliotecas públicas que llegó a integrar y poner bajo su tutela más de trescientas bibliotecas públicas. También se crearon minibibliotecas en pequeños poblados, pero no sabemos en qué número —de seguro, no fueron «decenas de miles»—. La bibliotecaria de la Revolución, María Teresa Freyre de Andrade, hizo lo que estuvo a su alcance para llevar el libro al lector, iniciar a los niños en la práctica de la lectura y promover la formación de una colección cubana en la Biblioteca Nacional. Pero sus esfuerzos, como veremos, fueron contrarrestados y desvirtuados por un Estado centralizado que prefería el adoctrinamiento a la diversidad de las lecturas. A su vez, la dinámica de la Revolución consolidó un modelo de acumulación cultural

basado en el monopolio estatal de la producción de libros, la concentración de las colecciones en ciudades y, con el tiempo, el control ideológico de las lecturas.

Castro trató de hacer realidad el sueño de libros abundantes al alcance de familias obreras y campesinas. La Imprenta Nacional, bajo la dirección del ya famoso escritor Alejo Carpentier, produjo tiradas masivas de obras maestras de la literatura nacional e internacional—entre ellas, una edición de cien mil ejemplares del *Quijote* de Cervantes—. Pero, por motivos ideológicos, el balance fue girando hacia manuales técnicos y de adoctrinamiento político-ideológico. Como explico más adelante, la Revolución produjo tanto una sobreoferta de manuales y un puñado de «obras maestras» como una drástica reducción de la diversidad de lecturas, debido a la selección controlada y un tanto caprichosa de los inventarios en las librerías del Estado, lo que se tradujo en una percepción generalizada de escasez de libros.

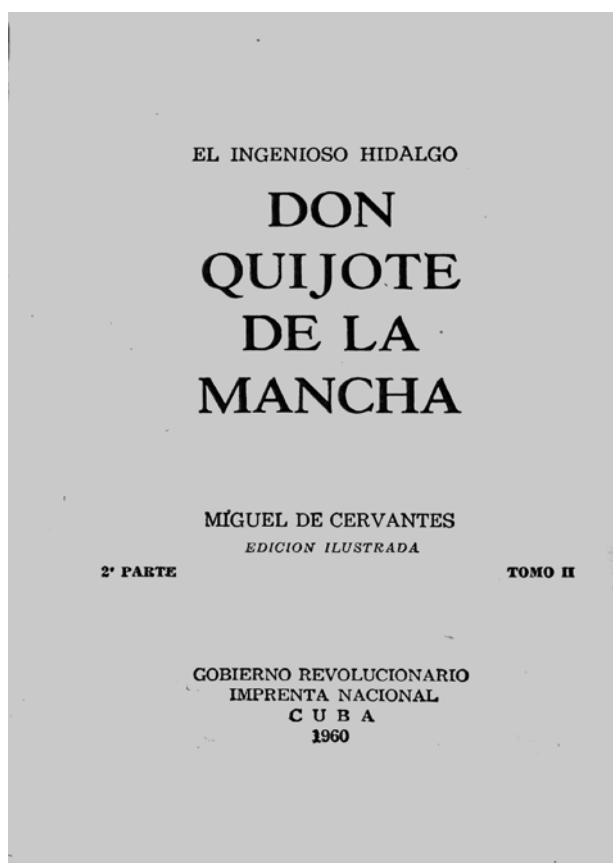


Figura 1. *Don Quijote*, el primer libro publicado por la Imprenta Nacional de Cuba en 1960.

Hacia 1971 la utopía de cientos de miles de bibliotecas familiares había sido reemplazada por un Estado-bibliotecario que tutelaba la cultura nacional y promovía la conciencia socialista en formas mucho más rígidas que las imaginadas por los intelectuales y los bibliotecarios. La Biblioteca Nacional, así como la red de bibliotecas públicas asociadas, pronto se llenó de textos marxistas-leninistas y de manuales técnicos soviéticos. Pero no nos adelantemos. Es necesario primero examinar los relatos de los expertos acerca de las transformaciones en las bibliotecas cubanas durante la Revolución y, para ello, debemos necesariamente examinar un evento trascendente en la política educativa de este periodo.

ALFABETIZANDO CON CARTILLAS

Durante 1961 una proporción significativa de la población cubana, especialmente los jóvenes, se movilizaron para llevar adelante una masiva campaña de alfabetización. Estudiantes de secundaria interrumpieron sus estudios para trasladarse a centros de entrenamiento —el más grande en la playa de Varadero—, desde donde se dirigieron a áreas rurales. Muchos de ellos se alojaron en las humildes viviendas de campesinos y trabajadores y compartieron con ellos las tareas cotidianas². Dedicando unas horas al día durante varios meses, los jóvenes brigadistas enseñaron a leer y escribir a una multitud de iletrados. El número es preciso, porque se repitió en los mensajes oficiales y los relatos de los alfabetizadores. Fueron 707 000 los que se alfabetizaron ese año, lo que redujo sustancialmente la tasa de analfabetismo de 23,6% en 1953 a 3,9% al final de la campaña de 1961³.

La movilización de jóvenes brigadistas fue masiva. Más de 300 000 jóvenes, maestros y trabajadores participaron de la campaña, como resultado de un esfuerzo de propaganda sin precedentes (Abendroth, 2009, p. 86). Para jóvenes que tenían de 14 a 16 años, la experiencia de la campaña de alfabetización debió ser enriquecedora. En su convivencia con las familias de los trabajadores y campesinos aprendieron acerca de la situación de pobreza y de las miserias del subdesarrollo. A cambio, ellos dieron a los adultos analfabetos la capacidad de leer y escribir. Fue, en este sentido, un intercambio mutuamente beneficioso (Abendroth, 2009, p. 20)⁴.

² Felipe Pérez Cruz relata: «El maestro alfabetizador trabajaba por el día con su anfitrión en las labores agrícolas, y por la tarde y noche enseñaba a los analfabetos. Vivía en la casa hasta que todos los miembros de la familia aprendían a leer y escribir» (Pérez Cruz, 2001, p. 180).

³ Véase Abendroth, 2009, pp. 73, 86. Los responsables de la campaña, por su parte, creían haber alfabetizado a todos los analfabetos que lograron localizar en el censo, cerca de 750 000.

⁴ Son numerosos los estudios sobre la campaña de alfabetización. Sobre sus orígenes en las guerrillas de la Selva Maestra, véase Suárez Amador, 2009. Estudios específicos de la campaña son los de Pérez Cruz, 2001, y Abendroth, 2009. Sobre los efectos de la campaña en el proceso educativo,

Mirada desde un punto de vista político, la Campaña Nacional de Alfabetización fue aún más eficaz, porque diseminó a lo largo y ancho de la isla la doctrina del socialismo, la posición antiimperialista de Cuba y el nacionalismo inspirado en José Martí. La campaña fue diseñada desde un principio como un instrumento de adoctrinamiento revolucionario y de propaganda para el proceso de construcción del socialismo en Cuba. Algunos sostienen que esta exitosa movilización —junto, por cierto, con los ataques norteamericanos— aceleró el giro de los líderes revolucionarios hacia el socialismo. Otros dicen que dentro de las mismas campañas de alfabetización surgió la idea de crear el Partido Único de la Revolución (Pérez Cruz, 2001, p. 174).

Dado que la campaña de alfabetización coincidió con los ataques estadounidenses a la Bahía de Cochinos —episodio que los cubanos llaman «Playa Girón»— y con actos de sabotaje, incendios y asesinatos llevados adelante por «bandidos contrarrevolucionarios», la población cubana vivió este tiempo con una mezcla de temor, incertidumbre y orgullo por su nación⁵. La derrota de la invasión en Playa Girón es considerada un divisor de aguas en la consolidación del apoyo de la población a Castro y a su proyecto de construir el socialismo en Cuba. Las memorias de los brigadistas alfabetizadores no dejan duda de que 1961 fue un año que vivieron en peligro, con una mano en las cartillas de alfabetización y con la otra en el fusil. También fue aquel un año en que muchos aprendieron a valorar el esfuerzo de la Revolución por elevar el nivel intelectual de los cubanos. Los millares de cartas que los nuevos alfabetizados enviaron a Castro son testigos de este sentimiento colectivo de agradecimiento (Abendroth, 2009, pp. 3 y 86).

La campaña de alfabetización se llevó a cabo básicamente con tres documentos: una cartilla, un manual y un cuaderno de consejos a los brigadistas. *¡Venceremos!* fue una cartilla educativa que contenía trece lecciones para aprender a leer y escribir. Utilizaba el método silábico y se valía de fotografías para introducir la problemática de Cuba, la Revolución y el contexto internacional. La primera lección comenzaba con la enseñanza de las vocales a partir de una imagen de la OEA. La última lección mostraba una foto de una multitud en un país vecino manifestando solidaridad con el pueblo cubano (Abendroth, 2009, pp. 67-68, 77-78). La cartilla mataba dos pájaros de un tiro: enseñaba a los analfabetos a leer y escribir, al tiempo que les explicaba las razones de la Revolución.

véase Leiner, 1984. Literatura sobre los brigadistas hay mucha, entre ellos, Levinson & Brightman, 1971.

⁵ Mark Abendroth escribe: «El ataque de Estados Unidos sobre los aeropuertos cubanos, las declaraciones de Castro sobre la naturaleza socialista de la Revolución, y la invasión a la Bahía de Cochinos, todos ocurrieron en abril [de 1961] mientras la movilización masiva de la Campaña [de alfabetización] estaba en marcha» (2009, p. 19).

Alfabetícemos era un manual de 98 páginas destinado a dotar a los brigadistas de herramientas sobre qué y cómo enseñar. El manual se dividía en veinticuatro temas, alusivos a la Revolución y la posición de Cuba frente al imperialismo norteamericano. Utilizaba poemas de Martí y frases de Castro para infundir patriotismo y compromiso, y presentaba el problema del analfabetismo como producto del subdesarrollo y de la condición semicolonial de Cuba desde 1898. Además de instrucciones de cómo utilizar la cartilla educativa, este manual contenía temas de orientación revolucionaria para ayudar a los brigadistas en su tarea propagandística. Un glosario al final presentaba las palabras del nuevo vocabulario revolucionario. Un tercer panfleto, *Cumpliremos*, contenía materiales adicionales destinados a la lectura de los brigadistas, que podían o no emplearse en las clases (Abendroth, 2009, pp. 68-75).

Como vemos, estos textos eran cartillas, manuales de instrucción y panfletos destinados exclusivamente a un propósito: alfabetizar al mayor número de analfabetos, en el menor tiempo posible y al menor costo. Además, servían para difundir los ideales de la Revolución entre los trabajadores y campesinos. Como reconoce Mark Abendroth, estos materiales didácticos sirvieron tanto para alfabetizar al iletrado como para combatir ideológicamente la opresión, el neocolonialismo y el atraso (Abendroth 2009, p. 78). ¿Eran estos los «libros» de las «bibliotecas móviles» a los que se refería Fidel Castro? Estas publicaciones, que distaban de parecerse a un libro, no habían sido concebidas para ser acumuladas en bibliotecas. Su función era específica para ese momento y su vida fue probablemente efímera. Hoy se conservan ejemplares de estas cartillas en el Museo de la Campaña de Alfabetización, pero nadie sabe dónde fueron a parar los más de 200 000 ejemplares publicados para este propósito.

Volvamos por un momento a la cuestión de los libros en el momento formativo de la guerrilla revolucionaria. Las campañas de alfabetización comenzaron en la Sierra Maestra durante las escaramuzas con las fuerzas de Batista. En un discurso pronunciado poco después del triunfo de la Revolución, Castro recordó que el ejército rebelde debió proveer maestros que enseñaran a los reclutas campesinos, en su mayoría analfabetos. Y para ello hubo que transportar cartillas y otros materiales de lectura. Los libros resultaban un objeto extraño en la sierra, un objeto frágil, difícil de preservar de las inclemencias del tiempo. Al cabo de un tiempo, recuerda Castro, los «libros» terminaban mojados y rotos: «Siempre fue una guerra muy movible. Con la humedad de los montes, las caminatas, las lluvias, los libros constantemente nos era imposible protegerlos de la inclemencia del tiempo, se rompían» (citado en Suárez Amador, 2009, p. 21).

A pesar de estos inconvenientes, dijo el líder de los rebeldes en enero de 1961, los maestros-soldados «llevan, cada uno de ellos, una pequeña biblioteca y una

cartilla de alfabetización». En su entender, era la primera vez que un ejército llevaba al frente de batalla dos instrumentos tan disímiles: el fusil y la cartilla⁶. Las armas y los libros se combinaban porque los soldados-campesinos, ahora en pleno proceso de construcción del socialismo, estaban empeñados en erradicar el analfabetismo y, al mismo tiempo, trataban de defender la isla de los ataques de norteamericanos y de «bandidos» contrarrevolucionarios.

Estos dos momentos enunciativos (1959 y 1961) nos revelan que, desde el principio, la democratización de la instrucción y de la lectura estuvo entre las preocupaciones de los revolucionarios cubanos. Sin embargo, estas primeras alusiones de Castro presentan una doble dificultad: la fragilidad de los libros en la humedad de la sierra —una dificultad real— y la idea de pequeñas bibliotecas en las mochilas de los soldados —una dificultad interpretativa—. ¿Podemos llamar «biblioteca» a un grupo pequeño de textos que se mueve de un lugar a otro y que es por naturaleza frágil y poco durable?

LA BIBLIOTECA NACIONAL DURANTE LA REVOLUCIÓN

Aunque las promesas de Castro no se cumplieron, hubo un notable progreso en materia de bibliotecas en Cuba a partir de la Revolución. Antes de la Revolución había solo treinta bibliotecas públicas en la isla; hacia 1990 cada una de las catorce provincias y las 179 municipalidades contaban con una biblioteca. A esto deben sumarse unas 2900 bibliotecas escolares. Hacia 1976 el gobierno cubano creó una red de información científica que unía a 46 bibliotecas especializadas y 19 centros de información técnico-científica (Cheseepiuk, 1990).

La Revolución estatizó una serie de bibliotecas «privadas» —en realidad, bibliotecas mantenidas por asociaciones civiles y de consulta pública—, por lo que sus líderes pudieron afirmar que, así como había ocurrido en Rusia en 1917, el Estado revolucionario se había quedado con las bibliotecas de burgueses y terratenientes⁷. En 1959, en acuerdo verbal de ministros, el consejo revolucionario determinó que «todas las bibliotecas recuperadas de las personas que se habían ido

⁶ Se trata de un discurso pronunciado en Santa Clara, en enero de 1961, con ocasión de la graduación del segundo contingente de maestros voluntarios. Dice Fidel Castro: «[...] las patrullas de milicianos obreros, que están tomando posiciones y moviéndose entre los cerros, llevan cada uno de ellos, una pequeña biblioteca y una cartilla de alfabetización, es decir, que no solo van a combatir y liquidar a los elementos contrarrevolucionarios, sino que van a desarrollar, al mismo tiempo, la Campaña de Alfabetización en el Escambray [...]. Ninguna fuerza militar en la historia del mundo hubiese llevado juntos estos dos instrumentos: el fusil y la cartilla de alfabetización» (citado por Suárez Amador, 2009, p. 29).

⁷ En Rusia, el nuevo capital libresco en manos del Estado llevó a imaginar la formación de importantes bibliotecas en zonas rurales. Con el tiempo, sin embargo, los líderes se dieron cuenta

del país y de las instituciones intervenidas debían de ser enviadas para la Biblioteca Nacional» (Fernández Robaina, 2001, p. 64). De esta manera, creció súbitamente el acervo bibliográfico de la BNC hasta llegar, quizá en dos o tres años, a la cifra de 1,5 millones de volúmenes.

¿Qué cambios trajo la Revolución a la organización de bibliotecas y al capital libresco de la república? Los relatos de los bibliotecarios sobre los procesos de modernización y reorganización de la Biblioteca Nacional coinciden en sus grandes trazos (por ejemplo, Fernández Robaina, 2001; Viciado Valdés, 2009; Ramos 1972). Según estas fuentes, la Revolución marcó un antes y un después tanto en la acumulación libresca como en el acceso del público a los libros. Antes de la Revolución, la condición neocolonial o dependiente del país hizo que la Biblioteca Nacional pasara las penurias típicas del subdesarrollo: abandono estatal, escasa capacitación del personal, bajísimos presupuestos y edificios inadecuados. Después de la Revolución todo cambió: la BNC, que había sido un depósito de libros vacío de lectores, se transformó en un elemento crucial para la construcción de la nueva cultura socialista en la isla. En palabras de Miguel Viciado Valdés, la Biblioteca Nacional y el resto de las bibliotecas públicas se convirtieron en «verdaderos centros de irradiación de la cultura» (Viciado Valdés, 2009, p. 62).

A partir de 1959 se produjo una centralización administrativa de todas las bibliotecas y colecciones: la Biblioteca Nacional se transformó en un centro de información moderno, funcional al proyecto de democratización de la cultura y a la construcción del socialismo. Mejoraron los catálogos, se promovió la investigación sobre la cultura cubana, los libros se hicieron baratos y accesibles, y las bibliotecarias prepararon manuales técnicos y bibliografías que ayudaron al desarrollo económico de Cuba. Como veremos seguidamente, la directora de la BNC trabajó esforzada y sostenidamente para hacer llegar el libro al lector y reducir la brecha que separaba a la élite de las masas trabajadoras y campesinas.

En este sentido, Viciado Valdés sostiene una controvertida y contundente idea: solo la Revolución cubana dio inicio al movimiento masivo de bibliotecas públicas.

La Biblioteca Pública como unidad de información e institución cultural de alcance masivo surgió realmente con el triunfo del 1 de enero de 1959. Las primeras leyes revolucionarias a favor de la cultura y del pueblo favorecieron la creación y formación de una Red de Bibliotecas Públicas que —orientadas por la nueva Dirección Nacional de bibliotecas y bajo la conducción de María Teresa Freyre de Andrade— se insertaron en los municipios, los barrios y

de que no habría suficientes lectores en el campo y comenzaron a enviar las colecciones hacia las grandes ciudades (Egorov, 1930).

las comunidades al servicio de la educación y la cultura general del pueblo (Viciedo Valdés 2009, p. 22).

Es más, Viciedo Valdés indica que las bibliotecas cubanas después de la Revolución adquirieron el carácter de bibliotecas de masa, al servir como un centro de acción para la formación cultural y política del pueblo trabajador (p. 23). Luego, como resultado del acercamiento a la URSS, las bibliotecas de Cuba se beneficiaron de los aportes de los expertos soviéticos. Aparentemente, el *Manual de biblioteconomía* de Ogan Stepanovich Chubarian se utilizó para modernizar las bibliotecas públicas cubanas (Viciedo Valdés, 2009)⁸. Chubarian fue director diputado de la Biblioteca Estatal Lenin por muchos años y dirigió, dentro de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas, el Comité de Teoría e Investigación.

Durante este periodo, la BNC participó de una controversia entre los Estados Unidos y la URSS acerca de la naturaleza y utilidad de las bibliotecas. Esta gran confrontación tuvo como líderes a Jesse Shera, como exponente de la «bibliotecología burguesa», y a Chubarian, como defensor de la «bibliotecología socialista» (Moncada Patiño, 2008). En la concepción soviética, la biblioteca pública tenía por objetivo hacer participar a las masas en la solución de tareas político-económicas. Sus fondos bibliográficos, por tanto, debían ser socialmente útiles, es decir, debían servir para modelar la concepción de mundo de los lectores para formar una conciencia socialista (Riveros Guerrero, Salamanca & Rivero Torres, 2012, p. 9). En este sentido, la bibliotecología soviética fue fundamentalmente diferente de su par occidental-capitalista. La idea de la libre autoformación del lector dentro de una biblioteca era ajena a la concepción socialista de la ciencia bibliotecaria. Sin embargo, una revisión del papel de los libros y la lectura durante la Revolución, así como el examen de la formación y políticas de la bibliotecaria que acompañó a Castro durante sus primeros ocho años de gobierno, permiten abrigar ciertas dudas acerca del carácter puramente socialista de la BNC.

ESPLENDOR Y CAÍDA DE LA BIBLIOTECARIA REVOLUCIONARIA

Sabemos relativamente poco de la bibliotecaria que dirigió la BNC durante los primeros ocho años del gobierno revolucionario. María Teresa Freyre de Andrade fue una militante del partido «ortodoxo» que se unió a la Revolución y que, desde

⁸ Existen varias ediciones en español de la obra de Chubarian, de las cuales la más difundida tal vez sea la edición de 1976 de la Editorial Científico-Técnica de la Habana. Chubarian es conocido por haber enfatizado que el objeto de la Biblioteconomía es investigar la función social y económica de las bibliotecas, en particular su mediación en la relación libro-sociedad.

su puesto al frente de la BNC, promovió una serie de reformas que intentaron elevar el nivel literacidad funcional de las masas⁹. Se dice de ella que protegió de la represión castrista a algunos escritores independientes y que durante su gestión no hubo censura ni destrucción de libros inconvenientes. Pero, al momento, carecemos de una biografía comprehensiva sobre esta figura central a la vida intelectual cubana.

Luego de la Revolución, Castro encargó la dirección de la Biblioteca Nacional a Maruja Iglesias, su compañera en la Sierra Maestra, quien a su vez sugirió nombrar en ese puesto a María Teresa. La elección no pudo ser más afortunada. Sus méritos eran notables. Ella no solo había sido una de las pioneras de la bibliotecología moderna en Cuba, sino que también había contribuido a crear, desde la sociedad civil, organizaciones de bibliotecarios que lucharon por el mejoramiento de las bibliotecas¹⁰. También había desafiado y sufrido en carne propia las persecuciones de dos dictaduras, la de Machado y la de Batista, lo que le había costado permanecer un tiempo largo en el exilio¹¹. Hacia 1959, María Teresa era una persona reconocida internacionalmente: en el pasado había estudiado en Francia y realizado pasantías en importantes bibliotecas de Estados Unidos, y más recientemente había trabajado como consultora de la UNESCO¹².

Nominada por una famosa guerrillera, Freyre de Andrade comenzó su tarea rodeada de la intelectualidad revolucionaria. Salvador Bueno, Cintio Vitier, Eliseo Diego y Alejo Carpentier fueron sus consejeros. En su primera resolución como directora fijó claras prioridades. La Biblioteca Nacional valorizaría la tradición cultural cubana, haría conocer el talento cubano, trabajaría para la superación cultural de las grandes mayorías y buscaría aminorar la brecha cultural entre la capital y el resto de la isla (Montes de Oca & Rivera, 2006). Pensaba además que, como una biblioteca pública, la BNC debía tratar de llegar al lector, dondequiera que este se encontrara.

⁹ El Partido del Pueblo Cubano —u Ortodoxo— fue un partido cuyas principales consignas fueron el nacionalismo antimperialista y la lucha contra la corrupción.

¹⁰ Desde su juventud, trabajó en la biblioteca del Lawn Tennis Club, una asociación de élite. Allí dictó los primeros cursos de manejo bibliotecario. Desde 1938 trabajó en la biblioteca de la Universidad de La Habana y fue nombrada jefa de Hemeroteca en 1943. María Teresa fue una de las fundadoras de la Asociación Nacional de Profesionales de Bibliotecas, que comenzó a publicar su revista especializada *Cuba Bibliotecológica*.

¹¹ Los matones de Machado habían asesinado a tres de sus tíos en un hecho mafioso que tuvo trascendencia internacional. A raíz de esta persecución debió buscar refugio en México.

¹² En 1945 María Teresa viajó con una beca de ALA a Nueva York, donde realizó una pasantía en la Biblioteca Pública de Nueva York. Allí comprobó que una biblioteca pública podía actuar como un centro de distribución de lecturas y como auxiliar de la educación pública (Montes de Oca & Rivera, 2006). En 1949 fue nombrada «especialista de programa» en la UNESCO, con lo que comenzó una larga cooperación con esta entidad. En los años que siguieron pudo asistir a conferencias en el exterior.

Muchas de estas ideas no eran nuevas. En 1940 María Teresa había defendido la biblioteca popular como una institución activa, promotora de la lectura (Montes de Oca & Rivera, 2006). Su modelo era el de las bibliotecas obreras europeas. Cooperación y esfuerzo societario era todo lo que se necesitaba para crearlas. Estas bibliotecas dictarían cursos a las clases trabajadoras y, con el tiempo, se convertirían en verdaderas «universidades populares». En 1941 publicó en una revista dominical ensayos cortos sobre bibliotecas. Uno de ellos abogaba por un plan para organizar las bibliotecas cubanas según las técnicas de catalogación y clasificación utilizadas en los países desarrollados. En otros ensayos lamentó la falta de personal experto, criticó las donaciones de libros como única fuente de las colecciones, e instó a interconectar las bibliotecas existentes. Ese mismo año publicó un folleto en favor de la creación de bibliotecas escolares, similares a las que existían en Estados Unidos. Por esos años promovió la creación de servicios de referencia y de adquisiciones en las bibliotecas cubanas (Montes de Oca & Rivera, 2006).

Durante su gestión la BNC experimentó cambios significativos. Se creó la Sala Juvenil, el Departamento de Extensión, la Campaña de Lectura Popular, la Sala de Ciencia y Técnica, la Biblioteca Circulante y el Departamento Metódico. Se creó además una sala de música y otra de arte, y se estableció el servicio de referencias, para orientar al lector-investigador en sus búsquedas. Fue también durante este periodo que se abrió la Sala José Martí, una colección dedicada al estudio de la obra del escritor y héroe de la independencia cubana. Estas transformaciones hicieron de la BNC una biblioteca moderna al servicio de la instrucción y la elevación cultural de las masas.

María Teresa fue una entusiasta revolucionaria. Durante su gestión, la BNC apoyó con un programa de extensión de la lectura las políticas educativas de la Revolución. Y, por lo que sabemos, apoyó las diversas manifestaciones convocadas por el partido y por Castro. Por ejemplo, en 1966 hizo un llamado a los bibliotecarios a acompañar la celebración del aniversario de Playa Girón y, más tarde, promocionó activamente las movilizaciones para la «Zafra de los Diez Millones» (Fernández Robaina, 2001, p. 70). Pero tal vez su pasado ortodoxo, su pertenencia a una familia aristocrática, su experiencia internacional y, sobre todo, sus ideas acerca de qué era una biblioteca moderna llevaron a enfrentarla con el liderazgo revolucionario y causaron su alejamiento hacia 1967.

Sabemos que en 1964 María Teresa dio un discurso a la juventud comunista de la propia biblioteca en el que se refirió al problema de la función de las bibliotecas en los procesos revolucionarios (Freyre de Andrade, 1964). Las bibliotecas, dijo entonces, son importantes para la Revolución en tanto se mantengan consustanciadas con ella. Freyre de Andrade creía que la Revolución cubana debía sostenerse en ideas directrices emanadas del liderazgo revolucionario. En este sentido, las bibliotecas

ugarían un rol central en la difusión de ideas en la transición al socialismo. Pero, por otra parte, ella veía a la Biblioteca Nacional como una institución al servicio de la formación de individuos pensantes y críticos, como un centro de información de consulta abierta a todos. Dijo entonces:

Nosotros no tenemos que verlas como un lugar donde se guardan los libros, sino desde un punto de vista mucho más amplio y dinámico. Es preciso valorarlas como lo que realmente son: como vehículos de las ideas. A ellas corresponde el proporcionar libros a todo el mundo y nada puede haber más importante, ya que eso equivale a que todo el mundo piense por sí mismo y con conocimiento de causa (Freyre de Andrade, 1964, p. 2).

A diferencia de las bibliotecas capitalistas, las bibliotecas de un país socialista debían estar al servicio de la masa de trabajadores y servir a su cohesión como comunidad de ideas. En su discurso, Freyre de Andrade citó a Lenin, un «lector infatigable» que predijo que, en el futuro, las bibliotecas tendrían un papel principal en la difusión de la cultura, en el cuidado de los testimonios del pasado y en la construcción de la sociedad socialista. Por ello, siguiendo el pensamiento de Lenin, ella propuso que la BNC esté al servicio de la construcción del socialismo, además de servir como repositorio del acervo cultural de la nación cubana. Si esto era así, era preciso que la biblioteca coleccionara todo tipo de materiales, no solo libros y revistas: «La Biblioteca es un centro al servicio de la cultura en todas sus manifestaciones. Por eso la nuestra incluye cuadros, música impresa, mapas, grabados, dibujos, discos, manuscritos; en una palabra, todo lo que forma el acervo cultural del hombre» (Freyre de Andrade, 1964, p. 3).

La primera de las funciones —servir de apoyo a la labor propagandística y educativa de la Revolución— haría que la Biblioteca Nacional fuera muy diferente de los modelos capitalistas extranjeros. La Biblioteca Británica podría ser magnífica y bien organizada, pero no servía como modelo a la construcción de una sociedad socialista.

Es decir, que no sería posible ni efectivo que comenzáramos en la Cuba de hoy a imitar lo que hace la Biblioteca Nacional de Inglaterra, que es una de las mejores del mundo. No podemos nosotros en Cuba, en la Cuba actual, tratar de copiar lo que hacen los ingleses en sus Bibliotecas. No, compañeros; si procediéramos así, no estaríamos formando parte de la sociedad cubana del presente; tendríamos una Biblioteca magnífica, la tendríamos bien clasificada, le daríamos un buen servicio a muchas personas, pero no estaríamos formando parte activa en lo que es la Revolución. Y la obligación de la Biblioteca es tomar parte muy activa en la construcción de la nueva sociedad (Freyre de Andrade, 1964, p. 3).

El modelo que Freyre de Andrade descarta es el de la Biblioteca Británica, que no era por entonces la biblioteca más organizada y más moderna del mundo. Tal vez porque Cuba estaba en una situación de guerra no declarada con los Estados Unidos, la bibliotecaria no podía mencionar siquiera a los pioneros del movimiento bibliotecario de ese país, ni poner a la Biblioteca del Congreso estadounidense como líder en materia de catalogación y clasificación en el mundo.

¿Cómo deben ser las bibliotecas de una sociedad socialista? Esta pregunta es central para la bibliotecaria revolucionaria. Es necesario decidir si se comprarán libros de libreros populares, si serán distribuidos por los barrios y de qué forma se los harán llegar al lector. En todo caso, ella está segura de algo: «Todo esto lo tiene que decidir el pueblo» (p. 3). La idea de que un pueblo recientemente alfabetizado está en condiciones de armar su propia lista de compras de libros puede sonar en principio un poco idealista. Freyre de Andrade se debate entre el principio de la autonomía del lector y la necesidad de la Biblioteca Nacional de acompañar la construcción del socialismo, sin darse cuenta, tal vez, de que esos objetivos son contradictorios.

Y es aquí donde su discurso se vuelve más vulnerable, a los ojos del comisariado cultural de la Revolución. Ella les pide tanto a bibliotecarios como a usuarios que «sean sinceros». Que el lector no se avergüence de mostrar su falta de preparación o su indecisión al pedir un libro. Y que los bibliotecarios entren en una relación personal y cercana con los lectores, para poder anticipar sus gustos y sugerirles las lecturas apropiadas.

Entonces el que está en la biblioteca, tiene la obligación de conversar con el compañero, de conocerlo un poco más y de ofrecerle distintos libros, advirtiéndole que si una obra no le interesa lo diga sinceramente, porque se le puede encontrar otra que seguramente le va a interesar (p. 4).

Al instante se da cuenta de que está adentrándose en un territorio peligroso y gira su discurso hacia el otro extremo. El bibliotecario revolucionario debe tener el libro «en la mano» para poder ayudar al nuevo lector, al compañero, a comprender mejor las transformaciones que está experimentando la isla en su camino al socialismo. Esto naturalmente cerrará bastante el horizonte de lecturas, pero ella no lo dice. Y vuelve a la fórmula: «Vamos a leer como hombres sinceros». En su siguiente párrafo, la bibliotecaria revolucionaria parece indicar que se inclina por una lectura útil y a la vez emotiva, que juega peligrosamente con el concepto burgués de libertad de elección¹³.

¹³ «Si llega el caso, digamos: “este magnífico libro no me interesa”, pues vale más leer un libro que no tenga calidad, que no sea un libro genial, pero que nos llegue hondo y nos aporte algo» (Freyre de Andrade, 1964, p. 4).

Los bibliotecarios deben ayudar a los lectores a escoger libros de acuerdo con sus preferencias personales y, al mismo tiempo, ayudar a la formación entre ellos de una conciencia revolucionaria. Esto requiere un balance difícil. Ella preferiría que la biblioteca fuese una gran estantería abierta donde «cada uno pueda tomar una obra, hojearla y dejarla, prosiguiendo así hasta encontrar el libro que le viene bien a su interés permanente y a su estado de ánimo» (p. 4). Pero si esto fuera así —agrego yo— estaríamos en el territorio de la libre elección y de la soberanía del consumidor, un territorio capitalista-burgués por excelencia.

Difícilmente sabremos hacia dónde apuntaba realmente el discurso de Freyre de Andrade a los jóvenes comunistas, si hacia la construcción de una biblioteca subordinada a la construcción del socialismo, o hacia una biblioteca orientada a mantener una colección adecuada a las preferencias de los lectores. Por lo que sabemos, Freyre de Andrade nunca se pronunció en contra del monopolio estatal en la producción de libros, ni en contra del giro hacia la cooperación cultural con el bloque soviético. La bibliotecaria cerró el discurso saludando a la juventud comunista por sus esfuerzos en mejorar individualmente para servir mejor a la Revolución. Tal vez pensara que el mejoramiento individual y el colectivismo no eran incompatibles. Por las dudas, se despidió de los jóvenes comunistas diciendo: «Patria o Muerte. Venceremos».

Sabemos poco acerca de la relación de María Teresa con la dirigencia revolucionaria y sobre los factores que precipitaron su caída en desgracia. Es evidente que sus ideas —sobre la importancia de las bibliotecas infantiles y la necesidad de contar con una biblioteca moderna de estantes abiertos, así como la propuesta de llevar el libro al lector y de organizar una red nacional de bibliotecas— fueron transmitidas a Castro en los años formativos de la Revolución. Pero también es claro que hacia 1965-1967 su figura comenzó a estar bajo sospecha hasta que finalmente un episodio peculiar motivó su alejamiento de la Biblioteca Nacional. Para esclarecer este punto, debemos recurrir al testimonio de un escritor.

Reinaldo Arenas, el escritor disidente cubano, trabajó como investigador en la Biblioteca Nacional¹⁴. En *Antes que anochezca*, Arenas narra su traslado del Instituto Nacional de Reforma Agraria a la Biblioteca Nacional cuando esta aún conservaba su esplendor bajo el liderazgo de María Teresa¹⁵. De ella, dice que pertenecía a una familia aristocrática de tradición revolucionaria —independentista, antimachadista— y que manejaba la Biblioteca Nacional «espléndidamente».

¹⁴ Según Nieves Olcoz, «Arenas, becario del partido, se lee toda la Biblioteca Nacional de La Habana o el tesoro humanístico de María Teresa Freyre de Andrade» (Olcoz, 1999, p. 72).

¹⁵ En la biblioteca, él pudo escribir *Celestino antes del Alba* y llegó a leer muchos de los libros de aquellas galerías. Allí Arenas leyó a Borges y aprendió uno que otro truco del escritor argentino.

Ella protegía a jóvenes poetas que no estaban a favor de Castro. Arenas cuenta que su trabajo en la biblioteca le dejaba tiempo suficiente para leer. Cuenta que en las noches en que le tocaba hacer guardia, él disfrutaba el placer de elegir un libro al azar¹⁶; sus compañeros Eliseo Diego y Cintio Vitier lo guiaban en la elección de los libros. Ambos estaban en contra de Fidel y de la Revolución, pero no se atrevían a intentar escapar. Luego ambos se convirtieron en intelectuales orgánicos de la Revolución.

Uno de esos días, relata Arenas, un escándalo se desató en la biblioteca. Dos empleadas mujeres muy conocidas fueron sorprendidas en el baño teniendo relaciones. María Teresa las perdonó, diciendo que no era de su incumbencia hacer de policía moral. Por su generosidad y tolerancia, el régimen infiltró su biblioteca de «enemigos», gente resentida y envidiosa. Una de ellas era María Luisa Gil, una estalinista española casada con un viejo miembro del Partido Comunista. Poco a poco, la biblioteca se cubrió de rumores. Se decía que María Teresa era lesbiana, aristocrática y contrarrevolucionaria. Finalmente, sus enemigos consiguieron hacerla renunciar. «María Teresa —escribe Arenas— dejó la biblioteca en lágrimas». Su reemplazante fue Sidroc Ramos, un capitán de la policía castrista (Arenas, 1992, p. 75). Era de esperar que, a partir de entonces, el control ideológico de las lecturas se hiciera más estricto.

LIBROS MASIVOS, LECTURAS PRESELECCIONADAS

A poco de tomar el poder, el gobierno revolucionario expropió dos periódicos —*El País* y *Excelsior*— y los transformó en una imprenta estatal que monopolizaría la producción de libros. La Imprenta Nacional, luego subdividida en varias editoriales, manejó la política de producción de libros y les dio prioridad a textos escolares, libros técnicos y obras literarias y marxistas. Alejo Carpentier ocupó durante muchos años el cargo de director, por lo que imprimió su visión de calidad estética a las ediciones literarias. Sabemos que el primer libro que publicó la Imprenta Nacional fue *Don Quijote*, con un tiraje de cien mil ejemplares (Santonja & Estrada, 2012, p. 17)¹⁷. Luego vinieron las ediciones de José Martí, los clásicos del marxismo-leninismo y una selección acotada de títulos de la literatura latinoamericana y universal.

Bajo el control del Estado, la industria editorial cubana creció de manera explosiva. El Instituto Cubano del Libro, fundado en 1967, celebró la publicación

¹⁶ «Caminando entre las estanterías veía radiante la promesa de un misterio» (Arenas, 1992, p. 72).

¹⁷ Hay una disputa acerca del origen de esta idea. El mito sostiene que fueron los trabajadores de la nueva imprenta quienes sugirieron la impresión del libro de Cervantes. Carlos Franqui sostiene que la idea fue suya y que él pensaba publicar «millones de ejemplares». La viuda de Carpentier por su parte, reivindica la idea como propia de su marido, por entonces subdirector de Cultura.

del ejemplar número cien millones en junio de 1973 (Matthews, 1975, p. 335). Muchos de los simpatizantes de la Revolución consideraban su política editorial como una de las grandes transformaciones del periodo. Lee Lockwood, un periodista norteamericano, visitó Cuba en varias oportunidades entre 1959 y 1965. Aunque mostró reservas sobre otras áreas de la política revolucionaria —la libertad de expresión, los prisioneros políticos, el adoctrinamiento marxista—, Lockwood quedó fascinado con la personalidad de Castro y volvió convencido de que la Revolución había mejorado el nivel de vida de las mayorías. Con respecto a los libros, escribió:

El Instituto Cubano del Libro (fundado en 1959) publica veinte millones de volúmenes por año. Se trata principalmente de manuales, pero obras literarias de autores tan diversos como Proust, Faulkner, Kafka, Sartre, Robbe-Grillet, Genet, Capote y Marcuse también se publican en elegantes ediciones de diez mil [ejemplares] y se venden inmediatamente. Lo mismo con las obras de importantes escritores cubanos como Alejo Carpentier y Lezama Lima y jóvenes autores como Edmundo Desnoes, Heberto Padilla, Pablo Armando [Fernández], Roberto F. Retamar, Lisandro Otero y Miguel Barnet (Lockwood, 1969, p. 136).

En su visión, la Revolución estaba produciendo libros de autores renombrados, cubanos y extranjeros, en ediciones realmente masivas. Otros visitantes tuvieron la misma impresión, y agregaban a su comentario la sorpresa de que los lectores devoraban las nuevas ediciones en cuestión de días. En 1968 Mario Benedetti, uno de los literatos amigos de la Revolución, escribió un ensayo elogiando el éxito alcanzado en la producción y distribución de libros¹⁸. A todas luces, Cuba se había transformado en un país de ávidos lectores. El escritor uruguayo se maravilló con la rapidez con que los nuevos libros desaparecían de los estantes: «Un pequeño país, que anualmente publica trece millones de copias de libros, que ha sido exitoso en formar un público que agota en unos pocos días, y a veces en unas pocas horas, tiradas de diez, quince y veinte mil volúmenes [...] es obviamente un país que ha sabido crear condiciones e instrumentos con alta efectividad» (Benedetti, 1972). Su explicación al fenómeno era sencilla: los alfabetizados a partir de 1961 se habían convertido en adultos ávidos de conocimiento y de cultura¹⁹.

¹⁸ El ensayo fue publicado originariamente en la revista *Marcha* y luego traducido al inglés y publicado en un volumen editado por Rolando Bonachea y Nelson Valdés (Benedetti, 1972).

¹⁹ En su revisión del estado de la cultura en Cuba, Benedetti fue más favorable con la poesía y la pintura que con la narrativa. Tal vez los escritores cubanos no se habían puesto a la altura de la demanda. Pero Cuba exhibía unos cuantos grandes maestros de la narrativa y la poesía, como Carpentier y Guillén, y su pintura y cine mostraban una renovada vitalidad.

Sin embargo, por otro lado, varias fuentes coinciden en señalar que era difícil conseguir libros en Cuba y que las librerías no parecían tener suficiente stock. A principios de los años setenta, Haydée Santamaría, exdirectora de Casa de las Américas, atribuyó este fenómeno al exceso de demanda. Santamaría explicó a un visitante norteamericano que «ellos simplemente no podían mantener [la producción de libros] al ritmo de la demanda». Si ellos publicaban 80 000 copias del *Quijote*, dijo, la edición desaparecía en unos pocos días de las librerías (Matthews, 1975, p. 335). ¿A qué se debía esta avidez del público lector? Herbert Matthews lo asoció con la peculiar costumbre de los cubanos de acumular libros en sus hogares. Los lectores cubanos, a pesar de vivir en una sociedad socialista, mostraban hábitos de posesión individual propios de las sociedades capitalistas. Explicó: «Los cubanos no tienen la costumbre de usar las bibliotecas públicas. Ellos compran libros y los mantienen en sus hogares. En La Habana, la Universidad tiene una biblioteca de préstamos; los libros pueden tomarse prestados por un mes, pero muchos de ellos nunca son devueltos. Los libros importados son arrebatados en un día o dos» (Matthews, 1975, p. 335).

A primera vista, las cifras de producción indicaban que en la Cuba socialista había más bien sobreoferta de libros —o, al menos, un crecimiento explosivo de la oferta de libros consistente con la política cultural y educativa de la Revolución—. Pero, como lo indican Santamaría, Benedetti y otros, la demanda de libros crecía aún más rápidamente. Los libros desaparecían de las librerías apenas salían a la venta. Un tercer elemento, tanto o más importante, fue la preselección que se hacía en aquel catálogo de títulos. La oferta de libros, aunque superabundante en cantidad, sufría serias limitaciones en su cobertura. La selección de títulos fue recortada, en parte, por razones ideológicas y, en parte, debido a preferencias estéticas de la élite revolucionaria.

Paul Hoffman, uno de los periodistas que visitaron la isla a mediados de la década de 1960, reportó acerca de los libros disponibles al público en las librerías estatales. En la tienda del hotel Habana Libre (ex Hilton Hotel), el lector podía encontrar una selección de obras de autores marxistas traducidas al castellano: Marx, Engels, Lenin, Stalin y Khrushchev. El lector de ficción podía escoger entre las obras de Tolstoi, Gogol y Dostoievsky. También estaban disponibles las obras completas de José Martí en edición económica. Revisando los estantes, el lector podía encontrar cuentos de Kafka, algo de Schiller y de von Kleist, pero muy poco de autores ingleses o estadounidenses, aunque sí estaban *Moby Dick*, *Las uvas de la ira*, *Tom Sawyer*, algo de Dickens y *Sherlock Holmes*. Hoffman (1965) se sorprendió al no encontrar obras de Hemingway, el autor norteamericano más cercano a Cuba. Con el tiempo, la propia realidad se encargaría de enmendar esta falencia, ya que,

tal vez debido a la preferencia de Castro, Hemingway se transformó en un autor venerado en la isla²⁰.

La selección de títulos publicados en Cuba generaba un sesgo en el catálogo que producía un efecto peculiar: las obras literarias desaparecían rápidamente, mientras que los manuales marxistas siempre estaban en disponibilidad; «El hambre por la palabra impresa está por todas partes», escribió Hoffman.

Los visitantes también opinaron sobre la censura. Al principio los revolucionarios no mostraron una inclinación por expurgar libros prohibidos de las bibliotecas. Matthews encontró, a principios de la década de 1970, pocas restricciones sobre autores o libros. La censura que siguió a las «Palabras a los Intelectuales» de Fidel Castro (1961) fue para él un fenómeno temporario. Aún podían encontrarse en La Habana librerías que vendían libros, revistas y periódicos que el gobierno consideraba contrarrevolucionarios. Aunque Matthews reconoció el cierre de *Lunes de Revolución*, la desaparición del mercado de publicaciones extranjeras y el rígido control a las comunicaciones —prensa, radio y televisión—, él entendió que durante la primera década la Revolución había sido bastante tolerante en materia de libertad de imprenta (Matthews, 1975, p. 320). Un par de años antes, Hugh Thomas había encontrado algo similar. Durante los primeros años de la Revolución no hubo ninguna purga aparente en las colecciones de las bibliotecas. Por error u omisión, en las bibliotecas podían aún encontrarse, por ejemplo, obras de Orwell. Thomas atribuía esta situación a la «inteligencia y humanidad» de la directora de la Biblioteca Nacional, María Teresa Freyre de Andrade (Thomas, 1971, p. 1343)²¹.

Pero las cosas habían cambiado mucho a inicios de los años setenta. A partir de 1968, el país había entrado en un aislamiento internacional preocupante y esto había acentuado la censura oficial. El «*affaire* Heberto Padilla» (1971-1972), un poeta que había sido arrestado bajo acusaciones de ser contrarrevolucionario y luego obligado a retractarse al más puro estilo soviético, había roto el equilibrio previo y llevado al gobierno hacia políticas de intolerancia y persecución. La Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) se alineó entonces con Castro y promovió una política de exclusión hacia los intelectuales disidentes (Matthews, 1975, pp. 321-323).

²⁰ Sobre los gustos literarios de Fidel Castro, véase Rojas, 2009 (pp. 182-191).

²¹ Hugh Thomas escribe: «No hubo purga de bibliotecas: Orwell aún podía encontrarse en la Biblioteca Nacional, aunque una nueva impresión de *Doctor Zhivago* [publicada] en Buenos Aires fue aparentemente incautada a comienzos de 1961 como literatura contra-revolucionaria. [...] Mucho depende de quien toma las decisiones: así, la directora de la Biblioteca Nacional, María Teresa Freyre de Andrade, una ex Ortodoxa, y en los años 1930 miembro de los Jóvenes Revolucionarios Cubanos fue una mujer de inteligencia y humanidad» (Thomas, 1971, p. 1343).

¿Hubo sobreoferta o escasez de libros durante la primera década de la Revolución? Aunque sin resolver definitivamente esta cuestión, podríamos especular, en base a la evidencia disponible, que hubo una enorme producción de libros que se «vacía» apenas llegaba a las librerías oficiales, en particular en el campo de las Humanidades. La Imprenta Nacional dedicaba buena parte del papel importado a la producción de manuales y libros de texto y el resto lo destinaba a una selección de autores de fama internacional y al fomento de la literatura cubana. Si los libros se vendían a muy bajo precio, es muy posible que ediciones de decenas de miles de ejemplares desaparecieran en horas o días, dependiendo de la fama del autor²². Otras editoriales, en particular Casa de las Américas, pusieron en circulación amplias ediciones de importantes autores latinoamericanos (Neruda, Cortázar, Vallejo, García Márquez) que, de ese modo, llegaron al gran público en tirajes de hasta 10 000 ejemplares.

Pese a todo, la lista de títulos a publicar, debido a la preselección que realizaban funcionarios e intelectuales que aplicaban, en mayor o menor medida, las directrices de la Revolución, y también a fuertes restricciones presupuestarias, resultaba en una diversidad mucho menor que el catálogo de las editoriales de otros países latinoamericanos. El imperativo estatal de destinar mayor cantidad de recursos a textos escolares que a la literatura, la historia o la ciencia imponía una fuerte restricción a la variedad de autores y títulos. Además, la preselección de títulos por el comisariado cultural de la Revolución contribuía a crear esta sensación de que en Cuba los estantes de las librerías estaban por lo general vacíos²³.

LA MIRADA DE UN COMUNISTA ESPAÑOL

Los viajeros a la Cuba revolucionaria percibieron cambios notables en materia de lectura popular y política de impresión de libros. Algunos se concentraron en la cuestión del «intelectual revolucionario» y le prestaron poca o ninguna atención a la cuestión de los libros y las bibliotecas —como Sartre y Ginsberg, por ejemplo—; otros se dejaron atrapar por la magnética personalidad de Castro y dejaron solo comentarios breves e impresionistas sobre la censura, las publicaciones oficiales y la disponibilidad de libros en Cuba —como Matthews y Hoffman—. Los visitantes, muchos de ellos afines al proyecto revolucionario, dejaron impresiones claras sobre la expansión del universo de lectores y la publicación estatal de libros baratos; en

²² Por otro lado, en un sistema de racionamiento, la previa selección hecha por las autoridades de Estado daba al lector nuevo cierto sello de calidad. Esto hacía más imperioso comprar el libro apenas era publicado.

²³ Para una discusión sobre la ausencia de ciertos libros en la Cuba contemporánea, véase Rojas, 2009.

contadas ocasiones, también criticaron las elecciones del comisariado cultural de la Revolución acerca de qué libros debía leer el pueblo. Casi ninguno dejó por escrito sus observaciones sobre las bibliotecas. El caso del comunista español Alfonso Comín es en este sentido una excepción.

Comín, periodista y dirigente del Partido Comunista Español, hizo una visita a Cuba en febrero de 1978 para tener una impresión personal de los progresos de la Revolución. De lo que pudo informarse, sacó la conclusión de que las campañas de alfabetización habían creado una enorme cantidad de nuevos lectores y además generado una verdadera avidez por los libros y una pasión por la lectura (Comín, 1979, p. 56)²⁴. Un sábado se acercó a la librería «La Moderna Poesía», en la cual Fernández Retamar presentaba su último libro. Los ejemplares del nuevo libro se agotaron en unas horas. Quedó fascinado por lo que vio allí. «No solo por el hecho de la venta. Sino por el público que compra, de las más variadas procedencias, por la pasión por la lectura que constato a cada paso en Cuba» (p. 223). Las tiradas grandes hacían los libros más baratos. Y los nuevos letrados, ávidos de leer, compraban todo lo que se ofrecía.

El relato de Comín parece reflejar la retórica oficial de que la campaña de alfabetización había democratizado radicalmente la lectura en la isla. Así, escribió: «Hay una gran preocupación, una política orientada a que el libro llegue al rincón más recóndito del país» (p. 318). El Ministerio de Cultura distribuía libros gratuitos a todas las escuelas, de modo que los escolares disponían de todos los materiales de lectura sin costo alguno. En efecto, su relato confirma la narrativa revolucionaria. Con relación a las bibliotecas, cita las palabras del vicedirector de la Biblioteca Nacional, Rolando Álvarez: «Es una explosión cultural lo que hay en Cuba [...] con los microbuses llegamos a los lugares más recónditos, campesinos que nunca han ido a una biblioteca, la tienen ahí» (citado en Comín 1979, p. 320). Este mismo informante le proveyó de información adicional: los campesinos piden libros, eligen a Gorki y a Dostoievski sobre otras alternativas más dogmáticas o aburridas (p. 320)²⁵. Comín no encontró autores norteamericanos en los estantes. Y tampoco vio en las librerías obras representativas del marxismo occidental o europeo, como Korsh, Lukacs, Adorno, Marcuse, Gramsci, entre otros.

²⁴ Reprodujo la información que le pasaron acerca de la magnitud de la Campaña de Alfabetización de 1961: se habían localizado 979 000 analfabetos, se habían movilizado 120 000 instructores, además de los 100 000 de la Brigada Conrado Benítez, y como resultado de ello, se había reducido drásticamente la tasa de analfabetismo (Comín, 1979, pp. 187-189).

²⁵ «En muchos lugares [los campesinos] leen a Gorki. Piden ya autores concretos, Dostoyevsky, por ejemplo. Hasta en burro hemos hecho llegar libros y películas» (Rolando Álvarez, citado en Comín, 1979, p. 320).

Después de su visita a varios establecimientos educativos, Comín quedó convencido de que Cuba era la tierra del «manualismo» en versión soviética. En el Instituto Politécnico Superior, preguntó a los alumnos de ingeniería y arquitectura qué leían para la materia Filosofía. Le contestaron que leían *Los fundamentos de filosofía marxista-leninista* de F. V. Konstantinov. Este manual, producido por la Academia de Ciencias de Rusia era muy popular en la Unión Soviética, solo que los cubanos le habían agregado una introducción a cargo de Gaspar Jorge García Gallo que proponía una lectura menos dogmática del marxismo (Comín, 1979, pp. 209-211). Más tarde, Comín visitó la isla de Pinos, antiguo sitio del Presidio Modelo ahora transformado en un complejo educacional formado por 41 escuelas secundarias a las que asistían 21 000 jóvenes. Allí tuvo la oportunidad y el tiempo para recorrer la biblioteca:

En la biblioteca repaso estanterías y libros; como ya he apuntado constato la existencia masiva de los clásicos marxistas, versión Ediciones Progreso de Moscú. Hay también estanterías dedicadas a la historia de España, amén de los textos fundamentales de la Revolución cubana. Todas las secundarias reciben del Ministerio de Cultura lotes de libros, junto a los textos de consulta escolar; literatura, teoría marxista-leninista e historia ocupan lugares preferentes (Comín, 1979, p. 343).

Este reporte confirma los relatos de los propios bibliotecarios. Además de la literatura de adoctrinamiento en la ideología marxista-leninista, las bibliotecas privilegian los manuales escolares, la literatura y la historia cubanas. Esto debido a que, al cerrarse las importaciones del mundo capitalista, Cuba debió producir sus propios libros. Las imprentas estatales privilegiaron la publicación de manuales rusos, así como de obras de autores cubanos. Para acompañar las políticas educativas de la Revolución, las editoriales oficiales centraron su atención en la publicación de libros de texto. Y aquí el autor encuentra un elemento algo alarmante: «la cuestión del manualismo». Los estudiantes, dice Comín, no leen obras originales; con los manuales y las explicaciones del profesor tienen suficiente (pp. 209-211).

A MANERA DE CONCLUSIÓN: BIBLIOTECAS Y LECTURA EN LA CUBA SOCIALISTA

Los líderes de la Revolución prometieron una verdadera revolución en materia de libros, lecturas y bibliotecas. La campaña de alfabetización (1961) fue un momento de transformación sin precedentes que modificó el panorama cultural en Cuba y generó una multitud de nuevos lectores, ávidos de acceso al mundo de las letras, la historia y el conocimiento en general. En apariencia, la Revolución extendió su

impronta transformadora hacia el terreno de las bibliotecas. Muchas colecciones privadas fueron expropiadas y puestas bajo el control centralizado de la Biblioteca Nacional. Una red de bibliotecas públicas, escolares y municipales, coordinada desde la BNC, hizo circular libros de una manera que no era común durante el periodo prerrevolucionario. Y la ampliada producción de libros de la Imprenta Nacional hizo que aumentaran los acervos de muchas bibliotecas.

María Teresa Freyre de Andrade, la bibliotecaria en jefe de la Revolución, imprimió sus ideas al proyecto revolucionario. Para ella, las bibliotecas públicas debían ser vehículo de la difusión de ideas, estar al servicio de los trabajadores y, al mismo tiempo, servir a la construcción de una sociedad participativa y comunitaria. Había que llevar el libro al lector y, lo que era más importante, incentivar la lectura en niños y jóvenes. Por ello, concibió a la Biblioteca Nacional como un centro de irradiación de cultura. Además, según su criterio, la biblioteca debía ser «polifónica»; es decir, contener no solo libros, sino todo tipo de representaciones de la cultura: música, teatro, cuentos, leyendas, cine, pintura, mapas, etcétera. Freyre de Andrade abogó por mantener una vía autónoma en la acumulación de bibliografía, que no dependiera ni de modelos bibliotecarios extranjeros, ni de la importación de libros de otros países. Solo que, tal vez, viniendo de una formación aristocrática y liberal, continuó defendiendo el principio de elección individual de la lectura. Esta defensa de la autonomía del lector, junto con su tolerancia de sexualidades alternativas, fue creando tensiones con los sectores más dogmáticos del régimen que finalmente llevarían a su renuncia en 1967, como vimos anteriormente.

Las ideas que promovió Freyre de Andrade en los primeros ocho años de la Revolución no eran nuevas. Las había formado durante sus años de trabajo en el Lyceum del Lawn Tennis Club y en los cursos de verano de la Universidad de La Habana. Aunque nacionalista, su visión era también democrática. Sus viajes a Estados Unidos —sobre todo su estadía en la Biblioteca Pública de Nueva York— reforzaron su creencia en la función educadora y democrática que debían cumplir las bibliotecas populares. O tal vez su vocación ya estuviese formada en los años treinta, cuando estudió en París. Su propio pasado —su paso por el partido ortodoxo, sus relaciones con el Lawn Tennis Club, su experiencia en Estados Unidos y finalmente su trabajo como asesora de la UNESCO— se volvió en su contra. Entonces, cuando Cuba giró hacia el modelo soviético —Estado centralizado, partido único, ideología oficial—, crecieron las tensiones con el liderazgo revolucionario.

Leído fuera de su contexto, el discurso que María Teresa dirigió a los jóvenes comunistas en 1964 parece inocuo o, mejor dicho, partisano. Pero, a partir de 1965, estas palabras resonarían como sospechosas de actividad contrarrevolucionaria en un contexto de rápido cerramiento ideológico del régimen castrista. Entonces, el dogmatismo, la pureza socialista y la intolerancia ante cualquier disidencia se

volvieron predominantes. En este nuevo contexto, la tímida sugerencia de María Teresa de que se dejara al lector elegir lo que quisiera comenzó a sonar «burgués» y anacrónico para la construcción del socialismo. A las sospechas de Reinaldo Arenas habría que agregar entonces otro condimento: el giro soviético del régimen que tomó por sorpresa a muchos partidarios de la Revolución.

Esta logró ampliar notablemente el número de lectores y democratizar en cierta medida el acceso al conocimiento, al distribuir en forma masiva y gratuita manuales y textos educativos. Además, la Imprenta del Estado y organismos culturales como Casa de las Américas pusieron obras maestras de la literatura universal y latinoamericana a disposición de campesinos y obreros. En este sentido, resulta verosímil la proposición de que campesinos y obreros pudieron leer a Cervantes, a Gorki y a Martí. Pero, tal vez, no mucho más que esto. Porque, entre 1968 y mediados de los años setenta, hubo un estrechamiento en la diversidad de lecturas, así como una creciente censura sobre lo que era permitido leer. El monopolio estatal en la producción y distribución de libros afectó el mundo de las lecturas, tanto como las «adquisiciones» de las bibliotecas.

Para producir libros para las masas, el Estado cubano debió restringir la lista de libros que publicaba anualmente. Consistente con la política educativa de la Revolución, muchos de los libros que produjo la Imprenta Nacional fueron manuales y, por tanto, como sugiere Comín, la enseñanza secundaria y aún universitaria en Cuba comenzó a padecer de un nuevo problema: «el manualismo». Debemos a la tenacidad e influencia de Carpentier y a la labor de algunas editoriales no directamente controladas por el Estado, el hecho de que campesinos y obreros no tuvieran que elegir solo entre Marx, Lenin y Stalin, en las descuidadas ediciones de la editorial Progreso de Moscú.

El cerramiento del catálogo de lecturas tuvo un desenlace aún más paradójico. Tanto la Imprenta Nacional como la Biblioteca Nacional trataron de difundir las novedades en ciencia y técnica en su versión soviética. También es cierto que se promocionó la publicación, lectura e investigación de libros de literatura, historia y cultura cubanas. Pero fue inevitable —por las propias restricciones a la importación— que muchas publicaciones extranjeras en Humanidades y Ciencias Sociales no llegaran a los lectores de una sociedad que supuestamente estaba construyendo el Hombre Nuevo. Mucha bibliografía que paradójicamente servía para fortalecer el sueño revolucionario —entre ella, las producciones del marxismo occidental— nunca llegó al lector cubano, o lo hizo de manera recortada, arbitraria y caprichosa (Rojas, 2009).

La censura, el secreto de Estado y el temor a la delación dificultan el esclarecimiento de estos eventos y procesos. En realidad, lo que sabemos sobre el «vaciamiento» de libros y la creciente censura estatal al mundo de la lectura proviene

de revelaciones de escritores del exilio durante el «periodo especial» (Rojas, 2009). El juicio histórico sobre la labor de María Teresa Freyre de Andrade, la bibliotecaria de la Revolución, queda así con espacios vacíos que es necesario llenar. Lo mismo se podría decir acerca de la condición, servicios y uso cotidiano de la Biblioteca Nacional durante esos años cruciales de construcción del socialismo en Cuba. Falta evidencia cualitativa y cuantitativa confiable para plantear una visión más densa e informada sobre estos aspectos centrales del tema que nos convoca. Y los intelectuales de izquierda, cubanos y extranjeros, no ayudan al esclarecimiento. Escribieron ríos de tinta sobre la situación del «intelectual revolucionario», sobre el artista y escritor «comprometido», pero dedicaron casi nula atención a estos dos elementos fundantes de la cultura occidental: el libro y las bibliotecas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abendroth, Mark (2009). *Rebel Literacy. Cuba's National Literacy Campaign and Critical Global Citizenship*. Duluth: Litwin.
- Arenas, Reinaldo (1992). *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets.
- Benedetti, Mario (1972). Present Status of Cuban Culture. En Rolando Bonachea y Nelson Valdés (eds.). *Cuba in Revolution* (pp. 500-526). Garden City: Anchor.
- Cabrera Infante, Guillermo (1992). *Mea Cuba*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Carranza, Araceli & Xonia Jiménez López (1992). Biblioteca Nacional de Cuba. *Boletín ANABAD*, 42(3/4), 117-132.
- Chesepiuk, Ron (1990). Cuban Libraries: 30 Years After the Revolution. *American Libraries*, 21(10), 994-997.
- Comín, Alfonso (1979). *Cuba: Entre el silencio y la utopía*. Barcelona: Laia.
- Costa, Marithelma & Adelaida López (1985). Reinaldo Arenas: Otra vez el mar (entrevista). *Revista de la Universidad de México*, 414, 11-16.
- Egorov, Dimitri N. (1930). Russian Libraries since the Revolution. *Library Review*, 2(6), 329-332.
- Fernández Retamar, Roberto (2004). *Cuba defendida*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Fernández Robaina, Tomás (2001). *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí.
- Fey, Stephen (2011). Liminal Visitors to an Island on the Edge: Sartre and Ginsberg in Revolutionary Cuba. *Studies in Travel Writing*, 15(4), 407-425.
- Freyre de Andrade, María Teresa (1964). *La Biblioteca y la Revolución*. La Habana: Unión de Jóvenes Comunistas de la Biblioteca Nacional.

- Frías Guzmán, Maylín & Zoia Rivera (2008). El pragmatismo en la bibliotecología cubana de la República. *ACIMED*, 17(6). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352008000600003
- García Luis, Julio (ed.) (2008). *Cuban Revolution Reader. A Documentary History of Fidel Castro's Revolution* (segunda edición). Melbourne y Nueva York: Ocean Press.
- Green, Ashbel (1995). Bringing Books to Cuba: A Delegate's Account. *The New Leader*, 78(3).
- Guerra, Wendy (2014). Libros desnudos. *El País*, 29 de mayo. https://elpais.com/cultura/2014/05/29/babelia/1401357451_236134.html
- Hoffman, Paul (1965). Literary Letter from Cuba. *The New York Times*, 7 de marzo.
- Leiner, Marvin (1984). Cuba's Schools: 25 Years Later. En Sandor Halebsky y John M. Kirk (eds.), *Cuba. Twenty-Five Years of Revolution, 1959-1984* (pp. 27-44). Westport: Praeger.
- Levinson, Sandra & Carol Brightman (eds.) (1971). *Venceremos Brigade. Young Americans Sharing the Life and Work of Revolutionary Cuba*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Lievesley, Geraldine (2004). *The Cuban Revolution. Past, Present and Future Perspectives*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lockwood, Lee (1969). *Castro's Cuba, Cuba's Fidel. An American Journalist's Inside Look at Today's Cuba*. Nueva York: Vintage Books.
- Matthews, Herbert L. (1975). *Revolution in Cuba. An Essay in Understanding*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- McGee, Brian (1999). A Skewed Utopia. *Index on Censorship*, 28(2), 191-193.
- Meneses-Tello, Felipe. (2005). Las «bibliotecas independientes» en Cuba: una bibliografía que revela parte de la «disidencia» contrarrevolucionaria auspiciada por el gobierno de los Estados Unidos. *Librinsula: la Isla de los Libros*, 2(84). <http://eprints.rclis.org/7147/1/Las%27bibliotecasindependientes%27enCuba.pdf>.
- Moncada Patiño, José Daniel (2008). *La biblioteca pública como institución social*. Medellín: Escuela Interamericana de Bibliotecología.
- Montes de Oca Sanchez, Dania & Zoia Rivera (2006). María Teresa de Andrade: Fundadora de la bibliotecología cubana. *ACIMED*, 14(3). http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol14_3_06/aci06306.htm
- Oberg, Larry R. (2002). Cuba: Reflections on the Country and its Libraries. *College & Undergraduate Libraries*, 9(1), 97-109.
- Olcoz, Nieves (1999). Delitos y sueños de Reinaldo Arenas. *Estudios Públicos*, 76, 67-90.

- Pérez Cruz, Felipe de Jesús (2001). *La alfabetización en Cuba. Lectura histórica para pensar el presente*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pérez Matos, Nuria E. (2005). La formación de bibliotecaria en Cuba: una mirada a través de los documentos. *ACIMED*, 13(3). Disponible en: http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol13_3_05/aci08305.
- Ramos, Sidroc (1972). Twelve Years' Work at the National Library of Cuba. *UNESCO Bulletin for Libraries*, 26(4), 210-213.
- Riveros Guerrero, Juan Alberto, Oscar Salamanca & Paul Moreno Torres (2012). Lectura y biblioteca pública: perspectivas sociales en el discurso de la modernidad. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 35(1), 7-16.
- Rojas, Rafael (2009). *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*. Barcelona: Anagrama.
- Santonja Gómez-Agero, Gonzalo & María Antonia de Isabel Estrada (2012). El Quijote en la Cuba de Fidel Castro. *La Colmena*, 73, 15-20.
- Sartre, Jean Paul (1961). *Sartre visita a Cuba* (segunda edición). La Habana: Literatura y Ediciones R.
- Scheppke, Jim (1991). The Truth about Cuban Libraries. *American Libraries*, 22(2), 138.
- Suárez Amador, José (2009). *Maestros de verde olivo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Thomas, Hugh (1971). *Cuba or the Pursuit of Freedom*. Londres: Eyre & Spottiswoodie.
- Tinajero, Araceli (2007). *El lector de tabaquería: Historia de una tradición cubana*. Madrid: Verbum.
- Unruh, Vicky (2013). Unpacking the Libraries of Post-Soviet Cuba. *Revista de Estudios Hispánicos*, 47(2), 175-198.
- Valdés, Nelson (1972). The Radical Transformation of Cuban Education. En Rolando Bonachea y Nelson Valdés (eds.), *Cuba in Revolution* (pp. 442-455). Garden City: Anchor y Doubleday.
- Viciedo Valdés, Miguel (2009). *Biblioteca pública y revolución: su desarrollo de 1959 a 1989*. La Habana: Extramuros.
- Vitier, Cintio (1994). «El escritor y la biblioteca». Conferences and Proceedings. 60th IFLA General Conference. La Habana, 21-24 de agosto.

CULTURA Y RESISTENCIA: LAS BIBLIOTECAS DE PRESOS POLÍTICOS EN URUGUAY (1968-1985)

Alfredo Alzugarat

Una biblioteca de presos políticos tiene como uno de sus destinos principales servir de soporte a la formación ideológica y moral de sus usuarios. En otras palabras, debe ir unida al concepto de escuela de cuadros, esa institución imprescindible en toda organización política pero a veces difícilmente posible, por no decir riesgosa o inviable, en los avatares de la militancia clandestina. La formación de grupos de estudio, la lectura sistemática de materiales básicos para ampliar el horizonte de conocimientos y la adquisición de herramientas de análisis y de reflexión significan un notable aprovechamiento del tiempo de reclusión que apunta a la optimización de la labor militante futura a la vez que echa por tierra las premisas de los carceleros, siempre preocupados por anular o negar tal práctica ideológica.

La necesidad de libros que contribuyan a esa función es algo presente desde el primer momento en la historia de la prisión política. «La petición de libros constituía para los moncadistas una preocupación constante», señala Mario Mencia, quien, en *La prisión fecunda*, detalló la reclusión de los asaltantes cubanos al cuartel de Moncada comandados por Fidel Castro Ruz en julio de 1953. «Guido García Inclán, que los visitó varias veces, nos ha relatado que cuando les preguntaba qué querían que les mandaran, Fidel siempre respondía: “libros, libros, y acuérdate de los de Martí” [...]. Era lo único que pedían» (Mencia, 1980, p. 18). Así formaron «una escuela con el nombre de un compañero muerto, llamada Academia Ideológica “Abel Santamaría” y una biblioteca con el nombre de “Raúl Gómez”, hermano muerto. Esta biblioteca está compuesta con más de 600 libros enviados por grandes amigos, políticos y profesores universitarios» que versaban sobre filosofía, historia universal, economía política, matemáticas, geografía e idiomas (Mencia, 1980, p. 16). Mucho antes en Perú, en 1936, Víctor Raúl Haya de la Torre recomendaba

a sus correligionarios presos: «Tengan al libro útil como el mejor compañero» (Aguirre, 2015, p. 158).

La formación de una escuela de cuadros debió ser uno de los objetivos, quizá el más importante, cuando se inició la demanda de libros para la creación en Uruguay, en 1973, de una biblioteca en el penal de Libertad —Establecimiento Militar de Reclusión N° 1 (EMR 1)—, una cárcel concebida como de alta seguridad, exclusiva para presos políticos varones, situada en zona rural, en las proximidades de la ciudad de Libertad, que le presta su nombre¹. Se buscaba, de esa manera, una continuidad con la experiencia del penal de Punta Carretas, antigua cárcel montevideana, donde desde 1968 habían sido alojados numerosos guerrilleros. No fue el único objetivo. La lectura recreativa y la formación cultural y técnica estuvieron presentes, aunque quizá en menor medida, desde el inicio.

En la cárcel de Libertad, recién inaugurada, a los presos se les concedió, a iniciativa de estos, la posibilidad de organizar numerosos espacios o servicios de mantenimiento (cocina, panadería, limpieza, huerta, jabonería, talleres, entre otros), así como conformar, en un principio de manera bastante libre, una biblioteca². El hecho de que la prisión fuera creada para un gran número de presos —950 en el celdario de cinco pisos más otros cuatrocientos distribuidos en cinco barracas— y pensada para una larga estadía —duró como tal trece años, aunque algunos presos tenían sentencias de hasta 45 años de condena— fueron factores decisivos a la hora de la demanda de libros. La biblioteca no fue impuesta desde arriba; nunca integró un plan de lectura obligatorio trazado por la dictadura. Muy por el contrario —y es esta una de sus principales virtudes— fue creada desde abajo, por los propios usuarios, de manera funcional a una cárcel exclusiva de presos políticos. El nivel intelectual de estos, con un alto número de estudiantes y profesionales en sus filas, le otorgó un mayor significado³.

¹ El penal de Libertad, inaugurado en setiembre de 1972, fue la solución carcelaria que hallaron las Fuerzas Armadas, y posteriormente la dictadura cívico-militar, tras la derrota del Movimiento de Liberación Nacional (MLN Tupamaros) y otras organizaciones guerrilleras en el transcurso de ese año. La isla de Flores, lugar de reclusión de opositores al gobierno dictatorial de Gabriel Terra desde 1934, fue descartada al igual que el penal de Punta Carretas, vulnerado por más de una fuga masiva.

² Si bien la concesión generaba una suerte de autogestión entre los presos, permitía a la vez al personal militar dedicarse por completo a la vigilancia y represión.

³ Si bien no hay cifras estimativas, un altísimo porcentaje de los presos sabía leer y escribir. Por breve tiempo funcionó alguna vez una escuela para unos pocos iletrados o semiletrados. El nivel educacional en Uruguay era muy alto en ese entonces y la utopía revolucionaria había calado hondo en sectores estudiantiles y profesionales.

Se sabe que, una vez recibida la autorización, en poco tiempo ingresó una verdadera avalancha de libros. El testimonio de Roberto Meyer⁴ es muy ilustrativo al respecto:

Trabajé en la Biblioteca Central en su época de esplendor, cuando empezó a llenarse con un caudal fabuloso de libros que habría llegado a doce mil títulos y entraba de todo. Llegamos a ser no menos de diez que trabajábamos, creo, en tres turnos. La gloria para mí era tener la primicia de los libros que entraban, flamantes o viejos, a menudo joyas que no he vuelto a ver [...]. Puedo dar fe, a través de ese enorme, variadísimo material, que los presos políticos uruguayos, a través de esos envíos de los familiares, representábamos un microcosmos de impresionante vastedad y riqueza cultural. Entraba lo previsible y los best sellers del momento pero también lo más interesante o lo más raro e insólito, tesoros de colección, las joyas de la abuela (citado en Alzugarat, 2007, p. 21).

El penal de Libertad fue puesto en funcionamiento nueve meses antes del golpe de estado del 27 de junio de 1973, momento en que las Fuerzas Armadas dieron un paso crucial en su vertiginosa escalada hacia el poder. Fue un periodo clave para las contradicciones entre los militares, que exigían una urgente resolución. La dirección del penal estaba representada por integrantes de las tres fuerzas —Ejército, Armada y Fuerza Aérea— y durante esa etapa convivieron distintos proyectos de cárcel. Todo parecía provisorio, no había criterios definidos y aún no se había formalizado un reglamento interno como el que se impondría pocos meses después. La censura se limitaba exclusivamente a libros de táctica y estrategia militar. En ese decisivo primer momento, la biblioteca como soporte de una escuela de cuadros, como plataforma gráfica para la formación del militante, aparecía como perfectamente posible⁵.

Los propios presos debieron clasificar los libros en función de los distintos objetivos. Se instauró una biblioteca central que pasó, de varios estantes adosados

⁴ Roberto Meyer (Paysandú, 1937) estuvo en prisión entre 1972 y 1979. Es narrador, periodista y crítico de cine.

⁵ A modo de ejemplo, para una organización revolucionaria como el MIR chileno, de características similares al MLN Tupamaros de Uruguay y otras de América Latina, «[...] la instrucción del militante debe comprender el conocimiento e información sobre la teoría revolucionaria (el conocimiento y manejo del materialismo dialéctico, el materialismo histórico, la economía política, la historia del movimiento obrero mundial, etc.), el conocimiento e información de la línea política y la historia del partido; de los aspectos “políticos” y “militares” de la estrategia; de la características de la formación social [...], su historia, sus clases sociales, sus partidos políticos [...], etc.; así como de las técnicas o habilidades prácticas para el desempeño de la tarea partidaria, técnicas de estudio y exposición, de agitación y propaganda, de organización y conducción de grupos, de trabajo de masas, de seguridad, de utilización, reparación y construcción de medios de lucha y combate, de administración de los recursos, etc., es decir, en general, el cómo saber hacer las cosas» (Comisión Nacional de Educación Política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1974).

a una pared en una celda para cuatro reclusos, a una sala de grandes dimensiones. Paralelamente se crearon bibliotecas locales en cada piso como una medida de precaución en caso de que fuera suspendido, por diversas razones, el suministro de la biblioteca central. Mientras los libros de interés general fueron enviados a la biblioteca central, los textos de marxismo y de estudios filosóficos, económicos y políticos —tal vez «lo previsible», según Meyer— se consideraron mejor protegidos y más accesibles en las llamadas «bibliotecas de planchada»⁶. Mientras los primeros comenzaron a ser ordenados y registrados en un catálogo de factura artesanal y uso imprescindible, los otros permanecieron, en su mayoría, bajo la custodia de compañeros de confianza y entendidos en la materia. «La historia de los libros marxistas pasaba de algún modo un poco por allí (por la biblioteca central) pero tenía su verdadera épica en el trasiego clandestino por las planchadas», apunta Meyer (citado en Alzugarat, 2007, p. 22).

Hablar de la biblioteca del penal de Libertad es entonces hablar de un sistema bibliotecario cuya complejidad y complementariedad otorgaba a sus usuarios tranquilidad y eficacia en la circulación de libros. Su época de esplendor cubrió con intensidad los nueve meses iniciales y se extendió por casi un año más, hasta el 10 de mayo de 1974, fecha en que asumió el mando del celdario el mayor Arquímedes Maciel, quien instaló el proyecto de cárcel de los golpistas —proyecto que prevaleció de manera absoluta hasta el fin de la cárcel política— y decretó el primer cierre temporal de la biblioteca⁷. A partir de ese momento, la censura y la posterior quema de libros imperaron hasta alcanzar proporciones inauditas.

Los libros de los filósofos y políticos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX fueron la base de la pira. Carlos Marx y Federico Engels, Lenin, León Trotski y Rosa Luxemburgo eran candidatos clásicos y cantados a la hoguera, como lo hubieran sido en Berlín en el 39. Pero, para desquicio de los censores, con la modernidad su descendencia se había multiplicado, desparramándose por el mundo, y ya no alcanzaba con quemar europeos. Ahora había que detectar libros chinos, argelinos, vietnamitas, cubanos.

⁶ La jerga carcelaria llamó de ese modo a las bibliotecas existentes en cada piso.

⁷ La biblioteca central fue cerrada por primera vez entre el primero de noviembre de 1974 y el 4 de junio de 1976. En 1979 la Cruz Roja Internacional, único organismo de defensa de los derechos humanos que pudo ingresar al penal de Libertad, la enriqueció con una fuerte donación. El mayor Mario Mouríño y el teniente coronel Fausto González, ambos a cargo del celdario del penal de Libertad, la sometieron a dos clausuras más, del 16 de agosto al 3 de noviembre de 1981 y del 5 de febrero al 12 de mayo de 1983. Esta vez la censura se llevó 1300 libros más y alcanzó incluso a algunos de los libros donados por la Cruz Roja Internacional, a la vez que desaparecieron «las bibliotecas de planchada». Se debe la precisión en las fechas a *El almanaque* de Jorge Tiscornia (2012), facsímil del diario-calendario que elaboró clandestinamente durante sus trece años de prisión.

Ho Chi Min y Castro, Guevara y Franz Fanon, Mao [...], todos marcharon a la pira. Siguieron la misma suerte las revistas y folletos vinculadas a países del bloque socialista, o los cuentos o novelas que contaran historias de alguna revolución o de algún proceso de independencia (Phillipps-Tréby & Tiscornia, 2003, pp. 144-146).

Se calcula que por esas fechas fueron incinerados entre 4000 y 10 000 libros, según distintas fuentes. Algunos de ellos ya habían sido copiados en escritura pequeñísima en hojillas de papel de fumar y ocultos en los más diversos escondrijos, con vistas a una lectura clandestina cuya consecuencia era la posterior difusión y discusión oral. Las patas tubulares de las cuchetas y los recovecos interiores de los retretes fueron los escondites más frecuentes, algunos de los cuales burlaron durante años la búsqueda incesante que se efectuaba a través de las requisas de celdas. Así, se fue construyendo

una pequeña biblioteca clandestina, una biblioteca de hormigas [...]. Unos pocos libros, con seguro destino de horno, fueron comprimidos al tamaño más pequeño posible [...]. Si uno tiene paciencia puede incluso plegar las pequeñas hojillas, envolverlas con nylon, fundir las puntas del envoltorio hasta que quede hermético, y luego guardar la pastilla resultante en un balde con agua y ropa sucia, en su boca, en un zócalo, en decenas de lugares donde no se podría esconder un libro común (Phillipps-Tréby & Tiscornia, 2003, p. 147).

La tenaz práctica de copia, prolija y paciente, que evoca la anacrónica labor de escribas de antiquísimos reinados o de monjes de conventos medievales, el estudio en la soledad de las celdas, la difusión e intercambio en los recreos y en algunos espacios de trabajo, tenía su antecedente en cárceles anteriores.

PUNTA CARRETAS

Inaugurada en 1915 y ubicada en una zona residencial de Montevideo, la penitenciaría de Punta Carretas se hizo famosa por la fuga de anarquistas en la década de 1930 y por las dos fugas de militantes tupamaros, en setiembre de 1971 y abril de 1972 respectivamente. Su periodo como cárcel política se extendió desde el arribo de los primeros guerrilleros detenidos (1968 o 1969) hasta varios años después de la fundación del penal de Libertad. Sujeta a las ordenanzas y leyes civiles, esta cárcel permitió a los presos políticos una comunicación fluida entre sí y con el exterior, lo que creó condiciones para un uso eficaz de la misma en beneficio de sus intereses, como escuela de cuadros y aún como dirección de operaciones en el exterior.

Esto último es claro en el testimonio que brinda David Cámpora⁸, coautor del libro *Las manos en el fuego* y entonces miembro de la dirección del MLN Tupamarus: «En Punta Carretas estuve solo seis meses, que resultaron novedosos para un primario. Estábamos tupidos de trabajo concreto», me dijo, refiriéndose a su participación durante ese tiempo en el análisis y orientación de numerosos planes y operaciones de la guerrilla. «Nunca tuve tiempo siquiera para pensar en leer o de preocuparme activamente por la colección de libros (no digamos biblioteca). No recuerdo ni quién guardaba los libros, ni quién los ofrecía y repartía», me aseguró. Sin embargo, afirma haber estado «muy entretenido con los cursos de historia, de política, de estrategia y de marxismo». Menciona especial en ese «entretenimiento» le mereció la tarea de redacción de «un brevísimo y legítimo curso de marxismo, que pudiera ser comprendido e incorporado por los compañeros presos, entre los que se contaban numerosos “peludos”⁹, muchos de ellos semialfabetos».

Para su realización, Cámpora y otros estudiaron muchos libros a tiempo completo y, después de leer manuales soviéticos y cubanos, decidieron ir a los escritos originales de Marx, Engels, Lenin y Mao, e incluir como novedad la obra de Ernest Mandel. El producto fue un cursillo de 250 páginas para lectura colectiva en las celdas, cuyo uso se extendió algunos años después al exilio, siempre con óptimos resultados. La confección de fichas de análisis de libros técnicos sobre economía, ganadería, industria y trabajo en Uruguay, con miras a la realización de probables planes de gobierno, fue otra de las tareas que Cámpora tuvo a su alcance. En sus recuerdos, Cámpora separa los libros de una biblioteca común —de los que al parecer nada supo y, según sus palabras, ni tiempo tuvo de saberlo— de aquellos que debió leer y estudiar intensamente para elaborar cursos y programas propios de una escuela de cuadros.

No fueron muy distintas las vivencias de militantes de base. En todo caso, las variaciones fueron las propias de una cárcel donde las penas a cumplir eran relativamente cortas y el relevo de presos, permanente. En ese sentido, hubo distintas etapas, pautadas por el ritmo de los sucesos a nivel nacional. Para Miguel Ángel Olivera¹⁰, que estuvo confinado allí hacia 1970,

⁸ David Cámpora (Paysandú, 1934) estuvo en prisión en 1971 y 1972-1980; fue contador público y escritor. Para la realización de este estudio fueron consultados los ex presos políticos Sergio Altesor, Juan Baladán Gadea, David Cámpora, Edda Fabbri, Lía Maciel, Miguel Ángel Olivera, Nelson Santana y Ana Luisa Valdés, cuyos testimonios son citados a lo largo de este artículo.

⁹ Nombre con el que se denomina a los cañeros o trabajadores de la caña de azúcar, sector fundacional del MLN Tupamarus.

¹⁰ Miguel Ángel Olivera (Montevideo, 1943) estuvo en prisión entre mayo y diciembre de 1970 y luego entre 1972 y 1984. Es poeta, fundador del Grupo Vanguardia en la década de 1960. A su

lo central en Punta Carretas era la militancia «viva», «física», concreta, en la cual el libro tenía su lugar claro y obvio pero el «hacer» era lo central [...]. Vivíamos al día con la información y los acontecimientos; los libros contribuían a la formación político-ideológica y, en menor grado al entretenimiento [...]. No había mucho tiempo para «entretenerse»: todo el tiempo estaba ocupado en cursos, discusiones, etc. [...] Había una lista de libros de «lectura obligatoria» que incluía todos los clásicos marxistas y afines de todos los procesos revolucionarios mundiales; los ejemplares estaban al alcance nuestro, bien guardados pero enteros, sin necesidad de *microescribirlos*, solo *microescribíamos* nuestros propios documentos, tesis, propuestas de línea o de planes de acción, discusiones internas o polémicas orgánicas con el afuera [...]. Había hasta paquetes enormes de boletines Xinhua de los chinos¹¹, y de revistas políticas que circulaban de celda en celda, atados con piola y no eran requisados [...]. Circulaban también varias «revistas» internas de un solo ejemplar (Recortes, Capucha Verde, Línea Bestia, etc.) que hacían los compañeros. Se estaba terminando *Actas Tupamaras*¹² y se estaba redactando otro libro, *La Violencia, partera de la Historia*, con una síntesis de las revoluciones sociales del siglo XX. Era para publicar y hacer finanzas legales. Se concretó la grabación de un disco con cuatro canciones artiguistas, se hizo el grabado en papel para la carátula del libro de Sarandy Cabrera, *Poeta pistola en mano* (Montevideo: Tauro, 1970), yo terminé mi libro *Canto sin rejas*, etc.

Lo que cuenta aún hoy de manera entusiasta Olivera parece haber sido la «edad de oro» de Punta Carretas: un despliegue pleno de la escuela de cuadros, con una bibliografía ilimitada y con el libro al servicio de la praxis político-ideológica; una producción de escritos de interpretación y contribución a la formación ideológica y producción paralela de textos literarios y de crónicas guerrilleras (*Actas tupamaras*) con destino a recabar finanzas; y la ausencia absoluta de censura o de cualquier otro tipo de limitaciones. «La escuela de cuadros no es un local, pero cada local debe tender a ser una escuela de cuadros. El penal es un local más grande y con más compañeros; hagamos entonces de esta cárcel una gran escuela de cuadros [...]», recuerda que dijo alguna vez en ese recinto un dirigente histórico del MLN. Sus palabras, que bien pudieron haber sido el punto de partida de esta historia, parecían cumplirse al pie de la letra.

salida de la cárcel, en 1984, fundó el Centro de Integración Cultural (CIC) y editó cinco volúmenes de textos de presos políticos.

¹¹ La Agencia de Noticias *Xinhua* es la agencia oficial informativa del gobierno de la República Popular China. Sus boletines eran difundidos en Uruguay por el grupo de orientación maoísta MIR, luego autodenominado Partido Comunista Revolucionario (PCR).

¹² Se refiere a la revista publicada por el Movimiento de Liberación Nacional (1982).

A pesar de la masiva fuga de 111 tupamaros en setiembre de 1971, dos meses después, cuando llegó a Punta Carretas Juan Baladán Gadea¹³, la situación aún permanecía inalterada: «Había toda clase de ensayos de economía, política, sociología y algunos de filosofía. De historia nacional estaban los mejores libros que circulaban en Uruguay en aquel tiempo», recuerda Baladán. Además de los infaltables clásicos marxistas, entre los libros más leídos figuraba *Las venas abiertas de América latina*, de Eduardo Galeano. Según Baladán, «la mayoría de los compañeros eran jóvenes que habían abandonado los estudios para dedicarse a la lucha clandestina, por este motivo la dirección interna propuso un plan de educación y fue así que se formaron grupos de estudio. Uno de estos grupos produjo un trabajo muy bueno en el cual se resumía la historia del Uruguay desde la colonia hasta el nacimiento del MLN. Circuló por bastante tiempo y llegó a leerse en Chile en 1973».

El penal de Punta Carretas, desde décadas atrás, poseía una extensa biblioteca. Sin embargo, por razones de seguridad, los presos políticos no tenían acceso a ella. Hubo pues, según Baladán, que formar una «biblioteca» alternativa, más bien una colección de obras literarias que incluyó en su mayor parte novelas —casi todas de autores latinoamericanos, actualizada al ritmo del *boom* literario de esos años— y que en poesía reunió a Pablo Neruda, Antonio Machado, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Liber Falco y otros. Además, incluía creaciones de los propios presos: un cuaderno de poemas de Miguel Ángel Olivera y otro de Sergio Altesor, por ejemplo.

El 14 de abril de 1972, los enfrentamientos armados dejaron un saldo de doce muertos entre guerrilleros y miembros de un escuadrón parapolicial —el autodenominado Escuadrón de la Muerte o Comando Caza Tupamaros—. Fue el comienzo de la derrota para la guerrilla y también el comienzo del fin de las óptimas condiciones carcelarias que hemos detallado. Siguiendo el relato de Baladán,

El 15 o 16 de abril, no recuerdo bien, más o menos a las siete de la mañana, el Ejército ocupó el penal y realizó una gran requisa. Se llevaron la mayor parte de los libros de contenido político, de filosofía y sociología. Y lo que fue peor, se llevaron la mayor parte de los manuscritos. Se salvaron los documentos del MLN, copiados en micro escritura, y curiosamente un ejemplar de *El capital* de Marx que yo tenía en mi celda. Se salvó porque le había cosido los dos tomos en uno y le cambié las tapas, le hice nuevas cambiándole el título: Carlos Márquez – EL CAPITOLIO – Novela romántica – Editorial Sudamericana. En la carátula interna debajo del título lucía una foto de una muchacha en bikini.

¹³ Juan Baladán Gadea (Treinta y Tres, 1942) estuvo en prisión entre 1971 y 1985. Es músico, cantante y poeta. Vive exiliado en Brescia, Italia, desde 1985.

A partir de ese momento, lo normal fue la creación y cuidado de una biblioteca oculta que permitió continuar, a duras penas, la labor de la escuela de cuadros. El ingenio se aguzó al máximo y la experiencia de la clandestinidad aseguró, aunque de manera precaria, la permanencia de esa universidad de la retaguardia donde los libros cumplían un papel tan decisivo:

De los documentos del MLN se hicieron tres copias de cada uno, siempre en micro escritura, y de cada uno fue «enterrada» una copia en las paredes de las celdas. Más adelante se decidió fragmentar cada documento en varias «pastillas» para que se pudieran tragar más fácilmente en el caso de una requisa sorpresiva. En abril de 1974 el Ejército ocupó de nuevo el Penal y realizó una requisa pesadísima, [...] la revisión fue minuciosa y humillante, en las celdas rompieron prácticamente todo y hasta cortaron las cuerdas a las pocas guitarras que teníamos buscando documentos; pero no cayó nada de importancia.

«El sistema había funcionado», concluye Baladán, convencido de haber sido partícipe de una mínima victoria entre tantas adversidades al salvar unos pocos libros útiles de una impiadosa destrucción.

Coinciden con las de Baladán las opiniones de Nelson Santana¹⁴ y Sergio Altesor¹⁵, que pasaron por Punta Carretas en el mismo periodo. Mientras Santana recuerda haber leído libros de estrategias militares como Von Clausewitz o Georgios Grivas, Altesor me afirmó que, hacia 1972,

la biblioteca ya era, como institución u organización, algo semi clandestino. La lista y la circulación de libros estaba a cargo de fajineros¹⁶ de confianza y la o las celdas en donde se encontraban los libros era algo compartimentado. Muchos de los libros más perseguidos o comprometedores habían sido transcritos a hojillas de fumar. Ese trabajo continuó siempre haciéndose y había varios «escribas» que siempre estaban copiando libros con aquellas lapiceras de arquitecto marca Rotring, las de trazo más delgado, por supuesto. Con esos libros se seguían los mismos criterios que para los documentos. Si los libros eran largos no circulaban enteros, sino en partes que se denominaban con un número que venía después del título. Estos libros en hojillas de fumar se

¹⁴ Nelson Santana (Bella Unión, 1941) estuvo prisión en 1964 y entre 1972 y 1979. Fue dirigente fundador de la Unión de Trabajadores del Azúcar de Artigas (UTAA).

¹⁵ Sergio Altesor (Montevideo, 1951) estuvo en prisión entre 1971 y 1976. Es poeta, narrador, artista plástico.

¹⁶ Encargados de la actividad de mantenimiento (fajina) y, por extensión, de la atención de las necesidades de los presos de un sector de la cárcel. Funcionaban como intermediarios entre los presos y la guardia y, por esa razón, se procuraba que fueran designados por los propios presos, por lo que se trataba, en ese caso, de gente de confianza. En el Penal de Punta Carretas, en el último periodo, fueron fajineros Ángel Yoldi y Juan Espinosa.

entregaban dentro de un «estuche» (la palabra está inspirada en las memorias de Papillon), es decir en un receptáculo apto para ser introducido en el recto.

La mención del entonces *best-seller Papillon*, de Henri Charrière, no es casual. La historia del célebre prisionero condenado a trabajos forzados a perpetuidad en la Guayana Francesa, que protagonizara varias fugas de la Isla del Diablo, gozaba en esos años de enorme popularidad a nivel mundial, al punto de ser llevada al cine por Franklin J. Schaffner en 1973, con las actuaciones estelares de Steve McQueen y Dustin Hoffman. Fue también el primer libro en prohibirse en el penal de Libertad. Sin embargo, aclara Baladán, «los “estuches tipo Papillon” fueron abandonados casi enseguida porque provocaban mucho rechazo en los compañeros y se volvió a la pastilla “clásica”», refiriéndose con lo último a las pequeñas hojas «microescritas» que, envueltas en nylon, era posible llevar al interior de la boca y tragar en caso de emergencia.

Era evidente que las condiciones carcelarias habían cambiado en grado sumo, pero lo que se vivía por esas fechas era solo un anticipo de lo que iba a suceder en los años próximos. Los criterios de seguridad con respecto a la circulación y lectura de libros, la habilidad artesanal para camuflar a muchos de ellos, la restricción en los horarios y la precariedad de recursos para conservar una bibliografía mínima pronto se convertirían en desempeños básicos de una experiencia que hallará su mayor expresión en el penal de Libertad.

PUNTA DE RIELES

Una experiencia similar sucedió con las mujeres pertenecientes a las diversas organizaciones revolucionarias. Vulnerada la antigua cárcel de mujeres por la fuga masiva del 30 de julio de 1971, las Fuerzas Armadas también debieron crear un recinto de máxima seguridad para alojar centenares de mujeres hasta el fin de la dictadura. El elegido para el caso resultó ser el edificio de la cárcel de Punta de Rieles, un antiguo convento jesuita situado en las afueras de Montevideo utilizado para encarcelar varones desde 1968. Desde allí, Sergio Altesor logró enviar al exterior su primer poemario: *Río testigo* (1973), publicado poco después. El destino final, como reclusorio de mujeres, se produciría a comienzos de 1973, cuando surgió el Establecimiento Militar de Reclusión N° 2 (EMR 2)¹⁷. «De enero del 73 a junio es una etapa que podríamos llamar *light*. Si bien estábamos incomunicadas entre los sectores esto no era absoluto ya que teníamos una quinta y un taller donde nos encontrábamos presas de diferentes sectores [...]. Libros teníamos de todos los colores y también algunos clandestinos escritos en hojillas de fumar que habían

¹⁷ Existió también la Cárcel de Mujeres de Paso de los Toros en Tacuarembó.

dejado los compañeros de regalo cuando los trasladaron para Libertad», recuerda Lía Maciel¹⁸. Sus palabras trazan un puente entre el periodo masculino y el femenino de la cárcel política de Punta de Rieles.

En esta cárcel, «había una biblioteca en donde estaban centralizados los libros. Tenías que hacer el pedido semanal. Había un catálogo y pedíamos libros y revistas. La colección envejeció porque no entró un libro en años», señala una voz anónima (Fúster & Langelán, 2010, p. 132). A esta se le suman los recuerdos de Ana Luisa Valdés¹⁹:

Las bibliotecarias de Punta Rieles éramos Catalina García, que ya murió, y yo. Nos dieron esa tarea porque leíamos todo el tiempo y pedíamos libros a los otros sectores (estábamos incomunicadas las unas de las otras). Te hablo del tiempo desde enero del 1973 cuando llegamos al penal hasta el golpe de junio en donde el comandante Orozco, jefe del penal, decidió que teníamos demasiados libros y que muchos eran incorrectos. Llegamos a tener más de mil libros, la mayoría mandados por nuestras familias. Había de todo, desde el *Poema Pedagógico* de Makarenko hasta *Garabombo el Invisible* de Manuel Scorza. Además de Proust [...]. Mi primo, que es Pablo Galimberti, el obispo de Salto, me hizo llegar de contrabando un libro escrito por Viktor Frankl desde su experiencia de un campo de concentración alemán, *Un hombre en busca de sentido*. Entre los sectores se iba rotando la prioridad para acceder a los libros. Lo que recuerdo es que todo el mundo se enloquecía por leer a Pichon-Rivière, y se ve que esa lectura marcó porque muchas compañeras después hicieron la carrera de Psicología. La de Pichon-Rivière era una visión de la Psicología Social orientada más hacia la izquierda (Fúster & Langelán, 2010, p. 132).

El «periodo de esplendor» fue muy breve en Punta de Rieles. La llegada del comandante Orozco, y sobre todo del comandante Barrabino, consolidaron el proyecto de cárcel de la dictadura y fueron el equivalente a la llegada de Arquímedes Maciel al penal de Libertad. Hasta ese momento,

libros y revistas que llegaban al penal pasaban, por supuesto, por la censura, por ejemplo, el *Quijote* no entraba porque «le gustaba guerrear mucho», textuales palabras. Pero cuando había algún periodo de «apriete», cuando había algún hecho en el interior y ellos reprimían de forma masiva, lo primero que te retiraban eran los libros. Reducían la entrada de paquetes de comida y también te privaban de la otra comida que era la lectura. Así reducían todo contacto exterior (Fúster & Langelán, 2010, p. 134).

¹⁸ Lía Maciel (Montevideo, 1951) estuvo en prisión en 1971 y entre 1972 y 1985. Es psicóloga.

¹⁹ Ana Luisa Valdés (Montevideo, 1953) estuvo en prisión entre 1972 y 1976. Es narradora, poeta, periodista y traductora.

A partir del golpe de estado, todo se agravó. «En junio, después del golpe, nos hicieron recoger todos los libros y algunos los devolvieron a los familiares y otros los quemaron», sigue contando Ana Luisa Valdés:

Mi peor recuerdo de la cárcel de Punta de Rieles es ir celda por celda recogiendo los libros, haciendo paquetes de papel de diario y transportarlos al cuarto afuera del perímetro de la cárcel donde estaba la caldera de la calefacción. En esa hoguera se quemaron miles de libros que la dirección del penal consideró peligrosos. Allí se fueron todos los tomos de *En busca del tiempo perdido* que el poeta Roberto Mascaró me había mandado solidariamente, los primeros libros de Manuel Scorza que Yessie Macchi había recibido de sus padres, las poesías que Marisa Montana nos leía por las noches (Alzugarat, 2007, pp. 28-29).

Otra prisionera, Edda Fabbri²⁰, cree haber visto y escuchado cómo los libros eran arrojados a patadas de un piso a otro:

Lo de la quema lo recordamos bien, porque vimos cómo los tiraban por la escalera para abajo. La biblioteca era una piecita chica, en el piso de arriba, entre dos sectores, que después se convirtió en calabozo [...]. Bueno, de esa piecita de arriba fue que los sacaron a patadas, a nuestros libros del principio, los que nos habían llevado los familiares, y los vimos y los escuchamos caer por la escalera. Algunas compañeras recuerdan haber visto el humo, después, a lo lejos.

Complementa Lía Maciel: «Esta quema estuvo vinculada a las nuevas autoridades que intervienen el penal y llevan adelante cambios en las políticas internas transformando la cárcel en una máquina de hostigamiento y represión hasta poco antes del fin». La destrucción de libros en Punta de Rieles fue casi total. Así lo recuerda Fabbri:

Quedaron algunos libros nuestros, náufragos, y con ellos nos revolíamos. Yo recuerdo una antología de Quevedo, de aquellas grises, de Austral, creo [...] de aquellas con un forro con pintitas, pero ya no tenía el forro. También sobrevivieron dos tomos de la antología de Bordoli, le faltaban páginas, pero algo se leía²¹. Y también había algunos de la colección de Premios Nobel, de Aguilar. Cada tomo traía como tres autores y recuerdo que ahí leímos algo de Steinbeck, de Eliot, y no sé qué más. Pasamos mucho tiempo leyendo esos pocos libros que quedaron.

²⁰ Edda Fabbri (Montevideo, 1949) estuvo en prisión entre 1972 y 1985. Es narradora y correctora literaria.

²¹ Se refiere a la *Antología de la poesía uruguaya contemporánea* (1966), de Domingo Luis Bordoli.

LA BIBLIOTECA DEL ENEMIGO

En los meses siguientes al 27 de junio de 1973, comenzó en Uruguay un proceso de censura a toda manifestación cultural que se considerara atentatoria contra el régimen cívico-militar recién instalado. Característica central de esa censura fue la ausencia de criterios únicos que la direccionaran. Carina Blixen ha considerado que precisamente «la indeterminación de los límites de la censura fue un muy eficaz instrumento de dominio [...]». El no saber exactamente qué se puede decir pero saber que hay cosas que no se pueden decir hizo que el miedo se impusiera en la conducta de cada uno» (Blixen, 2006, p. 12). Muchas bibliotecas privadas fueron requisadas. En los allanamientos a librerías y casas particulares, cualquier libro podía ser censurado y robado en nombre de la Justicia. En mi caso particular nunca pude entender por qué, al ser detenido hurtaron de mi entonces humilde estantería, entre otros, *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla, y *Woyzeck*, de Georg Büchner.

Ese aparente reino del absurdo, esa grotesca instalación del caos, lejos de la creencia generalizada, perseguía un objetivo que iba más allá de la mera destrucción. Mientras por un lado se procuraba el vaciamiento de un modelo cultural, por el otro, la dictadura sentaba las bases de una historia oficial e intentaba construir su propio lenguaje y su esbozo de contracultura. La destrucción de un modelo cultural siempre supone la emergencia de otro. En este contexto, lo frívolo o lo trivial se impuso, lo obvio también. Desde la prensa escrita se enseñó que no se debía decir «entró para adentro» ni «voló por el aire». La exacerbación del nacionalismo estableció que «importa el habla correcta de un país como uno de los mayores atributos de su cultura, vale como un patrimonio esencial de la nacionalidad», y con esa excusa se lanzó una campaña xenófoba contra el idioma portugués que rebasaba la frontera territorial (Barrios & Pugliese, 2003).

Las cárceles de presos políticos se volvieron laboratorios donde estas líneas de acción se profundizaron hasta hallar su más amplia expresión. Como he señalado más arriba, las hogueras de libros estuvieron a la orden del día. El caso extremo sucedió en la cárcel de mujeres de Punta de Rieles, donde compitiendo con los pocos «libros náufragos» de los que hablaba Edda Fabbri, apareció la oferta de la «biblioteca del enemigo», de la otra biblioteca, la que respondía a los intereses de la dictadura, en un burdo intento de biblioterapia²². La destrucción permitía el

²² En el siglo XIX, en los Estados Unidos, los capellanes cuáqueros de las prisiones de Nueva York y Filadelfia fueron los primeros en impulsar la idea de utilizar el libro como instrumento de cambio de conductas tendiente a la reinserción social del penado. Tal concepto encontró el apoyo de corrientes filosóficas que consideran la lectura como derecho inherente a todo ser humano. Obtuvieron como conquista inicial que la Biblia fuera considerada «el único libro de libre acceso

acceso a lo que en otro momento se hubiera considerado deleznable, carente de todo valor. La historia oficial y una selecta serie de documentos que la sustentaban o la reafirmaban intentaron cumplir el papel que en muchas cárceles del mundo desempeñó la Biblia, por lo menos desde el siglo XIX: la rehabilitación del delincuente, su retorno al «rebaño social». La biblioteca pasaba a ser impuesta «desde arriba» y formaba parte de un plan de lectura propiciado por la dictadura.

El penal de Punta de Rieles reunía las mejores condiciones para que ello fuera posible. El número de presas era muy inferior a los hombres, unas seiscientas a lo largo de trece años. Los principales dirigentes de la guerrilla y de otros grupos políticos considerados ilegales eran hombres. Por lo tanto, Punta de Rieles era una cárcel menos visible que el Penal de Libertad para la presión propagandística mundial y de menor interés para los centros internacionales de Derechos Humanos. Se suma a ello la discriminación ejercida por los militares y civiles al servicio de la dictadura, convencidos del papel de obligatoria sumisión de la mujer y de que sus esfuerzos debían restringirse solo al cuidado del hogar y de los hijos. «Para los militares, las mujeres presas fueron doblemente transgresoras: por estar en contra del orden político impuesto y por no ocupar el rol de género por ellos sustentado» (Fúster & Langelán, 2010, p. 136).

Por estas razones, la cárcel de Punta de Rieles constituyó un centro de represión colectiva más eficaz que el Penal de Libertad. Allí la biblioteca pudo ser enteramente destruida y, en su lugar, el enemigo pudo «ofertar» la suya. «Como nos gustaba leer, sacarnos los libros iba a ser una represión sentida fuertemente, y lo hicieron durante seis meses seguidos. Al cabo de ese tiempo aparecieron en el EMR 2 libros fascistas de donde a veces podíamos sacar elementos políticos» (Fúster & Langelán, 2010, p. 136).

«A partir de junio de 1973 empezamos a tener libros recomendados por el penal, panfletos anticomunistas y pronazis», recuerda Ana Luisa Valdés. En efecto, después de la hoguera de los libros de las presas:

Mandaron una lista nueva, con los «recomendados» —nos cuenta Fabbri—. Venían agrupados así, con un título rimbombante pero que quería decir eso. Eran horribles. Pedimos algunos para ver qué tal. Había uno, muy gordo, que se llamaba *Psicopolítica*²³. No me preguntes de qué se trataba, era «infumable». Recuerdo que muchos de los libros hablaban de la «sinarquía internacional».

al recluso a fin de reformar y de guiar su sentido moral». Se reconoce a los norteamericanos Daniel Suvak y Austin McCormick como los más modernos defensores de la biblioterapia en las cárceles (Martínez Pereda, 1990).

²³ Posiblemente se trate de *Ps-P: psicopolítica: verdadera dimensión de la guerra subversiva*, de Buenaventura Caviglia Cámpora (Montevideo: Ediciones Azules, 1974).

Por lo que entendimos, eso era una especie de complot mundial en el que participaban comunistas, anarquistas, ateos, liberales, negros, independentistas, etc., todos contra ellos. Hacían también una defensa de la sociedad feudal, sí, decían que en esa época el siervo vivía bien porque tenía la protección del señor. Con la revolución francesa se «pudrió todo», según ellos.

La «biblioterapia» reformadora incorporó no solo folletos y revistas de contenido antimarxista, antisemita y antiliberal, sino también la revista *El soldado* —de circulación interna en las Fuerzas Armadas—, apologías de los regímenes de Hitler y Mussolini y de estructuras corporativas de la economía, libros de doctrinas conservadoras de la Iglesia católica como los de San Agustín, etc. Según Sonia Mosquera (2006) se trató de un centenar de publicaciones (pp. 11-22).

De inmediato, se activó la resistencia como una forma única de sobrevivencia: «Es muy interesante prestar atención a la conducta humana, cómo uno afina la percepción para buscar en esos cuadernos, esa revista que se llamaba *El Soldado*, donde ponían toda su información. Uno iba sacando y se le agudizan los sentidos», comenta una voz anónima. «No nos quebraron por eso [...]. El preso político tiene una capacidad infinita de recuperación porque sabe lo que quiere», comenta otra (Fúster & Langelán, 2010, pp. 133 y 136).

Esa «biblioteca del enemigo» —que en Punta de Rieles solo pudo imponerse por la ausencia de casi toda otra lectura— apenas tuvo cabida en el Penal de Libertad, donde, hacia fines de la década de 1970, folletería propagandística de la Dirección Nacional de Relaciones Públicas —organismo creado por la dictadura uruguaya como servicio de propaganda— y algunos libros oficiales de la dictadura como *La subversión: las Fuerzas Armadas al pueblo oriental* y *Testimonio de una nación agredida* pasaron a formar parte del acervo bibliotecario.

Solo el ingreso del Comité Internacional de la Cruz Roja permitió contrarrestar, en Punta de Rieles, el cuasimonopolio de la «biblioteca del enemigo»: «Después del 80, en que entró la Cruz Roja Internacional, nos llegaron muchos libros que mandaron ellos. Eran libros actuales. En mi sector, al menos, el *bestseller* era *Yo el supremo*, pero había que esperar mucho tiempo para que te tocara el turno y poder leerlo», agrega Fabbri. Como ella señala, recién en 1981 ingresaron unos dos mil libros que dieron fin a esa etapa.

PENAL DE LIBERTAD

La biblioteca de la «escuela de cuadros» en el penal de Libertad, tras el periodo de censura iniciado en 1974 con el cierre de la biblioteca central, se vio reducida a microcopias clandestinas, trabajosa e ingeniosamente ocultas, a las que solo podían acceder unos pocos. El hallazgo por parte de los militares de algunas de

esas miniaturas significaba, para quienes las poseían, hasta treinta días de calabozo a rigor, en total aislamiento, sin visitas de familiares.

Esa «biblioteca de hormigas» alimentó los debates ideológicos que afloraban en el interior de la cárcel en todo sitio donde al menos dos presos pudieran comunicarse, alineó conocimientos, y forjó planes, proyectos y sueños utópicos que se extendieron a todos los planos de la vida. Temas recurrentes como la revisión del pasado, el porqué de la derrota y los engorrosos intentos de interpretación del panorama mundial y nacional necesitaron, en la medida de lo posible, del apoyo que brindaba esa «biblioteca». Una solución extrema de salvaguardia de esos materiales bibliográficos fue la memorización de textos, mecanismo que permitió la difusión sin riesgos. La posibilidad de deformación u omisión fragmentaria de la escritura original quedaba anulada al ser el mismo texto memorizado por dos o más personas. Aunque requirió un mayor esfuerzo, a la postre fue esta la forma más segura de conservar y colectivizar textos tan perseguidos. Quien escribe este trabajo llegó a recitar, palabra por palabra, el famoso prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, de Carlos Marx, fragmentos del *¿Qué hacer?*, del *Discurso a los pueblos de Oriente* y otros textos de Lenin, la primera conferencia de la OLAS²⁴ y documentos de movimientos guerrilleros, entre otros.

La posdata de esta historia fue intentar una escuela de cuadros que subsistiera sin necesidad de libros. Para los presos del Partido Comunista, que llegaron al penal de Libertad a partir de 1975 y ocuparon por entero el tercer piso y parcialmente otros sectores, fue la experiencia militante la que terminó por suplir los libros. «Allí había hombres probados en cientos de batallas, con trayectorias políticas y personales que resumían buena parte de la historia del movimiento obrero y de la izquierda uruguaya». Bastaba escucharlos, hablar con ellos. «Cárcel de presos comunes, escuela de crimen; cárceles de presos políticos, escuela de formación», fue la consigna (Martínez, 2013, pp. 143-144).

Mientras tanto, la biblioteca central, con sus miles de volúmenes a disposición de todos los presos, se constituyó en la principal fuente de lectura. Estuvo presente desde el primer momento en la historia del penal y la biblioteca alternativa se transformó, poco a poco, en la posibilidad más segura de una práctica de lectura de valor imprescindible. La fuerza de los hechos la convirtió en abastecedora casi absoluta de fugas a tiempos y espacios imposibles, de silenciosa exploración de universos, de reencuentros y catarsis, de refugio frente a un entorno hostil. En un principio debieron ser muchos los presos que razonaron que si no se podía leer a Mariátegui se podía leer a Arguedas y que si Lenin estaba fuera del alcance, sí se podía

²⁴ Organización Latinoamericana de Solidaridad, creada en agosto de 1967 en La Habana con el objetivo de coordinar movimientos guerrilleros y antiimperialistas a nivel continental.

leer a Gorki, Tolstoi o Chéjov. Pronto, por ese camino, se abrió paso toda la literatura universal. Lo didáctico fue despejando el camino para que lo estético comenzara a ser recibido. La realidad social traía aparejados personajes con los cuales el lector podía sentirse identificado y los hechos narrados cuestionaban o reafirmaban la interioridad, las vivencias y el pasado personal. Ya no fue solo la búsqueda de una sustitución o de un paliativo; fue el descubrimiento de una compleja y rica vastedad de lecturas que muchos ignoraban, de la que no eran plenamente conscientes o que iba mucho más allá de lo que imaginaban. El aislamiento, la casi ausencia de otros medios de comunicación, el ocio y el tiempo sin límites, las mismas condicionantes con que contó Alonso Quijano en los primeros tiempos de la imprenta, contribuyeron a plasmar una actividad cada vez más aceptada. La lectura comenzó a llenar los días, abrió horizontes, forjó sueños. Fue un lento aprendizaje, con muchas etapas intermedias, que al fin terminó sumando lectores compulsivos, capaces de devorar cuanta lectura tuvieran a su alcance. En las celdas, donde los presos debían permanecer veintitrés horas al día, la lectura se convirtió en la principal actividad junto con la elaboración de artesanías o manualidades.

En la mayoría de los casos, el libro fue conceptuado como un instrumento de formación y de desarrollo intelectual. No todos los textos podían prestarse a ello, por supuesto, y la diferencia entre los géneros también importaba —y mucho—. Pero de acuerdo con esa concepción, se participaba de tres paradigmas didácticos de lectura compatibles con cualquier cárcel política. En primer lugar, la lectura en pos de la construcción de una ética personal, en pos de una formación en valores humanistas imprescindibles para la lucha política. En lo subjetivo, esto implicaba textos que alumbraran la experiencia vivida o proporcionaran un mayor conocimiento de sí mismo. En segundo lugar, la lectura en pos de información y de elementos reflexivos en función de una optimización futura en la labor política y social. En ese sentido, como decía Antonio Gramsci, considerado el mayor lector carcelario de todos los tiempos, «cada libro puede ser útil de leer, un preso político debe estrujar sangre hasta de una piedra»²⁵. Y, en tercer lugar, la lectura que indaga la identidad nacional, el carácter y la idiosincrasia de un pueblo, su evolución, los determinismos y las necesidades que surgen del conocimiento y la revisión de la historia nacional. En el penal de Libertad cumplían ese papel Carlos Machado, Pivel Devoto, Carlos Real de Azúa, Jesualdo Sosa y otros.

²⁵ Antonio Gramsci (1891-1937) fue un escritor y político antifascista. En tiempos de Mussolini, pasó once años encerrado en reclusión solitaria hasta su muerte. Elaboró una enorme obra teórica —de ensayos eruditos sobre la historia cultural de Italia— contando apenas con los libros que le enviaba su familia o los que le proveía la biblioteca de la cárcel.

Estos paradigmas de lectura conservaban todavía un estrecho vínculo con la biblioteca de una escuela de cuadros y, como resulta lógico de acuerdo con el plan de aniquilamiento individual planteado por los militares, fueron los más afectados por la censura. Tales presupuestos obedecían a planteamientos que no dejaban de tener sus puntos en común con los principios del realismo decimonónico, del naturalismo o verismo, y, por supuesto, con el realismo social como escuela de arte directamente vinculada a transformaciones y procesos sociales. Hubo, no obstante, otro paradigma, menos castigado y probablemente pasión de pocos. Es el que tiene que ver con la función poética del lenguaje, con la atención a la lectura como placer del espíritu, como goce estético, como pura fabulación o como medio propicio al análisis o al desmontaje de sus mecanismos de creación. Aunque implicaba un nivel de lectura no ajeno a los anteriores, no a todos los presos les importó disfrutarlo. Así, la primacía de lo didáctico sobre lo estético no puede ser negada y existió un gran número de condicionantes y de necesidades para que ello fuera así.

El «Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad»²⁶, una elaboración artesanal que permitió establecer un orden lógico a miles de libros, revela una variedad temática que reúne una amplia gama del conocimiento, desde la literatura al ajedrez, desde el arte a la divulgación científica, la administración de empresas o la historia de las religiones. Solo quedan fuera de sus páginas las «disciplinas prohibidas» según el reglamento de la cárcel, las «modernas ciencias ocultas», las víctimas de una censura tan torpe como devastadora: la ciencia política, la filosofía y el psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría, la sociología, la historia de los siglos XIX y XX, la mecánica, la electrónica, la física, la química, la economía, la enseñanza de idiomas y parcialmente la antropología.

La literatura universal ocupa las primeras 96 páginas del catálogo, con casi cinco mil títulos, casi un 60% del total. Recorrer ese listado nos recuerda que la biblioteca del penal de Libertad fue, en todos los casos, el producto del esfuerzo de familiares, además del destino final, por una rara ironía, de más de una biblioteca privada. La censura, que comenzó primero en la calle, en las librerías y editoriales, y en los allanamientos de domicilios particulares, hizo pensar a algunos profesionales o artistas, poseedores de valiosas bibliotecas, que las mismas iban a estar mejor en la cárcel de presos políticos, donde la prohibición de textos se inició, como hemos visto, recién transcurrido un año del golpe de estado. Hubo pues, ciudadanos que «enviaron a la cárcel» su propia biblioteca, para que nadie pudiera llevarse sus libros

²⁶ La versión facsimilar del *Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad* fue editada en 2013 por la Biblioteca Nacional del Uruguay bajo el título de *El libro de los libros*.

sin su consentimiento o, en última instancia, para evitarse la tarea tan ingrata de descuartizarlos, quemarlos o, en el mejor de los casos, enterrarlos. Tamaña donación contaba con la intención generosa de que los libros contribuyeran al placer y conocimiento de muchos, sobre todo si se trataba de familiares o seres queridos. Por esta razón, la lectura del catálogo puede asimilar la biblioteca del penal de Libertad, en lo que tiene que ver con la literatura, a bibliotecas con base en la cultura francesa, abundantes en Uruguay hasta la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, es de destacar que una fuerte apertura a la literatura de habla inglesa y al *boom* latinoamericano, «bocado» de preferencia en aquellos años de cárcel, actualizaron la lectura de modo más satisfactorio.



Ilustración 1. Portada del Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad.
Fuente: Museo de la Memoria, Montevideo, Uruguay.

Más allá de la literatura, la preparación de exámenes en el contexto de cursos de la enseñanza oficial, autorizados en los primeros años, justifica la existencia de bibliografías muy completas, como fue el caso de la medicina²⁷. Otros ámbitos muy frecuentados eran la historia de arte, las pinacotecas, la arquitectura, el cine, la música, los libros de viajes y las matemáticas. La historia, lamentablemente, nunca dejó de ser una cenicienta que apenas se asomaba a la Revolución francesa o que, a nivel nacional, se detenía en los albores del siglo pasado.

Según muchos testimonios, en los primeros tiempos lo más atrayente para quienes no eran lectores habituales, era la necesidad del entretenimiento, del pasatiempo útil en una cárcel donde el tiempo parecía transcurrir muy lentamente o no pasar nunca. Esa necesidad, sumada al «fantasma» del cierre de la biblioteca o de la desaparición o censura de libros, explica la demanda de volúmenes de gran extensión como *Los miserables*, de Víctor Hugo, *La montaña mágica* o *Los Buddenbrooks*, de Thomas Mann, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, o *Guerra y paz*, de León Tolstoi. Cada uno de esos textos aseguraba una semana o más de lectura. Así fue que muchos llegaron hasta la Biblia o el *Quijote* y, en algunos casos extremos, hasta el *Ulises* de James Joyce. Otra atracción surgió del acto de preguntarse sobre las propias circunstancias. Algunos textos como *La casa de los muertos*, de Fedor Dostoievski, *El pabellón número seis*, de Anton Chejov, o *Desnudo entre lobos*, de Bruno Apitz, fungieron como espejos de la propia cárcel, permitieron una reflexión profunda sobre el entorno inmediato y alumbraron variados matices de la realidad con la que se convivía.

Situadas a medio camino entre la bibliografía correspondiente a una escuela de cuadros ampliada a la esfera de la cultura y una lectura amena y de profusa información, hubo tres obras que permitieron ordenar una gran masa de conocimientos a la vez que orientar hacia futuras búsquedas: la *Historia social de la literatura y el arte*, de Arnold Hauser —que en el catálogo figuraba solo como «Historia», sin el comprometedor adjetivo «social», y de la cual nunca hubo acceso al tomo III, que refiere a tiempos más recientes—; la *Historia del cine mundial*, de Georges Sadoul, y la *Historia social de la ciencia*, de John Bernal, algunas veces censurada y otras veces reingresada²⁸.

²⁷ «El conjunto de libros que en el catálogo aparecen en el apartado 3.4.2. abarca prácticamente todos los aspectos de la medicina humana. Un estudiante de medicina tenía allí actualizado todo lo necesario e incluso más, para alcanzar el título profesional» (Díaz Berenguer, 2013, p. 38).

²⁸ Un comunicado interno del 6 de mayo de 1982 ordenaba al «personal recluso que deberá hacer llegar a los sargentos de piso los folletos compendiados de los boletines informativos que tengan en su poder y el libro *Historia social de la ciencia*, de Bernal» (Phillipps-Trèby & Tiscornia, 2003, p. 101).

-44-

A 2263 - VALERY, Paul	En la muerte de P. Valery (Antología)
A 2264 - VARIOS	Los Premios Goncourt de Novela (12 autores)
X 2265 - "	" " " " " (Parrero, Barbu-
	ssa, Vailland, Deberly y otros)
A 2266 - VERLAINE, Paul	Poemas Saturnianos
A 2267 - VERY, Pierre	El Curandero
A 2268 - VIGNY, Alfred de	Laura
A 2269 - VOLNEY, El Conde	Las ruinas de Palmira
A 2270 - VOLTAIRE	Cándide
X 2271 - ZOLA, Emile	El Póximo del Abate Mouret
X 2272 - "	La debilidad
A 2273 - "	Fecondidad
X 2274 - "	Germinal
X 2275 - "	Teresa Raquin
X 2276 - "	Cuentos a Ninon
A 2277 - "	La Taberna
X 2278 - "	Naná
X 2279 - "	Loures
X 2280 - "	La fortuna de los Raugon
X 2281 - "	El doctor Pascal
X 2282 - "	Una página de amor
X 2283 - "	La Bestia Humana
X 2284 - "	El ensueño
X 2285 - "	Misericordia Humana
X 2286 - "	Magdalena Ferat
A 2287 - AYME, Marcel	La bella imagen
A 2288 - BALZAC, Honoré	Los nuevos ricos/ Un hombre de negocios /
	Pierre Grassou (La comedia humana)
A 2289 - BENOIT, Pierre	Novelas. Tomo 2 (ocho novelas)
A 2290 - DE BEAUVOIR, Simone	La plenitud de la vida
A 2291 - DU TERRAIL, Benson	Aventuras de Rocambole
A 2292 - HUGO, Victor	El hombre que río
X 2293 - RECLUS, E.	La montaña (ensayo)
A 2294 - REMY, Jacques	Los cobayes del mundo
X 2295 - THEROUX, Paul	Pasajeros en los trenes del mundo
X 2296 - ZOLA, Emile	La regla (serie de los Rougon-Macquart)
A 2297 - MONTAIGNE, Miguel de	Ensayos T 1 y 2
A 2298 - GORDONAU, Conde de	El Renacimiento
A 2299 - MARTIN DUGARD, Roger	Los Thibault (1, 2 y 3) 826 pp.
A 2300 - ROLLAND, Romain	Juan Cristobal en París
A 2301 - "	Franceses del Siglo XVIII
A 2302 - VALLES, Jules	El niño (con estudio de E. Zola y prólogo de J. Semprún)
A 2303 - BALZAC, Honorato	La Comedia Humana (varias novelas) 1642 pp.
2304 - BODESAUX, Henry	Los ojos acusadores.
2305 - MONTAIGNE	Ensayos selectos. 1969-97 pp.
2306 - SAEATIER, Robert	Corchos de alegría.
2307 - NIN, Indis,	En una cámara de cristal/ Invierno de
2308 - OTES, Joyce Carol	artificio.
2309 - FLAUBERT, Jean	Bellefleur.
2310 - DEBON, Maurice	Los hitos de España
2311 - "	Los reyes malditos. I. El rey de hierro.
2312 - "	II. La reina estrangulada
	III. Los venenos de la
	corona.
2313 - "	IV. La ley de los varones
2314 - "	V. La loba de Francia
2315 - "	VI. La flor de lis y el
	león.
2316 - "	VII. Cuando un rey pierde
	Francia

Ilustración 2. Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad correspondiente a literatura francesa (p. 44). Fuente: Museo de la Memoria, Montevideo, Uruguay.

Planteado así el panorama, llegar hasta Balzac o Dickens no fue difícil. Se sabía que eran lecturas recomendadas por el marxismo y de ambos existían muchos títulos. Solo había un paso de Balzac a Maupassant o a Zola antes de ingresar a la literatura francesa del siglo XX. Muy requeridos fueron *La esperanza* o *La condición humana*, de André Malraux, libros que se atrincheraron algún tiempo en las «bibliotecas de planchada». Sin embargo, Victor Hugo y Marcel Proust fueron oficialmente prohibidos sin que jamás se diera una explicación. La censura de estos autores causó a la vez asombro y repudio a los miembros del único organismo internacional de

derechos humanos que ingresó a las cárceles de la dictadura uruguaya, la Cruz Roja Internacional, en su mayoría suizos y algunos franceses.

La aceptación de la literatura norteamericana se explica no solo por sus brillantes autores sino también porque conocer a fondo la realidad social e histórica de la nación considerada como sede del capital financiero y del imperialismo era casi como un deber militante. John Dos Passos, Sinclair Lewis, Harper Lee, Erskine Caldwell, Howard Fast, James Baldwin, Carson McCullers, Jack Kerouac, John Steinbeck, William Faulkner y Ernest Hemingway estuvieron entre los más solicitados. A los venerados autores de «la generación perdida» se les sumaron popes de la novela negra como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, con su fuerte impronta social.

Pero el mayor interés se concentraba en la literatura latinoamericana reciente, en los autores del llamado *boom*. Gravitaba en la elección el concepto de «patria grande» y «solidaridad continental», pero también influían novedosos aspectos formales. De pronto, lectores acostumbrados a narraciones lineales, determinadas por un espacio y un tiempo definidos y un afán de verosimilitud, obedientes a las consignas del realismo decimonónico, se internaban en estructuras más complejas, donde la subjetividad, la internalización de la realidad en la conciencia de los personajes y la dislocación de la continuidad temporal eran moneda común. Fue un salto cualitativo que alcanzó a las primeras obras de Mario Vargas Llosa —la tríada de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en La Catedral* era prácticamente obligatoria—, *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, *Hijo de hombre* y *Yo, el Supremo*, de Augusto Roa Bastos, *El Señor Presidente*, *El Papa verde* y *Los ojos de los enterrados*, de Miguel Ángel Asturias, y la obra completa de Alejo Carpentier, Juan Rulfo, David Viñas, Manuel Scorza y João Guimarães Rosa. No fue ajena a la demanda la literatura indigenista —José María Arguedas, Ciro Alegría y Jorge Icaza—. Son enormes las variantes en la experiencia de los distintos actores, pero la lógica indica que solo después llegó a apreciarse a Jorge Luis Borges o a Julio Cortázar, del mismo modo que en la literatura uruguaya la lectura de Horacio Quiroga, Juan José Morosoli, Enrique Amorim, Mario Arregui o Eliseo Salvador Porta precedió a la de Juan Carlos Onetti y Felisberto Hernández.

Se ha señalado más de una vez el curioso hecho de que un escritor como Hiber Conteris, al llegar como prisionero al penal de Libertad, pudiera hallar en la biblioteca central libros suyos, como *Virginia en flash-back* y *El nadador*, pedirlos y releerlos. La misma ignorancia de los censores explica que subsistieran libros de Haroldo Conti o Rodolfo Walsh, ambos desaparecidos en Argentina. *Trilce*, la obra cumbre de César Vallejo, prohibida en los cursos de literatura del Instituto de Profesores Artigas, se podía leer en la biblioteca del penal de Libertad. Libros que no era posible hallar en esos años en Montevideo, Buenos Aires o Rosario

se hallaban en ella. Grandes ausencias eran, sin embargo, las obras de escritores de izquierdas como Gabriel García Márquez, Jorge Amado, Mario Benedetti y Francisco Espínola.

En todos los casos, leer terminaba por ser mucho más que formarse e informarse; y lo que aparecía en juego, el tema que se imponía, el objeto último de reflexión, era el sentido de la condición humana. La lectura, como ejercicio del pensamiento, no solo iba más allá de las necesidades primarias de los presos políticos, sino que trascendía la cárcel, permitía abordar lo común a todo ser humano. Explorar a través de la lectura otros mundos, similares o aun diferentes, pudo ser el método más útil para ordenar y proporcionar sentido a la realidad. Porque en definitiva se lee para saber cómo vivir, esperando encontrar una respuesta en cada libro que se lee. Se asiste así a ese papel mediador en la relación del hombre con el mundo que le atribuye Ricardo Piglia cuando asegura que la lectura «funciona como un modelo general de construcción del sentido» (Piglia, 2005, p. 103). Por su parte, Carina Blixen afirma que

la inmovilidad y/o el encierro propios del lector, que producen inquietud en la dinámica de la vida, en la cárcel no son perturbadores. Si en la cotidianidad la fuga y la parálisis física de quien lee pueden juzgarse una omisión, en la cárcel esa huida es, en principio, funcional. Sin embargo, hay algo esencialmente transgresor en la lectura carcelaria: el que lee está construyendo su subjetividad, se está transformando. En el rigor disciplinario, en la situación de castigo que anula, el lector encerrado crea un espacio para encontrarse consigo mismo. Tal vez se evada de su entorno, pero puede no evadirse de sí (Blixen, 2010, pp. 46-47).

Evasión y reencuentro terminaban por ser dos caras de la misma moneda, dos mecanismos complementarios, imprescindibles para un equilibrio psicológico capaz de resistir y contrarrestar los planes de destrucción del individuo impartidos por las autoridades del penal y de la dictadura. El mismo sujeto lector que vivía emocionalmente los vaivenes del alma de los personajes a los que tenía acceso descubriría en su interior los conflictos, angustias, sentimientos, frustraciones y satisfacciones que conformaban su vida.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La biblioteca del penal de Libertad no fue un punto de partida en la adopción de la lectura como hábito integrado a la vida de cientos de presos políticos. En realidad, fue lo contrario: un punto de llegada, el corolario de un proceso formativo derivado de las necesidades de la militancia política que tenía como eje la institucionalización

y funcionamiento de una escuela de cuadros en el interior de las cárceles. Punta Carretas, sobre todo, y también el penal de Libertad, en sus primeros momentos, son claros ejemplos de esa intención utilitaria que convertía a la cárcel en una academia o universidad política. La acción del enemigo, concretada en lo fundamental en una censura salvaje, violenta, acultural, capaz en algunos casos de una sustitución de la oferta bibliográfica —los llamados «libros recomendados» en la cárcel de mujeres de Punta de Rieles, a nuestro entender, fue la oferta de la «biblioteca del enemigo»—, echó por tierra, no sin resistencias, aquella aspiración inicial. La búsqueda de los presos procurando ampliar su horizonte de lectura rediseñó la biblioteca del penal de Libertad y logró el acceso a un universo hasta entonces casi ignorado o postergado, que pronto se volvió tan familiar como necesario. El tránsito entre la bibliografía correspondiente a una escuela de cuadros, por un lado, y la enorme masa de lectura que une el documento y la ciencia a la libre fabulación de la literatura, por otro, fue lento y desigual, aunque ambos sistemas de lectura hayan coincidido y se hayan complementado desde el momento inicial. La necesidad de equilibrio mental, de evasión y a la vez de reencuentro con uno mismo, de agudización de la sensibilidad y de afirmación de la personalidad hallaron plena expresión en el caudal de lectura que la biblioteca nunca dejó de ofrecer²⁹.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Carlos (2015). La cárcel y la ciudad letrada: hacia una historia cultural de la prisión en el Perú del siglo veinte. En Daniel Palma (ed.), *Delincuentes, policías y justicias. América Latina, siglos XIX y XX* (pp. 144-192). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Alzugarat, Alfredo (2007). *Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Alzugarat, Alfredo (2013). La sangre de las piedras. En Alfredo Alzugarat (comp.), *El libro de los libros. Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad (1973-1985)* (pp. 11-21). Montevideo: Biblioteca Nacional.
- Barrios, Graciela & Leticia Pugliese (2003). Política lingüística y dictadura militar: las campañas de defensa de la lengua. En Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico & Jaime Yaffé, *El presente de la dictadura* (pp. 156-168). Montevideo: Trilce.

²⁹ Por unanimidad, los últimos presos políticos decidieron, en 1985, donar la biblioteca a la central de trabajadores de Uruguay (PIT-CNT) y la ubicaron en el sótano del sindicato de la bebida (FOEB). Después de un fallido intento de instalarla en el Mercado de los Artesanos, fue depositada en la vieja sede de Crysol (Asociación de Ex Presos Políticos del Uruguay). Finalmente, en 2009, fue trasladada al Museo de la Memoria, en Montevideo, donde permanece hasta la actualidad.

- Blixen, Carina (2010). Los manuscritos de *La mansión del tirano*: delirio y poesía. En Fatiha Idmhamd (coord.), *Carlos Liscano. Manuscritos de la cárcel* (pp. 43-58). Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido.
- Comisión Nacional de Educación Política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (1974). *Notas sobre la formación de los cuadros*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez. www.cedema.org/
- Díaz Berenguer, Álvaro (2013). Cuando el sol es un mito y el libro una realidad. En Alfredo Alzugarat (comp.), *El libro de los libros. Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad (1973-1985)* (pp. 37-40). Montevideo: Biblioteca Nacional.
- Fúster, Yanet & Cecilia Langelán (2010). La información y la lectura para presas políticas durante la dictadura militar en Uruguay. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 33(1), 125-139. <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/RIB/article/view/6284>
- Gramsci, Antonio (2010). *Cartas desde la cárcel*. Madrid: Veintisiete Letras.
- Martínez, Virginia (2013). *Los rusos de San Javier. Perseguidos por el zar, perseguidos por la dictadura uruguaya. De Vasili Lubkov a Vladimir Roslik*. Montevideo: Banda Oriental.
- Martínez Pereda, Alicia (1990). Bibliotecas en prisiones. Estados Unidos, la polémica del libro en las cárceles. *Delibros*, 27.
- Mencia, Mario (1980). *La prisión fecunda*. La Habana: Política.
- Mosquera, Sonia (2006). Mano a mano: un lenguaje para resistir. *Cuadernos de la historia reciente: 1968 Uruguay 1985*, 1, 11-22.
- Movimiento de Liberación Nacional (1982). *Actas tupamaras*. Madrid: Revolución.
- Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Phillipps-Trèby, Walter & Jorge Tiscornia (2003). *Vivir en Libertad*. Montevideo: Banda Oriental.
- Tiscornia, Jorge (2012). *El almanaque*. Montevideo: De Bolsillo.

SOBRE LOS AUTORES

Carlos Aguirre es profesor de Historia en la Universidad de Oregon. Es autor de los libros *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854* (1993), *The Criminals of Lima and their Worlds: The Prison Experience (1850-1935)* (2005), *Breve historia de la esclavitud en el Perú. Una herida que no deja de sangrar* (2005), *Dénle duro que no siente. Poder y transgresión en el Perú republicano* (2008) y *La ciudad y los perros. Biografía de una novela* (2015). También ha coeditado varios libros, incluyendo *The Peculiar Revolution: Rethinking the Peruvian Experiment Under Military Rule*, con Paulo Drinot (2017) y *The Lima Reader: History, Culture, Politics*, con Charles Walker (2017).

Alfredo Alzugarat es licenciado en Letras por la Universidad de la República del Uruguay, narrador y crítico. Actualmente se desempeña como miembro del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Como investigador ha publicado *Desde la otra orilla* (1997), *Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay* (2007), *El discurso testimonial uruguayo del siglo XX* (2009) y *El Diario de José Pedro Díaz* (2011). En 2013 coordinó *El libro de los libros*, edición facsimilar del *Catálogo de la biblioteca del Penal de Libertad (1972-1985)*. Como crítico colabora en la actualidad en la *Revista de la Biblioteca Nacional* y *El País Cultural*. Fue prisionero de la dictadura cívico-militar de Uruguay desde fines de 1974 hasta 1985.

Christina Bueno obtuvo su doctorado en la Universidad de California, Davis y es actualmente profesora de historia en Northeastern Illinois University. Es autora de *The Pursuit of Ruins: Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico* (2016) y «*Forjando Patrimonio: The Making of Archaeological Patrimony in Porfirian Mexico*» (2010), entre otras publicaciones. Ha recibido varias becas de

investigación, incluyendo el National Endowment for the Humanities Faculty Fellowship, 2011-2012 y el American Council for Learned Societies (ACLS) Fellowship en 2008.

Paula Bruno es doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y magíster en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés. Sus áreas de especialidad son la historia y biografía de los intelectuales y las élites culturales. Es autora de *Paul Groussac. Un estratega intelectual* (2005), *Travesías intelectuales de Paul Groussac* (2005) y *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910* (2011). Ha sido investigadora o profesora visitante en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, la Università Ca'Foscari de Venecia, la Università degli studi di Verona, el Instituto de Investigaciones «José Luis María Mora», el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universitat de Barcelona.

Pablo Buchbinder es profesor en la Universidad de Buenos Aires y autor de numerosos trabajos, entre los cuales se pueden mencionar *Maestros y aprendices: estudio de una relación social de producción. España, siglos XV-XVII* (1991); *Caudillos de pluma y hombres de acción: estado y política en Corrientes en tiempos de la organización nacional* (2004); *Una revolución en los claustros. La reforma de 1918* (2008); y *Los Quesada: letras, ciencias y política en la Argentina* (2012).

Máximo Farro es antropólogo, doctor en Ciencias Naturales por la Universidad de La Plata e investigador adjunto en Conicet. Trabaja en el campo de la historia material del conocimiento, estudiando el nexo entre las ciencias antropológicas, las prácticas eruditas y la infraestructura epistémica en la Argentina de los siglos XIX y XX. Ha publicado sobre estos temas en libros y revistas de varios países. Es autor de *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX* (2009).

Flavia Fiorucci es doctora en Historia por la Universidad de Londres, investigadora adjunta del Conicet, y forma parte del Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes. Actualmente se desempeña como profesora de la Universidad de Nueva York en Buenos Aires. Ha publicado en revistas argentinas y extranjeras sobre la temática de los intelectuales y la cultura en Argentina y más recientemente sobre la historia de la educación. Es autora de *Intelectuales y peronismo 1945-1955* (2011) y compiladora con Paula Laguarda de *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo xx)* (2012).

José Flores Ramos obtuvo su doctorado en Historia en 2002 en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras y su Master en bibliotecología en la misma universidad, en 1984. Actualmente es director de la Biblioteca Santiago Iglesias en la Universidad de Puerto Rico. Es autor de «Vida cotidiana de las prostitutas en San Juan de Puerto Rico: 1890-1919» (2006); «La Biblioteca Nacional y el miedo a la palabra» (2006); *Eugenesia, higiene pública y alcanfor para las pasiones: la prostitución en San Juan de Puerto Rico, 1876-1919* (2006); y *Mujer, familia y prostitución: la construcción del género bajo la hegemonía del Partido Popular Democrático, 1940-1968* (2007).

Pedro Guibovich Pérez es profesor principal en los departamentos de Humanidades de la Universidad del Pacífico y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Columbia y ha sido profesor visitante en varias universidades en Estados Unidos y Europa. También ha sido becario de la John Carter Brown Library, la Beinecke Library (Universidad de Yale) y el Center for the Study of Books and Media (Universidad de Princeton). Especialista en la historia del libro y la historia cultural, es autor de varios trabajos, incluyendo *La inquisición y la censura de libros en el Perú virreinal, 1570-1813* (2000) y *Lecturas prohibidas. La censura inquisitorial en el Perú tardío colonial* (2013).

Maria Margaret Lopes obtuvo su doctorado en historia social en la Universidad de São Paulo y actualmente es profesora en la Universidad de Brasilia e Investigadora en la Universidad Estatal de Campinas. Es autora de *O Brasil descobre a pesquisa científica: as ciências naturais e os museus no século XIX* (1997, 2a. ed. 2009); co-autora con Irina Podgorny de *El desierto en una vitrina: museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890* (2008, 2a.ed. 2014); y editora, con Alda Heizer, de *Coleccionismo, prácticas de campo e representações* (2011).

Iván Molina Jiménez es catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de investigación en identidad y cultura latinoamericana (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica. Es autor de numerosos estudios sobre historia de Costa Rica, en particular, y de Centroamérica en general. Entre sus últimos libros figuran *La educación en Costa Rica de la época colonial al presente* (2016); *Príncipes de las remotidades. Carlos Luis Fallas y los escritores proletarios costarricenses del siglo XX* (2016); y *El verdadero anticomunismo. Política, género y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1973)*, editado con David Díaz Arias (2017).

Ricardo D. Salvatore es profesor plenario del Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. Es autor de *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era* (2003); *Imágenes de un*

imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina (2006); *Subalternos, derechos y justicia penal* (2010); y *Disciplinary Conquest: U.S. Scholars in South America, 1900-1945* (2016). Ha compilado además varios volúmenes en colaboración con colegas sobre prisiones, culturas imperiales, caudillismo y otros temas.

Lilia Moritz Schwarcz es profesora titular en el Departamento de Antropología de la Universidad de São Paulo y «Global Scholar» en la Universidad de Princeton. Entre sus publicaciones están *Retrato em branco e negro* (1987); *The Spectacle of the Races: Scientists, Institutions, and the Race Question in Brazil, 1870-1930* (1999); *A longa viagem da biblioteca dos reis* (2002); *The Emperors Beard: D. Pedro II a Tropical King* (2004); y *O sol do Brasil* (2008).

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
junio 2018 Lima - Perú

El futuro de las bibliotecas tal como las hemos conocido en los últimos siglos ha ingresado en un periodo de incertidumbre debido a las innovaciones tecnológicas y a los cambios en las formas de adquisición de conocimiento. Sin embargo, la acumulación de libros y documentos continúa ejerciendo una influencia decisiva sobre la manera como nos relacionamos con el mundo del conocimiento, la educación y la producción científica y académica. Reconstruir la historia de las bibliotecas nos ayuda a entender una variedad de procesos históricos —colonización, formación del Estado, consolidación de grupos de poder, relaciones imperiales y revoluciones— y nos ofrece un fascinante recorrido por la conformación de imaginarios en torno a la cultura, la creación artística y literaria, y la producción y difusión de conocimientos.

Este volumen intenta echar nuevas luces sobre la historia de las bibliotecas en América Latina —bibliotecas privadas, religiosas, públicas, nacionales— y, en particular, sobre su rol en los conflictos sociales y culturales, la formación de los estados-nación, los procesos de cambio político e institucional, la alfabetización y escolarización de las poblaciones, y la acumulación de capital cultural y simbólico. Este conjunto de ensayos intenta contribuir a la historia de las bibliotecas y, a la vez, abrir líneas de conversación con otras profesiones y saberes también interesados en la cuestión de la preservación de los activos culturales, la difusión del conocimiento y las tensiones y debates que ellos generan.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

**FONDO
EDITORIAL**

ISBN: 978-612-317-364-7

